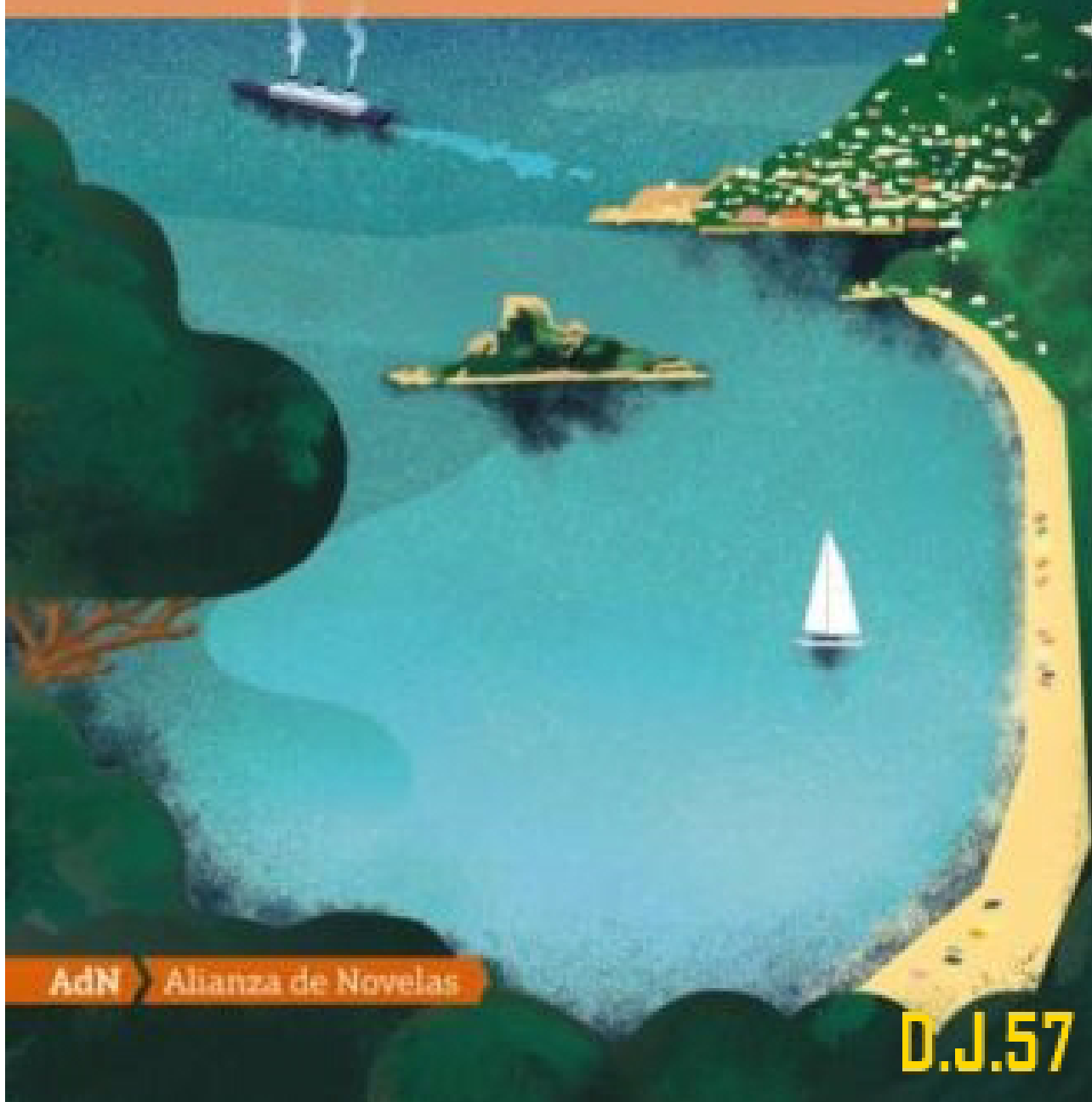


Juliet Grames

LAS SIETE Y UNA VIDAS DE STELLA FORTUNA



AdN Alianza de Novelas

D.J.57

Juliet
Grames

**LAS SIETE Y UNA VIDAS
DE STELLA FORTUNA**

Traducido del inglés por Carmen Francí Ventosa

Índice

Prefacio

PRIMERA PARTE: Infancia

Primera muerte: Quemaduras (*Desarrollo cognitivo*)

Segunda muerte: Evisceración (*Dolores de crecimiento*)

Tercera muerte: Golpes (*Educación*)

SEGUNDA PARTE: Juventud

Cuarta muerte: Ahogamiento (*Inmigración*)

Quinta muerte: Violación (*Matrimonio*)

TERCERA PARTE: Madurez

Sexta muerte: Exanguinación (*Maternidad*)

Séptima muerte: Asfixia (*Menopausia*)

CUARTA PARTE: Vejez

Octava muerte: Hemorragia cerebral (*Demencia*)

Epílogo: *Hic jacet*

Nota de la autora

Créditos

A mis abuelos inmigrantes,
Antonette Rotundo y Serafino Pasquale Cusano.
Y especialmente a mi abuela no biológica,
Concetta Rotundo Sanelli

Prefacio

Esta es la historia de Mariastella Fortuna segunda, llamada Stella, nacida en Ievoli, un pueblo de montaña situado en Calabria (Italia), y en fechas más recientes habitante de Connecticut (Estados Unidos de América). Su vida abarcó más de un siglo y durante todos esos años sobrellevó gran cantidad de penurias y de mala suerte. Esta es la historia de cómo no llegó a morir nunca.

En el transcurso de sus cien años, la segunda Stella Fortuna (en breve te contaré, lector, la historia de la primera) estuvo a punto de morir ocho veces, o siete, según cómo se cuente. Recibió golpes y sufrió conmociones, se asfixió y tuvo hemorragias e incluso fue víctima de una lobotomía. Estuvo parcialmente cubierta de aceite hirviendo, la abrieron en canal desde el esternón hasta los intestinos en dos ocasiones distintas y una vez salvó la vida tan solo por un error tipográfico. Y en una ocasión estuvo a punto de suicidarse accidentalmente.

El hecho de que se viera expuesta a tantos peligros ¿fue fruto de una terrible mala suerte o, dado que sobrevivió a ellos, se debió a su terrible buena suerte? Lo cierto es que no soy capaz de decantarme por ninguna de las dos opciones. En cualquier caso, son muchas aventuras para una sola vida, pero los calabreses somos muy duros. Somos famosos por una terquedad que va más allá de lo razonable y de la preocupación por nosotros mismos o nuestro bienestar. Durante tantos siglos de nuestra historia hemos tenido tan poco por lo que luchar que este instinto se ha convertido en algo irreprimible: cuando tomamos una decisión, la fuerza de nuestra voluntad se impone a toda amenaza de desorden, caída en desgracia o a la muerte misma. Stella Fortuna luchó obstinadamente por sobrevivir en siete (u ocho) ocasiones distintas. Ojalá pudiera decir que nadie se lo ha reprochado.

Casi todo lo que sé sobre la extraordinaria biografía de Stella me lo ha contado su hermana pequeña, Concettina, que también sigue viva. Ahora tiene casi cien años y se llama Tina Caramanico. «Tina», porque «Concettina» resultaba demasiado anticuado para los Estados Unidos, y «Caramanico» porque, según le explicaron, aquí, en los Estados Unidos, la mujer toma el apellido del marido en

lugar de conservar el del padre.

La tía Tina vive sola en las pantanosas tierras bajas de Dorchester, Connecticut, en la casa que su marido construyó para ella en 1954. Su marido está muerto, por supuesto, así que solo cocina para ti cuando vas a visitarla. Probablemente no vayas con la frecuencia que debieras, y cuando por fin vas, es una ofensa para la tía Tina lo poco que comes. Parece el típico chiste de la abuela italiana, pero para Tina Caramanico es algo serio. Hay dos formas de manejar esta crisis de sobrealimentación: puedes gritarle para que deje de servirte comida en el plato y luego sentirte culpable por tratar mal a una anciana. O puedes evitar el conflicto, comer sin rechistar y sufrir después un malestar solo físico. Cuando llevé a mi marido para que la conociera, la tía Tina me dijo con admiración: «Qué bien come». Son cosas que dicen las abuelas italianas de los hombres que no les gritan durante la cena.

Cuesta recordar que la tía Tina tiene noventa y muchos años; parece tan rosada, sudorosa y enérgica como a los sesenta y cinco. Sus ojos castaños están algo turbios pero brillantes; sus fuertes nudillos destacan y los tendones de las manos le sobresalen furiosos sobre los huesos de la muñeca, como si desearan agarrar algo: una cuchara de madera, un ablandador de carne, la mejilla de un sobrino nieto. En todo momento brilla con la transpiración de una actividad frenética y luce un bigote de perlas de sudor. Se ha encogido con la edad —ahora mide menos de un metro sesenta, aunque en otros tiempos medía un metro setenta, era alta en su época—, pero tiene los brazos recios y musculosos. Es bien sabido que acudió a «ayudar a limpiar» la casa de mi prima Lyndsay cuando esta estaba embarazada y sacudió la alfombra trenzada de la cocina con tanta energía que la desintegró por todo el porche trasero. Al final, desde luego, quedó todo muy limpio.

Los recuerdos familiares son una cuestión delicada; repetimos algunas historias hasta el aburrimiento mientras que otras caen inexplicablemente en el olvido. O tal vez no suceda inexplicablemente; tal vez algunas historias, si se recordaran, encajarían mal en el relato actual de la familia. Una generación las mantiene, la siguiente no las conoce y luego desaparecen, borradas por fragmentos más amables.

Creo que fue por este motivo que era ya mayor cuando oí por primera vez la historia de las siete (u ocho) casi muertes de Stella Fortuna. Una tarde, estaba sentada a la mesa de la tía Tina comiendo pan de calabacín cuando me las contó.

—Todo el mundo sabe lo del Accidente —recuerdo que dijo—, pero ¿sabes la historia de las berenjenas?

—¿Qué berenjenas? —pregunté con cierto recelo.

—Cuando a Stella casi la asesinan las berenjenas.

—¿Berenjenas?

Miré por la ventana en dirección a la mata de calabacines sicilianos de más de un metro que colgaba del emparrado del jardín trasero de la tía Tina. Nunca había oído decir que la vida de una persona pudiera estar en peligro por culpa de una hortaliza, pero tampoco parecía fuera del reino de lo posible.

—¿De dónde crees que vienen las cicatrices que tiene en los brazos?

Y, además, estuvo a punto de morir en seis ocasiones más —seis o tal vez cinco—. La tía Tina las contó con sus huesudos dedos de color tostado: los cerdos, la escuela, el barco (asunto polémico), el violador, el médico imbécil, la asfixia.

Mientras Tina recitaba la letanía de traumas, me invadió una cálida náusea. Cuántas veces Stella había estado a punto de morir; qué violencia surrealista había soportado su cuerpo; qué improbable, desde un punto de vista estadístico, que hubiera sobrevivido. Escuché la lista de Tina mientras la saliva se me secaba en la boca; el pan de calabacín, que ya era de por sí bastante denso, se volvió difícil de tragar. Tuve la misma sensación de desamparo terrible que uno experimenta cuando está sentado al lado de una persona que tose en un autobús y sabe, es plenamente consciente, que va a pillar lo que tenga, sea lo que sea. Me había contagiado con la historia de Tina, la historia de la vida y las muertes de Stella Fortuna.

—Tía Tina —le pedí cuando terminó la lista—, ¿podrías repetirlo otra vez para que lo apunte todo?

Yo estaba registrando ya el cajón de lápices y cupones de descuento en busca de algún sobre viejo de la factura del teléfono para tomar notas.

Tina dudó unos instantes mientras contemplaba mi bolígrafo preparado para escribir. Más tarde, cuando conocí toda la historia, me pregunté qué le habría estado pasando por la cabeza en aquellos largos momentos. Por fin la vacilación terminó y dijo con decisión:

—Te lo cuento y lo escribes todo.

—Sí, por favor —dije. Se quedó mirándome con sus ojos brillantes, ribeteados de rosa. No sabría decir si tenía una expresión de entusiasmo o de tristeza—. Cuéntame todo lo que recuerdes.

—Algunos trozos son feos —me advirtió, en honor a la verdad.

Pero ¿quién es capaz de comprender o de creerse una advertencia semejante?

De todas las fuentes que tengo, Tina Caramanico es la más importante. Ahora,

pasados los años, me parece que estaba deseando contar las cosas tal como fueron. Conocía todos los detalles mejor que nadie vivo o muerto porque había estado siempre presente, junto a Stella. Es la persona más involucrada: es quien tiene más motivos para contarme toda la verdad, pero también las razones más poderosas para ocultarla.

Ahí sigue, al lado de Stella, aunque hace treinta años que las hermanas no se hablan.

Al otro lado de la calle, frente a la casita blanca con una sola planta de Tina, a menos de cuarenta metros de distancia, Stella está sentada en un sillón junto al ventanal de su propia casita blanca de una sola planta. Es una situación ideal para que las hermanas se espíen, a pesar de lo distanciadas que están, y atisben el camino de entrada de la casa de la otra para comprobar qué pariente visita a quién. Stella pasa gran parte del día junto a la ventana, haciendo ganchillo y empezando colchas que nunca termina. Está atrapada en la prisión de su mente, igual que el resto de su familia, aunque solo Stella sabe cómo es el interior de esa cárcel.

Hacia las once de la mañana, Stella desaparece del ventanal para echarse un rato. A esa hora, Tina recoge la comida que ha preparado para Stella —una sopa de verduras o un plato de chuletas de cerdo—, cruza la calle a toda prisa y entra por la puerta trasera. Tina deja la comida sobre la cocina y se marcha a tanta velocidad como le permiten sus casi cien años de edad. Stella solo se comerá los alimentos que guisa su hermana si todos fingen que no sabe quién los ha preparado. Más tarde, el sobrino de Tina, Tommy, limpiará la cazuela o la fuente y la devolverá a la casa situada al otro lado de la calle.

La octava casi muerte de Stella Fortuna, conocida como el Accidente, ocurrió en diciembre de 1988 y tuvo como consecuencia una hemorragia cerebral y una lobotomía para salvarle la vida. En aquel entonces se trataba de una intervención experimental y el cirujano consideró que no era probable que sobreviviera; y que, de hacerlo, pasaría el resto de su vida en una silla de ruedas alimentada por una sonda. Como es patente, el cirujano se equivocó. Stella, la superviviente, sobrevivió una vez más. Pero con lo que sabemos ahora, transcurridos treinta años, podemos ver que el Accidente destrozó algunas vidas: de hecho, sigue destrozándolas.

La ruptura más difícil —la más enigmática— tuvo lugar entre Stella y Tina. Durante sesenta y siete años habían sido las mejores amigas, compañeras

constantes, pero cuando Stella despertó del coma se negó a hablar nunca más con su hermana por razones que no ha sido capaz de explicar. O tal vez es que nadie ha estado dispuesto a escucharla cuando lo ha intentado.

Desde que eran niñas, las vidas de Stella y de Tina estuvieron entretreídas, fueron la urdimbre y la trama de la misma tela. Durante veinticuatro años las hermanas durmieron en la misma cama, hasta que el matrimonio las separó. A partir de entonces, vivieron en casas vecinas que daban sobre el mismo jardín trasero, un terreno pantanoso, y compartieron diariamente comidas y chismes durante cuarenta años más. ¿Qué hizo que la mente manipulada de Stella se volviera contra su hermana? ¿Contra Tina, la dulce anciana que ha cocinado para Stella, ha limpiado su suciedad, ha llorado por ella durante las diez largas décadas de sus vidas?

¿A qué puede deberse?

La solitaria historia de la tía Tina —la desdeñada hermana desinteresada, dedicada a cuidar con mano invisible a su mejor amiga perdida— siempre me ha atraído hacia ella. Una tragedia humana, pensaba. Pero cuando me he hecho mayor me he dado cuenta de que hay otra tragedia todavía más evidente: la de Stella. Quienes recuerden a Stella Fortuna se acordarán de la persona que ha sido durante el último tercio de su vida, demente y resentida. He visto cómo la tarea de cuidar de Stella durante treinta años ha erosionado los afectos de su propia familia; cuando cuentan historias sobre ella, recuerdan las peores, aunque no creo que se den cuenta. Y no los culpo: no han sido treinta años fáciles. Stella todavía no ha muerto —a este paso, no se va a morir nunca—, pero todo el bien que hizo en este mundo se ha olvidado y enterrado.

Por ese motivo he dejado mi vida a un lado para escribir este libro. Espero que los frutos de mi obsesión sean el redescubrimiento de Stella Fortuna, una explicación de su extrañísima vida y la rehabilitación de su buen nombre. He tratado de reconstruir aquí las piezas de su legado ausentes en lo que los vivos recuerdan de ella. Lo que sigue es el resultado de mis mejores esfuerzos, los cuales han dependido en gran medida de los recuerdos anecdóticos, así como de mi propia investigación. Quiero expresar aquí mi más sincero agradecimiento a la familia, amigos, enemigos, bienhechores, víctimas, vecinos y otros *conoscenti* de Mariastella Fortuna que han sido tan generosos con su tiempo y sus aportaciones. Cualquier error en relación con los hechos o el análisis corresponde por entero a la autora.

Brooklyn, Nueva York, 2019

Las siete y una vidas de
STELLA FORTUNA

Primera parte:

Infancia

I ligna comu su fhanu e vrasce,
e l'agianti comu su fhanu e cose.

*El fuego es tan bueno como la madera que quema;
de tal autor, tal obra.*

PROVERBIO CALABRÉS

Quandu u gattu un c'è i surici abbalanu.

Cuando el gato no está, los ratones bailan.

PROVERBIO CALABRÉS

Primera muerte:

Quemaduras

(Desarrollo cognitivo)

El pueblo de Ievoli, encajado en el acantilado de la meseta más alta de una montaña mediana situada en el centro de Calabria, nunca fue muy grande. Cuando Stella Fortuna era pequeña, en el momento de mayor esplendor de Ievoli, solo contaba con seiscientos habitantes hacinados en sus casitas de piedra. Si digo que Stella Fortuna era una chica especial espero que no se entienda que era una chica de pueblo peculiar. Muchas personas han subestimado a Stella Fortuna a lo largo de su vida y todas lo han lamentado.

En primer lugar, hablemos de su nombre, que ninguna mujer de menor talla podría haber llevado con dignidad. Recibió el nombre de su abuela, cosa muy apropiada, si bien llamar a una niña «Stella» y «Fortuna» —suerte de estrella o tal vez estrella de la suerte— no deja de ser un nombre terrible para una niña. No hay mejor manera de atraer el mal de ojo que jactarse de la buena fortuna; un nombre como Stella Fortuna era un imán para los problemas. Y se crea o no en el mal de ojo, lo cierto es que no queda más remedio que reconocer que Stella tuvo muchos problemas.

—Pero también he superado muchos —le recordaba a Assunta, su madre. Si bien tal vez Assunta no era muy partidaria de la disciplina, lo cierto era que acostumbraba a preocuparse por todo.

Sin duda, Stella Fortuna destacaba y no solo por su nombre. También por su aspecto. A los dieciséis años, cuando partió de Ievoli rumbo a los Estados Unidos, Stella Fortuna era la chica más guapa del pueblo. Tenía unos pechos grandes que temblaban cuando reía y se agitaban hipnóticamente cuando bajaba por el camino empinado de la montaña que cruzaba el pueblo. Stella los había heredado de su madre; su hermana menor, Cettina, había tenido menos suerte en el apartado de herencias y le había correspondido el trasero materno, que, por otra parte, no era nada del otro mundo. Stella tenía las mejillas claras, bronceadas y tan lisas como las aceitunas y sus labios fruncidos parecían tan tiernos y rosados como el interior de un higo maduro; en resumen, Stella era una ensalada de frutas de los deseos de cualquier varón de Ievoli. Tenía cicatrices, es cierto, la media luna en la frente y los puntos en los brazos, pero las cicatrices resultan atractivas cuando se conoce su origen, y en un pueblo del tamaño de Ievoli todo el mundo lo sabe todo. Stella era provocativa sin esfuerzo y categóricamente poco complaciente. Cuando salía a la calle para dar el paseo de

la tarde, la *chiazza* callaba, sobrecogida, pero Stella Fortuna no se daba cuenta o no le importaba. Las curvas suaves de su figura hacían que los hombres y los jóvenes osados olvidaran sus ojos oscuros e implacables, y ella avanzaba, ridiculizando a los imprudentes.

A Stella le daba absolutamente igual su atractivo. Había decidido ya que no se casaría y tanto le daba que su físico atrajera a los pretendientes. Escandalizaba a la buena y obediente Cettina con el trato áspero que daba a los aspirantes. Más adelante, las hermanas pasarían treinta años peleadas, pero nadie en el mundo habría podido imaginarlo entonces, pues cuando eran niñas eran las mejores amigas. Los pretendientes las abordaban juntos porque siempre estaban juntas.

—¡Tienes que ser más amable, Stella! —decía Cettina a su hermana, temerosa. Era la menor de las chicas Fortuna, pero se preocupaba por Stella casi tanto como Assunta. Dada la mala suerte de Stella, no era de extrañar—. ¡Dicen que eres una golfa!

—¿Y de quién es el problema? —respondía Stella—. Mío no es.

Stella no era exactamente vanidosa en relación con su aspecto físico —nunca había visto su reflejo en un espejo—, pero era motivo de satisfacción saber que era la más guapa. A Stella le gustaba el poder y su carisma era uno de los mayores poderes que tenía al alcance de la mano, uno de los pocos que podía ejercer una mujer joven de un pueblo del sur de Italia en el periodo de entreguerras.

En tercer lugar, poseía talento natural. Le gustaba ser la mejor y lo era en la mayoría de las cosas. Era la mejor bordadora del pueblo; sus gusanos de seda producían más que los demás y era quien más castañas pelaba durante un día de cosecha en los huertos de *don Mancuso*. Era rápida con los cálculos numéricos y era capaz de establecer combinaciones; tenía buena memoria y siempre ganaba las discusiones porque era capaz de citar textualmente a sus oponentes mejor que ellos mismos. Se llevaba bien con los animales e incluso las malditas gallinas ponían más huevos cuando ella les daba de comer por la mañana. No era la mejor cocinera, de modo que no cocinaba en absoluto: era importante conocer los límites propios y no perder el tiempo intentando hacer de modo mediocre algo que otros podían preparar en su lugar. Stella era rápida de ingenio y autosuficiente, no era fácil engañarla ni aprovecharse de ella. Había heredado la disciplina de su madre y la desconfianza de su padre, con lo que era trabajadora pero astuta. Stella Fortuna era capaz de hacer cosas y cualquiera deseaba tenerla a su favor, no en contra.

En cuarto lugar —y ese era el mayor motivo de respeto del pueblecito calabrés y lo que más problemas le acarreó cuando se marchó—, Stella Fortuna era dura. La vida había intentado acabar con ella y Stella Fortuna se había

resistido. Las cosas malas que le habían sucedido solo habían conseguido hacerla más terca, más vengativa, menos negociadora. Stella no se permitía ninguna debilidad y no la toleraba en los demás. Con la única excepción, por supuesto, de su madre, que precisaba dispensas especiales.

A los dieciséis años, cuando se marchó de Ievoli, Stella Fortuna había casi muerto tres veces: de ahí las grandes cicatrices. Contaré ahora las muertes de Ievoli. Su familia las define, cariñosamente, como «el ataque de las berenjenas», «la historia de los cerdos» y «la puerta embrujada». En mi opinión, son estas las más raras de sus muertes, pero es natural: en aquel remoto pueblecito de la montaña, hace cien años, todo era un poco más raro de lo normal. La modernidad ha arrebatado parte de la magia del modo en que vivimos y morimos.

* * *

Ievoli era un secreto que se había mantenido oculto durante doscientos años. Como la mayoría de los demás pueblos de Calabria, era pobre y deliberadamente inaccesible, ya que no estaba comunicado con ningún otro pueblo por carretera, solo por caminos de mulas tallados en una montaña cubierta de mimosas y de muérdago. Los habitantes de Ievoli no tenían mucho, pero estaban a salvo de bárbaros, de invasores, del mundo exterior: de todos menos de sus vecinos. Ah, y de los bandidos que vivían en los bosques, robaban una cabra de vez en cuando y asaltaban a los viajeros. Un motivo más para no salir del pueblo.

Los hombres de Ievoli eran *contadini*, jornaleros que se levantaban con el sol para trabajar en el campo que fuera necesario cosechar, ahí donde el propietario de la tierra pagara. No tenían tierras. Los hombres ganaban lo justo para mantener a su familia, siempre que las mujeres produjeran toda la comida de los huertos arados en los bancales de la montaña y sus hijos trabajaran en los campos en cuanto estuvieran lo bastante espabilados.

Calabria es una tierra de pueblos como Ievoli, situados precariamente en las montañas, con calles tan empinadas que casi hay que subir por ellas a gatas. Los calabreses construyeron estos pueblos inaccesibles para defenderse. Durante dos mil años, Calabria vivió asediada por los romanos, que talaron todos los bosques; los bizantinos, que hicieron ortodoxa toda la región; los sarracenos norteafricanos, que los convirtieron a la religión musulmana; los normandos, que edificaron castillos y los hicieron católicos; los Borbones, los angevinos, los Habsburgo y, finalmente, los italianos. Cada oleada de conquistadores esclavizó, pilló, arrasó y expolió la zona, se abrió paso por los exuberantes olivares y naranjales con las espadas en alto, salpicando de sangre y ADN las fértiles laderas. Nuestro pueblo huyó de los piratas, los violadores y los señores feudales para refugiarse en las montañas. Ahora el hecho de habitar en esos pueblos absurdamente escarpados es una forma de vida, aunque, según a quien se pregunte, tal vez diga que las amenazas de la malaria y los sarracenos se han atenuado un poco últimamente.

Quedan pruebas del paso de los conquistadores en los distintos tonos de piel de los calabreses, así como en sus lenguas y su cocina. El paisaje está salpicado de castillos normandos y de ruinas de templos griegos edificadas tres siglos antes del nacimiento de Cristo. Los calabreses han seguido adelante, inmutables, entre los restos de los conquistadores del pasado porque nunca han sido dueños de su propia tierra.

Como sucede con la mayoría de las mujeres, no es posible entender la vida de Stella Fortuna si no se comprende la de su madre. Stella quería a su madre más que a nada en el mundo, la dura Stella de frío corazón de piedra. Pero todo el mundo quería a Assunta. Era una santa, tal como dirían todos los que la recuerdan —algunos todavía la recuerdan—. En los pueblos de las montañas de Italia, los corazones son fuertes y los que sobreviven a las sorpresas de la vida viven mucho tiempo.

Assunta nació en Ievoli en la fiesta de la Asunción de la Virgen María, Madre de Dios, el 15 de agosto de 1899: de ahí su nombre, Assunta, derivado de Assunzione. Era una mujer devota, de las que rezaban más para compensar el hecho de que su marido no rezaba. Había muchas mujeres así en Ievoli; sospecho que todavía las hay. Assunta fue educada por su madre, Maria, para que tuviera una fe pura y firme en el cielo de Dios y Jesucristo, al que algún día ascendería, tras su muerte, si hacía exactamente lo que le decía el cura. Assunta no era practicante ocasional: era una creyente sincera. En misa, especialmente en la adolescencia, en los años en que la incipiente feminidad estaba sujeta a un violento cambio hormonal, con frecuencia se veía asaltada por la emoción cuando contemplaba el corazón sufriente de la Virgen y se echaba a llorar en el banco. Assunta tenía emociones voluminosas, espectaculares y, a medida que fue creciendo, estas también fueron haciéndose mayores. Sus exhibiciones de llanto eran uno de los dos motivos por los que su hija Stella se juró que no lloraría jamás y mantuvo su promesa durante cuarenta y ocho años.

Assunta se casó con Antonio Fortuna cuando solo tenía catorce años de edad —muy joven incluso para la época— porque su padre murió súbitamente y dejó a las mujeres de la casa en una situación precaria. Por mucho que un *contadino* trabaje las tierras del *padrone* durante toda su vida, solo posee su fuerza de trabajo y, cuando muere, lo probable es que no deje nada a su esposa. Assunta tenía una dote muy pequeña y, cuanto más tiempo viviera con su madre viuda, menos tendrían las dos. Era preferible que Assunta tuviera la responsabilidad de otro hogar.

Sin embargo, parece que, además, estaba también preparada para el matrimonio. Tenía aspecto de matrona y no solo por los mencionados pechos que Stella heredaría. Assunta tenía una presencia nutriente y firme; su rostro era memorable, con grandes ojos oscuros con forma de media luna invertida que coronaban unas mejillas redondas. Era una chica con aspecto de mujer adulta. Cuando las vecinas iban a visitarla, se ponían a pensar con cuál de los jóvenes del pueblo se podría casar; o tal vez con alguien de Galli, Polverini o Marcantoni, donde muchos tenían primos que podían ser candidatos.

Al final, Assunta se casó con un joven de Tracci, un pueblo situado a una

hora de camino hacia el sur. Antonio Fortuna tenía diecisiete años y era uno de los obreros que había ido a Ievoli a construir la nueva escuela. Assunta lo había visto a menudo comiendo con los hombres bajo un viejo árbol situado en la *chiazza* de la iglesia. Antonio seguía a Assunta con mirada lasciva cuando se acercaba al pozo a buscar agua. A ella le gustaba su aspecto, tenía hombros anchos y fuertes, un hombre joven y carnoso con rizos negros, brillantes y alborotados, y le gustaba que mostrara interés en ella. Sin embargo, Assunta no le dio jamás su pañuelo. Era tímida con los chicos y le habían enseñado a conducir la energía hormonal de la adolescencia hacia la virginidad de María mientras pasaba el rosario. Le gustaban las canciones de amor, pero nunca pensaba en sí misma cuando las cantaba.

Assunta no dijo nada a su madre de aquel obrero joven y guapo porque ¿qué iba a decirle? Pero las cosas salieron como suele suceder: uno de los obreros de Ievoli mencionó a su esposa que Antonio Fortuna, hijo de Giuseppe Fortuna de Tracci, estaba cortejando a Assunta, la hija menor del pobre difunto Francesco Mascarò. Después, la mujer fue a hacer una visita a la madre de Assunta y habló del chico de Tracci... y terminó por ocurrir lo previsible: cuando se habla de algo durante tiempo suficiente, no tarda en suceder. Aunque Assunta y Antonio nunca se habían dirigido la palabra, todos habían hablado de ellos de tal manera que parecía que se hubiera decidido todo sin decir nada.

Ese fue todo el cortejo. No parece gran cosa, pero fue muy emocionante para Assunta, que se pasó el invierno invirtiendo su nerviosa energía en un apresurado ajuar e ilusionándose con la imagen mental de sí misma en su propia cocina rodeada de niños, soportando el duelo prematuro y nauseoso por la pérdida, ya inminente, de su virginidad. El compromiso formal no duró mucho porque los hombres jóvenes habían empezado a ser llamados para el servicio militar obligatorio. A nadie convenía que la pareja esperara al momento en que permitieran que Antonio regresara a casa de permiso, de modo que Assunta y Antonio se casaron en febrero de 1914, tres meses después de que se dirigieran la palabra por primera vez.

El día de la boda, las montañas de Sila enviaron una insólita nevada. Mientras Assunta ascendía la cuesta en dirección a la iglesia para la ceremonia, su hermana Rosina tuvo que proteger el traje negro de la novia con uno de los caminos de mesa que esta había bordado para su ajuar. Como granos de sal, el granizo cubrió las galletas de los cestillos, las *mustazzoli*, que llevaba la damita, Mariangela, la cuñada de nueve años de Assunta, destinadas a los invitados a la boda.

Los novios pasaron la noche de bodas en su nuevo hogar, un semisótano situado en una casa de piedra adosada a la montaña, en el tercer callejón desde *via Fontana*. La vivienda daba al valle lleno de olivares y unos tablones de madera, empotrados en la pared de la montaña, formaban la empinada escalera de acceso a la casa. Antonio había alquilado el semisótano a la propietaria, una viuda llamada Marianina Fazio, a cambio, entre otras cosas, de la ayuda de Assunta para la limpieza y el huerto. La vivienda se llenaba de humo porque no tenía chimenea, solo tres amplias ventanas que, cuando se abrían, daban directamente sobre las gallinas y las dos cabras de la viuda.

En la primera noche que pasaron los recién casados en su casa, el aire húmedo olía a plumas de gallina. La piedra vista de las paredes estaba húmeda al tacto y Assunta permaneció despierta durante largo rato, arrancando el mortero con la uña y pensando en lo raro que le resultaba estar tan cerca de un hombre que roncaba, lo raro que eran las sombras de los rincones desconocidos, lo raro de aquello que le dolía.

En plena noche, se oyó un grito delante de la ventana, un aullido a la vez humano e inhumano que despertó a Antonio y a Assunta de su incómodo primer sueño compartido. Antonio se puso los pantalones e intentó encender a tientas la lamparilla.

El horrible grito se volvió a oír antes de que llegaran a la puerta. Assunta tardó varios latidos en comprender lo que veía a través de la gasa de la nieve que caía: junto al cuerpo todavía palpitante de una de las cabras blancas de la viuda, había dos lobos grises de larga cara. Habrían bajado de los bosques de Sila por la nieve, ya que solo entraban en el pueblo cuando estaban hambrientos. Tenían la boca roja y unos ojos pequeños y negros en sus caras afiladas. La niebla blanca y gelatinosa llenaba la distancia que los separaba; los copos de nieve iban quedando atrapados en el cuello de los lobos mientras los cuatro permanecían inmóviles, contemplándose.

Antonio, el hombre de la casa, estaba helado por el miedo o tal vez el desconcierto. Assunta, que con razón o sin razón no temía a los lobos, cogió el atizador del fuego, se deslizó por debajo del brazo de Antonio y corrió descalza al exterior.

—¡Fuera! —gritó mientras arremetía contra el animal más cercano, el cual se agazapó y gruñó, pero fue el primero en retroceder—. ¡Vete!

Fue una suerte que Assunta fuera capaz de tomar la iniciativa, porque durante los cincuenta y cinco años de su matrimonio su marido casi nunca estaría ahí para ahuyentar a los lobos.

Afortunadamente para los recién casados, los gritos de la cabra moribunda habían despertado a los vecinos y los hombres corrieron en ayuda de los Fortuna

con palas y hachas. Al poco de expulsar a los lobos, un montón de testigos podían contar la historia: Assunta, vestida con su camión de novia, y Antonio, con el torso desnudo, habían ahuyentado a los lobos que los habían atacado en su noche de bodas. Podía haber más animales por ahí, de manera que mientras Gino Fragale, que vivía dos casas más abajo, ayudaba a Antonio a despellejar y trocear la cabra para la consternada viuda, Assunta hizo entrar a las gallinas y las encerró en su cocina. Después intentó lavar la sangre de la cabra lo mejor que pudo con la única ayuda de la nieve y una escoba: no quería que el olor atrajera de nuevo a los lobos. Assunta y Antonio pasaron el resto de su noche de bodas escuchando cómo las nerviosas gallinas escarbaban en el suelo de piedra.

Ocho meses después de la boda de los Fortuna, Antonio se marchó al regimiento del ejército en Catanzaro. Durante el verano, un oficial había acudido a Ievoli para asegurarse de que todos los hombres disponibles estaban en la lista del registro. La joven nación italiana estaba formando un ejército para volver a ocupar el lugar que le correspondía como potencia mundial, el lugar legítimo al que había renunciado mil seiscientos años atrás, cuando los visigodos saquearon la gran ciudad imperial de Roma, si bien Assunta no tenía la menor noción de historia romana ni del cataclismo que ya estaba destrozando Europa.

Cuando partió para formar parte del ejército, Antonio no prometió a su esposa que le escribiría. Sabía leer y escribir, pero no le gustaba; Assunta, en cambio, no sabía hacer ninguna de las dos cosas. Dio por hecho que volvería con ella si sobrevivía, pero solo *il Signore*, Dios Padre, sabía cuánto tiempo estaría fuera.

Assunta, embarazada de seis meses, acompañó a Antonio montaña abajo hasta la estación del ferrocarril, situada en Feroletto, la población más grande de aquel grupo de aldeas. No fue una despedida muy romántica: cuando llegó el tren, Antonio besó a su esposa en las mejillas, agarró el petate y desapareció en un coche. Assunta había aprendido durante su breve matrimonio que a Antonio no le interesaba el romanticismo, si bien estaba claro que sí le interesaba el sexo.

Las mujeres permanecieron en pie en el andén hasta que el tren partió retumbando por las montañas hacia el lejano Catanzaro. Assunta lloró en silencio, con los ojos abiertos; las lágrimas le corrían por las mejillas y se estrellaban contra su vientre. Lloraba porque, en parte, se sentía aliviada por el hecho de que Antonio se fuera, por no tener que atender a sus insaciables apetitos, tanto de mesa como de cama, que se habían convertido en una carga ahora que estaba cansada por el embarazo. Se sentía culpable. Y, tal como le dijo

el sacerdote cuando se confesó, motivos tenía para sentirse así.

El bebé nació la tarde del 11 de enero de 1915. Assunta despertó con algunos calambres y rompió aguas cuando estaba limpiando el hogar. Lo fregó todo nerviosa, preguntándose si debería bajar la montaña como un pato para decírselo a su madre porque, si lo hacía, quizá no podría volver a subir por *via Fontana* hasta su propia casa para dar a luz. Se quedó paralizada sin saber qué hacer, pero, afortunadamente, en ese momento Maria y Rosina llegaron inesperadamente de visita. Así es la vida en los pueblos: cuando no ves a alguien en todo el día, pasas para ver qué tal está.

Las mujeres calentaron agua y colgaron menta sobre la cama para ahuyentar el mal de ojo. Sujetaron a Assunta por los codos y la hicieron caminar en círculos. La ayudaron a usar el orinal y le dieron infusión de manzanilla para relajar los músculos y el ánimo. A media tarde, cuando las contracciones empezaban a ser más frecuentes, Ros subió a la iglesia a buscar a la *suora* Letizia. La monja era una mujer muy santa y sabía de medicina de mujeres, aunque nunca había tenido hijos. Había asistido a muchos partos a lo largo de sus setenta y cinco años de vida y había visto todo tipo de cosas: niños que nacían sacando primero los pies y otros enmarañados en el cordón umbilical, así como aquellos que resultaron ser gemelos. Su melodioso acento norteño relajaba a las parturientas. Todo el mundo se sentía mejor en su presencia.

Assunta estaba nerviosa y no quería morir, posibilidad que no dejaba de estar presente. Maria y Ros no estaban nerviosas porque tenían una fe absoluta en Dios y en su misericordia. Assunta sabía que debería compartir su fe y, al mismo tiempo que se preocupaba por la muerte, se preocupaba por preocuparse por morir. Pero la criatura nació sin el menor problema, solo con todo el dolor y el sufrimiento que experimenta cualquier madre en un parto sin complicaciones. Era una niña rosada y gordita, con la cabeza cubierta de pelo negro. Tenía los ojos de color castaño claro, como su padre.

Antonio había dejado instrucciones sobre el nombre de la criatura: si era niño, Giuseppe, igual que el abuelo paterno, y Mariastella si era niña, como la abuela paterna. La niña no tenía ni una hora de vida cuando su madre ya había abreviado el Mariastella para dejarlo en Stella.

—Mi estrellita —dijo Assunta, como era inevitable, ya que la niña era preciosa.

Maria y Ros bendijeron a la niña y llevaron a cabo el conjuro de la *cruce* para protegerla del mal de ojo. Como se ha dicho, eran mujeres de una gran fe que confiaban a ciegas en la gracia salvadora de Jesús, pero desde un punto de vista

práctico tampoco costaba nada reforzar los buenos esfuerzos del Señor con un poco de brujería de las montañas.

En mayo de 1915, cuando el huerto de legumbres que Assunta cuidaba con esmero estaba lleno de flores moradas y amarillas, llegó la noticia de que Italia había entrado en guerra contra Austria. La niña Stella tenía cuatro meses de edad y estaba espléndidamente gordita; tenía las mejillas redondas y una amplia sonrisa. No hace falta decir que todas las mujeres del vecindario la querían y se acercaban a besarla y pellizcarle los mofletes. La madre de Stella no podía saber lo poco que durarían esos primeros tiempos de carnes rollizas ni qué pronto llegarían las privaciones.

—¿Cuánto dura una guerra? —preguntó Assunta a su hermano, Nicola, cuando le trajo la noticia.

Nicola no tenía respuesta. No había sido reclutado debido a su edad —tenía ya treinta y cinco años; entre él y Assunta, su madre había perdido cuatro hijos al nacer—, pero Ievoli había enviado diecisiete *ragazzi*, toda una generación, y no había familia en el pueblo que no estuviera involucrada.

En junio, el mismo día en que la pequeña Stella se sostuvo sentada sin ayuda de su eufórica madre, Assunta recibió una carta de Antonio que Nicola le leyó. Enviaban a la división de Antonio al norte, a la frontera con Austria. La carta tenía fecha de un mes atrás.

Durante la guerra, hubo dos años de hambruna. El invierno de 1916-1917 fue el más duro de los conocidos hasta la fecha y se documentaron nevadas de hasta ocho metros en el valle del río Isonzo, donde los chicos estaban combatiendo. La primavera no llegó aquel año y el invierno se prolongó hasta 1918, cuando las nieves de algunos de los picos en disputa se fundieron por primera vez y revelaron decenas de cadáveres que llevaban dieciocho meses ocultos en los ventisqueros.

En Ievoli, la breve temporada agrícola produjo solo la mitad del trigo habitual; después de que recaudaran los impuestos para la guerra, Assunta se echó a llorar. Deseaba creer que el trigo que le arrebatan de alguna manera llegaría hasta Antonio, situado en el frente austriaco, pero cuando el burro del recaudador de impuestos tiró del carro y se alejó por el camino que llevaba a Pianopoli, no pudo reprimir la impresión de que la había asaltado otro de los bandoleros de la montaña, que, en lugar de un rifle, había empuñado una orden sellada con lacre por el rey.

El huerto de Assunta apenas creció durante un verano inusualmente fresco; las patatas eran pequeñas y los tomates no llegaban a madurar y se arrugaban en

las matas. Mientras el verano se iba marchitando y se transformaba en otoño, casi no había nada que comer. Se contaban historias de madres de familia que rascaban el estuco de las paredes para utilizarlo en lugar de la harina de la que carecían. Pero las paredes de la casa de Assunta no estaban enfoscadas y, en cualquier caso, tampoco eran suyas.

Durante sus diecisiete años de vida Assunta no había conocido una hambruna como aquella. No tenía dinero, no tenía padre ni marido que la cuidaran ni manera de ganar dinero por sí misma; no podía controlar el tiempo ni hacer fructificar el huerto. Se sentía tan indefensa como una niña, pero ahora era ella la que tenía una niña. Cada día parecía el peor posible, pero algunas veces conseguía empeorar.

La pequeña Stella se había convertido en una nena tímida y tranquila que raras veces lloraba. Aceptaba sin queja los alimentos cada vez más extraños que Assunta, desesperada, le daba para comer: un día puré de habas y al día siguiente una sopa hecha con las vainas. Cebollas fritas en aceite de oliva, pero sin pan para acompañarlas. Caldos de corteza de pino o de amargas hierbas silvestres. Naranjas verdes robadas de las hondonadas que bordeaban el camino a Tracci y cocidas hasta que la piel estaba lo bastante blanda para tragarla. Assunta hirvió las últimas reservas de castañas de la cosecha de otoño, se bebió el agua insípida y le dio a la niña los frutos convertidos en puré. Muchos días Assunta se quedaba sin comer y constataba que los rugidos de su estómago eran la prueba de que había hecho todos los sacrificios posibles por la *bambina*.

Assunta lo hizo tan bien como pudo y consiguió salir adelante; la niña creció. Cuando Stella se hizo demasiado grande para seguir llevando su vestidito, no había tela para hacerle otro mayor. Así que, en su lugar, Assunta cosió viejos trapos de cocina y Stella aprendió a andar con un vestido que había servido para limpiar la mesa. A su alrededor, todo el pueblo iba adelgazando. Los animales de las granjas menguaban y desaparecían, incluso los que normalmente no habrían sido utilizados como alimento —los burros, por ejemplo—. Los calabreses quieren a sus burros más que a sus mujeres, según dice la vieja canción. Ni siquiera la vieja *ciucciu* de Maria sobrevivió a la guerra. No puedo imaginar que Maria o la sentimental Ros fueran capaces de matarla y guisarla, pero no he conocido nunca el hambre.

Los años oscuros pasaron y Ievoli rezó. Una a una, las nuevas viudas y las madres dolientes fueron sustituyendo las faldas rojas del traje de *pacchiana* por otras negras de luto.

La guerra contra Austria terminó el 3 de noviembre de 1918. Un mensajero a

caballo recorrió todos los pueblecillos del camino de Nicastro con la noticia. Al atardecer, las campanas repicaron en el *campanile* de todas las iglesias y en el campo resonaron los ecos del agradecimiento de los vivos y las plegarias por los muertos. Ievoli había perdido a once hombres jóvenes, un precio terrible para un pueblecito tan pequeño. La familia de Angelo y Franceschina, que vivían junto al camino a Pianopoli, había perdido a sus tres hijos varones, así como a dos sobrinos, uno por el lado de él y otro por el de ella.

Assunta y Ros llevaron a la pequeña Stella a Feroletto para recibir el tren que traía a casa a los soldados. Assunta no estaba segura de la hora de llegada y temía retrasarse, de modo que las mujeres partieron al amanecer. En esta ocasión no tenían burro para cargar el petate de Antonio. Stella anduvo con sus piernecitas gordezuelas durante la mitad del viaje y Assunta cargó con ella el resto del camino.

En secreto, a Assunta le daba pánico volver a ver a su marido. No estaba segura de recordar cómo era. Iba cantándole canciones a Stella mientras la mecía sobre la cadera para calmar los nervios. La estación estaba llena de mujeres y ancianos, casi todos completamente vestidos de negro. Mientras esperaban el tren, Assunta recorrió con Stella la *chiazza* empedrada, que describía una curva siguiendo el contorno de la montaña como si fuera una barbacana que vigilara el valle. Assunta y Stella curioseaban en las tiendas de los artesanos. La *bambina* saludaba con educación a los tenderos y les decía *buon jurno*, tal como le habían enseñado, y los artesanos se reían y comentaban lo lista que era la niña, *benedic'*, bendita sea.

El tren llegó poco después de que las campanas de Santa Maria dieran las diez. Había estado viajando toda aquella noche y la anterior, un recorrido lento y penoso de Trieste a Roma y de ahí a Nápoles, deteniéndose en cada pueblo para descargar veteranos y ataúdes. Por fin el tren llegó a Calabria, el extremo más alejado de la península, para depositar a los últimos supervivientes. Los soldados que regresaban a Feroletto, Pianopoli y todas las poblaciones menores del entorno bajaron del tren. Assunta iba examinando sus rostros, preguntándose alarmada cuál de ellos sería el de Antonio. Todos se le parecían y, sin embargo, ninguno de ellos era exactamente igual.

Assunta estaba pasmada, pero la astuta Rosina lo llamó por su diminutivo:

—¡Tonnon!

Y un hombre se dirigió hacia ellas. Este Antonio se parecía al hermano del Antonio con el que Assunta se había casado, mayor y más delgado. Tenía el rostro tenso y su silueta había menguado. Ya no era el joven robusto y fornido que había ido a la guerra. Pero no tenía cicatrices visibles con la única excepción, si se observaba de cerca, de la parte superior de las orejas, con la piel

permanentemente desescamada como resultado de viejas heridas por congelación.

—Antonio —saludó Assunta. Intentó sonreír, pero estalló en lágrimas e hipidos. No recordaba que fuera tan guapo, pero ahí estaba, fuerte pero delgado, mirándola desde la oscuridad de sus ojos ambarinos. Su hombre había vuelto en tanto que muchas mujeres no volverían a ver al suyo. Que Dios la perdonara por haber disfrutado de su ausencia.

Antonio le dio un beso en cada mejilla. Tenía barba de varios días.

—¿Esta es mi hija? —preguntó. Besó a Stella en la mejilla—. Mariastella, hija mía.

Stella se apartó y enterró el rostro en el pecho de Assunta. Ros se echó a reír y agarró el brazo de Antonio para obligarlo a inclinarse y darle un beso.

—Es tímida —explicó Ros—. Pero está muy contenta de que estés en casa, ¿verdad que sí, Stella, estrellita mía?

Stella miró a hurtadillas a su tía Ros, pero no quiso mirar a su padre.

—Lleva toda la mañana hablando de ti, diciendo: «Voy a ver a papá, dónde está papá», ¿verdad, Stella?

Una mentira como las que suelen decir las tías.

* * *

Los tres Fortuna convivieron como una familia durante cinco días.

El día en que Antonio volvió, comieron en casa de Maria con todas las mujeres de la familia Mascaró, junto con Nicola y los suyos. Antonio estuvo callado y bebió mucho durante toda la comida; después regresó, cuesta arriba, apoyándose pesadamente en el brazo de Assunta. En cuanto estuvieron en casa, Antonio cerró la puerta y empujó a Assunta a la cama. Le levantó la falda y la penetró sin quitarse del todo los pantalones. Su mujer, sorprendida, no estaba preparada y estaba totalmente seca; y el acto duró más de lo que recordaba del primer año de matrimonio, que, de repente, le parecía algo muy lejano, perteneciente a un mundo y una vida olvidados.

Assunta lo soportó en silencio, torturada por la idea de que la pequeña Stella los estaba mirando y tenía que detener a su marido. Pero no podía pedirle que parara después de tres años y medio de ausencia, después de una espera tan larga, cuando era su deber para con él. Assunta se había acostumbrado tanto a su castidad que ni siquiera le había pasado por la cabeza que tendría que entregarse a su marido en la misma habitación que compartían con su hija. ¿Sería siempre así a partir de ahora? Volvió la cabeza hacia la pared, intentando no ver los ojos de Stella, llenos de curiosidad y bien abiertos.

Cuando terminó, Antonio quedó tan profundamente dormido que Assunta tuvo que luchar con el peso muerto de sus piernas para quitarle las botas. Pasó la tarde limpiando la casa y diciéndole a Stella que jugara sin hacer ruido. No hacía falta que Assunta hiciera callar a la niña: nada podría haber despertado a su marido.

Antonio pasó el segundo día en su casa durmiendo. Se acercaron los vecinos con intención de darle la bienvenida, besarlo, bendecirlo, llorar y preguntarle por los hijos que no habían vuelto u otros muchachos de los que habían oído hablar; Assunta pensó en ello detenidamente y comprendió lo terribles que esas expresiones de afecto podrían ser para Antonio. Cerró las ventanas y las puertas con pestillo para disuadir a los visitantes. Algunos, por supuesto, llamaban de todos modos. Assunta abría la parte superior de la puerta y los echaba sin hacer ruido.

—Mañana —susurraba— o pasado mañana.

Entre tanto, cocinaba para que cuando su marido despertara pudiera comer de inmediato. No tenía pan que ofrecerle —aquel invierno tampoco había trigo— y se esforzó por hacer una sopa con patatas viejas y algunos frutos desecados que

tenía en la despensa. La pequeña Stella la miraba con aire sombrío. Comprendía la complejidad de la tarea.

El tercer día que pasó en Ievoli, Antonio estuvo ya listo para levantarse.

—Vámonos a Nicastro —dijo a su mujer. Tenía una cantidad de dinero pequeña pero, con todo, considerable, recibida con la licencia militar, y había decidido ya en qué quería gastarla.

Era un jueves no demasiado frío para principios de diciembre. Assunta no entendía para qué tenían que ir a Nicastro en aquel preciso momento, pero ahora que volvía a tener marido era su deber sagrado como cristiana hacer lo que él le dijera.

—Le dejaré la nena a mi madre —dijo.

—No, Mariastella tiene que venir con nosotros —dijo Antonio. Formaba parte de lo que pretendía hacer—. Vístela.

—No puede andar tanto —protestó Assunta. Era, por lo menos, una caminata de dos horas; la propia Assunta solo había ido dos veces en su vida a Nicastro. Pensó en las amplias avenidas con palmeras y los hombres extraños sentados en los bares del *corso*. Un lugar terrorífico para una niña.

—La llevaré yo en brazos —contestó Antonio.

El propósito de Antonio era hacer un retrato de familia. Se había convertido en una obsesión para él durante los días nevados en los Alpes. Algunos hombres tenían fotografías de su familia y, al final de la guerra, Antonio recordaba el rostro de las esposas de los demás, pero no el de la suya. Había decidido que cuando se tiene una familia es necesario poder mostrarla.

El fotógrafo de Nicastro les hizo un hueco aunque la familia Fortuna ni siquiera tenía cita, a Antonio no se le había ocurrido pensar en ello. El retratista estaba acostumbrado a gente como Antonio, paletos de los pueblos de las montañas que aparecían en su establecimiento con nociones difusas de lo que sucedería allí. Entre los muchachos que iban a la guerra y los que zarpaban rumbo a América del Norte o del Sur, la gente necesitaba recuerdos y había estado trabajando mucho, incluso durante las privaciones de los últimos años.

Muchos de los clientes que acudían a fotografiarse eran pobres e incluso sus mejores galas tenían aspecto ajado, de manera que el retratista tenía un arcón lleno de ropa: cuatro vestidos de mujer de distintos colores y tallas, dos trajes completos de hombre y muchos trajes para niño, puesto que algunas veces los hombres llevaban consigo a toda su numerosa familia. No cobraba más por el alquiler de las prendas; no quería que la gente se quejara de que tenían mal aspecto en la foto, aunque el motivo fuera la apariencia del retratado y no la calidad de la fotografía. El retratista enseñó a los Fortuna cómo tenían que posar y les sugirió que hicieran todo lo posible para mantener quieta a la niña: solo

haría un disparo.

Tardaría una semana en revelar la foto. Antonio podía pagar la mitad en aquel momento y la otra mitad cuando fuera a recogerla. O bien podía pagarla entera junto con una cantidad adicional para que se la enviara por correo, pero le advirtió que eso tardaría más tiempo, puesto que dependía de que tuviera suficientes entregas para justificar un viaje a los pueblos de las montañas. Antonio eligió la primera opción: no era partidario de gastar dinero cuando había otras posibilidades, por incómodas que resultaran.

Al día siguiente, el cuarto tras el regreso de Antonio a Ievoli, los Fortuna salieron después de comer en dirección a Tracci para visitar a la familia de Antonio. Este hizo que Assunta envolviera el regalo que les había comprado en Nicastro —una jarra para conservas de la famosa cerámica blanca de la ciudad de Squillace, pintada con flores y hojas en ocre, amarillo y verde—, así como todo lo que se necesitara para pasar fuera la noche. Tracci estaba a una hora de marcha desde Ievoli y Assunta habría preferido volver caminando después de la cena en lugar de pasar la noche fuera. Pero había habido problemas con los bandidos en fechas recientes y Assunta tampoco quería exponer a su hija a los malignos vientos nocturnos que traían enfermedades como el cólera. Solo las personas maliciosas salían después del atardecer y respiraban el venenoso aire de la noche para contagiar después a los demás. Assunta no era maliciosa.

Mientras caminaban, Assunta pensaba en qué podría decir a la madre de Antonio, a la que apenas conocía. Mariastella Callipo había ido a visitar a Assunta y a Stella en Ievoli solo una vez durante la guerra. La visita había sido incómoda, ya que a Assunta le resultaba difícil comunicarse con ella. La madre de Antonio era de esas mujeres que siempre iban de negro, incluso los días de fiesta, aunque no fuera viuda. Assunta sabía que era una adusta forma de recato piadoso que debería haber admirado; sin embargo, a ella le parecía retrógrada. Mariastella Callipo hacía que sus hijas vistieran como ella y, cuando Assunta pensaba en la familia de Antonio, siempre se imaginaba a la madre y a las hermanas en hilera, con vestidos y velos negros e idénticos, tal como habían ido a la boda de Assunta, incluso la pequeña Mariangela, que hacía de damita.

Tres años después, aquella tarde de diciembre de 1918, Assunta, Antonio y la pequeña Stella llegaron a Tracci en plena siesta, cuando las calles estaban vacías y silenciosas, apenas se oían los ruidos de las cocinas, solo el rascar, aclarar y trastear de las mujeres que se filtraba a través de las ventanas cerradas por persianas de madera.

La suegra de Assunta tardó un poco en abrir la puerta. La Mariastella mayor

era una mujer alta, de unos cuarenta años, con un ceño profundamente surcado y una ligera bizquera. El pelo le había encanecido desde la última vez que Assunta la había visto.

—Oh, has vuelto —dijo la madre de Antonio. Le ofreció las mejillas para que se las besara, después les hizo un gesto para que entraran en la casa, donde, sin decir palabra, se sentó a la mesa y cogió la labor de costura que tenía a medias. Assunta se sintió desconcertada ante aquel encuentro tan poco emotivo. ¿Después de que su hijo, carne de su carne, estuviera ausente, en la guerra, durante años? ¿No había temido por su vida, no había rezado por él a diario, como Assunta?

La casa de los Fortuna era vieja, el tipo de casa que ya no se construía por temor a la mala ventilación, con un techo tan bajo que la propia Assunta podía tocarlo si extendía el brazo. Solo tenía una ventana, que daba a la calle. En la cama que ocupaba la mitad de la habitación había una chica sentada meciendo a su hermana pequeña sobre las rodillas. Assunta la reconoció: era Mariangela, la hermana de Antonio, que tendría ya unos trece años. Antonio la besó en las mejillas y acarició la cabeza de la nena; después salió a buscar a su padre al huerto, situado ladera abajo.

Assunta desenvolvió la cerámica de Squillace y se la dio a la Mariastella mayor, la cual dejó la costura el tiempo suficiente para depositarla en un estante. Incómoda por el silencio, Assunta preguntó:

—¿Ha visto usted lo grande que está mi Mariastella?

Con ello daba pie a que la niña interviniera un poco, pero era tímida. Stella se agarró la falda con ambas manos y giró levemente de un lado a otro con la vista clavada en el suelo.

—Stella, saluda a tu *nonna* —dijo Assunta—. ¿Le das un beso?

Stella atravesó la habitación obedientemente y su abuela Mariastella se agachó para recibir los labios húmedos y brillantes de la criatura en la mejilla.

—¿Sabes? —dijo Assunta cuando la niña corrió hacia la seguridad materna—, te llamas como tu *nonna* Mariastella, esta *nonna* de aquí.

Stella se llevó un dedo a los labios en un gesto de timidez. La Mariastella mayor agitó una mano para saludar a la niña; Assunta sintió una punzada de compasión por aquella mujer, endurecida por la edad y tan poco expresiva, incluso con sus nietos.

—Esta es tu tía Mariangela, Stella —prosiguió Assunta, sujetando a Stella por los hombros y haciendo que mirara a su tía adolescente y al bebé que mecía—. ¿Saludas a tu *zia*?

—*Ciao, zia* —dijo Stella.

Mariangela sonrió. Tenía el cabello grasiento y la frente y la barbilla cubiertas

de granitos rojos, pero sus ojos grandes y negros eran hermosos, pensó Assunta.

—¿Y cómo se llama? —preguntó Assunta, señalando a la criatura, que tendría unos tres o cuatro meses.

—Angela —contestó Mariangela.

—Oh, casi igual que tú —dijo Assunta, preguntándose por qué le habrían puesto un nombre tan parecido al de su hermana—. Stella, ¿ves a la nena? Es tu tía Angela. ¿No te parece divertido que tengas una tía más pequeña que tú? —Stella se rio y escondió la cara en la falda de su madre. Assunta cubrió la redonda cabeza de su hija con la mano y sintió su calor—. No tengas vergüenza, algún día tu tía Angela será mayor y podréis jugar juntas.

—No se llama Angela como yo —corrigió Mariangela. Bajó un poco a la niña dormida para que Stella pudiera verla—. Se llama Angela, igual que mi madre, que murió.

Assunta vaciló y miró a su suegra en busca de alguna explicación, pero la mujer estaba ocupada con la costura y no levantó la vista.

—¿Tu madre murió? —preguntó Assunta.

—Sí, murió cuando yo era pequeña. —Mariangela clavó la mirada en Assunta—. Yo solo tenía tres años, pero la recuerdo. Poquito, pero la recuerdo.

La suegra de Assunta se puso en pie de repente, dejó la costura sobre la cama y salió, dejando que la parte inferior de la puerta doble se cerrara con un portazo. No le gustaba aquella conversación.

—No lo sabía, cuánto lo siento —dijo Assunta. La chica no añadió nada más, de modo que Assunta preguntó dubitativa—: ¿Y cómo murió?

Mariangela miró a la hermanita que tenía en brazos.

—Dando a luz a un niño, que también murió.

—Lo siento —dijo Assunta—. Qué pena.

¿Estaba diciendo Mariangela que Mariastella no era su madre biológica? ¿Eso hacía que también fuera la madrastra de Antonio? ¿Por eso parecía tan fría con él?

Assunta pensó en uno de los proverbios de su madre: *I guai da pignata i sapa sulu a cucchiara cchi c'è vota*: los problemas de la cazuela solo los conoce la cuchara que la remueve. En otras palabras, solo una familia conoce sus propios secretos. Sería mejor que Assunta se ocupara de sus cosas, le habría dicho su madre para regañarla. Pero la familia de su marido era también la de su hija, ¿no hacía eso que fueran también asuntos suyos?

—¿Dónde están tus hermanos? —preguntó Assunta a Mariangela con cuidado.

—Estarán jugando en la *chiazza*, supongo.

—¿Y los mayores? —Assunta sabía que había dos chicos adolescentes: le

habría gustado recordar cómo se llamaban; ahora le parecía raro que Antonio no hablara nunca de ellos—. ¿Están trabajando?

—Se fueron a América el año pasado —contestó la chica tras un momento de duda—. *Mamma* no quería que los llamaran para ir a la guerra como a Tonnon.

Ahora Mariangela había llamado «*mamma*» a Mariastella a pesar de que había dicho que la mujer no era su madre. ¿Era posible que la niña estuviera trastocada o confundida?

Assunta dejó correr el tema.

La visita transcurrió despacio. Era la fiesta de San Nicola y todos fueron a misa por la tarde a la diminuta capilla de Tracci, un alivio para Assunta porque era una buena manera de pasar las horas con su familia política. Después volvieron a casa de los Fortuna, Mariastella puso agua para hervir la pasta, un alimento de fiesta al que había destinado lo que le quedaba de un precioso saco de harina. Parecía que, al final, la mujer estaba entendiendo que se trataba de una ocasión especial. Sin embargo, cuando se puso el sol y Mariastella Callipo cortó la pasta en tiras para retorcerla y formar *gemelli*, Assunta lamentó que fuera demasiado tarde para que ella y Antonio llevaran a la niña de regreso a Ievoli.

La noche fue lo peor, largas horas de aburrimiento e inquietud durante las cuales Assunta fue incapaz de cerrar un ojo. Se acostaron todos juntos en la única cama: Mariangela junto a la pared; después el bebé —Angela— y la Mariastella mayor; luego el suegro de Assunta; Antonio, y, finalmente, Assunta, rígida por el temor a caerse del colchón. Stella descansaba sobre el pecho de su madre y no paró de moverse en toda la noche. Los chicos, Luigi y Egidio, habían cedido su puesto a las visitas y durmieron en el suelo.

Assunta no estaba acostumbrada a dormir con tanta gente. La cama desprendía el olor húmedo y denso acumulado sin lavar durante años de sueño. Assunta se había encontrado una pulga en la pierna mientras cenaban y ahora no era capaz de dejar de pensar que aquella cama sucia estaba llena de bichos. Pero no podía hacer otra cosa que quedarse acostada y ofrecerles su cuerpo hasta que hubiera luz suficiente para llevar a su hija a casa.

En la penumbra que precede al alba, Assunta oyó que la pequeña Angela se agitaba. Oyó un murmullo maternal desde aquel extremo de la cama y después el rumor de la tela sobre la piel cuando la madre se incorporó para calmarla. Assunta oyó los familiares sonidos de un bebé mamando, casi inaudibles bajo los ronquidos húmedos y regulares de Mariastella que, sin duda, no estaba despierta. La criatura no era la hermanita de Mariangela, la chica de trece años: era su hija.

Por la mañana, Antonio y Assunta partieron hacia Ievoli en cuanto hubo luz suficiente para ver el camino. Assunta deseaba con todas sus fuerzas irse a casa. Quería desnudarse y desvestir a la niña en busca de pulgas y piojos.

Mientras seguían el camino de mulas por la hondonada situada entre los pueblos, Assunta hizo acopio del valor suficiente para decirle a Antonio:

—No sabía que tu madre había muerto cuando eras pequeño.

—¿De qué demonios hablas? —preguntó Antonio, apartando la vista y dirigiéndola hacia el valle cubierto de olivos—. Mi madre no ha muerto, te hizo la cena anoche.

Stella, que dormitaba en brazos de Assunta, era cada vez más pesada. Probablemente tampoco había dormido en la cama atestada y maloliente. Assunta la cambió de postura y lo intentó de nuevo:

—Pero ayer Mariangela me dijo que su... que la nena se llama así por su madre muerta.

Assunta esperó nerviosamente hasta que, por fin, su marido dijo:

—Mariangela tuvo otra madre, pero la mía es la que tú conoces.

Aquello todavía tenía menos sentido. A menos que... el padre de Antonio hubiera tenido una querida y Mariangela fuera hija bastarda. Pero Antonio no tenía intención de decir nada más sobre el asunto.

—Venga, dame la nena, iremos más deprisa.

Cogió a Stella en brazos y aceleró el paso, de modo que Assunta tuvo que trotar para mantenerse a su altura.

Assunta desnudó a Stella y metió a la niña en la cama en cuanto llegaron a casa. Le habría gustado acostarse también, pero Antonio había salido a buscar leña y le gustaría comer caliente en cuanto regresara.

Pasó el día dando vueltas a la revelación de la noche anterior: su cuñada adolescente y soltera dando de mamar a un niño de origen incierto. La escandalizaba aquella conducta tan poco piadosa: Mariangela, que había sido una damita tan dulce cinco años antes, había permitido que un hombre le hiciera eso. A Assunta la asustaba la mera idea de mantener relaciones sexuales antes del matrimonio: era un pecado mortal, una traición a la gracia de Dios: la asustaba aunque ella jamás podría haber cometido ese pecado. ¿Y en el caso de una chica de la edad de Mariangela, además? Assunta tenía casi quince años cuando se casó, no podía imaginar lo que podía ser pasar por aquello un poco más joven. A los trece era todavía una niña, ni siquiera tenía el periodo. ¿Cómo había podido descarriarse tanto la pequeña Mariangela?

Assunta estaba mareada por lo que sabía y por lo que no sabía de la familia

de su marido, recelaba de su moral y de sus sórdidas costumbres. Iba de un lado a otro, se quitó el vestido con el que había ido a Tracci y se puso otro más bonito que acostumbraba a llevar a misa. Dejó dormir a la niña y subió hasta el pilón situado en lo alto de *via* Fontana, donde frotó toda la ropa sucia sobre el pedregoso lavadero. El agua fría de la montaña le entumecía los dedos. Aquel año no tenía jabón porque no había sobrado aceite de oliva para fabricarlo. Pero ahora que Antonio había vuelto a casa, todo iría mejor. Para ahuyentar los malos pensamientos, dijo en voz alta varias veces: «La guerra ha terminado. Es una nueva vida. Lo peor ha pasado ya».

Cuando Assunta volvió a casa, Stella seguía durmiendo, pobrecilla. Assunta tendió la ropa en la cuerda que colgaba sobre las gallinas de la viuda Marianina. Volvió a subir a la fuente para llenar la olla de agua y después atizó el fuego. Peló un puñado de castañas asadas y las echó en el agua; añadió patatas troceadas, pera seca y un poco de sal. Llenó un frutero con los caquis del árbol que crecía en el jardín —los frutos estaban en sazón— y después se sentó a la mesa, inquieta. Antonio volvería a comer y tendrían que ir aprendiendo a vivir juntos. Ya habían convivido antes, pero no durante mucho tiempo. Tendría que acostumbrarse a un marido totalmente nuevo, como si no compartieran una historia ni ningún afecto.

Pensaba en ello mientras las campanas de Santa Maria Addolorata tocaban los cuartos. No era solo cosa de Antonio, decidió; ella también era distinta de cuando él se marchó. Ahora era madre y comprendía las cosas que entienden las madres: que nada en el mundo es más importante que el aliento del hijo, ni obedecer al marido, el amor o el deseo, ni siquiera el propio bienestar. Para ser una buena esposa cristiana, debería acordarse de poner en primer lugar las necesidades de su marido tal como lo hacía antes sin pensar, cuando no había nada más importante que él.

Cuando las campanas de la iglesia tocaron la una, Assunta miró cómo estaba Stella. ¿Debería despertarla para comer? Le tocó la frente y le pareció que estaba un poco caliente. Pensó en el aire viciado de la oscura casucha de Tracci y su inquietud aumentó. Decidió dejar que Stella durmiera.

Antonio regresó a casa con más leña de la que Assunta creía que pudiera cargar un hombre. La apiló junto a la casa y luego se sentó y comió lo que Assunta le ofreció. No alabó la comida, pero tampoco se quejó. Después salió de nuevo, quizá para encontrarse con otros hombres en el bar.

Assunta limpió la cocina e intentó despertar a su hija.

—¿Tienes hambre, estrellita?

Stella por fin abrió los ojos con la expresión desorientada de un niño al que acaban de despertar en contra de su voluntad.

—Come un poquito de sopa —dijo Assunta.

Cogió a Stella en brazos y envolvió con una manta su torso desnudo —el vestido de lino de la *bambina* seguía tendido en el exterior— y la llevó a la mesa. Stella protestó y solo quiso comer unas cucharaditas de patata. Assunta la puso en el orinal, aunque casi no era necesario, y volvió a meterla en la cama, preguntándose si no estaría más caliente que antes.

Parecía que fuera a llover, así que Assunta metió la ropa y la tendió junto al fuego. Estaba cada vez más nerviosa, de modo que se puso a rezar el rosario, recitándolo tan despacio como pudo, concentrándose en la Virgen y su gracia. Llevaba ya dos tercios cuando llegó su hermana, Rosina, y terminaron de rezarlo juntas.

Ros tocó la frente de la niña.

—Me parece que no está bien, Assunta —dijo. Se santiguó murmurando por lo bajo, cogió un poco de menta de un bolsito que llevaba colgado al cuello y lo aplastó en la frente de Stella para ahuyentar el mal de ojo.

—¿Qué hago?

Ros examinó a la niña.

—Los niños tienen fiebres muchas veces, pobrecitos, ya lo sabes. Quizá se le pase. Dale de beber un poco de *gagumil* y espera dos horas. Pero si tiene más fiebre tendrás que ir a buscar al médico.

Assunta no estaba segura.

—Si tengo que ir a Feroletto, será mejor ir ahora —dijo Assunta. Todavía quedaban un par de horas de luz; podía llevar a la niña a Feroletto, donde vivía el médico más cercano, antes de que anocheciera, aunque salir al aire húmedo de diciembre quizá fuera lo peor para ella. También podía ir sola a Feroletto a buscar al médico para que subiera a Ievoli, pero no era capaz de imaginar cuánto costaría una visita a domicilio. No tenía dinero; necesitaba que Antonio volviera a casa para pedirselo antes de irse.

—Mira, Assù. Ve paso a paso y, si luego tienes que ir a Feroletto, vas. —La diminuta Ros se enderezó para poner su manita sobre el hombro de su hermana menor, y Assunta sintió la palma cálida y tranquilizadora a través de la tela del vestido—. No te preocupes por las cosas antes de tiempo o tomarás malas decisiones. Si tienes que ir ya te darás cuenta. Y entonces irás.

Rosina se fue a recoger hierbas y regresó con Maria pisándole los talones. Cocieron una infusión de manzanilla, piel seca de limón y anís para eliminar todo mal que hubiera podido acumular la sangre de la pequeña. Stella se sentó con su abuela y su tía durante un rato, sorbiendo dócilmente y sonriéndoles cuando le cantaban algunas de sus canciones favoritas, extendiendo las manos y cogiéndose los pies. Pero parecía apática, tenía los ojos hundidos y tristes, de

modo que Assunta le puso el vestido, que ya estaba seco, y volvió a meterla en la cama. Maria y Ros se quedaron con Assunta, haciendo ganchillo y escuchando el rumor de la lluvia, hasta que Antonio regresó a casa; entonces se marcharon.

Para cenar, Assunta sirvió la sopa que quedaba, a la que había añadido algunas zanahorias y una cebolla. Comieron en silencio, Assunta torturada por los nervios. Antonio desprendía el olor acre habitual tras horas bebiendo, cosa que en circunstancias normales habría hecho que Assunta se disgustara, pero aquella noche estaba demasiado inquieta por su hija para preocuparse por su marido.

Después de lavar los platos, Assunta examinó de nuevo a Stella: tenía la frente ardiendo. El cambio era tan llamativo que Assunta soltó una exclamación.

—Antonio —dijo cuando consiguió hablar—. Tenemos que ir a Feroleto. Tenemos que ir a buscar al médico para que vea a Stella.

Antonio se acercó a la cama y comprobó la temperatura de Stella con su toska mano. Assunta tragó saliva al ver sus dedos grandes y poco delicados sobre su hija, pero Stella no se movió.

—Solo es fiebre —declaró Antonio—. Ya se le pasará. Si mañana no está mejor, iré a Feroleto a buscar al médico después de misa.

Assunta recordó lo que le había dicho Ros: si era necesario ir se daría cuenta. Ahora lo sabía. Tenía que ir a Feroleto y eso dijo.

—Es ridículo —contestó Antonio—. Oye cómo llueve. ¿Sabes qué hora es? No es seguro salir tan tarde por la noche.

—Antonio, por favor —sollozó Assunta. Se daba cuenta de que las lágrimas no conseguirían que su marido la respetara más, pero no podía controlarlas—. Necesita un médico. Iré yo, no tengo miedo.

—¡Pero si el médico a lo mejor ni viene a estas horas! —gritó Antonio—. ¿Crees que soy tan rico que podemos hacer venir al médico cada vez que la niña tenga fiebre? ¿Estás loca?

Assunta inspiró hondo y se secó las lágrimas y los mocos de la cara con la manga.

—No lo entiendes —dijo, intentando no parecer histérica—. No eres madre. Yo sé lo que pasa. Yo sé que necesita un médico.

—Soy su padre —replicó— y yo sé que puede esperar hasta mañana.

—Yo...

Antonio levantó el puño. No pegó a Assunta, fue solo un gesto, pero puso fin a la conversación. Antonio se alejó y regresó junto al fuego.

—Siéntate —ordenó Antonio—. Cálmate. Ya verás como todo esto pasa. Y si no, iré a buscar al médico por la mañana.

Assunta no sabía qué hacer. Se metió en la cama con Stella tras quitarse la

ropa para que la piel ardiente de su hija estuviera en contacto con la suya con la esperanza de que la fiebre pasara de una a otra. Stella se quedó un rato sobre su madre, pero luego gimió y se apartó. Assunta se echó a llorar mientras intentaba controlar la respiración para no molestar a la niña ni irritar más a su marido. Le parecía que las lágrimas caían con estruendo sobre el colchón y las sábanas las absorbían con un sonoro siseo.

Aterrorizada, no paraba de dar vueltas a los mismos pensamientos: los bandidos, la lluvia, el largo viaje a oscuras a Feroletto, el hecho de que Antonio se considerara también padre de la niña aunque no hubiera vivido nunca con ella, de modo que su fe en su propia autoridad era falsa. ¿Debería haber discutido con él con más insistencia? Tenía la sensación de que había elegido mal las palabras, se había ido equivocando en todas las decisiones, pero no se le ocurría de qué otro modo podría haber actuado.

Assunta recordaba que había visto el suave naranja del alba a través de las rendijas de la ventana, de modo que no debió de conciliar el sueño hasta después de que amaneciera. Después se quedó dormida —¿cómo era posible?—, profundamente dormida, tras dos noches de agotamiento y pánico insomne. Cuando Antonio la despertó, las campanas de la iglesia llamaban a misa sonoramente. Serían casi las diez, se había perdido el rosario. Antes de abrir los ojos, extendió la mano, por costumbre, buscando a Stella y tocó la piel fría del brazo de su hija.

Assunta se enderezó de un brinco, completamente despierta y pálida de miedo. Antonio la estaba agarrando por un hombro, los dedos se le clavaban en la carne.

—Assunta, la nena está muerta.

Esta no es la Stella Fortuna que sobreviviría a siete (u ocho) muertes. Esta fue la primera Stella, su hermana mayor del mismo nombre. Esta fue la Stella que murió.

* * *

Existe una teoría —bastante controvertida, pero eso ya depende de la sensibilidad religiosa de cada uno— sobre los motivos por los cuales la segunda Stella estuvo a punto de morir tantas veces. Algunos se preguntan si estaba hechizada por el fantasma de su hermana muerta, la primogénita a la que sustituyó en cuerpo y nombre. No es muy católico creer en fantasmas y las personas verdaderamente creyentes jamás deberían tener en cuenta esa idea. O eso era lo que se decía Assunta y rezaba con más ahínco.

La segunda Stella viviría por completo la vida truncada de la primera y experimentaría todas las situaciones desagradables que su hermana evitó al morir tan trágicamente joven. Es más fácil recordar a la primera Stella como la niña perfecta que fue que imaginar a la persona real que nunca tuvo la oportunidad de ser, una persona real como la segunda Stella. Una mujer que llega a la edad adulta muchas veces es un ser herido; la primera Stella podría haber crecido hasta llegar a ser objeto de malos tratos por parte de su marido o podrían haberla detenido mientras huía de él; podría haber sido una mujer poco cristiana o poco agraciada, remilgada o flatulenta, amargada o idiota, y bien podría haber muerto poco después de cualquier otra cosa. La historia de cualquier vida vivida desemboca en la decrepitud, el resentimiento y el llanto por las oportunidades perdidas; en capacidades menguantes, decepciones irrecuperables, en soledad. Esto —la fealdad de la realidad— es lo que separa la historia de las dos Stellas: la primera, que murió a los tres años y medio, y la segunda, que no quiso morir nunca.

* * *

El funeral por la niña se celebró el lunes por la tarde. El pueblo entero acudió a la misa, todos los bancos estaban llenos y los que llegaron tarde tuvieron que quedarse de pie en la entrada. Todo el mundo quería a Assunta y lo sentían muchísimo por ella y por su joven marido, que acababa de llegar de sufrir las penalidades de la guerra y se había encontrado con aquella desgracia.

Assunta no recordaría nada de la ceremonia, solo que cuando las puertas de la iglesia se abrieron y los dolientes salieron a la *chiazza* y la llenaron hasta llegar a la barandilla de hierro, el sol comenzaba a descender sobre el mar Tirreno siguiendo su recorrido invernal. Una tormenta negra y gris se cernía sobre las montañas y algunas gotas dispersas de lluvia fría siguieron a la lenta procesión que bajaba hacia el cementerio, pero por el oeste el cielo estaba despejado y el mar tenía un profundo color aguamarina.

Los portadores del féretro eran el hermano de Assunta —Nicola, que había sido el padrino de Stella— y el propio padre Giacomo, cuya sotana arrastraba por el suelo embarrado. Lo normal era que los féretros se llevaran entre seis, pero la diminuta caja de Stella solo necesitaba dos portadores. Tenía una cuerda atada por el centro; así, si uno de los portadores tropezaba por el empinado sendero, el cadáver no saldría volando. Assunta caminaba detrás, ayudada por su madre y su hermana, que la sostenían por los brazos. Maria y Rosina sollozaban, pero Assunta no. Reprimía su pena porque sabía que, cuando estallara, moriría.

Un centenar de dolientes siguió el ataúd hasta el cementerio, una ciudad vallada con mausoleos de mármol que se alzaban como casitas en miniatura en calles estrechas y uniformes. Los familiares se agrupaban de dos en dos y una placa proclamaba las respectivas fechas. Nunca se había enterrado a un Fortuna en Ievoli, de modo que los restos de la pequeña Stella fueron a parar al primer estante de una casa de la muerte vacía, donde esperaría al resto de sus familiares.

Assunta y Antonio se detuvieron delante de un pórtico de piedra y saludaron a los vecinos. Había muchos rostros húmedos, pero estrecharon las manos y besaron las mejillas rápidamente para terminar enseguida con la fila. Nadie quería estar en el exterior cuando anocheciera, menos todavía encontrarse en el mismo aire malsano que había matado a la niña.

Dos días antes de Navidad, a media tarde, se oyó un golpe en la puerta. Assunta abrió descalza y con el vestido que llevaba desde hacía cuatro días. En el umbral,

con sus botas de fina piel sobre el barro del gallinero de la viuda Marianina, se encontraba un hombre que Assunta conocía, pero no recordaba de dónde.

—Buenas tardes, *signora* —dijo el hombre, lo que no fue de gran ayuda para reconocerlo. Llevaba una cartera de cuero que a Assunta le llamó la atención.

—*Ciao* —contestó ella. A pesar de su estupor, se esforzó en concentrarse.

—No vinieron a recogerla —dijo el hombre—. He tenido que acercarme a Marcantoni para una entrega, de manera que he pensado que podría pasar de camino.

Assunta no se sentía capaz de fingir más, no tenía energía.

—¿No fuimos adónde?

—A recoger la fotografía que se hicieron, ¿de qué cree que le estoy hablando?

Ah, sí, ahora lo reconocía. El fotógrafo de Nicastro.

—Ya no necesitamos la foto —fue lo primero que se le ocurrió decir.

La nuez de Adán del fotógrafo se movió cuando este tragó saliva. Se había enfadado.

—¿Y qué pasa con la otra mitad de lo que me deben? —exclamó—. Su marido solo pagó la mitad, el resto se paga a la entrega.

—*Signore* —dijo Assunta. Podía haber estado hablando con Dios mismo—. Acabamos de gastar todo el dinero que nos quedaba en el entierro de nuestra hija. La niña que sale en la foto que usted nos hizo, ¿*capito*?

No quería otra cosa que terminar la conversación y volver a la cama.

El fotógrafo era un ser humano sensible y, además, un hombre de negocios que se daba cuenta de cuando no había nada más que ganar.

—Cuánto lo siento, *signora*. Mire, les regalo la foto como muestra de condolencia, no hace falta que me paguen la mitad pendiente —contestó mientras sacaba un sobre marrón de la cartera—. No me dé las gracias. Tienen que tener esta foto de su hija para recordarla.

Le tendió el sobre, se llevó la mano a la gorra y se marchó.

Es posible que todavía haya por ahí alguna copia de ese retrato si la segunda Stella no lo destruyó en la purga. Tengo la imagen grabada en la memoria, aunque debo admitir que hace años que no lo he visto.

En el retrato, Assunta, a sus diecinueve años, con su busto amplio y su rostro curtido, parece una mujer mucho mayor. Lleva un vestido negro de manga larga y tiene la misma expresión de perro apaleado que vemos en muchas fotos de sus contemporáneos emigrantes. Probablemente posó nerviosa, desorientada por las indicaciones del fotógrafo. Antonio, por su parte, es un patriarca de vodevil con

su chaleco de botonadura cuadrada y su enorme bigote retorcido. La primera Stella, la *bambina* muerta, está enfilada entre ellos como si fueran las cuentas de un rosario; los pies, cruzados hacia dentro como los de un Cristo, se apoyan en una mesilla. La fotografía tiene un aire inquietante: el rostro de la primera Stella, en blanco y negro, es melancólico y poco infantil y tiene sombras profundas bajo unos ojos oscuros de mirada perdida, como la de aquel que ha pasado por el valle de la frívola juventud y siente alivio por no tener que agotarse de nuevo con ello.

Assunta y Antonio no volvieron a retratar formalmente a sus niños pequeños. Por una parte era caro, pero, sobre todo, habían aprendido la lección: no había que celebrar algo que todavía no se había hecho plenamente real. Assunta no podía evitar la idea de que, al hacer el primer retrato de Stella, gracias al cual podían recordarla, ella y Antonio la habían condenado a muerte.

La fe de Assunta era sólida, pero tras la muerte de su hija se resquebrajó. Había perdido el amor y la luz de su vida, la preciosa niña sobre la que se había volcado, la criatura más querida de todo Ievoli, que había hecho feliz a Assunta con su inteligencia y con el afecto que tanto ansiaba, a la que había acurrucado en el solitario semisótano y había sido su compañera en las largas estaciones durante las que no había sabido si su marido regresaría. Assunta no era capaz de dominar su pena y, por ese motivo, en las más tristes horas de su vida no solo perdió a su hija, sino, durante un tiempo, también perdió a su Dios.

Assunta tenía que creer que para los cristianos bautizados el cielo que les esperaba era mucho mejor que la vida en esta triste tierra. Si su fe fuera verdadera, no debería tener motivo de tristeza, ya que su difunta hija era ya feliz para siempre. Tenía que creer que Dios había actuado como tal al llevarse a Stella, y Dios no cometía errores.

Pero se debatía, luchaba contra esa idea. No podía evitarlo. Echaba de menos a su hija amargamente, no podía dejar de pensar que Stella se había ido para siempre y, por mucho que rezara, no conseguía ningún consuelo. Como resultado, Assunta sentía temor de su propia fe, lo que, a su vez, le hacía temer la fe que había dado a su hija, y se preguntaba si ella o su niña tendrían entrada en el paraíso. Y a pesar del deseo de enmendar sus errores para no quedar fuera del cielo de Dios, Assunta no conseguía dejar de llorar.

Llegó a Ievoli la noticia de la epidemia de gripe, que había aparecido en los campos de batalla y se había expandido por toda Europa a medida que los soldados iban regresando a casa, una penalidad más, producto de la guerra, destinada a destrozar a las familias ya heridas. La *suora* Letizia le explicó a

Assunta lo de la gripe cuando fue a casa de los Fortuna para rezar con la apenada madre. Dos habitantes más de Ievoli habían sucumbido a síntomas similares a la gripe; el diagnóstico encajaba y Antonio podría haber traído la enfermedad a casa.

—Debes dejar de echarte la culpa —dijo la *suora*—. Aunque hubieras ido a buscar al médico a Feroletto, no habría cambiado nada. Nada de nada —repitió, porque a los italianos nos gusta decir las cosas varias veces y con muchas palabras—. Habría sido para ti muy penoso ir corriendo de noche bajo la lluvia y los bandidos de los bosques os podrían haber robado o asesinado a las dos.

En sus impías reflexiones, Assunta se preguntaba cómo podría perdonar a Antonio por haber sobrevivido, si efectivamente su niña había muerto de la gripe que él había traído de la guerra. ¿Por qué no había sido uno de los once chicos de Ievoli que habían caído en la meseta de Asiago? Si Antonio hubiera muerto, su Stella seguiría viva.

Assunta conseguía conciliar el sueño imaginando una y otra vez una negociación con Dios en la que le daba a su marido a cambio de su hija. Algún día tendría que confesarse por esa fantasía tan impropia de una buena esposa y pagaría la penitencia consabida, pero mientras tanto imaginaba la situación por sí, de un modo u otro, pudiera tener efecto en la vida real.

Es imposible empezar de nuevo tras algo así, si lo piensas.

—No pienses —decía Maria a su hija. Maria había perdido varios hijos al nacer, cuatro hermosos bebés a término antes de que la *suora* Letizia llegara a Ievoli, donde solo tenían a un médico imbécil que no sabía qué hacer cuando una criatura venía de nalgas—. No pienses, hazlo. Es la única manera.

Y Assunta lo hizo. Quizá fuera la mejor manera de seguir adelante, ya que le exigía bien poco esfuerzo: no tenía ni que salir de la cama o ponerse ropa limpia. Antonio la tomaba. A Assunta le dolía el cuerpo de tristeza y aplastaba la cara contra la almohada porque no podía mirar a su marido, el cual aprendió rápidamente que era más fácil para los dos si se ponía detrás, así cada uno podía seguir pensando en sus cosas. Era lo más desagradable que Assunta podía imaginar, ofrecer su cuerpo a su marido sin amor, enfadada, mientras se le rompía el corazón en el pecho, pero era también la única manera de tener otro hijo.

Así pasó un año en casa de los Fortuna. Ni la mujer ni el marido eran ya las personas que habían sido cuando se casaron porque ambos habían conocido

distintas versiones del infierno. Pero salieron adelante. Assunta trabajaba duramente en el huerto y en la casa y rezaba a la Virgen, que también había perdido a su hijo y podía entender el dolor de su corazón. La tristeza no desapareció, pero poco a poco, sin que ni siquiera se diera cuenta, Assunta empezó a pensar cada vez más en la criatura que crecía en su interior.

Antonio había vuelto de la guerra convertido en otro hombre. A los veintiún años tenía ya canas y la frente arrugada de tanto entrecerrar los ojos para ver en el frío y seco aire alpino. Había regresado con una marcada afición a la bebida. En un lugar como Ievoli, la cultura popular rechaza la ebriedad; los hombres pueden beber vino moderadamente durante todo el día, pero sería humillante aparecer borracho en público. La guerra había eliminado ese desagrado y Antonio había aprendido a beber hasta perder el sentido.

Assunta se sentía inquieta y mortificada.

—Pero ¿qué dirá la gente? —le preguntaba.

—¡Me importa una mierda lo que diga la gente! —gritaba él. Cuando Assunta lo criticaba, Antonio disfrutaba haciéndola llorar, cosa bien fácil porque en ella era prácticamente una respuesta automática a los gritos—. ¿Quieres saber una cosa? En toda la historia, nadie le ha preguntado a un rico lo que dirá la gente. Nadie le dice a un hombre rico que se avergüence de sí mismo. ¡Por qué iba a avergonzarme yo!

Ese era otro de los cambios que la guerra había efectuado en su marido: le había inculcado un odio nuevo y feroz por las clases privilegiadas. Los oficiales bajo los que había luchado eran jóvenes ricos y débiles, totalmente indiferentes a los campesinos que enviaban al matadero. Escupían a los hombres como Antonio y él les pagaba con la misma moneda.

—Estoy harto de este país y de los *stronzi* que lo gobiernan. Aquí no hay nada para nosotros.

Antonio no pensaba más que en emigrar. Los hombres de la zona de Nicastro iban a un lugar llamado Pensilvania para construir vías férreas. Preparó los papeles para poder irse en cuanto llegara la primavera, en cuanto su hijo naciera.

Assunta no lo decía, pero se alegraba de que Antonio hubiera tomado la decisión de emigrar. Le había jurado amor ante Dios y no era mujer de las que rompen sus juramentos, pero sería mucho más fácil quererlo si no vivía en su casa. Deseaba que no esperara a que hubiera nacido el bebé. Además de otros malos sentimientos, su presencia la irritaba. Antonio rompía la armonía de su hogar con sus deseos vitales, su voz llena de autoridad, sus pedos, su bigote que desprendía cortos cabellos negros sobre la mesa de la cocina.

El segundo bebé de Assunta nació en el semisótano de la viuda Marianina en la gélida noche del 11 de enero de 1920, transcurridos cinco años exactos del nacimiento de la primera Stella Fortuna.

Pero Antonio volvió a sentirse decepcionado: era una niña.

—Bueno, aquí está: por lo menos, ahora tienes una nueva Mariastella —le dijo a Assunta.

Con el corazón latiéndole con la desesperación de una madre recién parida, Assunta examinó la cara del bebé buscando semejanzas. Pero aunque era solo una criatura, parecía muy distinta de la anterior.

—¿Eres mi Stella, mi *piccirijl'*? —pero mientras le hacía la pregunta, se sentía tonta. No era su Stella, era otra persona. Era otra Stella.

Assunta pensó en todo el amor que no había tenido ocasión de dar a la primera Mariastella. Ese bebé era la segunda oportunidad: esta vez se lo tomaría muy en serio, no cometería errores.

Antonio se fue a *l'America* tres semanas después de que naciera la segunda Mariastella, a principios de febrero de 1920. Había firmado un contrato con un *padrone* para trabajar en las vías del ferrocarril hasta el otoño. En *l'America* había nieve en invierno —algunos días, alcanzaba la talla de un hombre— y el trabajo se detenía hasta la primavera. Regresó a casa durante la temporada de las nieves, cuando la segunda Stella tenía diez meses, pero ahora que conocía los Estados Unidos no podía soportar Ievoli y pasó ahí solo el invierno, tiempo suficiente para plantar otro bebé en el vientre de Assunta.

La pobre Concettina fue una decepción desde el principio.

Para empezar, ya antes de nacer puso a su madre a prueba. A diferencia de las dos Stellas, tuvo a Assunta vomitando cuatro veces al día. Las mujeres del pueblo dijeron a Assù que los vómitos terminarían a medio embarazo, pero se equivocaron. La segunda Stella, que no tenía ni dos años, pero era una niña precoz, aprendió a decir «*mamma malata*» —mamá está enferma— y le acariciaba la barriga para calmar la ira de su hermana invisible.

Assunta pasó el mes de agosto confinada en el sudoroso calor de la cama, arrodillada en el huerto durante las primeras horas de la mañana, intentando desherbar mientras hacía fresco, inclinándose para fertilizar las patatas regularmente con su vómito. Entre sollozos, le decía a su madre que odiaba a Antonio, que la había dejado sola para que se muriera por culpa de su semilla, que no sobreviviría nunca a aquel embarazo. Maria le daba masajes en la espalda

e insistía en su idea de que esta vez sería un chico fuerte y duro.

Antonio volvió de *l'America* de nuevo en octubre de 1921 con la esperanza de asistir al nacimiento de su primer hijo varón. Llevaba en casa una semana cuando Assunta se puso de parto. Los primeros calambres empezaron cuando estaba preparándole a Antonio el café de la mañana, las contracciones duraron toda la tarde y el parto empezó hacia medianoche. La *suora* Letizia, Rosina y Maria estaban allí, por supuesto, y también Antonio, porque no tenía adónde ir a aquellas horas para quitarse de en medio. Permaneció sentado, impaciente, durante las últimas horas del parto, con el rifle cargado para disparar los dos tiros tradicionales para hacer saber al pueblo que había nacido un heredero.

—*¡Mannaggia!* —juró Antonio cuando la criatura salió por una diminuta vagina rosada. Cogió el arma y se precipitó al exterior. Rosina y la *suora* Letizia, que estaban lavando a la niña, se miraron cuando reverberaron por la casa los disparos del rifle, demasiado cercanos.

—Supongo que, al final, le da igual que no haya sido un niño —dijo plácidamente la *suora* Letizia.

La nena era completamente calva.

—Parece un bicho —dijo su padre cuando volvió.

—Antonio —regañó Rosina.

—Es mi bichito, Tonnon —dijo Assunta—. *Muscarella mia*.

Estaba muy cansada. La niña era grande y el parto le había provocado un desgarro.

Si era niño, habían tenido intención de llamarlo Giuseppe, como el padre de Antonio. Dado que ya no podía ser, Assunta dijo esperanzada:

—Podríamos llamarla Maria, como mi *mamma*.

—¡No! —Antonio habría dicho que no a cualquier cosa en aquel momento, por poco que le importara—. Se llamará Concettina, como la madre de mi madre.

Assunta estaba demasiado cansada para discutir.

Stella tenía un año y nueve meses más que Cettina. Cuando eran pequeñas, eso significaba que Cettina parecía ir en todo muy por detrás.

Al principio, a Stella le costó, como siempre resulta difícil para un hermano mayor, cargar con uno menor y más tonto que no puede moverse ni comunicarse por sí mismo y al que todo el mundo presta atención precisamente porque es muy desvalido. Los celos entre hermanos es la relación humana más antigua después de la existente entre hombre y mujer: basta con leer el Génesis para verlo.

Sin embargo, los celos son la emoción humana más dañina y hay que protegerse de ellos a cualquier precio. Assunta conocía el poder destructor del mal de ojo y hacía todo lo que podía para eliminar los celos cuando los percibía entre las niñas.

—Tienes que cuidar a Cettina —le decía Assunta a Stella—. Es pequeña. No es lista como tú, necesita que la ayudes y la protejas.

—Concettina *muscarella* —contestaba Stella.

—Eso mismo, es nuestro bichito —decía Assunta, haciendo que Stella acariciara la cabeza oscura y suave de la nena—. Nuestro bichito.

—Mi bichito —decía Stella.

Assunta se echaba a reír.

—*Certo*, es tu bichito. Pero tienes que cuidarla siempre.

En febrero de 1922, Antonio se fue a *l'America* de nuevo, de nuevo dejando un bebé en el vientre de su mujer. Este sí fue un varón que pudo, por fin, llevar el nombre de su abuelo Giuseppe, pero Antonio ya no estaba encantado con la idea de la paternidad y no se tomó la molestia de volver a casa. En realidad, tampoco se tomó la molestia de enviar dinero a su mujer o de escribirle una carta para que supiera que no se había caído en una zanja y se había matado. Assunta, que contaba veintitrés años y tenía tres niños menores de tres años, aprendió tantas lecciones de supervivencia como durante la guerra.

Así pasó el tiempo. Assunta cuidaba de sus tres hijos vivos y rezaba por la hija muerta. Cosía su ropa y la frotaba, lavaba los pañales y les daba de comer con el pan que preparaba con la harina que molía del trigo que sembraba en el huerto que cuidaba. Hacía conservas, encurtidos y salazones para guardar para que nunca volvieran a pasar hambre, incluso cuando no había nada plantado. Para mantenerlos calientes durante el invierno, hacía acopio de leña de la montaña y la llevaba a casa, atada en un trapo que llevaba sobre la cabeza, con Giuseppe atado al pecho, Stella de la mano izquierda y Cettina de la derecha. Assunta apartaba las piedras del huerto, araba la tierra, podaba los árboles y sacaba el agua del pozo cinco y diez veces al día para cocinar y lavar.

Ese fue el problema de la emigración: dismanteló el patriarcado. ¿Para qué necesitaba Assunta —o cualquier mujer— un marido cuando podía hacerlo todo ella?

* * *

El recuerdo más antiguo de Stella Fortuna segunda procede del día en que estuvo a punto de morir por primera vez, el episodio con las berenjenas. Casi todos tenemos recuerdos de los tres o cuatro años: muchas veces son difusos, impresionistas, colores o palabras en lugar de la narración de un momento completo. No fue el caso de Stella. Su primer recuerdo era vívido, completo y tardío: tenía ya cuatro años y medio y se estaba despertando en una habitación llena de sombras marrones, perfumada con el dulce olor de la menta. Sentía un dolor terrible.

Más tarde, Stella pensaría que era prueba de la benevolencia de Dios que le permitiera no tener recuerdos del incidente mismo con las berenjenas. Si bien era de lamentar que no hubiera extendido su benevolencia a las consecuencias del accidente. Pero ¿qué clase de padre celestial sería si impidiera que aprendiéramos de nuestros errores?

En el fragmento que Stella no recuerda, Assunta estaba friendo rodajas de berenjena en una sartén de hierro —su más preciada posesión— en el fuego del hogar. La pequeña Stella, lo bastante alta para ver sobre el borde de la sartén, debió de estirar el brazo, presionar con los dedos las migajas y luego retirar la mano al percibir el calor. Con este movimiento, la sartén se inclinó hacia ella y se vertió el aceite de oliva hirviendo sobre el brazo derecho, se coló por el interior de la manga del vestido y le llegó hasta el pecho. Es posible que gritara, pero también lo es que permaneciera en silencio, de la misma manera que en los peores momentos de su vida fue capaz de quedarse callada. Su hermana pequeña, Concettina, era justo al contrario y al ver que Stella caía al suelo, desmayada delante del fuego, empezó a llamar a gritos a su madre.

Assunta llegó corriendo y se encontró con el desastre, en el brazo de su hija aparecían ya marcas rojas. Assunta intentó quitarle la manga llena de aceite, pero el tejido se había fundido y se había pegado a la piel de Stella. Cuando tiró del vestido, este apenas ofreció resistencia y cedió, llevándose la piel consigo. La sangre lo salpicó todo tan repentinamente que ninguna de las dos, madre e hija, gritó siquiera.

Stella estuvo inconsciente durante todo el tiempo que Assunta bajó corriendo la montaña hasta Feroleto. En lo más hondo de la memoria física de Stella quedó

grabado el paso apresurado de su madre, que se convertía en trote en cuanto podía, mientras llevaba a la niña herida agarrada al pecho. Imaginaba la respiración asmática de Assunta salpicándole la cara con gotitas de saliva. Fue un galope intenso, tres cuartos de hora sobre un camino de mulas irregular y barroso por la selva de alisos y fresnos entrelazados con muérdago. Más tarde todo el mundo le dijo a Assunta que había sido una locura bajar a la niña corriendo por la montaña, que tenía que haber ido a buscar al médico. Pero Assunta temía que fuera demasiado tarde si esperaba a que el médico recogiera las cosas o que no se la tomara en serio si no veía a Stella. ¿Y quién podía decir que no tenía razón?

Además, Assunta bajó a toda prisa por la montaña el día de las berenjenas por otro motivo: porque no había bajado corriendo aquel día de diciembre cinco años antes. Porque la vez anterior había dudado en lugar de enfrentarse al peligro, había dejado que otra persona —su marido— le hiciera pensar con sensatez y por eso se había encontrado a la mañana siguiente con que no había ya motivos para preocuparse por si el gasto del médico merecía la pena. Si esta segunda Stella moría, no sería porque su madre no hubiera corrido.

Así pues —y esa es una historia que se contó en Ievoli muchas veces, porque a todo el mundo le gustan los relatos de las hazañas heroicas de una madre en apuros—, Assunta cogió a su hija y salió corriendo.

Stella no recordaba nada de las dieciocho horas que pasó en la consulta del médico, ni de las dos durante las que prácticamente la dieron por muerta. La ciencia del injerto de piel era nueva y peligrosa: al médico le costó más de una hora explicar a la frenética madre por qué tenía que permitir que recortara trozos de piel de su hija; si no lo hacía, quizá no se curara y corría el peligroso riesgo de que se le infectaran las heridas abiertas.

Stella no recordaba nada de las sábanas que se empapaban con su sangre. ¡Cuánta sangre salía de un cuerpo tan pequeño! ¿Cómo podía quedarle todavía? O de la piel que se le desprendía pulcramente de los brazos, tan delicada como las flores de calabacín de finales de julio. Stella no recordaba nada del injerto, cuando el médico le clavaba el bisturí en la piel sana del brazo izquierdo y, cuando necesitó más, de sus nalgas. Más tarde, Assunta no fue capaz de describir el tratamiento del médico, ya que no le había permitido que estuviera presente porque decía palabras incoherentes, se daba bofetones y aullaba como si estuviera de duelo antes de hora.

Afortunadamente, Assunta no sabía nada del proceso del injerto. Toda la precaria operación se llevó a cabo en la consulta iluminada por velas de un

médico soltero y nervioso, en un pueblo de montaña sin agua corriente, cuando la pauta médica convencional no incluía otro concepto de desinfección que fuera más allá del zumo de limón. Assunta no tenía ni idea de lo afortunada que era de que el médico, con sus pequeñas manos peludas y su olor a piel de pollo, hubiera dejado su pueblo natal para formarse en Sicilia, a pesar de que todo lo que su padre le decía contra Sicilia, pero donde una buena facultad de medicina, pionera en la técnica del injerto, llevaba quinientos años impartiendo docencia.

Durante la larga vigilia nocturna al otro lado de la puerta, que golpeaba periódicamente, Assunta se convenció de que su hija había muerto y el médico se escondía de su ira de madre. En pleno delirio por su fracaso —antes con la primera Stella, ahora con la segunda—, se agarraba el torso y sentía la frialdad del cuerpo de la primera Stella en los brazos. Le vibraban las manos con el recuerdo de aquella mañana, sentía las campanadas de la iglesia vibrar en las palmas de unas manos que no podrían acariciar nunca más a ninguna de las dos Stellas.

Cuando el médico finalmente salió, se encontró a Assunta acostada delante de la puerta, con la mejilla contra el suelo sin barrer, dormida, pero con los llameantes ojos abiertos. Así con los puños sendos mechones de cabello, grasiento de tanto mesárselo, que se había arrancado. A partir de ese día, Assunta llevó una pañoleta para cubrirse esas calvas y, más adelante, el cabello gris que creció en ellas, aunque solo tenía veinticinco años.

Quince, veinte años más tarde, cuando Stella se arremangaba para lavar los platos, reflexionaba sobre las cicatrices. No recordaba sus brazos sin ellas, pero le seguían pareciendo interesantes. El brazo derecho estaba envuelto en piel morena y arrugada, blanca en los extremos del injerto, como si fuera una isla independiente en un mapa antiguo. En el brazo izquierdo, la cicatriz era menos obvia: el exterior carnoso estaba pellizcado en una línea científicamente precisa, recta como si estuviera hecha con una regla, pero si la miraba de cerca se veían las irregularidades de las puntadas hechas a mano. Los puntos de sutura eran más visibles en verano, cuando la piel de alrededor se bronceaba.

Con frecuencia se preguntaba por qué motivo con cinco años, edad suficiente para no hacer algo así, se le había ocurrido poner la mano en una sartén para coger un trozo de berenjena. ¿Gula? ¿Hambre? ¿Curiosidad? Como adulta, sabía que eran las tres cosas que acostumbraban a motivarla con mayor frecuencia. Le costaba creer que hubiera sido capaz de cometer semejante tontería, por pequeña que fuera entonces.

Y, lo que era más raro todavía, ¿dónde estaba su madre? Assunta era inquieta,

protectora, como muchas madres que han perdido a un hijo. Stella casi no tenía recuerdos de su infancia en los que su madre no estuviera a su lado o detrás de ella. No había explicación para que Assunta hubiera dejado a sus hijas sin vigilancia junto a un fuego abierto y una sartén de aceite hirviendo: excepto, tal vez, que se tratara de un hechizo.

Atmósfera marrón, olor a menta, calor. Los brazos de Stella estaban empezando a despertarse; extendidos sobre la colcha, notaba en ellos las pulsaciones. Incluso mientras la luz marrón la rodeaba, la conciencia recién adquirida estaba ya comprometida, iban apareciendo chispas a medida que el terror del dolor se instauraba. Era un dolor frustrante y desequilibrado; el brazo derecho le ardía con un calor imaginario, irradiando un halo que lo hacía intocable; el brazo izquierdo escocía recorrido por las oleadas de la sensación penetrante de carne cortada por un bisturí.

El olor a menta era el punto de referencia más familiar: intenso y casi putrefacto, al tiempo fétido y desinfectante. La segunda Stella había llegado al mundo en una nube de menta como aquella; su abuela, el primer contacto humano que había tenido fuera del vientre materno, le había atado una bolsita alrededor del cuello. No había nada mejor que el olor a menta para ahuyentar el mal de ojo. El olor evocaría siempre sus recuerdos más inefables: paredes iluminadas por la puesta de sol, la presión de las sábanas enmarañadas de sudor, la sangre a su alrededor, un arco verde y neblinoso de traumas interconectados.

Ahí, en mitad de ese dolor doble, apareció Assunta, inclinándose sobre ella, haciéndole la señal de la cruz en la frente con el pulgar. El susurro que hacía al respirar se hundió en la conciencia de Stella, atándola al presente, al dolor que se agitaba y asomaba a medida que sus nervios despertaban. Assunta inhaló profundamente, absorbiendo el aire por los labios como si silbara, y el siseo de su respiración era audible, deliberado. A cada exhalación, canturreaba en susurros los versos rápidos y confusos de un poema fantástico cuyo significado Stella no era capaz de comprender. Era el sortilegio, el conjuro para deshacer el mal de ojo.

Alrededor del lecho de Stella estaban *nonna* Maria, la diminuta madrina de Stella —*za* Rosina— y la mujer de su tío Nicola —*za* Violetta—, que tenía a la triste Cettina, de dos años de edad, en el regazo. Stella, aturdida de dolor, oía a su madre contar su versión de la historia.

—Que yo recuerde, no me despisté ni un momento —insistía Assunta—. Qué cosa tan rara. Ya sabéis que nunca dejo a las niñas solas.

Za Ros puso la mano sobre la cabeza de Stella como si la bendijera.

—¿Quién te ha echado mal de ojo, mi *piccirijl'*? —preguntó.

Stella no sabía todavía identificar las preguntas retóricas.

—Cettina —respondió, mirando a su hermana, que hacía muecas. Contestó sin pensarlo, pero en cuanto lo dijo le pareció una respuesta correcta.

Las cuatro mujeres se echaron a reír al instante, diciendo «No, no», y descartaron aquella idea absurda.

—Escucha, *piccirijl'* —dijo *za* Ros con voz dulce—: si dices que alguien te ha echado mal de ojo significa que te quería hacer mucho daño, de manera que no puedes decir nombres, ¿lo entiendes? En lugar de ello, pedimos a *il Signore* y a los santos que te protejan y te quiten el mal de ojo.

Stella miró la cara de sus tías intentando entender qué había dicho que estuviera mal.

—Ah, pero a lo mejor Stella lo sabe, Ros —replicó *za* Violetta. Era una mujer dura y redonda, de mezquinos ojos castaño claro—. ¿Por qué no iba a decirlo si lo sabe? ¿Por qué no iba a protegerse si sabe de quién protegerse?

—¡Violèt! —La diminuta Ros alzó la voz de forma totalmente inusual—. Tienes que protegerte del mundo entero. La *invidia* está en todas partes. —Alzó las manos y las mujeres pensaron que podían ver los miasmas sobre ellas, suspendidos en el polvo que flotaba a la luz de los últimos rayos de sol—. La envidia puede proceder de cualquiera, incluso de alguien que te quiere. Pero señalar a alguien y decir que te ha echado una maldición es tan malo como si lo estuvieras maldiciendo tú misma, ¿*capit'*?

—Recuérdalo, *piccirijl'* —explicó *nonna* Maria a Stella—: solo puedes hablar de los pecados de otro si conoces esos pecados por ti misma. —Era un proverbio que Stella oiría decir a su abuela muchas veces—. Tienes que preocuparte por ser buena, pero no tienes que vigilar si los demás lo son porque es asunto suyo si hacen las paces con Dios.

El *mal'oicch'*, tal como se dice en calabrés mal de ojo, es la mala atmósfera generada por los resentimientos, los celos o la envidia reprimidos y tiene el poder de herir, arruinar, enloquecer o incluso matar. El *mal'oicch'* es particularmente peligroso para las personas afortunadas, hermosas o ricas, que con frecuencia parecen tener la mejor y la peor suerte, precisamente por todos los celos y envidias acumulados a su alrededor. Las personas verdaderamente bondadosas tal vez no se sientan abatidas por la buena fortuna de sus seres queridos, pero para los demás la envidia está ahí como algo vergonzoso, secreto y venenoso. El Mediterráneo es la cuna de diversas religiones y culturas étnicas antiguas, pero los bereberes del Magreb, los sefardíes de Andalucía, los ortodoxos griegos, los musulmanes turcos, los árabes palestinos y los católicos del Mezzogiorno italiano coinciden en la existencia del mal de ojo. En Ievoli, el

mal'oiicch' era simple, siniestro y algunas veces se podía erradicar con algo de brujería casi cristiana.

Assunta se preguntó si sería cierto lo que había dicho Rosina, si era posible adivinar quién podía estar detrás de la *invidia* sin por ello provocar la mala suerte. No sabía cómo proteger a sus hijas de sus propios errores de juicio, pero, al menos, sí sabía cómo mantener lejos el mal de ojo. El sortilegio que murmuró, con la menta en la mano, era una retahíla de palabras mágicas que había aprendido de su madre, palabras sagradas que no podían escribirse, ni siquiera en otro país, un siglo más tarde. La rima susurrada que escuchó Stella cuando abrió los ojos aquella horrible mañana marrón llegaría a serle tan familiar que oiría ese soniquete en la oscuridad cuando se dormía. Incluso de mayor, especialmente en las noches desacompañadas, cuando había tormenta, hacía demasiado calor o se sentía inquieta o incómoda, oía la recitación entrecortada de su madre.

Stella no aprendió nunca ese sortilegio; no tenía el don de Assunta de poseer un espíritu abierto y no se lo creyó nunca. Sin fe no hay milagros, solo coincidencias.

Assunta llevaba a cabo los ritos y se preguntaba si sería el mal de ojo lo que había hechizado a su hija. Quizá a la defensiva, se había convencido de que no habría dejado a las niñas solas con el aceite hirviendo si hubiera estado en su sano juicio. Durante todos los momentos del día sentía el fantasma de su hija muerta que tiraba de su conciencia, le pesaban los miembros por la carga de la pena y de la culpa. Sabía que ese fantasma solo existía en su cabeza y en su corazón; Assunta no creía en fantasmas porque había recuperado por completo la fe en *il Signore* y sabía que Él cuidaba de la primera Stella en el cielo.

Bueno, casi había recuperado por completo la fe.

El episodio de las berenjenas... En fin, en aquel momento sí le parecía que le habían echado una maldición.

¿Y si Assunta hubiera achacado el ataque de las berenjenas a su desatención, al hecho de que había permitido que se atenuara su pena por la Stella perdida y la distrajeran las niñas vivas?

Cogió la fotografía que les había hecho el retratista y la colgó en la pared, en un rincón donde el sol no la estropeará. Dispuso un altar en la cocina, donde tenía siempre una velita encendida, cuando tenía dinero para velas.

Si el fantasma que Assunta intentaba apaciguar existía, lo cierto es que el altar no funcionó. Al fin y al cabo, el aceite hirviendo no fue lo peor que le sucedió a la segunda Stella: aquello fue solo el principio.

Segunda muerte

Evisceración

(Dolores de crecimiento)

La segunda muerte de la segunda Stella Fortuna fue probablemente la más dramática: por lo general, las evisceraciones lo son. Todo sucedió porque la pobre Assunta, abandonada por su marido y sin una lira en el bolsillo, alcanzó de repente relativa prosperidad e intentó emplearla en mejorar la vida de sus hijas. La pobreza es peligrosa, pero también puede serlo la prosperidad, especialmente cuando uno no quiere ver sus peligros.

Prosperidad era lo que Antonio había esperado encontrar en los Estados Unidos, y Assunta no le reprochaba esa ambición, aunque bien podría haber enviado a casa algo de dinero, como hacían otros hombres que habían emigrado. Un poquito de dinero habría supuesto mucho para ella.

¿Cuánto tiempo tiene que pasar antes de poder decir con total seguridad que un marido ha olvidado a su familia? Es difícil saber dónde trazar la línea.

Za Ros actuaba como marido sustituto. La suerte —o Dios— había querido que la viuda Rosina no tuviera a nadie más en el mundo que la familia de Assunta para dedicarse. Ros era diecisiete años mayor que su hermana. Era una mujer diminuta, no mucho más alta que sus sobrinos; tenía la talla perfecta para que la adoraran. Era firme pero cariñosa, mucho más capaz de imponer una disciplina organizada que Assunta, y daba pacientes instrucciones sobre cómo hacer cosas tales como aplastar los piojos o recoger el huevo de una gallina sin recibir picotazos. A Stella le encantaba impresionarla y no soportaba decepcionarla.

En 1924, los dos hijos de Ros, Franco y Lorenzo, se habían ido a buscar fortuna al sur de Francia. Rosina estaba sola en su hogar marital en lo alto de la montaña, junto a la *chiazza* de la iglesia. Tras la cosecha del último verano dedicado a criar gusanos de seda, Ros decidió irse a vivir con su madre y ceder a su apurada hermana la casa y el terreno adyacente.

Por supuesto, Assunta protestó.

—¿Y dónde vivirán tus hijos cuando vuelvan? ¿Dónde meterán a sus mujeres?

Ros se encogió de hombros. Tenía la sensación de que no volverían nunca a Ievoli, los tiempos estaban cambiando. Ayudó a Assunta a empaquetar sus pertenencias en hatillos de tela que cargaron sobre la cabeza para subir por la empinada *via Fontana*.

El difunto marido de Ros había construido una casa para ella justo antes de la guerra siguiendo las pautas modernas, con el techo a tres metros de altura para dejar que el aire limpio circulara y mantener el interior fresco en verano. Las paredes estaban hechas de mortero y cantos rodados que habían traído de Pianopoli a lomos de burros. Las paredes de la casa tenían doce centímetros y estaban hechas para soportar terremotos como el que había arrasado gran parte de Calabria en 1905. Todas las paredes tenían ventanas con postigos, clavos en los que Assunta podría colgar cazos y una cama grande que serviría hasta que crecieran los niños.

La casa nueva le dio a Assunta el respiro que necesitaba. Desde su boda, había cultivado la comida para su familia en el huerto de su difunto padre, situado junto al cementerio. Ahora tenía espacio suficiente para sembrar el trigo necesario para tener pan todo el año, pudiera o no comprar harina. La riqueza ya vendría sola: para las mujeres como Assunta, con los brazos llenos de niños que alimentar y ni un momento libre para ganar una lira más de las imprescindibles para sobrevivir, lo difícil es la compra inicial.

Ahora podría tener un gallinero propio, incluso una pocilga.

En 1925, cuando llegó el vendedor ambulante de cerdos, justo después de Pascua, Assunta le compró dos cerditos. Eran del tamaño de su mano, roncaban como cachorros, meneaban el trasero sin parar y sus ojos negros brillaban en unas caritas llenas de manchas. Pero a los nueve meses supondrían casi trescientos kilos de cerdo curado: *prosciutto*, *capiccolo* veteadado de grasa, sabrosa *suppressata* que prepararía con los intestinos de esos mismos cerdos y cortaría en finas rodajas para que comieran sus hijos. Durante toda su vida, Assunta había comido carne dos veces al año —un pollo en Navidad y una cabra en Pascua—, pero sus hijos tendrían carne a diario.

Assunta aprendió que los cerdos exigían trabajo si se quería conseguir el tesoro de sus carnes. Comían... como cerdos. Gruñían con placer cuando se los alimentaba y en señal de protesta cuando no recibían alimento. Y eran asquerosos. Eran tan listos como perros, con ojos inteligentes y humanos, pero defecaban ahí donde se encontraban, se revolcaban en sus excrementos y se los comían si Assunta no estaba atenta. Limpiaba la pocilga cada mañana, lo que le exigía hacer viajes adicionales montaña arriba hasta el pilón que quedaba por encima de la iglesia. Si dejaba de limpiarla, aunque solo fuera uno o dos días, empezaba a apestar con un olor nauseabundo y el aire era tan denso y pútrido que cruzar la porqueriza hacía que tuviera la sensación de estar nadando en una tinaja de orina de un viejo enfermo. El olor impregnaba la fibra de la ropa y no era posible quitarlo al lavarla; se deslizaba por el callejón y se metía en la cocina, estropeando el sabor de los alimentos que Assunta preparaba. Ese fue el

año en que tomó por costumbre limpiar enérgicamente todas las superficies de la casa con limón, ya que ayudaba a disimular el hedor de los cerdos.

Al llegar el verano, los cerdos eran ya demasiado grandes para que comieran solo las sobras y tuvo que empezar a apartar para ellos una cantidad de patatas. En diciembre, siguiendo el consejo de su cuñada Violetta, Assunta fue al comedero y repartió para los cerdos, taciturna, todas las preciosas castañas que había cosechado aquel otoño, perlas dulces y crujientes. Violetta le había prometido que las castañas harían que la carne de los cerdos fuera blanca y tierna, llena de grasa.

A Stella y a Cettina les gustaban los cerdos, de la misma manera que querían a todos los animales: los gatos que rondaban los callejones de Ievoli, los afectuosos perros callejeros que vagaban por el pueblo y aceptaban sus sobras. Stella pasaba horas jugando con los cerdos y estos la acariciaban con el hocico como si fuera una hermana. Las niñas corrían entre ellos, les daban palmadas en las grupas, trepaban encima y se caían mientras ellos lo soportaban con paciencia. Assunta esperaba que la inminente matanza no fuera una lección demasiado dolorosa para sus hijas.

Durante el invierno de 1925-1926, Ievoli quedó aturdido por las precipitaciones. En cuatro ocasiones distintas nevó tanto que Stella y Cettina pudieron jugar a tirarse nieve con las manos y los pies. Por las mañanas, antes de que se fundiera, jugaban a rodar por los taludes y lanzaban bolas a los demás niños que se inclinaban mientras subían y bajaban gritando para deslizarse por el empinado camino de la montaña cubierto de hielo. Assunta estaba convencida de que iban a morir de unas fiebres. La nariz roja de Cettina no dejaba de gotear, pero Stella no se ponía nunca enferma, ni siquiera parecía tener frío. Desde que el aceite le había caído por encima, el verano anterior, la piel de la zona quemada, tanto del brazo como del torso, estaba siempre febril y a Stella le gustaba notar que la nieve le iba calando la ropa. Los nervios de Assunta encajaban mal ese comportamiento.

El día de la historia con los cerdos, en enero de 1926, la nevada nocturna se había ido transformando en aguanieve hacia el amanecer. Assunta había olvidado destender la ropa la noche anterior y pasó gran parte de la neblinosa mañana recogéndola y colocándola en la casa, junto al fuego, para que se secara. Cuando salió el sol, volvió a tenderla en la cuerda suspendida entre el tejado de la casa y el cobertizo de los cerdos. El callejón que discurría entre ambas edificaciones se iba transformando en barro frío.

Stella y Cettina estaban en la puerta de la casa mirando cómo su madre tendía

la ropa. Stella ocupaba la puerta con las piernas abiertas para impedir que el pequeño Giuseppe saliera. Stella había crecido durante el verano; la grasa infantil había desaparecido de sus firmes muslos y el cabello se le había oscurecido hasta formar rizos negros como los de su padre. Le sacaba la cabeza y los hombros a Cettina, que contaba cuatro años, y en aquel momento le pasaba el brazo por encima de los hombros a su hermana pequeña, tal como hacía con frecuencia. Assunta se dio cuenta de que miraban callejón abajo. Se dio la vuelta y vio a su cuñada Violetta, que normalmente estaba llena de chismorreos inmisericordes y observaciones prepotentes sobre la educación de los niños, que subía la cuesta resoplando para su visita diaria. A Assunta no le entusiasmó verla, pero gritó sobre la ropa:

—Stella, invita a tu *za* Violèt a que entre en casa mientras yo termino.

Violetta, que era tirando a obesa, se detuvo para recobrar el aliento. Llevaba un hatillo en la mano.

—Stella —repitió Assunta.

Stella frunció los labios mientras contemplaba a su gruesa tía tomar aliento. No le gustaba *za* Violetta y la antipatía era recíproca. Se habían peleado hacía poco cuando Violetta le dijo a Stella que tenía que ser más respetuosa con los mayores y Stella le contestó que no la respetaba a ella porque no le gustaba. Violetta le dio a Stella una bofetada. Stella, que no lloraba casi nunca, le espetó a su tía:

—Por eso no me gustas. No eres simpática.

Salió por la puerta y no volvió a casa hasta que Violetta se hubo marchado.

Assunta no había visto nunca nada semejante. La niña no tenía ni seis años. A Ros, que también estaba de visita ese día, se le saltaban las lágrimas de risa.

—No tiene ninguna gracia, Ros —protestó Violetta—. Alguien tiene que enseñar a esta niña lo que es el respeto, Assunta, o vas a tener un grave problema.

—¡Oh, menuda niña! —exclamó Ros, secándose los ojos.

Violetta se detuvo en el callejón con la cabeza ladeada, esperando que Stella le diera algún pretexto para iniciar un enfrentamiento, y esta le devolvió la mirada con el ceño fruncido.

Assunta lo intentó de nuevo.

—Dile «por favor, pasa, *zia*».

—Por favor, pasa, *zia* —repitió Cettina, la niña de cuatro años, siempre ansiosa de complacer a los demás. Stella retrocedió para dejar pasar a su tía.

Cuando Assunta se reunió con su cuñada en la cocina, Violetta había repartido ya el contenido del hatillo sobre la mesa. Cuatro rebanadas de pan que Violetta estaba cortando en cuartos con el cuchillo de Assunta.

—Los restos de la semana pasada —explicó Violetta—, he pensado que serían buenos para los cerdos.

Assunta cogió en brazos a Giuseppe, que en aquel momento no llevaba pantalones. Pasó el codo bajo las frías nalgas desnudas del niño.

—Eres muy amable, Violèt.

Violetta se encogió de hombros.

—No es ninguna molestia, puedo privarme de ellas para dártelas.

Ah, ahí estaba el toque amargo. La pobre mujer no era capaz de regalar algo con amabilidad.

—Bueno, gracias —repitió Assunta. Acercó a Giuseppe a su cuñada—. Dale un besito a tu tía, Giuseppe. —El niño obedeció y sonrió—. Niño bueno. —Giuseppe casi no hablaba todavía, pero era el más extrovertido de los niños. Assunta lo dejó de nuevo en el suelo—. Ahora ponte los pantalones.

Violetta se limpió las migas de las manos con la falda.

—¿Queréis llevárselo a los cerdos ahora? —preguntó a las niñas. Les tendió dos trozos de corteza.

—¿Vamos a dar de comer a los cerdos, *mamma*? —preguntó Stella. El significado de su frase era evidente: Solo iré si me lo dices tú, *mamma*.

Assunta intentó no reírse: ¡Qué niña tan espabilada y qué carita tan lista! Parecía un adulto y tenía la malicia de un adulto.

—Sí, sí, dadles de comer —dijo—. Y volved luego, que comeremos nosotros.

No había el menor motivo para preocuparse por sus hijas cuando estas salieron al sol invernal.

Las dos niñas entraron en la pocilga con toda tranquilidad; los cerdos, como era previsible, se acercaron en busca de mimos. Cettina les ofreció sus trozos de pan y los cerdos los comieron entre gruñidos. Frotaron el cuerpo —que no tardaría en convertirse en una *pancetta* deliciosa— contra el torso de las niñas con una fuerza inexorable. Cuando uno de ellos terminó con el pan de Cettina, se volvió hacia Stella; los ojos le llegaban a la altura de la clavícula. Por algún motivo, al sentir el húmedo jadeo del morro del cerdo contra la muñeca, Stella retrocedió. En un espasmo inexplicable, cerró la mano y apartó el brazo derecho.

El segundo cerdo se dio cuenta de que le estaban escatimando el pan y fue a por Stella. Los cerdos empujaron con la cabeza el pecho de Stella mientras luchaban por conseguir el pan que se les escondía. Stella se resistió y presionó hacia adelante, con intención menos juguetona y más defensiva.

—Cerdos, Stella —dijo Cettina, con las manos húmedas de baba sobre la falda, los ojos bien abiertos—. Los cerdos.

Stella se daba cuenta de que solo tenía que darles el pan, los cerdos lo cogerían y la dejarían en paz. Y eso hizo. O, al menos, su cerebro tomó esa

decisión. Pero siguió con el puño cerrado. En aquel momento inicial de traición, mientras Stella se preguntaba qué le pasaba a su cuerpo, un cerdo u otro la tiró al suelo de un empujón, Stella cayó de espaldas y el golpe le reverberó en toda la columna. Los cerdos empezaron a pisotearla en un alboroto de gruñidos y ronquidos. Stella se miraba atónita la mano: era como si otra mano le cerrara el puño y apretara para que el pan quedara atrapado entre sus deditos, una sensación que no olvidaría el resto de su vida.

Se hizo el silencio en la pocilga mientras Cettina, paralizada por la confusión, contemplaba cómo Stella luchaba por abrir la mano y los cerdos luchaban el uno con el otro. Fue el grito de Stella lo que rompió el aire húmedo tras la lluvia y trajo a Assunta y Violetta corriendo; un grito infantil, penetrante, con todo el cuerpo, mientras los cerdos masticaban y pisoteaban el abdomen de Stella, que, abierto, vertía su contenido de la misma manera que el abdomen de los cerdos estaba destinado a ser abierto en canal para contener y rellenar los embutidos.

Por segunda vez, Assunta volvió a bajar corriendo la montaña en dirección al médico. En esta ocasión, más desesperada todavía que la primera: la barriga de su hija estaba abierta como una castaña hervida y los cerdos habían estado haciendo una densa mezcla de intestinos y barro.

En este viaje montaña abajo —con el torso de su hija fajado fuertemente en trapos de cocina que habían sido blancos y ahora eran de un color rojo intenso y alarmante—, parecía obvio que aquellos eran los últimos momentos de Assunta con su segunda Stella, y todo por un estúpido mendrugo de pan de su siniestra cuñada. Aspiró en busca de aire, sintiendo el sabor a sangre en la garganta, e intentó mantener el equilibrio en el embarrado camino de los burros.

—Santa María, llena eres de gracia, el Señor es contigo —rezaba con voz ronca en el húmedo aire invernal, una y otra vez. No conseguía avanzar más allá en el rosario. Estaba segura de que su hija había sido objeto de una maldición.

Aquella tarde y aquella noche, mientras el médico lavaba y cosía, y al día siguiente, cuando aguardaban para ver si aparecía la infección, Stella vivió unos momentos de intenso peligro. Los intestinos —el médico se los enseñó a la impasible Assunta, que no había descuartizado nunca a un mamífero y no sabía bien qué era aquella masa viscosa que había salido de su hija— estaban intactos a pesar del pisoteo. El médico, con su familiar olor a piel de pollo, lavó las tripas para quitarles la porquería, las volvió a meter con las manos desnudas y cosió la sangrienta masa de piel con aguja e hilo, igual que Assunta habría zurcido su blusa. Stella mantuvo los ojos abiertos, secos y fijos durante todo el proceso. Nadie, ni siquiera Stella, sabía si estaba consciente o no. Tenía varias costillas

rotas, pero estas no habían perforado los pulmones, puesto que la niña no expulsaba sangre por las vías respiratorias. El médico achacaba a la flexibilidad de la estructura ósea de los niños que hubiera podido resistir el peso de los cerdos sin romperse en lugares fatales como el cuello o la columna. Le explicó que lo importante, a partir de aquel momento, era observar si algunos venenos habían contaminado la cavidad abdominal. Si sobrevivía aquella semana, quedaría por ver si, cuando fuera adulta, podría concebir o dar a luz.

Assunta, llorando en silencio, dio vueltas a esta última frase mientras sujetaba la mano de su hija en la sala del médico. Qué curioso que al médico se le hubiera ocurrido eso precisamente en aquel momento, todavía con la sangre de Stella visible en los pliegues de las manos. De un tirón le había dicho «Quizá no supere esta semana» y también «Si sobrevive, quizá no pueda tener hijos». ¿Era una observación médica casual? ¿O era algo que había aprendido de otras madres de los pueblos porque se lo habían preguntado? ¿La narración del médico era solo una serie de afirmaciones o era una implicación? ¿Para una mujer una vida sin hijos era vida? Assunta nunca lo sabría, ya que había sido madre cuando ella misma era todavía una niña. Assunta daba vueltas a esas ideas con cierto distanciamiento filosófico. Nada importaba excepto que la aguja milagrosa del médico cosiera de nuevo a su Stella y la uniera a este mundo con sus puntadas.

Después de que el médico solterón la dejara con su hija, Assunta se inclinó sobre la cama y puso las manos en los costados del abdomen de Stella, lejos de las costuras. La barriga de Stella ardía como una cazuela al fuego. Cuando todo el frío de las palmas desapareció, Assunta les dio la vuelta, igual que había hecho la noche de 1918 cuando su primera Stella luchaba contra la fiebre y Assunta había intentado absorber el calor de la piel de su hija con sus propias manos.

Stella se despertó con el siseo de su abuela, pero no abrió los ojos. Sentía unas intensas náuseas y una sensación ardiente en la barriga. Mientras yacía inmóvil en la oscuridad voluntaria, pensando si quería volver a abrir los ojos, la habitación empezó a avanzar hacia ella rodeándola, el olor nostálgico de los cuerpos desconocidos, líquidos y menta, penetrante y dulce.

—Menta —dijo Stella con voz ronca—. La menta.

Al médico, que no había sido optimista en relación con la supervivencia de su paciente a la operación, le pareció desconcertante. Sin embargo, a Maria no.

—Sí, ratita, la menta —contestó Maria. Su nieta le estaba pidiendo un hechizo para combatir el mal de ojo. Antes de que el médico viera lo que no tenía que ver, Maria le arrebató la vela de las manos y la utilizó para alejarlo de

su propia consulta.

Mientras Assunta repetía el sortilegio, intentó dejar de especular sobre de quién podría ser la envidia que había maldecido a su hijita. Por segunda vez, su Stella había estado a las puertas de la muerte por una mala suerte de lo más extraña. ¿Le habían echado mal de ojo? ¿Alguien del pueblo que, tras una apariencia afectuosa, envidiaba en secreto a la hermosa e inteligente hija de Assunta? ¿O alguien que tenía envidia de Assunta por ser su madre?

¿O eran los celos de un fantasma que, año tras año, iba siendo olvidado por sus seres queridos mientras su sustituta brillaba como una estrella en sus corazones?

El médico declaró que no se atrevería a mover a Stella durante una semana como mínimo, no fueran a desplazarse los intestinos recién colocados. Tendría que quedarse en Feroletto; Assunta podía dormir en el suelo. Dando muestras de tacto, al decirlo no mencionó el gasto adicional que supondría todo aquello.

Hacía tres años que Antonio no enviaba dinero a Assunta. Sentada junto a la cama, Assunta chasqueó la lengua e intentó no pensar en lo que iba a costar todo aquello: tenía muy presente que la preocupación por el coste había matado a su primera Stella.

Sacrificaron uno de los pollos del médico y lo hirvieron en una olla. El pollo se sumaría a la factura de Assunta. Intentaron dar a Stella el caldo del pollo, pero cuando abrió la boca para tragar, el líquido se escapó por las mejillas. Era como si tuviera una pelota de aire en la garganta que impidiera el paso. Podía hablar, pero tenía la garganta reseca. Maria le dio menta para que la mascara y con eso, al menos, salivó un poco.

—Te han atacado los cerdos, ratita —le dijo *nonna* Maria.

Pero Stella se acordaba.

—No, no me atacaron. Solo querían el pan. Yo tenía pan y ellos querían comérselo.

—Boba —le dijo Maria con voz tranquilizadora—. La próxima vez les das el pan y ya está.

—¡No habrá próxima vez! —exclamó Assunta. Tenía claro lo que quería hacer con los cerdos.

—Intenté darles el pan —explicó Stella con voz entrecortada—, pero no pude.

—¿Qué quieres decir con que no pudiste? —preguntó Maria, acariciándole la

cabeza, que era el único lugar del cuerpo que permitía caricias.

Stella sintió alivio al contar lo que había sentido, que alguien le quitara el miedo.

—Había una mano. Así. —Con la mano derecha se agarró la izquierda y la apretó, de modo que los dedos se quedaron juntos como uvas, madurando lentamente bajo la mirada de las mujeres mientras la sangre se marcaba en círculos sin fruto—. Me cogía una mano.

—¿La mano de quién? —preguntó Maria—. ¿La de Concettina?

—No, Cettina estaba aquí —dijo Stella, señalando su izquierda. Con qué libertad movía los brazos, sin dolor. El resto era un vientre dolorido—. Era una mano invisible.

Maria y Assunta permanecieron calladas porque todo aquello les sonaba terriblemente sobrenatural. Al final, a Maria se le ocurrió sacar el rosario y las dos mujeres empezaron a recitar una suave retahíla de santamarías. Cettina se sentó en el suelo y alzó los ojos hacia su hermana. No hacía falta que se dijeran nada, tampoco tenían nada que decirse. Stella había sufrido el pisoteo de los cerdos, pero Cettina lo había presenciado.

Cuando la niña doliente por fin se durmió, Assunta reconoció:

—*Ma*, no creo que sea el mal de ojo.

Maria no contestó. Sentada en la cama y con la palma sobre la frente de su nieta, torció el gesto con expresión preocupada.

Al sexto día, el médico permitió que Assunta se llevara su hija a casa. Parecía que había escapado a la infección. Después de que el médico le fajara el vientre y el torso, Assunta le tendió un montón de liras: la minuta, el coste de la cirugía, cinco noches de alojamiento, el precio de un pollo, todo pagado al contado, no le hacía falta pagar a plazos. Había vendido los cerdos, en otros tiempos tan queridos, a *zu* Salvatore, que llevaba la tienda del centro y en cuyo sótano estaban ya colgados los jamones. Sumado el coste de manutención de los animales durante un año y las facturas médicas, casi no habían supuesto ningún desembolso adicional.

A medida que se formaba una gruesa cicatriz en la herida que le partía el abdomen, Stella tuvo que pasar en la cama muchas semanas, una dura prueba para una niña de seis años. Durante este tiempo, su madrina, *za* Ros, la entretuvo enseñándole a hacer diversas labores femeninas. Le enseñó a bordar pañuelos y a hacer encaje de ganchillo cada vez más elaborado. Stella, que era muy

competitiva por naturaleza, concentraba toda su energía en aprender y se recreaba después en la admiración de los adultos. Todo el mundo le decía que era muy habilidosa.

Un día de febrero inesperadamente cálido, tras cuatro duras semanas en las que solo la habían dejado levantarse de la cama para utilizar el orinal, Stella convenció a su madre de que estaba lo bastante bien para salir al exterior. Assunta sujetaba el brazo de su hija mientras recorrían los cuarenta escalones que llevaban a la *chiazza* de la iglesia: no pensaba darle permiso para ir más lejos. Se detuvieron en la pequeña meseta y contemplaron juntas la montaña, apreciando en silencio el paisaje. El débil sol cortaba el velo de nubes grises y salpicaba los olivares que se extendían a sus pies formando un charco amarillo casi primaveral entre las montañas.

Los antepasados de Stella se habían quedado en aquella meseta trescientos años antes para edificar el pueblo de Ievoli debido a sus increíbles vistas. Desde la *chiazza* donde esos antepasados habían levantado su iglesia, se podía ver el mar Tirreno a la derecha y el Jónico a la izquierda. La isla volcánica de Stromboli humeaba permanentemente en el extremo de una bahía de color verde liquen. Stella y Assunta contemplaron cómo la isla emergía del horizonte neblinoso cuando el sol empezó a hundirse detrás de ella.

Aquel era el mundo de Stella, la montaña en la que vivía a pesar de todo lo que había intentado matarla. Todavía con dolor en el vientre, Stella dio la mano a su madre y volvieron a casa a cenar. Pero al día siguiente volvería para ver otra vez la puesta de sol.

Tercera muerte

Golpes

(Educación)

La tercera casi muerte de Stella Fortuna coincidió con el final de su educación formal. Fue el 16 de agosto de 1929. Stella tenía nueve años y medio.

Por lo general, la escuela de Ievoli no era un lugar peligroso porque los niños no pasaban ahí mucho rato. En la Italia de Mussolini, la educación elemental era obligatoria hasta el tercer curso, pero era difícil aplicar esa ley en pueblos como Ievoli, donde los beneficios de enviar a los hijos al colegio eran bastante limitados.

La escuela era un edificio de piedra y madera con aspecto de caja situado en un extremo de la *chiazza* de la iglesia. Tenía un techo abovedado situado a tres metros de altura y ventanas altas que dejaban entrar mucha luz; hacía tanto frío en invierno que se suspendían las clases entre Adviento y Pascua. No había colegio en verano durante el mes de agosto, en *ferragosto*, la celebración de la Asunción, o en septiembre, para las fiestas de la Madonna Addolorata —Nuestra Señora de los Dolores, santa patrona de Ievoli—, ni tampoco durante la cosecha de la aceituna.

Cuando el colegio estaba abierto, había dos profesoras, la maestra Giuseppina, que daba clases a los chicos, y la maestra Fiorella, que enseñaba a las niñas. La maestra Giuseppina, que había terminado sus estudios en Nicastro, estaba casada con un titulado universitario al que había conocido antes de la Gran Guerra. Vivían en un piso situado encima del colegio, donde él escribía libros de historia mientras ella daba clases a los hijos de Ievoli.

La maestra Fiorella era un poco diferente. Vivía sola, ya que sus padres habían muerto. Solo tenía veintitrés años, pero era ya una solterona para las mujeres del pueblo, que se compadecían de ella. No era fácil la vida de una soltera sin esperanza de encontrar pareja y lo cierto era que la maestra Fiorella no tenía ninguna: no quedaban hombres solteros de su generación por culpa de las bajas de la Gran Guerra y de la ola de emigración que había dejado para vestir santos a tantas mujeres de Ievoli. Además, Fiorella no era una joven casadera: no sabía cocinar y era un ama de casa descuidada. Las mujeres la visitaban durante la siesta de la tarde para calibrar la cantidad de mugre de las paredes y pasar un trapo furtivamente por las superficies de la cocina. Fiorella tenía la piel muy estropeada, probablemente como consecuencia de sus constantes enfermedades (de acuerdo con las cuales la zona de chicas del colegio

con frecuencia estaba cerrada sin explicaciones). Aunque tenía paciencia, no era lista. Había buscado el puesto de maestra del pueblo porque era evidente que no iba a servir para otra cosa.

Por lo general, las clases de las niñas consistían en que la maestra leía en voz alta la cartilla y pasaba por alto las palabras que no conocía. Los fragmentos eran aburridos y con frecuencia ininteligibles, complejidad acentuada por la desaparición de palabras y el hecho de que el texto estaba escrito en italiano, lengua muy distinta del calabrés que las niñas hablaban en casa. Compartían todas una única pizarra rota, de manera que después de la lectura de la mañana, las niñas que se habían tomado la molestia de ir al colegio aquel día —porque, francamente, no siempre era conveniente ir al colegio, especialmente cuando se corría el riesgo de encontrarse con que la maestra no había ido— se turnaban para escribir las letras del alfabeto en ella. Como a Fiorella no le gustaban las matemáticas, las niñas no aprendían a multiplicar ni geometría. Mala suerte para Stella, a la que se le daban bien los números; probablemente habría aprendido deprisa.

Stella empezó a ir al colegio en la Pascua de 1927, cuando tenía siete años, ya que Assunta había querido que esperara a que Cettina fuera lo bastante mayor para ir con ella. Las hermanas se sentaban juntas en el mismo pupitre y se arrodillaban juntas sobre cantos rodados en el rincón cuando la maestra las pillaba cuchicheando. Pero las lecciones de la maestra eran aburridas, de manera que algunas veces ella y Cettina simulaban ir al colegio. Se vestían, se despedían de su madre con un beso y pasaban la mañana cogiendo cerezas de los árboles de algún vecino o sentadas en la repisa rocosa situada sobre el pilón lleno de algas, intentado atrapar los lagartos de color verde que asomaban para tomar el sol.

Cuando iban al colegio, la jornada escolar empezaba a las nueve de la mañana y duraba hasta mediodía; algunas veces terminaba antes. Durante la temporada de las fresas o las castañas, la maestra Fiorella sacaba a toda la clase a los campos para recoger los frutos caídos y se los llevaba luego a casa para la cena. Se suponía que las niñas no tenían que contar a sus padres este tipo de recreos, pero, como es natural, la gente las veía cruzar la *chiazza* y los padres comentaban disgustados el hecho de que Fiorella les robaba la mano de obra de sus hijas cuando tenía que estar dándoles clase. Pero nadie intervenía para poner fin a aquello, ya que habría sido una conversación demasiado incómoda.

Por otra parte, la maestra Giuseppina, que daba clase a los chicos, era una fascista ferviente. Todas las mañanas, cuando entraba en el aula a las nueve menos cinco, los *ragazzi* tenían que estar ya formados en una fila, vestidos con

sus uniformes para dedicarles, a ella y al retrato de Mussolini colgado en la pared, el saludo oficial. Pero, por lo menos, los niños aprendían a leer.

En cualquier caso, las niñas tenían que aprender en casa muchas cosas: cocinar, cuidar del huerto, atender a los hermanos pequeños, limpiar. El trabajo de costura era interminable: telas que tejer, vestidos que coser o zurcir. Las niñas tenían que prepararse el ajuar, todas las sábanas y manteles o la ropa interior que necesitarían para la boda, y se empezaba a preparar ese gran proyecto a la edad de nueve o diez años. Esa era la edad, también, a la que una niña empezaba a trabajar en la industria del pueblo, el cultivo del gusano de seda, que en el mes de julio ocupaba las veinticuatro horas del día.

Pero para una niña, lo más importante era la educación espiritual para convertirse en una buena esposa y madre cristiana. Stella y Cettina habían iniciado las clases de catecismo después de la Semana Santa de 1928, cuando Stella tenía ocho años —era ya un poco mayor— y Cettina tenía seis —un poco pequeña.

La catequesis se daba los sábados por la tarde en la sacristía. En 1928, la profesora era la *signora* Giovannina, la dueña del huerto de melocotoneros, y se tomaba muy en serio su responsabilidad sobre las almas inmortales de aquellos niños si no conseguía inculcarles el temor a Dios.

Stella era buena en catecismo. Memorizaba las oraciones y los versículos bíblicos con tanta facilidad como recordaba las canciones populares. A Cettina no se le daba tan bien. Tenía que esforzarse en recordar las cosas de semana en semana. Cuando Stella intentaba susurrarle a su hermana alguna pista, la *signora* Giovannina soltaba tales gritos a Cettina que esta se quedaba paralizada y se le olvidaba lo que hubiera podido tener en la cabeza. Eran momentos complicados; Stella no soportaba ver sufrir a su hermanita, pero si intentaba ayudarla solo conseguía empeorar las cosas.

Stella siempre pensaba en lo que le había dicho su madre: que tenía que cuidar a Cettina, que era pequeña y no era tan lista como ella. Cuando fueron haciéndose mayores resultaba difícil saber si el problema era que Cettina no era muy lista o que nunca conseguiría alcanzar a su hermana mayor, aunque se esperaba que lo hiciera.

Su carácter de personas adultas había ido emergiendo ya de su cuerpo infantil. Stella se había dado cuenta de qué decían sobre ella las mujeres del pueblo y qué decían de su hermana. Decían que Cettina era buena y obediente, trabajadora, un poco bruta porque carecía de sentido común. En cambio, Stella era guapa y lista —rápida, inteligente y obstinada, *capotost'*, la niña más terca y

tozuda que habían visto en su vida—. Stella se enorgullecía de que le dijeran esas cosas. Quería ser dura. Había estado a punto de morir dos veces y, contra todo pronóstico, había sobrevivido. Le gustaba pensar que era más dura, más fuerte que todos los demás.

Decían que Cettina era la mejor de las dos, pero en el fondo a todos les interesaba más Stella. Esta, que solo tenía nueve años, ya se había dado cuenta. Y por mucho que quisiera a su hermana, no le importaba lo más mínimo.

Stella hizo la primera comunión en la Semana Santa de 1929. Pero Cettina todavía no estaba preparada, iba a necesitar un segundo año de catecismo, como mínimo. Eso inquietaba mucho a Cettina, que se sentía postergada. No le gustaba nada el catecismo y a partir de aquel momento tendría que ir sin su hermana. Sin embargo, hacer la comunión no era optativo; la presencia de Cettina en el Reino del Señor dependía de ella, tendría que apañárselas por sí misma.

Cuando se enteró de que Stella iba a hacer ya la comunión, Cettina lloró todo el día. Seguía llorando cuando ella y Stella se metieron en la cama.

—Todo irá bien, bichito —le dijo Stella, moviendo las piernas como si fuera un abanico sobre las frías sábanas para calentarlas con el calor de su cuerpo—. Todavía tienes a Marietta y a Vicenzina para que te hagan compañía.

Cettina resopló sobre la almohada. Stella supuso que estaría cubierta de mocos.

—Yo quería llevar un vestido blanco —dijo su hermana pequeña cuando pudo por fin hablar—. Yo quería llevar... ¿Cómo se llama eso de las flores?

—Un ramillete —contestó Stella.

—Quería llevar un ramillete y entrar en la iglesia contigo y hacer la comunión.

—Harás la comunión con otras niñas de tu edad el año que viene. Si yo no la hago este año seré demasiado mayor, la mayor de todas.

Cettina sollozó de nuevo.

—¿Y si no puedo hacer nunca la comunión porque soy demasiado tonta?

—¡Eh! —exclamó Stella con tono de regañina, tal como había aprendido de su madre—. Basta ya. Todo el mundo hace la comunión y tú eres más lista que muchos otros niños.

Lo peor de todo era que si Cettina hubiera hecho la comunión ese año, habría tenido un vestido blanco propio para ir a la iglesia; en cambio, al año siguiente llevaría el de su hermana. Pero así son las cosas para la segunda.

Chi tutto vo', tutto perdi, recordaba Assunta a sus hijas. Era uno de sus favoritos entre los muchos proverbios que sabía: quien todo lo quiere, todo lo pierde. El enemigo de Assunta seguía siendo la *invidia*; hacía todo lo que podía para enseñar a sus hijas que no fueran envidiosas, especialmente la una de la otra.

Stella tuvo un vestido blanco nuevo; Cettina, no.

—Pero mira lo que tienes. —Assunta le dio a Cettina un limón, uno de esos de piel gruesa que crecen en la montaña—. Tienes un limón y, si quieres, puedes tener un limonero.

A Cettina le gustaban las plantas y quiso un limonero. Stella tendría un vestido de comunión blanco, pero Cettina tenía un futuro limonero.

La primavera dio paso al verano y el brotecito creció. En julio, Assunta ayudó a Cettina a plantarlo en el jardín. Preparó un sitio especial junto a la casa, ahí donde Cettina podría verlo desde la cama si la ventana estaba abierta.

Después de hacer la primera comunión, Stella ya podía levantarse con su madre para recibir la eucaristía en la misa; mientras tanto, Cettina tenía que quedarse sentada en el banco y sujetar a Giuseppe para que no saliera andando por el pasillo. Stella ahora también se iba a confesar con Assunta los jueves.

Fue en la confesión del último domingo de julio cuando el padre Giacomo mencionó a Assunta la cuestión de las *Verginelle*. Stella estaba cerca y pudo oírlo desde donde se encontraba sentada, tras la absolución, rezando el rosario.

—Quiero invitar a Mariastella a que participe en la procesión de las *Verginelle* este año —dijo el sacerdote a Assunta—, ¿te parece bien?

—Claro que sí —contestó Assunta inmediatamente. Sintió el calor del orgullo en el pecho y los ojos se le llenaron de lágrimas. En la víspera de la Asunción, trece niñas de edades comprendidas entre los nueve y los doce años encabezaban la procesión anual hacia el valle, entre los olivares, en dirección al antiguo santuario de la virgen en Dipodi, que había construido el emperador Constantino en el año 314. Las *Verginelle*, vestidas de blanco, se arrodillaban y rezaban a la luz de las velas durante toda la noche, ofreciendo sus virginales plegarias a la *Madonna*. Los fieles llenaban los bancos de madera tras ellas y juntos pasaban la noche entera rezando. Al alba, regresaban a los pueblos de la montaña; ahí, al llegar, las mujeres se ponían a cocinar porque la fiesta empezaba a mediodía, con todo el mundo eufórico y con dolor de pies.

A Assunta le gustaban especialmente las *Verginelle* porque estaban dedicadas a la virgen cuyo nombre llevaba. No se había saltado nunca la procesión, excepto el año que esperaba a Cettina, ya que estaba embarazada de siete meses y se encontraba fatal. A Assunta la habían elegido para las *Verginelle* cuando tenía

once años. Lo recordaba con cariño: durante aquellas horas se había sentido como un ángel. Ahora se imaginaba a su preciosa hijita Stella con una corona de flores blancas en la cabeza. Sin duda, el padre Giacomo se había representado la misma imagen.

En la cena, cuando Assunta anunció que habían elegido a Stella para las *Verginelle*, esta dejó que su tía y su abuela terminaran de charlar entusiasmadas y, cuando concluyeron, dijo:

—*Mamma*, no puedo ir con las *Verginelle*. —Rodeó con el brazo los hombros de su hermana, que tenía los ojos oscuros brillantes de lágrimas—. No puedo si Cettina no va. Por favor, díselo al padre Giacomo.

—¡Stella! —exclamó Assunta con una carcajada—. Cettina es pequeña, ya la elegirán otro año.

—No, *mamma* —contestó Stella—. Somos hermanas. Tenemos que estar juntas.

Stella había estado dando vueltas a la idea desde que había oído al padre Giacomo en la iglesia y estaba tremendamente satisfecha de sí misma por haberlo pensado. Al tomar esa decisión, parecía una mártir de la generosidad, lo que era siempre mejor que ser meramente elegida para formar parte de las *Verginelle*. Era una heroína, una santa.

A Assunta le preocupaba ofender a la *Madonna* y al cura por negociar la participación de sus hijas en la procesión. Por otra parte, estaba abrumada de contento por el modo en que Stella se ocupaba de su hermana. Ya idearía alguna manera de convencer al sacerdote, algún tipo de ofrecimiento, aunque aquel verano no tenía dinero. Llevaba seis años sin noticias de su marido. Pero, probablemente, podría darle un pollo.

Stella se alegraba de que su madre no pareciera darse cuenta de su astucia. Y si podía convencer a su madre de sus buenas intenciones, no necesitaba convencer a nadie más.

El 14 de agosto de 1929, encabezando la peregrinación al santuario de la *Madonna* por la fiesta de la Asunción, había catorce niñas en lugar de trece, vestidas de blanco con coronas de flores de papel blanco. Una de ellas era demasiado pequeña, no tenía ni ocho años de edad. Se quedó dormida durante la vigilia de oración y roncó en el regazo de su hermana. Todo el mundo estuvo muy feliz.

Quizá la *Madonna* supiera la verdad del oscuro corazoncito de Stella, porque al día siguiente de la Asunción la niña estuvo a punto de morir por tercera vez.

Aquella tarde de agosto hacía un calor de horno y la *chiazza* situada entre la iglesia y el colegio estaba llena de niños. Stella y Cettina se sumaron al jaleo después de comer, pendientes de su gato callejero favorito, un animal totalmente negro. Jugaban a saltar por el patio con Giulietta, una niña pálida con aspecto de pájaro que tampoco tenía padre. Tenía cinco años más que Stella; lo cierto era que era demasiado mayor para estar jugando en la *chiazza* y era un poco simple, pero tenían aproximadamente la misma talla y era rápida, y a Stella le gustaba competir con ella corriendo por los senderos del bosque.

Al principio se divertían jugando a saltar, pero a Stella se le pasaron las ganas de moverse y empezó a sentirse apática. Se detuvo y se quedó a un lado, con los brazos cruzados sobre la barriga llena de cicatrices. Después de que Stella dejara pasar un turno, Cettina se detuvo a su lado.

—¿Te pasa algo, Stella?

—Hace demasiado calor para jugar aquí —contestó Stella. Estaba aburrida e inquieta. El olor a los fuegos de leña para cocinar se mezclaba con el del sudor que le empapaba el vestido—. Vamos al colegio, hará más fresco.

Se suponía que el colegio estaba cerrado porque era fiesta. Pero todo el mundo sabía que la puerta trasera, de dos hojas, como la de un establo, quedaba abierta, ya que el cerrojo que unía las dos piezas de madera estaba roto. Si se le daba un buen empujón, la puerta cedía y se podía entrar. Las madres decían a los niños que no jugaran dentro del colegio porque los chicos mayores iban a las aulas vacías a hacer cosas feas. Pero los techos eran altos y el aire estaba fresco y húmedo incluso en agosto, así que con frecuencia los niños del pueblo jugaban ahí hasta que la maestra Giuseppina los echaba.

Cettina, que era siempre una niña buena, no quería ir contra las normas.

—Está mal, Stella, ¿qué dirá *mamma*?

—Nada, ¿por qué va a decir nada? —Stella tenía la atractiva idea de echarse en el frío suelo del aula de los chicos, donde no se les permitía entrar.

A regañadientes, Cettina siguió a Stella, como siempre. Stella se apoyó con fuerza en la gruesa puerta de madera y la abrió. Giulietta dejó de saltar y las siguió. Riendo, cerraron la mitad inferior de la puerta tras ellas y pisaron con sus sucios pies descalzos en el silencio de las salas oscuras.

Pasaron una hora en la escuela, instaladas en la zona de los chicos, intentando averiguar qué secretos masculinos escondían. Se echaron sobre el suelo del aula, tal como había imaginado Stella, para sentir que las frías piedras absorbían el calor de su cuerpo y finalmente se quedaron dormidas en la suave luz de la tarde.

Cuando Stella se despertó, tenía la piel helada y sentía escalofríos en el lateral

de los brazos. Cettina dormitaba a su lado y Giulietta canturreaba para sí. El sol descendía sobre el valle de olivares y, a medida que Stella iba despejándose, vislumbró una mancha negra en la pared, un borrón desconcertante bajo la suave luz de color limón. Sintió que un hormiguelo frío le subía por los brazos e intentó adivinar qué pasaba con la mancha. De repente, se movió y Stella lanzó un grito: era una de esas grandes arañas marrones de largas patas que se esconden en los montones de leña.

A Stella no le gustaban nada las arañas. Se puso de pie y le dio a su hermana una patada en las costillas, aunque su grito había despertado ya a Cettina.

—Solo es una araña, Stella —estaba diciendo Giulietta, pero se puso también en pie a tientas. Se había cansado ya de aquella aventura.

Las tres niñas salieron corriendo del aula de los chicos y cruzaron el vestíbulo. Stella tanteó el pestillo roto de la puerta; el sol estaba ya tan bajo que no iluminaba el marco de la puerta.

Encontró el pestillo y tiró de él, pero la puerta no se movió. Stella se sintió invadida por una frustración airada, tuvo una sensación de incomodidad extraña en la barriga mientras el frío le subía por los brazos. Tiró de nuevo, esta vez aprovechando todo el peso de su cuerpo. Antes había abierto la puerta con facilidad, ¿por qué estaba ahora tan reacia? De repente, apareció ante sí una imagen brillante como si fuera una fogata: había una mano al otro lado de la puerta y su aura sobrenatural resplandecía a través de la madera, sujetándola para que Stella no pudiera abrirla. Stella, sobresaltada por la imagen, soltó el pestillo y se miró las manos. Mientras parpadeaba, se dio cuenta de que había visto su propia mano, exactamente igual que cuando veía chiribitas si se frotaba los ojos con demasiada fuerza.

—¿Qué pasa, Stella?

Stella miró a Cettina, que entre las sombras solo era un par de ojos negros y acusadores.

—Nada —contestó Stella bruscamente. ¿Qué le estaba pasando? ¿Ni siquiera podía abrir una puerta?—. Se ha atascado el pestillo.

Extendió de nuevo la mano, cogió el pestillo y tiró de él con todo el peso de su cuerpo, pero esta vez la puerta no se resistió, se abrió de golpe y Stella se tambaleó. Pero ahí estaba el pie de Cettina, bajo el suyo: Stella resbaló y, de rebote, cayó hacia la puerta con los brazos extendidos.

Eso fue todo, un chichón en la cabeza. Pero por extraño que parezca, tal vez fuera esta la ocasión en que Stella estuvo más cerca de la muerte, porque nadie sabía qué hacer para que despertara.

La puerta de la escuela era de pesado roble y Stella tenía precisamente la talla adecuada —o inadecuada—. Cuando cayó hacia delante, se dio con la sien contra la afilada esquina del batiente superior de la puerta, le rebotó la cabeza, cayó de espaldas y su cabeza se estrelló contra las losas del suelo.

Los gritos de las niñas hicieron que la *suora* Letizia acudiera desde el cercano priorato. Había sangre por doquier, como sucede siempre con las heridas en la cabeza. La diminuta monja envolvió con su delantal la herida de Stella, de la que manaba sangre a borbotones, la cogió en brazos y la llevó a su casa, con Assunta. Stella respiraba, pero no se despertó ni siquiera después de que le echaran agua. Su cuerpo estaba lacio y no respondía. Cettina estaba histérica y Assunta se arrancaba el pelo en pleno ataque de pánico. En esta ocasión, fue la hermana Letizia quien, a sus ochenta años de edad, bajó la montaña en dirección a Feroletto.

El médico acudió con el material quirúrgico y, por tercera vez, cosió a Stella Fortuna como si estuviera zurciendo un calcetín. El corte en el cuero cabelludo era largo y la piel ahí es fina y difícil de unir cuando se ha separado. Aunque intentó que los puntos fueran lo más pequeños posible, la labor del médico acabaría dejando una larga media luna plateada, débil pero visible, y una marca en lo alto de la frente.

Stella no se despertaba. Esta vez todo el mundo coincidía en que todo aquello era muy raro. Permaneció inconsciente durante cuatro días. Al segundo día, como seguía dormida, *za Ros* bajó a Feroletto para preguntar al médico qué tenían que hacer. Al principio, el médico no se lo creyó, dijo que Stella estaba curándose y no tardaría en despertar. Al tercer día, cuando Ros fue de nuevo, el médico volvió a subir a Ievoli. No fue capaz de ocultar su reacción a Assunta; la cara se le puso gris como un trozo de hígado cocido. Assunta se había tirado de los pelos con razón: Stella se iba a morir.

El médico no sabía qué hacer. No había visto nunca nada semejante. Intentó todos los remedios que se le ocurrieron para que recobrarla la conciencia, pero nada funcionó.

Para Stella, aquella larga penumbra duró solo un momento. Cuando se despertó, tenía un hambre feroz. Se incorporó en la cama y se mareó con una mezcla de deshidratación, desnutrición y contusión.

—¡Quiero un tomate! —gritó con voz ronca. El sol amarillo brillaba en las paredes, en la puerta abierta, en la lisa superficie de la mesa. Sintió una punzada de dolor en la cabeza y entornó los ojos, desacostumbrados, para protegerse de la luz. Ahí estaban su madre, Cettina y *za Ros*, mirándola, aturdidas por la sorpresa

—. Un tomate —repitió.

—Quiere un tomate —dijo *za* Ros, y dio un manotazo a Cettina, que se levantó de un brinco y corrió hacia el huerto.

Era difícil combatir el mareo. Stella puso la mano en la pared y las chispitas brillantes que aparecieron ante sus ojos le recordaron la mano fantasmal que había visto al otro lado de la puerta de la escuela. Era lo último que recordaba, la puerta misteriosamente trabada y la mano invisible.

—Stella mía, estás despierta, estás despierta.

Las mujeres rodeaban la cama, tapándole los brillantes rayos de sol. La tocaban y rezaban. A Stella le daba igual lo que decían, tenía un hambre feroz.

Cettina volvió corriendo con las manitas llenas de tomates. La carne de color rojo oscuro estaba caliente por el sol de agosto. Eran perfectos, jugosos, lisos y con aroma a tierra.

—Pan —dijo Stella, jadeando, y le dieron pan, agua, aceitunas y judías. Le dieron de comer hasta que quedó satisfecha.

Assunta no era capaz de hablar: no paraba de llorar de alivio.

—Dime, *amore*, ¿por qué tienes tan mala suerte? —preguntó Ros—. No conozco a nadie que tenga accidentes como los tuyos.

—No tengo mala suerte —contestó Stella. Seguía viendo con nitidez la imagen del fantasma; tres años atrás, había sospechado que estaba encantada cuando había sentido una mano alrededor de la suya en la pocilga, pero ahora estaba segura—. Es el fantasma de la otra Stella que intenta matarme.

Ros chasqueó la lengua en señal de desaprobación.

—Le han echado una maldición —insistió Cettina.

Ros se echó a reír.

—¿Es una maldición o son espíritus? ¿Es un fantasma o un maleficio?

Stella negó con la cabeza y sintió que esta le latía dolorosamente.

—No lo sé —contestó con una vocecilla que parecía un balido de cabra.

—Quizá las dos cosas —dijo Cettina.

Tras el golpe con la puerta, Stella no volvió al colegio. Ni tampoco Cettina. Al terminar su educación formal, a los nueve y siete años respectivamente, habían aprendido las letras del alfabeto, algunas nociones básicas de italiano, sabían hacer el saludo romano, sabían sumar y restar porque su madre les había enseñado en casa y conocían las canciones favoritas de la maestra Fiorella. Habían aprendido que era importante separar a los niños de las niñas y que, cuando los recursos eran limitados, los niños tenían prioridad. Habían aprendido del ejemplo de su maestra cómo forzar la caridad, manipular los favores y no

sentirse culpables por aprovecharse de cualquier situación. Algunas lecciones dejarían más huella que otras.

* * *

A la semana siguiente de la tercera casi muerte de Stella, Antonio Fortuna apareció en Ievoli sin previo aviso. Hacía siete años que su mujer no tenía noticias suyas. Assunta intentó ocultar su consternación, pero no pudo engañar a Stella.

Era la primera vez que Stella tenía edad suficiente para recordar la visita de su padre. En general, Antonio había creado la indeleble impresión de que la vida era mejor sin un *capo famiglia*, el hombre de la casa. Su voz y su olor eran demasiado fuertes para una vivienda de una sola habitación. No hablaba mucho con sus hijos, pero cuando tenía algo que decir, casi siempre era a gritos. Las niñas recibían azotes en las nalgas por tener un comportamiento poco femenino, como correr por la casa y hablar en la mesa durante la cena. Esas cosas, hasta el momento, no habían sido objeto de castigo; el orgullo de Stella se sintió dolido y su carácter se agrió bajo el nuevo régimen impuesto por Antonio.

A Stella le habían dicho que quería a su padre y que este la quería, pero ahora que estaba allí veía que eran dos desconocidos de muy distinto tamaño cuyo único nexo de unión era Assunta. Stella no estaba segura de que Antonio supiera siquiera su nombre, dado que no se lo había oído decir nunca. Lo que más le disgustaba a Stella era el modo en que su padre había cambiado a Assunta. Tenía la cara demacrada y los ojos tristes; parecía al mismo tiempo preocupada y agotada. Se hacía cargo de la limpieza adicional de lo que él ensuciaba y agachaba la cabeza cuando le gritaba. Debía de sentirse sola porque *za Ros* y *nonna Maria* ya no pasaban a verla. En general, la casa era un lugar adusto y triste. Stella tenía la edad precisa para preguntarse para qué podía servir tener un padre o un marido, ya que parecía ser una fuente de desorden y sufrimiento arbitrarios.

Me temo que la visita de Antonio fue totalmente inoportuna. Me pregunto si la vida de Stella hubiera sido distinta de haber llegado antes su padre, cuando era demasiado pequeña para criticar su autoridad; o bien después, cuando era ya una adolescente con deseos predecibles que le hicieran ver las relaciones amorosas y el matrimonio como un premio que había que ganar y no como una sentencia que había que soportar.

Lo más desagradable de su padre era contemplar cómo utilizaba el cuerpo de su madre. Sucedió casi cada noche, en la segunda cama —o cerca de ella— que Antonio había instalado junto a la pared norte de la casa el primer día que estuvo en el pueblo. Stella estaba acostumbrada a acurrucarse junto al tierno pecho de

Assunta, que la mimaba y acariciaba hasta que se dormía, pero ahora su madre se acostaba en la nueva cama, en el otro extremo de la habitación, y Stella se despertaba con el susurro de su voz que decía: «¿Esta noche otra vez? ¿No estás cansado?». O bien: «No hagas ruido, van a oírte los niños». Estos bisbiseos se mezclaban con otros sonidos como de palmadas y gruñidos contenidos que Stella oía por encima de la pesada respiración de su hermano y de su hermana. Y Stella miraba todo lo que podía ver porque no entendía por qué sus padres hacían una y otra vez algo sin sentido. Las nalgas amarillas de su padre subían y bajaban a la luz de la luna de verano y los muslos de su madre se agitaban entre las arrugas del camisón. Cuando conseguía ver la cara de su madre en la oscuridad, parecía siempre preocupada.

La semana antes de la fiesta anual de Ievoli, la *fhesta* de Santa Maria Addolorata, Nuestra Señora de los Dolores, sucedió la Cosa. No había sucedido antes, en todas las noches que Stella había mirado con gesto de pasmo lo que su padre le hacía a su madre. Pero aquella noche, él levantó la vista en pleno acto y vio los ojos de su hija. A Stella se le encogió el estómago, apretó la cara contra el colchón y se tapó la cabeza con el brazo, pero era demasiado tarde. Cuando terminó con Assunta, Antonio se acercó a la cama de los niños.

—Tonnon —oyó Stella que su madre susurraba desde su cama.

—Un minuto.

—Déjalos dormir.

Atisbando debajo de la axila, Stella tembló, mareada de miedo mientras veía las piernas desnudas de su padre detenerse delante de su cama.

—Sé que estás despierta —dijo él—, pequeña pervertida.

Stella estaba a punto de vomitar. Había oído antes esa palabra, aunque no estaba segura de lo que quería decir. Intentó quedarse completamente inmóvil.

—Mírame —ordenó su padre. Stella no se movió.

—¡Tonnon! —llamó Assunta con más apremio.

—Calla, mujer. —Los pies de Antonio se movieron en el suelo. Los pelos negros de sus pantorrillas parecían tan duros como los de un cerdo—. Mariastella. Mírame o te doy una paliza que te mato.

No había alternativa. Disimulando que estaba a punto de vomitar, Stella apartó el brazo del rostro y se incorporó modosamente. No consiguió decir nada, pero miró a su padre frunciendo el ceño. Tenía su pene delante de la cara e intentó no mirarlo, aunque brillaba a la luz gris de las estrellas que entraba por la ventana.

Antonio la observó un momento.

—¿Te gusta mirar, eh? —La agarró por la barbilla y se acercó de manera que el olor de su ingle, un olor férrico y sudoroso, le llenó la nariz—. ¿Te gusta mirar

la cosa de tu papá? ¿Por qué? ¿Te gusta soñar con la cosa que tienen los hombres? ¿Te estás convirtiendo en una putita?

Stella se mordió el interior de las mejillas. Sintió el sabor amargo de la bilis en la boca y tragó un resto semisólido de la cena.

—¿Vas a ser una puta? —preguntó Antonio, clavándole los dedos en la mandíbula. Stella no lloraba nunca, pero la presión hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas—. Ni se te ocurra.

—Antonio, déjala en paz —rogó Assunta, con un rastro de pánico en la voz—. Solo es una niña.

—Una niña que su madre ha educado para ser una puta —dijo Antonio—. Menos mal que he venido. Ninguna hija mía se va a convertir en una puta, ¿me oyes?

Rígida de terror y furia, Stella no dijo nada. Se concentró en tragar la bilis y en intentar reabsorber las lágrimas que le llenaban los ojos.

—Te he preguntado si me oyes —repitió Antonio. De repente, con un gesto brusco, se inclinó, metió la mano bajo el camisón y pellizcó la piel tensa y delicada de sus partes íntimas. Stella gritó de dolor y susto.

—¡Antonio! —exclamó Assunta.

—¿Me oyes? —Su padre la pellizcaba con tanta fuerza que Stella sentía cómo le latía la sangre en la suave carne—. Esto es para tu marido. Para nadie más. Si dejas que otro te toque, te mato.

Soltó el pellizco y quitó la mano; el gesto fue torpe y el brazo se enredó con el camisón de Stella durante un momento absurdo. El cuerpo y la mente de Stella eran una oscura mezcla de miedo, repugnancia, rabia, dolor y fluidos. Apenas notó el abrazo de su madre cuando Assunta se metió en la cama de los niños y rodeó el torso tembloroso de su hija con el brazo.

—No molestes a tu padre, estrellita mía —le susurró al oído mientras le acariciaba el pelo—. No seas terca con él ni lo hagas enfadar, te hará daño.

Stella no estaba escuchando. Los temblores crecieron y se convirtieron en espasmos incontrolables. Sus tiernas partes íntimas le dolían y se hinchaban, y el dolor le recorrió la pelvis y las entrañas. No permitiría que nadie la tocara ahí de nuevo. Y no volvería a preguntarse si quería a su padre o si él la quería.

No estaba claro cuánto tiempo pensaba quedarse Antonio. ¿Iba ahora a formar parte de su vida? Hablaba de los Estados Unidos como si fuera su país, de modo que igual volvía a marcharse. Pero pasaban los días y Antonio seguía ahí.

Todas las noches, desde el pellizco, Stella estaba aterrorizada por la idea de que su padre pudiera atacarla mientras dormía. Eso la mantenía despierta hasta el

agotamiento. Si se despertaba durante la noche, oía los ronquidos de su padre y era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera su presencia al otro lado de la habitación. Dormía en la parte exterior del colchón; se sentía obligada a utilizar su cuerpo como vanguardia para proteger a Cettina, que sería demasiado boba para defenderse.

Cuando llegó septiembre, Stella encontró su primer trabajo: fue en el valle, en los olivares de la *barona* Monaco. La idea de trabajar había sido de Stella, pero Cettina fue con ella, por supuesto. Ya no iban al colegio y no tenía sentido que estuvieran en casa cuando podían ganar algo de dinero; especialmente si, además, eso implicaba que podían evitar a su padre.

Para ir a los olivares de la *barona*, había que cruzar el puente de piedra sobre el barranco, pero, en lugar de seguir en línea recta hacia Feroletto, se bajaba por la empinada ladera boscosa, siguiendo el serpenteante camino de mulas. Y en un suspiro la húmeda e intensa fragancia del bosque daba paso al olor terroso de los campos cultivados, a la gris verdosa extensión de los *uleveti*. Los olivos eran como animales del bosque acurrucados, cubiertos de finas hojas bicolors que cambiaban de matiz con el viento. Si Stella bizqueaba un poco, el valle se convertía en una manta ininterrumpida de verde azul y gris, el color del líquen que crecía en el pilón donde ayudaba a su madre a lavar la ropa.

Gaetano y Maurizio Felice, unos hermanos vecinos algo mayores que ellas, las presentaron al capataz de la *barona*. El primer día, Stella y Cettina ayudaron a los chicos Felice, pero al segundo ya sabían qué tenían que llevar: mantas viejas, pan para la comida, una botella vacía de cristal por cabeza, un bolsito de tela. Los chicos les mostraron la técnica: había que sacudir el árbol con fuerza. Las aceitunas que estaban lo bastante maduras caían al suelo. Stella y Cettina se arrodillaban para recogerlas y las iban metiendo en los delantales doblados. Había que ir con cuidado para no recoger las que no estuvieran firmes al tacto y que estaban ya en la tierra antes de sacudir el árbol porque bastaba con una aceituna rancia en la almazara para estropear el sabor de toda una remesa.

Hacia las cuatro de la tarde, cuando el día refrescaba, las chicas hacían un hatillo con las aceitunas, se ponían la carga en la cabeza y bajaban por el camino entre los árboles hasta el molino, que estaba cerca de la enorme casa de la *barona* Monaco. Un buen día de cosecha daba para cinco botellas de aceite. Mientras el almazarero examinaba las aceitunas y las iba repartiendo sobre la gran piedra de la prensa, las chicas llenaban su botella de aceite de oliva, la paga por un día de trabajo.

La bolsita de tela que las niñas llevaban a diario al olivar era, por supuesto,

para ir robando. A la hora de terminar el trabajo, mientras cerraban sus hatillos, también guardaban una bolsita llena de aceitunas lisas y firmes que su madre conservaría para el invierno. Stella y Cettina se ataban los saquitos bajo la falda, asegurándose de que ningún bulto revelador levantara sospechas si el capataz de cara enjuta las paraba al volver a casa.

A Stella le gustaba trabajar en el campo. Le gustaban las hojas, el sudor, ver cómo avanzaba el trabajo, delantal a delantal. Tenía la mente en blanco, como si rezara, como si Dios le hablara a través de la tierra cálida que tenía en las manos y del dolor de los muslos. Disfrutaba con los momentos de desconcierto cuando ponía los pies en el suelo con precipitación y sentía una aceituna fría y lisa debajo de los dedos.

Después de la guerra, una ley de reforma agraria obligaría a los herederos de la ausente *barona* Monaco a vender la tierra. Los *contadini* que habían trabajado para ella podrían a partir de entonces cosechar para ellos mismos, si eran capaces de reunir el capital para comprar un trozo de terreno. Para entonces, Stella llevaría largo tiempo fuera del país, pero una prima segunda que no conocía acabaría comprando el mismo olivar en el que recogió aceitunas en su primer día de trabajo.

El otoño se convirtió en invierno y Antonio se quedaba y se quedaba. No tardarían en terminar con todos los olivos y Stella se encontraría encerrada en casa con su padre. Esperaba que para entonces se hubiera marchado.

En cualquier caso, ya era tarde para Assunta, que había empezado a engordar con otro bebé. Empezó a hincharse y tenía que pasar las tardes echada. Se le marcaban las venas de las piernas y ya no le cabían los pies en los zapatos de ir a la iglesia. Una consecuencia injusta de la lujuria de su padre, pensaba Stella, el precio que su madre tenía que pagar por algo que, para empezar, no había querido hacer.

La víspera del día en que por fin se tenía que ir Antonio, en febrero de 1930, Assunta preparó una comida de despedida con *tagliatelle* al ajo y aceite de oliva con *peperoncino*. A Antonio no le gustaban las legumbres, decía que en América solo las comían los pobres, lo que restringía las posibilidades culinarias de Assunta, dado lo que había disponible en invierno.

Durante la cena, Antonio anunció a su familia que no iba a volver nunca.

—Estoy harto de esta vida de mierda —dijo—. Aquí no hay carne, no hay agua corriente y uno tiene miedo de que lo ataquen los lobos cuando caga en el

bosque. Esto está muy atrasado y ni siquiera os dais cuenta porque vivís como animales, no podéis imaginar nada mejor que vivir como animales. —Antonio se bebió el vino y volvió a llenarse el vaso—. Pierdo mucho dinero en los viajes de ida y vuelta, dejando trabajos y buscando otros. Así que no voy a volver.

Stella intentó no ilusionarse pensando que hablaba en serio. Ya lo había oído fanfarronear en otras ocasiones.

—Por eso esta vez me he quedado tanto tiempo —dijo. Cuando comía, empujaba la pasta sobre el tenedor con un trozo de pan—. Para pasar un poco de tiempo con mi madre. Lo más seguro es que no vuelva a verla si no va ella a América.

Assunta se arregló el trapo que llevaba sobre el pelo. Estaba examinando a su marido, que no había levantado la vista de la comida para decir aquella mentira. Cettina miró a Stella y esta negó con la cabeza para que su hermana no interrumpiera. Stella cogió varios trozos de pasta con los dedos, uno por uno, y miró a sus padres, esperando que algo pasara.

Tras un largo silencio, Antonio dijo, dirigiéndose a todos los presentes:

—Pronto seremos todos americanos. Lo primero que haré al llegar es pasar el examen para conseguir la nacionalidad y después os haré ir para que viváis conmigo.

—Yo no me voy de aquí —dijo Assunta de repente—. Ievoli es mi casa. Y mi familia está aquí.

Stella se sorprendió tanto al oír replicar a su madre como le había impresionado la amenaza de su padre.

—Somos una familia, mujer —contestó Antonio—. Una carne, ante Dios y los hombres. Estos son mis hijos, te los he dado yo.

Stella sintió que el temor le invadía el pecho. «Por favor, *mamma*, no llores.» Antonio le pegaría, les pegaría a todos.

Pero Assunta no lloró.

—Me refiero a mi familia —contestó Assunta con una voz tan dura como una castaña—. ¿Quién se ocupará de mi madre si me voy? ¿Quién cuidará la tumba de la nena?

Antonio se encogió de hombros.

—Iréis todos a América y allí seremos una familia. Compraré una gran casa con mucho terreno e iremos de un sitio a otro en coche. No tendrás que volver a ver un burro.

Fue una frase desagradable: todos querían mucho al burro.

—No necesito otra casa. Ya tengo una —replicó Assunta—. Esta es mi casa, en la que estás comiendo ahora.

Por primera vez, Antonio pareció animado por la conversación. Dio una

palmada en los anchos tablones de la mesa.

—Y estás comiendo la comida que has comprado con el dinero que yo te he dado, con mi dinero.

—Ya tengo una casa —repitió Assunta. Se puso de pie y empezó a apilar los platos sucios de los niños—. He dado de comer a tus hijos durante años cuando no enviabas dinero. Aquí tenemos todo lo que necesitamos.

Antonio soltó una carcajada llena de furia.

—¿Y te piensas que yo te necesito? ¿Crees que no hay mujeres en América? Allí tengo todas las mujeres que quiero. Mujeres que me dan menos líos que tú.

Parecía que hubiera golpeado a Assunta; esta se puso una mano en la barriga, tal vez sin darse cuenta o quizá para destacarla.

Stella sintió que la masa masticada de la pasta se le congelaba en una molesta bola en las tripas. Solo tenía diez años, pero entendía lo que quería decir su padre. Tenía la imagen mental, las nalgas brillantes moviéndose a la luz de la luna, su expresión de concentración fija en la espalda de alguna mujer que no era su madre.

Antonio se daba cuenta de que se había comportado mal, pero no era un hombre débil y quería demostrarlo, y era prerrogativa suya regañarlos cuando se mostraban conflictivos o su mujer se ponía respondona. Tiró el taburete al ponerse de pie y agarró la barbilla de su mujer con una mano.

—Escucha. No te necesito y no me necesitas. Pero le prometiste a Dios obedecerme y servirme. —Le soltó la barbilla y dio un paso atrás—. Me estoy ofreciendo a cuidarte a ti y a nuestros hijos como corresponde. Tú decides. Puedes venir para ser mi mujer en América o puedes quedarte aquí y no ser mi mujer. Pero no voy a discutirlo más.

Y se fue a beber con sus amigos.

Stella no tuvo que despedirse de su padre porque el carro que iba a Nápoles se lo llevó tan temprano que pudo hacerse la dormida. Dio por hecho, aliviada, que no tendría que volver a verlo nunca más.

Segunda parte

Juventud

Quería venir a América porque había oído que las calles estaban pavimentadas con oro. Cuando llegué aquí, descubrí tres cosas: una, que las calles no estaban pavimentadas con oro. Dos, las calles no estaban pavimentadas en absoluto. Tres, se esperaba que las pavimentara yo.

«VIEJA HISTORIA ITALIANA», ISLA DE ELLIS

Cchi vue, a vutte chjina o la mugliere mbriaca?

¿Qué prefieres, una botella llena o una mujer borracha?

PROVERBIO CALABRÉS

Cuarta muerte

Ahogamiento

(Inmigración)

El 9 de diciembre de 1988, cuando Stella Fortuna estaba a punto de cumplir sesenta y nueve años, estuvo a punto de morir por octava y última vez en el episodio al que la familia se refiere como «el Accidente». Como sabrás ya, lector, algunas cosas cambiaron radicalmente después de la lobotomía que le salvó la vida. Desde que le extirparon el córtex prefrontal dejó de tener control de sus impulsos y sus inhibiciones. Cuando pellizcaba la adorable mejilla de un niño era capaz de hacerle sangre. Se negaba a ir vestida de otro color que no fuera el rojo. Desarrolló una necesidad compulsiva de enjugar con la bayeta toda acumulación de líquido, de manera que no se la podía dejar sola con un tazón de sopa porque hacía una bola con la servilleta de papel y la metía dentro. Lo peor de todo fue que se despertó del coma con una rabia furiosa contra su hermana, Concettina.

Tengo mucho que contar en este sentido, pero lo dejaré para más adelante. Ahora quiero narrarte una historia breve y extraña.

Desde que la familia llegó a los Estados Unidos y se enteró de que el cumpleaños era algo que se tenía que celebrar, los Fortuna habían celebrado siempre el de Stella el 12 de enero, la fecha que aparecía en su pasaporte y en la tarjeta de la seguridad social. Cuando se despertó del coma, insistió de modo inflexible en que se cambiara la fecha al 11 de enero. Le costaba trabajo expresar con palabras sus ideas; fue recuperando la capacidad de expresión poco a poco. Se sentía frustrada, se aturullaba y refunfuñaba. Les dijo que si celebraban la fiesta el 12 de enero no asistiría. La familia había reservado un salón en Mount Carmel, iban a perder la paga y señal.

—Mi cumpleaños es el 11 —declaró Stella y ahí zanjó el asunto.

La loca Stella, con sus trajes rojos y su realidad cercenada. Desesperados, adelantaron la fiesta un día. ¿Qué otra cosa iban a hacer? ¿Discutir con ella? Desde entonces, durante los últimos treinta años, se reúnen entre risas el 11 de enero para celebrar «el nuevo cumpleaños de Stella». Se dan golpecitos en la sien con el índice y ponen los ojos en blanco. «A saber lo que pasa por ahí dentro».

En Ievoli, acudí a la oficina de la *comune* para investigar sobre la genealogía familiar. La empleada del registro fue muy generosa con su tiempo y fotocopió todo el archivo familiar, que se remonta a 1826.

El inteligente lector habrá adivinado lo que vi a continuación, en el más inquietante momento de mi vida. Ahí, en el registro, junto al nombre *Mariastella Fortuna (seconda)*, aparecía su fecha de nacimiento: *11 Gennaio 1920*.

Stella Fortuna había nacido el 11 de enero, no el 12. Así pues, tras el Accidente, Stella se despertó loca, excepto en este punto concreto, su cumpleaños, en el que tenía razón y los demás estaban equivocados.

¿Por qué había permitido durante tanto tiempo que su familia se equivocara de fecha? ¿Y qué fue lo que, tras el Accidente, hizo que deseara corregirlo?

Visité a la tía Tina cuando volví de Calabria y le pregunté si recordaba cuándo o por qué motivo se cambió la fecha de cumpleaños de Stella.

—Fue siempre el 12 de enero —me contestó. El hecho de que la partida de nacimiento encajara con la nueva fecha que había elegido la loca Stella era mera coincidencia.

Pero no era una coincidencia. Tina lo recordaba mal. Es algo que sucede cuando una persona altera los datos concretos durante muchos años y elimina la realidad de lo sucedido.

Stella, la loca Stella, sabía la verdad cuando nadie la tomaba en serio. ¿Qué otras verdades había encerradas en su cabeza? ¿Qué otras cosas recordábamos mal los demás?

Aquí, tras muchas investigaciones, puedo explicar por qué se cambió la fecha de cumpleaños de Stella Fortuna y por qué ella mantuvo el secreto durante tantos años —cuarenta y nueve— que hasta su hermana la olvidó. Es también la historia de la cuarta ocasión en que Stella Fortuna estuvo a punto de morir, cuando casi se ahoga en el intento de emigrar a los Estados Unidos.

La cuarta muerte es la más controvertida de todas porque es la más ambigua: el peligro solo se percibió después de que pasara. Quizá no sea del todo exacto incluirla en la lista de las casi muertes. Pero es la mejor leyenda y algunas veces una buena leyenda resulta más cierta que la propia verdad.

* * *

Antonio Fortuna es un villano un tanto inescrutable. Después de años sin hacer el menor caso a su familia, ¿por qué tuvo que entrometerse en su vida y obligarlos a unirse con él en los Estados Unidos?

Por oscuros que nos parezcan, Antonio tenía sus motivos. Algunos tal vez incluso fueran altruistas. Ahora todo lo que recordamos de Antonio Fortuna — bien o mal— son las cosas horribles que hizo o que dijo. Pero el retrato completo es más complejo que los fragmentos que lo componen, que resultan tan feos y simples si se toman de modo aislado. Para ser sinceros, hay retazos de la vida de Antonio sobre los que no puedo contar nada; era un hombre enérgico pero no prolijo, y muchos de sus secretos se fueron con él a la tumba.

Sin embargo, no todos. Yo conozco alguno.

Como ya he contado, lector, Tracci era una pequeña aldea situada al sur de Ievoli. Una serpenteante carretera de montaña une los pueblos como si fueran cuentas de un collar. Si se sigue el camino desde Ievoli, una media hora después de Polverini se encuentra el ruinoso *campanile* de la capilla de Tracci, poco mayor que un establo para dos caballos. Tracci ya no existe; las casas que siguen erguidas están vacías y los últimos habitantes se han marchado ya, pero a principios del siglo xx vivían ahí unas cincuenta personas. Hubo un tiempo en el que Tracci atraía a los peregrinos gracias a la imagen de su *Madonna*, conocida por hacer milagros menores: era famosa la historia según la cual protegió del acoso de los lobos al sacerdote que la transportaba. Ahora la *Madonna* se conserva, parcialmente cubierta de musgo brillante, en una cueva excavada en la montaña. Una verja de hierro oxidado protege la pequeña gruta y probablemente todavía recibe la visita de algunos lugareños porque hay flores de plástico como ofrenda entre las rocas situadas a sus pies.

En 1896 el padre de Antonio, Giuseppe Fortuna, tenía dieciocho años de edad y estaba comprometido en matrimonio con una chica de Tracci llamada Angela Gaetano. Aquel septiembre, dos meses antes de la boda, Giuseppe fue a pasar unos días con su tío materno, Luigi Callipo, en Pianopoli, para ayudar con la cosecha de la aceituna. Allí estaban sus cuatro primos hermanos Callipo; Mariastella, la mayor, tenía un año más que Giuseppe. Mariastella nunca contó a nadie qué había sucedido entre los dos, si había sido débil o si Giuseppe se había aprovechado de ella, pero ocho meses después de que Giuseppe volviera a Ievoli

y se casara con su novia, Angela, Mariastella dio a luz a Antonio.

No se podía hacer nada; el padre de la criatura estaba ya casado ante Dios con una buena cristiana. El padre de Mariastella hizo que su desdichada hija, sin apenas recuperarse del parto, llevara a la llorosa criatura montaña arriba hasta Tracci para mostrársela al aprovechado de su primo. Luigi Callipo le pidió a Giuseppe que se quedara con el niño, pero la mujer de Giuseppe, Angela —que estaba embarazada y cuya felicidad marital quedó destruida para siempre aquel día—, se negó. La rabia o el engaño la enloquecieron de tal modo que tuvo un ataque de nervios y todos temieron que se le adelantara el parto. Luigi pidió dinero a cambio del honor perdido de su hija, pero Giuseppe no tenía dinero y su padre tampoco. El honor de Mariastella era problema de los Callipo, no de los Fortuna.

Durante los diez años siguientes, Mariastella vivió en casa de su padre como una mujer desgraciada, imposible de casar, cuya presencia era un recuerdo permanente de su abominación. No todas las familias se habrían comportado con tanta frialdad; algunas habrían criado con afecto al hijo bastardo de una hija, esperando que el paso del tiempo borrara la vergüenza. Pero los Callipo eran estrictos en relación con la virtud femenina y no permitieron que Mariastella olvidara su pecado. No puedo contar mucho más sobre la primera década de la vida de Antonio, excepto que no fue muy feliz.

Angela, la mujer de Giuseppe, murió al dar a luz a su quinto hijo en 1909. Tenía veintiséis años y era una mujer tan encogida e intimidada que su recuerdo había desaparecido ya por completo en los tiempos de los hijos de sus hijos, que crecieron tomando por abuela a Mariastella Callipo, a la que llamaban *nonna*. Cuando Angela murió, Giuseppe se casó con su prima caída en desgracia y la rescató de una vida de ignominia sin redención posible. Necesitaba que una mujer se encargara de sus cuatro hijos, y Mariastella era la opción más adecuada, ya que le ofrecía la oportunidad de hacer las paces con Dios por los deslices del pasado y curar una herida familiar.

Ya en 1909, Tracci estaba en declive. La casa de los Fortuna a la que Mariastella y su hijo se mudaron era vieja y ruinoso. El pozo estaba a kilómetro y medio, de modo que era difícil mantenerla limpia o lavar la ropa. Pero por lo menos Antonio era ahora un hijo legítimo con apellido paterno.

Antonio tuvo que empezar a vivir con sus cuatro hermanastros. Mariastella parió otros dos niños antes de que un prolapso uterino y una infección hicieran que dejara de ser una pareja sexual deseable para su marido. De hecho, murió de una infección urinaria en 1950 a los setenta y tres años de edad. Nadie identificó los signos del envenenamiento de la sangre, ni siquiera cuando salió a la *chiazza* cubierta solo con una manta y la piel que Dios le había dado. Todo el mundo

pensó que estaba loca.

Pero eso fue cuarenta años después. Mientras tanto, Mariastella tuvo niños que criar, alimentos que cultivar y cocinar, agua que ir a buscar, ropa que lavar en el arroyo de aguas frías. Las duras circunstancias de su vida no pudieron acabar con ella, como le había pasado a Angela. Pero era una mujer muy dura, tanto como la sartén de hierro colado que utilizaba para castigar a sus hijos e hijastros.

Soy consciente de lo difícil que resulta seguir las historias de nuestra familia calabresa debido a que se repiten todos los nombres. Nuestros árboles genealógicos son alucinantes desde el punto de vista taxonómico, las pesadillas de Linneo con raíces insuficientes para soportar los troncos, donde una línea de sangre se confunde en nombres repetidos. En la familia Fortuna no hay que ir muy lejos para encontrar raíces enmarañadas: están ahí mismo, en la generación de los hermanos de Antonio.

Giuseppe Fortuna y su familia vivían, como ya sabes, lector, en una casa con una sola habitación y una sola cama cuadrada. Los niños se engendraban en esa vieja cama y luego tenían que dormir en ella. Por supuesto, eran demasiados para un solo lecho, pero el proceso era lento; poco a poco, los niños crecían de medio kilo en medio kilo, se iba desarrollando una sinfonía de gruesas piernecillas infantiles y afilados codos de criaturas. Es difícil aislar el punto crítico, en qué momento las cosas fueron demasiado lejos. Es especialmente difícil cuando no hay dinero para comprar muebles ni lugar donde colocarlos. Algunas veces la mejor solución es pensar: por supuesto, esto no está bien, tenemos que hacer algo, y volver al ciclo del arado, el agotamiento y el sueño.

¿Se pregunta el lector por qué Antonio Fortuna, el inquieto conquistador, se casó con Assunta Mascaró cuando solo tenía diecisiete años de edad? Ahora ya lo sabe: el matrimonio era la solución más sencilla para huir de aquella casa sórdida y grotesca y de la cama comunal. No todos los demás pudieron escapar.

Esta es la falacia que se encuentra en el núcleo de los famosos celos sexuales de los italianos del sur, la inspiración poética del famoso machismo, las cuchilladas de venganza y el patriarcado disciplinario. No era necesario estar celoso de la esposa o de una *inamorata*. No había cama para ser infiel ni momento del día que no estuviera ocupado por alguna labor agotadora. El lugar donde era más probable que se lo hicieran a una mujer era en su propia casa.

En el verano de 1918, la hermanastra de Antonio, Mariangela, dio a luz a una nena a la que llamó Angela. La madre tenía trece años; el padre era uno de sus dos hermanos, Anto o Domenico, que todavía vivían en la casa. Es imposible

saber seguro cuál de los dos.

A pesar de su virtud perdida, Mariangela consiguió encontrar marido; simulamos creer que la virginidad lo es todo, el único valor de una mujer, pero la verdad es que el único valor importante de una mujer es su capacidad de trabajo. Ninguno de los hermanastros de Angela todavía vivos, que son mucho más jóvenes, parece saber qué fue de ella tras la guerra, cuando desaparece de todo registro escrito (para ser sinceros, es difícil sacar el tema; incluso los interlocutores más francos han cambiado de conversación cuando he hablado de ella). Me pregunto si Angela llegó a salir del pueblo en el que nació y si, en ese caso, la historia de sus orígenes fue tras ella. Me pregunto si siguió teniendo hijos con menos bisabuelos de lo habitual. Me pregunto si se debatió o si aceptó su suerte, tal como tantas veces sucede y ha sucedido siempre.

Siento curiosidad por unas cuantas cosas más, pero no tengo a quién preguntar. Por ejemplo:

¿Cómo pudo permitirse la violación de Mariangela? Y, sobre todo, ¿cómo fue que sus padres no se enteraron de lo que sucedía? ¿O lo sabían y miraron para otro lado? Giuseppe, el patriarca, ¿pegó a sus hijos por la atrocidad cometida? ¿O pegó a su hija por entregar lo más valioso que tenía?

¿Y qué pasó? ¿Siguieron viviendo juntos? ¿Y durante cuánto tiempo? ¿Mariangela tuvo que seguir compartiendo lecho con sus violadores? ¿Cómo pudieron los atacantes vivir con aquella vergüenza mientras contemplaban su fruto?

Y más todavía, ¿los violadores sufrieron como consecuencia de su conducta? ¿O fue una mera transgresión juvenil, cosas de chicos, olvidémoslo? ¿Un violador es capaz de mirar con amor a su hija pequeña? ¿Siente el deseo de protegerla o de cuidarla cuando no sintió el menor deseo de proteger o cuidar a la madre? ¿Cómo funcionan exactamente las leyes de la humanidad en una situación así?

Sé que, al final, Anto terminó trasladándose a California y Domenico a Sudamérica, pero nadie está seguro de a qué lugar exactamente. Quizá los hermanos se alejaron por su mala conducta o, tal vez, como Mariangela contó a Assunta, simplemente querían evitar que los reclutaran. Los hermanos no mantuvieron contacto.

Esta historia es un tabú, de modo que no hay que mencionarla bajo ninguna circunstancia.

Pero todo lo que sé me lleva a pensar que solo es necesario guardar determinados secretos, aunque reconozco que no sé distinguir entre los que hay

que callar y los que no. Tal vez por este motivo estoy escribiendo estas páginas.

En cualquier caso, esa es la infancia que Antonio Fortuna dejaba atrás cuando se casó y se trasladó a Ievoli, cuando dejó Ievoli para ir a la guerra, cuando se marchó a América. No quiero decir con esto que Antonio Fortuna no fuera un monstruo; me limito a contar de dónde procedía ese monstruo.

Por mucho que quisiera escapar de sus orígenes, Antonio no fue a la guerra por elección propia. Lo reclutaron, como a la mayoría de los cinco millones de italianos que fueron al frente.

Es difícil leer sobre la Gran Guerra en Italia. Es difícil porque no es sencillo encontrar información —Mussolini oscureció la verdad, la enterró bajo su propaganda—, pero también porque los hechos son devastadores. El precio de la guerra fue disparatado: cientos de miles de hombre enviados a morir en unos pocos kilómetros de montañas yermas, cubiertas de nieve, en la frontera austrohúngara.

La lucha fue un baño de sangre; durante la mayor parte de la guerra, la relación de sangre vertida por territorio ganado fue incluso peor que en el frente occidental. Los soldados subían por las laderas, trepaban por encima de los cadáveres de sus compatriotas para dar con unas innovaciones inimaginables hasta la fecha —gases venenosos, alambre de espino, ametralladoras, granadas—, obligados a avanzar por las armas de la policía militar que les apuntaban a la espalda.

Así fue, día tras día, durante más de tres años.

Combatieron en un ventoso erial de los nevados Alpes, bajo la amenaza constante de los aludes —la muerte blanca— que mató a más soldados que los proyectiles austriacos. No había nunca suficientes armas o cascos. Las cantimploras estaban hechas de madera y llenas de moho. Las máscaras de gas —que, por otra parte, no todos tenían— no protegían del cloro o el fosgeno, que cubrían los batallones de nubes venenosas y dejaban hileras de cadáveres encogidos, hombres agarrándose el vientre y echando espuma por la boca.

Los soldados italianos estaban tan deshidratados debido a los malos suministros que los pies se les hinchaban, no les cabían las botas y caminaban descalzos y con congelaciones. Los uniformes estaban tan llenos de barro e infestados de piojos que empezaron a llevar ropa de mujer que robaban en los pueblos abandonados. Se comían los caballos muertos y las ratas que capturaban en las trincheras. Defecaban en los mismos agujeros donde dormían porque

tenían demasiado miedo de los francotiradores para ir a las letrinas. Morían de fiebres tifoideas y de cólera. Se quedaban sordos por las explosiones y luego perdían el equilibrio al andar a tientas sobre el suelo irregular y los camaradas caídos. Avanzaban hacia la muerte en total confusión. Se producían terribles incidentes de fuego amigo.

Estaban a las órdenes de un general que era simultáneamente ignorante, ególatra, terco e indeciso; un idiota con autoridad suprema que no otorgaba ningún valor a la vida de sus soldados. Se llamaba Luigi Cadorna y menciono su nombre porque me parece que su conducta monstruosa debería ser más conocida. Para quienes quieran argumentar que Cadorna no era malvado sino solo incompetente, les diré que es una responsabilidad moral de los incompetentes identificar sus propias debilidades y no aceptar posiciones de poder.

Lo que hace que la verdad resulte todavía más cruel es que murieron por nada. Las promesas hechas a los italianos para que entraran en la guerra se desvanecieron al firmar la paz. Al final de los cuatro años de derramamiento de sangre, un millón y medio de italianos habían muerto y había más de setecientos mil soldados heridos. Como sucede en todas las guerras, falta la estadística de cuántas mujeres fueron violadas porque vivían en el territorio en guerra. Otro medio millón de civiles italianos murieron de la gripe española que los soldados llevaron a casa desde los hospitales del frente; la tasa de mortalidad por gripe de los italianos fue la más alta de todas.

El número de víctimas se extendió más allá de los años de la guerra, incluso hasta hoy día. Italia tardó cincuenta años en pagar sus deudas de guerra. La economía del país quedó destruida, la industrialización se decantó de manera irrevocable por el norte, lo que fue el golpe de gracia al desarrollo del sur. Por este motivo, Calabria sigue enviando a sus jóvenes a trabajar en ciudades lejanas, donde se instalan y no vuelven.

De un modo u otro, Antonio Fortuna sobrevivió a la guerra.

Lo reclutaron a los diecisiete años como soldado raso y regresó a casa entero, sin recibir tiros ni metralla. Sobrevivió a la ofensiva de noviembre de 1915 en San Michele, donde cayó la mitad de la brigada de Catanzaro. Sobrevivió al asalto de su brigada a la meseta de Asiago, un desastre en el que los soldados italianos quedaron atrapados en dolinas y alambre de espino, donde la brigada 141 de Catanzaro perdió tres cuartas partes de sus hombres y donde los soldados que los proyectiles no segaron tuvieron que pasar la noche helada haciéndose los muertos entre los cadáveres hasta que pudieron escapar al alba.

Dicen que la guerra es un crisol en el que se forjan los hombres. Yo diría que con la misma facilidad que se forja un hombre se puede crear un monstruo. Algunos hombres van a la guerra y encuentran a Dios; otros lo pierden para siempre. Antonio fue de los segundos.

Pero sobrevivió.

Quizá la habilidad de su hija Stella para sobrevivir a la muerte la heredara de él. Nunca apreció a su padre, pero quizá le debía eso.

Cuando Antonio Fortuna regresó a su casa tras pasar cuatro años en el ejército, Ievoli era demasiado pequeño para él. Zarpó hacia los Estados Unidos por primera vez en 1920, siguiendo los pasos de cuatro millones de inmigrantes italianos. La mayoría procedía del sur —de Calabria, pero también de Sicilia, Campania, Puglia y Basilicata—, las zonas en las que la unificación italiana había hecho más daño, donde la guerra y los impuestos habían exprimido al máximo a los pobres *contadini*. El sur se vació de varones adultos; en Calabria, el treinta por ciento de los hogares no tenían *capo*, no había cabeza de familia varón.

Los hombres italianos emigraron porque querían trabajar, conseguir una vida mejor que la pobreza y la explotación que dejaban atrás, aunque lo cierto era que en *l'America* también encontraron pobreza y explotación. Los trabajadores italianos —casi todos hombres, con frecuencia analfabetos y sin capacidad de buscar ayuda o consejo— cruzaron el océano en tercera clase y viajaron como ganado en trenes con rumbo a las minas de carbón de Virginia Occidental o a poner vías férreas en los bosques de Pensilvania. Dejaron pueblos sin asfaltar, sin agua corriente, deforestados y con malaria; dejaron el hambre, el cólera, un arraigado feudalismo y un sistema de clases inamovible. Abandonaron a sus familias con la esperanza de volver a reunirse con ellas cuando los tiempos mejoraran. Llevaron consigo su amor por la comida y los huertos ordenados, sus idiomas y sus prejuicios, su misteriosa Santísima Trinidad y sus miles de santos, sus ritos, sus canciones y sus festejos. Llevaron consigo la adoración a las madres; llevaron también a sus madres. En muchos casos, tenían intención de regresar, lo que hacía de nuestros antepasados italianos unos inmigrantes diferentes en los Estados Unidos, pero en muchos casos nunca volvieron a Italia, lo que los convirtió en inmigrantes como otros cualesquiera.

Antonio fue de los últimos italianos en entrar libremente en los Estados Unidos; pocos años después, pasado 1924, cuando el gobierno de los Estados Unidos

aprobó la ley de inmigración llamada National Origins Act y se establecieron cuotas en función del país de procedencia, probablemente Antonio habría tenido que elegir otro destino, tal vez Canadá, Argentina, Australia o Francia, donde terminaron muchos calabreses.

La primera vez que Antonio emigró no tenía la menor idea de a qué lugar se dirigía. No hablaba inglés, pero no le preocupaba. En los Alpes austriacos, donde los oficiales y los hombres a los que estos mandaban apenas eran capaces de comunicarse, había aprendido a pensar que la supervivencia era una cuestión física, y él era un hombre fuerte.

Antonio tuvo suerte porque otros le habían allanado el camino. En 1920 había ya pequeñas poblaciones de italianos integradas en todas las grandes ciudades de los Estados Unidos. Para quienes habían emigrado una generación antes, los peligros habían sido muchos. Sin saber leer o escribir y en ausencia de toda regulación, los italianos firmaban cualquier cosa, vendían su alma y quedaban al albur del sentimiento humanitario de quien los contratara. Muchos murieron por exceso de trabajo, accidentes y explosiones. Otros desaparecieron sin más. Algunos fueron víctimas de los sindicatos del crimen italoamericanos que florecieron y crearon anillos de protección y extorsión entre sus asustados compatriotas desprovistos de derechos.

Pero, como he dicho, Antonio tuvo suerte. Su barco llegó a la isla de Ellis. A lo largo de la historia de la humanidad, muchos individuos han tomado la decisión de subir a un barco rumbo a un lugar extraño y hostil, pero es difícil imaginar el grado de desesperación que tenían que sentir para embarcarse sin saber si llegarían a puerto. En fechas más recientes, vemos cómo los inmigrantes intentan entrar en Italia y su viaje no es más seguro ni más fácil que el de sus antecesores. Miles de refugiados de Siria, Libia, Eritrea, Somalia, Ghana y Nigeria han muerto ante las costas de Italia en los últimos diez años en barcos que han naufragado o se han incendiado. La historia no se detiene y los nombres y los destinos cambian, pero no las injusticias que nos rodean.

Antonio Fortuna llegó a Nueva York en febrero de 1920 en un barco llamado *Providence*. Su nombre aparece en la lista de pasajeros expuesta en la isla de Ellis; puedes ir a comprobarlo si lo deseas, lector.

Había zarpado de Nápoles con Nico Carbone, de Catanzaro, un compañero del ejército. Cuando los dos jóvenes llegaron a Nápoles, no tenían ningún otro amigo en el mundo, pero albergaban la vaga idea de que si llegaban a *l'America* podrían convertirse en hombres ricos. Habían conseguido billetes y contratos de trabajo de un *padrone* y pasaron la primavera y el verano tendiendo las vías

férreas en la zona occidental de Pensilvania. Deduzco que esta primera temporada en los Estados Unidos fue difícil, porque Antonio volvió a Italia en cuanto pudo permitírselo.

Regresó a Ievoli en noviembre de 1920 con un petate de ropa y una bolsa de monedas estadounidenses. Tenía muy poco que mostrar de su temporada en los Estados Unidos; apenas había podido pagar las deudas del pasaje. Pero había aprendido muchas cosas sobre el funcionamiento del mundo y estaba vivo. Las vías de tren no habían sido peores que la guerra. No habían sido peores que la vida en Tracci.

La segunda vez que emigró, Antonio no cayó en la estafa del *padrone* y pagó el billete con el dinero ahorrado en la primera estancia. Buscó directamente un trabajo en el ferrocarril en la oficina de la estación de Pensilvania de Nueva York. En esta ocasión sabía ya el suficiente inglés para explicar que tenía cierta experiencia. Encontró un trabajo inmediatamente reconstruyendo el corredor del Atlántico Medio.

El segundo viaje fue todavía más corto que el primero porque Antonio volvió corriendo a casa para el nacimiento del que pensaba que iba a ser su primer hijo varón: el lector ya conoce esa historia. Pero en esta ocasión había testigos de su temporada en los Estados Unidos. Uno de ellos era un hombre de la región de los Abruzos, de habla reposada y vestir pulcro, llamado Tomaso Maglieri. Tomaso doblaba la edad de Antonio y medía solo dos tercios su talla, pero estaban en el mismo equipo de trabajo encargado de cavar, despejar, colocar las traviesas y conectar las vías. Antonio Fortuna y Tomaso Maglieri tenían poco en común, pero Tomaso también había servido en el frente austriaco.

En mayo, cuando llevaban trabajando tres meses, Antonio y Tomaso recibieron carta de Italia el mismo día. La de Antonio decía que Assunta estaba embarazada y que el bebé nacería en octubre. La de Tomaso decía que su mujer, Cristina, había dado a luz sin contratiempo a un niño el sábado de Pascua. Le había puesto por nombre Carmenantonio.

—Quizá tengas una hija —bromeó Tomaso Maglieri— y algún día mi hijo se case con ella.

—No, las dos primeras han sido niñas, así que este tiene que ser un niño —contestó Antonio—. Pero tu hijo Carmenantonio puede casarse con mi Mariastella.

—¡Vaya, una mujer mayor! —rio Tomaso—. El sueño de cualquier hombre. Venga, dame la mano en señal de acuerdo y así no tendremos que preocuparnos en comprometerlos más tarde.

Tomaso y Antonio no volvieron a verse en veinte años. No siguieron en contacto y probablemente no volvieron a pensar el uno en el otro. Era una

broma, me parece: a todos nos lo parecía. Bien, a Carmenantonio, llamado Carmelo Maglieri, siempre le gustaron las bromas, aunque Stella no tenía el mismo sentido del humor.

Cuando Antonio Fortuna viajó por tercera vez a los Estados Unidos, se encontró con su viejo compañero del ejército, Nico Carbone, en Nueva York. Nico vivía en Little Italy, en Mott Street, en un edificio sin ventanas en el que ocho hombres se turnaban literas y camastros. Cuando Antonio llegó, en la cuadrilla de Nico había un empleo: Manhattan estaba floreciendo como un huerto en junio, los edificios crecían uno junto a otro y había mucho trabajo para los jóvenes italianos. Durante los siete años siguientes, Antonio trabajó en la construcción de un banco, el priorato de una iglesia, una estación de metro y un edificio suntuoso que terminó siendo el salón comedor de una universidad.

En los meses más fríos, cuando la ventisca detenía la frenética construcción de Nueva York, Antonio merodeaba con Nico por las calles de Elizabeth Street. Los locos años veinte fueron también los locos veinte años de Antonio y lo cierto es que olvidó a su familia. No estaba acostumbrado a que los padres quisieran a sus hijos y no se le pasó por la cabeza querer a los suyos. Entre el trabajo en la construcción y las tareas de protección, debió de ganar mucho dinero, pero no envió nada a casa. Mientras Assunta envasaba el menor de los frutos para que sus hijos no se murieran de hambre durante el invierno, Antonio engordaba a base de filetes de carne y la ginebra que servían en los locales clandestinos. Lo que le quedaba lo gastaba en mujeres.

Pero en la primavera de 1928, Antonio se acordó de su patrimonio familiar cuando asistió al funeral de Rocco Scavetta, el alto y obeso tendero de Mott Street. Todo el barrio fue a dar el pésame, incluso los gánsteres con los que Rocco se había peleado durante años. Antonio, sentado en el penúltimo banco de la iglesia, examinó los cientos de cabezas oscuras inclinadas y pensó en su propio funeral. El *signor* Scavetta era un hombre que dejaba un legado, siete hijos y dos hijas, nietos y biznietos, y todos sus amigos lloraban ahora su ausencia. Antonio comprendió, por fin, para qué servían los hijos.

Pocas semanas después, un hombre de Pianopoli dio con Antonio. Tony Cardamone era el hermano menor de la cuñada de Assunta, Violetta. Como Antonio había pasado poco tiempo en Ievoli después de su matrimonio, su camino se había cruzado pocas veces con el de Tony.

Los dos hombres se sentaron a una de las mesas de grueso mármol de uno de los cafés de Mott Street y bebieron un café italiano tan fuerte que su denso aroma ocultaba el chorro de anís ilegal que el dueño le había echado. Tony

Cardamone pasaba por Nueva York de camino a Hartford, donde vivía con su mujer. Había trabajado en las vías férreas durante un tiempo, pero ahora se dedicaba a la construcción. No parecía querer nada de Antonio, aunque este se puso a la defensiva.

—Cuando llegue el momento de traer a tu familia —dijo Tony Cardamone con obvia intención—, deberías plantearte venir a Hartford. Ahí puedes vivir en una casa de verdad, no como aquí, todo el mundo amontonado como gallinas en un gallinero.

Se dieron la mano y se desearon suerte. Tony Cardamone tenía que coger el tren para ir a casa y no podía quedarse a cenar.

—Venid a Hartford —repitió antes de marcharse—. Os echaremos una mano para instalarlos.

Su generosidad no obedecía a ningún motivo especial. Lo probable era que Tony Cardamone sintiera compasión de Assunta, que, como todo el mundo sabía, era una santa y llevaba abandonada mucho tiempo. Pero no presionó a Antonio; si algo tenía que suceder, sucedería.

Pasó un año. En agosto de 1929, Antonio estaba en un bar del Lower East Side con Nico Carbone cuando se vieron envueltos en una pelea de bar en la que murió un hombre. No sé si la historia encerraba algo más o fue una desgraciada pelea de borrachos. Lo que sí sé es que el nombre del muerto era Johnny Mariano, uno de los matones de Frank Costello, y que el puñal que terminó entre sus costillas era de Antonio. Este escapó y dejó a Nico, que estaba inconsciente de un golpe, que cargara con el muerto. Antonio se escondió durante dos días en el armario de su casera hasta que pudo meterse en un barco que iba a Nápoles. A Nico Carbone le cayeron quince años de condena por el asesinato de Johnny Mariano, pero lo encontraron muerto en la celda a los dos meses del ingreso en prisión. Es difícil saber si fue un suicidio.

Antonio era consciente de que no podía volver enseguida a Nueva York, pero no quería quedarse en Ievoli, un lugar del que había partido con intención de no volver. En el invierno de 1929 tenía presente el ofrecimiento de Tony Cardamone y en cuanto le pareció que era seguro volver a pisar suelo americano, Antonio le pidió a su cuñada Violetta la dirección de su hermano en Hartford.

* * *

El último hijo de Assunta, el que Antonio le hizo durante su último viaje a Ievoli, nació a principios de julio de 1930. Stella ayudó a su abuela en el parto.

Assunta estaba de cuclillas en el huerto, supervisando cómo Stella y Cettina ponían cañas en las judías, cuando notó que rompía aguas y el líquido le caía por los muslos hasta el suelo. Por un momento estuvo pensando en quedarse ahí y dejar que el niño naciera en el huerto bajo el violento sol de verano. ¿Cómo iba a ponerse de pie? Las campanas de la iglesia habían dado las doce hacía poco y el paño que llevaba Assunta en la frente estaba acartonado por el sudor seco. El sol que le daba sobre la redonda barriga le hacía pensar en un horno redondo de ladrillo en el que se estuviera cociendo la criatura. Le dio vueltas a la idea durante varios minutos, pero finalmente se puso de pie con la pierna mojada por el líquido del bebé.

—Cettina, ve a decir a tu *nonna* y a *za* Ros que el crío está a punto de nacer. Stella, ayúdame a entrar en casa.

Stella, nerviosa, acompañó a Assunta a la casa mientras Cettina bajaba por *via* Fontana. Cettina terminaría pasando la noche con *za* Ros y con los gusanos de seda, que necesitaban recibir alimento las veinticuatro horas del día porque estaban a punto de hacer la muda; era mejor que Cettina no estuviera por ahí.

Stella tenía ya diez años, era lo bastante mayor para ayudar en un parto. Hizo que su madre se sentara en un taburete de madera y siguió sus instrucciones tensas pero tranquilas hasta que llegó Maria. Haz esto. Coge lo otro. Assunta no gritó ni lloró durante todo el proceso porque era mejor que los vecinos se enteraran de lo sucedido una vez hubiera terminado todo. Mejor no atraer el mal de ojo.

Stella obedeció a su madre. Puso la vieja manta marrón de cosechar sobre la cama para recoger la suciedad. Avivó el fuego de las brasas, aunque las cicatrices del brazo le latían al sentir el calor del fuego. No había visto nunca un nacimiento, era demasiado joven para recordar la última vez que su madre se había puesto de parto. Contempló el rostro de su madre durante las contracciones. Assunta tenía la piel hinchada y los ojos rojos y brillantes, las venas de las sienes y del cuello destacaban, abultadas. Stella era lo bastante mayor para entender que si las cosas no iban bien, su madre podía morir. Se dio cuenta mientras corría montaña arriba en dirección a la fuente del lavadero que aquellos podían ser sus últimos minutos de vida y se esforzó por mantenerse tranquila, en moverse con cuidado pero deprisa para no desperdiciar los

momentos.

Nonna Maria llegó con su bolsita de menta y el rostro sonrosado por el esfuerzo de subir la cuesta bajo el sol de mediodía. Al ver a su abuela, Stella sintió solo una pequeña fracción del alivio que habría deseado. Maria le pareció vieja y débil. La *suora* Letizia se encontraba en Nicastro; estaban las dos solas, Stella y su menuda abuela, para ayudar a Assunta a dar a luz.

En realidad fue un parto sencillo, duró menos de cinco horas. Pero Stella, que no tenía con qué comparar, quedó marcada por la experiencia. Era lo bastante madura para comprender que aquella era la única ocasión en la vida en que la parte del cuerpo de una mujer considerada tabú dejaba de serlo y quedaba expuesta a otras mujeres para que el bebé saliera. Pero Stella no estaba preparada para contemplar la piel de color rojo oscuro de la vagina de su madre, abierta como los pliegues correosos de un enorme higo, estremecida por convulsiones alrededor de la peluda cabeza del bebé —Stella estaba segura de que la criatura estaba muerta, ya que la cabeza estuvo quieta durante mucho rato—. Ni para ver la serpiente amarillenta de materia fecal que se deslizaba bajo la cabeza de la criatura, que Maria ordenó a Stella que secara con un trapo y seguía cálida y suave bajo su mano cuando la dejó caer, con trapo y todo, en el orinal. Ni para contemplar los ojos del bebé, tapados por mucosidades, cuando finalmente salió, el extraño cordón azul y blanco que le envolvía los pequeños hombros. Ya no era una niña pequeña y debería haber sido estoica, haber estado preparada para ayudar en todo lo posible. Eso es lo que hacen las mujeres. Aquella fue su entrada en el mundo secreto de las mujeres adultas, y el corazón y el pensamiento de Stella rechazaron su fealdad. Había visto a su preciosa madre reducida a un mero animal, como una cerda en una pocilga, sin el menor control de su destino en aquel momento terrible.

Aquella fue una experiencia formativa para Stella. El origen de su segunda fobia, la horripilante conclusión de la primera.

En 1931 sucedieron tres cosas terribles.

La primera fue que *za* Ros se marchó a Francia, donde vivían sus hijos.

—Allí tienen una buena vida —explicó Rosina a Assunta—. Nunca volverán, ni siquiera para verme. Así que tengo que irme con ellos.

Assunta entendía que echara de menos a sus hijos, por supuesto. Pero Ros había ocupado el lugar de su difunto padre, de su marido ausente. Ros era su fibra moral, aquello que hacía de ella una persona mejor y más santa. Assunta no podía imaginar lo que podía ser su vida diaria sin su diminuta hermana. Lloró desde el mismo momento en que Ros se lo dijo hasta que Ros subió al tren en

dirección al norte, dos semanas más tarde. Tenía razón al llorar: no volvería a ver nunca a su hermana. Tampoco volvería a verla Stella, que tanto quería a su madrina.

Ros era una buena persona. Me pregunto cómo habrían ido las cosas para los Fortuna si se hubiera quedado. Pero tomó una buena decisión para ella. El pueblo situado al sudoeste de Marsella en el que sus hijos la instalaron era un lugar precioso con gente agradable. Ros se llevó tan bien con los lugareños que terminó casándose con un viudo francés, aunque tenía ya más de sesenta años, y se convirtió en madrastra de cinco hijos crecidos. Todas las tardes de su vida se tomó una copita de *grappa* y vivió hasta alcanzar los ciento cinco años. El día en que cumplió cien años, en 1972, el periódico local publicó una foto suya en la que sonreía, desdentada, en la portada.

Ros tuvo la suerte de partir de Ievoli cuando lo hizo porque, si hubiera esperado un poco más, no habría sido capaz de marcharse. La segunda desgracia tuvo lugar en septiembre, cuando Nicola, el hermano de Assunta, estaba arando con un caballo para plantar árboles. Nicola perdió el control del caballo, que tenía mucho carácter, se cayó y el arado le pasó por encima de la pierna. Nicola, que no tenía la suerte de su sobrina Stella, se desangró porque nadie fue capaz de detener la hemorragia de la arteria seccionada.

Así pues, en seis meses Assunta perdió a su hermana y a su hermano. *Nonna Maria* perdió a su hija y a su hijo. Maria era una mujer dura, mucho más que Assunta. Pero me parece que las dos solo consiguieron conservar la cordura después de la muerte de Nicola porque se tenían la una a la otra.

En diciembre tuvo lugar la tercera desgracia: una carta de Antonio.

A mi mujer Assunta:

Ya va siendo hora de que tú y nuestros niños vengáis conmigo a América. Escríbeme con sus fechas de nacimiento para que pueda pedir un pasaporte familiar. Te mandaré buscar cuando los papeles estén listos.

Antonio Fortuna

No había tenido noticias suyas desde que se había ido con su declaración de que, si no quería ser su mujer, él tampoco la necesitaba. Assunta había pensado que su mundo quedaba a salvo de las interferencias de su marido, que viviría como una viuda en su querido pueblo y criaría a sus hijos en paz. Hizo que la *suora* Letizia le leyera la carta hasta que la memorizó, pero no envió respuesta. A lo mejor, si no contestaba, Antonio no podría mandarla buscar.

A la siguiente primavera, cuando *nonna* Maria estaba cortando leña delante de su casa, el hacha golpeó un nudo de la madera y una astilla salió volando y le dio en el ojo. Fue un golpe extrañamente preciso, rápido y limpio. El susto retrasó la sensación de dolor y Maria tardó un rato en darse cuenta de lo que había sucedido. Dejó caer el hacha en el suelo y las pulsaciones que sentía en el rostro se hicieron más intensas. No entendió lo que pasaba hasta que miró al suelo y vio que su propio ojo, redondo, amarillo y sorprendentemente grande, la estaba mirando.

Se agachó, cogió el ojo entre el índice y el pulgar y le dio la vuelta sobre la palma que ocupaba por completo. Con el ojo en una mano y el bastón en la otra, subió la cuesta gritando:

—Assù, Assù, tengo un problema.

Era la primera emergencia médica de la familia desde que Stella había recibido el golpe en la escuela. En esta ocasión, Assunta envió a Stella a Feroletto para no dejar sola a Maria.

—Tienes que hacer que venga el médico, Stella —dijo Assunta—. ¿Te acuerdas de dónde está su casa?

Stella estaba segura de que podría encontrarla.

—¿Y si no quiere venir?

Assunta negó con la cabeza.

—Tienes que conseguir que venga, sea como sea.

Mientras Assunta ponía el ojo de Maria en un tazón con agua para mantenerlo húmedo, Stella se arremangaba las faldas y bajaba corriendo la montaña. El gobierno de Catanzaro había construido una carretera de verdad, incluso un puente sobre el torrente de Feroletto, pero Stella bajó por la senda de mulas que conocía.

Encontró lo que buscaba por puro instinto. Ahí estaba la casa del médico con su acabado de estuco, la séptima puerta a la izquierda de la calle empedrada que cruzaba el centro del pueblo. La placa decía *Dottore* y debajo ponía: Mascaro Agustino. No sabía que el médico se llamara como su madre.

La casa estaba vacía, pero Stella sabía adónde ir a buscarlo. Era la hora de la siesta después de comer y casi todos los hombres del pueblo estaban reunidos en la *chiazza*, delante del bar, dando la espalda al valle. Algunos miraron a Stella con recelo, pero ninguno le preguntó qué quería. Stella pensó en que su abuela se desangraba en la mesa de la cocina de Assunta, con el ojo en un tazón de sopa, tomó aire y gritó:

—*Duttore! U duttore è ca?* —Recordó el italiano correcto que había aprendido en el colegio, más apropiado para hablar en público en aquella ocasión, y lo intentó de nuevo—: *Il dottore è qui?*

Los hombres se miraron entre sí y no dijeron nada, pero el médico no estaba allí. En esto, un individuo con un gran bigote gris recordó que el médico había bajado a Nicastro para buscar medicamentos. Stella tendría que esperar.

Stella se sentó delante del castaño situado en el centro de la *chiazza*, donde podría ver al médico si pasaba por ahí. Los hombres charlaban a su alrededor, pero Stella solo oía el latido de la sangre en los oídos y no se enteraba de nada de lo que decían. Su *nonna* estaba en peligro de muerte. Una y otra vez pensó en volver corriendo a casa para estar con su abuela y cada vez oía la voz de su madre: «Tienes que conseguir que venga, sea como sea». Así que esperó, jugueteando con las cicatrices de los puntos de sutura del brazo izquierdo, preguntándose si el médico recordaría que la había cosido, aunque ella no se acordara.

Stella tuvo suerte porque Nicastro estaba a dos horas de distancia y el médico podría haber decidido pasar ahí la noche, pero lo cierto es que solo tuvo que esperar una hora y media.

—Soy Stella Fortuna —le dijo—. Me ha salvado tres veces y ahora tiene que salvar a mi abuela.

Probablemente, el médico estaba cansado del viaje, pero la siguió camino arriba hasta Ievoli mientras las campanas de Santa Maria Addolorata daban el primer toque para la misa de la tarde. Maria estaba acostada en la cama de Assunta con un trapo doblado presionado sobre el lado derecho de la cara. Stella sintió una punzada en el estómago al verlo; aunque no podía situar el recuerdo, era capaz de evocar la sensación de quitar un vendaje; imaginó al médico levantando el trapo y que la sangre brotaba de la cuenca del ojo de su abuela.

No fue así. La herida era limpia, tal como suele suceder con las que producen las astillas. El doctor desinfectó la carne con una solución que hizo que Maria se estremeciera de dolor. Volvió a vendar el ojo con un trapo blanco que sujetó con un pañuelo sobre la cabeza.

—Tiene que descansar y dejar que cure —dijo el médico, mirando el ojo bueno de Maria—. No lo toque bajo ningún concepto —indicó a Assunta—. Lo más importante es impedir que se infecte. Hay por aquí mucha zona de piel —dijo, describiendo un círculo delante de su propio ojo—, de manera que hay muchas oportunidades de que se infecte a menos que se mantenga muy limpio.

Assunta asintió.

—Entendido —dijo, aunque le costaba hablar.

—¿Y qué hacemos con el ojo? —preguntó Maria. A Stella le pareció que hablaba con su voz de siempre.

El médico se encogió de hombros.

—Lo que quiera.

Y se marchó a su casa a cenar con su mujer. Al menos, ahora estaba casado.

La tarde siguiente, *nonna* Maria tenía toda la cara caliente y estaba claro que la advertencia del médico contra la infección tenía fundamento. Durante cinco días, la casa estuvo inundada por el aroma de menta y las purificadoras flores de manzanilla que Assunta hervía en el agua que utilizaba para lavar la herida de Maria.

La infección pasó, pero antes se extendió al otro ojo. Cuando por fin Maria pudo levantarse, estaba completamente ciega.

Después de que Maria perdiera la vista del segundo ojo, Assunta rezó nerviosamente en busca de consejo. No recibió ninguna revelación concreta y, tras darle muchas vueltas, pagó al cartero de Pianopoli, un hombre llamado Mancini, para que escribiera una carta en su nombre dirigida a Antonio en Hartford. En ella le explicaba que no podía marcharse de Ievoli porque su madre estaba ciega y se moriría si nadie se ocupaba de ella. Sentía no poder obedecerlo e ir a América aunque sería siempre su mujer ante Dios. Tartamudeó al decir estas palabras al *signor* Mancini y salió de la oficina de correos entre lágrimas.

Antonio no contestó a su carta. De hecho, no volvió a escribir a Assunta.

No llegaba dinero de los Estados Unidos para la familia Fortuna. Mientras tanto, a su alrededor, Ievoli se transformaba y se vaciaba mientras los jóvenes se iban a Argentina y a Francia, enviaban dinero a casa y luego volvían para buscar esposa. Las mujeres del pueblo compraban cosas en la tienda con el dinero que les llegaba por correo; ya no iban descalzas o sin ropa interior.

En la adolescencia, Stella vio cómo la cultura del pueblo iba cambiando a su alrededor. Sus vecinos iban engordando y las aportaciones a la iglesia iban en aumento; el edificio se pintó con estuco amarillo, la *chiazza* se pavimentó con losas redondeadas. Las familias construyeron casas de dos pisos. Las mandevillas trepaban por las bonitas fachadas de tonos pastel y los niños iban al colegio hasta que sabían leer.

Entre tanto, los Fortuna todavía vivían en la casa de Assunta en lo alto de la cuesta, un cubo de piedra con las paredes de mortero desnudas. Ahí todo era un poco más pobre. Los niños Fortuna se sentaban descalzos en el último banco de la iglesia. Stella miraba desde el huerto de su madre, situado en lo alto, a los de los vecinos, situados más abajo, aunque sospechaba que estos miraban a su

madre por encima del hombro.

Stella tenía edad suficiente para ver que el padre ausente era el origen de sus penalidades. Pues bien, no lo necesitaban a él ni a su dinero americano. Stella y Cettina ya no eran una carga. Recogían aceitunas verdes en septiembre y negras en enero. En marzo y abril, las hermanas cosechaban naranjas en las laderas de los alrededores de Feroleto. Después de las naranjas, dedicaban la primavera al huerto de su casa. El mes de julio entero, mañana y tarde, se consagraba al *baco da seta*, a alimentar a los gusanos de seda y hervir los capullos; después había un pequeño descanso, para la fiesta de la Asunción, en agosto, y vuelta a empezar con las aceitunas.

Entre las dos cosechas de aceitunas, trabajaban en la recolección de la castaña para *don Mancuso*. Las niñas llegaban al amanecer para ganar a las ardillas, que eran enemigos formidables. Las hermanas buscaban entre la hierba, alrededor de la base del castaño, para recoger los pinchosos erizos de color verde con los frutos maduros que habían caído durante la noche. Los metían en cestas con un palo para no pincharse. Cuando el cesto estaba lleno, echaban el contenido en una manta, donde separaban la castaña del erizo y luego tiraban estos en el bosque para no confundirlos con la cosecha del día siguiente. Podían quedarse con un cuarto de la cosecha; el resto se lo llevaba Pepe, el capataz de *don Mancuso*.

Las niñas tenían unos viejos mitones destinados a recoger castañas que les había dado *nonna Maria*. Estaban forrados por dentro con una pieza rectangular de piel agrietada. Pero no eran impenetrables y los dedos y las muñecas estaban siempre rojas por culpa de los pinchazos. Cettina era capaz de quitar los erizos con gestos rápidos y bruscos, como si le gustara sentir dolor, y Stella dejaba caer hacia su extremo de la manta, disimuladamente, las castañas más difíciles de pelar para que Cettina hiciera el trabajo más pesado. Tal vez Cettina fuera boba o no se diera cuenta, pero nunca se quejó.

Fue en el bosque de castaños de *don Mancuso* donde Stella se convirtió en mujer, en el mes de octubre del año en que cumplió los trece. Se encontraba mal desde la tarde anterior, le dolía la barriga y tenía náuseas, aunque no había pasado nada. Esta sensación, la peculiar incomodidad de un calambre menstrual, le resultaría instantáneamente familiar la vez siguiente que apareciera, pero aquella primera vez se asustó, ya que nadie le había explicado que fuera algo que iba a suceder.

Cuando ella y Cettina subieron por la montaña justo antes de amanecer, Stella pensó que podría aguantarlo, pero las molestias en la barriga fueron aumentando

a lo largo de la mañana. Se preguntaba si estaría enferma de verdad, si se trataría de otra epidemia de cólera y ella era la primera en caer enferma. Al fin y al cabo, hacía ya cuatro años de la última vez que había estado a punto de morir y últimamente le había dado por pensar que la maldición estaba sospechosamente inactiva. ¿Dónde se escondería el malicioso fantasmilla? Parte de Stella buscaba la muerte en cada esquina, quizá había llegado el momento. Cuando se agachaba para coger las castañas notaba punzadas de dolor en el torso, tenía la sensación de que el espíritu se le escapaba del cuerpo y un gran peso invisible tiraba de ella hacia el suelo.

A media mañana, después de que las hermanas hubieran recogido las castañas caídas y se hubieran agachado junto a la manta para pelarlas, Stella se dio cuenta de que se encontraba mucho mejor. El alivio duró solo mientras estuvo quieta; cuando cambió de postura porque se le dormía el pie izquierdo, se dio cuenta de que tenía la pierna húmeda. La pantorrilla, sobre la que había estado sentada, estaba cubierta de sangre. Con el corazón latiéndole a toda prisa, se frotó la pierna con la mano sucia y dolorida por los pinchazos, pensando que quizá se había quitado las costras de las picaduras de pulga sin darse cuenta, cosa que su madre le decía siempre que no hiciera. No fue capaz de descubrir ningún corte o arañazo en la piel, pero advirtió que también tenía los muslos manchados de sangre, como si esta le viniera del vientre.

Cettina no había dejado de descascarar. Stella se alegró de que su hermana no hubiera advertido nada raro; lo único que le faltaba era que Cettina montara un número ahí mismo. Con voz tranquila, Stella dijo:

—Tengo que irme a casa, Cettina —dijo, aunque no estaba segura de conseguirlo, ¿y si se caía muerta en mitad del camino de los burros, como *nonno* Francesco?

—¿Qué? —Cettina levantó la vista—. No puedes. Tenemos que llevar esto a *don* Pepe.

—Me encuentro mal —dijo Stella. Lo cierto era que cada vez que respiraba se convencía más y más de que iba a morir—. Me pasa algo malo, tengo que ver a *mamma*.

—¿Qué te pasa? —Cettina se puso de pie—. ¿Qué pasa, Stella? —repitió con voz más aguda.

Stella quería mostrar su enfado con su hermana, pero, sobre todo, quería echarse a llorar. Tuvo que recordarse con insistencia que no era débil. Antes que soltar una lágrima, moriría sola en el camino de las mulas. Se puso de pie también y Cettina le vio la sangre en las manos.

—¡Stella, Stella, tienes sangre! —dijo con un jadeo. No hizo falta nada más para que Cettina se echara a llorar.

Sintiéndose más fuerte gracias a la histeria de su hermana —esta le recordó que alguien tenía que comportarse como un adulto—, Stella dijo:

—No pasa nada. Tengo que ir a casa para que *mamma* vea si necesito ir al médico.

No necesitaría ningún médico porque iba a caerse muerta de un momento a otro, pero no iba a ser de ninguna ayuda decírselo a Cettina.

—Me voy contigo —dijo Cettina, quitándose los mocos de la cara entre sollozos.

—¡No seas tonta! Termina esto y llévaselo a Pepe.

Pero Cettina era incapaz —estaba llorando, presa del pánico ante la idea de que la dejara ahí—, de modo que abandonaron el trabajo de toda la mañana para que otro lo aprovechara. Más tarde Stella deseó que, al menos, se hubieran quedado con algunos de los frutos pelados, pero perdieron el trabajo del día.

Tardaron media hora en bajar corriendo por la montaña. Assunta estaba sentada en la cama, dando de mamar a Luigi, que tenía tres años y al que debería haber destetado tiempo atrás. Con aire algo culpable, Assunta ocultó el pecho en el vestido y se puso de pie, dejando a Luigi con aspecto enfurruñado.

—¡Niñas! ¿Qué pasa? —preguntó.

Cettina, sin aliento por la carrera y estremeciéndose de llanto, necesitaba consuelo y rodeó a su madre con sus brazos. Stella se detuvo en la puerta sin saber qué hacer —¿y si contagiaba a su hermano?—, se levantó la falda con las manos ensangrentadas y mostró los pies polvorientos y rojos.

—Estoy sangrando, *mamma*. Me sale de la barriga y de las piernas. Me duele todo.

—Oh, Mariastella —dijo su madre. ¿Qué había en su voz? ¿Reproche? «¿Cómo has dejado que te pasara eso?» Ya mayor, Stella recordó aquel momento con nitidez, el recuerdo del rostro de su madre, y lo interpretó de otro modo: «¿Cómo puede haberle sucedido esto a mi nena?». Pero para llegar a esa conclusión era necesaria la sabiduría que da la edad. En el momento, nada podía eliminar la vergüenza que sentía mientras su madre, sin preocuparse por el contagio, la conducía hacia un taburete y le daba palmaditas en la cabeza, haciendo que Stella se sintiera pequeña y tonta por tener miedo.

—Ya verás como te pones bien —dijo, y añadió las palabras que todas las niñas tienen que oír en ese mismo momento incómodo y bárbaro de su vida—. Significa que ahora eres una mujer.

Stella sintió que enrojecía desde la clavícula hasta la frente mientras su madre le enseñaba a doblar un paño y le explicaba cómo ponérselo.

—Tendrás que hacerlo más o menos durante una semana —le explicó—. Y recuerda que, pase lo que pase, no debes dejar que ningún hombre vea el paño

con sangre. Escóndelos hasta que puedas lavarlos. Y deberás empezar a llevar bragas para que no se caigan, ¿sabrías coserlas?

—Puedo hacer algunas —contestó Stella, aturdida por la humillación. No tenía nada que hacer durante el resto de la tarde, ya que habían perdido todas las castañas.

Sentada en el taburete, con el paño ahí donde nunca antes había habido nada —un recuerdo húmedo y pesado de que Stella no podía controlar su propia vida —, la vergüenza empezó a dar paso a la rabia. Su madre sabía que aquello iba a sucederle, podía habérselo advertido de algún modo. No tenía el menor sentido que Stella hubiera tenido que sufrir en cuclillas en el campo de castañas pensando que iba a morir ese mismo día. Stella nunca fue capaz de perdonárselo a su madre.

Cettina tuvo su primer periodo un mes después que Stella, aunque tenía doce años recién cumplidos. No podía soportar distanciarse de su hermana en ningún sentido; incluso sus ciclos menstruales seguían el mismo ritmo. Qué fastidio suponía para Stella que se encontraran mal al mismo tiempo todos los meses. Sabía que Cettina no tenía la culpa, que no había sido elección suya. Pero era un fastidio.

* * *

Cettina era buena en la cocina y ayudaba a Assunta a su modo, con aire de estar sacrificándose. Stella contemplaba con algo de celos a su hermana y a su madre riendo, cortando, removiendo. Stella se consolaba con la conciencia de que ella estaba por encima de todo aquello porque se ocupaba de cosas más importantes y observaba con desdén las actividades culinarias. Le tomaban el pelo y la llamaban princesa, pero la mimaban, le daban la comida cortada y dispuesta en un plato; se quejaba la una a la otra de lo perezosa que era Stella, pero se ocupaban de limpiar lo que esta ensuciaba.

Eso a Stella le iba bien. No quería ser esclava en la cocina; tenía otros talentos más refinados. Era la mejor costurera del pueblo. Pasaba las horas más calurosas del día haciendo labores perfectas junto a su abuela ciega, Maria, que, reclinada en la cama, recitaba viejas historias en verso. Los complicados y diminutos dibujos le salían con tanta naturalidad como contar hasta diez. Cosía trapos, tapetes y encaje para los vestidos y era tan hábil que otras chicas de Ievoli le pedían ayuda para la preparación de su ajuar. Sus madres pagaban a Stella con pollos, queso y pizzas de orégano tan grandes que cubrían media mesa de la cocina de Assunta y que Giuseppe se comía enteras cuando nadie se daba cuenta, el muy bribón.

—Qué pena que ninguna de estas niñas pueda pagarte por ayudarlas a hacer su ajuar —se lamentó Assunta—. Pero ninguna es tan lista como mi Stella. —Decir cosas de esas daba mala suerte, de manera que Assunta se santiguó inmediatamente.

—Me da igual. Y, en cualquier caso, yo no necesito ajuar, *ma*.

—¿No quieres ajuar? —preguntó Assunta con tono burlón—. ¿Con qué vas a dormir cuando te cases? ¿Vas a ponerle a tu marido la comida sin mantel?

—No me voy a casar —contestó Stella—. Si puedo evitarlo.

—Que la *Madonna* tenga piedad de mi hija. —Assunta hizo restallar la lengua y se santiguó—. No digas esas cosas ni en broma, Stella. Ahora piensas que es una broma, pero algún día te arrepentirás de haberlas dicho si tienes mala suerte.

Stella dejó ahí el tema porque no tenía sentido preocupar a su madre. Pero había empezado a pensar en su futuro. No estaba interesada en casarse con un hombre como su padre, terrible y gritón, ni en que se le desgarrara el cuerpo para darle un hijo. Cuanto más lo pensaba, menos se imaginaba casada con ningún hombre.

Tras la comida del mediodía, mientras Stella cosía muy concentrada junto a la ventana del limonero, todo Ievoli se encerraba hasta la primera llamada a misa, a las cinco y media. Las casas estaban silenciosas y oscuras y solo se movían las flores de buganvilla mecidas por la brisa. La fuente, de donde manaba la vida del pueblo, borboteaba sin que la molestaran las lavanderas. Los huertos estaban tan vacíos como si se plantaran solos, los brillantes rostros de los tomates y de los pimientos picantes brillaban rojos sobre los altivos tallos. Un viajero extranjero que cruzara el pueblo habría pensado que estaba abandonado, que lo habitaban fantasmas de agricultores perfeccionistas.

Ahora la casa de los Fortuna era una de las más decrepitas. Las niñas Fortuna estaban en una situación social inferior, sin padre y sin dote. Pero en 1935, cuando Stella tenía quince años y Cettina estaba a punto de cumplir catorce, eran ya reconocidas como las jóvenes más hermosas de Ievoli. Eran guapas, de piel clara y labios carnosos. Pero, además, Stella conseguía que fueran las mejor vestidas.

Con el poco de dinero extra que habían ganado vendiendo seda y encajes, Stella había comprado tela al vendedor ambulante para hacer un par de vestidos nuevos. Experimentó con mangas anchas y elegantes y cinturas ceñidas. Por las tardes, las niñas se ponían esos vestidos, una forma de vanidad que el Señor sin duda bendecía dado que daba motivos para ir a la iglesia y chismorrear sobre las guapas y presumidas niñas Fortuna.

Stella, que era ambiciosa, pasó el verano de 1935 cosiendo para ella y para Cettina una *pacchiana*, el traje tradicional para las fiestas. Eran tremendamente complicadas y Stella aprendía poco a poco. La mayoría de las mujeres encargaban su *pacchiana* a una modista especializada. Los padres ahorraban durante años para comprar una *pacchiana* a sus hijas que tendría que durarles toda la vida, aunque con una falda distinta: verde para las doncellas, roja para las casadas, negra para las viudas.

Stella no tenía mucho dinero, pero tenía la firme voluntad de salir airoso en la empresa. Ella y Cettina iban a asistir a la fiesta aquel año, bajarían a Nicastro por primera vez en su vida. Su vecino Gae Felice le había dicho que la fiesta de Nicastro era mucho más importante que la de Ievoli, dos días de baile, música y vendedores que tenían de todo, desde anisillos a joyas de oro pasando por postales pintadas por los monjes de San Francesco da Paola. Assunta había prometido que daría permiso a sus hijas para ir a la *fhesta* de Nicastro si Stella era capaz de hacer los trajes, cosa que, afortunadamente, parecía imposible. Pero Assunta debería haber sabido lo tozuda que era Stella cuando quería algo.

Stella necesitaba un modelo para copiar su proyecto. La *pacchiana* de Assunta no era buena, era una prenda barata hecha el año en que se había

prometido, cuando su padre había muerto y había dejado a Maria con muy poco dinero para la dote. Así que Stella tomó como modelo la *pacchiana* de *nonna* Maria, aunque tenía cincuenta años y necesitaba un poco de modernización. Su abuela ciega se vistió con todas las piezas, una a una, y le enseñó a Stella cómo se colocaban. Juntas pasaron las manos por las costuras mientras Stella estudiaba el traje y lo reconstruía mentalmente y su abuela giraba para mostrar el vuelo de la falda y el drapeado del chal. La cuenca vacía del ojo de Maria quedaba oculta por las mejillas cuando sonreía como una niña despreocupada.

La *pacchiana* tenía muchas piezas y Stella tenía que coser dos trajes completos, uno para ella y otro para Cettina: una enagua larga y blanca, después la falda de lino por encima, de color verde brillante como las hojas de un naranjo, que se fruncía bien en la cintura para dar volumen. Después un corpiño negro de lana y un delantal hasta la rodilla con flecos. El corpiño tenía que quedar ceñido; ahí Stella tenía la posibilidad de dar realce a sus figuras. Las mangas negras llegaban hasta el codo, bajo el cual Stella pensaba prender el encaje de ganchillo con ojetes que estaba haciendo. Sobre el corpiño, cubriendo castamente el canalillo del pecho, el vestido llevaba una única franja de alegre color rojo que destacaba sobre el blanco y negro.

La contribución de Cettina fue el cinturón. Tenía la anchura de un dedo y debía ir lo más ceñido posible para acentuar el efecto de reloj de arena del traje. Cettina bordaba con paciencia si podía seguir un modelo y Stella hizo un esbozo de flores y hojas de parra que su hermana copió en todos sus diminutos detalles.

La semana del *ferragosto*, tras el peregrinaje al santuario de la virgen en Dipodi, Stella terminó los trajes. Cettina la ayudó a ponerlos sobre la cama para que los viera su madre. Assunta no estaba satisfecha.

—Tenéis que estar seguras de que os los ponéis bien, Stella —dijo.

Así que las niñas se ayudaron mutuamente a vestirse. Aunque se habían ido probando todas las piezas durante los últimos meses, a Stella le resultó extraño, como si estuviera cruzando un puente, cuando se puso todo el traje y vio la expresión de su hermana y de su madre al mirarla. Y ahí estaba su hermana pequeña con todos los atributos de una mujer adulta: su hermana pequeña, un par de centímetros más alta que ella y cuyo pecho estallaba con tanta energía bajo el estrecho corpiño que era imposible no mirarlo. Pues bien, se suponía que para eso era el traje. Stella bajó la vista hacia su propio pecho. Este destacaba, orgulloso de sí mismo. La gente lo miraría.

—*Fhijlie mie* —exclamó Assunta, llorando con los ojos muy abiertos—, hijas mías, parecéis verdaderas señoras. —Tocó a Stella en la frente y trazó tres veces con el pulgar una cruz diminuta para desterrar el *mal'occh'* antes de pasar a Cettina—. Ahora es cuando tenéis que ir con mucho cuidado. Ahora todo el

mundo estará envidioso.

Las niñas Fortuna salieron en dirección a la *fiesta* de Nicastro al amanecer, sentadas muy erguidas en el carro de los hermanos Felice, vestidas con los corsés que destacaban el busto. A Stella le latía el corazón de emoción al pensar que vería la animada Nicastro, que acudía a una fiesta con miles de personas. Mientras el carro bajaba por la irregular carretera de montaña, el pecho de Stella saltaba de modo ostentoso, mucho más cerca de la barbilla que de costumbre, cosa que era al mismo tiempo emocionante e inquietante. Los hombres la mirarían. ¿De verdad quería eso? De manera inexplicable, le vino el recuerdo de su padre desnudo, cómo la había pellizcado en la oscuridad. A medida que el sol se alzaba sobre el grupo, tiñendo de rosa el dorso plateado de las ramas de olivo, Stella intentó desterrar el repugnante recuerdo de su padre.

Gae y su hermano Maurizio caminaron alegremente todo el viaje junto al carro, charlando con Assunta como si fueran viejos amigos. Los chicos Felice tenían un talento especial para flirtear con mujeres mayores y Assunta no pretendía simular con ellos que no lo era. Llevaba el habitual paño negro sobre la cabeza —no era muy festivo—, pero tenía el rostro animado de emoción y eso le borraba las arrugas de inquietud.

Nicastro era una ciudad antigua que se extendía en cascada bajo las ruinas de un castillo normando. Todas las calles estaban pavimentadas con losas y flanqueadas por decrepitos pero inmortales muros normandos. El *corso* central era un gran bulevar, ancho como un campo. Cuando llegaron atronaban ya los vendedores ambulantes y la música. Había más gente de la que Stella había visto en su vida, de la que había podido incluso imaginar. Los largos abrigos negros de los hombres y las faldas negras se arremolinaban entre los carros y los puestos de madera que llenaban la plaza empedrada. Había chicas ricas, de piel cremosa, con crucifijos de oro o *cornettos*, amuletos en forma de cuerno que colgaban pesadamente del pecho, subiendo y bajando para atrapar la luz del sol. Stella intentó imaginar cuánto podrían haber costado.

Las mujeres Fortuna caminaron tímidamente entre los vendedores, guiadas por Gae en el papel de centinela amistoso. Giuseppe había cogido la paga que le había dado Assunta, había seguido a Maurizio hacia la multitud y no volvieron a verlos hasta que llegó la hora de comer. Para entonces, Stella se había acostumbrado a la cálida energía y se había relajado, feliz de beber vino y dar palmadas al son de la música. El gentío de faldas negras de *pacchiana* se interrumpía con notas de color inesperadas. Stella advirtió de improviso una mujer con un llamativo vestido rosa como una mandevilla. Stella se quedó

mirándola fijamente, no podía ni imaginar qué tinte podría dar ese color. La mujer llevaba el cabello negro descubierto y Stella advirtió en ese momento que caminaba hacia ellos.

Assunta, que iba cogida del brazo de Cettina, también vio que la mujer se acercaba y en un rápido aparte advirtió a sus hijas:

—Zíngara —susurró Assunta—. Gitana.

Lo cierto es que Assunta no se habría sentido muy segura de la afirmación si no hubiera oído a otra mujer alertando poco antes a sus acompañantes.

Cettina volvió la cabeza rápidamente para mirarla y Assunta le dio una palmada en la mano.

—No los mires o te robarán el monedero.

Stella sintió que se le aceleraba el corazón. Gitanos de verdad. Intentó mirarlos sin volver la cabeza.

—No los mires —dijo Gaetano—. Y vigila tu dinero todo el rato.

—¿Por qué están aquí? —susurró Cettina.

—Para mendigar —dijo Gae—. Y para aprovecharse de los tontos.

Cettina se sonrojó.

—No, quiero decir que por qué están en Nicastro, si nadie los quiere. ¿Por qué no se van a otro lado?

—Nadie los quiere en ningún lado —contestó Gae—. No tienen adónde ir.

Cettina gastó su paga en un dulce frito. Stella contempló absorta al vendedor echar masa líquida en el aceite crepitante, pescar la masa hinchada, meter una cuchara en una jarra de miel de castaño —¡cuánto costaría una jarra de ese tamaño!— y echar gotitas ambarinas sobre el dulce caliente. Se lo sirvió a Cettina sobre una fina corteza de pino. Por supuesto, Cettina lo compartió con Stella.

Stella eligió un trozo de regaliz, *liquirizia*. Era salado y picante y Stella, que era capaz de mascar los pimientos más picantes sin una lágrima, notó que la lengua se le contraía. Contempló con anhelo las piezas de los vendedores de telas, mesas llenas de cintas, hilos y botones brillantes. Era útil saber lo que se perdía por comprar únicamente al vendedor ambulante y también tener en cuenta que había objetos por los que tal vez podría regatear en el futuro.

Assunta compró unas pocas cosas: un queso especial, boletus secos de la meseta de la Sila, que, según decían, eran más ricos que la carne. Había también un vendedor de objetos de oro, un hombre grueso con la cabeza descubierta, rodeado de un grupo de jóvenes morenos que le protegían el puesto. Assunta se detuvo y examinó todas las piezas que había expuestas. Buscaba algo en concreto.

—¿Cuánto cuesta esto? —preguntó al hombre que estaba tras el tablero.

Antes de que el hombre abriera la boca para contestar, Gaetano dio un paso para ponerse junto a Assunta y se llevó la mano a la gorra para saludar respetuosamente al vendedor de oro, el cual se limitó a decir un precio, lacónico. Assunta miró a Gae y este asintió, era justo.

Stella, impresionada a su pesar por la galantería de Gae, se acercó para ver de qué se trataba: era un *cornetto* diminuto para proteger del mal de ojo; tenía forma de pimienta y estaba tallado en hueso blanco.

—Esto es lo que necesitas ahora, a tu edad —dijo Assunta. No se había dado la vuelta, pero Stella sabía que estaba hablando con ella. Todo era por el escote que Stella mostraba—. Para mantener alejados los encantamientos. ¿Tiene otro? —preguntó Assunta al vendedor.

—No, *signora*. Lo que ve aquí. —El vendedor se inclinó sobre su barriga para señalar otra pieza que había sobre la mesa—. Aquí tiene otro también tallado en hueso, pero es negro, no blanco.

Assunta la examinó, inclinándose sobre la mesa de manera que su nariz quedó a pocos centímetros de esta.

—Es distinto —dijo.

—Sí, el color es diferente. —La voz del hombre parecía paciente y cansada—. Pero es también hueso tallado y tiene el mismo precio.

Assunta se enderezó y se volvió hacia Gae.

—Por favor, dile al hombre que quiero comprar los dos. —Se dio una palmadita sobre el pecho derecho un poco más enérgica de lo que era adecuado en público, sin darse cuenta de que con ese gesto estaba revelando a los presentes dónde guardaba el dinero—. Volveremos dentro de un minuto.

Stella y Cettina se apartaron con su madre hacia un callejón cercano, donde, con aire de profundo recelo, Assunta se inclinó para sacar toda su riqueza de entre los pechos y dejó caer las monedas sobre la palma de la mano para que Stella las contara. Los dos amuletos costarían casi todo su dinero, pero, por otra parte, ¿no eran para eso las fiestas, para permitirse las cosas que una no compraba a diario?

Regresaron al puesto del joyero, donde Assunta tendió su dinero a Gae y este se lo dio al hombre gordo. Este pasó un cordón de cuero por los amuletos y se los dio a Assunta.

—Algún día alguien os comprará una cadena de oro de verdad para esto —dijo Assunta a sus hijas—. Quizá sea yo, quizá vuestro marido. —Assunta ató al cuello de sus hijas el amuleto; el blanco para Stella, el negro para Cettina—. Recordad, llegado el momento, que las cadenas gordas son más llamativas, pero las pequeñas tienen más oro porque los eslabones están más apretados. Sabréis que habéis encontrado un buen hombre si os compra una cadena de eslabones

pequeños.

Por la tarde empezó la música y el mercadillo dio paso al canto, la bebida y el baile. Al principio, Stella se sintió tímida al ver bailar a las otras chicas, pero también tuvo envidia de su atractivo. Era imposible no mirarlas, con las mejillas sonrientes y el cabello al viento. La timidez no tardó en desaparecer, Stella y Cettina se sumaron al círculo de chicas desconocidas que reían y dieron vueltas descalzas sobre la punta de los pies al son de la música interminable de la concertina y el violín: aquel era el secreto de la tarantela, bailar sin parar para que la tarántula no tuviera la posibilidad de picarte. Stella disfrutó especialmente mirando a hurtadillas al músico de la concertina, un joven guapo y animado de veintitantos años con el rostro amable y el cabello rizado. La música que creaba con las manos agitaba la sangre de Stella y casi conseguía borrar el recuerdo desagradable de su padre que la había estado acosando todo el día.

Stella estaba distraída, concentrada en pensamientos agradables, cuando una voz a su espalda dijo:

—Hola, *bella ragazza*.

Si no se hubiera sobresaltado tanto, Stella habría reaccionado de otro modo, a la defensiva o con algún sarcasmo.

—¿Me hablas a mí? —preguntó tras darse la vuelta, con los ojos muy abiertos.

El joven que tenía a sus espaldas, lo bastante cerca para oírlo a pesar de la música y las risas, medía unos diez centímetros más que ella y tendría unos tres años más. Tenía el cabello negro y rizado y la tez pálida. Alzó la gorra negra y se inclinó un poco.

—Ah, debería haber dicho «bellas chicas» —añadió, corrigiéndose. Stella se dio cuenta de que a Cettina, que estaba a su lado, se le aceleraba la respiración por la emoción.

—¿Bellas hermanas, tal vez? —Ninguna de las dos dijo nada para confirmar o rechazar la afirmación—. No sois de Nicastro. Si os hubiera visto antes, no habría olvidado vuestra cara. ¿De dónde sois?

—De Ievoli —contestó Cettina, y probablemente habría dicho más si Stella no le hubiera dado un pellizco tan fuerte que soltó un grito.

—Eso no se cuenta a un desconocido —la reprendió Stella.

—Tu hermana tiene razón —dijo el hombre. Sin necesidad de mirar, Stella sabía ya que los ojos de su hermana se estaban enrojeciendo y llenándose de lágrimas. El hombre también tenía que haberse dado cuenta—. De todos modos, no soy un desconocido, así que no deberías preocuparte. —Señaló con la barbilla hacia Gae Felice, su acompañante, que, poco a poco, se había ido acercando y colándose en la conversación. Poco antes estaba en mitad del *corso* con un grupo

de jóvenes, pero debía de estar vigilando a sus ratoncitas como si fuera un halcón—. ¿Sois parientes de este hombre? Es amigo mío.

—No son parientes, pero como si fueran mis hermanas. —Gae dio un paso adelante y dio una palmada al hombre de ojos oscuros en el hombro—. Hola, Stefano, ¿qué tal?

—Tirando, Gae. —Stefano dirigió una sonrisa a Stella y esta sintió que se le erizaba el vello de la cálida piel de los brazos. El hombre no ocultaba que se sentía atraído por ella—. ¿No vas a presentarme a tus hermanas aquí presentes? —preguntó el hombre a Gae.

Gae golpeó a Stefano con el dorso de la mano en el pecho con cierta brusquedad.

—Como hermanas. No vayamos demasiado lejos. —Y añadió, dirigiéndose a Stella y Cettina—: Señoritas, permitan que les presente a Stefano Morello, de Sambiasi. ¿Conocéis Sambiasi? —Las chicas negaron con la cabeza y Gae señaló hacia el extremo más alejado de la *chiazza*, donde la carretera de Nicastro conducía hacia el mar—. Si se sigue en esa dirección, es el siguiente *paese*.

—Encantada —dijo Stella; aunque no sabía nada de aquel hombre, intentó no sonar demasiado sincera.

Stefano se quitó la gorra y se inclinó.

—¿Y puedo preguntar cómo se llaman tus misteriosas bellas amigas? —preguntó a Gae.

Gae no contestó de inmediato; miró a Stefano en un desafío territorial.

—Mariastella y Concettina Fortuna. Y ahí mismo —hizo un gesto hacia la roca donde Assunta estaba apoyada, batiendo palmas al son de la música, felizmente inconsciente de que dos jóvenes estaban poniendo en peligro la virtud de sus hijas— está su madre, la *signora* Assunta Mascarò.

—Espero con mucho gusto que me la presentes —dijo Stefano sin la menor agresividad, seguro de sí mismo. Bajo la presión de su atención, la caballerosa compañía de Gae había tomado un nuevo matiz, levemente propietario. Stella no acababa de tener claro si los dos jóvenes eran buenos amigos que se tomaban el pelo o si había algo más en juego.

Gae y Stefano charlaron durante unos pocos minutos mientras Stella y Cettina se miraban de reojo sin dejar entrever su pensamiento. Era imposible dejar de comparar a los dos jóvenes. Stella sabía que Gaetano tenía la admiración de todas las chicas de Ievoli, pero prefería el aspecto de Stefano, más esbelto, más pulcro y moreno. Su rostro era menudo y correcto bajo sus rizos oscuros.

—Y ahora —dijo Stefano, y la música cambió como para echarle una mano—, ¿podría tener el honor de bailar contigo, *belle*?

—No bailamos con hombres —dijo Cettina, que tenía las normas muy claras.

—Oh, no —exclamó Stefano con una expresión de pena exagerada, pero sin sorpresa—. Bueno, quizá podamos ir con vuestra madre y disfrutar juntos de la música.

Y eso hicieron. Assunta estaba algo recelosa en relación con aquel hombre desconocido, pero le agradó entablar amistad en cuanto Gae, al que apreciaba sinceramente, resultó ser amigo suyo. Stefano compró una jarra de vino que compartieron entre todos mientras Giuseppe corría entre los bailarines, alocado como un gato callejero. Stella se relajó y decidió que le gustaba bastante Stefano Morello, que parecía listo y amable y no iba por ahí buscando otras compañeras de baile, sino que se conformaba con pasar el rato libre cautivando a su madre. ¿Le apetecía que la cortejara? ¿Que le cogiera la mano, que la besara? Decidió pensar en otra cosa y se concentró en la música.

Permanecieron en la *fhesta* hasta que las campanas llamaron a la misa de las seis; entonces comulgaron en la cavernosa iglesia de Nicastro y se pusieron en marcha hacia casa. Mientras los hermanos Felice las escoltaban por el camino montaña arriba —Mauri iba delante del carro con un farol para que el burro no se saliera del camino—, Stella, que estaba agotada y entusiasmada al mismo tiempo, fue echando cabezadas. Tenía una canción en la cabeza llamada *Calabrisella mia* que el músico había cantado dos veces aquel día. Era la historia de un joven al que una bella muchacha de ojos oscuros le rompe el corazón por no corresponder a su amor.

«Me mirabas con ojos tan apasionados —decía la letra— y yo te robé tu precioso pañuelo. Calabresa mía, hagamos el amor. Muero de deseo por ti.»

No era posible que fuera la primera vez que la oía: era la típica canción tradicional de Calabria, la que cantaba en serio o en broma cualquier joven calabrés al objeto de sus amores, y esta la escuchaba contenta o irritada. Pero durante el resto de su vida Stella pensaría en aquella tarde cuando oyera la canción, cuyo estribillo le llenó los oídos durante días.

«Tirulalleru lalleru lala! Sta Calabrisella muriri mi fa!»

Dos semanas después de la *fhesta*, Stefano de Sambiasi recorrió todo el camino hasta Ievoli un sábado por la tarde. Debía de haber viajado durante el calor del día para llegar a la hora de cenar. Se quedó en casa de los Felice y el domingo por la mañana, después de ir a misa a Santa Maria Addolorata, llamó a la puerta de la casa de Assunta y preguntó si podía hacerles una visita por la tarde.

—Has hecho un largo viaje —dijo Assunta.

—No tan largo que no pueda repetirlo —contestó él con una sonrisa.

Todas las mujeres de Ievoli hablaban por lo bajo del guapo y rico estudiante

que había ido desde Sambiasse porque estaba hechizado por la belleza de Stella. La joven fue la envidia del pueblo y Assunta repitió una y otra vez el conjuro del mal de ojo para protegerla de la envidia de las otras chicas; lo cierto era que Stefano parecía muy enamorado. La visitó más domingos durante el invierno, incluso a principios de enero, cuando los sorprendió una tormenta de nieve. Aquel día dos dedos de nieve cubrieron todas las superficies y allí seguía cuando llegó Stefano inesperadamente, al terminar la misa. Les llevaba una jarrita de café auténtico. Lo prepararon en un cazo en el fuego y dejaron que se enfriara sobre las piedras nevadas de la puerta. Stefano acompañó a las chicas Fortuna calle abajo para recoger nieve limpia de los árboles y meterla en un tazón. Salpicaron la nieve con el café casi frío y dos cucharaditas de preciosa miel y compartieron el extraordinario manjar, *scirubetta*, con tres cucharas. Luigi, que tenía cinco años de edad y era muy goloso, se las apañó para comerse la mayor parte.

Además del café, Stefano llevó a la familia Fortuna otros regalos: una botella de aguardiente de uva, una cuchara de servir tallada. Llevó también una cadena para el *cornetto* de Stella, una fina cadena de oro con eslabones del tamaño de una cabeza de alfiler. Stella se preguntó si habría oído el consejo de Assunta a sus hijas meses atrás en la fiesta o simplemente sus padres le habían enseñado lo mismo.

En esa visita Stefano pidió a Assunta permiso para ser el *fidanzato* de su hija.

—Bueno, yo no soy el padre. Así que es difícil decirlo. —Assunta no estaba segura de su criterio sobre el tema, pero no le correspondía a ella destruir una oportunidad para su hija, de modo que contestó—: Pero, de todos modos, tienes mi permiso.

Tal vez otro progenitor en su lugar habría añadido «Si ella está de acuerdo», pero a Assunta no se le ocurrió. Stella agradeció ese despiste de su madre porque así no tuvo que hacer ninguna promesa por su parte. Se sentía incómoda y confusa por las atenciones de Stefano y pasaba sus visitas dividida entre lo mucho que le gustaba su compañía y el temor de que quisiera casarse con ella. ¿Por qué temía ser su mujer? No podía contestar a esa pregunta, pero la idea hacía que se le encogiera el estómago. Le gustaba y lo encontraba guapo. Pero cuanto más la atraía su encanto, más aguda era la aversión que sentía por él. Si permitía que se acercara demasiado, quizá la tocara; podría poner la mano donde la había puesto su padre, atraerla, llenarla con su semilla. Por guapo que fuera Stefano, Stella no podía imaginar que llegara a gustarle un hombre lo bastante como para que le compensara someterse a las servidumbres del matrimonio.

—No pienso ser un *contadino* —le dijo Stefano, sin imaginar que sus palabras hacían que Stella se acordara de su padre—. No serás la mujer de un

jornalero, no cargarás con la leña ni ararás el campo como un buey.

—Me gusta trabajar. Se me da bien —contestó Stella. No quería que se sintiera demasiado seguro de ella—. Y, si no eres *contadino*, ¿qué vas a ser?

—Quiero ser el dueño de mi tierra, no cultivar la de otro.

Stella se quedó pensando en eso. Sonaba bien, pero también una gallina podía decir: «No voy a poner más huevos, a partir de ahora seré gallo».

—¿Y cómo vas a conseguir la tierra? Necesitas mucho dinero.

—Mussolini está cambiando las cosas. Va a hacer que Italia deje de estar en manos de los príncipes y va a devolvérsela a los italianos. —Negó enérgicamente con la cabeza: sus rizos negros causaban gran efecto en las mujeres de la familia Fortuna—. Podría irme a Catanzaro o quizá incluso a Roma. Me parece que incluso podría dedicarme a la política.

Stella lanzó una mirada a Cettina. Las chicas no estaban muy seguras de qué quería decir eso de «la política».

—¿Quieres ser alcalde o algo parecido?

—Quiero ser parte de un mundo nuevo —contestó Stefano, entornando los ojos oscuros—. Quizá ministro del gobierno. Pero para eso necesito construirme una reputación, ganarme el respeto de la gente. Así que primero me haré soldado.

—Oooh, un general, ya lo estoy imaginando. —Assunta se inclinó sobre Stefano para ofrecerle un tazón con rosquillas que acababa de freír—. Estarías muy guapo con uniforme.

Stella estuvo callada durante el resto de la visita. Su madre estaba muy segura de Stefano y este parecía muy seguro de Stella. Ahí estaba un hombre inteligente y ambicioso que quería tomarla bajo su cuidado. Sin duda, era un chico que valía mucho: buen aspecto, bien educado, con estudios, dispuesto a viajar durante horas desde otro pueblo, más rico, para visitarla. Stella se daba cuenta de que nadie esperaba oír lo que ella tuviera que decir. Le parecía que el mundo se estaba acelerando a su alrededor mientras ella se iba hundiendo en un pozo de incertidumbre.

No tuvo nunca que decir lo que pensaba porque llegó la carta.

* * *

La carta de Antonio, que llegó a principios de abril, estaba dirigida a Ciccio Mascaro, el hijo mayor de Nicola, que como pariente varón más cercano de Assunta tenía que actuar como su representante legal. La carta explicaba que Antonio había obtenido un pasaporte para los cinco miembros de su familia a pesar de la falta de colaboración de su esposa. El pasaporte los estaba esperando en Nápoles y lo tenía un tal *signor* Vittorio Martinelli, el cual custodiaba también los billetes ya pagados para viajar en un barco llamado *Monarch*. Zarparían a las cinco semanas, el 17 de mayo. Ciccio se ocuparía de los asuntos de la familia y vendería el burro, las cabras y los muebles. Si no encontraba a nadie que comprara la casa en tan poco tiempo, Ciccio la cuidaría hasta la venta. Ciccio debería escoltar a Assunta y a los niños hasta Nápoles y acompañarlos a la cita con el *signor* Martinelli; Assunta correría con los gastos que todo ello implicara.

¿Cómo era posible que Antonio tuviera derecho a organizar todo aquello?

—No puede ser, *mamma* —dijo Stella—. Él no puede vender nuestra casa. No puede obligarnos a nada de eso.

Assunta se quedó sin habla por la pena, pero Maria contestó con tristeza.

—Sí que puede. Es su marido.

Todas las posesiones de Assunta eran, en realidad, propiedad de Antonio. La casa que una mujer, Ros, había dado a otra, Assunta, quedaba en manos del patriarca por obra y gracia del patriarcado. Así, sin más.

Probablemente no es necesario explicar el disgusto de Assunta. Pasó dos días en la cama llorando con un trapo de cocina sobre los ojos.

¿Qué sería de *nonna* Maria? No estaba incluida en el pasaporte. Assunta estaba segura de que su madre moriría; ciega, sin ingresos, sin nadie que la alimentara o la ayudara a lavar la ropa. Bueno, estaba *za* Violetta, pero no suponía gran consuelo.

Durante este tiempo, mientras Assunta estaba postrada y abatida, Cettina se ocupó de hacer la comida. Ella y Stella desherbaron el huerto, aunque reflexionaron juntas que no estarían allí para comerse lo que habían plantado.

Stella estaba aturdida y no sabía qué pensar; tenía el corazón confuso, frío, cerrado. En la periferia de su vacío emocional —como los gitanos que merodeaban en la *fhesta* mientras esperaban una oportunidad para acercarse— había momentos de pena, alivio, tristeza, odio a su padre, rabia contra su pueblo

por no ser más próspero, por lo fácil que era abandonarlo. El conjunto no tenía sentido. Stella prefería ver la vida en blanco y negro, así que lo descartó todo. No podía soportar la idea de marcharse de Ievoli: la abuela, el asiento en la *chiazza* de la iglesia desde el que le gustaba contemplar el atardecer, los gatos callejeros que se detenían a hacerle una visita en los callejones bañados por el sol. Pero en el fondo de su dolor estaba brotando otra cosa, florecía otra idea: el deseo de otra vida. A pesar de lo desagradable de la noticia —de enterarse de que, con un abrir y cerrar de ojos, a su padre, tan inútil como lejano, le bastaba con chasquear los dedos para poner patas arriba su existencia—, Stella se preguntaba si aquello no sería un don del cielo. Iría a América y no tendría que tomar una decisión sobre su matrimonio con Stefano.

Cettina, a sus trece años, vacilaba entre mostrarse llorosa o estoica: por lo general, tomaba como modelo de sus emociones a su madre y a su hermana, de modo que aquel estaba siendo un tiempo especialmente confuso para ella. Stella sabía que Cettina terminaría sufriendo más que ella porque no era tan dura. Stella no quería empeorar las cosas para su madre y su hermana, así que contuvo su pena, transformó sus frustraciones en compasión, se cepilló y se peinó el pelo, les acarició la espalda y se dedicó a pensar en la logística del asunto.

Alguien tenía que ocuparse de los cabos sueltos. Mientras Assunta lloraba en el regazo de su madre ciega, Stella decidió que sería ella quien se ocupara. No tenían tiempo de vender la casa, así que ni lo intentaron. Cicciu enviaría el dinero a Antonio si la venta terminaba por consumarse. La ropa de todos los Fortuna cabía en un baúl que Stella compró en la tienda de *zu Salvatore*. Cargó con él cuesta arriba; era pesado y poco manejable y, a medio camino de casa, Stella, cubierta de sudor, se enfadó consigo misma por no haber aceptado ayuda. Cuando llegó a casa, Cettina cubrió el fondo con albahaca y menta para alejar a los insectos, la enfermedad y la mala suerte y las dos hermanas se dedicaron a doblar y guardar en él la ropa.

El cerdo curado en enero no se podría aprovechar, así que decidieron servirse tanta *suppressata* como pudieran en cada comida. La viuda Nicoletta había oído que los Fortuna se marchaban y les pidió si podía quedarse con sus gallinas. No tenía dinero que darles, pero con eso se quitaban ya un problema de encima. Eran buenas ponedoras y Stella esperaba que Nicoletta no las matara para que se las comiera el vago de su hijo.

El burro, que tenía ya trece años, se lo dio a Gae Felice. No quería venderlo a alguien que intentara poner al viejo animal a tirar de un arado. Así que Stella pensó que Gae, que tenía buen corazón, cuidaría del *ciucciarijllu*. Tuvo que dárselo a escondidas de Assunta para evitar que esta montara un número innecesario.

Stefano acudió a despedirse el penúltimo domingo. No parecía inquieto por la marcha; él también iba a incorporarse al ejército en otoño.

—Pronto estaremos juntos —le dijo a Stella, que en aquel momento estaba todavía más insegura de que eso fuera lo que quería—. No es tan difícil cruzar el océano. Cuando tenga dinero suficiente para comprar una casa bonita, te mandaré a buscar. No pasarás mucho tiempo fuera.

Cuando Stella se despidió de Stefano definitivamente, le permitió que le diera un beso en la mejilla. Quiso mostrarse amable por si no volvía a verlo nunca más.

Cinco semanas es poquísimo tiempo, especialmente si van seguidas de un «para siempre».

Toda la familia viajó a Nicastro para que les hicieran las fotos del pasaporte. Cuando Stella vio la foto revelada, le sorprendió el aspecto de su cara. Para su gran disgusto, le recordó a la de su padre.

Stella y Cettina se lavaron y se perfumaron el pelo con limón para ir a misa en Ievoli por última vez y se pusieron su vestido más elegante. Stella quería que el pueblo tuviera de ellas el mejor recuerdo. El sol calentaba la lana negra y Stella sudaba dentro de las mangas abullonadas cuando se arrodillaron en el banco de la familia Fortuna. Se había puesto hojas de albahaca en las axilas para disimular el olor corporal, pero tendría que volver a lavar el vestido antes de guardarlo para el viaje. No podía tener la menor idea de que no lo se lo pondría jamás en los Estados Unidos, que nada de lo que las mujeres llevaban allí se parecía ni remotamente a su mejor vestido. No era capaz de seguir la homilía del padre Giacomo, así que se dedicó a rezar a la imagen de la Virgen dolorosa para que el barco que estaban a punto de coger no se hundiera en mitad del océano.

Aquel lunes, con el pequeño Luigi pegado a los talones, llevaron la última colada de ropa sucia cuesta arriba hasta el lavadero. Mientras Stella frotaba la ropa contra la piedra, pensó en el mundo de Antonio, ahí donde el agua llegaba a las casas y uno tenía una fuente propia en la cocina, un mundo en el que no hacía falta cargar con un cubo de agua sobre la cabeza montaña abajo ni frotar la ropa sobre la piedra en el torrente. Decidió que no le importaría no volver a lavar. No tenía manera de saber hasta qué punto echaría de menos el sabor del agua de la montaña que llegaba a la fuente de Ievoli, fría y limpia, ni que en los años venideros, el resto de su vida, echaría tantísimo de menos lavar así la ropa.

El 15 de mayo, la víspera del viaje a Nápoles, Stella salió a hurtadillas de la

casa. Fue sola, por una vez no quería la compañía de Cettina, y subió por la montaña hacia el castañar de *don* Mancuso. Los árboles estaban llenos de flores de color rosa plateado y las hojas planas, dentadas como cuchillos, estaban rodeadas de abejas y de moscas de la fruta. No había otro ser humano en kilómetros a la redonda, no tenían ningún motivo para ir allí mientras los árboles hacían su trabajo. Encontró el árbol junto al cual había tenido su primer periodo —estaba casi segura de que era ese—, tocó la corteza, estriada como si fuera de lana.

No volvería a lastimarse las yemas de los dedos con los erizos de las castañas ni a clavarse sus espinas. Sus días de trabajo en el campo habían terminado. No sabía de dónde sacaban las castañas los americanos, pero seguro que no era de los árboles de *don* Mancuso. Se sentó bajo el árbol y cerró los ojos, intentando absorber el zumbido del castañar y el aroma del cálido viento veraniego.

Al anochecer, cuando bajaba de la montaña, en lugar de dirigirse a su casa, siguió por *via* Fontana y dejó atrás los callejones con construcciones de piedra y estuco. Sin que nadie la viera, cruzó el centro y tomó el camino de tierra que bajaba hacia el cementerio.

Hacía años que no iba allí. Recordaba haber ido con su madre cuando era pequeña para limpiar la tumba de la difunta Mariastella. Ahora Assunta rezaba a diario delante del altarcito que había hecho en casa, pero Stella no sabía si seguía visitando la tumba con frecuencia.

La buganvilla estaba en flor y sus flores de color magenta, parecidas a farolillos, golpeaban contra la pared del cementerio movidas por la brisa. Los ramos de flores se mecían en las pequeñas repisas situadas bajo las placas con los nombres, de modo que era fácil saber a qué difuntos se los echaba de menos. Stella pasó por delante de todos y giró en el último pasillo, umbrío y frío. Se sobresaltó cuando una lagartija abandonó a toda prisa un último rayo de sol. Intentó averiguar si estaba sola.

Ahí estaba, su nombre tallado en el mármol, el objeto más caro que su joven madre había comprado jamás. No había flores. ¿Se sentiría olvidada su hermana? El sacerdote le diría que ahí no había nadie que olvidar, que la primera Mariastella estaba con Dios en el cielo. Pero si todo el mundo creía al sacerdote, ¿por qué las otras tumbas tenían tantas flores?

—Mariastella —dijo en voz alta; su voz sonó seca y débil. Qué extraño era llamar a otra persona con su propio nombre. Tragó saliva para humedecerse la boca y lo intentó de nuevo—: Mariastella.

¿Estaba allí?

Se le puso la piel de gallina en los brazos, marcados por las cicatrices, pero estaba tan nerviosa que no lo tomó como indicio de nada.

—Quería decirte... —Pero no era verdad, no quería decírselo—. He pensado que deberías saber que nos vamos. —Le pareció que la brisa empezaba a soplar con fuerza en sus oídos. Con cierta sensación de obligación, Stella extendió la mano y pasó un dedo por las letras talladas—. Tenemos que dejarte, lo siento mucho.

Cuando lo dijo —«lo siento mucho»—, Stella notó una presión en los ojos y se dio cuenta de que se le llenaban de lágrimas. Hacía años que no lloraba y, por supuesto, no estaba dispuesta a llorar en aquel momento.

Cuando recobró el control de sí misma, añadió:

—Pero nunca te olvidaremos: por favor, tenlo presente.

Su voz resonó fría en la piedra. Confusa, sin saber bien el motivo, Stella cruzó los brazos para darse calor y se marchó.

* * *

Assunta tuvo que despedirse de Maria la noche antes de marchar: era demasiado difícil para la mujer ciega el viaje hasta la estación de tren de Feroletto. Stella nunca había visto a su madre tan silenciosa como aquella mañana. Assunta parecía también una anciana, destrozada por la separación.

Ninguno de los Fortuna había subido nunca a un tren, ni tampoco el primo Cicciu, que las acompañaría a Nápoles. Estaban todos un poco sobrecogidos y ansiosos por hacerlo todo bien. Era un día neblinoso y, a pesar de que se encontraban en mayo, una rara humedad procedente del mar lo impregnaba todo. Llegaron demasiado pronto y dieron vueltas por la *chiazza* de Feroletto durante dos horas. Cuando finalmente llegó el momento de subir al tren, *za* Violetta, redonda y bajita, pellizcó la mejilla de Stella con cariño.

—Te echaré de menos, Stella —se limitó a decir. Stella miró los ojos de color castaño claro de su tía y creyó sus palabras.

—Dios te bendiga, *zia* —contestó Stella, también con toda sinceridad.

El tren procedía de Catanzaro y había ya gente a bordo. Stella esperó nerviosa, sujetando a su silenciosa madre por el codo, mientras Cicciu intentaba encontrarles asientos.

—No podemos apartar los ojos del equipaje ni un momento —advirtió Cicciu—. Hay ladrones por todos lados.

Estaba previsto que pasaran el día entero en el tren, que llegaría de noche a Nápoles. Al día siguiente verían al *signor* Martinelli, tendrían un examen médico y al otro zarparían en el *Monarch* con la primera marea. Stella llevaba alimentos para cada una de las comidas entre aquel momento y la partida, y guardaba el monedero con todas las *lire* de la familia. Había esperado que Cicciu, su acompañante, le pidiera que le entregara el dinero, pero todavía no lo había hecho. A Stella le pareció que Cicciu estaba tan nervioso por el viaje como cualquiera de los Fortuna.

El tren bajó, a empellones, desde los pueblos de la montaña, los caminos y los bosques que Stella conocía tan bien, hacia las llanuras amarillas menos familiares de la parte baja de Nicastro, donde se detuvo durante media hora para recoger a más gente. Algunos pasajeros aprovecharon para pasear las cabras arriba y abajo por el andén. Después de Nicastro, el escenario cambió radicalmente. Ahí, tan cerca que tenía la sensación de que podía tocarlo si sacaba la mano por la ventana, estaba el mar.

Stella había visto el mar desde lo alto de la pequeña montaña donde había

vivido, había contemplado cómo la lejana superficie de agua cambiaba de color, se volvía de plata bajo las tormentas y dorada bajo la luz del sol. Pero ahora, mientras el tren avanzaba bamboleándose por las vías, el mar llenaba toda la ventanilla. No había horizonte, solo hileras de olas de color turquesa que se volvían blancas cuando se rizaban contra la arena amarilla de la orilla. Stella nunca había imaginado que el mar tuviera olas ni que estas avanzaran en una sucesión interminable. Faltaban dos días para que se adentrara en ese vacío. La invadió una sensación de temor rara pero familiar.

Llegaron a Nápoles dos horas después de que se pusiera el sol. Los pasajeros se amontonaban y empujaban para salir, golpeando a Assunta con sus codos y paquetes. Los Fortuna recogieron sus pertenencias azuzados por Cicciu, que los apremiaba para que se dieran prisa, no fuera a partir el tren antes de que hubieran bajado; uno a uno descendieron por los escalones de madera hasta el andén. Stella se esforzó en mirar un solo rostro en la interminable confusión de gorras y pañuelos. Permaneció aturdida durante unos segundos mientras la multitud la empujaba y pasaba a su lado, todo el mundo se dirigía en tácito acuerdo hacia la salida, hasta que su instinto de supervivencia la despertó y agarró a Giuseppe por el brazo.

—Quédate cerca de mí —le espetó, y después llamó—: ¡*Mamma!* —Assunta, todavía con el rostro inexpresivo por la pena, acudió al lado de Stella con Luigi sujeto por un brazo. Cettina, siempre buena chica, siguió a Stella sin necesidad de que se lo dijeran, agarrando la bolsa de los Fortuna contra el pecho como si fuera un bebé sujetando su muñeco—. *Zu Cicciu*, te seguimos —dijo Stella a su primo con intención de que tomara las riendas: este reaccionó, alzó el baúl y los guio por la multitud.

La familia Fortuna estaba adormilada y dolorida tras pasar doce horas en el tren, pero no estaban tan cansados como para que dejara de impresionarlos la escena extraña y terrible que encontraron al salir de la estación. Las calles nocturnas estaban iluminadas por farolas en forma de globo, los edificios eran altos como árboles. Allí, junto al mar, hacía calor y el aire era húmedo y denso. Había gente por doquier, a pesar de lo avanzado de la hora, caminando, merodeando. Grupos de gitanos, a los que ahora Stella era capaz de reconocer, se congregaban en las sombras bajo los porches de piedra de la estación. Varones napolitanos de todas las edades paseaban cogidos del brazo en su *passeggià* vespertina o charlaban con mujeres que llevaban la cabeza descubierta y vestían con colores. Stella supuso que también eran gitanas y se preguntó por qué los hombres se paraban a hablar con ellas, ¿no tenían miedo de que les robaran? Cicciu vio que las contemplaba y se inclinó para explicárselo:

—*Puttani* —dijo casi con tono de alegría. Quizá Cicciu nunca había visto una

prostituta y estaba tan fascinado como Stella. Aquellas eran las mujeres caídas, deshonoradas, mujeres que elegían voluntariamente hacerlo con hombres, mujeres que aceptaban dinero a cambio. ¿Habrían nacido con esa desviación? ¿O los hombres las habían transformado en lo que eran? ¿Sería capaz de ver la diferencia en su rostro?

Un carro tirado por un caballo se detuvo ante ellos con estrépito.

—¿Quieren ir a algún sitio? —les gritó el cochero con fuerte acento, despertando a Stella de sus elucubraciones. Qué tonto era quedarse ahí mirando, como idiotas, ofreciéndose a los ladrones y a los artistas del engaño de aquella ciudad, famosa por su peligrosidad—. ¿Quieren que los lleve? —volvió a preguntar el cochero. Stella miró a Cicciu y vio su expresión de desconcierto. Sintió una punzada en el estómago. Cicciu no sabía qué hacer—. Los llevo por una lira, vayan donde vayan —añadió el cochero.

Stella miró de nuevo a Cicciu, vio la inquietud en sus ojos. Estaba paralizado por la duda.

—Vamos —insistió el cochero, esta vez con voz adusta—: ¿no saben lo peligrosa que es esta ciudad? Cualquiera se da cuenta de que son forasteros y se aprovechará de ustedes. Los llevo al lugar donde se alojan antes de que venga alguien, les robe o haga algo incluso peor.

—Una lira —repitió Stella, sorprendida al oír su voz—. ¿Una lira, sea donde sea? —La ciudad era grande y desconocida; Stella no podría llevarlos a su destino si no podía fiarse de nadie. Tenía que confiar en que el cochero no fuera mala persona.

—Una lira —dijo otra vez el cochero.

Stella miró a Cicciu de nuevo y su primo asintió.

—Una lira —dijo, y subieron todos al carruaje.

Ciccium dio al cochero el nombre del hotel y de la calle, información que le había proporcionado la carta de Antonio. El cochero les dio conversación y les gritó preguntas, mirando hacia atrás, en su desconcertante dialecto napolitano. Cicciu y Assunta no decían nada y, al principio, Stella se sintió obligada a contestarle y contarle de dónde eran y que se iban a América, pero se sentía cada vez más incómoda dando detalles personales a un desconocido, así que dejó de responder y le dejó que llenara el silencio con su desganada cháchara. El aire húmedo tenía un olor agrio, como el que emana de un calabacín podrido en el fondo de una cesta de verdura, pero algo más salado. A medida que dejaban atrás tiendas y callejones oscuros, a Stella le latía el corazón al pensar que estaban gastando toda una lira en un carro para que los llevara al hotel, pero se convenció de que nunca habrían podido encontrarlo solos.

Cuando el cochero detuvo el carruaje, Cicciu miró el nombre del hotel y

verificó si era el mismo que tenía apuntado en el papel. A Stella le pareció que tardaba mucho tiempo y vio que le temblaban las manos. Los Fortuna bajaron del carro y el cochero los ayudó a descargar el baúl.

Stella sacó el monedero que guardaba escondido entre los pliegues de la falda. Mientras le tendía la moneda al cochero, pensó en la temblorosa mano de Cicciu e intentó reprimir los nervios.

—Una lira por persona, *signorina* —dijo el cochero.

A Stella se le aceleró el pulso. Sabía que aquello no era justo, no podía ser que cobrara el salario de todo un día por un recorrido tan corto: estaba intentando engañarla.

—Creo que es una lira por todos, *signore* —en cuanto lo dijo, se regañó a sí misma por decir «creo que» y parecer dubitativa. Lo miró fijamente—. Seis liras es demasiado para un trayecto tan corto.

—*Signorina*, no está usted bien informada. —Los ojos hundidos del cochero la miraron con intensidad—. ¿Sabe usted lo del impuesto de circulación? Estos últimos dos meses los precios han subido. Si no doy a los funcionarios lo que corresponde por cada viajero me ponen una multa tremenda, quizá pierda incluso el negocio, porque esos *carabinieri* siempre saben lo que pasa, no tienen nada mejor que hacer que espiar a la gente honrada todo el día. Si alguien me ve con el coche cargado con seis personas y no pago el impuesto..., ¡zas! —Hizo un gesto con la mano como si estuviera cortándose el cuello.

Stella miró a Cicciu, el cual, a su vez, miraba fijamente el suelo. No sería de ayuda. Stella estaba furiosa, pero inmersa en la duda: estaba convencida de que el cochero la estaba engañando, pero, al mismo tiempo, tampoco lo sabía a ciencia cierta. Y ahí estaba su madre, dulce y menuda, y Cettina y los niños, mirándola todos ellos con los ojos inquietos y bien abiertos. El dinero lo llevaba ella. Tenía que tomar las decisiones. En fin, pronto estarían en los Estados Unidos, no necesitarían ya ese dinero.

Metió la mano en el monedero intentando encontrar una moneda de cinco liras.

—Siento mucho que las cosas sean así, *signorina* —estaba diciendo el cochero—. Ya sé que es duro para ustedes, los *emigranti*, que vienen del campo, donde las cosas son muy distintas. Yo también vengo del campo. —Stella sintió que se le calmaba un poco el pulso cuando le tendió la moneda. La expresión de los ojos profundos del cochero parecía sincera—. Pero en cuanto uno vive mucho tiempo en la ciudad comprende cómo funciona el mundo. —El cochero se miró la mano—. ¿Y lo que falta, *signorina*?

Stella, que había bajado la guardia, se enfadó de nuevo al instante.

—¿Qué quiere decir con eso de que falta? ¿No tiene suficiente con seis liras?

—Stella sintió que su familia se movía inquieta a su alrededor; sintió la presión de no equivocarse—. ¿Quiere robarnos todavía más?

El cochero soltó una carcajada hasta cierto punto cordial.

—No, *signorina*, seis está bien. Pero solo me ha dado dos.

Le tendió la mano en la que había dos monedas de una lira.

—Oh —exclamó Stella bruscamente, avergonzándose un poco de su enfado: «¿Cómo podía haber sido tan tonta?»—. Perdone.

Le cogió una moneda de una lira y sacó otra de cinco del monedero. Cerró los dedos en torno a la moneda antes de depositarla junto a su compañera. Volvía a dudar, pero el cochero subió de un brinco al carruaje y chasqueó al caballo para marcharse.

Dentro del hotel, los Fortuna se agruparon junto a la puerta formando un anillo protector alrededor del baúl y las bolsas mientras Cicciu se acercaba al mostrador para hablar con el encargado. Según parecía, habían llegado al lugar correcto; los dos hombres conversaron largo rato. ¿Cómo era posible que necesitara tantas explicaciones? Stella, que seguía nerviosa por la discusión con el cochero, se quedó junto a su madre, con una mano tranquilizadora en el brazo, sintiendo el rápido pulso de Assunta en la vena gruesa y caliente que palpitaba en el interior del codo. Por fin Cicciu le dijo a Stella que pagara el hotel: dos habitaciones, una para Cicciu y otra para los Fortuna, durante dos noches y por un precio exorbitante. De todos modos, eso ya lo sabían. Stella contó las cuarenta preciosas liras. Mientras las dejaba en el mostrador, miró lo que le quedaba y volvió a sentir una punzada en el estómago. Había muy poco en el monedero.

—*Scusi, signori*, ¿podría decirme cuánto debería costar el viaje en carruaje desde la estación? —preguntó al encargado—. ¿Para los seis?

El hombre se encogió de hombros.

—No más de una lira.

Una lira.

—¿Y qué pasa con...? —Stella intentó recordar cómo se llamaba aquello—. ¿Y el impuesto de circulación? ¿Y la inspección de los *carabinieri*?

—Señorita, no existe eso del impuesto de circulación. —El encargado negó con la cabeza—. Lo siento muchísimo: cosas de los *truffatori* de mi ciudad. Nos dan muy mala reputación.

El hombre los acompañó a las habitaciones, donde se instalaron abatidos. Stella estaba tan enfadada consigo misma que no podía ni hablar. Mientras su madre repartía la cena, Stella vació el contenido del monedero y contó todo el dinero. No cabía la menor duda de que faltaban cuatro liras.

—Me ha engañado —declaró en voz alta.

—Oh, Stella —dijo su madre—. Es una pena, pero no podemos hacer nada. Son cinco liras, pero ya ha pasado.

—No —insistió Stella, sintiendo que el fuego le ardía en las entrañas—. Me ha engañado dos veces. Yo sabía que le había dado seis liras, pero debe de haber guardado la moneda muy deprisa y me ha engañado al hacer que le diera otra de cinco. —Estaba tan furiosa, no solo con el cochero, sino también consigo misma, que una nube plateada le tapó la vista. Parpadeó para ver mejor y vio que Assunta y Cettina la miraban sin entender nada—. Le he dado una moneda de una lira, otra de cinco liras y otra más de cinco liras. Como le he cogido una lira de la mano, en total le he dado diez liras por lo que tenía que haber sido un viaje de una sola lira.

Cettina, tras comprender lo sucedido, tragó saliva.

—*Madonn'* —exclamó Assunta, tras chasquear la lengua.

Cicciu se esforzaba en mirar atentamente su *suppressata*, o tal vez lo que quería era no mirar a Stella.

Stella inspiró hondo. Necesitaba calmarse.

—¿Cómo se puede ser tan mala persona? ¿Cómo se puede robar a gente indefensa?

—El mundo está lleno de gente mala, ratita —contestó Assunta. Tenía los ojos rojos de tanto llorar por su madre, pero en aquel momento le preocupaba su hija. Stella intentó tragar saliva, pero tenía su error atragantado—. No puedes confiar en nadie en este mundo, solo en ti misma. Tienes que saber exactamente lo que piensas y tenerlo claro. Si no, la gente intentará siempre engañarte o confundirte. —Assunta dio unas palmaditas en la cama a su lado—. Ven a sentarte, Stella, y come un poco de pan.

Stella se volvió hacia la pared para calmarse, pero contempló a su madre por el rabillo del ojo. El consejo de Assunta de que no confiara en nadie era una frase hecha que todo el mundo repetía sin pensar en lo que quería decir. Pero Stella en aquel momento estaba pensando de verdad en su significado, en que era necesario tener claro en cada momento lo que uno creía: ella había creído que le daba al cochero seis liras y él la había convencido de que estaba equivocada. La culpa era suya por haber sido débil en su razonamiento y su voluntad.

Aquella noche, acostada en la incómoda cama que compartía con su hermana y su madre, pies contra cabeza, fue puliendo su rabia y su vergüenza. No sería débil. Tendría las cosas claras. No volvería a permitirse la duda. Estaría preparada para todo tipo de situaciones. Nunca jamás permitiría que alguien se aprovechara de ella. Y si alguien lo conseguía, sería porque lo merecía.

Al día siguiente, un muchacho pocos años mayor que Stella fue a buscar a la familia Fortuna al hotel a las ocho de la mañana para llevarlos ante el *signor* Martinelli, el agente de inmigración. Comprobó que todos llevaban las fotografías para el pasaporte y luego los condujo, en un breve recorrido, por las calles empedradas hasta llegar a una amplia avenida y a la oficina del agente. Había ya quince personas esperando. En uno de los bancos había sitio para Assunta, pero no para los demás.

—Como el barco zarpa mañana, hoy hay mucho trabajo —explicó el muchacho—. Esperen aquí y el *signor* Martinelli los llamará.

El guía se marchó, Stella supuso que para recoger a otras familias en las distintas pensiones.

Esperaron durante casi una hora. A intervalos periódicos, la puerta del despacho se abría, salía una familia y el *signor* Martinelli leía otro nombre de la lista. La multitud de la sala de espera disminuía y aumentaba con las nuevas llegadas. Assunta, que se había animado un poco, cantaba canciones al pequeño Luigi. Ciccio enseñaba a Giuseppe las normas de un nuevo juego de cartas. Cettina estaba casi todo el rato callada. Stella no hablaba con su hermana; la inquietud la abrumaba hasta el agotamiento.

Cuando el *signor* Martinelli los llamó para que entraran en su oficina, Stella tenía ya hambre. El hombre se sentó tras un hermoso escritorio de madera resplandeciente y Assunta y Ciccio ocuparon los taburetes que había delante. Los niños se quedaron de pie. Cettina cargaba con Luigi sobre la cadera, aunque era ya demasiado mayor para ir en brazos.

El *signor* Martinelli, un hombre calvo cuyo rostro dominaba un poblado bigote gris, examinó el montón de papeles. El mal presagio se había adueñado ya de Stella, la convicción de que algo no iba bien. La expresión del *signor* Martinelli lo confirmó.

—Usted es la *signora* Fortuna —dijo por fin. Tenía el mismo acento napolitano que habían oído desde su llegada, pero hablaba despacio y claro. Debía de estar acostumbrado a los emigrantes de todas las provincias del sur que hablaban distintos dialectos—. Assunta Mascarò, ¿es así?

—Sí, es ella —contestó Ciccio.

—¿Y usted debe de ser Mario? —preguntó el *signor* Martinelli.

El silencio duró varios segundos.

—No —dijo Ciccio finalmente—. Soy su primo Francesco. Solo estoy aquí como acompañante.

—Usted no viaja.

—No, *signore*.

El *signor* Martinelli alzó los ojos para examinar a todos los niños presentes.

—Bien, entonces, ¿cuál de vosotros es Mario?

Otro largo silencio llenó la habitación. Finalmente, al ver que Cicciu no decía nada, Stella contestó.

—No hay ningún Mario, *signore*. Nos llamamos Stella, Concettina, Giuseppe y Luigi —dijo, señalando a cada uno mientras hablaba.

—¿Stella? —repitió el *signor* Martinelli—. ¿Stella qué más?

Stella parpadeó, le zumbaban los oídos por los nervios.

—Mariastella Fortuna —contestó—: esa soy yo.

El *signor* Martinelli soltó un sonoro suspiro.

—Pues tenemos un problema, señores. Un gran problema. —Dio la vuelta a los papeles para que los vieran, aunque casi ninguno de ellos era capaz de leer lo escrito—. El visado que tienen es para la mujer de Antonio Fortuna, Assunta Mascaro, y sus cuatro hijos menores de edad: hijo Mario, de dieciséis años de edad; hija Concettina, de catorce años de edad; hijo Giuseppe, de trece años de edad, e hijo Luigi, de cinco años de edad. *Signorina* Stella, me parece que alguien ha puesto a un hijo con otro nombre en su lugar. El visado está mal. Lamento decirles que no van a poder viajar.

Esta vez el silencio fue largo. Stella sintió que Cettina temblaba a su lado. Por fin, Stella intervino.

—¿Cómo?

El *signor* Martinelli repitió sus palabras. Necesitó repetirlo varias veces para explicarlo.

—Esto no puede ser —protestó Cicciu. Stella sintió alivio al ver que por fin hablaba—. Este viaje se ha planeado con mucho tiempo. *Zu* Antonio pagó para le hicieran los papeles. Lo han dejado todo, *za* Assunta y los niños tienen que estar en el barco mañana.

—Lo siento —contestó el agente—. Es muy lamentable, pero las normas son estrictas.

—Esto no puede ser —repitió Cicciu—. Esto no...

—¿Y cómo podemos arreglarlo? —lo interrumpió Stella. Cicciu estaba atrapado en el problema; Stella necesitaba una solución inmediata, antes de que el *signor* Martinelli los echara de su despacho.

—No pueden arreglarlo —explicó el *signor* Martinelli dirigiéndose a Cicciu, como si fuera él quien había hablado—. El visado está mal. No puedo hacer nada porque el visado lo emite el gobierno de los Estados Unidos. Antonio Fortuna debe volver a pedirlo.

Stella barajó frenéticamente las distintas opciones. Recordó lo que había oído decir de los telegramas, que podían entregar una carta en cuestión de horas. ¿Quizá estaban a tiempo de ponerse en contacto con su padre?

—Si pueden arreglar hoy el pasaporte, podemos volver esta noche con nuestro...

—*Signorina* —dijo el agente, tajante pero amable—. Costará varios meses arreglarlo. Quizá años. Su padre tiene que volver a pedir el pasaporte al gobierno de los Estados Unidos y el número de pasaportes que expiden está limitado por un cupo.

—Cupo —repitió Stella. La palabra le resultaba familiar, pero no estaba muy segura de lo que quería decir. Estaba totalmente aturdida—. El error es muy pequeñito, solo con un cambio que nadie notaría podría arreglarse, ¿no podemos cambiarlo? —preguntó, a punto de echarse a reír histéricamente.

El bigote de Martinelli resplandeció mientras este suspiraba.

—Lo siento, *signorina*. Son muy estrictos con los visados. Pueden rechazar a toda la familia si hay alguna discrepancia y entonces se encontrarán todos en un buen lío. —Su expresión era triste y comprensiva, pero también lo era la del cochero ladrón—. No puedo permitir que suban a ese barco.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Cicciu al *signor* Martinelli. Assunta, a su lado, lloraba.

—Vuelvan a su pueblo —dijo el agente—. Vuelvan a su casa, en el pueblo, *signore*.

¿Qué se podía hacer?

Los Fortuna dieron media vuelta y volvieron a casa.

En la estación de Nápoles, Stella contó las monedas que costaba el billete de vuelta. El viaje a América despertaba en ella sentimientos encontrados, pero ahora que no iban a ir le irritaba la inutilidad del esfuerzo. ¿Qué sentido tenía que hubieran dejado todos sus ahorros en la sucia mano del vendedor de billetes para volver al punto de partida?

Cettina, cuyo rostro brillaba con el sudor de los nervios, pensaba lo mismo.

—Todo lo que podríamos haber comprado... —susurró a Stella con una voz que se podía oír a un par de metros—. Tantos pares de zapatos.

—No necesitamos zapatos —contestó Stella, sombría—. No tenemos adónde ir con ellos.

* * *

Algunas veces, lo peor de las malas noticias no son las malas noticias en sí, sino la necesidad de explicar lo sucedido una y otra vez, de tener que soportar las reacciones de la gente que algunas veces está cargada de buena intención, otras veces solo finge estarlo y otras más ni siquiera eso.

Un gran error, ¿de quién era la culpa? ¿Y nadie podía arreglarlo? ¿Lo intentasteis todo? ¿Y por qué no intentasteis eso o aquello? Cuánto dinero. Qué despilfarro. ¿Y qué va a decir tu marido? Va a enfadarse muchísimo, ¿qué vais a hacer?

Sí, algunas veces los demás son lo peor del mundo.

Por lo menos, la familia Fortuna tenía un sitio donde vivir, puesto que no habían podido vender la casa en un periodo de tiempo tan breve. Pero era raro volver. Solo habían estado fuera unos pocos días, pero ahora Ievoli les parecía un lugar pequeño y lamentable. Stella había visto un tren, el mar, una ciudad. Había visto hombres de negocios, putas y ladrones. Ievoli era el único lugar seguro en un torbellino de destinos dispares y al mismo tiempo ya no era fácil mantenerse allí a salvo.

A unos cinco mil kilómetros de distancia, Antonio Fortuna estaba furioso. Había pagado una cantidad adicional para que el *signor* Martinelli se encargara de los papeles y asegurarse así de que se hacía todo bien, pero se había hecho todo mal. ¿La culpa era de la caligrafía de Antonio? Había sido él quien había escrito «Maria» en lugar de «Mariastella», que le parecía largo y poco americano. Había pensado que un nombre corriente como «Maria» haría que los papeles de la inmigración se tramitaran con más facilidad. ¿Había introducido el error al intentar algo que no se ajustaba del todo a la realidad? ¿O simplemente lo habían estafado?

Tras cinco años en la lista de espera para el visado, los esfuerzos de Antonio habían sido en vano. Pero era calabrés: la cabeza se le iría haciendo cada vez más dura hasta que se rompiera como una calabaza. Volvió a rellenar los papeles, escribió a mano los formularios con sumo cuidado. Era mayo de 1936; si la misteriosa lotería de los visados tardaba tanto como la vez anterior, se reuniría con sus hijos, a uno de los cuales ni lo conocía, en 1941. Para entonces, tres de ellos habrían alcanzado la mayoría de edad y tendría que solicitar pasaportes para adultos por separado. Pero no estaba en sus manos planear todo aquello, así

que envió los papeles para que criaran polvo apilados en alguna oficina durante largo tiempo.

La noticia del *Monarch* llegó a Ievoli en julio. El barco había naufragado en alta mar: se había incendiado en medio del Atlántico y se había hundido con todo el pasaje.

—Has estado otra vez a punto de morir, Stella —dijo Giuseppe—. Casi te ahogas en el océano. Esta es ya la cuarta vez que estás a punto de morirte.

Stella se enteró con dos meses de retraso de que su vida había corrido peligro.

Assunta rezó muchos rosarios en memoria de los pasajeros del barco. Le costaba olvidar que había estado sentada entre los muertos en la oficina del *signor* Martinelli, que aquellos nenes que habían jugado en el suelo, junto a sus pies, estaban ahora en el fondo del mar.

—Dios hizo que el error con el nombre de Stella os salvara —reflexionó *nonna* Maria—. Bendito sea. En su momento pareció un desastre, pero en realidad fue un don de Dios.

Stella pensó en sus rezos, arrodillada en la iglesia el último domingo antes de ir a Nápoles. ¿Habían propiciado la intervención de Dios? Pensó en su visita al cementerio para decir adiós a su difunta hermanita, el ataque de pena que había sentido al pensar en que la dejaban sola. Si los *Fortuna* se hubieran hundido en el mar, ni siquiera sus restos habrían hecho compañía al pequeño fantasma.

Una ventosa tarde de domingo, Stella salió furtivamente de su casa mientras Cettina estaba ocupada lavándose el pelo y despiojándose, como todas las semanas. Stella tenía preguntas y necesitaba estar sola para formularlas. La sensación de misterio de la visita anterior no se reprodujo, pero sí la misma impresión de peligro.

—Sé que estás aquí —dijo Stella a la fría placa de mármol. Naturalmente, no hubo respuesta—. Solo quiero saber una cosa, ¿hundiste todo el barco por mí? ¿Mataste a toda aquella gente porque me odias? —Esperó en silencio todo lo que le permitió su paciencia—. ¿O fue al revés y me salvaste liándola con lo del pasaporte?

El sol calentaba su trenza negra y el viento agitaba la arena entre los mausoleos. Stella sabía que no iba a obtener respuesta, pero de todos modos se sentía frustrada.

—Sé qué estás aquí —dijo de nuevo. Se rindió y se fue a casa.

Espera, años de espera. Lo contrario de tener solo cinco semanas para despedirse

era tener una cantidad indefinida de tiempo para hacerlo, sabiendo que llegaría el momento de irse, pero sin saber cuándo.

Así creció Stella de los dieciséis a los diecinueve años: esperando. En muchas vidas, esos años de la adolescencia son los más vibrantes y los de mayor impacto en el adulto en que uno se convierte. Stella contemplaba cómo a su alrededor los hombres y las mujeres se enamoraban y desenamoraban, luchaban, tenían hijos. Contemplaba cómo iban forjando su carácter y sus papeles sociales mientras ella y su hermana estaban al margen esperando, esperando, esperando noticias.

Los meses y las estaciones fueron pasando, medidas por las cosechas, los días de fiesta, por la rebeldía de Giuseppe —que se había precipitado hacia la furia adolescente y había encontrado motivos en el mundo que compartía con tantas mujeres en una sola habitación—, por el crecimiento del pequeño Luigi, que ya no era tan pequeño. Stella había dejado de crecer a los once años, pero su pecho no dejó de hacerlo. Cettina medía un par de dedos más y tenía hombros y caderas anchas: una mujer hecha para parir, bromeaba Assunta. Las niñas eran guapas, muy guapas. Assunta bendecía a diario el amuleto que llevaban, el *cornetto*, para alejar los pensamientos envidiosos de sus vecinos. Pero ¿de qué les servía ser las más hermosas del pueblo si todo el mundo sabía que se iban a marchar?

Las niñas de la edad de Stella empezaban a comprometerse y a casarse. Últimamente parecía que Cettina estaba siempre ayudando a las novias a preparar *mustazzoli* para ofrecer tras las ceremonias. Las chicas de Ievoli se esforzaban en retener a los chicos y las madres de Ievoli también ponían empeño en retener a sus hijos llenándolos de mujeres e hijos, porque todos los varones querían emigrar. Stella contemplaba el frenesí con cierta diversión distante: las maquinaciones de las chicas, los flirteos públicos, la teatralidad del galanteo a una o dos bandas. La inmigración había impuesto una economía invertida en el mercado matrimonial del pueblo: seguía siendo prerrogativa del chico elegir a la chica que le gustaba, pero ahora el varón esperaba que la chica lo persiguiera y no al revés. En conjunto resultaba una pantomima irritante, especialmente porque iba en serio y se convertiría en la realidad de muchos durante el resto de su vida. Stella no tenía amigas fuera de la familia, a diferencia de Cettina —Stella no necesitaba más amigas que su madre y su hermana—, pero, desde lejos, se maravillaba del deseo de las chicas de abandonar el nido en el que habían nacido y empezar una vida distinta con un hombre. Así se hacían las cosas, así tenían que hacerse, pues Dios dictaba que era necesario crecer y multiplicarse. A Stella no le preocupaba la insistencia del sacerdote en que las buenas cristianas se casaban —al fin y al cabo, ¿no eran santas las monjas vírgenes?—, pero era la única del pueblo en pensarlo. Le faltaba algo, algo que todas las chicas, incluida

su hermana, tenían.

Stefano, amable y afectuoso, la visitó todos los domingos del verano de 1936. Era un viaje pesado, pero él no admitía el cansancio. Todo el mundo apreciaba mucho a Stefano, incluida Stella, que había decidido que no le haría ningún daño ser amable con él porque, de todos modos, pronto se iría al ejército. Más tarde se alegraría de haberle dado al menos eso.

En otoño, mientras Stella abría los erizos de las castañas, recordó la visita de mayo al castañar, la idea equivocada de que nunca volvería a pincharse las yemas de los dedos con sus espinas. Se sintió tonta por no haberse dado cuenta de que aquello no iba a funcionar. El plan de emigrar nunca había tenido sentido, ¿por qué se lo habían tomado tan en serio?

Llegó noviembre y Stefano se fue al ejército. Envío a Stella su primera carta dos semanas después de marcharse. A Stella le costaba leer, pero se daba cuenta de que Stefano escribía con elegancia. Assunta guardó la carta en el estante con los platos buenos, ahí donde no podía estropearse, y la cogía para enseñársela a todos los que pasaban por la casa.

Primavera. Alcachofas. Legumbres. Cuaresma. Pascua. Tomates. Calabacines. Verano. Gusanos de seda. Cosecha de las moras, noches largas. *Ferragosto*. Peregrinación a Dipodi, fiesta de la Asunción. Otoño. *Fhesta*, aceitunas, castañas. Invierno. Aceitunas. Navidad, la fiesta de San Salvatore. Otra vez aceitunas. Matanza del cerdo. Hinojo. Naranjas, mandarinas. Y alcachofas.

Llagas, piojos, uñas rotas. Misa, misa. Rezos por los visados, rezos por las madres ciegas. Bodas de otras chicas. Hijos de otras chicas. Los hombres jóvenes desaparecían camino de África, de Roma, de Francia.

Espera.

Y más espera.

Y todavía más espera.

* * *

Pasaron tres años y medio. Estaban a finales de octubre de 1939. El mundo se encaminaba hacia la guerra y lo cierto es que no sé cómo se las apañó Antonio para obtener visados para su familia en la última remesa antes de que se pusiera fin a toda inmigración. Algunas de las personas que he entrevistado dan por hecho que debió de untar alguna mano.

En esta ocasión, había tres pasaportes: un visado para la esposa y dos hijos menores —Assunta, Giuseppe y Luigi— y dos visados para adultos a nombre de Mariastella y Concettina. Tenían que zarpar el 16 de diciembre de Nápoles en un barco llamado *Countess of Savoy*. Antonio había comprado billetes de segunda clase; no dormirían en el entrepuente, como él, y llegarían a su nuevo país como personas de categoría. El viaje duraba siete días: se encontrarían el 23 de diciembre en el puerto de Nueva York.

El hijo mayor de *za Ros*, Franco, que vivía en Francia, compró la casa de *via Fontana* para dársela a su hijo, que quería volver a Ievoli para encontrar esposa. Stella sabía que Assunta se alegraba de que la casa quedara en la familia Mascaró, aunque lo cierto era que gracias a cuatro renglones escritos por un hombre que vivía lejos había pasado de tener una casa no tener nada. Pero así eran las cosas, ¿por qué preocuparse?

—Pase lo que pase —rogó Cettina a su primo Ciccio—, por favor, no dejes que *zu Franco* tale el limonero.

Señaló por la ventana el pequeño limonero que se alzaba al sol entre la casa y la cuadra, el que había plantado cuando era niña.

—Por supuesto que no talarán el limonero —dijo Ciccio—. Daría mala suerte.

Por supuesto, lo talaron. Cortaron todos los árboles y construyeron casas para vender a los hijos de otros hombres.

Assunta y sus cuatro chicos fueron de compras a Nicastro a finales de noviembre con un fajo de billetes que Antonio les había enviado. Todos tenían que comprarse ropa para el viaje. Luigi, de nueve años de edad, estaba guapísimo con su primera camisa buena y unos pantalones cortos. Stella y Cettina se compraron vestidos ya hechos en una tienda, prendas de color azul oscuro que, según la modista, eran adecuadas para un viaje por mar a los Estados Unidos, con mangas largas hasta la muñeca que ocultaban las cicatrices de Stella. Assunta no quiso para ella otro color que el negro.

En la oficina de correos de Nicastro, Stella envió una nota a Sambiase, a la

madre de Stefano, para que este tuviera la dirección de los Fortuna en los Estados Unidos. Lo habían enviado con la división de infantería de Catanzaro a África. Durante los años que llevaba en el ejército, Stefano escribía periódicamente, aunque Stella nunca le contestaba. No sabía qué decir y, además, le habría costado mucho ponerse a escribir. Cuando se alistó en el ejército, Stefano debió de pensar que en 1939 ya lo habrían licenciado; Stella no podía creer que Stefano hubiera imaginado que cuando él tuviera veintidós y ella veinte todavía no tuvieran el futuro claro. Stella rezaba por él, pero estaba muy lejos, en un lugar que no podía ni imaginar, y sus rezos eran vacíos y desorientados. O quizá era que las plegarias estaban contaminadas: contaminadas por su secreta esperanza de que el ejército lo retuviera indefinidamente y no tuviera que ser nunca su esposa.

Stella no visitó el cementerio la segunda vez que dejó Ievoli para siempre. Fue contando los días que faltaban hasta el 14 de diciembre, fecha en que cogerían el tren para Nápoles, y se decía «mañana voy». Pero no fue nunca.

En diciembre, Nápoles era frío y húmedo; los vientos llenos de agua azotaban el puerto y se adherían a los deslucidos edificios del muelle. En esta segunda ocasión, a Stella no le maravilló la ciudad portuaria. No había conseguido quitarse de encima la sensación de indefensión, de que algo iba a ir mal. Estaba inquieta y nerviosa, pensaba en la vez anterior, en todas las manos y almas que estaban en el fondo del mar.

Los Fortuna llegaron a Nápoles la tarde del 14 de diciembre. Lo primero que hicieron a la mañana siguiente fue ir a la oficina de la naviera. Los billetes estaban en regla y en esta ocasión los nombres de los billetes encajaban con los de los pasaportes.

Cuando el encargado de los billetes enseñó a Stella su visado, esta se fijó en la fecha de nacimiento escrita junto a su nombre: 12 de enero de 1920. Estaba a punto de señalar el error al agente —había alzado ya el índice sobre la página— cuando el corazón empezó a latirle locamente en el pecho con la idea de que otra vez podría ser ella el motivo de que rechazaran a toda la familia. «No, Stella —se dijo—. No hace falta que lo sepa nadie.» Tosió para disimular las palabras que había empezado a decir.

—*Scusi* —se disculpó educadamente.

No dijo nada a su madre ni a Cettina del error del visado hasta que estuvieron a salvo en el puerto de Nueva York: antes no habrían sido capaces de asimilar la

noticia. Para entonces, la fecha aparecía ya en todos los papeles que había emitido el gobierno. El 12 de enero fue su fecha de nacimiento americana.

Tras conseguir los billetes, se dirigieron a la consulta del médico para obtener los certificados necesarios para subir al barco. La cola salía de la puerta y se extendía por la fría calle, pero los Fortuna solo tuvieron que esperar media hora; el examen era rápido, una inspección de los ojos, la lengua y un rápido repaso.

En el hotel, compartieron el pan que Cettina había empaquetado. Ciccio las sacó a dar un paseo por la tarde, pero les daba tanto miedo perderse en Nápoles que al cabo de diez minutos las llevó de vuelta. Fue una tarde larga y llena de temores. Las tres mujeres se acostaron en la cama de olor agrio, una con la cabeza en la almohada, las otras con la cabeza en los pies. Giuseppe y Luigi durmieron en el suelo y se movieron, inquietos, durante toda la oscura noche. Cuando a la mañana siguiente llamaron a la puerta antes del alba, Stella estaba ya despierta y le dolía la cabeza.

Era Ciccio, pero no había ido a decirles que era ya hora de que llevaran su equipaje al muelle. No: sostenía el periódico en la mano y estaba sonrojado como un pimiento. Ahí estaba, en la portada: Stella tuvo la sensación de que estaba esperando el titular que Ciccio les leyó. Mussolini había mandado que se interrumpieran los viajes transatlánticos; el país se estaba preparando para la guerra. No saldrían más barcos del puerto de Nápoles. No se permitiría que se marcharan más italianos.

Cuando llegaron los Fortuna, el despacho de billetes estaba lleno de gente. El empleado no tenía la menor intención de devolver el dinero y rechazaba las amenazas y maldiciones con un gesto cansado. Todo el mundo necesitaba aclarar su situación e intentaba averiguar si el barco recibiría la autorización para zarpar, si bien las órdenes de Roma parecían muy claras. Las horas se hacían eternas y la rabia mezclada con temor se prolongaba hasta el agotamiento. La gente se sentaba en los baúles, daba vueltas, gritaba, discutía. Algunas mujeres lloraban, pero, por una vez, Assunta no era una de ellas. Stella miró los ojos perspicaces de su madre y se preguntó en qué estaría pensando, si tal vez tenía la esperanza de verse obligada a regresar a Ievoli por segunda vez.

Pasaron el día entero en la ventosa oficina del despacho de billetes a la espera de noticias. Assunta aguardó sentada en su baúl debido al dolor de las venas varicosas, que no habían dejado de hincharse desde el nacimiento de Luigi. Stella trenzaba y destrenzaba el largo cabello de Assunta. Luigi era un niño bueno; desahogó su aburrimiento dando vueltas a la oficina del despacho de billetes y terminó por acuclillarse en el suelo y dormirse con la cabeza en el

regazo de su madre. Giuseppe, entre tanto, había desaparecido. Stella lo imaginó corriendo libremente por las calles de la mugrienta Nápoles, la ciudad del crimen. Se preguntaba hasta dónde podría llegar en una ciudad donde las cosas costaban diez o cien veces más de lo previsto.

—¿Y qué pasa si el barco se va mientras él está fuera? —preguntó Cettina.

—Le estará bien empleado —contestó Stella.

Cuando las campanas de la *piazza* llamaron a misa, el vendedor de billetes los echó a todos.

—¡Vuelvan mañana! —gritó a la gente que murmuraba inquieta—. Mañana a la misma hora, aquí mismo. El barco sale mañana por la mañana a las ocho.

Los aspirantes a pasajeros, aturcidos o irritados por el agotamiento, se miraron los unos a los otros, intentando decidir si iban a confiar y obedecer. Los empleados del agente daban vueltas, despertando a los dormidos y repitiendo las instrucciones en voz alta, hablando despacio en italiano para que los viejos y los campesinos pueblerinos los entendieran.

El empleado del hotel aceptó que pasaran otra noche; afortunadamente tenía dos habitaciones, que los Fortuna pagaron con las monedas que el empleado de la naviera les había dado. Cicciu se ofreció a salir para comprar algo de comida, pero Assunta rechazó con un gesto el ofrecimiento. Sabía que necesitaba el dinero para regresar a Ievoli. Se fueron a la cama pronto sin cenar.

—¿Y qué haremos si el barco no sale mañana? —susurró Cettina a Stella en un murmullo audible; Luigi entreabrió los ojos para mirar a sus hermanas—. No tenemos dinero para pagar otra noche de hotel.

—No te preocupes —dijo Stella en tono muy serio—. Todo irá bien, aunque tengamos que vender a Giuseppe al organillero.

—¿Qué? —Cettina, que no era muy rápida de pensamiento, se quedó atónita.

—Al hombre del monito que está en la *chiazza* —especificó Stella.

—Oh, eso es horrible, Stella —exclamó Cettina. Stella estaba poniendo los ojos en blanco ante lo lerda que era su hermana cuando esta añadió—: Giuseppe es demasiado mayor para ayudar al organillero. Será mejor que vendamos a Lui en su lugar. —Las hermanas se sonrieron mientras Luigi se refugiaba en la falda de su madre con un grito.

Por segunda noche consecutiva, Stella permaneció contemplando el techo negro mientras Cettina y Assunta roncaban a cada lado. Envidiaba su capacidad de dormir cuando estaban cansadas, caer en el sueño como criaturas a pesar de las emociones. Stella notaba un latido en los ojos y le dolía la cabeza de agotamiento, pero Dios no le daba el don de la paz de espíritu. En lugar de ello, alucinó durante toda la noche, vio un océano que se extendía hasta el infinito e imaginó un barco que se rompía en pedazos y desaparecía entre las olas.

El *Countess of Savoy* zarpó al día siguiente a las ocho de la mañana, un día más tarde de lo previsto. Fue el último barco lleno de emigrantes que salió de Italia antes de la guerra.

Los Fortuna, al abandonar Italia en ese momento, no vivieron todo lo que sucedió a continuación.

Seis meses después de que zarparan, en junio de 1940, Mussolini declaró la guerra a Francia y a Gran Bretaña. Antes de que el Estado italiano se desmoronara en septiembre de 1943, cuatro millones de soldados italianos se desplegarían por los teatros de operaciones de todo el hemisferio norte, desde Somalia hasta Rusia; medio millón de italianos perdería la vida, un tercio de ellos civiles.

Para el italiano medio fue un periodo de privaciones y de miedo. Los soldados —los fascistas de Mussolini, los «liberadores» estadounidenses y británicos y, lo que fue todavía más cruel, las fuerzas alemanas que hasta 1943 habían sido aliadas de Italia— se turnaron para ocupar los pueblos del campo, incluido Ievoli, donde, según me dijo una mujer con tono vacilante: «Se aprovecharon de las hijas hermosas».

Conocí a un hombre que había nacido en 1943, justo a mitad de los seis años que su padre pasó en Rusia; primero como soldado, después como prisionero.

—No hablábamos de ello —me dijo—. Mi padre tuvo que aceptar que mi madre no tuvo otra opción.

Por lo menos *nonna* Maria no sufrió durante la guerra. Murió pocos meses después de que se fuera Assunta. También murió el *ciucciu*, al que ya nadie quería.

Cettina regresó a Ievoli en 1956 en el viaje que ella y su marido emprendieron en su décimo aniversario de boda. Cuando visitó su pueblo, se quedó abatida por lo cambiado que le pareció: vacío, apático, herido. Dejó que un grupo de primas que recordaba vagamente le pusiera un traje de *pacchiana* y la fotografiaran, *calabrisella bella*, delante de la iglesia. A pesar de lo desorientada que se sentía, Cettina sonrió y se llevó los negativos a casa para revelarlos y repartir fotos a sus amigos italoamericanos.

Pero Stella nunca quiso volver a Ievoli. Nunca volvió a ver los primeros rayos del día reflejándose en las hojas brillantes del limonero, cuyos frutos no eran tan amarillos como el sol. No volvió a detenerse en la *chiazza* de la iglesia para contemplar el humeante volcán Stromboli aparecer en el horizonte anaranjado en los últimos momentos de la puesta de sol. No volvió a bajar nunca por el sendero de montaña cubierto de niebla tras una helada de enero para ver

cómo el vapor se alzaba de las encinas mientras la escarcha se evaporaba bajo el sol invernal de Calabria o a preocuparse por si un *cinghiale*, un jabalí salvaje de grises colmillos, pudiera salir de la neblina, seguido por sus jabatos, en busca de bichos y setas entre las raíces de los olivos. No volvería a sentarse nunca más en el montículo de tierra roja situado en lo alto del olivar para contemplar cómo las hojas giraban al viento y pasaban del azul plata al verde para volver al azul plata.

De un modo u otro, cuando se sube a un barco se sabe que es para siempre. Pero el corazón siempre intenta protegernos de lo que implica comprender ese «para siempre».

El océano es enorme. Ahora podemos olvidar hasta qué punto es formidable: podemos cerrar los ojos y cruzarlo en unas horas. Para Stella fueron siete días de agua en todas direcciones, siete días de temor cada vez que contemplaba cómo un pasajero vaciaba de ceniza la pipa, de pensar en los cuerpos y almas que ahí viajaban.

A la mañana del séptimo día, Stella y Cettina se plantaron en cubierta agarradas a la borda para que no las empujara la multitud congregada para ver aparecer el puerto.

Un miembro de la tripulación charlaba a toda velocidad en italiano con los viajeros y Stella se esforzó en entender las palabras que conocía. Un hombre de mediana edad que estaba cerca de ellas la miró.

—¿No entiendes el italiano? —le preguntó en calabrés.

—Solo un poco —contestó Stella. Sabía que no tenía que hablar con desconocidos, pero aquel parecía un momento para saltarse las normas. Además, su madre estaba lejos, escondiéndose de su mareo en el camarote.

El calabrés, que llevaba un fedora gris, tradujo lo que el prolijo miembro de la tripulación decía al pasaje. El barco llegaba con tres horas de retraso; habían informado a las familias que los estaban esperando. Es víspera de Navidad, feliz Navidad a todos. El Señor nos ha dado el don de su Unigénito y, además, nos ha concedido un viaje sin contratiempos hasta América. Ahí a la izquierda podrán ver la estatua.

—¿La estatua? —preguntaron Stella y Cettina al unísono.

—La *Madonna* del puerto de Nueva York. Esperad y la veréis —dijo el hombre del fedora, y luego añadió amablemente—: Si os cuento cómo es no me vais a creer.

El lector sabe qué aspecto tiene el puerto de Nueva York y puede imaginar cómo era en 1939. Pero supongamos ahora que venimos de un mundo en el que el edificio más alto tiene dos pisos y el cristal solo se utiliza para los vitrales de

la iglesia. Imagina, lector, que a tu padre jamás se le ha ocurrido enviaros una postal.

El amable calabrés les ayudó a desembarcar el baúl. Les explicó lo que sucedería cuando avanzaran por las ventanillas de inmigración. Ahí hay un examen médico, pero es corto y no habrá problemas porque ya lo habéis pasado en Nápoles. Podéis pasarlo todos juntos, yo estaré detrás. Aquí es donde esperamos para el registro. Tardaremos un rato, tened paciencia. Vuestra familia está esperando al otro lado del muro. Ahí os darán el certificado de llegada. Pase lo que pase, no perdáis ese papel, lo necesitaréis más tarde para pedir la nacionalidad.

Al final, cuando las dejó —un *paesan* de su pueblo lo estaba esperando en un vestíbulo— se llevó la mano al sombrero y les dijo algo en inglés.

—Significa *buon natale* —explicó, guiñando un ojo.

—Repítalo —le pidió Giuseppe.

El hombre lo repitió despacio y le contestaron en coro:

—¡*Me-ri cris-mas!*

La familia Fortuna se sentía feliz cuando entró en la sala de espera con los papeles de residencia en la mano, alegre gracias a la amabilidad de un desconocido y ansiosa por empezar una nueva vida.

Pero Antonio no estaba allí.

Stella examinó la multitud de rostros ilusionados y cansados. Hacía nueve años que había visto a su padre por última vez y entonces era una niña. Podía evocar un recuerdo muy arraigado, pero no estaba segura de reconocerlo. Miró a su madre en busca de ayuda. Assunta parecía preocupada, pero no dijo nada a sus hijos.

Se detuvieron junto a la puerta de salida, incómodos con el baúl ahí en medio, hasta que un joven se les acercó y en un inglés ininteligible los guio para que se apartaran a un lado y no molestaran. Llevaba una pulcra camisa negra y unos pantalones que a Stella le parecieron de un uniforme militar. Assunta seguía sin decir nada; no dijo nada al hombre de uniforme ni a sus hijos. La madre se sentía completamente desamparada, una niña más entre sus hijos. A Stella el corazón le dio un vuelco; compadecía a su madre y, al mismo tiempo, era consciente de que si había que hacer algo, le correspondería a ella ocuparse.

¿Dónde estaba Antonio?

El gran reloj de la pared, con un adorno de filigrana, marcaba las tres treinta y cinco cuando Stella lo había mirado por primera vez. Contempló cómo la manecilla de los minutos daba una vuelta entera. Los nuevos residentes en los

Estados Unidos iban saliendo y desaparecían en los abrazos llorosos o los indecisos apretones de manos de quienes habían ido a esperarlos. Al otro lado de la pared estaba Nueva York, pero Stella solo veía la luz blanca que entraba por los altos ventanales. Mientras permanecía inmóvil sintió el aire gélido que le subía por el brazo. Hacía frío, tanto frío como en una noche de enero en Ievoli. ¿Cuánto frío haría fuera?

Cettina consiguió que Assunta se sentara en el baúl para que al menos sus piernas doloridas no le molestaran. ¿Qué podría hacer Stella si Antonio no aparecía? ¿Adónde irían? Stella iba dando vueltas a distintas posibilidades. Tenían una carta con su dirección. ¿Podrían encontrarla solos? ¿Podrían ir andando hasta Hartford? No parecía posible, menos todavía a medida que iba anocheciendo. No tenían dinero; no podían contratar a alguien para que los llevara. No podían reservar un hotel para pasar la noche. Stella sintió que se le estremecían las entrañas de rabia y de miedo. Se había pasado toda la vida confiando en los acompañantes y ahora que no tenía ninguno no sabía qué hacer.

Cuando la manecilla de los minutos volvió a estar arriba, el hombre con el traje militar cruzó la antesala casi vacía en dirección a ellos. Volvió a hablarles en inglés, señaló el reloj, las puertas y con gestos consiguió comunicarles que el edificio cerraría a las seis. Stella asintió, intentando parecer competente, y dijo en su mejor italiano:

—Gracias, señor. Esperaremos hasta las seis.

Assunta, que parecía muy menuda sentada sobre el baúl, asintió.

La luz blanca de los altos ventanales se fue volviendo gris y desapareció. En la antesala cada vez se notaban más las corrientes de aire y Cettina se había acurrucado al costado de Stella para calentarse mutuamente. Luigi y Giuseppe, a los que ambas hermanas habían tenido que regañar por sus gritos, estaban ahora dormidos, sentados en el suelo y con la cabeza en el regazo de Assunta. A Stella le dolían los pies por culpa de los zapatos nuevos comprados en Nicastro.

Llegaron las cinco y media y pasaron, y el corazón de Stella empezó a latir con fuerza. Uno por uno los empleados, los médicos y los oficinistas que trabajaban en el lugar se habían ido marchando; habían pasado por la antesala cubriéndose el uniforme con abrigos de lana hasta la rodilla y remetiéndolo las bufandas bajo las solapas para salir al viento que soplaba en el exterior. A las seis menos cinco, el hombre con la camisa negra se acercó y les dijo algo. Stella sentía pulsaciones de pánico en las cicatrices del estómago, pero esbozó una amplia sonrisa y asintió. El hombre volvió a repetir lo mismo y ella volvió a asentir. El hombre suspiró y regresó a su oficina.

A las seis se apagaron las luces generales, pero el hombre de uniforme dejó la luz encendida de su despacho. Las hermanas estaban calladas, Cettina temblaba,

pero, por una vez, no decía tonterías. Stella acariciaba la cabeza de su madre, como si fuera un gato, para calmarla y, al mismo tiempo, mantenerse tranquila. Contempló cómo la manecilla de los minutos volvía a bajar. Tenía que haberse producido algún error inocente y Antonio se había equivocado de día. O Antonio había ido a buscarlos a otro lugar y los encontraría cuando se diera cuenta de que debía ir a otro sitio. Antonio no los buscaba. Antonio había muerto. Antonio estaba en la cárcel. Los billetes eran una trampa. El viaje había sido un pretexto para castigar a Assunta por ser una mala esposa y ahora tendrían que vivir en la calle en un país desconocido. La manecilla de los minutos dejó atrás las seis y volvió a ascender. El guardia los echaría a la calle en cualquier momento.

Eran ya las siete y veinte cuando Antonio Fortuna apareció para recoger a su familia. Llegó con otro hombre que a Stella le resultó vagamente familiar, pero no pudo identificar.

—Cuando nos hemos enterado de que el barco llegaba con retraso, nos hemos ido al cine —fue lo primero que dijo Antonio a su mujer después de una década sin verla—. Pero hemos madrugado tanto esta mañana para venir hasta aquí que cuando las luces se han apagado nos hemos quedado dormidos.

—Qué mal lo habréis pasado —dijo el desconocido. Tenía el rostro amable y un bigote amistoso—. Pobrecillos.

—Este es *zu* Tony Cardamone —anunció su padre—. El hermano de tu *za* Violèt. Nos va a llevar a casa en su coche.

Stella y Cettina se miraron. ¿Coche?

—*Zu* Tony, ya conoces a mi mujer, Assunta. Estos son nuestros niños. Mariastella, Concettina, Giuseppe y este tiene que ser Luigi. —Antonio se detuvo para mirar los ojos castaños del hijo que no había visto nunca—. Luigi, soy tu papá.

—Ya lo sé —contestó Luigi, completamente ruborizado.

—¿Y esa es la ropa que llevas? ¿Pantalones cortos? —Cuando Luigi, confuso, no contestó, Antonio se volvió hacia su mujer y alzó la voz—. ¿Le dejas que lleve pantalones cortos en diciembre?

Assunta no contestó y Stella apenas pudo imaginar lo desorientada que estaba, consciente de que había cometido un error, pero sin saber cuándo. A Stella se le estremecieron las entrañas de ira al ver que su padre humillaba a su madre como si fuera una niña. Tragó saliva para no decir nada.

Antonio se quitó el largo abrigo y lo echó sobre los hombros de Luigi. El dobladillo le llegaba a los tobillos.

—Así —dijo Antonio—. Agárralo para no coger frío. En Hartford hace más frío todavía.

Aturdidos e inquietos, siguieron a Antonio Fortuna hacia el exterior en dirección al parque que lindaba con el puerto. Stella atisbó entre la oscuridad y las sombras, intentando ver en qué se distinguía ese lugar de los que ella conocía. El aire le cortaba la piel, el viento frío era tan fuerte que le escocían las mejillas. Stella se estremeció y se concentró en el dolor de pies para mantenerse caliente hasta que llegaron al terreno lleno de coches aparcados; los faros de cristal le parecieron una hilera de ojos parpadeantes en la tenue luz. Stella guardó silencio, asombrada, imaginando cuantísimo dinero podrían costar esos coches.

—Tenemos que caber todos —dijo Antonio. Abrió una de las puertas de un coche y sacó un trozo de cuerda—. Giuseppe, ayúdame a atar el baúl en el techo. Assunta, ponte delante conmigo y *zu* Tony. Stella y Tina, vosotras vais con los chicos detrás.

—Cettina —contestó Stella tajante.

Su padre se volvió a mirarla. Sabía que Stella lo había corregido.

—¿Qué?

—Se llama Cettina, no Tina —dijo Stella, consciente de que la propia Cettina sería demasiado tímida para hablar.

—Pues aquí se llamará Tina —zanjó su padre—. Cettina es un nombre muy pasado de moda.

Clavó sus ojillos en los de Stella y a continuación, poco a poco, la repasó de pies a cabeza hasta detenerse en sus famosos pechos. Stella recordó, de repente, la noche que la había pellizcado y sintió sabor a bilis en la boca.

—Tina es mejor nombre para una americana —añadió Tony.

Mientras Stella y la recién bautizada Tina se acurrucaban en el frío asiento del coche, Stella comprendió que odiaba a su padre más todavía que cuando era niña.

Había muchísimo que ver y, sin embargo, estaba todo oscuro. Stella debió de dormirse. Tina la despertó con una sacudida cuando el coche bajaba una colina hacia un brillante conglomerado de altos edificios.

—Papá dice que esto es Hartford.

Las luces eléctricas, altas como árboles, colgaban suspendidas sobre el asfalto, todas ellas adornadas con guirnaldas verdes. Stella se maravilló al ver tanta opulencia mientras Tina despertaba a los chicos para que miraran. ¿Tanta riqueza había en esa ciudad que todo el mundo tenía luz eléctrica y calles asfaltadas? ¿Sería su casa uno de esos edificios altos?

—Mirad ahí —dijo su padre—. ¿Veis esa tienda tan grande? Se llama G. Fox. Mi empresa de construcción la renovó el año pasado.

Stella intentó imaginar que su padre tenía algo que ver con los arcos de cristal refulgente, la piedra monolítica.

—¿Es una iglesia? —preguntó Tina, mirando las luces brillantes.

—¿Qué? —Antonio soltó una risotada—. No, *stupida*. Ya te he dicho que es una tienda. Es el almacén más grande de todo el país, está aquí, en Hartford. —Estiró el cuello para mirar a Tina—. ¿Por qué pensabas que era una iglesia?

Pero Tina, después de que la llamara estúpida, se acobardó. Stella no dijo nada porque estaba todavía demasiado adormilada, pero entendía lo que había querido decir su hermana. Mujeres altas de piel blanca, estatuas más vivas que estatuas, se erguían heladas tras los brillantes ventanales, iluminadas por la luz más intensa y brillante que Stella había visto en su vida. Parecían ángeles venidos del cielo.

Era ya más de medianoche, pero se detuvieron en casa de *zu* Tony Cardamone. Su mujer, *za* Pina, que parecía somnolienta pero alegre, había preparado una enorme cantidad de *antipasti*. Había berenjena rebozada, queso provolone, setas en conserva y pimientos asados en aceite; montones de pescado: anchoas, sardinas y *baccalà* rebozado. Al fin y al cabo, era ya la víspera de Navidad. Había un cuenco lleno de *fettuccine* al dente y más *rau* que Pina había mantenido caliente para poner por encima. Todo aquello hizo que se sintieran como en casa, aunque jamás habían comido nada parecido cuando vivían en Italia.

Stella estaba muerta de hambre, especialmente ahora que había desaparecido el miedo de la espera interminable en Nueva York. Después de comer, le entró tanto sueño que pensó que podría quedarse sentada en aquella silla cubierta con un elegante paño y dormir durante toda la noche. Le costaba mantener los ojos abiertos. Antonio los llevó de nuevo al coche para que *zu* Tony pudiera conducirlos a su nuevo hogar.

El edificio al que llegaron se parecía mucho al de *zu* Tony, pero la calle era más oscura. Subieron trabajosamente dos pisos por las escaleras, sucias de moho, ayudados por *zu* Tony, que insistió en llevar el baúl de Assunta antes de desearles a todos buenas noches. Stella, a pesar de que estaba adormilada, se asombró de que aquel hombre tan amable estuviera relacionado de algún modo con *za* Violetta, la de los ojillos como agujas.

Antonio abrió una de las dos puertas del rellano del segundo piso con una larga llave plateada y los hizo pasar al gélido apartamento que sería su hogar. Dio un golpe en un interruptor de la pared y la luz eléctrica iluminó una destartalada sala de estar. Se notaba que ahí no había ninguna mujer que se ocupara de las cosas que hacen la vida más digna de ser vivida.

Stella y Tina siguieron a su padre por el pasillo.

—Este es vuestro dormitorio —dijo—. Tendréis un poco de intimidad, ¿no os parece mucho mejor que en casa? —Ninguna de sus dos hijas contestó. Señaló el cuarto de baño y les enseñó a usar el retrete—. No tenemos que compartirlo con nadie, es nuestro. Pero tened cuidado de no atascarlo, ¿vale? El fontanero cuesta una fortuna.

Stella y Tina se miraron la una a la otra: no sabían lo que era un fontanero ni cómo atascar un retrete. Stella confió en que pudieran averiguarlo a la mañana siguiente.

Cuando estuvieron solas en su nuevo dormitorio, Stella se quitó los zapatos de una patada y se sentó en el colchón de la única cama, frotándose un pie con el otro. Tina abrió el baúl y se quedó mirando el interior hasta que Stella le dijo:

—Estoy demasiado cansada, bichito. Ya nos ocuparemos mañana.

—Sí. —Tina cerró de nuevo el baúl y entonces se fijó en la cortina—. Oh, Stella ¡tenemos una ventana! —Apartó la cortina y se sumió en un silencio tan profundo que Stella se acercó a mirar.

Allí, dos pisos más abajo, junto a una tela metálica rematada por alambre de espino, había una hilera —o, mejor dicho, montones— de chabolas. Iluminados por una hoguera en medio del solar lleno de basura, los tejados de metal oxidado brillaban tenuemente entre las vigas de madera rota. Alrededor del fuego había gente sucia vestida con lo que parecían harapos, a pesar del frío. Stella pensó en los gitanos de Nicastro, en sus brillantes colores y sus ojos vigilantes. Sintió náuseas.

—¿Y aquí —preguntó Tina, empañando el cristal con su aliento, con la voz tensa— es donde tenemos que vivir ahora?

Quinta muerte

Violación

(Matrimonio)

La quinta muerte empezó con un sueño.

Una mañana de julio de 1941, bajo la luz lavanda que precede al amanecer, Stella Fortuna se levantó de la cama que compartía con Tina y dejó a su hermana que siguiera roncando unos minutos antes del día agotador que las esperaba en los campos de tabaco.

Stella llevó el aguamanil de cerámica a la cocina, lo llenó de agua caliente y regresó con él para dejarlo en la mesilla de noche. Ahí se arreglaban las chicas, a salvo del febril imperialismo de los olores y la torpe presencia de los chicos. Aquella mañana en su sueño —porque era un sueño—, Stella contempló su rostro en el arañado espejo azul colgado en la pared sobre la palangana y pasó la toallita por las zonas que exigían más atención. No se reconoció en el reflejo, pero no le pareció raro.

No se dio cuenta de que el hombre había entrado en la habitación hasta que oyó que la puerta se cerraba. Al principio se sintió molesta; se tapó el pecho con un brazo y se llevó la toallita a la entrepierna, esperando que el hombre se disculpara y se marchara. No lo hizo: se quedó firmemente plantado, con los brazos extendidos formando una jaula entre Stella y la puerta. En aquel momento, Stella entendió que no había entrado en la habitación por equivocación.

—¡Tina! —gritó Stella. Las paredes del apartamento, tan endebles cuando gritaban sus hermanos, parecieron absorber su voz—. ¡Tina! —Volvió a gritar. Pero Tina no estaba presente, cosa que solo podía suceder en un sueño.

El hombre se llevó un dedo a los labios. Era una sombra gris en la escasa luz, pero sus iris negros brillaban. Stella sintió que una fría oleada recorría la piel de sus nalgas, donde el hombre había detenido la mirada. Estaba desnuda e indefensa.

Agitado por temblores de repugnancia, su cuerpo desnudo se dobló sobre sí mismo en sueños de manera incontrolable. (En la realidad, se agitó y le dio a Tina una patada en el muslo.) El hombre recorrió el espacio que los separaba y la sujetó con las manos callosas. El tacto era asqueroso, pero sensual; Stella experimentó una punzada de respuesta en su carne. Al mismo tiempo, empezó a sentir latidos en el estómago, detrás de los puntos de sutura. Ningún hombre de manos callosas le había tocado la piel así, ¿cómo era posible que supiera en

sueños cómo era ese tacto?

El hombre la sujetó por el hombro e hizo que se diera la vuelta. Stella intentó resistirse, pero tenía las piernas paralizadas por el sueño y le desobedecieron. Apretó el brazo con tanta fuerza contra el pecho para ocultarlo que uno de sus senos se escapó y, consternada, vio que la areola asomaba y el asustado pezón se contraía hacia dentro.

El miedo la hizo reaccionar. Sin preocuparse ya por esconder su desnudez, le dio un empujón con todas sus fuerzas. No tenía adónde ir, así que trepó al alféizar de la ventana. Separó las piernas por un brevísimo lapso de tiempo; después se agachó rápidamente y experimentó la sensación poco familiar de que el aire le rozaba la piel en sus zonas más íntimas. El hombre hizo un gesto con la cabeza y se dirigió de nuevo hacia ella. Todo estaba mal, muy mal, perversamente mal. El hombre la agarró por el brazo.

El pánico cegó a Stella. Dio un golpe y perdió el equilibrio, sintió que se caía de lado. Golpeó el suelo con la barbilla y tuvo la sensación de que la mandíbula se le incrustaba en el cráneo, los dientes vibraron por el golpe. Las manos la asieron con fuerza y Stella gritó. El mundo era invisible; solo sentía las manos en los brazos, después en la pierna, las gotas de sangre que brotaban, los hematomas que empezaban a formarse. El sueño estalló: estaba despierta.

La tenue luz del amanecer que entraba en el dormitorio tenía el mismo tono lavanda que en el sueño. Stella recuperó a trompicones los sentidos.

—¡Tina! —gritó su padre—. ¿Qué demonios estás haciendo?

Vio sobre ella las tiras de trapo para rizar el pelo que rodeaban el rostro hinchado de su hermana. La barra de la cortina caída en el suelo, junto a sus piernas; una cortina azul enredada en los brazos de las dos hermanas.

Stella sintió que los músculos del hombro se le contraían por el dolor en el brazo. Se dio cuenta de que las manos que le sujetaban el brazo no eran las del violador de su sueño, sino las de su hermana, que la agarraba con tanta fuerza que había dejado óvalos blancos en la rosada piel de la cicatriz de la quemadura. Stella se tocó la mandíbula y sintió la piel en carne viva.

La silueta de su padre cruzó la oscura habitación.

—¡Qué haces, zorra! —Pasó el brazo por el cuello de Tina y tiró de ella hasta que quedó atrapada contra la cama; entonces le dio una bofetada—. ¿En qué demonios estabas pensando, puta?

Tina sollozaba, incoherente. Stella estaba tendida en el suelo junto a la ventana, advirtiendo uno a uno los distintos dolores: los hematomas del brazo, el coxis, la mejilla; la herida sangrante en las encías; el dolor en el hombro. Su padre se alzaba sobre ella, furioso, como de costumbre, esperando, exhalando aliento húmedo de manera irregular sobre el bigote. Pasaron largos segundos

mientras Tina jadeaba y tosía en el camisón. No iba a contestar.

Antonio se volvió hacia Stella.

—¿Qué demonios está pasando?

Stella se incorporó buscando la ayuda que le proporcionaba la pared contra su espalda. Notaba en la boca el sabor a sangre y con la lengua localizó las fisuras donde habían estado los dientes.

—¿Ha intentado tirarte por la ventana?

Tina alzó la cabeza y alzó un brazo para proteger su lloroso rostro.

—No, papá. Stella estaba intentando tirarse por la ventana, iba a matarse. Era...

—¡Cállate la boca! —Antonio parecía un león: rugía con el cabello rizado enmarcando la silueta de su cabeza—. Stella, te he preguntado si ha intentado tirarte por la ventana. ¿Os estabais peleando?

Stella sintió una punzada en el estómago, todavía agitada por el sueño.

—No —le costaba hablar; se le estaba hinchando la boca muy deprisa—. No, papá, era un sueño.

—¿Un sueño? ¿Cómo que un sueño?

Stella tragó sangre.

—Una pesadilla —sintió que los brazos fornidos le sujetaban de nuevo el torso desnudo—. Había... un hombre malo y yo intentaba escaparme.

—Iba a tirarse por la ventana y la he cogido a tiempo —intervino Tina—. Estaba a punto de caerse y he tirado de ella para dentro.

De la expresión de disgusto de Antonio, Stella dedujo que no se lo creía.

—Pero ¿tú eres idiota o qué, Stella? —dijo finalmente con voz tan fuerte que se oyó en toda la casa—. ¿Ibas a suicidarte por una pesadilla?

Un girasol de furia amarilla estalló en su pensamiento y Stella exclamó:

—Había entrado un hombre en la habitación para violarme, papá. —La referencia a la violación tuvo el efecto deseado: Antonio arqueó las cejas y estas parecieron ocupar toda su frente. Stella se enderezó, se colocó bien el camisón y se frotó el hombro dolorido—. Estaba asustadísima. Es normal que huya de un hombre que quiere violarme.

Stella vio que Antonio reflexionaba. Se obligó a mirarlo fijamente a los ojos.

—Ah, *mannaggia*. —Si lanzaba juramentos era porque la violencia había pasado ya—. ¿Y a qué tanto grito?

—Era Stella —explicó Tina—. Eso fue lo que me despertó, gracias a Dios, o no la habría visto a punto de saltar por la ventana.

Assunta entró entonces en el diminuto dormitorio, ya con el pañuelo atado a la cabeza.

—¿Qué pasa? ¿Qué sucede?

Tina había conseguido dominar las lágrimas.

—Stella ha soñado que la violaban, *ma*. Ha intentado saltar por la ventana.

—¿Violaban? —La voz de su madre era tan aguda que atajó las náuseas de Stella.

—Era un sueño, *ma*.

—¿Y quién era? —preguntó Assunta, palpando el hombro y los pechos de Stella, como si quisiera verificar que estaba intacta.

—Sí, ¿quién era? —repitió Tina.

Los ojos de las hermanas se encontraron como imanes. A Stella le pareció que el brillo de los ojos de Tina era lascivo. Apartó la mirada, fijó la vista en el regazo, en la herida de la mano izquierda. Aquella conversación podía escapar a su control.

—¿Quién era? —preguntó Tina de nuevo. Nunca había sido muy discreta en su voyerismo—. ¿Era un hombre de color?

Al oír las palabras «hombre de color», Stella volvió a ver las imágenes del sueño. Vio el brillo de los ojos oscuros del violador, el tejido de franela que le cubría los hombros. Y las palabras estaban ahí; era tan fácil soslayar la verdad que hizo lo que tantos otros italoamericanos hicieron antes y después que ella: le echó la culpa a un hombre negro.

—Sí —contestó—, un hombre de color.

—¿Quién? —Animada, Tina se arrodilló junto a Stella y la sujetó por los hombros—. ¿Era el repartidor de la tienda?

—¿Era uno de los jamaicanos del camión? —sugirió su madre—. ¿Era ese que se llama Donny?

—No. —Bastante tenía Stella con su pesadilla; no quería pensar en lo que podría suceder si su madre y su hermana ponían nombre a un culpable imaginario—. Era uno cualquiera.

Antonio volvió a gritar:

—No volverás a hablar con un hombre de color. Si pilló...

—¡Papá! —La habitación quedó en silencio tras su grito y Stella sintió alivio. Estaba a punto de vomitar—. Salid de la habitación, tenemos que arreglarnos para ir a trabajar o llegaremos tarde al camión.

Durante un momento, pareció que Antonio iba a levantar la mano para enseñarle lo que le iba a pasar por hablar así a su padre. Pero se dio la vuelta y Assunta lo siguió, resoplando obedientemente. Cuando Tina cerró la puerta tras ellos, su padre gritó:

—¡Voy a cerrar esa ventana con clavos!

Cuando las hermanas estaban de pie junto al espejo azul y Tina le limpiaba el corte de la mejilla con golpecitos de la toalla húmeda, susurró:

—Dime la verdad, Stella, ¿quién era? ¿Era Donny?

—No sé quién era, Tina —mintió Stella—. Deja de preguntarme.

Se vistió tan deprisa como pudo, intentando no sentir los ojos del violador en la espalda desnuda. Lo que no le contó a Tina fue que el hombre del sueño —un sueño que reviviría una y otra vez durante la década siguiente, un sueño que alteró sus noches y marcó sus relaciones durante el día—, el hombre del sueño que la había aprisionado cuando estaba desnuda en la ventana de la habitación no era en absoluto un hombre de color. Era su padre.

Esa fue la quinta ocasión en que Stella Fortuna estuvo a punto de morir: cuando casi se suicidó saltando por la ventana de un segundo piso.

La primera vez que Stella tuvo la pesadilla fue en el verano de 1941, dieciocho meses después de llegar a Hartford. Aquellos fueron los dieciocho meses más fáciles y más difíciles de la vida de Stella.

Tony Fortuna, como lo llamaban allí, vivía en un sencillo bloque de pisos en el centro de Hartford, no en la casa que había prometido a su esposa. El piso tenía un cuarto de estar, una cocina con fogones de gas, cuyo funcionamiento tuvieron que aprender, y tres dormitorios estrechos. No había ningún jardín en la calle, ningún lugar donde plantar tomates. Assunta tenía que comprárselos a los vendedores ambulantes que estacionaban sus carros de madera en Front Street.

Tony les dijo que aquel piso era temporal. Iba a comprar una casa en Bedford Street, en una zona mejor del barrio este italiano. El propietario, un viejo napolitano, le había prometido que esperaría los dos años que necesitaba Antonio para ahorrar los dos mil dólares acordados.

—Le caigo bien y se fía de mí —declaró Antonio.

En algunos aspectos, los Estados Unidos eran mejor que Ievoli, aunque no fueran tal como Stella los había imaginado. En el baño había un retrete con cisterna; el agua subía hasta el segundo piso y se lo llevaba todo por el desagüe. Por insistencia de Tony, comían carne dos veces por semana. Assunta no sabía guisar carne; antes de llegar a los Estados Unidos jamás había comido ternera. Pina Cardamone, la mujer de *zu* Tony, acompañaba a las mujeres Fortuna a la carnicería, tan grande que asustaba, y les enseñaba a elegir en la orgía rosa y roja de carne muerta del mostrador del carnicero. *Za* Pina enseñó a Assunta y a Tina a freír un filete y a asar pechugas de pollo. Al principio, comer carne era una prueba para los nervios de Assunta: un pequeño error podría estropear una pieza cara y cocinaba temerosa de que Tony la azotara con el cinturón. Pero se acostumbró. Era una cocinera excelente porque le gustaba comer y tenía paladar. Tina también tenía dotes para la cocina y llegaría ser una buena esposa: a *za* Pina

le gustaba repetirlo y lo decía con retintín cuando Stella podía oírlo. Stella sonreía y rechazaba las palabras de *za* Pina con un gesto: esas bromas no la afectaban. Por mucho que *za* Pina se empeñara, no tenía intención de aprender a hacer un filete.

La otra *zia* que les daba lecciones era Filomena Nicotera. Intentaba enseñar a los Fortuna a comportarse de acuerdo con la idea que ella tenía de lo que era ser estadounidense: ella y su marido, *zu* Aldo, llevaban un servicio de entrega a domicilio y hablaban muy bien en inglés. Con frecuencia iba acompañada de su hija Carolina, que tenía dieciséis años. Carolina Nicotera tenía la barbilla puntiaguda y unos ojos negros brillantes que ponía en blanco, siguiendo la costumbre estadounidense, cuando su madre le daba demasiado la lata. Carolina envolvía a Stella y a Tina en sendas bufandas de lana y las llevaba de paseo por Front Street para enseñarles a desenvolverse. Les llevó un frasco de esmalte de uñas y les enseñó a arreglarse las cutículas.

Matricularon a Luigi en un colegio estadounidense. Allí la escuela era obligatoria hasta los dieciséis años: Stella no podía ni imaginar qué estudiarían los niños durante tanto tiempo. Lui era tan menudo que tardó meses en darse cuenta de que era dos años mayor que la mayoría de sus compañeros de segundo grado. Ahora era «Louis Fortuna», pero daba lo mismo porque el diminutivo Louie sonaba casi igual que su nombre de siempre.

El invierno en Hartford no se parecía a nada de lo que Stella había imaginado. Nevaba casi todos los días; caían copos blancos de aspecto tan pesado que Stella no podía entender por qué tardaban tanto en bajar del cielo. Desde su frío dormitorio, lleno de corrientes de aire, las chicas contemplaban a un hombre corpulento vestido con harapos quitar la nieve de los tejados combados de las chabolas del descampado con un trozo de contrachapado.

Encerrada en aquel piso pequeño y sórdido, Stella buscaba distintas maneras de olvidar lo mucho que añoraba Ievoli. Tenía frío, estaba triste y echaba de menos a su abuela, su *ciucciu*, su casita en lo alto de la montaña. Le dolía el pecho de nostalgia; algunas veces el corazón le dolía tanto que tenía que acostarse en el suelo para poder respirar. Pero no podía permitir que su madre o sus hermanos lo supieran. Si ella no resistía, los demás tampoco serían capaces de hacerlo, con lo cual estaría poniendo trabas a su integración en su nueva vida. Reunía a sus hermanos para jugar a las cartas en la mesa de la cocina, donde hacía menos frío que en el cuarto de estar. Hizo que Assunta y Tina tejieran colchas de ganchillo para sumarlas a las delgadas mantas de algodón que Tony tenía en las camas. Intentaba que todos charlaran para que nadie pensara en lo

que habían dejado atrás; y cuando no se le ocurría nada de qué hablar, cantaba las canciones que *nonna* Maria le había enseñado, esperando que su madre y su hermana se sumaran; si tenía la garganta demasiado tensa para cantar, tarareaba.

El frío era implacable y las narices estaban siempre goteando. Stella aprendió lo que era vivir con la nariz agrietada, algo inevitable en Hartford en los meses de febrero y marzo. El aire no era el mismo que respiraba en Ievoli: le perforaba los pulmones y la garganta cuando lo inhalaba. Llevaba enfermedades que los Fortuna nunca habían tenido; sus toses parecían ladridos; las fiebres y los sudores duraban cuatro días y les dolía detrás de los ojos. Los desconocidos expulsaban sus enfermedades a base de toses en la iglesia, el autobús o las calles y llenaban así el viento con la malevolencia de su sufrimiento individual.

Ninguno de los hijos de los Fortuna tenía ropa de suficiente abrigo. El primer mes, en enero de 1940, fue un desfile de visitas de primos y *paesan*, gente que Tony conocía de la iglesia del Sagrado Corazón y de la Sociedad Italiana. Las mujeres les trajeron bolsas llenas de ropa usada, abrigos, mitones, jerséis. El llevar ropa de segunda mano hizo que Stella percibiera claramente hasta qué punto había cambiado su vida. Los tejidos estaban cosidos a máquina, hechos a la medida de otros; le quedaban estrechos de hombros o largos de brazos. Eran prendas viejas que otros descartaban y, con todo, eran más bonitas que cualquier otra que hubiera tenido nunca.

Durante los nueve años que los Fortuna no habían visto a Tony habían sido pobres pero libres; ahora eran prisioneros de su voluntad y sus caprichos. Tony tenía todo el dinero y era el único que sabía hablar inglés; controlaba todos los aspectos de su vida.

Stella nunca había aceptado que la controlaran, ni siquiera de pequeña, cuando le dijo a *za* Violetta que no la respetaba. Stella Fortuna era ahora una mujer hecha y derecha, pero tenía las mismas ideas sobre quién era digno de respeto. Su padre no daba la talla. Bebía, gritaba, guardaba secreto sobre sus idas y venidas.

—¿Por qué nos hiciste venir? —le gritaba Stella durante sus muchas peleas. Stella controlaba el miedo que le tenía y le contestaba siempre que podía para mantener así la moral alta—. Nos tienes encerrados como prisioneros. Nos arrancaste de nuestra casa, nuestro *paese*, nuestra *nonna*, nuestros parientes y amigos. ¿Por qué? ¿Para qué?

Antonio no contestaba nunca a su pregunta. Le daba una bofetada en la cara o una palmada en el culo y le decía que se callara. O contestaba a la ligera:

—Si tanto te gusta aquello, ¿por qué no vuelves?

Pero, por supuesto, no era posible. Italia estaba en guerra, los Fortuna habían escapado a tiempo.

La presencia de Tony los ponía nerviosos a todos. Assunta bien podía azotar a sus hijos en el trasero con la gruesa cuchara de madera si se saltaban alguna de sus normas, pero estaba haciendo justicia de manera desapasionada y los niños sabían siempre que se lo habían ganado. La justicia de Tony era misteriosa y no tenía nada de desapasionada, especialmente si estaba bebiendo.

Las dos noches por semana que, por término medio, Tony no volvía a casa eran un alivio.

La primera vez fue a finales de enero, cuando Assunta y sus hijos llevaban cuatro semanas viviendo en Hartford. Assunta preparó la cena y esperaron a Tony. A las nueve, cuando seguía sin llegar, Assunta se rindió y sirvió la pasta fría. Los chicos se la comieron rápidamente. Cuando los chicos hubieron vaciado el plato, Stella los envió a la cama. Normalmente, Giuseppe protestaba, pero aquella noche se fueron sin rechistar y se llevaron la radio de la cocina.

—¿Dónde está papá? —preguntó Tina de nuevo cuando los chicos se hubieron ido. Lo había preguntado ya cuatro veces, como si Stella supiera algo más que ella.

Stella contuvo su irritación con Tina. Ella no tenía la culpa.

—No te preocupes por papá —contestó Stella—. Estoy segura de que no le pasa nada. Ya es mayorcito. —Stella contempló cómo su madre se comía el último macarrón.

Assunta tenía las mejillas húmedas, pero los ojos reflejaban enfado. A Stella le vino a la cabeza el feo recuerdo del verano en que tenía nueve años y vio a su padre montar a su madre por detrás, gruñendo como un animal. Rechazó el recuerdo nada más evocarlos para no recordarlo entero. ¿Cómo habría pasado aquel hombre, con sus apetitos masculinos, la década que había estado separado de su mujer? La respuesta, que sin duda Stella ya sabía sin haber llegado a planteársela, hizo que dejara de preocuparse.

Tina la estaba mirando con su expresión terca y boba. Estaba esperando que Stella le dijera qué tenía que pensar, qué tenía que sentir.

Stella se puso de pie.

—Tina, ¿por qué no vas a lavar los platos?

—¿Y papá?

—Papá ya comerá por su cuenta cuando vuelva. —Stella se levantó y pasó por el estrecho espacio que dejaba la silla vacía de su padre—. No importa. No te levantes —dijo a su madre, que había hecho el ademán de incorporarse. A

Stella se le había ocurrido una idea.

Temblando de los nervios —no había hecho nunca nada parecido—, fue a la cocina, cogió tres vasitos y la garrafa de vino de su padre del armario. Puso los vasos en la mesa del comedor y los llenó casi hasta el borde.

—Aquí tenéis —dijo.

Su hermana y su madre la miraban con expectación. Sabía lo que estaban pensando: «Pero ¿qué es esto? Nosotras no hacemos estas cosas». Porque eso era lo que hacían los hombres, beber después de la cena, de la misma manera que fumaban en pipa. Stella le dio un vaso a Tina y cogió otro.

—*Salut* —dijo. Esperó a que las demás levantaran el vaso, mirándola todavía con recelo—. *Salut* —repitió Stella, y tomó un trago tan largo como pudo. Casi de inmediato se sintió mejor, como si el vino fuera una medicina relajante.

—*Salut* —repitió Assunta como un eco, y tomó también un trago largo. Tina, que no tenía ya motivos para hacer otra cosa, siguió su ejemplo.

Las mujeres siguieron bebiendo y jugando a la *briscola* hasta entrada la noche. La tensión fue desapareciendo a medida que el vino sacaba a la luz sus respectivos enfados y afectos.

Stella notó cómo se iba emborrachando porque cada vez le costaba más contar las cartas y sus errores eran cada vez más divertidos. El comedor ya no era frío e incómodo; ahora apreciaba las corrientes de aire, que le acariciaban los brazos sensualmente. Así que ese es el motivo de que beban, pensó. Esta feliz suavidad.

—Me da igual que vaya a ver a una *putana* —declaró Assunta entre dos partidas. No había llorado desde que habían empezado a beber vino—. Oh, *Madonna*, cómo voy a tener celos de que se lo haga a otra mujer.

Stella nunca habría preguntado nada parecido si hubiera estado sobria, pero ahí estaban sus palabras, saliendo de su boca:

—¿Cómo es, *mamma*, cuando te hace eso?

Assunta movió la mano como si rechazara un pensamiento desagradable.

—Uf, un fastidio. Son las cosas de estar casada. Hay que hacerlo cuando él quiere, te guste o no, y de vez en cuando como consecuencia viene un crío. — Assunta miraba fijamente la mesa con los ojos vidriosos, pero siguió hablando con sinceridad. Stella intentaba no mover un solo músculo, temerosa de que, si hablaba, su madre se callara—. Y aunque una piense que ya tiene suficientes hijos y no quiera quedarse embarazada otra vez, no puede decírselo a su marido.

La vela que había en la mesa entre ellas osciló. A Stella el corazón le latía a toda prisa. Su imaginación estaba estimulada por el alcohol y no podía evitar una serie de visiones en las que se ponía en el lugar de su madre.

Tina contemplaba a su madre con los ojos muy abiertos.

—¿Duele? —soltó.

—No, no duele —contestó Assunta—. Bueno, no duele siempre, solo cuando de verdad no quieres hacerlo. O algunas veces duele cuando bebe demasiado o dura mucho. —La madre de Stella arrugó la nariz marcada por las grietas del frío—. Los mejores maridos son los que van de prisa o no tienen la *pistola* muy grande, así duele menos. —Se encogió de hombros y la timidez volvió a ganar terreno a la sensación de inmunidad que proporcionaba el alcohol—. Pero una no lo sabe antes de casarse, tiene que arriesgarse.

Stella vació el vaso de un trago. Esperaba haber corrido ya todos los riesgos que debería afrontar en su vida.

Cuando terminaron la botella, estaban demasiado borrachas para seguir jugando a las cartas. Era la una de la mañana y Antonio no había regresado a casa. Stella y Tina ayudaron a su madre a acostarse entre risitas somnolientas y luego se acurrucaron en su cama: el frío había vuelto a colarse a través del tenue calor del vino. Las chicas hablaron en susurros en la oscuridad. El aliento de Tina era dulce, amargo y denso; Stella se preguntó si el suyo olería igual. ¿Antonio les pegaría cuando descubriera lo que habían hecho? ¿Por qué se había ido para estar con una *putana* cuando su mujer estaba en casa? ¿Tenía que alegrarse de que no estuviera molestando a Assunta o, por el contrario, tenía que ofenderle que actuara contra la ley de Dios y prefiriera estar con otra mujer? Qué absurdo era saber que tu marido estaba haciendo cosas grotescas con otra. ¿También tendría hijos suyos esa mujer?

Stella pensó en el dinero que gastaría Tony en la *putana*. Si hubiera ahorrado ese dinero, ¿cuánto tiempo se habría adelantado el viaje de su familia a los Estados Unidos? Si es que de verdad quería que estuvieran ahí.

La oscuridad crecía y decrecía a su alrededor. Stella no se quitaba de la cabeza el recuerdo de aquel verano cálido en Ievoli, el culo desnudo de Antonio agitándose entre el camión arremangado de Assunta. Revivió el pellizco en la ingle, la sangre de las heridas que le hicieron las uñas de su padre. Stella sintió náuseas, una mezcla del vino, el recuerdo, la humillación que su dulce madre había soportado porque debía obediencia a un bruto... Stella notó tensión en los muslos: los estaba apretando con fuerza. A ella nunca le pasaría aquello. Nunca.

* * *

Llegó la primavera de 1940. El camino que seguían los Fortuna para ir a la iglesia seguía desnudo, pero unos arbustos grises y secos se habían cubierto de flores amarillas de arriba abajo. Se llamaban forsitias y estaban en todas partes, grandes y desordenadas junto a la carretera o podadas en densos setos cuadrangulares separando las casas. Stella aprendió que en Connecticut la flor de la forsitia era la señal de que el invierno había terminado. El aire de la primavera era más frío que el de las Navidades en su país natal y a Stella le costaba creer que las flores no murieran, pero vivieron y otras las siguieron.

Stella pensaba que en Ievoli las camelias y los narcisos estarían ya en flor. Ojalá alguien cogiera un ramito para *nonna* Maria, que apreciaba su aroma.

La casa que Antonio iba a comprar en Bedford Street planteaba un problema, ya que, aunque le habían propuesto un trato magnífico, parecía imposible que llegara a tener jamás los dos mil dólares que necesitaba. No mencionaba la cantidad que había ahorrado antes de llevar a su familia a Hartford y Stella estaba segura de que ese dinero no existía. Antonio ganaba dieciocho dólares por semana en la construcción; el alquiler del piso de Front Street costaba seis dólares por semana; un dólar iba al cepillo de la iglesia; cinco dólares a la jarra para comprar comida que había en la cocina. Aunque Antonio depositara en el banco los seis dólares restantes, cosa que Stella dudaba, en un año solo conseguiría ahorrar trescientos dólares.

Su mujer y sus hijos tendrían que buscar trabajo.

Así fue como Assunta, Stella, Tina y Giuseppe terminaron en las plantaciones de tabaco en el verano de 1940. Un amigo de Antonio, Vito Aiello, había trabajado en ellas nada más llegar al país, cosechando y extendiendo las grandes hojas de tabaco, las que se utilizan para los puros caros. En abril, Antonio invitó a *zu* Vito a cenar para que les explicara cómo funcionaba aquello. Había que coger un camión en Farmington Avenue que los llevaba y traía de la plantación, que estaba a cierta distancia de Hartford, en pleno campo. La temporada del tabaco iba de mayo a agosto. Cualquiera podía aparecer ahí para trabajar: si el primer día la faena era satisfactoria, lo dejaban volver.

Aquella noche, Tina se echó a llorar en la cama, sollozó quedamente entre hipidos. Stella daba vueltas a sus pensamientos, consternada y confusa, al recordar las naranjas que estaría cosechando en su país natal. Dejó llorar a Tina

un rato, imaginando que las lágrimas irían a menos, pero no fue así. Finalmente, controlando sus tristes pensamientos, Stella acarició el largo cabello de Tina y le dijo:

—No te preocupes, bichito. Venga, no llores más. Solo conseguirás agotarte.

Tina tosió para aclarar la garganta llorosa.

—Pensaba que aquí viviríamos bien —dijo Tina—. Que tendríamos una casa bonita y bonitos vestidos. Pero hizo que dejáramos nuestra casa y viniéramos a vivir aquí, donde tenemos que compartirla con otros, y nos hizo dejar nuestra propia tierra para trabajar en la de otros como si fuéramos *cafoni*.

Tenía razón en todo. Stella acarició el pelo de su hermana durante unos minutos. No despilfarres esfuerzos entristeciéndote por el problema, se dijo, reprendiéndose. La tristeza es debilidad. En lugar de eso, piensa en cómo resolverlo.

—No somos *cafoni* —replicó Stella—. Es justo lo contrario. Aquí, en América, puede ser propietario cualquiera. Sí, vamos a trabajar en una plantación, pero cuando tengamos dinero nos compraremos nuestra propia casa. ¿Vale? Olvídate de papá. Vamos a trabajar mucho y le compraremos una casa a mamá.

Tina había dejado de gimotear. Stella supuso que su hermana debía de estar pensando, sorprendida por la idea de que dos chicas como ellas, Tina y Stella, pudieran comprar una casa. Habían trabajado a cambio de castañas y de aceite de oliva, pero nunca a cambio de dinero.

—¿De verdad crees que podemos comprar una casa? —preguntó Tina finalmente.

—Vamos a trabajar mucho —contestó Stella—. Ya sabes que somos muy buenas trabajadoras, bichito. Podemos hacerlo.

—Podemos hacerlo, Stella —repitió Tina—. Le compraremos una casa a *mamma*.

Todos los días, en la penumbra que precedía al amanecer, Assunta, Stella, Tina y Giuseppe bajaban por Farmington Avenue y esperaban con los otros jornaleros a que llegara el camión del tabaco; entonces subían todos a la plataforma por los escalones de metal y se sentaban, bien apretados, en los bancos astillados. El camión salía de Hartford por una carretera amplia y pintada, luego seguía por calles más estrechas rodeadas de magníficas mansiones, como si todos sus habitantes pertenecieran a la pequeña nobleza. Y después llegaban a las plantaciones de tabaco, en las que había metros y metros cuadrados de toldos de algodón tendidos entre postes de dos metros y medio de altura. Bajo la brisa del

verano, las hojas de color verde oscuro, grandes como una mano, golpeaban suavemente la jaula de tela y proyectaban sombras que se veían desde la carretera.

Con los primeros rayos del sol, repartían a los jornaleros entre el trabajo en los campos y el de elaboración. El primero implicaba desherbar, remendar toldos y cosechar las hojas maduras, diez horas bajo el intenso sol del verano. El aire era ahí más denso y húmedo que en Ievoli, lo que acrecentaba las molestias del calor. La sombra bajo los toldos que protegían las hojas del tabaco no suponía gran alivio, ya que era húmeda y agobiante. Las rosadas mejillas de Stella y de Tina se quemaron de tal modo que se les agrietó la piel y se les cayó a tiras. Stella aprendió a localizar las pequeñas serpientes verdes y las arañas marrones de patas finas, algunas veces tan grandes como la palma de la mano, que anidaban en los agujeros de la red, donde era más fácil atrapar insectos.

En los cobertizos, los trabajadores clasificaban por tamaño las hojas de los cestos que habían llevado allí para que se secaran. Cada hoja se colocaba en un montón en función de su talla y, más tarde, se enrollaban para formar un único cigarro. El capataz, que era atento con las mujeres de más edad, no enviaba nunca a Assunta al campo, lo que era una bendición para sus piernas varicosas.

Los otros jornaleros que esperaban el camión por la mañana eran todos negros. El primer día, al verse rodeada de negros, Stella se asustó terriblemente y ninguno de los Fortuna habría subido al camión si no hubiera estado allí Vito.

—Tened los ojos y las manos tranquilas y no os molestarán —les recomendó Vito—. Joe, tú te ocupas de tu madre y de tus hermanas, ¿vale?

—Sí, señor —contestó Giuseppe, aunque era un acompañante poco más que simbólico. Tenía diecisiete años y era todavía delgado como un niño.

Afortunadamente, muchos de los jornaleros negros eran mujeres, lo que resultaba mucho menos inquietante que estar rodeada de hombres; Antonio había advertido a su esposa y a sus hijas que tenían que temerlos, aunque Stella pensaba que si a su padre le hubiera importado tanto que su virtud corriera riesgos entre desconocidos, quizá debería haber empezado por no enviarlas a trabajar a la plantación. Muchas de las mujeres eran cordiales y entablaron conversación con Assunta y las chicas. Algunas tampoco eran estadounidenses, averiguó Stella. Eran jamaicanas, de una isla donde hacía siempre más calor que el día más caluroso del verano de Connecticut.

—¿Haces examen? —preguntó Stella a dos de las mujeres en el precario inglés que *za* Filomena le había enseñado. No llegó a saber cómo se llamaban—. ¿Para la *sitizenscippu*?

Negaron con la cabeza. Habían ido a los Estados Unidos solo para pasar el verano. Cuando se terminara la temporada del tabaco, volverían a su cálida isla.

—Es nuestro país y nos gusta.

Stella se perdió un momento en una breve y envidiosa fantasía en la que volvía a Ievoli al final de la temporada del tabaco.

—¿Y para qué venís si luego os vais?

Las mujeres se echaron a reír.

—Dinero, niña —contestó la más delgada—. Igual que tú.

El dinero en cuestión eran sesenta centavos al día por persona, dos monedas de un cuarto de dólar y otra de diez céntimos. El capataz les pagaba cuando subían al camión al final del día. Zu Vito les había advertido que cuando bajaban del camión en Hartford al atardecer eran presa fácil; era evidente que volvían a casa tras un día de trabajo, de manera que caminaban deprisa y con los ojos bajos. Cuando estaban sanas y salvas en el piso de Front Street, pasaban por la cocina y dejaban caer las monedas en una lata de judías que Assunta guardaba en un estante junto con la foto de la primera Stella. Cuando todos los Fortuna habían hecho su depósito diario en el banco de judías, Stella contaba el total y hacía una marca por cada dólar conseguido en un papel donde llevaba la contabilidad que guardaba en la lata. Dejaba esta en donde la vieran todos para inspirarse y el papel quedaba en lugar bien visible para que Giuseppe —Joey, como se llamaba ahora— supiera que no podía coger nada para comprar caramelos o cigarrillos.

El viernes por la noche, después de cenar, Stella y Tina apilaban las monedas y las envolvían en los papeles que les daba el banco. Un rollo de diez dólares tenía cuarenta monedas de un cuarto y cada semana los Fortuna ganaban por lo menos uno de esos rollos. Los rollos de monedas de diez centavos que sumaban cinco dólares eran menos frecuentes, uno en semanas alternas. Los sábados, mientras sus hijos trabajaban un sexto día en la plantación, Assunta iba al banco para hacer el depósito semanal en la cuenta de ahorros para la casa.

Todo el ciclo podía haberles parecido deprimente, así como el hecho de trabajar tanto bajo el sol para ahorrar dinero destinado a la casa que habían creído que su padre ya les había comprado. Pero lo cierto era que no. El tintineo de las monedas al resonar en la lata cada vez menos vacía se había convertido en el sonido favorito de Stella. Assunta y sus hijos estaban trabajando para comprarse su propio hogar. Eran un pequeño ejército dirigido por un general algo caótico pero muy querido, y juntos se ocupaban de todo.

En total, la temporada del tabaco duró cuatro meses y a principios de septiembre

se quedaron sin trabajo. Stella y Tina volvieron a estar encerradas en el apartamento de Front Street todo el día.

Para empeorar las cosas, finalmente llegó a Hartford la noticia de que *nonna* Maria había muerto. Se enteraron gracias a una carta del hermano pequeño de Antonio, *zu* Egidio, que les escribía para contarles su intención de emigrar a Australia y, de paso, les daba el pésame. Maria debía de haber muerto meses antes; al parecer, *za* Violetta no había encontrado el momento de escribir.

Como era de esperar, la noticia supuso un duro golpe para Assunta. Estaba segura, al dejar Ievoli, de que firmaba la sentencia de muerte de su madre, y ahora su culpa era indiscutible. Pasaba de la oración silenciosa entre sollozos a la rabia histérica. En su pena, el temor de Assunta por su marido se desvaneció. Le echaba la culpa a Tony por haberla arrancado de su país cuando ahí hacía falta. Assunta gritaba a su marido y cuando él le pegaba para que se callara, gritaba todavía más. Los vecinos del piso de abajo daban golpes en el techo cuando la pelea era demasiado ruidosa; la mujer rubia peinada con un moño que vivía en el mismo rellano del segundo piso aparecía con un rodillo para decirles que les agradecería mucho que dejaran de gritar como espaguetis de mierda. A Assunta le daba igual que la llamaran así, pero a Tony sí le molestaba, con lo que se enfadaba todavía más.

Stella habría deseado consolar a su madre, rezar y honrar juntas la memoria de *nonna* Maria, pero no quería meterse en una batalla entre sus padres. Así que ella y Tina se escondían en su dormitorio y hacían ganchillo o contemplaban cómo los habitantes de las chabolas circulaban entre sus hogueras. Stella entornaba los ojos al mirar las tristes fachadas de los edificios que se alzaban tras las *sciantin*as, intentando creer que detrás, en el oscuro horizonte, estaba la pequeña montaña donde se encontraba su hogar, sobre el mar, y que en la casita de la montaña había un tazón con aceitunas esperando que clavara los dientes en su tierna carne verde. Stella pensaba en la primera Mariastella. Ahora que *nonna* Maria había desaparecido, no quedaría nadie que se acordara de la niña o limpiara su tumba.

Stella también recibió una carta de la madre de Stefano, remitida desde Sambiasse. Stefano seguía en África y le rogaba a Stella que le escribiera una carta que ella le guardaría.

Stella se dividía entre el sentimiento de culpa por no haberle escrito —el pobre se lo merecía: no tenía ninguna otra chica que le escribiera mientras estuviera en la guerra— y el de recelo porque no sabía qué decir a un hombre con el que había comprendido que nunca se casaría. Al final, el pequeño Louie,

que tenía una buena caligrafía gracias al colegio estadounidense, le escribió la carta:

Querida Signora. Rezamos por Stefano todos los días y por su familia. Estamos bien pero trabajamos mucho y pensamos en nuestra familia en Calabria. Le enviamos nuestros mejores deseos. Sinceramente, Stella Fortuna.

Tras esta carta, tal vez la guerra se hizo más compleja o tal vez la censura detuvo las comunicaciones, porque los Fortuna no recibieron más correspondencia durante largo tiempo.

Stella y Tina solo estuvieron encerradas en la lóbrega habitación del piso unas pocas semanas antes de encontrar otro empleo. Una de sus nuevas amigas de la Sociedad Italiana, una chica delgada y agradable de Puglia llamada Fiorella Mulino, les encontró trabajo en una lavandería de Front Street. No servía para Joey porque solo contrataban mujeres, ni para Assunta, que no podía estar de pie diez horas, pero Stella y Tina se presentaron allí el primer lunes de octubre y el encargado dejó que se quedaran. Las pusieron en el grupo de Fiorella a planchar y almidonar, en el primer piso.

En lugar de pagar por días, como en las plantaciones, la lavandería pagaba por piezas, lo que hacía que trabajaran sometidas a presión. A Stella le gustaba. Le daban dos centavos por cada camisa almidonada y planchada. Tras un primer día frustrante, le cogió el truco: empapaba la camisa, la extendía en la tabla y utilizaba varias planchas alternativamente. Experimentaba con pequeñas rotaciones para que el calor llegara de forma más rápida y regular a través de la tela. Era capaz de hacer cuatro o incluso cinco camisas por hora y algunas veces volvía a casa al final del día con ochenta o noventa centavos.

En cambio, Tina no respondía bien a las presiones. Le gustaba hacer las cosas a conciencia; fuera lo que fuere, Tina lo hacía con más intensidad. En una ocasión, por ejemplo, lavó la jarra buena de cerámica de Assunta con tanta energía que se le quedó el asa en la mano, rota. Esa energía no casaba bien con la necesidad de trabajar a destajo; bajo presión, Tina no sabía ser delicada. La primera vez que tuvo problemas fue porque almidonó tanto una camisa que tuvo que enrollarla y enviarla de nuevo a la planta baja para que la lavaran otra vez. Tina almidonó durante cuatro días, roja como un tomate y sudando a mares; las gotas le caían como lágrimas y le salpicaban el vestido. Al cuarto día, compensó su lentitud planchando con tanta fuerza que dejó una marca en una camisa con la

forma de la plancha. El encargado se puso furioso, pero gritar a Tina no era buena idea porque se echaba a llorar con tanta intensidad —la misma que ponía cuando lavaba jarras— que, al cabo de un rato, la persona que estuviera regañándola se callaba para intentar que dejara de sollozar. Así pues, el encargado envió a Tina a su casa a las tres sin paga; no la había echado, aunque Stella pasó parte de la noche convenciendo a Tina de que no estaba despedida. Stella no dijo a su hermana que le había dado al encargado los setenta y cuatro centavos de aquel día para pagar la camisa quemada y que así no se la descontara a su hermana pequeña. Tina podía volver al día siguiente, pero tendría que estar en el equipo de lavado de la planta baja con las polacas. A las italianas les gustaba menos aquel trabajo, pero allí Tina no podría romper nada sin querer y tal vez su energía fuera útil para quitar las manchas más difíciles.

Al ver que a sus hijas les gustaba trabajar, Tony insistió en que estudiaran más inglés. Intentó impresionarlas explicándoles las ventajas económicas de tener papeles: si conseguían la nacionalidad, podrían pedir trabajo en alguna fábrica.

—Gano cinco veces más que vosotras en una semana —explicó Tony.

Pero el examen para obtener la nacionalidad era un obstáculo insuperable. Stella y Tina llevaban el libro de estudio a todas partes, pero al cabo de varios meses de pasar las páginas no les resultaba más inteligible que al principio. Con mucha concentración, Stella conseguía leer las palabras en inglés y adivinar su significado, pero Tina había ido tan poco a la escuela en Ievoli que ni siquiera sabía cómo tenían que sonar las letras en italiano, menos todavía en aquella extraña lengua extranjera en la que nada sonaba como parecía. Al cabo de diez meses en los Estados Unidos sabían muy poco inglés. Estaban rodeadas de italianos. A Stella le daba vergüenza su acento; incluso cuando se presentaba la oportunidad de hablar con algún estadounidense —por ejemplo, en una tienda— empezaba a dudar de las palabras que había tenido claras un momento antes y al final terminaba señalando lo que quería y diciéndolo en italiano.

Sin embargo, Stella interrogaba a su hermana tal como había hecho con el catecismo.

—Esta la sabes —dijo, y luego la leyó en inglés—. ¿Dónde está la estatua de la Libertad?

—No lo sé —contestó Tina, desanimada.

—¡Claro que lo sabes! Si la has visto. —Stella levantó el brazo con el puño cerrado, como la dama verde con la antorcha. Lo repitió lentamente en inglés—: *Statue of Liberty*.

—¡Nueva York! —Tina sonrió, ¡había acertado una!

—¿Cómo se llama el presidente? —leyó Stella cuidadosamente.

Una pausa para pensar.

—Vela Rosa —contestó Tina. Para que Tina se acordara del nombre de Roosevelt, Stella le había dicho que imaginara un barco con velas de color de rosa, un velero tan bonito que el presidente navegaba en él.

Pero el resto era cada vez más oscuro y las respuestas que daba el libro no ayudaban a que las chicas entendieran las preguntas.

—¿Por qué la bandera de los Estados Unidos tiene trece barras?

Stella mostró a Tina el libro para que esta pudiera ver un dibujo de la bandera.

—¿Qué quiere decir eso de «barra»?

—Estas franjas. —Stella señaló las distintas rayas blancas y grises del dibujo. Tina permaneció en silencio—. Aquí dice que hay trece barras porque había trece «colonias».

—¿Y qué quiere decir «colonias»?

—Eso ya lo sabes: igual que el agua de colonia, el perfume. —Stella pensó que tal vez no tuviera nada que ver, pero quizá así lo recordara Tina—. ¿Quizá América tiene trece perfumes famosos?

Las preguntas eran cada vez más difíciles y estaban llenas de palabras que Stella no conocía ni en italiano. Quién había escrito la Declaración de Independencia. Cómo puede participar un ciudadano estadounidense en su democracia. Cuál es el papel del Congreso. De acuerdo con la Constitución, qué poderes se conceden al gobierno federal. Cuántas veces ha sido objeto de enmiendas la Constitución. Era muy difícil ayudar a Tina a memorizar la respuesta cuando la propia Stella no era capaz de explicar qué quería decir exactamente la pregunta.

Fiorella Mulino les recordó que había aprobado el examen para obtener la nacionalidad tras asistir a clases en los estudios nocturnos de la escuela secundaria de Hartford. Las clases eran gratuitas y empezaban a las siete, de modo que podían ir después del trabajo.

A Stella le disgustaba la idea de ir a la escuela nocturna y habría preferido seguir intentando memorizar el libro por su cuenta. No soportaba ponerse en una situación tal que sus debilidades resultaran patentes; tampoco le gustaba la idea de salir de su gueto de paisanos italianos, cruzar la zona de chabolas y las oscuras calles llenas de desconocidos al acecho.

—Ya os acompañaré yo —se ofreció Fiorella—. Stella, tú eres lista, podrías aprobar por tu cuenta, pero Tina es incapaz, ya lo sabes. Y si vas con ella a clase quizá así puedas ayudarla a que aprenda. —Sonrió con picardía—. Y, además, conocerás algunos chicos agradables.

—Oh, *Madonn'* —Stella unió las manos y miró a lo alto en un gesto de

súplica—: por favor, no le metas a Tina esa idea en la cabeza.

Asistieron a clase por primera vez un martes de mediados de noviembre. A Tina y a Stella no se les había ocurrido cambiarse los vestidos sudados que habían llevado durante todo el día en la lavandería, pero después de ver lo elegantes que se ponían los inmigrantes para ir a clase, siguieron su ejemplo. Las clases eran aburridas y confusas, tal como había sido su colegio: incluso peor, porque eran en inglés. Stella con frecuencia estaba cansada tras pasar diez horas de pie tras la tabla de planchar. Pero asistía a pesar de todo porque la estimulaba la idea del dinero que podría estar ganando con un empleo mejor.

Joey, que trabajaba a tiempo parcial como portero en la Sociedad Italiana, no parecía inquietarse por obtener la nacionalidad estadounidense. Pero, en general, Joey no parecía inquietarse por nada. Era un don. Tenía los ojos castaños y brillantes, una sonrisa de dientes blancos y regulares y ninguna inquietud en este mundo.

Tras su primera fiesta de Acción de Gracias, que celebraron con los Nicotera, Carolina intentó convencer a Stella y a Tina para que se cortaran el pelo.

—Tenéis que llevarlo como yo —dijo, tocándose los rizos que le rodeaban la cabeza como si fuera el halo de uno de los santos de las pinturas de la iglesia—. Y luego, si podéis, os hacéis la permanente para que no tengáis que rizaros el pelo con tiras de tela todas las noches.

—A nuestro padre le gusta que lo llevemos largo —dijo Stella a Carolina. Tony tenía la idea de que las mujeres con el pelo corto eran chicas fáciles. Podían moverse más deprisa, bailar con más energía sin preocuparse de que las horquillas volaran por todas partes.

—Pero siempre dice que quiere que seáis americanas de verdad —señaló Carolina oportunamente—. Díselo. Todas las chicas americanas llevan el pelo corto. Las únicas que llevan el pelo largo son las chicas de pueblo.

Stella sabía lo que quería decir con «chicas de pueblo». Algunas familias italianas de Front Street eran muy estrictas y educaban a sus hijas como en su país natal: faldas largas hasta el tobillo, mantillas, matrimonios concertados. Tony Fortuna tenía sus normas y se enfurecía si se le desobedecía, pero no hacía que las chicas se taparan la cabeza con una mantilla para ir a misa. Stella pensó que era inteligente por su parte no imponer ese tipo de disciplina estricta a su familia; al fin y al cabo, habían pasado casi toda su vida sin él y Tony no quería ponerse en situación tal que se rebelaran. En opinión de Stella, era una persona desagradable, pero era un déspota astuto.

Stella y Tina lo hablaron aquella noche mientras se peinaban antes de ir a

dormir. Era raro imaginarse sin el pelo largo, la señal de su feminidad. Pero Stella no quería que siguieran viéndola como una «chica de pueblo». Por supuesto, Tina haría lo mismo que ella.

La conversación con Tony empezó como era de prever.

—Papá, Tina y yo queremos cortarnos el pelo —dijo Stella durante la cena aquel domingo.

—De ninguna manera —contestó él—. Las mujeres de esta casa se visten y arreglan de manera respetable.

—Pero, papá, dices que quieres que seamos americanas. Ninguna americana lleva el pelo largo. Todo el mundo piensa que somos..., que somos pobres y acabamos de llegar.

Stella se había preparado para una larga discusión, pero, tras pensar unos momentos, Antonio pareció dispuesto a cambiar de opinión.

—Sí —contestó Tony—. Tienes razón. El pelo corto es mejor para vivir en América.

Aquello parecía demasiado fácil. Stella escrutó la cara de su padre para intentar adivinar qué estaría pensando.

—Entonces, ¿nos das dinero para ir a la peluquería?

—Muy bien, muy bien —prosiguió Tony—. Os cortáis el pelo y después nos haremos un retrato de familia. Lo enviaremos a casa por Navidad —se dio una palmada en los muslos—. Llevaréis un año siendo americanas. Sí, tenemos que hacer una fotografía.

Su padre tenía una idea en la cabeza. Stella intentó probar suerte.

—Tina y yo necesitamos cinco dólares cada una.

Antonio se volvió para mirarla. Se estaba poniendo colorado y Stella se preparó, pero de repente Tony se echó a reír.

—Si eso es lo que cuesta la peluquería, seguro que sabréis cortároslo vosotras.

—No, papá, eso es para la permanente. Tiene que hacerlo un profesional. Tienen que poner productos químicos en el pelo para rizarlo.

—Ni hablar de permanente. *Mannaggia*, les das la mano y te toman el brazo. —Antonio había vuelto a concentrar toda su atención en la comida—. Decidido: os daré dos dólares a cada uno. A vosotros también —dijo a los chicos—. Y los podéis gastar en lo que queráis: cortaros el pelo, en ropa, lo que sea para que salgáis guapos en las fotos.

Dos semanas antes de Navidad, los seis Fortuna, vestidos con sus mejores trajes, fueron al estudio de fotografía de los almacenes G. Fox para que los retrataran.

Las chicas se habían gastado cincuenta céntimos cada una en un corte de pelo, después se lo habían rizado en casa con tiras de tela y se lo habían peinado enmarcándose el rostro. El resto del presupuesto había ido destinado a una pieza del algodón azul con el que Stella había hecho dos vestidos idénticos de manga larga con la ayuda de la máquina de coser de Fiorella. Stella y Tina habían rogado a Antonio que les diera más dinero para comprar zapatos nuevos, pero su padre no estuvo dispuesto a negociar nada más.

Los Fortuna posaron con Antonio y Assunta sentados delante, sus hijos varones a cada lado y Stella y Tina detrás de ellos para disimular los zapatos viejos comprados en Nicastro. Tina es un par de dedos más alta y tiene menos pecho que Stella; tiene un lunar que destaca sobre el labio. Por lo demás, su sonrisa es idéntica, así como su vestido, su postura, el ángulo por el que se enlazan por el codo: similares de esa manera tan sutil y total que solo puede darse entre hermanas. Assunta tiene los tobillos cruzados y los pies bajo la silla. En esta ocasión sonríe. Antonio tal vez sonría, pero como sucede con la Mona Lisa, nadie puede adivinar en qué está pensando; gran parte de su expresión queda oculta por el bigote. Juntos forman una impresionante muestra de lo que es una familia.

Durante cincuenta años, esa fotografía colgó de distintas paredes junto al retrato en blanco y negro, con más grano, de la primera Mariastella. No hay otra foto de toda la familia, ni siquiera en alguna boda de los hijos. Fue la primera y última vez que se retrataron juntos.

* * *

1941 fue mejor que 1940. Front Street se iba convirtiendo en una calle menos extranjera. Las chicas Fortuna tenían ya puestos de venta favoritos; entendían el dinero y sabían cuánto tenía que costar cada cosa. Habían aprendido a disfrutar de la comida americana, su diversidad y sus ricos ingredientes. Sabían ya un poco más de inglés. Trabajaban sin parar seis días por semana y apartaban el dinero para la casa; tenían dinero de bolsillo suficiente para vestirse a la americana. Todos los sábados por la noche iban a los bailes de la Sociedad Italiana y antes quedaban con Fiorella Mulino, Carolina Nicotera y Franceschina Perri para peinarse. Por lo general, se reunían en casa de los Nicotera porque Carolina no tenía hermanos pequeños que las molestaran mientras se arreglaban.

Todos los fines de semana había música en directo, por lo general un grupo de tres hombres que cantaban en italiano y en inglés. La fiesta de cualquier sábado era mayor que la *fhesta* anual de Ievoli. A Stella le gustaba bailar y se le daba bien. Franceschina le había enseñado el *foxtrot* y el *swing* y a la propia Stella le sorprendía lo rápidamente que se había desprendido de su timidez pueblerina para bailar con chicos. Era emocionante pensar en el escándalo que habría provocado un baile así en el pueblo, chicas y chicos moviéndose tan rápido juntos, las faldas al aire, las pantorrillas desnudas, pechos sin corsés agitándose: su cuerpo nunca se había sentido más libre y más alegre.

Stella tenía donde elegir pareja. Con frecuencia bailaba con Frankie D'Agata, que tenía mucho éxito entre las chicas, hasta que Stella decidió que pasaba demasiado tiempo con él y empezó a rechazarlo, lo que dio pie a murmuraciones. Se negaba a bailar con cualquiera que no fuera más alto que ella. Rechazaba el arrullo del hermano mayor de Fiorella, Vittorio, porque le parecía demasiado zalamero. Nunca quiso bailar con ninguno de los chicos Perri: el mayor, Mario, era especialmente guapo y engreído. Él se lo pedía igualmente, para mortificarla, e intentó pellizcarle el trasero. Algunas veces decía que no a los chicos sin motivo alguno y bailaba con sus amigas.

Franceschina admiraba la actitud de Stella.

—¡Oh, qué perra eres! —exclamó con una risita, y las chicas se rieron al oír la palabra malsonante.

—Las chicas guapas tienen que ser un poco perras —añadió Carolina, y todas soltaron risitas—. Si no, los hombres se aprovechan de una.

—Por lo menos, ninguna de vosotras tiene una hermana tan guapa —dijo Tina como si bromeara, pero no era el caso—. Yo solo soy la hermana de Stella.

Todo el mundo dice: «Ah, ¿la guapísima Stella es tu hermana? Qué sorpresa».

Las chicas se echaron a reír y protestaron: «No, boba, si tú también eres muy guapa, sois iguales».

Stella, satisfecha de sí misma, sonrió a su hermana.

—No seas celosa, bichito. La envidia corrompe el corazón.

—Eso es verdad. —Fiorella dio a Tina unas palmaditas en el brazo con sus manos finas y suaves. Guiñó un ojo a Stella y dijo—: Tú eres la hermana buena, Tina. Todo el mundo lo sabe.

En la primavera de 1941, Stella y Tina volvieron a trabajar en los campos de tabaco. Fiorella les dijo que era una locura que dejaran el empleo de la lavandería.

—Pero así podemos estar con *mamma* —explicó Stella—. Y ganamos más dinero porque tenemos el salario de tres en lugar de dos.

Assunta no había trabajado durante el invierno porque se le hinchaban las piernas. Además, había tenido un aborto y *za* Pina la había convencido para que fuera a un médico estadounidense. Este le dijo que era mejor que no tuviera más hijos y le diagnosticó un principio de artritis reumatoide, así como venas varicosas. Assunta, a sus cuarenta y dos años, era una anciana.

El caluroso verano de 1941, cuando Stella llevaba viviendo un año y medio con su padre, hombre de puñetazo fácil y risotada lasciva, empezó a tener la pesadilla: fue entonces cuando casi se mata al tirarse por la ventana. Quién sabe qué veneno se había apoderado de su mente y le había inspirado el sueño; quizá había atraído el mal de ojo al exhibir en exceso su belleza y romper demasiados corazones. En los últimos tiempos la vida de Stella había sido muy cómoda, muy feliz. Ya le iba tocando un poco de dolor. Al fin y al cabo, hacía ya seis años de la última vez que el destino había intentado terminar con ella.

Era como si la pesadilla hubiera roto un dique, porque después de la primera noche el sueño regresó una y otra vez: su padre la acorralaba en un rincón, noche tras noche, para abusar de ella. Los detalles cambiaban: algunas veces el sueño tenía lugar en el cobertizo de la plantación de tabaco o en su vieja casa de Ievoli. Pero la historia era siempre la misma: Stella quedaba expuesta, atrapada, manoseada. A medida que el sueño fue evolucionando, apareció un órgano masculino que se frotaba contra ella. El sueño no duraba nunca lo bastante para saber lo que sucedía después. Pero se despertaba con la conciencia de que la habían tocado de un modo que no quería. Se despertaba sudando de terror y de

asco.

Tony hizo lo que había prometido y clavó unos listones en la ventana del dormitorio de las chicas para que Stella no intentara saltar de nuevo, pero, en otros aspectos, el episodio quedó reducido a una broma. Siempre me he preguntado por qué nadie se lo tomó más en serio; por qué más tarde, cuando Stella les dijo, una y otra vez, que no quería casarse, nadie recordó la ocasión en que su subconsciente prefirió la muerte a que la violara un hombre.

Cuando la ventana estuvo cerrada, las noches de verano se convirtieron en largas horas de insomnio sofocante. Stella era víctima de su subconsciente; estaba tan atormentada por el agotamiento que no era capaz de decir cuándo estaba dormida y cuándo estaba despierta. Y aunque la pesadilla pasó a ser algo familiar, no consiguió acostumbrarse ni superar el miedo paralizador que le producía el hombre al extender su mano áspera. Las diez horas que pasaba en la plantación trabajando estaban envueltas en una neblina penosa; en una ocasión se levantó tan cansada que no pudo ir a trabajar.

Stella pasaba la noche acostada en la estrecha cama con Tina, clavándose las uñas en la palma de la mano para mantenerse despierta. Rezaba a la Virgen para que le diera un poco de alivio y también al fantasma de la primera Mariastella, al que no había dejado en Ievoli. «Por favor, haz que pare —decía, una y otra vez—. Sé que estás ahí. Sé que es cosa tuya. Por favor, que pare ya. Por favor, déjame en paz.» Pero los sueños no desaparecían.

¿Para qué eran? ¿Un castigo por estar viva?

¿O era una advertencia?

Stella no podía hablar con nadie de la pesadilla, ni siquiera con Tina, porque las palabras que necesitaba para describirla eran demasiado feas. El sueño ya le estaba pasando factura; no podía permitir que también se la pasara a Tina. Así que se la guardó para sí misma. Pero aquella pesadilla tuvo un efecto tremendo y permanente en la vida de Stella. Le enseñó que algunas heridas no se curan, algunas cosas malas suceden una y otra vez. Aquel fue el año en que Stella aprendió a sonreír con los labios cerrados para que nadie viera los dos dientes que se le habían roto con la caída. Fue entonces cuando empezó a sentir una repugnancia incontrolable hacia su padre, a temer que se acercara demasiado, le pusiera la mano en el hombro, pasara la vista por sus curvas, tal como hacía con frecuencia. Algunas veces temblaba solo por tener que sentarse a la mesa con él.

Si Tony advirtió el cambio en el comportamiento de su hija, nunca dijo nada.

Carmelo Maglieri tuvo mala suerte al encontrarse con Stella pocos meses después de que empezara la pesadilla. Si la historia hubiera ido de otro modo, si la ventana hubiera seguido abierta para dejar entrar la brisa o si la educación religiosa de Stella le hubiera permitido pensar que podría haber diferencias entre el acto sexual y una violación o si los miasmas de Tracci no hubieran seguido a Antonio Fortuna al otro extremo del mundo, tal vez entonces Carmelo Maglieri no habría sido el malo de la historia.

Stella y Tina regresaron a la lavandería en septiembre. Las hojas de los arces amarilleaban y las de los robles se volvían castañas mientras el aire se tornaba inquietantemente gélido, igual que el año anterior. Stella conocía ahora la sucesión de las fiestas en los Estados Unidos y estaba deseando que llegara la Navidad. Stella sabía lo que podía esperar del país: ya se había acostumbrado.

Entonces, en diciembre, llegó Pearl Harbor.

El estallido de la guerra fue terrible, si bien no sorprendió a nadie. Ahora que los Estados Unidos habían declarado la guerra a Italia, los italoamericanos tenían mucho de qué hablar. En la Sociedad Italiana había hombres que querían volver a Italia y luchar por Mussolini; otros enviaban dinero para sufragar el esfuerzo bélico. Otros se alegraban de estar en los Estados Unidos, lejos del fascismo mussoliniano. En ambos bandos, todos se inquietaban por sus familiares residentes en Italia. Pero el tiempo de los debates había pasado: los italoamericanos procedían de un país y residían en otro, ambos eran enemigos y tenían que elegir.

Para los Fortuna no había otra opción que los Estados Unidos. Tony, el patriarca, no sentía el menor cariño por su país natal y ahora era un orgulloso ciudadano estadounidense. No los llevaría nunca de vuelta a Ievoli. El mundo ya había empezado a cambiar cuando emigraron y ahora el cambio se había acelerado, las bombas caían en pueblos centenarios y borraban todo un modo de vida. Stella temía que el Ievoli que tanto quería existiera únicamente entre los escombros de sus recuerdos.

Por la noche, los aviones rugían sobre ellos. Los Fortuna permanecían acostados preguntándose si caerían las bombas. Como sus vecinos, pusieron cortinas densas para que los edificios no se convirtieran en un blanco. Hartford producía munición y los Fortuna vivían a diez minutos a pie de la fábrica Colt, que trabajaba veinticuatro horas al día. La experiencia de vivir en Hartford durante la guerra era espeluznante: las calles estaban vacías, los vecinos vivían

furtivamente tras las cortinas. No estaba permitido encender las farolas y las chicas tenían que ir y venir a la escuela por calles oscuras.

Desafortunadamente, Tina y Stella todavía no tenían la nacionalidad estadounidense. Ahora todos los Fortuna, excepto Tony, eran enemigos del país. Tuvieron que ir al ayuntamiento y registrarse como tales, dejar que les hicieran fotografías para carnets de identidad en los que constaba el hecho, junto con su huella dactilar. Si las detenían y no podían enseñar el nuevo carnet, se meterían en un buen lío. Podían detenerlas o interrogarlas en cualquier momento; la policía podía ir a su casa y confiscar sus pertenencias. Cualquier carta que recibieran de Italia podía incriminarlas. Algunos italianos fueron enviados a lejanos campos de prisioneros. No debían tener aparatos de radio porque la policía podía pensar que los utilizaban para comunicarse con los submarinos alemanes.

—¿Y qué le diríamos al submarino? —replicaba Joey. Estaba enfadado por no poder escuchar programas como *Crime Doctor* o el de Jack Benny, el favorito de Louie.

Para los varones jóvenes, existía la posibilidad de escapar de esa condición de extranjero enemigo a toda velocidad, un camino a la nacionalidad y a todas sus ventajas: alistarse. Si un joven estaba dispuesto a arriesgar la vida por los Estados Unidos de América, entonces podía nacionalizarse en un santiamén. Medio millón de italoamericanos se alistaron durante la guerra, hecho que nos lleva al siguiente momento destacado de nuestra historia.

* * *

La primera vez que Stella Fortuna habló con Carmenantonio Maglieri estaba nevando. Las hermanas Fortuna volvían andando a casa desde la escuela de Hartford tras las clases de la noche; era enero de 1942. Las calles sin luces por temor a los bombardeos estaban cubiertas por una fina capa de hielo.

Carmelo —aunque, por supuesto, en aquel momento Stella no tenía ni idea de quién era— ralentizó la marcha del coche para amoldarla al paso de las chicas, que se pusieron nerviosas. Tanto el conductor como el acompañante iban vestidos con uniformes del ejército de los Estados Unidos de color verde oliva.

Carmelo bajó la ventanilla y gritó:

—¿Quieren que las llevemos en coche? —Esas fueron sus primeras palabras a Stella.

Las primeras que le dirigió ella fueron otras:

—Váyase.

Pero no se marchó, sino que asomó la cabeza y los hombros por la ventanilla con una sonrisa amable. Stella miró inquieta mientras los copos de nieve húmeda quedaban prendidos en sus rizos negros cubiertos de brillantina. El estómago le dio un vuelco ante la mera idea de que unos hombres las siguieran en coche. Stella y Tina estaban en Farmington Avenue, les quedaban unos veinte minutos para llegar a casa y los duros tacones negros de sus zapatos patinaban sobre el pavimento resbaladizo.

—Vamos, suban —dijo Carmelo. Hablaba italiano con el acento genérico del sur que algunos hombres inmigrantes adoptaban para comunicarse con hablantes de otros dialectos regionales, podría haber sido de cualquier lugar de Italia—. Las chicas guapas no deberían andar en la nieve ni en la oscuridad. Permitan que las llevemos a casa.

—No, gracias —contestó Tina—. No aceptamos de ninguna manera que nos lleven desconocidos. —Se agarró del brazo de Stella y siguieron avanzando entre patinazos con los codos entrelazados; la nieve fundida se acumulaba en las huellas que dejaban sus zapatos, parecidas a signos de exclamación.

Carmelo hizo avanzar el coche y volvió a ponerse a su altura.

—Me parece muy sensato que no quieran subir a un coche con desconocidos, ¡pero, señoritas, este tiempo es tremendo!

Ninguna de las dos contestó y el coche las fue siguiendo mientras avanzaban en silencio, caminando con cuidado. En las chabolas de cartón junto a las que pasaban reinaba un silencio inquietante; la nieve se iba acumulando en los aleros

en descomposición. La luna brillaba difusa, acunada entre nubes de tormenta. Cada noche que hacían ese trayecto, Stella oscilaba entre el deseo de que estuviera mejor iluminado, para poder advertir si se acercaba alguien con malas intenciones, y el deseo de que estuviera todo más oscuro y tuvieran así la oportunidad de esconderse.

—Vamos, señoritas. —El hombre asomado a la ventanilla lo intentó de nuevo—. Aquí no están seguras. Les prometo que las llevaremos directamente casa. Por nuestro honor de soldados. —Sonrió y sus mejillas se convirtieron en redondas canicas brillantes de jovialidad. Stella pensó, al mismo tiempo, que era guapo y que era demasiado zalamero. Sus ojos se cruzaron y Stella le lanzó una mirada torva, no fuera a sacar conclusiones inadecuadas.

—Ya sabemos cómo son los soldados —contestó Stella. Lo lamentó de inmediato; no quería dar una idea equivocada de su experiencia.

Pero el hombre había metido la cabeza en el coche para consultar al copiloto. Al cabo de un momento, la cabeza cubierta de rizos asomó de nuevo.

—Su padre es Tony Fortuna, ¿verdad?

—¿Y usted cómo lo sabe? —preguntó Tina; Stella le dio tal codazo que Tina tuvo que agarrarse con fuerza para mantener el equilibrio.

—¡Así que no somos desconocidos! —dijo el joven sonriente, sonriendo de nuevo—. Su padre nos conoce. Pregúntenselo cuando lleguen a casa, que será dentro de unos pocos minutos. Les contará todo sobre nosotros. Yo soy Carmelo Maglieri y este es Rocco Caramanico —dijo, señalando a su compañero con el grueso pulgar—. Yo he trabajado con su padre, señoritas. Hemos trabajado todos juntos —se corrigió. Era tan inquieto que lo había contado mal.

—No vamos a subir al coche —insistió Tina.

Al mismo tiempo, Stella preguntó:

—¿Dónde han trabajado juntos? —El frío había evaporado su desconfianza. Quería entrar en un coche cálido.

—En la construcción, en el edificio de G. Fox —dijo—. Hace dos años, en verano.

Era cierto, Tony había trabajado en la construcción de los almacenes G. Fox. Pero Tina dijo:

—Si de veras conociera a nuestro padre, sabría que nunca nos permitiría entrar en su coche.

—Vamos, Tina —exclamó Stella. Le dolían los tobillos por andar sobre el hielo—. Es una tontería, solo nos van a llevar a casa.

—¡Stella!

—Pues muy bien, sigue andando tú. Yo me voy en coche. —Stella se acercó al bordillo y el conductor, Carmelo, detuvo el coche—. Intenta no partirte la

cabeza —le dijo a su hermana.

—¡Pero Stella! —la expresión del rostro de Tina era de total desesperación. Los labios pintados de rojo parecían mucho más oscuros en la calle apenas iluminada por la luna y con la nieve suspendida en el pelo parecía un fotograma de una película.

Stella se deslizó sobre el asiento de cuero oscuro y gritó:

—Vamos, Tina, entra. —Después añadió con voz más amable—: Entra, no va a pasar nada.

Y Tina entró.

Las chicas llegaron a casa sin incidentes y su padre ni siquiera les gritó. Pero por muy fría y oscura que fuera una noche, si una chica aceptaba que un hombre la llevara a casa, autorizaba a que todos sus conocidos empezaran a murmurar. Stella, al subir a aquel coche, se adentró en un camino lleno de dificultades.

Tal vez hayas estado esperando, lector, la aparición de Carmelo Maglieri desde que su padre, Tomaso, conoció a Tony años atrás, en las vías del ferrocarril. Lo cierto es que Stella no lo estaba esperando: nunca había oído hablar de él. Sin embargo, aquí puedo contar algo más de Carmelo puesto que no va a desaparecer de la historia, por mucho empeño que pusiera Stella en decírselo ni cuántas veces se lo dijera.

Carmenantonio Maglieri, conocido como Carmelo, nació en marzo de 1921 en un pueblo de las montañas de los Abruzos llamado Sepino, un laberinto medieval de callejuelas empedradas situado en lo alto de la antigua población samnita de Altilia. A pesar de la rica historia de los Abruzos y de la preciosa mezcla de piedras y flores, allí no había trabajo. Durante toda la infancia de Carmelo, su padre, Tomaso, había estado enviando dinero a casa desde los Estados Unidos. Pero en 1935 Tomaso tenía casi sesenta años y no podría seguir manteniendo a su familia con un trabajo que exigiera esfuerzo físico.

Cuando Carmelo tenía diez años, Tomaso pidió un visado para que su hijo se reuniera con él, pero transcurrieron cuatro años y el permiso no llegó. Mientras tanto, la granja familiar de los Abruzos pasaba dificultades y cada año era más pobre. Además, Tomaso Maglieri no apreciaba en absoluto el gobierno de Mussolini; era uno de los motivos de que hubiera intentado convencer a su mujer, algo xenófoba, para que se trasladara con toda la familia a los Estados Unidos. Sin embargo, gracias a las restricciones estadounidenses, su esposa nunca tuvo que poner el pie en el país.

Al final, los Maglieri decidieron que Carmelo entrara clandestinamente en los Estados Unidos sin visado. Viajó durante dos días en tren en dirección al norte hasta Génova y ahí cogió un carguero español con destino a Nueva York. Otros muchachos de su provincia habían emigrado también sin documentación, escondidos entre la carga o mezclados durante un tiempo con marineros internacionales hasta desaparecer un buen día en un puerto extranjero. Carmelo tenía instrucciones sobre a quién tenía que preguntar en los muelles de Génova y dinero suficiente para untar a los vendedores de billetes y los estafadores que encontrara mientras viajara por Italia.

Carmelo tenía catorce años y poseía esa intrepidez, propia de la edad, que todos recordamos con triste temor. Le fue de gran utilidad porque no pudo hablar con nadie en el barco durante los diez días que tardó en cruzar el Atlántico. Había otros dos polizones, pero eran griegos y la tripulación solo hablaba español. Así pues, cuando llegó el momento crítico —el desembarco en Nueva York—, tuvieron que esconder a los polizones de la inspección. Un bote de remo los llevó a la orilla en plena noche: un recorrido muy inquietante para un chico que no sabía nadar. El bote tocó tierra en una playa oscura y arenosa y el marinero español indicó a los polizones que desembarcaran y caminaran los últimos metros por el agua gélida. Ese fue el final de su viaje de inmigración.

Carmelo no estaba seguro de qué hacer a continuación. Necesitaba encontrar el lugar donde tenía que reunirse con su padre. Tomaso no sabía exactamente cuándo llegaría Carmelo, de manera que le había dado la dirección de un *paesan*, un estibador que vivía en Brooklyn. Carmelo no sabía lo que era Brooklyn y menos todavía cómo llegar hasta allí.

Carmelo se despidió torpemente de los griegos y echó a andar. Tomó la primera carretera que encontró y siguió andando hasta llegar a un puerto. Le pareció buen sitio para pasar la noche: al día siguiente buscaría a alguien que pudiera indicarle su siguiente destino.

El problema fue que Carmelo no se encontró en mejor situación al día siguiente. Vestido con la misma ropa andrajosa que había llevado durante todo el viaje, iba sucio y olía mal, y ningún neoyorquino habría estado dispuesto a hablar con él, suponiendo que fuera capaz de hablar en inglés. Tenía un poco de dinero, pero no sabía cómo utilizarlo ni cómo desenvolverse en aquella situación más allá de la idea clarísima de que en ningún caso y bajo ninguna circunstancia debía detenerlo la policía. Así pasó nueve días, ¡nueve días! Dormía en un banco del muelle, abordaba vacilante a los desconocidos intentando hablar en un italiano correcto, se escondía cuando veía a alguien de uniforme y aceptaba las sobras que le daban los vendedores de los carritos ambulantes a cambio de alguna tarea pesada. Al final, uno de los vendedores trajo consigo a un amigo

italiano para ver si podían resolver los problemas del chico vagabundo. El italiano acompañó a Carmelo a tomar el ferri y luego cogieron el metro hasta la dirección de la casa de su paisano. Carmelo sintió tal alivio por que la durísima prueba del muelle hubiera terminado que no se dio cuenta hasta más tarde de la generosidad del desconocido italiano. Aprendió inglés deprisa para no volver a encontrarse en una situación similar en la que no pudiera comunicarse.

Tomaso fue a recoger a Carmelo a Brooklyn y se lo llevó con su equipo de ferroviarios a Pensilvania. Al principio solo le permitieron trabajar como aguador; la mitad de su sueldo lo ganaba haciendo recados. Pero a los quince años era ya un ferroviario completo. Era popular entre los otros hombres, sociable, alegre y no le importaba ser objeto de las bromas. Los ferroviarios le enseñaron a cocinar y a leer en inglés. Por las noches tocaban canciones populares en torno al fuego y todos aquellos que eran capaces de cantar contribuían con melodías de su pueblo y en su dialecto. Carmelo aprendió a tocar la concertina con un hombre de Cosenza llamado Otello. Cuando Otello regresó a Italia, en diciembre de 1936, le regaló su concertina.

Carmelo y Tomaso viajaban allí donde la empresa los enviaba hasta que en 1937 Tomaso se cayó en una zanja y se rompió la pierna. Los Maglieri se instalaron en Hartford para que pasara ahí la convalecencia, compartiendo un sofá en el piso de la familia Carapellucci, amigos procedentes de los Abruzos que vivían en Front Street. Carmelo, que seguía sin tener papeles, consiguió un trabajo en una cuadrilla de obreros de la construcción. Allí conoció a Rocco Caramanico, que se convertiría casi en un hermano, y también a Tony Fortuna. Cuando ataron cabos y se dieron cuenta de que Tony conocía al padre de Carmelo —no tardaron mucho: lo primero que hacen los italianos cuando se encuentran es repasar cualquier posible conexión familiar— se rieron del compromiso matrimonial de los dos niños, Carmelo y la lejana Stella.

Tal vez los dos hombres podrían haberse convertido en buenos amigos, quién sabe, pero llegaron las inundaciones de 1938 y el edificio donde vivían los Carapellucci quedó destrozado. Tomaso volvió a Sepino, pero Carmelo se quedó y alquiló una habitación en una pensión para hombres. Le dijo a su padre que trabajaría mucho, ahorraría y haría cuanto estuviera en su mano para reunir a la familia.

En cuanto los Estados Unidos entraron en guerra, Carmelo se alistó para conseguir la nacionalidad. Cuando el oficial encargado del reclutamiento le pidió la documentación, Carmelo le dijo —sin faltar del todo a la verdad— que había llegado muy joven de Italia y que no encontraba los papeles. El ejército de los Estados Unidos no tenía la menor intención de rechazar a un hombre que estuviera dispuesto a luchar y morir por «la tierra de los hombres libres» por el

mero motivo de que no tuviera derecho a estar ahí.

Bajo la iglesia situada en la *piazza* principal de Sepino, donde nació Carmelo Maglieri, hay una cripta dedicada a santa Cristina, la patrona del lugar. Tiene pequeñas capillas doradas que ilustran las distintas etapas de su vida, milagros y martirio, sufragadas por emigrantes que viajaron a países lejanos. En una de esas capillas aparece el nombre de Carmelo Maglieri en una placa dorada. Se dice siempre que los inmigrantes italoamericanos guardan su tierra natal en el corazón y lo cierto es que Carmelo no olvidó nunca Sepino, incluso cuando era ya evidente que no volvería jamás.

Qué puedo decir: Carmelo era un poco simple. El tipo de hombre que soltaba una lagrimilla cuando sus nietos iban a visitarlo. Era el polo opuesto de Tony Fortuna en todos los sentidos: bueno, en casi todos. Tal vez por ello la broma del compromiso resultó terrible, si es que se supone que las mujeres se casan con hombres que les recuerdan a su padre.

La segunda vez que Stella y Carmelo se vieron fue la noche en que Rocco decidió casarse con Tina.

—Tú quieres a la que tiene un lunar junto a la boca —declaró la hermana mayor de Rocco, Barbara.

Las hermanas Fortuna llevaban unos vestidos azules idénticos, de manera que el lunar era la mejor manera de distinguirlas.

—La del lunar es Concettina —dijo Rocco.

Habían pasado dos días desde que él y Carmelo habían recogido a las chicas en Farmington Avenue. Rocco había pedido permiso a Tony para hacerles otra visita: era evidente que quería conocer mejor a las chicas. Esa vez llevó a Barbara consigo como consejera y para representar a sus padres, que estaban en Italia. Carmelo Maglieri fue también para dar su apoyo; o tal vez tuviera también sus motivos.

Aquella misma noche, antes de salir del piso de Front Street, Rocco había decidido ya que quería pedir a Tony permiso para casarse con una de las chicas Fortuna. Rocco y Barbara discutieron el asunto. Faltaban cuatro días para que enviaran a Rocco al Pacífico con su unidad y prefería que alguien lo esperara, que alguien le enviara cartas y paquetes.

Rocco y su hermana, de pie en el umbral de la cocina de los Fortuna, mantuvieron una conversación privada. Todos los Fortuna, vestidos con el traje de los domingos, se encontraban alrededor de la mesa del comedor, a escasos

tres metros de distancia, simulando desinterés por la conversación de los hermanos Caramanico.

—Concettina tiene todas las cualidades de una buena esposa —dijo Barbara—. Basta con verla para saber que es muy trabajadora.

Hermano y hermana contemplaron durante unos minutos al nervioso grupo. Tina, que era en efecto muy trabajadora, estaba junto a su madre sirviendo platos de pasta y llenando vasos de vino. Tony estaba sentado a la cabecera de la mesa; llegaron Joey, que tenía ya diecinueve años; Louie, de once, y Vito Aiello, el amigo de Tony, cuya mujer estaba en Italia y algunas veces iba por ahí a jugar a las cartas. Carmelo Maglieri estaba contando una historia que hacía reír a los chicos. Como Rocco, Carmelo había acudido vestido con el uniforme del ejército. Stella era la única mujer sentada a la mesa y tenía cierta expresión de enfado. Rocco vio que su irresistible compañero era incapaz de seducirla y tuvo ganas de intentarlo.

—Las dos son muy trabajadoras —dijo Rocco a Barbara—. Trabajan seis días por semana en la lavandería y le dan todo el dinero a su padre, él puede confirmártelo. —Rocco siempre seguía obedientemente los consejos de Barbara; esta tenía dieciséis años más y lo cuidaba con dedicación. Sin embargo, en aquel momento algo dentro de él se estaba interesando por Stella Fortuna, no por Tina. Albergó la esperanza de que Barbara cambiara de opinión.

No pudo convencer a Barbara.

—Pero mira cómo Stella está sentada mientras su madre y su hermana lo hacen todo. —Sí, lo veía. Era difícil no verlo—. Tina es obediente. Y mira qué piernas tan sólidas tiene, típicas de calabresa. —Barbara la señaló y, desde donde estaba, las pantorrillas de Tina parecían especialmente fornidas—. Te dará montones de hijos y será lo bastante fuerte para después correr tras ellos.

Barbara se equivocaba sobre la primera parte, aunque Tina terminaría corriendo tras los hijos de los demás.

Rocco lo intentó otra vez.

—Prefiero a Stella, es más bonita.

—Escúchame, Rocco. Uno no elige a la mujer con la que va a pasar toda la vida por el aspecto que tiene. Eso es pensar como un hombre. —Cuando Barbara decía «pensar como un hombre» quería decir «pensar con la polla», aunque jamás diría esa palabra—. Las chicas guapas son para divertirse. Las chicas fuertes y trabajadoras son para casarse con ellas. —Tal vez Barbara estuviera orgullosa de pertenecer al tipo de mujeres casaderas. O quizá algunas hermanas dejan de lado sus simpatías y buscan mujeres dóciles y atentas para sus hermanos menores—. Te vas a ir a la guerra —le recordó Barbara a Rocco—; lo que quieres es una mujer que te siga esperando cuando vuelvas.

La mesa estaba cubierta de toda la comida que Assunta había sido capaz de preparar en tan breve plazo de tiempo: un recipiente de dos palmos lleno de *tagliatelle* que ella y Tina habían hecho en casa aquella misma mañana; un plato de *pizzelle* del fin de semana. Una serie de cosas para picar: el resto de las setas silvestres que Assunta había cogido en verano; un tarro de altramuces amarillos; pimientos asados en aceite con ajo. Una ensaladera con albóndigas de cerdo y ternera, del tamaño de un huevo, cubiertas de salsa de tomate *raù* todavía caliente. El queso les daba densidad y estaban muy bien fritas. Era difícil imaginar que las cocineras no habían visto jamás una albóndiga hasta dos años atrás. Qué deprisa puede cambiar todo y luego volver a cambiar. Más tarde Stella las recordaría como algunas de las últimas albóndigas que comieron, sin apreciarlas en exceso, antes de que la guerra trajera consigo el racionamiento.

Stella se lo estaba pasando bien, pero mantenía una actitud distante y algo altiva. Contemplaba cómo, al otro lado de la mesa, Rocco le contaba a Tony una larga historia. Intentaba imaginar si las chicas de la Sociedad Italiana lo consideraban un buen partido: a ella no le parecía atractivo, aunque sin duda iba bien arreglado y vestido de manera impecable. Tenía el pelo corto en los lados y muy rizado. Stella advertía en él cierta dureza, una energía nerviosa, e intuía una personalidad estricta, un perfeccionista. En ese sentido, se parecía al padre de Stella. Se preguntó si a su padre le gustaría Rocco por ese motivo o si, al contrario, le disgustaba.

Rodeada por el rumor de la conversación de los hombres —hablaban, sobre todo, del ejército: del alistamiento de los chicos, de la vida de Tony Fortuna en los Alpes, lo raro de que los jóvenes fueran a la guerra contra Italia cuando sus padres habían luchado por Italia solo veinticinco años antes—, Stella se puso a pensar en si estaba o no nerviosa. Era la primera vez que alguien iba a hablar con Tony Fortuna de sus hijas. Stella tenía veintidós años y Tina veinte; era solo cuestión de tiempo que sucediera. No estaba segura de cuál sería la respuesta de su padre, si ahuyentaría a los pretendientes o si, al contrario, tendría prisa para que sus hijas se fueran de casa con el primer candidato respetable. Quizá contestaría a la americana y diría que era decisión de sus hijas. En ese caso, Stella contestaría que no y asunto concluido.

¿Y si Rocco pretendía a Tina y no a Stella? ¿Se llevaría a Tina? Stella se imaginó durmiendo sola en la cama que habían compartido siempre. Assunta sola en la cocina junto a las ollas humeantes. Sin duda, algún día sucedería. Tina se casaría; viviría con un hombre y tendría muchas criaturas. Y Stella se quedaría sola. Porque quería quedarse sola, ¿verdad?

Tras darle vueltas a todo eso, Stella comió en silencio, intentando integrarse en la atmósfera de la fiesta. Carmelo Maglieri, que estaba sentado a su lado,

contaba a Louie y a Joey historias sobre la instrucción militar. Joey decía que estaba pensando en alistarse, cosa que Stella oía por primera vez. Su hermano parecía transfigurado por el carisma de Carmelo. Comparado con su amigo Rocco, rígido y prudente, Carmelo parecía expansivo, sonrosado y lleno de energía. Era guapo, desde luego; tenía el cabello negro, denso y lustroso, y los ojos de un azul claro brillante —el tipo de ojos azules que seducían a las chicas italianas—. Sí, era guapo. Stella estaba dispuesta a reconocerlo. Pero a ella le daba igual, no le interesaban los hombres. Pero ¿podría llegar a gustarle si tuviera alguna razón para ello?

Pensó en él despacio, en la primera impresión ambivalente: cabeza, cuello y hombros asomando por la ventanilla del coche aquella noche bajo la nieve. Se recreó en el recuerdo de la oleada de desconfianza: los hombres guapos no son buenos porque a ningún hombre guapo le hace falta ser bueno. Ese viejo proverbio encajaba perfectamente con su pensamiento. Carmelo estaba ahí acompañando a su amigo.

—¿Y qué tal estás esta noche, Mariastella? —preguntó Carmelo, volviendo la conversación hacia ella.

—Bien —contestó Stella, irguiéndose y entornando un poco los ojos. Hasta el momento se había mostrado demasiado amable—. Y llámame Stella, Mariastella es el nombre de mi hermana muerta.

Stella vio que el rostro de Carmelo se suavizaba con una expresión de compasión.

—¿Murió tu hermana? Lo siento, no lo sabía.

—Fue hace mucho tiempo —contestó tras unos instantes, ablandándose por la mirada censora de Joey—. Y no la llegué a conocer. —Mientras decía estas palabras de rechazo al pequeño fantasma, una ráfaga de aire frío le recorrió la piel del brazo quemado. Pero estaba sentada junto a la ventana y lo probable era que se tratara del aire de la noche de enero.

—Stella también ha estado a punto de morir —dijo Louie a Carmelo—. Cinco veces.

Joey soltó un resoplido.

—¿Cómo? ¿Cinco veces? —Carmelo alzó las pobladas cejas para animar al chico a que siguiera hablando.

Stella escuchó mientras su hermano pequeño alardeaba de su mala suerte, la historia favorita de la familia. «¡La atacaron las berenjenas! Cerdos, intestinos... Acostada como si estuviera muerta durante cuatro días... Nos habríamos ahogado todos... Ni sabía que iba a saltar...» Louie era capaz de detenerse en los detalles más escabrosos, en la descripción del peligro o las partes más entretenidas sin preocuparse por la incomodidad de sus interlocutores. Carmelo

puso las esperadas caras de horror y Stella las rechazó con un gesto y una sonrisa. Louie, cuando hablaba con Carmelo, casi no tenía acento calabrés, como si durante la última hora hubiera adoptado el acento neutro del joven.

—¿Y qué ibas a esperar? —dijo Joey para ayudar a Louie a rematar la historia—. ¿Qué se podía esperar con un nombre como Stella Fortuna?

—Stella Fortuna —repitió Carmelo—. Menudo nombre.

Ahora que Stella había pasado a intervenir en la conversación, Carmelo fijó en ella su atención. Le preguntó por su trabajo en la lavandería y si ella y Tina iban alguna vez a los bailes del sábado de la Sociedad Italiana. Stella no sabía si estaba siendo cortés o flirteaba, de modo que se recostó en la silla, se cruzó de brazos y contestó con frialdad.

Joey disfrutaba menos de esta conversación que cuando había sido el centro de la atención.

—¿Y qué le pasa a tu amigo? —preguntó—. No para de hacerle la pelota a mi padre. ¿Ha venido a cortejar a mis hermanas o solo a mi padre?

—Ya sabes cómo tienen que ser las cosas, Joey. Si a tu padre no le gusta, da lo mismo que a tu hermana le guste. —Carmelo se encogió de hombros—. Rocco es un hombre serio, hace las cosas a la italiana. Su familia intenta mantener las tradiciones.

Stella se preguntó cómo sería la familia de Carmelo. Los jóvenes solos eran peligrosos porque no temían las consecuencias, no tenían presión familiar para comportarse debidamente. Era muy fácil para ellos preferir «actuar a la americana» con las chicas y luego buscar otro trabajo en otra ciudad si las cosas se complicaban; todo el mundo decía que eso era lo que le había sucedido a Adelina Rossi, a la que habían enviado de vuelta al pueblo de su padre en Vibo Valentia el año pasado. Stella miró cómo Carmelo Maglieri partía en dos una albóndiga con el tenedor y la empujaba sobre un trozo de pan. ¿Era posible saber si un hombre no era de fiar solo por su aspecto?

—Además, ¿por cuál de las dos ha venido? —estaba diciendo Joey—. No lo he visto hablar con ninguna de las dos.

—No lo sé. Pero —añadió Carmelo galantemente— cualquiera de las dos es una buena elección y, cuando elija, le preguntaré a tu padre si puedo cortejar a la otra.

—Uf —dijo Stella.

Joey no se lo podía creer.

—¿Y no te lo ha dicho antes de venir?

—Bueno, igual le cuesta decidirse. Tienes dos hermanas muy guapas. —En esta ocasión fue Louie quien soltó un resoplido. Los chicos de once años desprecian este tipo de comentarios.

Joey alzó el vaso de vino, un pequeño brindis de advertencia en dirección a Carmelo.

—No lo digas cuando puedan oírte. Bastante creídas son ya.

Stella hizo un gesto de cabeza recatado en dirección a Joey. Le gustaba que la llamara creída.

Carmelo, por supuesto, protestó.

—No me parecen nada creídas.

—Claro que sí —insistió Joey—. No pierdas el tiempo siendo amable con ellas. Piensan que son demasiado buenas para los chicos de por aquí.

—Es muy desagradable que digas eso de tus hermanas —dijo Stella.

—Bueno, entonces ¿por qué no tienes novio?

—Claro que tengo novio —dijo Stella.

—No, no es verdad —dijo Joey dirigiéndose a Carmelo.

—Claro que sí. —Stella estaba tranquila, con una actitud irreprochable—. Ya sabes que estoy comprometida con Stefano Morello. —Se volvió hacia Carmelo y sonrió—. Está en la guerra, en África, pero me escribe.

A Stella se le acababa de ocurrir que si daba algún detalle difuso sobre aquel cortejo etéreo y desganado con el lejano Stefano tal vez aquello la protegiera de intenciones más agresivas de cualquiera de los chicos de Hartford.

—Nos vamos a casar —añadió—. Después de la guerra.

—Después de la guerra... Eso puede ser mucho tiempo —señaló Carmelo. ¿Pareció decepcionado? A Stella le pareció que sí. Pues bien, mejor decepcionado en aquel momento que más tarde.

Pero ahora que ya no suponía un peligro para ella, sintió un destello de piedad por aquel joven guapo, solo en el país y que tal vez no buscaba más que una familia de la que formar parte. Lo miró a los ojos y le dedicó la mejor de sus sonrisas. Cuando le devolvió la sonrisa, las mejillas de Carmelo estaban sonrosadas.

Después de cenar, cuando los dos jóvenes recogían sus abrigos, Rocco Caramanico le preguntó a Tony si podía hablar con él a solas. Tony lo llevó a la cocina.

—Me gustaría casarme con su hija Concettina —dijo Rocco. Desde la entrada todos pudieron oír cada una de sus palabras.

Antonio llevaba toda la noche esperando el momento de decir esa frase:

—Si vuelves vivo, pídemelo de nuevo.

* * *

El primer sábado de mayo de 1942, Joey acompañó a Stella, Tina y Fiorella al baile de primavera de la Sociedad Italiana. Había ramos de claveles en todas las mesas y la gente parecía al mismo tiempo inquieta y alegre. El rumor de las conversaciones era tan fuerte que Stella ni siquiera podía reconocer la canción que tocaba el grupo de música.

Los jóvenes habían acudido vestidos con sus nuevos uniformes porque todos estaban alistándose. Las opiniones sobre su país de origen, el deber y la oportunidad eran firmes y contagiosas y cada vez lo fueron más a medida que se bebía alcohol. Joey llevaba meses hablando de que pensaba alistarse y ahora tenía mucho que comentar con los evangelizadores vestidos de caqui. Stella sabía que Joey se sentía especialmente atraído por el uniforme y el efecto que había visto que tenía en las mujeres.

Entre las mujeres había un sentido de urgencia diferente. Ahora que tantos chicos de Hartford se iban a la guerra, se estrechaban los lazos de las relaciones y compromisos. Algunas chicas tenían a su enamorado —o el prometido concertado por su familia— en su pueblo de origen; otras iban a la caza con voracidad, agitadas colectivamente por la sensación de que algo había que hacer antes de que se embarcaran todos.

Las chicas Fortuna estaban por encima de todo eso. Tina podía presumir de la promesa de Rocco Caramanico; Stella, de la imagen adornada de su novio medio imaginario en África. Le divertía el fervor romántico que se había contagiado entre las chicas italianas. ¿Qué sentido tenía exponerse a quedar viuda de un hombre al que apenas conocían? Al parecer, preferían ser viudas que solteras. Así habían sido siempre las cosas en el mundo, ¿verdad? Bien, que se pavonearan como aves de corral con sus vestidos de primavera. Era una bendición ser las únicas dos personas de toda la multitud que no tenían asuntos pendientes que resolver.

Stella y Tina tenían motivos propios de celebración: los Fortuna habían comprado la casa de Bedford Street. El propietario, un viejo napolitano, había decidido regresar a Italia y había acelerado la escritura de venta. Se había enfadado, o tal vez se había asustado, cuando los agentes del FBI habían ido a su casa y le habían confiscado el aparato de radio. Aceptó por la casa 1860 dólares de Antonio en efectivo junto con la promesa de que le enviaría el resto a la dirección que el napolitano le remitiría más adelante. Lo cierto es que no llegó a enviársela y que los restantes 140 dólares permanecieron intactos en el banco de

los Fortuna durante los cinco años siguientes. Dedujeron que había muerto en los bombardeos.

En cualquier caso, ahora tenían una casa. Como recompensa por su logro, las chicas tenían vestidos nuevos de tres dólares comprados en Sears con mangas casquillo y grandes botones en la parte delantera. Stella se sentía muy americana con aquel traje, que era de color rojo sandía. Llevaba los antebrazos desnudos, pero no le daba vergüenza mostrar las cicatrices, que, discretamente rosadas, parecían hacer juego con el vestido.

Fiorella les había llevado regalos de felicitación: unos broches de esmalte con forma de mariposa.

—¡Habéis trabajado muchísimo! —exclamó con su rostro alargado y amable iluminado por una sonrisa—. Me inspiráis mucho respeto, chicas. *¡Tanti auguri!*

Carmelo Maglieri se acercó mientras Stella y Tina se prendían las mariposas en los vestidos. Al principio, Stella no lo reconoció con un traje gris. Le resultó familiar y empezó a darle vueltas: ¿quién era aquel hombre guapo de ojos azules? Ah, sí. Pero ¿qué hacía allí, sin uniforme? Las saludó inclinando la cabeza y llevándose el fedora al pecho.

—Buenas noches, hermosas damas.

—¡Carmelo! —contestó Tina, casi con un grito.

Carmelo besó a Tina en las mejillas afectuosamente, pero no intentó besar a Stella.

—¿Cuál es el motivo de las felicitaciones, Stella?

—Stella nos ha comprado una casa —declaró Tina, un poco aturdida por ver a Carmelo—. ¡De tres plantas y en Bedford Street!

—No la he comprado yo, la hemos comprado todos juntos —corrigió Stella, irritada consigo misma por no haber reconocido a Carmelo de inmediato y por haberlo encontrado atractivo.

—Oh, Stella, no te quites mérito —exclamó Tina—. Has sido tan lista con las cosas del banco y los ahorros...

—Nuestra Stella es la chica más lista de todo Front Street —aseguró Fiorella, apretando el brazo de Stella.

—No me sorprende nada oírlo —dijo Carmelo. Inclinó la cabeza hacia Fiorella—. Stella, ¿me harías el honor de presentarme a tu amiga? Me parece que no he tenido el placer.

Resultaba tan teatral que Stella estuvo segura de que copiaba alguna escena que había visto en una película.

—Fiorella Mulino —dijo Stella con voz seca—. Su familia es de Puglia.

Carmelo se inclinó de nuevo y Fiorella, sonrojándose, contestó:

—*Piacere.*

—Señoritas, ¿puedo traer algo para beber? —preguntó Carmelo—. ¿Habéis probado el ponche? —Negaron con la cabeza—. Quedaos aquí. —Tenía una voz cálida y alegre, tal como Stella recordaba—. Os traeré un poco del bar. —Con una tercera inclinación de cabeza, se dio la vuelta y se metió entre la masa de trajes y vestidos.

—Qué hombre tan agradable —exclamó Tina. Stella no tenía nada que decir en respuesta, ni tampoco Fiorella, que parecía un poco fascinada por su presencia. Las chicas simulaban escuchar la música hasta que regresó Carmelo con cuatro vasos de ponche rojo sujetos entre sus grandes manos. Los repartió con cuidado y los cuatro jóvenes brindaron, deseándose salud. El ponche sabía a vino tinto con gas carbónico. Stella sintió un estremecimiento de felicidad: estaban brindando como adultas, bebiendo alcohol con un desconocido.

Con las mejillas sonrojadas, Stella preguntó:

—Carmelo, ¿dónde está tu uniforme?

Carmelo esbozó una de sus sonrisas amplias y amistosas.

—¿No lo has oído contar? El ejército me ha echado, no soy válido para el servicio. —Le brillaban los ojos azules; parecía encajar con buen humor incluso las malas noticias—. Tengo los pies planos.

—¿Los pies planos? —preguntó Tina—. ¿Qué quiere decir eso?

—Que los pies son planos, exactamente eso es lo que quiere decir. —Carmelo alzó la mano izquierda hasta la nariz y curvó los dedos formando una cúpula—. Se supone que la parte central del pie tiene que tener un arco así. Y si no lo tiene, puede dar problemas para andar o correr largo tiempo, como hacen los soldados. Y Dios me dio unos pies así —extendió la mano hasta dejarla plana y sonrió a Tina, que le devolvió la sonrisa—: planos como una tortita —añadió en inglés, y Tina y Fiorella soltaron una risita—. Peor para mí como soldado.

—Peor para tus papeles —dijo Stella, y después sintió que se sonrojaba: había sido demasiado agresiva, poco digna.

Pero Carmelo negó con el dedo.

—Ajá, no, no, *signorina*. He servido durante treinta días en el ejército de los Estados Unidos. Ya tengo la nacionalidad estadounidense, no hay vuelta atrás.

—¿De verdad? —Stella no daba crédito—. ¿Y por qué no te examinaron los pies de entrada?

Carmelo se encogió de hombros.

—Cuestión de suerte. Soy un hombre con suerte. Aunque haya nacido con los pies planos, al final resulta que son buena cosa.

—*Truffatore* —dijo ella: tramposo. Y lo decía en serio, pero sonrió para que resultara menos agresivo.

—Eso es lo que me dijo Rocco —contestó Carmelo con aire contrito—. Se

enfadó muchísimo. La idea de que nos alistáramos fue mía y ahora se va solo a la guerra.

Stella contempló la expresión de Tina, esperando para ver cómo encajaba la noticia.

—¿Y qué dijo? —preguntó.

—Intentó salir del ejército —explicó Carmelo—. Pero tiene los pies perfectamente; un arco estupendo, Tina —añadió, como si le estuviera dando la enhorabuena por haber elegido bien.

Charlaron durante unos diez minutos mientras Carmelo le preguntaba a Fiorella por su familia. Cuando casi habían terminado el ponche, Carmelo se inclinó y se marchó. Stella sintió una punzada de celos; no había ido a flirtear con ellas, solo a presentar sus respetos. Perfecto, ella solo quería su respeto. Aunque se había divertido pensando que a Carmelo le gustaba y no podía tenerla.

Stella vio a Carmelo una vez más aquel verano, cuando Joey lo invitó para la fiesta que organizaron en la nueva casa de Bedford Street con motivo de su alistamiento. Era el segundo sábado de junio y hacía buen tiempo. Todos los amigos de los Fortuna —los Nicotera, los Perri (cuyos hijos, Mario y Mikey, también se alistaron aquel verano), los Mulino, los Cardamone, *zu* Vito Aiello— se apretujaron en las habitaciones recién pintadas y se repartieron por el jardín trasero, donde pudieron admirar el huerto con tomateras que Assunta había plantado la semana anterior.

Apareció también Carmelo Maglieri como sí, en todos los aspectos, fuera uno más del grupo. Trajo consigo una gran caja negra que dejó junto al perchero. Joey llevó a Carmelo por todos los tíos y tías, presentándolo, y Stella no pudo dejar de oír los comentarios de los amigos sobre la hermosa sonrisa y los brillantes ojos azules del chico de los Abruzos. Las madres con hijas casaderas casi gritaban de alegría al ver a aquel mirlo blanco revoloteando por la sala.

—¿Qué te pasa, Stella? —le susurró Franceschina Perri. Las chicas se agruparon en la cocina, vigiladas por la nueva figura de la Virgen María que había puesto Assunta y que estaba en el altarcito de la pared junto a la foto de la difunta Stella—. ¿Por qué haces el tonto? Te lo van a quitar.

—Quitádmelo si os gusta —contestó Stella. Desde luego, no quería meterse en un lío en el que su padre pensara que estaba animando a Carmelo—. Os lo regalo, ya me daréis las gracias.

—¡Qué ojos tiene! —exclamó Franceschina, chasqueando la lengua—. Para morirse.

—En Calabria hay muchos hombres con ojos azules —señaló Stella con tono despectivo—. No me parecen tan especiales y, además, me gustan más los ojos oscuros.

Después de que todo el mundo hubiera comido, Carmelo abrió la caja negra que había traído y apareció una concertina.

—¿Puedo dedicarle una canción, *signora* Fortuna? —preguntó alzando la voz porque la gente había empezado ya a agruparse a su alrededor para ver qué sucedía.

Assunta soltó unas risitas al ser objeto de tal atención; tuvo que llevarse las manos a la boca para contenerse.

—Oh, Carmelo, no seas tan formal. Llámame Assunta.

—Bien, querida *zia* Assunta, ¿puedo dedicarte una canción? —se había pasado la correa de la concertina y había pulsado algunos acordes: todos se sintieron expectantes ante la posibilidad de oír un poco de música—. Ya sé la que quiero tocar: me viene a la cabeza cada vez que te veo.

La miró con expresión romántica y se llevó la mano al corazón. Qué comediante, pensó Stella.

Assunta, todavía entre risitas, asintió. Carmelo golpeó el suelo de madera tres veces con el pie: antes del primer acorde, Stella ya sabía qué canción iba a cantar. Notaba en los oídos el latido de su corazón y sabía que tenía el rostro sonrojado de emoción. Las palabras eran un poco distintas de las que Stella conocía, parecía un dialecto más septentrional que el de Ievoli, pero era calabrés: ¿dónde habría aprendido Carmelo a cantar en calabrés?

«La vi junto al río lavando la ropa

»A mi calabresa de ojos negros.»

Cuando llegó al segundo verso, todo el mundo gritaba y daba palmadas de alegría, porque *Calabrisella mia* era la canción favorita de cualquier calabrés, especialmente allí, tan lejos de su país. Incluso el cascarrabias del viejo *zu* Aldo sonreía. Carmelo había conquistado a toda una sala llena de calabreses tercicos y desconfiados con una sola canción de su concertina. A Stella todavía le latía el corazón, atrapada en el recuerdo de la *fhesta* de Nicastro años atrás, bailando alrededor de la hoguera entre las *pacchiane* y las gitanas que no paraban de dar vueltas, la tarde que consideraba la más feliz de su vida. La canción la había llevado de vuelta a su tierra.

La voz de Carmelo era clara y dulce y toda la sala se unió a ella en el estribillo.

«Tirulalleru lalleru lala! Sta Calabrisella muriri mi fa!»

Cuando el último compás de la canción terminó y todos los amigos

aplaudieron y soltaron gritos de entusiasmo, Carmelo se volvió hacia Stella y le guiñó un ojo.

En otoño de 1942, Fiorella obtuvo un nuevo empleo en una fábrica de proyectiles de mortero. Le pagaba treinta centavos por hora, doce dólares por semana, pues eran estrictos y solo permitían trabajar ocho horas por semana.

—Si te cansas y no montas bien las piezas, puedes matar a alguien —explicó Fiorella. En cualquier caso, doce dólares por semana era mucho dinero. No volvería jamás a la lavandería.

Hartford —donde tenían la sede de Pratt & Whitney, que hacía piezas de aviación, y algunas fábricas de munición como Colt— se había convertido en un motor de la guerra. Los propietarios de la fábrica necesitaban desesperadamente personal para cumplir con los contratos del gobierno. Contrataban chicas en abundancia e incluso a ellas había que pagarles un salario mínimo por su trabajo.

Mientras tanto, Stella y Tina eran consideradas extranjeras enemigas y ni siquiera se les permitía la entrada a cualquier fábrica relacionada con el esfuerzo bélico. Los cuatro dólares por semana que ganaban en la lavandería, que entregaban a su padre, parecían ahora una cantidad irrisoria.

Antonio, que había dejado su empleo en la construcción para trabajar en Pratt & Whitney fabricando hélices, les dijo:

—¿Y no preferiríais haberme escuchado y haber estudiado para tener los papeles?

Rocco Caramanico escribía a Tina regularmente desde su destino en Nueva Guinea. Enviaba dos o incluso tres cartas por semana, tal como podían deducir las chicas por las fechas que aparecían en lo alto, pero estas llegaban todas juntas una vez al mes. Si había lagunas en la correspondencia, Tina sabía que se había perdido alguna carta, pero no se debía a que hubiera dejado de escribir; estaba resultando ser un chico constante. Si pasaba demasiado tiempo entre una remesa y otra, Tina daba por hecho que Rocco había muerto y Stella tenía que consolar a su hermana recordándole que en ninguno de los retrasos anteriores le había pasado nada.

Las cartas siempre estaban dirigidas a «Mi amiga Tina».

A mi amiga Tina:

Gracias por enviarme regalos, es muy amable por tu parte. Las galletas estaban muy ricas. Un poco pasadas, porque creo que debiste de ponerlas

en el correo hace más de un mes. Gracias por hacérmelas. Ahora mismo aquí está lloviendo y tengo que irme a dormir. Te ruego que transmitas mis recuerdos a tu familia.

Tu amigo Rocco Caramanico

Louie les enseñó en un mapa de su libro de geografía dónde estaba Nueva Guinea —mucho más lejos de lo que habrían podido imaginar, cerca de Australia— y les tradujo las palabras poco familiares que pertenecían a la vida militar, como servicio de «AC» y «cantina».

—AC significa ayudante de cocina —explicó Louie—. Tiene que ayudar a cocinar para los demás soldados.

Rocco escribía con frecuencia sobre el servicio de AC y les hablaba de las cajas con pollo troceado. El pollo llegaba en una caja que había estado congelada, aunque cuando llegaba a Rocco era un montón de muslos, órganos y trozos de sangre cuajada flotando en un líquido amarillo viscoso. El trabajo de Rocco era verter el contenido de la caja en una olla y cocerlo tal cual, y eso era lo que comía su unidad, día tras día. Algunas veces todavía encontraba plumas en la caja.

Las cartas no mencionaban nunca el combate, los enemigos o qué tipo de trabajo estaba haciendo su cuerpo de ingenieros químicos. Las mujeres no tenían manera de saber hasta qué punto se autocensuraba para que las cartas pudieran llegar a su destino.

A Barbara, la hermana de Rocco, le parecía difícil imaginar a su hermano en una cocina.

—Si Rocco no tiene ni idea de cocinar —decía. Era muy tradicional en relación con estas cosas; por eso le parecía tan importante que encontrara una mujer que supiera guisar y llevar la casa.

A principios de cada mes, Tina y Barbara preparaban juntas paquetes para enviarlos a Nueva Guinea: galletas hechas en casa y calcetines tejidos, así como cualquier otra cosa que les parecía que podía sobrevivir al viaje.

De los treinta paquetes que enviaron durante los años que Rocco estuvo en la guerra, recibió solo ocho.

En octubre de 1942, los Fortuna recibieron una carta con el matasellos de Nicastro. Stefano Morello, de Sambiasse, había muerto en el norte de África.

Tina solo esperó a que Tony terminara de leer para echarse a llorar con estrépito.

—Era un chico estupendo —sollozó—. Cuánto lo siento, Stella. Cuánto lo siento, era un chico estupendo.

Assunta también se había echado a llorar y se secaba la cara con el delantal.

Stella, que, por supuesto, ni siquiera en un momento así era capaz de llorar, abrazó a su madre y a su hermana y les acarició la espalda mientras ellas se turnaban para sollozar contra su pecho. En el fondo de su corazón sabía que no se casaría nunca con Stefano, pero después de seis años de dejar que todos creyeran que esa era su intención, estaba abrumada por la melancolía. Pensó en el día en que se conocieron en la *fhesta* de Nicastro, en sus visitas en invierno a Ievoli, de cuando recogieron nieve en el jardín para preparar *scirubetta* y le dieron a Luigi con la cucharilla.

Stefano había muerto sin saber que Stella tenía la intención de romper el compromiso.

Aquella noche, acostada en la cama después de que Tina hubiera llorado hasta quedar dormida, Stella se esforzó en formarse una imagen mental de Stefano, de sus manos, su pelo, el modo en que vestía. Ni siquiera podía recordar su rostro. Quizá habría pensado en él más a menudo si hubiera tenido algún recordatorio, como la fotografía que guardaba su madre de la difunta Mariastella.

A pesar de sí misma, no podía dejar de sentir cierto alivio. Stefano le había regalado algo con su muerte: la excusa para la soltería. Nadie esperaría que permitiera que la cortejaran, ya que estaba de luto. Stefano le había regalado tiempo, quizá tiempo suficiente. Podía mantener el luto legítimamente durante cinco años, pensó, y para entonces tendría veintisiete. Demasiado vieja para casarse.

Entonces rezó por Stefano.

La fiesta de Nochebuena en la Sociedad Italiana era el acontecimiento del año y había exigido mucha preparación. Franceschina Perri le había echado el ojo a un chico llamado Frank Carapellucci y había hablado con todas las chicas para que la ayudaran a cazarlo. Stella no había visto nunca a una chica tan indisimuladamente enamorada de un chico. Pero Franceschina era una joven americana y vital que despreciaba las normas del decoro que habían inculcado a las chicas italianas. Todo era válido para conseguir lo que quería.

Franceschina había conocido a Frank en la fiesta de bienvenida en su honor celebrada a principios de diciembre. Se había alistado, lo habían embarcado al Pacífico, había recibido un tiro en la columna y lo habían devuelto a casa, todo ello en el plazo de seis meses. Le quitaron la bala y Frank se licenció, era un hombre libre con una ligera cojera. Franceschina estaba decidida a echarle las zarpas al guapo héroe de guerra antes de que otra chica tuviera la misma brillante idea.

Por desgracia, Frank era frío como un témpano y hasta el momento se había

resistido a los flirteos de Franceschina. Esta se las había apañado para que su madre invitara a los Carapellucci a comer después de misa, pero la fiesta no había servido para nada porque Frank solo había estado el tiempo de comerse un sándwich y se había marchado a ver a unos amigos. Franceschina le había insinuado que, si le pedía una cita, la respuesta sería afirmativa, pero él no había recogido la indirecta.

—No lo entiendo —gimió Franceschina. Después de las comidas familiares tras la misa, las chicas habían ido pasando por la casa de los Perri para ver cómo había ido todo y se habían encerrado en la habitación de Franceschina—. Me ha parecido que le gustaba, que me estaba mirando con ojos tiernos, ¡pero no me ha pedido que salgamos! ¿Por qué? ¡Le he dejado tan claro que me gusta que me siento incómoda!

—Probablemente hay otra chica y no te lo ha dicho —comentó Stella—. Por eso actúa así.

Fiorella, que tendía siempre a juzgar a la gente con excesiva benevolencia, defendió a un hombre que casi no conocía.

—Me parece que solo es tímido.

—A mí también —opinó Carolina, metiendo baza—. A los hombres tímidos hay que perseguirlos para que no se escapen y acabe pillándolos otra.

—Uf, Carolina. —Stella le dio una palmada en el brazo—. No le digas eso. Ya se le está echando encima lo bastante; los hombres no funcionan así.

—Stella, dime qué puedo hacer —le rogó Franceschina—. ¿Cómo puedo hacer que me haga caso?

—No puedes obligarlo a que te haga caso —explicó Stella—: ahí está la cuestión. Tiene que querer él hacerte caso; si no es así, no tendrás más que problemas.

—Vale, entonces, ¿cómo puedo hacer que quiera hacerme caso?

Carolina, Tina, Fiorella y Franceschina, la triste enamorada, sentadas en la cama y en la alfombra, volvieron todas la cara hacia Stella, esperando. Stella era la más experta en chicos, ya que todos le iban detrás, y tenía todo el respeto de las chicas porque no les prestaba ninguna atención.

Stella permaneció callada un minuto, poniendo en orden sus pensamientos sobre el caso.

—Bien, si conseguimos hacerte un vestido francamente bonito... Carolina, ¿todavía tienes aquel patrón que querías hacerte? Aquel con... —Stella movió la mano delante del pecho. Todas sabían de qué estaba hablando. Carolina asintió—. Si me das la tela, puedo hacerte el vestido para que te lo pongas en la fiesta de Navidad en la Sociedad.

—Te presto mi máquina de coser, Stella —ofreció Fiorella. Stella contaba con

ella: aunque era la mejor costurera del grupo, no habría sido capaz de hacer un vestido en ese plazo sin la máquina de Fiorella.

—¿Y qué pasa si no va a la fiesta? —preguntó Tina.

—De eso nos ocuparemos nosotras: tenemos que asegurarnos de que vaya —dijo Stella—. No vamos a detenernos ante nada para asegurarnos de que asiste.

Stella asignó las tareas. Fiorella invitaría a Stella y a Tina a cenar todos los días después del trabajo durante la semana siguiente para que Stella pudiera hacerle el vestido. Carolina se ocuparía de la información: tenía que averiguar quiénes eran los amigos de Frank Carapellucci y tenía que convencerlos de que llevaran a su amigo a la fiesta.

—No hace falta que te andes con disimulos —le dijo Stella—. Diles a los amigos que una chica lo estará esperando. —Stella pensó un momento y luego añadió—: Coquetea con el amigo si es necesario, dale algún motivo para cooperar, ¿me entiendes?

Carolina se arregló el cabello, negro y brillante.

—Lo que sea necesario por la causa.

—Si os casáis, seréis Francesco y Franceschina —señaló Tina.

Los ojos de Franceschina brillaron.

—¡Qué bonito! Es perfecto.

Stella lo sintió por el chico si su intención era decir que no.

La tarde de la fiesta, las chicas se reunieron en casa de los Nicotera. Repasaron todas sus puestas para la batalla mientras se ponían los rulos calientes para un retoque de última hora y se pasaban el frasco de perfume de la madre de Fiorella.

—Tengo que decirte una cosa, Stella —intervino Carolina—. Pero antes de que te enfades, recuerda que me dijiste que hiciera todo lo que fuera necesario para asegurarme de que Frank iría a la fiesta, ¿vale?

—Es verdad —aseguró Franceschina.

—¿Qué pasa, Carolina?

Carolina esbozó una sonrisa pícara.

—Bien, ¿sabes quién es el amigo de Frank del pueblo?

—Es de los Abruzos —recordó Franceschina—. ¿Cómo se llama su pueblo?

Pero Stella sabía la respuesta antes de que Carolina la soltara:

—¡Carmelo Maglieri! Stella, resulta que le dije que ibas a ir a la fiesta y que si conseguía que Frank fuera tú bailarías con él.

Fiorella y Tina soltaron gritos de alborozo.

—Carolina, eres tremenda.

A Stella le latió el corazón a toda prisa. El guapo y creído Carmelo Maglieri:

no quería volverlo a ver y desde luego que no quería bailar con él.

—¿Y ahora me lo dices? No tengo ni tiempo de pensar una excusa para librarme de él.

—Te habría llamado si tuvieras teléfono. —Carolina se detuvo para pintarse los labios de mismo color que su brillante vestido rojo de Navidad—. De todos modos, Stella, no es la peor pareja de baile que puedes tener. Espera a que veas la que le he buscado a Fiorella —guiñó un ojo y las chicas soltaron gritos de alegría.

Stella sabía que no era capaz de explicar por qué no podía soportar la atención de Carmelo: a ellas les parecía que era un buen partido, con sus brillantes ojos azules, sus canciones con la concertina y su elegante traje gris. No era capaz ni de explicárselo a sí misma, pero algo en su interior la prevenía contra él.

Stella resolvió el problema pegándose a su madre durante toda la fiesta en lugar de ir con sus amigas. Tina, aunque lamentaba perderse la diversión romántica, no quería dejar a su hermana y se quedó con ella en un rincón. Las mujeres Fortuna contemplaron cómo Carolina, Fiorella y Franceschina atacaban a los chicos de los Abruzos y los encerraban en una jaula de faldas; el grupo no tardó en reír y charlar. Stella se felicitó por lo bien que lucía el pecho de Franceschina y las dificultades que parecía tener Frank para dejar de mirarlo.

—Bien hecho, Stella —dijo Tina.

—Gracias —contestó Stella.

—Franceschina debería ir con cuidado con sus *minne* o se le van a salir —dijo Assunta, preocupada.

Pero Carmelo Maglieri no era tan fácil de desanimar y cuando su paisano Frank estuvo ya bailando con su perseguidora, cruzó el gentío para acercarse a las Fortuna y se inclinó para besarle la mano a Assunta. Stella se dio cuenta de que el gesto encantaba a su madre, la simple de su madre que nunca había ido al cine a ver una película. Carmelo llevaba una corbata verde como el acebo. Era difícil dejar de fijarse en sus ojos brillantes.

Tina tenía docenas de preguntas que formular a Carmelo sobre Rocco, pero pronto quedó claro que él tenía poco que contarle; Rocco no le escribía ninguna carta desde el extranjero. Cuando Tina se inquietó, Carmelo se echó a reír.

—¿Y por qué iba a escribirme? Para él es mucho más importante escribir a su amiga favorita.

Como era de prever, al oír eso Tina se puso de color granate.

—¿De verdad crees que soy su amiga favorita?

—Estoy seguro de que Rocco piensa en ti cada día.

A Stella le pasó por la cabeza la idea de que tal vez Carmelo estaba vigilando

a Tina en nombre de su amigo, haciendo que le fuera fiel. Sintió una nueva oleada de desconfianza hacia él.

—Rezamos por él a diario —estaba diciendo Tina. En el rostro sonrojado le brillaban los ojos húmedos y llenos de energía—. También tú deberías rezar por él.

—Pienso hacerlo —contestó Carmelo, esta vez con voz seria. Se volvió hacia Stella—. Lamento lo que he oído contar de tu prometido. Mi más sentido pésame para ti y tu familia.

A la desconfianza que sentía por Carmelo se sumó una fría náusea. ¿Por qué iba a sentirlo por Stefano, al que no conocía de nada? Los hombres no eran tan sensibles. No era eso: lo que quería decir, al mencionar a Stefano, es que consideraba que Stella estaba en el mercado.

—Estamos muy tristes —contestó Stella con frialdad—. Era un buen hombre.

—Era un buen hombre —repitió Tina, y se le quebró la voz. Oh, no, Tina. En la fiesta no, pensó Stella. Pero Assunta en aquel momento cogió la muñeca de Carmelo, un gesto de familiaridad que sorprendió a sus dos hijas y las dejó mudas.

—Tú sí que eres un buen hombre —dijo Assunta—. Gracias por pensar en nosotros.

De repente, Stella sintió que las náuseas se apoderaban de ella y la cegaban unos puntitos plateados de pánico que llenaban su campo de visión.

—Perdonad —dijo. Se alejó de ellos y caminó rápidamente hacia el aseo de señoras. Tenía que escaparse de allí. Que pensaran que estaba alterada por Stefano. Afortunadamente no había cola, se encerró en un aseo y se sentó en el retrete a pesar del vestido, aspirando bocanadas de aire con olor a orina, intentando calmarse.

La había asaltado la imagen de lo que podría ser estar casada con Carmelo, con aquel Carmelo demasiado encantador, con sus bromas amables y sus intenciones ocultas. En cuanto la idea se adueñó de ella, no fue capaz de combatir los pensamientos que arrastró consigo. Las manos de Carmelo sobre ella, lo que provocaba oleadas de escalofríos de asco. Su cuerpo hinchado con un hijo suyo. Las piernas abiertas como las de un animal, igual que había visto las de su madre cuando nació Louie, ese horroroso higo rojo lleno de sangre viscosa. Stella sintió que todo su cuerpo se tensaba, una oleada de miedo y asco que empezaba en el pubis y la recorría hasta el estómago. No podía borrar aquella imagen. Se agarró la barriga y sintió las cicatrices de sutura a través del tejido del vestido. Ya la habían abierto una vez, no quería que volviera a suceder.

Cuando Tina entró y llamó por debajo de las puertas de los aseos, Stella hizo caso omiso de sus gritos.

—Stella. Steeeella, sal. Steeeeeella, sal.

Stella se mantuvo tercamente callada. Finalmente, tras el intento de intervenir de varias mujeres, Tina se marchó.

Stella cerró los ojos e intentó evocar la imagen de la montaña, las hojas de los olivos de color azul plata agitándose en la brisa como si fueran agua. Esperó en el aseo hasta que se le calmó el estómago. Antes de volver a la fiesta, aprovechó para orinar. Cuando se bajó las bragas, las encontró manchadas de sangre: debía de haberse despistado otra vez con la fecha. Hizo un paquetito con el papel higiénico y se lo puso, con sensación de encontrarse ya mejor. Quizá los escalofríos no se debían a una premonición, sino a simples calambres menstruales.

Sin embargo, no podía permitir que Carmelo Maglieri se acercara demasiado.

—¿Se te ha ocurrido pensar que con esos ojos azules, como los de Carmelo —preguntó Stella a su madre a la mañana siguiente, cuando se sentaban a comer a la mesa—, tienes que tener cuidado con el *mal'oicch'*?

—Qué tontería —replicó Assunta inmediatamente.

—Ya sabes lo que dicen de los hombres con los ojos azules —dijo Stella—. Nada impide mirar al diablo a través de ellos.

—Esa superstición es una tontería —declaró Assunta—. Ya sabes que la cosa no va así.

—Ya lo sé —contestó Stella, consciente de la reprimenda.

Pero aquella noche, antes de irse a la cama, Assunta recitó un conjuro para rechazar cualquier hechizo que acechara a cada uno de sus hijos.

La guerra fue un periodo difícil, literalmente oscuro, un mundo apagado por cortinas destinadas a ocultar la luz. Entre los toques de queda y la ausencia de los hombres jóvenes, las reuniones sociales eran breves, casi inexistentes. No había ya carne; no había azúcar. En cambio, sí había misas funerales en memoria de los chicos que ya no regresarían.

Entre tanto, los Fortuna trabajaban mucho y prosperaban. Tony alquiló los dos pisos de la casa de Bedford Street a distintos inquilinos, así sumaban una cantidad adicional a sus salarios. Tony seguía quedándose con el sueldo de sus hijas, pero les daba dinero de bolsillo para ir al cine, a tomar algún refresco o a la peluquería. Cada día eran más estadounidenses.

A medida que pasaban los años, la añoranza que Stella sentía por Calabria se iba desvaneciendo y el dolor de la separación se convertía en simple nostalgia.

Se sentía culpable al pensarlo, pero no podía evitarlo. La herida de Ievoli se estaba curando y Stella, la superviviente, había sobrevivido. En los Estados Unidos había muchas cosas que le gustaban: los vestidos de colores, la comida deliciosa, los cines, los coches y los retretes con cisterna.

Cuando se trabaja duramente, el tiempo pasa. Pasan incluso los malos momentos. Pero para Stella aquellos no fueron malos tiempos: habría vivido así felizmente durante años, trabajando mucho, comiendo a placer, pasando las tardes con su madre, su hermana y sus amigas, durante el resto de su vida.

* * *

Joey se había alistado en el ejército en 1942 y, tras dos años de preparación para el despliegue, lo embarcaron con su unidad con destino a Europa a finales de otoño de 1944. Envió una carta, una única página triste dirigida a Assunta y escrita en un inglés a prueba de censura. La carta terminaba con una línea en italiano mal escrito: «Ojalá estuviera en casa». Durante seis meses nadie volvió a tener noticias suyas hasta el día de marzo de 1945 en que un chico de la Western Union llegó a Bedford Street.

Stella advirtió el motivo de su presencia en cuanto lo vio a través de la cortina. El uniforme, la gorra de banda alta con el sello dorado: solo enviaban telegramas por un motivo.

—Ya voy yo a abrir, *ma* —gritó Stella en dirección a la cocina. Tenía que proteger a su madre: costara lo que costara, Assunta no podía abrir la puerta. Stella inspiró hondo cuando Tina apareció a su lado.

—Stella, ¿para qué ha venido? —La voz de Tina estaba ya alterada por las lágrimas.

Stella volvió a aspirar profundamente. Le latía el corazón con fuerza. Le iban a decir que su hermano estaba muerto. Tenía que prepararse.

Stella abrió la puerta solo tres cuartas partes y se plantó con firmeza en el umbral, impidiendo que Tina saliera al porche.

—¿Qué quieres? —preguntó Stella al mensajero. Tenía la garganta tensa.

El chico apenas contaría quince años, tenía la frente marcada por el acné y llevaba gruesas gafas sin montura.

—Señora, ¿viven aquí Anthony y Assunta Fortuna? —pronunció el nombre de Assunta como «Uhsuhnta».

A su espalda, Tina apretaba el brazo de Stella tan fuerte que le hacía daño.

—Sí —contestó Stella—. Son mis padres.

—Tiene un telegrama —dijo Tina en calabrés, y se echó a llorar.

—Señora, tengo una entrega para ellos.

—Ya lo cojo yo. —Stella se apoyó con todo su peso sobre la palma que apoyaba en el marco de la puerta, dejando que el borde afilado de esta se le clavara en la piel. A su espalda, los sollozos de Tina se habían convertido en una respiración ruidosa y agitada.

El chico se frotó la nariz con incomodidad.

—Tengo que entregarlo al señor o a la señora Fortuna.

Stella dio un paso al frente y le agarró el telegrama de las manos.

—¿Ha muerto mi hermano? —sintió que el nudo en el estómago se convulsionaba mientras imaginaba a Joey, vestido con uniforme, tal como lo había visto por última vez, el elegante y guapo Joey, y luego recordó la cabecita peluda acurrucada contra su hombro en la cama que habían compartido de pequeños. Oyó el ruido de las manos de Tina sobre las baldosas de la entrada, a su espalda, cuando su hermana se derrumbó, gimiendo.

El mensajero dio un paso atrás y Stella lo agarró por la muñeca para que no pudiera irse.

—¿Qué dice? —preguntó. Había unas pocas líneas de texto, pero Stella no entendía nada más que el nombre de Joey y la fecha. Buscó la palabra «muerte» pero el inglés del telegrama era poco familiar, muy formal—. ¿Ha muerto mi hermano Joey?

—Mmm —el chico se inclinó hacia delante y estudió el texto—. No, no ha muerto. ¿Le pasa algo? —preguntó el chico, señalando a Tina, que estaba acurrucada llorando con la boca abierta contra las baldosas del suelo.

—No le pasa nada. —El oscuro túnel del pánico empezó a esfumarse—. ¿Mi hermano no está muerto?

El chico negó con la cabeza.

Sin soltar la muñeca del muchacho, Stella se volvió hacia Tina.

—Cálmate —dijo—. Joey no está muerto.

Tina dejó de sollozar al instante.

—¿No está muerto? —preguntó entre hipidos—. ¿Entonces qué pasa?

El chico dijo unas palabras en inglés que Stella no entendió. Cuando lo miró con aire de incomprensión, este las repitió y señaló el telegrama.

—¿Está herido? ¿Malherido? —intentó adivinar Stella.

—No, por Dios —contestó el chico con impaciencia. Tenía muchas visitas que hacer todavía—. ¿Hay alguien en la casa que sepa más inglés?

Tras varios meses en un hospital militar en Francia, Joey fue devuelto a Hartford. Había estado recuperándose de la herida que se había infligido él mismo al dispararse deliberadamente en el brazo izquierdo. Al menos, así era cómo la documentación de licenciamiento militar describía la lesión; Joey nunca lo admitió, de modo que todo el mundo se encogía de hombros y decía: «Nunca sabremos lo que sucedió».

Tras dos años de formación militar, al parecer Joey no estaba preparado mentalmente para el combate; cuando su unidad aterrizó en Francia, las dudas pudieron con él. El resto de la unidad 103 se dirigió hacia el norte para invadir Alemania, pero Joey Fortuna no salió de Marsella.

En cuanto el hospital militar le dio el alta, el ejército sometió a Joey a un juicio militar y recibió la baja deshonrosa del ejército. A pesar del acto delictivo de la automutilación, el hospital de veteranos de Hartford se ofreció a operarlo sin costes para arreglarle el brazo. Joey rechazó la operación; temía que, si volvía a ser útil, lo devolvieran a la guerra. Un sacrificio en vano: si Joey se hubiera tomado la molestia de preguntar un poco, se habría enterado de que a quienes recibían una baja deshonrosa no volvían a enviarlos al frente.

A pesar de la larga estancia en el hospital francés, el brazo de Joey no se curó del todo; la bala había destrozado el radio y el cúbito, y el cirujano militar, que solo aceptaba tratar este tipo de casos porque lo obligaba el juramento hipocrático, no se había esforzado mucho en la intervención. Joey había evitado la cárcel, pero el hecho de que hubiera recibido una baja deshonrosa, sumado a su discapacidad, proyectaba una larga y oscura sombra sobre su vida y su futuro.

Además, había un protocolo especial para los soldados no nacionalizados que habían recibido la baja deshonrosa y el Servicio de Inmigración y Naturalización interrumpió el trámite para la obtención de la ciudadanía.

Tony arrastró a Joey hasta la oficina del ejército en Asylum Street para protestar. Hizo que Joey se pusiera un traje.

—No pueden hacerle esto —rugió Tony al soldado de guardia que atendía—. ¡Fue a la guerra por ustedes! El papeleo ya está casi terminado, es ciudadano estadounidense.

Al soldado no le caían bien los cobardes. Contestó con calma y frialdad.

—En caso de baja deshonrosa pueden frenar el proceso de nacionalización incluso de modo retroactivo.

—¿Retroactivo? —repitió Tony.

—Quiere decir que aunque esté ya hecho, se puede deshacer.

Joey contemplaba el linóleo del suelo mientras Tony se ponía furioso.

—¡Fue a luchar por los Estados Unidos!

—¿Sí? —contestó el soldado sin perder la calma—. Mire, señor Fortuna: su hijo ha cometido un delito contra el ejército de los Estados Unidos en tiempo de guerra. Tiene suerte de no verse sometido a medidas disciplinarias más severas. —Para que quedara más claro, remachó—: Tienen suerte de que no esté en la cárcel.

Ahí terminó la negociación. Tony salió furioso en dirección al bar sin dirigirle la palabra a su hijo, que regresó solo a casa.

Si Joey hubiera muerto en acto de servicio, toda su familia —padres, hermanos— habría sido inmediatamente candidata a la nacionalidad estadounidense. Pero ahí estaba la raíz del problema; Joey no había querido morir ni llegar siquiera a estar demasiado cerca de la muerte. Y ahora era un

delincuente de poca monta con el brazo lesionado y sin ninguna de las ventajas de un soldado.

Tony nunca perdonó a su hijo su cobardía. Tony, que había pasado cuatro años combatiendo en uno de los frentes más sangrientos de la historia de la humanidad y no se había disparado en el brazo, no podía admitir la debilidad de Joey. Los hijos tenían que demostrar la virilidad del padre; el hijo de Tony era poco varonil. Era un chico mimado, blando y asustadizo, un hombre incapaz de ganarse el respeto de los demás. Mientras ambos vivieron, no pudieron zanjar esas diferencias. Tony hacía caso omiso de su hijo si estaban los dos en la misma habitación. Si se dirigían la palabra —si Joey, incómodo por la situación, forzaba una conversación— terminaban a gritos, insultos y con una sinfonía de portazos.

Joey era físicamente incapaz de desempeñar muchos de los trabajos en la construcción o en las fábricas que ocupaban a otros inmigrantes que no habían obtenido la nacionalidad y la verdad de su situación implicaba un manchón en su expediente. Quienes tenían que entrevistarlo, cuyos hijos estaban en el frente, luchando con valor, no tardaban en advertirlo. «¿Así que fue usted herido en la guerra, pero no tiene los papeles de ciudadano estadounidense ni los beneficios de veterano...?» Tras cuatro o cinco intentos desganados de encontrar trabajo, Joey se rindió y dejó pasar el tiempo en su habitación de Bedford Street. Bebía desde que se levantaba —por lo general, a mediodía— hasta que al final se quedaba dormido. Tragaba litros y litros del vino de Tony. Se había acostumbrado a beber en Europa y tenía intención de pasar el resto de su vida aturdido en una neblina etílica.

—Esto no te va a servir para nada —le decía Assunta cuando Joey se sentaba a la mesa de la cocina, vestido con camiseta y calzoncillos, mientras le servía un vaso grande de vino tinto de la botella que ella misma dejaba bien visible en la encimera.

—De verdad, mamá, lo necesito —contestaba él mientras esperaba a que Assunta le pusiera un plato de *pastina* para desayunar—. Ahora soy así, este es el fracaso de hijo que tienes, un borracho. Así es como va a ser.

La presencia de aquel monstruo que sustituía al Joey que se había ido a la guerra —una persona totalmente distinta del chico travieso, cariñoso y guapo que se había marchado— seguía siendo difícil de comprender para Stella. Su imagen ante la mesa manchada de vino de la cocina la ponía enferma. Era su hermano, el niño que había aprendido a acunar cuando ella era todavía una niña, que había llorado un día entero cuando su gatito callejero favorito desapareció, que guiñaba el ojo cuando le abría las nueces con un bocado fuerte y diestro. Su hermanito, todavía tan guapo, a pesar de los ojos rojos y la horrible sonrisa. Pero era un monstruo indiferente al daño que causaba siempre que pudiera seguir

celebrando su desgracia. A diferencia de Assunta, Stella no veía el sufrimiento de Joey. Le parecía un agente de la corrupción infiltrado en su casa, un ser perfecto que se había corrompido y estaba dispuesto a pudrirlo todo a su alrededor.

El regreso de Joey fue especialmente perturbador para Louie, que tenía quince años y había vivido durante tres sin compartir habitación. Louie era franco, pulcro y educado, con modales amables que sus profesores apreciaban. Iba camino de terminar el instituto —sería la primera persona en la familia que lo consiguiera— y jugaba bien al fútbol. La presencia en su dormitorio de su hermano mayor, maloliente y sensiblero, era una interferencia en su vida. En verano, cuando no había colegio, Louie empezó a dormir en casa de sus amigos y algunas veces pasaba varios días fuera.

Assunta lloraba por ello, ya que Louie era su favorito.

—Sabes que es el mejor de todos —decía Assunta a Joey cuando este se sentaba a la mesa con un albornoz sin cerrar—. Dejas que se ocupe de ti como si fuera mayor que tú.

—*Ma*, tengo el corazón de un viejo —contestaba Joey—. Soy tan viejo que no tengo motivos para dar vueltas por ahí intentando impresionar a la gente. Sé que no tiene sentido.

Carmelo Maglieri algunas veces sacaba a Joey a tomar una cerveza. Parecía que era eso lo que Joey necesitaba y volvía a casa de mejor humor.

—Deberías casarte con él, Stella —dijo Joey ante toda la familia una noche a la hora de cenar—. Ya sabes que le gustas. Lleva tres años esperando que cedas.

Tony levantó la vista del plato y examinó atentamente a su hija mayor. Stella sintió que se sonrojaba tan violentamente que la piel del cuello empezaba a picarle.

—Me alegro por él —se limitó a decir Stella.

—Vamos, Stella. Podría irte mucho peor.

—Cállate, Joey —contestó en inglés. Sonaba mucho más fuerte en inglés—. Eres un imbécil. —Sabía que su padre seguía mirándola.

—Y tú eres una mocosa malcriada —contestó Joey, negando con la cabeza—. ¿Qué es lo que crees que tienes que te hace tan superior a Carmelo? ¿Un tipo tan bien plantado como él? Cualquiera de las chicas de la Sociedad le diría que sí en un abrir y cerrar de ojos.

—Pues que se peleen ellas por él. —Stella se concentró en sentir el aire fresco que la rodeaba con la esperanza de que le desapareciera el rubor de la cara y el cuello.

—Deberías pensar en tu futuro, Stella —dijo Tony—. Tienes veinticinco años. No se sabe quién va a volver de esta guerra.

—Papá, eso es lo que le faltaba a Tina para preocuparse más por Rocco —dijo Stella. Lo dijo con intención de cambiar de conversación y la estrategia resultó magnífica, ya que todos pasaron a hablar de las noticias más recientes de Rocco Caramanico. Nadie dijo nada más sobre Carmelo Maglieri aquella noche, pero Stella sabía que se había plantado la semilla en la cabeza de su padre. Carmelo acababa de convertirse en el enemigo de Stella.

Carmelo trabajaba en Pratt & Whitney, como Tony, pero en la planta de motores. Después de que Joey sacara el tema del matrimonio de Stella a la hora de cenar, esta se encontró con que Carmelo recogía a Tony por las mañanas y lo llevaba al trabajo en su Plymouth. Stella no estaba segura de si su padre se lo había pedido a Carmelo o si este se había ofrecido. En cualquiera de los dos casos, era una mala noticia.

Cuando llevaba a casa a Tony después del trabajo, Carmelo entraba a tomar un vaso de vino y terminaba quedándose a cenar. No disimulaba su interés por Stella. La cortejaba y su padre, todavía lo bastante apegado a las costumbres del viejo mundo como para creer que su opinión era relevante, estaba contento. Stella era consciente del peligro. Algunos cambios menores y aparentemente inocentes, como que lo llevara o trajera, o que se quedara a cenar, irían acumulándose poco a poco hasta que se encontró convertida en la madre de los diez hijos de Carmelo sin saber exactamente en qué momento se habían impuesto a su voluntad.

Stella se sentía sitiada en su propia casa y sus supuestos aliados confraternizaban con el enemigo. A todos les gustaba Carmelo. Flirteaba con Assunta, que soltaba risitas y le daba con el trapo de cocina. Lo invitaba a cenar una y otra noche.

—El pobrecillo vive en un horrible edificio lleno de hombres —decía Assunta.

Stella no sentía por él ninguna pena; no se iba a morir de hambre y no le costaría mucho camelar a la madre de cualquier chica para que lo alimentara.

Carmelo chismorreaba con Tina como si fueran viejas amigas. Enseñó a Louie juegos de cartas. Las noches en que Carmelo no estaba, Tony y Joey se quedaban y jugaban a las cartas en la mesa de la cocina: una extraña aproximación entre Joey y su padre. Ese año Tony empezó a salir menos por las noches; tal vez su relación con alguna mujer desconocida había terminado. De la misma manera que a Stella le molestaba el modo en que Carmelo se había

infiltrado en su familia, sabía que su madre estaba más feliz, liberada de la ansiedad y la tristeza a las que se enfrentaba las noches en que su marido no volvía a casa.

Carmelo leía y escribía bien en italiano y en inglés; según les contó, leía el periódico todas las mañanas y así era cómo había aprendido todo lo que sabía. Fue Carmelo quien ayudó a que las chicas Fortuna consiguieran por fin aprobar el examen para obtener la nacionalidad en 1945. Carmelo leía en voz alta las preguntas del libro, las interpretaba en italiano y preguntaba a las hermanas hasta que le parecía que Stella memorizaba lo que entendía. Carmelo le hablaba a Tina en inglés y, sabiendo que le costaba, la animaba amablemente.

Carmelo empleaba expresiones calabresas que seguramente habría aprendido de los Fortuna. Stella se preguntaba si se estaba esforzando tanto en encajar con ellos que incluso había cambiado su manera de hablar y si era una decisión deliberada o un mecanismo inconsciente. En cualquier caso, no tenía claro cuál de las dos cosas podría ser peor.

Al final, se produjo el enfrentamiento directo. Y «al final» resultó ser la semana después de que Stella consiguiera la nacionalidad estadounidense.

—Con el permiso de tu padre —dijo Carmelo durante la cena, delante de toda la maldita familia—, me gustaría tener una cita contigo.

—¿Una cita? —preguntó Antonio, repitiendo la palabra—. ¿Qué tipo de cita?

—Salir a cenar y ver una película el sábado por la noche —dijo Carmelo. Parecía tranquilo y seguro de sí mismo. Stella, en cambio, estaba asustada y tenía los ojos fijos en el plato de pasta mientras toda la familia la observaba. La alegría de todos era palpable: llenaba el comedor y la presionaba como un torno invisible. ¿Cómo iba a combatir contra el encanto de Carmelo?

—¿Qué dices, Stella? —preguntó Tony.

—No, gracias —contestó con tanta amabilidad como pudo. No podía ceder ante aquella presión. No la someterían—. No salgo con chicos.

—Pues ahora es buen momento para empezar —contestó Tony—. O te vas a convertir en una solterona.

—No, gracias —repitió Stella, sentándose erguida y mirando a su padre a los ojos—. No salgo con chicos. Sigo de luto por la muerte de mi prometido.

—Y una mierda —exclamó Joey en inglés. Assunta le habría dado un bofetón si lo hubiera entendido.

—¡Ya basta! —gritó Tony, que se había ido enfadando progresivamente—. Carmelo, Stella acepta la invitación. Puedes recogerla aquí el sábado a las seis.

Las manos de Stella vibraban con furia. No controlaba la situación. ¿Qué

podía hacer?

—Tina, tú vendrás como carabina.

Tony contestó tajante.

—Tienes veinticinco años. No necesitas carabina.

Stella miró a su alrededor, a sus hermanos y a su hermana, a sus padres y a su pretendiente: todos la miraban, esperando una respuesta. Tenía a Joey a un lado y Tina al otro; no había manera de levantarse y salir de la habitación para mostrar su enfado con cierta dignidad. Pensó también en tirar el plato de comida, pero no se sentiría orgullosa de representar ese tipo de melodrama.

Así que intentó darles tan poca satisfacción como pudo. Cogió el tenedor, lo llenó con trocitos de *ziti* y se los llevó a la boca. Tenía la lengua seca y el estómago tenso. El momento se fue prolongando mientras todos esperaban su reacción y ella seguía comiendo el plato de pasta.

—Bueno, pues bien —dijo Carmelo al cabo de un lapso de tiempo excesivamente largo—. Te recojo el sábado.

Había estado fingiendo que era todo un caballero; pero un caballero de verdad habría desistido en cuanto ella había dejado claro que no quería salir con él. No, era como todos, agotadora conspiración de los hombres compinchados para hacer que las mujeres hicieran lo que ellos querían. Lo tendría en cuenta, era la prueba definitiva de que Carmelo no era tan encantador como parecía.

Aquella noche, y todas las noches hasta el día de la cita, Stella tuvo su pesadilla. Hacía más de un año que no se repetía y confiaba en no volver a tenerla nunca más, pero ahí estaba de nuevo y se veía de nuevo acorralada, las manos del violador sobre la piel desnuda, la indefensión. Insomne y agotada, se sentaba a la mesa de la cocina bajo el altarcito dedicado a la primera Stella e intentaba echar alguna cabezada sobre los brazos cruzados. Intentaba borrar la sensación de la erección del violador sobre su muslo y se frotaba hasta que le dolía. Rezaba a la Virgen María pidiéndole protección y perdón.

Acosada por el insomnio, agotada y renuente, Stella se negó a hacer el menor esfuerzo para arreglarse para la cita, lo que inquietó mucho a Assunta.

—¿Por qué no puedes hacerlo, Stella? —le preguntó su madre, sollozando. El viernes por la noche habían tenido una pelea a gritos—. ¿Por qué no puedes ser un poco amable y no echar a perder esta oportunidad?

—Por el amor de Dios, *mamma*, ¿por qué no me escuchas? —contestó Stella, llena de rabia—. Te estoy diciendo que no quiero casarme con él. Me da igual

perder cualquier oportunidad, porque no lo quiero.

—¡Claro que sí lo quieres! —gritó Assunta—. ¡Sí, lo quieres y lo sabes!

—*Mamma*, ¿por qué no me crees? ¿Por qué no me escuchas? —Con su padre una pelea así habría sido más sencilla: era un bruto y Stella lo odiaba. Pero Stella tenía la sensación de que las palabras de Assunta eran la traición de la mujer que más quería en el mundo, ya que, al parecer, tanto le daban las opiniones y esperanzas de su hija—. ¿Cuándo te he mentado yo? Nunca.

Los sollozos de Assunta se convirtieron en aullidos. Assunta era incoherente y la situación no tenía remedio. Stella, agotada por la rabia, se fue al baño y se lavó y se rizó el pelo. En cualquier caso, iba a hacerlo para ir a la iglesia; solo lo adelantaba un día.

Carmelo, por su parte, hizo un esfuerzo para a cita. Cuando apareció para recogerla tenía los rizos negros empapados y peinados con una pulcra raya central. Llevaba su traje gris y una corbata de seda azul cielo. Sujetaba un nuevo fedora contra el pecho cuando Stella se reunió con él en la puerta.

Carmelo charló, sin duda un poco nervioso, durante el corto viaje en coche y Stella guardó un silencio taciturno. La pelea con su madre le pesaba. Estaba agotada por la frustración. Nadie creía que supiera lo que era mejor para sí misma; todo el mundo quería controlarla.

Ahora estaba sola con Carmelo y el peso de la situación tenía que soportarlo ella. No le serviría de nada concentrarse en sus malos sentimientos; tenía que centrarse en Carmelo y en terminar su cortejo.

Stella todavía no había elegido una táctica. ¿Iba a ser fría, cortés y distante? ¿O franca y grosera? O tal vez debería ser normal y simpática, ya que era tan difícil no serlo con Carmelo, y decirle con claridad que apreciaba su esfuerzo, pero que nunca le diría que sí y sería más fácil para él si dejaba de intentarlo. Todavía no había tomado una decisión cuando llegaron a Tom's Restaurant, el lugar que Carmelo había elegido para la cena.

Durante la cena —ella pidió una hamburguesa y Carmelo la imitó— Stella dudó. Cada vez que se daba cuenta de que estaba siendo demasiado simpática se enfadaba consigo misma y se enfurruñaba, pero entonces se sentía débil y tonta. La cena fue agotadora porque tuvo presente todo el rato que no podía divertirse.

Y Stella se sentía mal sentada frente a él en un restaurante brillantemente iluminado. Se imaginaba que los demás comensales los miraban, un hombre guapo y bien vestido y una mujer sin arreglar, sin maquillaje, sin ni siquiera pintalabios. Reprimió las punzadas de arrepentimiento. Que la vanidad no fuera la causa de su derrota. Las opiniones de los desconocidos no tenían la menor importancia.

Carmelo seguía impertérrito. En realidad, estaba cada vez más cómodo y

seguro de sí mismo a medida que avanzaba la cena. Le habló de su hermana, que vivía en Montreal, de sus padres y su hermano, que vivían en los Abruzos. Le hizo preguntas educadas cuyas respuestas ya sabía; Stella estaba en desventaja porque Carmelo había dedicado mucho tiempo a intentar conocerla.

—La próxima vez —dijo Carmelo cuando Stella dobló la servilleta y la dejó sobre el plato vacío— puedo llevarte a la rosaeda.

Stella había disfrutado de la hamburguesa; estaba satisfecha. La frase de Carmelo hizo que saliera de su estupor.

—Carmelo, no va a haber próxima vez.

—Sí, claro que sí —le dijo él, guiñándole un ojo, lleno de aplomo.

Stella sintió una oleada de odio: sí, aquello estaba bien. Había que seguir por aquel camino.

—Estoy aquí porque mi padre me ha hecho salir contigo, ya lo sabes. No me gustas y no me gustarás nunca.

—Oh, ya verás como acabo gustándote —le guiñó un ojo de nuevo—. Creo que ya te gusto un poco, de todos modos.

—Carmelo, escúchame. —El guiño la molestaba. Stella controló su frustración, habló clara y lentamente para que tal vez en esta ocasión Carmelo oyera lo que tenía que decir—: Esto, la relación entre tú y yo, no va a ninguna parte. Puedes perseguirme todo lo que quieras, pero no voy a casarme nunca. Ni contigo ni con nadie.

—Bobadas —contestó Carmelo alegremente—, todas las mujeres quieren casarse.

—Pues yo no. —Sentía una opresión en el pecho. La furia de la noche anterior había vuelto y ahora iba toda dirigida hacia él.

—Sí, claro que quieres —insistió él—. Aunque todavía no lo sabes. Cambiarás de opinión, seguro.

Stella lo miró desde el otro lado de la mesa. Por primera vez advirtió que tenía varios pelos en las cejas que salían disparados como si fueran las antenas de un insecto.

—Carmelo, te estoy diciendo que no te quiero y nunca te querré. No me escuchas.

Carmelo se encogió de hombros mientras sacaba el dinero de la cartera, pero su sonrisa era más tensa.

—Stella, crees que sabes lo que quieres, pero te darás cuenta de que te equivocas.

La furia le burbujeó en la garganta. Era como hablar con una pared.

—¿Por qué eres tan insistente? —preguntó—. Gustas a cientos de chicas. Deja de perder el tiempo conmigo.

Carmelo la miró con ojos brillantes.

—Stella, he visto nuestro futuro juntos. Es bueno. Y tú también lo verás. Estamos hechos el uno para el otro desde que nacimos. —Stella se burló, ¿hablaba en serio?—. Mira, mi amigo Rocco va a volver de la guerra y va a formar una familia con tu hermana. Piensa en lo agradable que sería que tú y yo estuviéramos casados. Nuestros hijos crecerían juntos como hermanos.

Durante varios años había tenido sensaciones encontradas en relación con Carmelo Maglieri: ¿Era sincero o era peligroso? ¿Dulce y amable o tramposo y manipulador? Ahora lo comprendió: por muy amable que pareciera, Carmelo era tan macho y controlador como Tony, pero a su modo. Carmelo no quería a Stella, ¿cómo iba a estar enamorado de ella, si ni siquiera escuchaba lo que decía? Lo que quería era el sueño que tenía sobre su futuro y, para eso, la necesitaba. No tenía interés en intentar entender por qué ella no quería formar parte de ese futuro.

Stella necesitaba apartarlo definitivamente. Hacer algo drástico para atajar sus fantasías. Se miró los brazos, junto al plato, y dio la vuelta a la muñeca izquierda para que Carmelo viera la cicatriz de la cirugía mientras pensaba a toda prisa. Notaba el pulso en los oídos.

—Ya sabes que no sé cocinar. Y no pienso aprender.

—En ese caso, tienes que casarte conmigo de todas todas: soy un gran cocinero. —Carmelo agachó la cabeza con aire de complicidad—. Pocos hombres serían capaces de aceptar eso de su mujer.

Stella volvió a sentir una burbuja de furia.

—Pero ¿qué te pasa? —Stella se levantó de la mesa y alzó la voz—. ¿Por qué no dejas de acosarme aunque te digo que no te quiero? Nunca respetaré a un hombre así. Esto es ridículo. —Stella se dirigió hacia la puerta, se dio media vuelta y gritó—: Ya lo has oído, he dicho que eres ridículo.

Que los demás comensales pensarán que era una loca, eso le daba igual: quien tenía que pensarlo era Carmelo, ese era su objetivo.

Carmelo también se levantó, pero Stella no le dejó decir una palabra.

—¿Quieres una mujer que no te respete? —gritó Stella—. ¿Quieres que se burlen de ti?

Carmelo se había sonrojado.

—Vale, Stella, vámonos.

—Ridículo —exclamó de nuevo. Tenía una sensación horrible en las tripas. La camarera se acercaba hacia ellos con una escoba en la mano. Stella se dio cuenta de que no debía de tener ni idea del motivo de la disputa.

—Vámonos —dijo Carmelo, señalando hacia la puerta, y Stella se dirigió hacia la calle por delante de él. Estaba mareada. Aquello era vergonzoso. Intentó

calmarse: merecería la pena si conseguía que la dejara en paz.

—Quiero irme a casa —dijo Stella—. No me encuentro bien.

Carmelo caminó con ella hasta el coche y le abrió la puerta. Seguía colorado cuando se sentó en el asiento del conductor. ¿Estaba enfadado? ¿Avergonzado?

Volvieron a Bedford Street en silencio. Carmelo bajó del coche para abrirle la puerta y la acompañó escaleras arriba. Assunta apareció para recibir a Stella en la entrada.

—¿Qué pasa? ¿No ibais al cine?

—Stella no se encuentra bien —dijo Carmelo. No entró en la casa, se quedó en el umbral.

—¿No te encuentras bien? ¿Stella, qué tienes? —Su madre la sacudió por el hombro.

—Ya se me pasará, *ma*. —Stella intentó controlar las oleadas de fastidio y de rabia. ¿Carmelo no iba a decir nada más? ¿Aquello había terminado?—. Tengo mal el estómago, me voy a la cama.

Carmelo se llevó la mano al fedora mientras se inclinaba para despedirse de Assunta y de Stella.

—Gracias por esta velada tan agradable —dijo con voz inexpresiva—. Espero que te encuentres bien pronto.

Se colocó el sombrero y se marchó en dirección al coche.

Assunta tenía los ojos enloquecidos. Probablemente estaba intentando imaginar qué cosas horribles habían sucedido durante la cita.

—¿Qué pasa, Stella?

Stella no contestó. Empujó a su madre para pasar junto a ella y se dirigió al baño, donde vomitó la hamburguesa en el retrete.

Tras la desastrosa cita con Carmelo Maglieri, Stella tuvo la pesadilla cuatro días más. Tenía tanto miedo que no conseguía dormir a pesar del agotamiento. De repente, por algún motivo, el sueño desapareció.

Carmelo dejó de quedarse a cenar. Cuando acompañaba a Tony después del trabajo, pocas veces entraba en la casa a saludar. Stella había conseguido atajar el cortejo.

Tina y Assunta no pararon de atosigarla y Tony le dejó un ojo morado que Stella llevó con orgullo durante una semana. Pero el daño estaba hecho y Carmelo ya no la quería. Estaba a salvo hasta que su padre decidiera atarla a otro pretendiente. Pero dada la dura competencia entre las chicas italianas de la zona

este de Hartford por los soldados que regresaban del frente, Stella no estaba preocupada. Carmelo había sido la amenaza más peligrosa, estaba segura; a partir de aquel momento sería todo más fácil.

* * *

Ahora que ya eran ciudadanas estadounidenses, Stella y Tina podían entrar a trabajar en la fábrica Silex en una línea de montaje de cafeteras. El día que fueron para la entrevista, Assunta las acompañó con una fuente de *ravioli* para sobornar al encargado. Fuera o no por los *ravioli*, las chicas Fortuna consiguieron el empleo.

Carmelo Maglieri rompió la moratoria para visitar Bedford Street una noche de agosto. Se sentó a la mesa de la cocina para charlar con Assunta mientras ella cocinaba, comportándose como si no hubieran pasado semanas desde la última vez que los había visitado. Stella había estado haciendo compañía a su madre y cortando judías; Carmelo se sentó al otro lado de la mesa y la saludó educadamente. Tenía una expresión seria, nada de sus sonrisas de querubín. Llevaba los botones superiores de la camisa abiertos y una cruz colgaba de una cadena de oro enredada entre el vello del pecho, hacia donde a Stella se le iban los ojos sin querer.

Carmelo aceptó el vaso de vino que le ofreció Assunta, que estaba tan contenta de verlo que se aturullaba contándole cosas. Stella apreciaba la capacidad de afecto de su madre, aunque en este caso fuera una traidora.

—Tengo noticias, *za* ‘Ssunta —anunció Carmelo, pero estaba mirando a Stella—. *Zi* Tony y yo hemos hablado ya de ello, pero quería decírtelo personalmente.

El hermano mayor de Carmelo, Gio, había comprado una tienda de comestibles en Chicago a un paisano. Al parecer, Carmelo había enviado a casa tanto dinero que Gio había podido cuidar de sus padres durante la guerra y le había quedado dinero suficiente para comprar la tienda.

—Dice que, dado que el dinero es mío, ha puesto la tienda a mi nombre —explicó Carmelo. ¿Cómo conseguía parecer tan humilde?

Gio estaba ya en Chicago. Se ocuparía de la tienda hasta que Carmelo llegara; entonces se encargarían de ella juntos. Carmelo había llevado consigo la carta de su hermano y Assunta le estaba dando vueltas, estudiando la letra, como si pudiera leerla.

—Qué bien, una tienda. Pero, entonces, ¿te marchas?

Carmelo se encogió de hombros.

—Una tienda es algo importante. Mucho trabajo. Pero un hombre listo puede

ganar mucho dinero. El trabajo que tengo aquí en la fábrica está bien, pero ahora todos los hombres volverán de la guerra y querrán recuperar su empleo.

Tina, que había estado trabajando en el huerto, entró en la cocina; tenía el rostro sonrojado y el cabello encrespado por el sudor. Dio a Carmelo un beso en la mejilla, llena de entusiasmo, y este tuvo que volver a contarle todo de nuevo. Stella escuchó las interrupciones de su madre y de su hermana, que alternaban la tristeza con la alegría.

—Pero he venido a hablar contigo, Stella —dijo Carmelo; cogió la carta y la utilizó para señalar a Stella, como si la amenazara. Assunta y Tina se callaron de inmediato.

Carmelo miró fijamente a Stella y esta le aguantó la mirada.

—Escucha, Stella. —Cuando repitió su nombre por segunda vez, el corazón de Stella se estremeció—. Lo único que tienes que decir ahora es la palabra «quizá». Quizá algún día quieras casarte conmigo. Di la palabra «quizá» y romperé la carta aquí mismo, delante de ti, y me quedaré en Front Street. «Quizá», di solo «quizá, Carmelo. Quizá algún día».

Stella lo miró fijamente.

—Nunca —respondió. Se alegraba muchísimo de que su padre no se hubiera sumado a la conversación de la cocina.

—¡Stella! —gritó Tina.

—¿Nunca? —preguntó Carmelo.

—Nunca.

Sintió un golpe fuerte y repentino en la nuca. Se llevó la mano a la fuente del dolor y notó que tenía los dedos mojados, llenos de aceite de oliva. Le costó un poco darse cuenta de que su madre la había golpeado con la gruesa cuchara de madera que estaba utilizando para rehogar un ajo.

—*Stupida brutta* —exclamó Assunta—. ¿Qué te pasa? ¿A qué estás jugando? —Parecía enfadada y ofendida, como si Stella hubiera rechazado a su propio hijo—. ¿Cuántas veces más crees que te lo va a pedir antes de que se canse y encuentre a otra?

Stella se frotó la cabeza.

—*Mamma*, ¿cómo es posible que estés de su parte? —Al ver el modo en que Assunta agarraba la cuchara, se preparó para recibir otro golpe.

—Stella, te habría dado todo lo que quisieras —intervino Carmelo—. Te habría dado el mundo entero. Lo único que quería era hacerte feliz.

La oleada de imágenes: sus manos sobre su piel, el vientre hinchado.

—No puedes hacerme feliz —contestó con la boca seca.

El rostro de Carmelo se endureció.

—Pero ¿qué quieres en la vida exactamente? ¿Qué es lo que crees que no

puedo darte?

Stella buscó las palabras. ¿Cómo era posible que no hubieran entendido lo que quería? ¿Cuántas veces lo había dicho ya a Carmelo, a todos ellos?

—Quiero que me dejéis tranquila —dijo finalmente.

La cocina quedó en silencio por un rato. Carmelo negó con la cabeza.

—Stella, eres una mujer fría.

Como si le hubiera echado una maldición, Stella sintió que un escalofrío le recorría los brazos y el torso.

—Quizá sí —contestó—. Pero eso no es asunto tuyo.

—¿Piensas que vas a encontrar a alguien que pueda llegar a quererte más de lo que yo te habría querido? —Carmelo la estaba mirando tan intensamente que Stella tuvo que desviar la mirada—. Eres tonta.

Tras un momento de silencio, Carmelo se puso de pie y se inclinó ligeramente como tenía por costumbre para despedirse de Assunta y de Tina.

—Lo he intentado, *za* ‘Ssunta —dijo—. Me habría gustado ser tu yerno. Pero me parece que ahora es mejor que me marche a casa.

Assunta y Tina intentaron convencerlo de que se quedara a cenar, pero fue en vano. Carmelo se despidió de las dos con un beso solemne y les deseó buena salud.

—Stella —dijo Carmelo con un movimiento de cabeza y una despedida salina.

Carmenantonio Maglieri salió de la vida de la familia Fortuna.

* * *

En efecto, Rocco Caramanico sobrevivió a la guerra. Pasó fuera casi cuatro años, como muchos hombres enviados al frente del Pacífico a hacer cosas desconocidas y completamente incomprendidas por sus familias. Durante el resto de su vida, Rocco tuvo una foto enmarcada, colgada en el pasillo, del cuerpo de ingenieros químicos al que había pertenecido, pero nadie sabía lo que había pasado en Nueva Guinea. ¿Había disparado algún tiro? ¿Había matado algún japonés? ¿Había visto atrocidades, había estado expuesto a productos químicos, había visto morir a sus amigos? ¿Había entrado en combate, había sentido el peligro? Regresó sin cicatrices visibles, sin metralla, sin condecoraciones. ¿Qué había estado haciendo durante todo aquel tiempo? Bien, ese es el misterio de la guerra. Lo único que Rocco dejó claro era que nunca más volvería a comer pollo. Por lo demás, nunca contó más que lo que había escrito en sus cartas a Tina, tan correctas y asépticas.

Tanto Rocco como Tina mantuvieron la palabra dada. Rocco regresó a Hartford en enero de 1946, después de que disolvieran su unidad y lo liberaran tras una larga cuarentena. Llegó un sábado y la tarde siguiente, cuando todo el mundo había vuelto de la iglesia, telefoneó a Tony y le pidió permiso para hacerle una visita aquella misma tarde.

Llegó con su hermana a las seis. Barbara llevó una bandeja colmada de *mustazzoli* y Rocco, una docena de rosas. Stella, que abrió la puerta, quedó impresionada a su pesar.

Los Fortuna se reunieron alrededor de la mesilla de café, sobre la que Assunta puso la bandeja de galletas de Barbara y vasitos para el vino. Stella advirtió que Rocco estaba mucho más delgado que cuando se marchó, habría perdido unos quince kilos. Llevaba un traje negro que debía de ser de antes de la guerra, porque le quedaba grande, pero por lo demás iba immaculado. Tras cuatro años sin verse, Tina y Rocco se saludaron con un apretón de manos y sonrisas tímidas. Tina se sentó torpemente en una silla tapizada junto al sofá, con las rosas de Rocco sobre el regazo. Stella se quedó de pie junto a la puerta, escuchando en silencio la conversación inane de Tina y Rocco. La lámpara de la mesa redonda que había entre ellos tenía una pantalla de cristal de colores tipo Tiffany, dorada y con racimos de uvas verdes y rojos; bajo aquella luz, la tez de Tina parecía especialmente cetrina y, a su vez, la de Rocco especialmente

amarillenta. Stella pensó en todas las cosas que podrían haberle pasado durante la guerra. Qué suerte había tenido Tina de que ninguna de ellas hubiera sucedido.

Assunta sirvió vino y anunció que iba a preparar la cena. Tina se levantó y la siguió; Barbara se quedó sentada en el sofá, iba a intervenir en las negociaciones. Stella, a la que no esperaban en la cocina, dio un silencioso paso atrás y se quedó en el pasillo, oculta en la sombra de la puerta, con la esperanza de que a nadie se le ocurriera preguntarse dónde estaba.

—Bien, he vuelto vivo —dijo Rocco a Tony sin preámbulos—. Quisiera pedirle la mano de su hija Tina.

Estaba sucediendo en aquel mismo momento. Así era una petición de mano.

—Me alegro de verte, Rocco —contestó Tony—. Me alegro de que te hayan ido bien las cosas.

—He tenido suerte.

—Dios lo ha tenido de su mano —lo corrigió Barbara. Se oyó un murmullo mientras todos susurraban palabras de agradecimiento a Dios; después Tony levantó el vaso y brindaron.

—Quisiera casarme con Tina —dijo Rocco de nuevo, después de beber—. Creo que sería una excelente esposa para mí.

—Pero ¿serás tú un buen marido? —le espetó Tony.

Rocco se sentó todavía más rígido.

—Creo que seré el marido que cualquier chica buena y lista pueda sentirse feliz de tener.

Tony se rio entre dientes.

—Ah, ¿sí?

Stella no estaba segura de si Tony le estaba tomando el pelo a Rocco; este tampoco parecía saberlo.

—Sí, señor.

—Bien, bien, así que crees que hacéis buena pareja. Por lo que he visto, me parece que podrías tener razón. Os habéis escrito cartas durante todo este tiempo.

—Así pues, ¿tengo su permiso para casarme con ella? —preguntó Rocco.

—Tienes mi permiso para pedírselo. Esto es... —Tony tosió y se tapó la boca con la mano. Rocco y Barbara aguardaron expectantes mientras Tony tomaba un sorbo de vino y se secaba el bigote con la muñeca—. Esto es América, muchacho. No voy a decidir por ella, tiene que ser decisión suya.

Se produjo un silencio. Stella se preguntó si su madre y su hermana estarían escuchando desde la cocina; no se oía ningún ruido de cazuelas, grifos o sofritos.

Rocco extendió la mano.

—Gracias, señor. Será un honor.

Tony dudó, o tal vez solo aguardó un poco antes de estrecharle la mano a

Rocco.

—Muy bien, suerte.

—Gracias, señor —repitió Rocco. Por Dios, qué rígido estaba.

Había llegado el turno de Barbara.

—Hablemos de la dote —dijo Barbara. Y no añadió nada más, era todo lo que tenía que decir. Aquello desencadenó la ira de Tony.

—¿Dote? ¿Dote? —rugió Tony—. ¿Así que esta es la cuestión? ¿Creéis que voy a pagar para que os llevéis a mi Tina, la espina dorsal de mi casa? ¿Pagaros con lo que he ido ahorrando durante los últimos veinticinco años? —Negó con la cabeza, resoplando como un toro. El pelo se le había puesto de punta y le formaba un halo de rabia.

Stella sintió el terror habitual, la punzada en las tripas al presenciar la ira de su padre. No había que descartar que se le fuera la mano, pero, al mismo tiempo, se daba cuenta de que Tony estaba haciendo teatro.

—*Signora*, me parece que está usted totalmente equivocada —añadió Tony—. Es justo al revés, ¿qué le ofrece su hermano a mi hija?

Barbara era dura; no era la primera vez que le gritaba un hombre.

—*Scusa, zio*, pero sabe usted muy bien que es responsabilidad de la novia aportar el ajuar. ¿Cómo se supone que van a empezar a vivir ella y su marido?

—Mi hija tiene un ajuar excelente, no se preocupe. —Stella lo oyó respirar con tanta furia que parecía faltarle el aliento—. Pero ni hablar de dinero. En mi tierra, cuando un hombre pide en matrimonio a una mujer, tiene una casa a la que llevarla a vivir. ¿Su hermano tiene una casa para mi hija? —Y, dirigiéndose a Rocco, añadió—: ¿Qué, tienes una casa?

Rocco vaciló.

—Todavía no, señor.

Barbara añadió con valentía.

—Es costumbre que el padre de la novia ayude al novio a comprar...

—¡Costumbre! —Tony rugió de nuevo—. En mi país lo que es costumbre es que un hombre sea un hombre. Me parece que en vuestra familia los hombres cuentan con que las mujeres los mantengan.

Stella se había inclinado hacia delante, saliendo peligrosamente de las sombras, para ver la expresión de los hermanos. Barbara tenía los brazos y las piernas cruzadas en tensión. Rocco seguía sentado en una actitud de atención militar. Su boca era una línea de color amarillo oscuro.

La voz de Barbara sonó contenida, pero llena de enfado.

—Lo que es costumbre es que un hombre ayude a sus hijas cuando les ha llegado el momento de casarse.

Tony guardó un momento de silencio.

—Me da la impresión de que no están preparados para hacer una oferta seria.

Stella sintió que el corazón le latía de inquietud. ¿Tony se estaba echando atrás del permiso concedido? ¿De verdad no pensaba ayudar en nada a Tina para su nueva casa? ¿O era solo pura fanfarronada? Stella intentó imaginar cómo debía de sentirse su hermana, escuchando desde la cocina.

—Sí... —Barbara empezó a decir algo, pero Rocco levantó la mano y se calló. Llevaba tanto rato quieto que su movimiento sorprendió a Stella.

—Hablo en serio —dijo Rocco. Stella se dio cuenta de que él también irradiaba ira. ¿En qué clase de persona se convertiría si las cosas no salían como él quería?—. Voy a comprarle una casa a su hija. He ahorrado toda la paga que he recibido en combate. En dos o tres años tendré suficiente.

—¿Qué clase de casa? —preguntó Tony. Hizo un gesto, para abarcar su castillo—. Los hijos de mi hija tienen que vivir en una casa mejor que esta si su padre ha sido un soldado americano. Tendrá que tener, como mínimo, tres dormitorios.

Rocco parpadeó. Stella esperó, demasiado tensa incluso para respirar.

—Le prometeré una casa con un mínimo de dos habitaciones. —Stella se dio cuenta de que Rocco estaba negociando. Era como comprar un burro en la feria de ganado.

Eso pareció satisfacer a Tony.

—De acuerdo —dijo. Descruzó las piernas, se inclinó hacia delante y volvió a llenar los vasos—. En ese caso...

Rocco alzó de nuevo la mano, esta vez haciendo callar a su futuro suegro.

—Y usted —añadió Rocco— pagará todos los muebles. Todos —fue señalando con los dedos—: dos camas, una para cada dormitorio. Dos armarios. Un sofá para el cuarto de estar y una mesilla de café. Una mesa en la cocina, un comedor completo.

Tony lo escuchó riéndose. Rocco, mientras esperaba la respuesta, añadió:

—Y un refrigerador.

Tony dejó de reír.

—¿Un refrigerador? ¿En la casa?

—Sí.

—¿Tienes idea de lo que cuesta un refrigerador?

—Dentro de poco todas las casas tendrán uno —dijo Rocco—. Su hija necesitará uno en su cocina.

Se produjo un silencio que a Stella le pareció larguísimo. Finalmente, Tony dijo:

—En cuanto hayas comprado la casa, compraré dos camas y un sofá. Compraré el comedor completo, pero el modo en que mi hija arregle su cocina

es asunto suyo, así que os compraréis vosotros vuestro refrigerador. Ese es mi regalo de boda: dos camas, un sofá y el comedor.

—De acuerdo —contestó Rocco—. Tina elegirá sus cosas de cocina y yo las pagaré cuando nos mudemos. Y no le pediré la mesita de café. Pero usted pagará las cómodas, una para cada dormitorio.

Stella sintió una oleada de alivio. Estaban llegando a un acuerdo. Pero entonces Rocco añadió.

—Y comprará dos lámparas para cada habitación. Buenas. —Stella oyó una amenaza de vitriolo—. Y pagará las bombillas de las lámparas.

Aquello era una broma. Tenía que ser una broma.

Tony volvió a echarse a reír; esta vez parecía francamente divertido.

—No, muchacho: las bombillas te las compras tú. —Todavía riendo, le tendió la mano—. Me parece que ya hemos llegado a un acuerdo. Puedes ir a hablar con ella si quieres.

Rocco se levantó, haciendo caso omiso de la mano extendida.

—O paga las bombillas o puede quedarse con su hija.

Durante unos momentos, se hizo un silencio dramático. Barbara tenía los ojos muy abiertos. Stella sabía que apreciaba a Tina y probablemente dudaba si tenía que decir algo o dejar que su hermano hiciera frente solo a sus asuntos.

—Lo dicho, *signor* Fortuna —añadió Rocco—. Hasta aquí hemos llegado. Si cree que su hija puede conseguir mejor partido, les deseo a los dos mucha suerte. —Se secó las manos en el pantalón; tal vez estuvieran sudando—. Sé de muchas chicas que estarían contentas de encontrar marido en este momento, en especial un veterano del ejército con una buena hoja de servicios. Puedo esperar.

Un escalofrío nervioso recorrió a Stella ante la perversidad de todo aquello. ¿De verdad aquel era el hombre con quien Tina quería casarse? ¿De verdad estaba dispuesto a cambiarla por ocho o diez bombillas? ¿Incluso después de cuatro años de cartas y paquetes? ¿O era también una fanfarronada?

Tony se puso también de pie. Dijo con voz seca:

—De acuerdo. Compraré las bombillas. Dos por habitación.

—Las bombillas y las lámparas —puntualizó Rocco.

—Sí —contestó Tony con calma—. Bombillas y lámparas.

Rocco y Barbara no se quedaron a cenar. Después de aquello habría sido agotador tener que aguantar toda una comida y para las chicas habría sido terrible no poder desmenuzar la escena. Y Joey podría haber salido en cualquier momento, apestando, de la habitación de los chicos; Stella pensó que era un alivio que no hubiera salido antes, mientras estaban gritando, porque algunas veces le gustaba meterse en las peleas. En lugar de ello, Rocco le pidió a Tina que fuera a hablar con él en privado en la entrada. Tuvieron que pasar junto a

Stella, pero Rocco no pareció fijarse en ella.

Stella, sin saber a ciencia cierta qué habría oído Tina, decidió que no quería presenciar la propuesta de matrimonio, de modo que cruzó el cuarto de estar. Saludó fríamente a su padre con un movimiento de cabeza —parecía irritado y confuso— y se fue con su madre a la cocina, donde ambas se sirvieron un vaso grande de vino, brindaron y se lo bebieron en silencio.

* * *

La boda se fijó para el 17 de agosto de 1946, una ceremonia en el Sagrado Corazón y una recepción en el Italian American Home de Platt Street. Tal como debe hacer el padre de la novia, Tony Fortuna lo pagó todo. Acompañó a Tina a la sección de trajes de novia de G. Fox para elegir el vestido y el velo. Costaron cien y veinticinco dólares respectivamente. El vestido estaba hecho de rígido lino blanco; aunque la seda ya no estaba racionada, seguía siendo cara, de manera que Tina ni siquiera se probó los vestidos de seda. Stella se habría probado uno, por lo menos.

Naturalmente, Stella iba a ser la dama de honor. Stella se debatía en una extraña mezcla de emociones: entre el orgullo y la emoción por ayudar a su hermana pequeña en su boda y ciertas reservas. Sería dama de honor por segunda vez, después de la boda de Franceschina Perri con Frank Carapellucci el pasado otoño, de manera que Stella tenía algunas buenas ideas sobre cómo celebrar la boda de su hermana. Gastó quince dólares, cuidadosamente ahorrados de la paga de la fábrica y escondidos de su padre en un calcetín rosa que guardaba en el cajón de la ropa interior, para pagar una bonita comida previa en honor a la novia e invitar a sus amigas. Compró pasteles en Federal Bakery, la pastelería de State Street, e incluso preparó diminutos sándwiches «para el té» como los que vendían en el café de G. Fox, triángulos de pan de molde con queso o mermelada. Era lo más cerca que había estado Stella de cocinar algo en su vida: no lo habría hecho por nadie que no fuera Tina. Todas las señoras presentes alabaron lo finos que eran. Stella había pasado las tardes de un mes entero preparando regalitos para todas: un pañuelo con un ribete de ganchillo multicolor. Para la fiesta compró para ella y para Tina vestidos de verano, así como zapatos nuevos. Y, finalmente, Stella consiguió que Joey le comprara una botella de anisete, que las señoras se sirvieron después del té. Todo el mundo reía cuando se despidieron de Tina con un beso y todos dejaron un sobre lleno de dinero sobre la mesa. La fiesta fue un éxito y Stella se quedó con la sensación de que tardarían en superarla como anfitriona en el barrio italiano.

El vestido de dama de honor de Stella era una réplica en color amarillo del de Tina en los hombros abullonados y el escote en forma de corazón. Las otras damas de honor llevaban un vestido idéntico, pero en azul celeste. Tina había elegido a Fiorella Mulino, Carolina Nicotera, la hermana pequeña de Franceschina —Loretta— y una chica llamada Josie Brandolino, que era la hija del nuevo jefe de Tony, un hombre de los Abruzos. Habían despedido a Tony de

su trabajo en la fábrica en marzo —tenían que hacer sitio a los jóvenes que venían del frente— y ahora trabajaba de vez en cuando para una empresa de la construcción. Quería causar buena impresión a su jefe e hizo que Tina invitara a Josie para que fuera dama de honor, aunque las chicas Fortuna casi no la conocían.

Tony contrató una banda de música y el *catering*: sándwiches y pizza. Si hubiera sido su boda, a Stella le habría gustado decir algo sobre el menú, pero Tina no se quejó. Tony pagaba y podía elegir la comida que quisiera.

Mejor para él, pensó Stella. Será la única boda que tenga que pagar.

Barbara, la hermana de Rocco, se ofreció para preparar el pastel, una tarta de cuatro pisos llena de pasas, higos, ciruelas y miel, recursos acertados en un momento en que el azúcar estaba racionado. Barbara necesitaba todo el azúcar que pudiera obtener para cubrir el gigantesco pastel de casi un metro de altura y treinta kilos de peso del adecuado blanco nupcial. No era la primera tarta de boda que preparaba Barbara: era un regalo que equivaldría como mínimo a treinta y cinco dólares y con los años se había convertido en una especialista en Hartford. Pero sabía que la decoración no era su fuerte y le pidió ayuda a Stella. Dos jueves antes de la boda, Barbara y Stella recorrieron State Street y pasaron dos horas delante del escaparate de la pastelería, contemplando cómo los profesionales con su delantal blanco decoraban un pastel de boda a la vista de todos, igual que hacían todas las mañanas. Stella iba cambiando el peso de un pie a otro —se había puesto los zapatos buenos para que las tomaran por compradoras potenciales y no simples mironas— mientras Barbara contemplaba sin timidez y murmuraba cosas como:

—Ajá, ¿has visto lo que ha hecho con el cuchillo? —Y también—: No vamos a poder hacer flores como esas en casa, ¿verdad, Stella?

La semana después de la petición de mano, Rocco compró a Tina un anillo de compromiso al estilo estadounidense, un aro de oro amarillo con un brillante de medio quilate. Tina lo llevaría todos los días de su vida a todas partes, incluso a trabajar en la fábrica de cafeteras, hasta un día en el que mientras estaba fregando platos, el brillante se desprendió y se coló por el sumidero. Tina hizo que su sobrino Artie desmontara la tubería, pero no lo encontraron. Eso sucedió en abril de 2006, a pocos meses de su sesenta aniversario y dos semanas después de que Rocco muriera.

La semana antes de que Tina se casara, Louie, que acababa de cumplir los dieciséis, se fue a los bosques de Keney Park con dos de sus amigos del colegio, Bobby Minghella y Danny Peach. El padre de Danny, un policía de Hartford, le había dado a Danny su arma para que practicara o bien la había dejado a la vista y Danny la había cogido —esta parte de la historia variaba— y los chicos fueron

a hacer prácticas de tiro con las ardillas. Ni siquiera habían empezado a practicar cuando el arma se disparó —Danny o Bobby estaban intentando cargarla— y la bala se alojó en el corazón de Louie, en la pared muscular entre el ventrículo derecho y el izquierdo.

Fue un accidente de alta precisión; un centímetro a un lado o a otro y la bala habría detenido el corazón. Bobby y Danny tuvieron un ataque de pánico al ver la sangre que manaba del corazón, de un color sorprendentemente marrón. Tiraron el arma y salieron corriendo, dando por hecho que Louie estaba muerto, aunque detuvieron a la primera persona que encontraron en el parque —un hombre de mediana edad que estaba paseando su pastor alemán— y le señalaron el lugar donde habían dejado el cuerpo.

El dueño del perro corrió a su casa y llamó a una ambulancia, que llegó a tiempo de salvarle la vida a Louie. Le hicieron muchas transfusiones, lo sedaron y vendaron, pero no pudieron hacer nada más. El médico explicó que si intentaba extraer la bala, la probabilidad de supervivencia era del cincuenta por ciento. Solo podían esperar y rezar. El corazón con la bala alojada probablemente no funcionaría del todo bien, pero con una convalecencia cuidadosa podría sanar. Cuarenta y tres años más tarde, le hicieron un triple *bypass* y el cirujano cardiaco le extrajo la bala sin dificultad. Al final no fue el corazón, sino el riñón lo que lo mató.

Así pues, aunque la boda entre los Fortuna y los Caramanico se había empezado a fraguar cuatro años atrás, al final se celebró en un día confuso durante una semana llena de agitación. Tina pensó que tal vez deberían cancelar la boda, pero todo estaba pagado ya y Tony no quiso ni oír hablar de esa posibilidad.

Assunta se negó a apartarse del lado de Louie. Durmió en una silla, algo tremendo para su circulación, con un jarrito con hojas de menta en la mesilla de noche. Repetía los conjuros una y otra vez porque lo sucedido era un ejemplo típico de mal de ojo. Tras una semana en la sala del hospital, Assunta no había ido a casa ni para cambiarse de ropa. La víspera de la boda, Stella, que había pasado todo el día ayudando a Barbara a dibujar con pinzas un friso de bolitas de plata en la cobertura del pastel y cuyo pelo olía a pastelería, pasó por el hospital a recoger a su madre y a su hermana, pero Assunta se negó a marcharse. El médico de Louie intentó intervenir y asegurar a Assunta que todo iría bien mientras estuviera fuera. La escena fue descontrolándose, Assunta se echó a llorar y el médico se puso a gritar. Stella, al contemplarlo todo con la incomodidad que le proporcionaba su incipiente dominio del inglés, comprendió que el médico de Louie pensaba que su madre estaba loca, una campesina sucia y enloquecida con ideas infantiles sobre la brujería que rechazaba sus consejos

médicos producto del sentido común. Tina, a la que no deberían haber permitido que fuera al hospital en vísperas de su boda, se dio cuenta de que su madre no iría a la ceremonia y se derrumbó ahí mismo, sobre un suelo cubierto de todo tipo de enfermedades. Tony puso fin al espectáculo diciendo a su mujer:

—Ya está bien. Te quedas con Louie. Tina no te necesita. —Assunta se calló al instante y redujo su llanto a hipidos.

Aquella noche Assunta fue a su casa de Bedford Street, se bañó, se rizó el pelo con tiras de tela y durmió en su propia cama, después se levantó por la mañana para preparar el desayuno de las chicas antes de que se arreglaran para el fotógrafo. La frase de que su hija no la necesitaba parecía haber sido definitiva.

Debido al drama del accidente de Louie, Tina había estado completamente distraída y había olvidado el pánico que le inspiraban las inminentes relaciones sexuales con su futuro marido. Lo que fue una suerte. Stella estaba ya al límite de lo que podía soportar por culpa de las especulaciones y temores de su hermana.

La boda se celebró sin incidentes y Tony Fortuna recibió muchos cumplidos por haber invitado a tan hermoso acontecimiento.

Stella había visto ya muchas bodas americanas y sabía lo que tenía que esperar. Pero al ver avanzar a Tina por el pasillo tan serena, con un aire tan santo, le latió el corazón con melancolía. Tina la dejaba para fundar su propia familia.

Carmelo Maglieri no fue desde Chicago para hacer de padrino de Rocco, pero envió a los recién casados una tarjeta con ocho dólares dentro del sobre. En lugar de Carmelo, Rocco se lo pidió a otro paisano, un joven nervioso llamado Jack Pardo. Entre los padrinos de Rocco estaban Joey, Mikey Perri y —para emoción de todas— un portugués llamado Jimmy, compañero de trabajo de Rocco en su nuevo empleo en una fábrica. Rocco y Tina pusieron a Jimmy de pareja de Josie Brandolino, la hija del jefe de Tony, que no era muy guapa, así que dieron por hecho que agradecería que le adjudicaran pareja, aunque no fuera un italiano.

Fiorella Mulino cogió el ramo, pero no sería la siguiente en casarse. En realidad, no llegó a casarse nunca porque moriría dos años más tarde de cáncer de mama, a los veintiséis años de edad. Probablemente, en la boda estaba ya enferma, aunque las chicas no lo sabían todavía. En la foto de la fiesta de la boda que todavía cuelga en la pared de la casa de Tina Caramanico, Fiorella tiene los ojos brillantes y una sonrisa dulce llena de perfección juvenil.

Por la tarde, los nuevos señores Caramanico se dirigieron en una limusina a un hotel elegante cerca de la estación de tren. Tenían ya las maletas hechas y

esperándolos; a la mañana siguiente se subirían a un tren camino de la ciudad de Washington para pasar la luna de miel en un viaje que duraría una semana.

Aquella noche, por primera vez en su vida, Stella durmió sola. Se despertó muchas veces y, aturdida por la confusión del sueño, tuvo que esforzarse en entender la ausencia de Tina.

Al parecer, en Washington hacía mucho calor y estaba lleno de grandes edificios blancos. Pero eso no era lo que le importaba a todo el mundo.

—Duele mucho, Stella —le dijo Tina—. Y estaba muy asustada. Y lo quiso hacer muchas veces, todas las noches y algunas veces también por la mañana.

A Stella no le sorprendió que Rocco hubiera resultado ser una bestia llena de apetitos sexuales. No estaba segura de que quisiera saber todos los detalles de la luna de miel de Tina: sentía tanta curiosidad por la experiencia de Tina como esta tenía deseos de contarla, pero los detalles le revolvían el estómago. No dijo nada y dejó que Tina siguiera hablando.

—Hizo que me quitara toda la ropa, incluso el sujetador.

Tina no había llevado nunca sujetador ni había oído hablar de esa prenda hasta que llegó a los Estados Unidos, pero ahora que las chicas sabían lo que era les parecía perverso no llevarla.

—Y quiso chuparme el pezón, como si fuera un bebé. —Los ojos hundidos de Tina estaban muy abiertos, con una expresión de escándalo—. ¿Habías oído alguna vez algo parecido? ¿Un hombre hecho y derecho chupando como un bebé? —Stella hizo una mueca. Imaginaba que los hombres hechos y derechos hacían todo tipo de cosas horribles—. Y después, cuando te echa su líquido, todo está pegajoso y pica la piel. Quiero lavarme porque huele, pero no sé si puedo hacerlo porque entonces a lo mejor no tendré un bebé. Algunas veces, incluso en la calle, me noto ese olor y me pregunto si los demás también lo huelen.

—Qué asco —exclamó Stella.

—Sí —dijo Tina, mortificada; luego adoptó una expresión más sosegada—. Quizá si me quedo pronto embarazada, parará.

Rocco Caramanico tenía un buen trabajo en la fábrica Gillette, donde era encargado de la planta de producción, pero todavía no disponía del dinero suficiente para comprar la casa que había prometido a su flamante esposa. Mientras tanto, los Caramanico se fueron a vivir con los Fortuna para ahorrar dinero.

Fue necesario redistribuir los cuartos. Los recién casados necesitaban una

habitación y, por supuesto, con puerta. La única solución era que ocuparan el dormitorio que habían compartido las hermanas. Pero entonces, ¿dónde dormía Stella? No podía dormir con los chicos y el cuarto de estar de Assunta no era opción. Ahí estaban expuestos todos los objetos elegantes que Assunta había hecho comprar a Tony —la mesita de café de mármol con su tapetito, el sofá bien tapizado—, todos los símbolos de la vida mejor que llevaban en los Estados Unidos, las cosas que la alejaban de la chica pobre de pueblo que había sido. Nadie dormiría, sudaría ni salivaría sobre su sofá.

—Si te casaras y te marcharas, problema solucionado —dijo Tony a Stella, a la vez en serio y en broma.

Assunta confiaba en que los inquilinos del primer piso se fueran pronto para que los Caramanico pudieran ocuparlo y Stella volviera a disponer de su habitación. La casa de Bedford Street estaba diseñada para tres familias; si Assunta hacía bien las cosas, podría tener a todos sus hijos viviendo bajo su techo indefinidamente. Pero no podían echar a los inquilinos, especialmente en un momento en que Tony estaba mal de dinero, tenía un empleo a tiempo parcial y debía hacer frente a los gastos de la boda.

—Puedes dormir conmigo en la cama y tu padre puede dormir en un jergón en nuestro cuarto —ofreció Assunta. Por orden del médico, Tony no tenía derechos conyugales desde el último aborto.

—Ni de coña —contestó Stella, y Assunta le dio un bofetón con el dorso de la mano por hablar mal. Assunta no sabía nada de las pesadillas de Stella con su padre. Y Stella habría preferido irse a vivir a las chabolas de Front Street antes que compartir dormitorio con él.

Así que Stella pasó a dormir en la cocina en una cama plegable. La casa era ruidosa y olía a hacinamiento. Por las noches, Stella no podía prepararse la cama hasta que todos se habían ido a dormir para que no tropezaran con ella en la cocina. Dormía mal y estaba siempre nerviosa. No tenía intimidad y, encima, ahora había otro hombre rondando por la casa. No tenía dónde guardar la ropa en la cocina, de manera que la había dejado en la habitación de Rocco y Tina. Vestirse por la mañana era una sucesión de momentos incómodos; Stella intentaba entrar a toda prisa a coger la ropa interior limpia durante el breve lapso de tiempo que Rocco tardaba en tomar una ducha rápida y militar. No soportaba que la encontrara sola en el dormitorio, sentir cómo su mirada escrutaba a través del camisón mientras él estaba vestido con un albornoz.

La muda lascivia de Rocco la ponía nerviosa. Era el tipo de hombre que no había aprendido a no mirar fijamente los pechos de una mujer y Stella advertía que sus ojos recorrían todo el cuerpo de cualquier mujer que tuviera delante. En cuanto le pasó por la mente la idea de que el marido de su hermana había

pensado en su cuerpo y que tenía acceso a ella cuando quisiera, a Stella empezó a costarle caer dormida. Se despertaba sobresaltada, sintiéndose terriblemente vulnerable.

En aquel perpetuo estado de duermevela, regresó la pesadilla. Los días empezaron a sucederse en una confusión adormilada. El trabajo de Stella en la fábrica empezó a ser apático e impreciso.

Vivir de esta manera acabará conmigo, pensaba.

En aquellos momentos de debilidad, lo peor que podía suceder, sucedió. Era como si el pie de Dios pisoteara el futuro de Stella. Lo vio venir, pero no tuvo escapatoria.

El 12 de enero de 1947 la familia Fortuna celebró el veintisiete cumpleaños de Stella. Tina había preparado un bizcocho de limón. Stella estaba reconfortada por el vino y contenta por la fiesta. Todos —los Fortuna, los Caramanico, *zu Ottavio* y *za Caterina Perri*, toda la familia Nicotera— estaban alrededor de la mesa del comedor, puesta con los bonitos platos de postre amarillos de Assunta, cuando sonó el timbre de la puerta.

Joey fue a abrir y volvió al instante, gritando:

—¡Mirad quién está aquí!

Ahí estaba, blandiendo una docena de rosas de invernadero como si fuera la espada de un caballero. Tenía las mejillas iluminadas por el frío y la nieve ribeteaba los hombros del abrigo y el ala del fedora. Quizá fuera solo la oleada de aire frío que había traído consigo, pero a Stella le pareció cosa de brujería cuando la temperatura del comedor bajó tanto que se le puso la piel de gallina.

«Eres una mujer fría, Stella.» Recordó las palabras que había dicho la última vez que lo había visto, una maldición que reposaba sobre su piel.

—¡Carmelo! —Assunta no pudo contenerse y se echó a llorar de alegría—. Pero ¿qué te pasa, Joey? ¡Quítale el abrigo, debe de estar helado, debe de estar empapado! Carmelo, ¿qué haces aquí? ¡Dale a Joey tu abrigo! Ven a sentarte, caliéntate.

—Son para ti, Stella —estaba diciendo Carmelo, el brazo con las rosas extendido hacia ella mientras Joey intentaba ayudarlo a quitarse el abrigo, esparciendo nieve sobre la alfombra—. Siento interrumpir tu fiesta de cumpleaños. *Auguri, tanti auguri.*

Stella cogió las flores, aturdida, sin poder reaccionar, sin saber qué decir. Esbozó una amplia sonrisa, animada por el vino y solo se dio cuenta cuando era demasiado tarde, cuando Carmelo le devolvió una de esas sonrisas que le arrebolaban las mejillas, que debía de haberle parecido encantada de verlo.

No fue necesario que le dijera nada, gracias a Dios, porque todo el mundo estaba precipitándose sobre Carmelo con besos y abrazos, estrechándole la mano y dándole palmadas en el hombro. ¿Estaba de vuelta? ¿Era solo una visita? Stella se quedó sentada en medio del barullo y frotó el pétalo de una rosa entre el pulgar y el índice con el deseo de que el tacto sedoso la devolviera a la realidad.

Assunta trajo otro taburete y Carmelo se instaló ante la mesa con un trozo de pastel amarillo del tamaño de un ladrillo. Con las típicas interrupciones de los oyentes, contó su historia.

La tienda de Chicago no había ido del todo bien. El negocio era bueno, la gente acudía durante todo el día, vendían mucho, tenían que reponer existencias todo el rato, pero Gio, el hermano de Carmelo, era demasiado generoso y dejaba que la gente pagara a crédito, de manera que apenas les salían las cuentas. Tras un año y medio, Carmelo comprendió que sabía lo suficiente sobre lo que implicaba llevar un negocio para darse cuenta de que se había equivocado al desearlo. Decidió vender su parte y regresar a Hartford. Gio iba ahora a vender la suya y vendría también pasados un par de meses.

Carmelo había regresado a Hartford antes de Navidad. Necesitaba un trabajo y no daba con nada. Ahora que las fábricas habían terminado con los contratos de guerra y los chicos habían vuelto del frente, era difícil encontrar un trabajo. Se estaba quedando ya sin ideas cuando tuvo un golpe de suerte.

Una mañana, a las cinco y media —había salido temprano para comprar el periódico y ver las ofertas de trabajo—, pasó junto a un grupo de hombres que daban vueltas en torno a una valla con un montón de picos y palas. Sin pensárselo dos veces, se quitó el abrigo de lana, lo dejó en la valla y se acercó a los hombres. Estaba muriéndose de frío, pero destacaba menos sin el abrigo. Era el momento preciso, porque el capataz todavía no había repartido el trabajo, así que Carmelo agarró un pico y fue hacia donde indicaba el hombre, una línea blanca pintada en el hormigón deteriorado. Vio lo que hacían un par de hombres, que se ponían a picar en la línea blanca y cavaban unas rozas estrechas y bien trazadas: estaban abriendo el camino para poner cables eléctricos.

Carmelo cavó y cavó; pasaron las horas, charló con los otros hombres, pero nadie le preguntó de dónde había salido ni nadie dijo que hubiera demasiados hombres. Estaba empezando a cogerle el truco al trabajo, pensando que era lo bastante bueno para hablar con ellos y pedirles que le dejaran quedarse cuando picó en lo que resultó ser un cable eléctrico: alguien se había equivocado al pintar la línea que estaba siguiendo.

—¡Y de repente dejé de pasar frío! —dijo Carmelo, dándose una palmada en el muslo, y todo el mundo alrededor de Stella se echó a reír o lanzó exclamaciones de horror.

Se despertó acostado bocarriba en el hospital, había estado a punto de morir electrocutado. Entonces fue cuando salió a la luz —cuando intentaron hacer los papeles para las facturas del hospital— que Carmelo Maglieri no era empleado de United Electrical. Todo el mundo se puso muy nervioso ante la posibilidad de una demanda judicial y parecieron aliviados cuando Carmelo les dijo que no tenía intención de denunciar a nadie, siempre que, a cambio, le ofrecieran un empleo. Le habían dado un trabajo y la cantidad de dinero suficiente para cubrir los gastos médicos.

Joey había servido más vino a los hombres mientras la historia se iba desarrollando. Tina sonreía y recogía los platos. La alegría que sentía al ver a Carmelo era simple y pura: su amigo había vuelto. Por una vez, Stella la ayudó a llevarse los platos sucios a la cocina. Al ver a su hermana tan feliz, Stella se sintió culpable al pensar que había sido ella quien había hecho que Carmelo se marchara, lo había alejado de la gente que lo quería. Pero Tina no planteaba así las cosas. Al menos, Stella esperaba que no lo hiciera.

En el fregadero, donde Tina estaba llenando de agua caliente la pila, Stella susurró.

—No puedo creerme que esté aquí, Tina. Pensaba que nos lo habíamos quitado ya de encima.

—Pero le gustas, Stella. —Tina cerró el grifo de un golpe y escurrió el agua del trapo con las dos manos; como de costumbre, con más fuerza de la necesaria—. ¿No te das cuenta? Está aquí porque todavía le gustas a pesar de lo mal que te portaste con él.

Stella tragó saliva.

—No fui...

—Es un hombre bueno, Stella —la interrumpió Tina—. Deberías dejar de hacerle daño. No se lo merece.

Tina dejó caer la bayeta en el fregadero y dejó a Stella sola en la cocina.

* * *

En febrero de 1947, Tina llevaba casada seis meses. Durante los tres primeros, las señoras de la parroquia del Sagrado Corazón bromeaban sobre la robusta salud de Tina y el pequeño que probablemente ya estaba de camino, pero cuando Tina se sonrojaba y negaba con un gesto, la dejaban en paz porque todo el mundo sabe que da mala suerte hablar de un embarazo antes de que sea patente. Cuando llegaron las vacaciones, sin embargo, Tina ya era presa legítima. Llevaba casada tiempo suficiente y todas las señoras que habían pasado por ello querían hacerle algún comentario para asegurarse de que Tina, también, había pasado por lo mismo. Se le acercaban después de la misa para darle golpecitos en la barriga, en la iglesia misma, y preguntarle si había algo en el horno.

—Lo estamos intentando —decía Tina, sonrojándose.

Las señoras soltaban una risotada y decían:

—¡Tenéis que intentarlo con más ganas!

Ahora que había pasado medio año, la gente le preguntaba a bocajarro qué estaba esperando o si sucedía algo malo. Tina no sabía cómo contestar a esas preguntas y se sentía nerviosa y humillada. Daba pena verla. Cuando podía, Stella intervenía y cambiaba de tema; por lo general, eso implicaba que se ofrecía como víctima propiciatoria, porque la mayoría de las señoras aceptaban peor que Stella no estuviera casada que el hecho de que Tina no estuviera embarazada.

El miércoles de ceniza, Tina preparó una copiosa cena para toda la familia, *polpette di ricotta* cocidas, pescado asado con perejil, *linguine* frescos que había preparado antes de irse a trabajar. Pero el aniversario de los seis meses de la boda había pasado y Tina estaba tan desconsolada por ese hito que no pudo probar bocado en su propia fiesta. Seis meses de esposa y no había sido capaz de hacer lo más importante.

Stella le acarició la espalda cuando Tina se echó a llorar en el dormitorio de los Caramanico.

—¿Qué me pasa, Stella? —preguntó Tina, como si Stella supiera la respuesta.

—Ya sabes que puede tomar su tiempo —contestó Stella—. Has oído las mismas historias que yo, solo han pasado seis meses.

—Quizá he hecho algo malo y Dios no quiere que sea madre —al decir estas palabras, Tina se echó a llorar de nuevo.

—Tina, basta ya. No has hecho nada malo en toda tu vida. —Stella le rascó suavemente en la cabeza, algo que la calmaba desde que era pequeña—. Deja

que pase el tiempo, bichito, y reza a la Virgen. Te prometo que yo también rezaré por ti, *¿va bene?*

Stella no quería ver a Tina sufrir de aquella manera y, además, también quería que se quedara embarazada tan pronto como fuera posible por motivos más egoístas; si Tony y Assunta podían concentrarse en un nieto, ella recibiría menos presiones para que se casara con Carmelo.

Nadie podía acusar a Tina de no dedicarle a esa tarea el mismo empeño que a todas las demás. Había dicho a Stella en más de una ocasión que esperaba que el entusiasmo de Rocco terminara por menguar, pero detrás de la puerta cerrada de su dormitorio, Tina no parecía sufrir demasiado cuando cumplía con sus deberes conyugales. Esa misma noche, solo horas después de que hubiera llorado tanto que no pudo comerse las *polpette* que ella misma había preparado, Tina hizo tanto ruido soltando grititos como los de un bebé que Stella, que iba de puntillas camino del baño, se detuvo en el pasillo para escuchar, entre divertida y asqueada. La voz de Rocco era un murmullo grave y ronco, no entendía sus palabras, pero las de Tina estaban claras.

Aunque sabía que no debía hacerlo, Stella dio un paso en silencio hacia la puerta de su propio dormitorio y apoyó la oreja contra la madera.

—Así —oyó que decía Tina. Luego el murmullo de Rocco, y otra vez—: Así me gusta.

No era la primera vez que Stella oía a los Caramanico en pleno acto sexual —habría sido imposible no oírlo, dado que dormía en un rincón de la cocina—, pero le seguía pareciendo horrible y fascinante, casi increíble, que su hermana, tan buena chica como era, pareciera disfrutar mientras le hacían algo tan asqueroso. Respirando superficialmente, con la puerta fría contra una oreja demasiado caliente, Stella intentó adivinar qué podrían significar los sonidos que oía. Sintió el nudo familiar en el estómago, la bola de náuseas que acompañaba siempre sus sueños, mientras imaginaba lo que Tina estaba permitiendo que Rocco le hiciera.

Estaba tan concentrada en no traicionarse haciendo ruido que no se dio cuenta de la presencia de su padre hasta que su aliento rancio, con olor a ajo, le dio en la nuca.

—Envidiosa, ¿eh?

Stella se atragantó con la sorpresa y tosió mientras se daba la vuelta, con los ojos a la altura del vello gris, sudoroso y rizado, de su pecho.

Tony se rio.

—Siempre he sabido que eras una putilla. No puedes ocultarlo

Antes de que el cerebro adormilado de Stella advirtiera lo que estaba pasando, su padre extendió el brazo, le puso la mano en el pecho izquierdo y le dio un suave apretón.

—No te preocupes, ya te daremos una *pistola* para ti dentro de muy poco tiempo.

Por primera vez, Stella pensó en marcharse de Bedford Street. Las mujeres solteras no se iban de casa de sus padres, eso no se hacía, pero ¿cómo podía seguir viviendo allí? En cuanto le pasó la idea por la cabeza no dejó de pensar en ella constantemente. Sin embargo, no se le ocurría otra manera de hacerlo que no fuera casándose con Carmelo Maglieri, pero eso sería escapar de una fiera para caer en las fauces de otra.

La idea de meterse a monja le parecía terrible —no hacer nada más que tareas domésticas y rezar, prisionera y alejada de todas las cosas interesantes y alegres de la vida—, pero ¿qué otra cosa podía hacer una mujer por sí misma? No tenía estudios y hablaba muy mal en inglés. El problema, además, trascendía sus propias limitaciones. En el mundo en el que se habían criado las chicas Fortuna, una mujer no salía de casa de su padre hasta que se casaba. Escaparse equivalía a ser una puta. Si se marchaba, corría el riesgo de romper con su mundo para siempre. Evitarían hablar con ella en la iglesia. Sus amigas no tendrían permiso para verla. El corazón de su madre se rompería. Stella apartó de su mente cómo podría llegar a reaccionar su madre: en aquel momento no podía preocuparse por ella.

Fuera cual fuere la forma de escapar que decidiera, sabía que necesitaría dinero. Tenía un poco, pequeños ahorros que había estado sisando de su salario en la fábrica antes de dárselo a su padre. Una mañana de febrero, Stella se entretuvo mientras se arreglaba para contar el dinero después de que Rocco se fuera a trabajar. Tenía catorce dólares. Solo catorce. Con cierta pena, pensó en los quince que había gastado en la fiesta de la boda de Tina, pero se quitó la idea de la cabeza: había sido uno de los días más felices de la vida de su hermana, también de la suya. Pero además de la fiesta, estaban los vestidos que Stella no necesitaba, el dinero que había gastado en ir al cine y tomar refrescos con las chicas. No paraba de pensar y dar vueltas en una mezcla de planes y reproches.

—Stella, vamos a llegar tarde por tu culpa —dijo Tina mientras estaban sentadas en el lecho marital de los Caramanico y contaban las monedas de cuarto de dólar y diez centavos.

—Me pregunto cuánto cobrará papá del alquiler —dijo Stella. Estaba pensando en la señorita Catherine Miller, la inquilina del segundo piso de Tony

Fortuna. La señorita Miller era una profesora jubilada y no se había casado nunca. Stella deseaba poder preguntarle a la mujer cómo podía abandonar la casa de su padre. Pero la señorita Miller era estadounidense y hablaba inglés, para ella las normas eran otras. Y la anciana nunca había sido especialmente amable con ella; corría el riesgo de que le contara a su padre lo que le dijera. Stella sabía que solo podía confiar en sí misma.

—Le cobra veinte dólares al mes —contestó Tina.

Stella miró a su hermana, que ya llevaba el abrigo de invierno abrochado.

—¿Cómo? ¿Y tú cómo lo sabes? ¿Te lo ha dicho?

—Se lo dijo a Rocco. Ya sabes que está intentando que uno de los inquilinos se marche para que Rocco y yo podamos alquilar uno de los pisos.

Stella sintió una chispa de alivio. El fin de la pesadilla de dormir en la cocina estaba ya a la vista.

—¿Cuándo?

—Quizá este verano. El marido de los del primer piso —Tina se refería al señor Czarniecki, pero era incapaz de pronunciar su apellido— está buscando otro trabajo y prometieron irse cuando lo encontraran.

Veinte dólares al mes. Stella ganaba dieciséis dólares por semana en la fábrica. Meditó sobre eso y también sobre el hecho de que Tina tuviera ese plan y no se lo hubiera dicho. Tina no le había ocultado nada en toda su vida. Al parecer, las cosas cambiaban cuando una se casaba.

—Vamos, Stella, que llegamos tarde. —Tina parecía inquieta o quizá solo estaba acalorada por llevar el abrigo en casa durante tanto rato.

Mientras se dirigían hacia la fábrica Silex, Tina preguntó:

—¿Y para qué es el dinero del calcetín, Stella?

Stella pensó que Tina bien podría haber atado cabos. Al decirlo en voz alta le pareció que estaba más cerca de cometer aquel crimen.

—Quiero irme —dijo finalmente. Y puesto que Tina le hacía una mueca de incompreensión, añadió—: Lo que quiero es vivir en otro sitio, sin papá y mamá.

—¿Con Carmelo? —preguntó Tina. Tenía los ojos tan abiertos que se veía blanco en torno de todo el iris de color café—. ¡Stella! —exclamó.

—No. —Stella contuvo su rabia—. Con Carmelo no, sola.

—¿Qué? ¿Cómo?

Anduvieron en silencio un rato mientras Stella sopesaba su respuesta.

—No puedo vivir más tiempo con papá —dijo finalmente. No podía mencionar que las miradas de Rocco la ponían nerviosa; no podía decir que se había dado cuenta, suponiendo que Tina no lo supiera ya, de que las dos ya no estaban unidas como antes, de que no tenía aliados en su casa—. Odio a papá, ya lo sabes. No puedo soportar seguir viviendo con él.

Tina no dijo nada; Stella la miró de soslayo y siguió la dirección de su mirada. Estaban pasando junto a una zona de juego infantil. Aunque eran las ocho menos cuarto de la mañana, una joven madre, una chica de unos veinte años, estaba ya junto a un cajón de arena donde su bebé, envuelto en una bufanda azul y un gorrito rojo de punto, cavaba con una pala de juguete. Tina los miraba tan fijamente que Stella, pensando en el *mal'oiicch'*, la agarró por el codo y aceleró el paso.

—En cualquier caso, me parece que si puedo ahorrar un poco más, podría irme a vivir por mi cuenta. Como la señorita Miller del piso de arriba. —Stella se alegró al comprobar que Tina la escuchaba de nuevo, roto el hechizo del cuadro que ofrecían la madre y el niño—. Hacer cafeteras, ahorrar dinero, vivir sola, como *za Ros* ahorraba el dinero de los gusanos de seda, ¿te acuerdas?

Tina fruncía el ceño.

—¿Quién te haría la comida, Stella? ¿Qué comerías?

—Oh, Tina. Eso da lo mismo. Pero tengo que salir de esa casa. —Stella sintió el pesado calor de la mano de su padre contra su pecho como si estuviera tocándola en aquel mismo momento—. Tengo que irme o me muero.

—No te pongas dramática, Stella —dijo Tina—. ¿Por qué no te casas con Carmelo? Podrás irte entonces sin problemas y papá no te detendrá.

El corazón de Stella se contrajo como si una mano más grande todavía que la de su padre se le hubiera metido en el pecho y lo apretara.

—No quiero casarme con Carmelo, Tina.

¿Cómo podía Tina decir cosas así? ¿Cómo podía, después de vivir juntas toda la vida? ¿Había escuchado alguna vez lo que decía Stella?

—Ni con él ni con nadie. De verdad, es cierto, te lo prometo, no me casaré nunca con ningún hombre. —Estaba alzando la voz. Se sintió al borde de la histeria—. Lo digo desde el fondo de mi corazón, te juro por Dios Padre y la Virgen María que te digo la verdad, Tina. No sé por qué no me crees.

—Te creo —contestó Tina, mortificada. Sin embargo, Stella sabía que la fe de Tina en ella duraría el rato que anduvieran juntas; en cuanto Tina hablara con Assunta, Tony, Carmelo, Rocco o cualquiera de sus amigas, Tina olvidaría que había creído en los argumentos de Stella, se encogería de hombros y diría a quien fuera su interlocutor que ella tampoco entendía la terquedad de su hermana.

Caminaron en silencio durante unos pocos minutos mientras Stella intentaba calmar su rabia y ocultar la frustración en su pecho. En cuanto vieron la fábrica, a una manzana de distancia, Tina dijo:

—Pero ¿adónde irías tú sola, Stella?

—No lo sé. Lo que sé ahora es que necesito ahorrar tanto dinero como pueda.

—Te ayudaré —dijo Tina, y le agarró los dedos para subrayar su promesa.

Había también muchas otras preguntas para las que Stella no tenía respuesta ni información de ningún tipo. ¿Adónde podría ir? ¿Se alquilaban habitaciones como aquella en la que vivía Carmelo, pero solo para mujeres? Hablaba muy mal en inglés, ¿conseguiría explicarse con un casero? ¿Cómo sabría en quién podía confiar? ¿Podía pedirle consejo a alguien sin meterse en líos, sin que le fueran con el cuento a su padre?

Pensó que podría apartar dos dólares por semana sin que Tony se diera cuenta: tendría que ser astuta, inventarse excusas para explicar el destino del dinero. Pero podía hacerlo. Si llegaba a ahorrar cincuenta dólares, seguramente bastaría para irse.

¿Podría salir adelante sola?

¿Y, si no podía, qué otra alternativa había?

* * *

La última vez que Stella rechazó a Carmelo Maglieri fue el Domingo de Ramos de 1947. No se había preparado para el encuentro y se comportó con cierta torpeza. Pero tendrían que haberse dado cuenta de lo que podría pasar si la arrinconaban como si fuera un animal.

Los Fortuna habían ido a misa al Sagrado Corazón. Cantaron la misa en latín, recibieron las palmas benditas, dieron su aportación al cepillo y comulgaron. Después comieron en casa de los Perri. *Za* Caterina sirvió *baccalà* frito y correoso y una apetitosa variedad de aperitivos de cuaresma sin carne, *provolone*, encurtidos y altramuces. Regresaron a casa bajo el centelleante sol de marzo, todos un poco borrachos por el vino casero y felices al recordar que Assunta había preparado un pastel de naranja para la tarde.

Acababan de llegar a casa cuando se oyó llamar. Stella se alarmó cuando Tony, que, por lo general, no abría la puerta, se puso en pie de un salto y gritó:

—¡Assù, prepara café!

Stella siguió a su madre hasta la cocina y dijo.

—¿Quién está aquí, *ma*?

Assunta no dijo nada, pero le temblaban las manos cuando intentó poner café molido en la cafetera. Assunta era muy mala guardando secretos.

Desde la entrada llegó el ruido de una segunda llamada a la puerta, del cerrojo descorriéndose. ¿Quién es?, preguntó Stella con el movimiento de los labios. Su madre tiró un poco de café sobre la encimera y se apresuró a limpiarla, pero no dijo nada.

No importaba. Stella salió de la cocina y se deslizó en silencio hacia el baño en el momento en que Tony abría la puerta y se encerró dentro. Se sentó en la tapa del retrete y cerró los puños con fuerza, escuchando, a la espera de lo inevitable.

Y ahí estaba, la voz de tenor de Carmelo, convencido de que todo el mundo quería oír su saludo.

—¡Qué día tan hermoso! —lo oyó decir a través de la puerta. Y luego todos los lugares comunes de una visita ritual: «*Zi* Tony, muy amable al invitarme a tu casa. *Za* ‘*Ssunta*, me gustaría tomar un poco de café. Ese pastel parece delicioso».

Se dio cuenta de que su madre, la traidora, debía de haber hecho ese pastel sabiendo que Carmelo iba a ir. ¿Cuánto tiempo llevaban planeándolo? ¿Tina también lo sabía?

Se oyó un golpecito en la puerta del baño. Stella, que resoplaba como si hubiera estado corriendo y le costaba controlar la respiración, no respondió.

—Stella, sal. —Era Tina, por supuesto—. Stella, Carmelo está aquí. Sal a saludar.

La inocencia de la súplica hizo que Stella se enfadara todavía más.

—Te lo dije, Tina.

Una pausa hipócrita.

—¿Cómo? Si ha venido a ver a Rocco, sal y saluda.

—No me vengas con monsergas —dijo Stella. Lo habían planeado todo; Assunta había hecho un pastel. Stella habría apostado cualquier cosa a que Carmelo había ido allí para pedir su mano; apostaría también cualquier cosa a que Tony había dado ya el visto bueno al noviazgo, tal vez incluso lo había sugerido.

Tina golpeó la puerta otra vez, como si el profundo conocimiento que tenía de la personalidad de su hermana la llevara a creer que esta iba a salir del baño.

—Stella, sal y saluda, Carmelo está aquí.

Tina golpeó la puerta y llamó durante varios minutos antes de darse por vencida y marcharse. Stella se esforzó por recuperar el ritmo normal de la respiración y sintió que el rubor iba desapareciendo. Durante un rato tuvo náuseas, frotó con los dedos el *cornetto* e intentó ahuyentar las malas sensaciones, hasta que se dio cuenta de que no se trataba de una sensación fantasmal o un *déjà vu*, sino de un recuerdo: la fiesta de Navidad, cuatro años atrás, cuando se escondió de Carmelo en el baño en la Sociedad Italiana, pensó que iba a vomitar y el malestar era únicamente el inicio del ciclo menstrual. Para asegurarse, repasó mentalmente el calendario, pero no le tocaba todavía; lo que la mareaba era el recuerdo. Se mojó la cara con agua.

El tiempo fue pasando lentamente mientras esperaba que Carmelo se marchara. Stella resistía en silencio las oleadas de temor cada vez que oía pasos cerca del baño. Esperaba el momento en que Tony llegara, echara la puerta abajo y la arrastrara, desgñada, hasta el cuarto de estar. Pero Tony no apareció.

Aproximadamente cada cuarto de hora, Tina se acercaba, llamaba a la puerta y le pedía que saliera. Stella no contestaba a su hermana. En una ocasión se oyó un golpe fuerte, masculino, y la voz de Rocco:

—Stella, sal del baño. Tengo que mear.

—Pues hazlo por la ventana —le espetó; inmediatamente se arrepintió de haber contestado. Oyó que Rocco soltaba una maldición, pero se marchaba.

En el baño tenía poco que hacer, además de perderse en sus inquietudes. Encontró un frasquito de esmalte rojo en el botiquín y se entretuvo un rato pintándose las uñas. Canturreaba para imponerse cierta tranquilidad mientras

pintaba con cuidado. Por lo general, Tina le pintaba la mano derecha. Intentó no imaginarse las repercusiones de la tarde. ¿Tony le pegaría muy fuerte aquella noche después de que Carmelo se marchara? ¿Pasaría así el resto de su vida, escondiéndose en un baño?

Carmelo parecía decidido a demostrar que era tan terco como Stella. Debían de haber pasado dos horas, pero Stella seguía oyendo su voz, agresivamente alegre, retumbando desde el cuarto de estar. ¿No se daba cuenta de que si la obligaban a salir a esas alturas se sentiría absolutamente humillada? ¿Tenía intención de no dejarle ni una pizca de dignidad?

La última vez que Tina llamó, había cambiado su argumentación para convencerla:

—Stella, sal, tengo que ir de vientre, no puedo esperar.

Stella no contestó. Estaba muy enfadada y, al mismo tiempo, avergonzada, pero no veía otra alternativa. En el exterior, la luz del sol iba disminuyendo y empezaba a dolerle la cabeza.

Dos minutos más tarde, Tina volvió de nuevo.

—Stella, por favor, sal. Tengo que ir al baño. —Golpeó la puerta con fuerza. «Bang, bang, bang»—. Stella, por favor, por favor. Es una emergencia. Por favor, sal. O déjame entrar. No hace falta que salgas.

Tina no era muy buena actriz. Era muy posible que lo estuviera pasando mal. Qué más daba, le estaba bien empleado. Había preferido ser leal a Carmelo y ponerse de su parte en lugar de la de su hermana. Con auténtica mala intención, Stella deseó que su hermana se cagara encima.

—Por favor, Stella —lloriqueó Tina—. Haré lo que quieras. Te daré mi cadena de oro. Por favor, Stella. —Volvió a llamar a la puerta—. Todas mis joyas. Haré todas las tareas por ti. Por favor, Stella.

Stella se miró las uñas brillantes que se estaban secando. No estaban perfectas, pero habían quedado bastante bien. «Eres una mujer fría, Stella», había dicho Carmelo.

Se quedó sentada en silencio hasta que su hermana se alejó entre sollozos.

Finalmente, Stella oyó que Carmelo se despedía y se marchaba. Para asegurarse, esperó quince minutos más; no quería salir y descubrir que le habían tomado el pelo y seguía ahí. Con aire remilgado, salió del baño, las uñas rojas alisando la falda arrugada por el sudor de su vestido rosa de Domingo de Ramos.

Rocco, sentado en el sofá, la miró con gesto burlón. Stella deseó que le hubiera hecho caso y hubiera meado por la ventana. A su lado estaba sentada Tina, abatida, con los ojos bajos. Stella no tuvo que pensar si quería preguntar a

Tina qué había pasado, porque su madre entró en el cuarto de estar en aquel momento.

—Es hora de cenar —anunció—. Solo tengo que colar la pasta. Pon la mesa, Tina. —Assunta lanzó a Stella una mirada de enfado—. Tú también, *stupida brutta*. Ayuda a tu hermana por una vez en la vida —resopló y regresó a la cocina con un remedo de contoneo, agitando las amplias caderas sobre las piernas hinchadas.

Tina y Stella guardaron silencio durante la cena. Stella tenía miedo de atraer la atención sobre sí misma, no fuera su padre, alarmantemente neutral por el momento, a ponerse a opinar sobre su actitud aquella tarde. Tina, mientras tanto, observaba oscuramente su plato. Stella había empezado a sentir remordimientos por el modo en que había tratado a Tina, aunque esta la hubiera traicionado. Stella se preguntaba qué podría haber pasado con las heces de Tina.

Cuando terminó la cena, Rocco fue a la habitación de los Caramanico para cambiarse. Las mujeres oyeron su grito desde la cocina.

—¡Tina! ¿Qué pasa aquí? ¡Huele a mierda!

Stella agarró a Tina por el brazo.

—¿Qué has hecho? —susurró.

Tina amontonó una pila de platos sucios en la encimera y se secó la frente, asombrosamente llena de sudor, con la manga de su vestido bueno.

—Oh, *Madonna*, Stella. Como no has querido salir del baño y tenía tantas ganas de hacer *cacchi*... Tenía la barriga revuelta, no sé qué me pasaba. Tenía tantas ganas que no me podía aguantar, así que... —Stella le tendió un trapo y Tina se secó la boca con él: también ahí sudaba—. Así que he ido al dormitorio, he cogido una de las soperas de la vajilla de porcelana, ya sabes, de la caja que está bajo la cama, y la he utilizado...

Stella casi se ahogó con una carcajada escandalizada.

—¡Tina! ¿Has hecho *cacchi* en la vajilla de porcelana de la boda? —Pero incluso mientras lo decía, se preguntaba qué otra cosa podría haber hecho su hermana. ¿Salir al jardín?

—¡Tina! —aulló Roco.

—Una sopera —dijo Tina apresurada—. Ya sabes, una de esas elegantes. Y no tenía nada para secarme, de manera que he cogido el camisón de seda de la luna de miel. Pero como no tenía dónde ponerlo, he dejado la *cacchi* y el camisón debajo de la cama y ahora toda la habitación apesta. ¿Qué hago? Si Rocco se entera...

—¡Tina! —gritó Rocco.

—Rooo-ccoo —contestó Assunta con voz tan fuerte que Tina se sobresaltó hasta las lágrimas—. Rocco, te necesito. —Se dio media vuelta para dirigir a

Stella una mirada de acusación teatral y añadió—: Hay algo encajado detrás de la cocina, Rocco, necesito que la muevas.

—Voy dentro de un momento —contestó Rocco.

—No, ahora mismo. —Assunta estaba empujando el horno para separarlo de la pared—. Date prisa o se me caerá encima.

Aquello parecía un vodevil: Assunta se dejó caer de rodillas. Pero entonces entró Rocco a toda prisa en la cocina y tal vez la situación no fuera tan absurda.

—Vete, *stupida* —siseó Assunta, dando a Tina un golpe en las pantorrillas.

Stella y Tina agacharon la cabeza cuando pasó Rocco y huyeron en dirección a la habitación. Apeataba como la basura de una carnicería en agosto.

—Puaj, Tina —dijo Stella, pero no tenían tiempo que perder. Oyeron cómo el horno chirriaba cuando Rocco lo movió con desafortunada facilidad.

—No sé por qué has pensado que se te iba a caer encima —le dijo Rocco a Assunta. Solo tenían segundos para arreglarlo todo.

Tina se inclinó bajo la cama y sacó lentamente con ambas manos, con cuidado, la sopera de porcelana llena hasta el borde de un líquido marrón amarillento en el que Stella pudo reconocer, a su pesar, los altramuces que Tina había comido. Stella oyó que Rocco regresaba por el pasillo y en un movimiento perfectamente sincronizado abrió la ventana de par en par mientras Tina se precipitaba hacia allí; por un momento estuvieron perfectamente conectadas, como cuando eran pequeñas, como si compartieran los mismos ojos, manos e impulsos. Tina lo tiró todo —camisón, mierda, sopera— por la ventana abierta, que Stella volvió a cerrar justo en el momento en que la porcelana se estrellaba sobre el camino de la entrada.

Rocco abrió la puerta y miró a una y otra hermana alternativamente. Le dirigieron una sonrisa cordial.

—¿Qué haces aquí? —preguntó a Stella tras un momento de confusión.

—Ya me marchó —dijo Stella—. Tina me estaba prestando su esmalte de uñas. —Deseó que se le hubiera ocurrido otra cosa mejor, pero la probabilidad de que Rocco se hubiera dado cuenta de que ya llevaba las uñas pintadas anteriormente era muy escasa.

—Mmm —gruñó Rocco. Stella pasó a su lado, seguida por Tina, que fue a lavarse antes de que su marido advirtiera el manchurrón marrón que tenía en el pecho.

Era por completo inverosímil que Tony aguantara toda la función sin rechistar.

Tina y Rocco se habían ido a la cama; Stella estaba sentada a la mesa de la cocina con su madre cuando Tony se les acercó. Parecía alegre y juvenil; la

actitud de Carmelo parecía ser contagiosa. Se sirvió un vaso de vino y relleno el de su mujer y el de su hija.

—*Salut* —dijo Tony, y Stella murmuró un escueto «*salut*» cuando brindó con él. Assunta hizo lo mismo, pero estaba atisbando a su marido a través de sus pobladas cejas de un modo que puso a Stella sobre aviso. Su madre sabía lo que se avecinaba.

—Brindo por la inminente boda de mi hija mayor, que todo el mundo creía condenada a ser una solterona —declaró Tony, sonriendo a ambas mujeres—. Felicítadme.

—Tonnon —dijo Assunta a modo de advertencia.

—Felicítadme. —Dio una palmada en la mesa, indicando así que no debían dar por hecho su buen humor—. Es algo importante para un padre.

—Felicidades —susurró Assunta, mirando a Stella con expresión de disculpa.

—Ahora, *fhijlia mia* —dijo a Stella—, creo que tienes mucho trabajo para preparar tu ajuar. —La señaló con el dedo, con aire casi juguetón—. Me da la impresión de que has sido muy descuidada en este aspecto.

—Papá, no voy a casarme. —Pero Stella estaba temblando, los temblores le recorrían los brazos. «Eres una mujer fría, Stella.»

—Oh, claro que sí. Se lo he dicho a Carmelo esta tarde. Mañana volverá con un anillo. —Antonio se encogió de hombros con aire jovial—. Quién sabe, quizá te compre un brillante, aunque Dios sabe que no te lo mereces.

Stella temblaba de confusión; en aquel momento preciso, su determinación flaqueó. El camastro en la cocina, la pesadilla recurrente que aparecía de nuevo, las rosas de invernadero de Carmelo. Carmelo, Carmelo. Carmelo, que la había comprado a su padre como si fuera una vaca, que le daba igual si tenía su consentimiento mientras tuviera el de Antonio. Pero... se odiaba por pensarlo, pero... ¿tan terrible sería estar casada con Carmelo Maglieri? No era Rocco Caramanico; no la trocaría por bombillas ni se comería con los ojos a su hermana. Pero el matrimonio..., que un hombre le abriera el cuerpo de par en par...

—Pero, papá, ¿te acuerdas de cuando le dijiste a Rocco que no obligarías a Tina a casarse con él? —Stella se tragó el vino, un sabor amargo en la garganta—. Dijiste que era decisión de Tina si quería casarse.

—Tú también puedes elegir —contestó Tony—. Puedes optar entre casarte con Carmelo Maglieri o irte directamente al infierno, si es que tengo que matarte.

Por una vez en su vida, Tony se mostró clemente, se levantó y salió de la cocina, una salida dramática para un *pater ex machina*. Por lo menos, Stella no tuvo que discutir más con él; se le concedió esa pequeña parcela de dignidad.

Sin mirar a su madre a los ojos, Stella se terminó el vino mientras intentaba poner en orden sus sentimientos. Te habría dado lo que quisieras, Stella, le había dicho Carmelo. Te habría dado el mundo entero. ¿Lo decía en serio? Pero ¿de qué le servía tener el mundo si su propio cuerpo no era suyo? El segundo vaso de vino le estaba llenando el estómago. Se puso en pie y se dirigió a la encimera en busca de la botella.

Assunta la siguió, la alcanzó y le puso la palma de la mano en la nuca. Tenía la mano cálida y Stella se dio cuenta del frío que hacía en la cocina.

A su madre siempre le había gustado Carmelo. Su madre, que tanto la quería. Su madre, lista y sencilla, que tanto sabía de supervivencia. Assunta no querría para su hija ese matrimonio si fuera algo tan terrible.

Assunta tocó el *cornetto* de hueso blanco que colgaba sobre el pecho de Stella.

—Ahora lo necesitas.

Stella se quedó inmóvil junto a la encimera durante largo rato después de que su madre se fuera a la cama. Ahora necesitaba mucho más que mera protección contra el mal de ojo. Necesitaba un plan.

Seguir la corriente.

Stella recordó el dicho popular según el cual la mejor manera de esconder una relación amorosa era casándose con otra persona: las mujeres ya no estaban sometidas a un escrutinio público tan estricto en cuanto su virginidad dejaba de ser tema de interés. Stella pasó a adoptar una estrategia similar, aunque con el propósito diametralmente opuesto: preservaría su virginidad gracias al compromiso. En lugar de seguir tratando a Carmelo como un enemigo, lo tendría como aliado —aunque él no lo supiera— en su plan de escapar de Tony. Los meses anteriores a la boda, según había aprendido Stella de la experiencia de Tina, estarían llenos de gastos frívolos, lo que le daría la oportunidad para ir guardando parte del dinero que ganaba en Silex en su rincón secreto. Mientras tanto, tendría que organizar la logística. Debería prepararse para la posibilidad de que la repudiaran y la alejaran para siempre de su madre.

En cualquier caso, el primer paso de la resistencia era el compromiso.

El lunes, después del trabajo, Stella puso gran empeño en arreglarse lo mejor posible para la visita de Carmelo y se encerró de nuevo en el cuarto de baño. Se puso el vestido color sandía, aunque la primavera estaba poco avanzada para un lino tan fresco, y se prendió en el pecho el broche en forma de mariposa de Fiorella. No le dio tiempo de lavarse el pelo antes de la cena, pero se lo ahuecó con un peine y se lo sujetó con gracia sobre las orejas. Peinado con la raya en

medio, lo llevaba lo bastante largo para que los rizos le rozaran las mejillas, en las que se puso colorete.

Estaba volviendo a pintarse los labios cuando oyó que Carmelo llegaba y luego la nerviosa llamada de Tina a la puerta del baño.

—Está aquí, Stella.

Debía de haber estado preguntándose si aquella noche volverían a tener otra pelea.

—Un minuto.

Stella se tomó su tiempo para darse el último repaso. Estaba tranquila y controlaba la situación. No se sentía tan sosegada y tan feliz desde hacía meses, desde que Rocco se había instalado en su casa; no, desde que le habían pegado un tiro a Louie.

Cuando salió del baño, los Fortuna estaban ya ruidosamente congregados en torno a la comida que Assunta y Tina habían preparado: filetes de pollo al horno, corazones de alcachofa calientes, todavía en la sartén de cocción, una gran ensaladera con pasta *aglio e olio* y una ensalada de diente de león del huerto. Stella adoptó un aire melancólico cuando le tendió la mano a Carmelo como saludo. No quería que su padre sospechara.

Carmelo no esperó mucho, solo hasta que todos, menos Assunta, estuvieron sentados. Aunque casi no había espacio para él entre la mesa y la pared del comedor, Carmelo echó atrás la silla e hincó en tierra una rodilla a los pies de Stella.

—Stella Fortuna, quiero hacerte una pregunta —dijo.

Se sacó una cajita del bolsillo de la chaqueta, la abrió y la puso en la mesa entre ambos. Dentro había un anillo de oro con tres diamantes. Stella lo miró, distraída —contra su propia voluntad— por el brillo del brillante central y advirtió sin proponérselo que era mayor que el anillo que Rocco había comprado a Tina con un solo diamante.

Carmelo, todavía de rodillas, cogió la mano de Stella mientras esta lo observaba todo con cierto distanciamiento.

—Stella Fortuna —repitió. Y, de nuevo, dijo—: Stella Fortuna, me sentiría muy honrado si quisieras ser mi esposa, ¿quieres casarte conmigo?

Se lo dijo en italiano, pero la frase era típicamente americana, una petición galante de sus favores. Como si Stella pudiera elegir libremente. Como si el acuerdo no fuera una transacción económica similar al regateo entre Tony y Rocco por las bombillas.

—Sí —contestó Stella rápidamente y se alegró de que fuera la única respuesta que se esperaba de ella. En aquel momento su calma se desvaneció y sintió una punzada en el estómago. Aunque no le costaba fingir, no se le daba

bien decir mentiras.

—¿Estás segura de quieres casarte conmigo? —Los ojos azules de Carmelo la interrogaban con firmeza, mientras se esforzaba por que lo mirara a los ojos. El anillo de la caja abierta estaba entre los dos, sobre la mesa—. Durante mucho tiempo no has querido, ¿estás segura de que has cambiado de opinión?

El malestar que sentía en la barriga fue en aumento. Le estaba preguntando a bocajarro qué quería. ¿Era correcto contestar con una mentira, utilizarlo?

Pero no, recordó Stella. En realidad, Carmelo no quería saberlo. No se la había tomado nunca en serio, ¿por qué iba a hacerlo ahora?

—Sí, estoy segura. —Stella se sobresaltó al oír su voz tan firme, neutra. No había otra manera de ganar la guerra contra su padre; si Tony no la mataba, tal como había amenazado, encontraría otro hombre—. Antes no me quería casar —contestó Stella—. Ahora he decidido que no me quiero casar con ningún otro.

* * *

El noviazgo duró seis meses, ni muy corto ni muy largo. El anillo de Carmelo le venía pequeño y le dejaba una marca roja cuando se lo quitaba para lavarse las manos.

—No te lo quites, Stella —le advirtió *za* Pina—. Vas a perderlo. Tienes que acostumbrarte a llevarlo siempre puesto.

Todos los que la habían azuzado y presionado durante los últimos cuatro años de repente se mostraban amables y atentos. Le dedicaban fiestas y le compraban regalos. Ahora que había entrado en vereda, se alegraban por ella sinceramente.

Carmelo iba a cenar tres o cuatro veces por semana y ahora todo el mundo parecía muy contento. La besaba en las mejillas al llegar y al marcharse y Stella aceptaba los besos. Stella no buscaba el conflicto. Esperaba.

En las noches del caluroso verano de 1947, Stella se sentaba a la mesa de la cocina con un vaso de vino, esperando el momento de prepararse la cama, mientras Assunta frotaba la cocina y pasaba un gajo de limón por la encimera para ahuyentar las hormigas. Cuando el resto de la casa estaba dormida, se sentaba y bebían bajo la bombilla desnuda que colgaba sobre el linóleo. En otros tiempos, Tina se habría sumado al grupo, pero ahora Tina estaba encerrada con su marido tras la puerta de su habitación. Sin embargo, ese era el momento del día en que Stella, sentada con su madre, era más feliz. En aquellas somnolientas noches de verano, Stella casi podía imaginar que estaban en Ievoli, en su casa, en un mundo sin hombres a los que servir y satisfacer, solo ella y su madre, que la quería; un mundo en el que si salía por la puerta trasera, al cálido aire de la noche, no vería la valla que separaba el huerto de los Fortuna del de los vecinos, sino *via* Fontana, que discurría montaña abajo, hacia el valle de olivos plateados mecidos por la brisa.

Stella quería mucho a su madre. Le dolía el pecho al pensar que aquellas serían las últimas noches que pasarían juntas. Stella tenía cuarenta y dos dólares en el calcetín secreto y quedaban seis semanas hasta el momento en que recorriera el pasillo de la iglesia, o eso pensaban los Fortuna. No sabía adónde podría ir, pero tendría que irse pronto. Moverse o quedar atrapada para siempre.

—Tengo tanto miedo, mamá —dijo. Aquella noche habían terminado la botella. El corazón de Stella latía, dolorosamente henchido bajo el peso de lo que quería decir a su madre—. Yo no soy como tú —consiguió decir. No era capaz de ser más precisa—. Yo no puedo ser madre.

—Claro que puedes, estrellita —dijo Assunta, envolviendo la muñeca de

Stella con su mano—. Todas las mujeres pueden ser madres, es algo natural. No hay motivo para tener miedo.

Stella rechazó la imagen grotesca de un niño creciendo en su interior.

—Para mí no es natural. No quiero a los niños como otras mujeres; ni siquiera me gustan.

—Es distinto cuando son tuyos, Stella. Ya lo verás. Los querrás más que a nada en el mundo, todo cambiará para ti.

—¿Y qué pasa si no soy como las demás mujeres, mamá? —Stella se quedó sin aliento antes de poder terminar la frase.

—Eres como las demás, todas las mujeres somos iguales —dijo Assunta.

Cuando su madre se fue a la cama, Stella se quedó mirando la bombilla apagada, cuyo filamento parecía dejar un brillo residual en la cocina en negro y gris. Ni siquiera su madre, la persona a la que más quería en el mundo, era capaz de entender que Stella estaba convencida de lo que decía. Ni siquiera su madre la tomaba en serio.

Una persona sí se tomaba en serio lo que decía Stella: su enemigo, su padre. La había estado observando con atención, esperando que cometiera algún desliz. Quizá Stella se había mostrado demasiado dócil; tal vez fuera eso lo que había despertado sus sospechas. Al día siguiente, cuando regresó a casa del trabajo, Stella tenía todavía un poco de resaca. El dolor de cabeza había ido gestándose durante las ocho horas pasadas en la línea de montaje. El aire de la casa de Bedford Street estaba húmedo por el calor de finales de agosto y cargado del aroma a ajo y albahaca de la *raù* cocinada por Assunta. Desatándose el pañuelo de la cabeza, Stella siguió a Tina hacia la cocina, donde normalmente preparaban algo para picar antes de la cena.

Pero aquel día Tony estaba en casa, sentado a la mesa de la cocina. Por el modo en que Assunta estaba de pie, silenciosa delante de los fogones contemplando la cazuela, Stella advirtió que algo no iba bien, incluso antes de ver lo que Tony tenía delante de él: un montón de monedas, un puñado de billetes de dólar arrugados, extendidos sobre la mesa, un flácido calcetín rosa.

—Papá —dijo Tina.

—Vete, Tina —contestó Tony—. Vete con tu marido.

Con el rostro sonrojado, Tina huyó de la cocina. No miró a Stella al pasar. Tiempo después, Stella entendería cómo había sucedido todo, pero en aquel momento todavía se debatía para comprender qué estaba pasando.

—Tonnon —dijo Assunta, llorando. ¿Por qué Stella no se había dado cuenta de inmediato de que lloraba?

—Calla, mujer. —Tony no parecía enfadado y hablaba con voz tranquila. Dio un golpecito al montón de monedas que tenía delante—. Rocco me ha dado este dinero —dijo a Stella—. Lo ha encontrado en un cajón de su habitación. Le preocupaba que alguien me lo hubiera robado, así que me lo ha dado. ¿Sabes de dónde sale, Stella?

Rocco. El perverso, el ladrón, el traidor. Stella sintió una oleada de culpabilidad; le subió la sangre a las mejillas y le latió en los oídos. Rechazó con rabia aquel sentimiento de culpabilidad.

—Es mío. Ese dinero es mío.

—¿Qué quieres decir con eso de que es tuyo? —Tony alzó las cejas. Se estaba preparando para el combate—. Dices que es tuyo, pero, en realidad, quieres decir que es mío, ¿verdad? Eres mi hija y, mientras vivas en mi casa, el dinero que traes es mío.

Stella estaba estupefacta y aturdida mientras buscaba el modo de calmarse. Assunta lloraba con la cara tapada por las manos.

—¿Para qué es este dinero, Stella? —preguntó Tony—. ¿Para qué has estado robando dinero a tu padre? A un padre que está ahorrando moneda a moneda para darte una bonita boda. —La silla chirrió sobre el linóleo cuando se levantó—. Treinta dólares solo por las malditas flores ¿sabes?

Su dinero, extendido sobre la mesa. De manera irracional, Stella se puso a pensar en cómo recuperarlo. Más tarde no fue capaz de explicarse por qué no se había escapado entonces, por qué no había salido corriendo sin rendirse. Pero aquel fue uno de esos momentos en que uno no entiende lo que sucede, solo lo percibe después, cuando todo ha terminado.

—¿Y bien? —Tony estaba ahora de pie, delante de ella. La agarraba por el hombro. El grueso pulgar se hundía en la piel blanda de la axila mientras la empujaba contra el papel pintado de flores rojas. A Stella se le escapó un gemido. Tony le agarró los rizos con la mano izquierda y le golpeó la cabeza contra la pared, ahí donde estaba el altarcito de Assunta dedicado a la primera Stella. Se le nubló la vista y cuando se aclaró un poco vio que la fotografía, con su marco de madera, había caído al suelo, bocabajo.

—Bien, *fhijlia mia*, ¿para qué era el dinero? ¿Era para devolverme lo gastado en el pastel de boda?

—Era para escaparme de casa. —Le salieron las palabras de la boca como si fuera una maldición; ni entonces ni más tarde entendió por qué las había pronunciado. Quizá porque estaba tan enfadada que se habría cortado la cabeza si con eso le hubiera causado alguna molestia a Tony. Quizá era porque nunca había sido buena mentirosa. O quizá porque, en el fondo, sabía que sus planes de fuga eran ya imposibles y lo soltó a la desesperada. O quizá fue el pequeño

fantasma, bocabajo en el suelo, quien hizo que lo dijera, aprovechando esa última oportunidad para quedar en tablas—. Pensaba escaparme —dijo Stella— y no volver jamás.

—¡Cállate! —rugió Tony dirigiéndose a Assunta, que ahora gemía con un aullido que taladraba los oídos y que le puso a Stella la piel de gallina—. Has hecho llorar a tu madre —dijo su padre—. Su hija mayor dice que va a escaparse y vivir como una puta.

Con el puño lleno del pelo de Stella, la arrastró; se inclinó y, trastabillando como un perro cojo, salió de la cocina y recorrió el pasillo en dirección a su dormitorio. Stella ardía de pánico, sentía un hormigueo en la piel mientras intentaba andar a su paso a trompicones.

—Necesitas una lección —estaba diciendo Tony—. Eres tan terca que te niegas a entender el lugar que ocupas en este mundo. Pues esto no puede seguir así. No puedo entregarte así a tu marido.

La tiró sobre su cama y cerró la puerta del dormitorio, una defensa de roble entre él, los ensangrentados nudillos de su mujer y las uñas con que arañaba la madera.

—Quítate el vestido —le ordenó Tony a Stella—. Los zapatos. Toda la ropa. Quítatelo todo.

—Yo... —Stella se irguió, mirando fijamente a su padre, con su cabello enmarañado convertido en un halo negro en la tenue luz de la tarde. Poco a poco, Stella se iba hundiendo en su pesadilla: era exactamente así. La parálisis se fue apoderando de sus extremidades. Tragó saliva—. ¿Qué?

—Te he dicho que te quites la ropa —contestó Tony—. Puedes obedecerme y quitártela tranquilamente o bien cogeré la navaja y la cortaré para quitártela.

Con los dedos temblorosos, el yo consciente retirándose al reducto más escondido de su pensamiento, Stella se alejó de su padre, se puso cara a la pared y se quitó los zapatos agitando los pies; retorció los brazos para bajarse la cremallera. Su cuerpo se agitaba con estremecimientos. Dobló el vestido y lo dejó caer sobre los zapatos.

—Todo —ordenó Tony—. Quítatelo todo.

Stella se desabrochó el sujetador y vio como caía en el suelo bajo sus grandes pechos colgantes. Los codos se agitaban, temblando como si estuviera muriéndose de frío. Los brazos se le cubrieron de piel de gallina, las cicatrices se ondularon bajo el vello de punta. Metió los pulgares dentro de la faja y, ahogándose con su propia saliva, se la fue bajando por las caderas. A sus espaldas, oyó el clic metálico de la hebilla del cinturón de su padre, el siseo de la correa de cuero al deslizarse por debajo de las trabillas del pantalón.

Pero no la violó, tal como habría sucedido en sus pesadillas. Porque fueran

las que fueren las perversiones de Tony Fortuna, no era hombre capaz de echar a perder el único capital que poseía su hija, su virginidad. Por mucho que contemplara fijamente sus pechos, la pellizcara y le provocara pesadillas por sus deseos insaciables, Tony sabía dónde fijaba el límite. La virginidad de una mujer era para su marido, aquella era una regla sagrada. Tony había aprendido esa norma de su propia madre, cuyo padre no había sido capaz de protegerla.

No, no la violó, solo le dio una paliza. Le dijo que se acostara en la cama y, cuando se resistió y gritó, le dio un puñetazo en la mejilla con el mismo gesto que si estuviera estrellando un vaso sobre la mesa. Más adelante, el molar y el incisivo que recibieron el golpe se caerían, dejándole un tercer y cuarto agujero en las encías. Tras este impacto, que hizo que la cabeza le resonara, Stella dejó de resistirse, se quedó tendida en la cama y recibió los golpes del cinturón de cuero y de la hebilla de metal contra las nalgas desnudas, los muslos y la espalda.

—Eres peor que una mula —dijo Tony. Stella no podía verlo, pero su respiración era pesada, entrecortada—. Tengo que domarte como a una mula para que aprendas a obedecer a tu amo.

Stella miraba fijamente la pared mientras sentía el dolor y cedía ante la dura prueba con la esperanza de que durara menos; pensaba en el *ciucciù* que habían dejado en Ievoli y se preguntaba si Tony habría hecho lo mismo con él.

Fue entonces cuando Stella Fortuna se rindió. Abandonó toda resistencia. Renunció a todo.

Stella faltó dos días al trabajo porque no podía andar bien ni sentarse en una silla. Las heridas abiertas de la piel de los muslos y de la espalda le sangraron durante días hasta que, finalmente, cicatrizaron. Los pasó acostada bocabajo sobre una manta echada en el sofá del salón de su madre, donde ahora se le permitía dormir debido a que se trataba de una emergencia médica. Si alguien pasaba a su lado por la sala, Stella mantenía los ojos cerrados y el rostro vuelto hacia la tapicería.

Cuando Carmelo acudió para cenar, Tony lo entretuvo en la cocina. Stella se quedó mirando las costuras de los cojines, escuchando las resonantes carcajadas de Carmelo mientras anocheecía a su alrededor. Carmelo le llevó un ramo de girasoles que Assunta puso en un jarrón junto a la mesilla de café para que Stella pudiera verlos, pero los Fortuna no le permitieron entrar en el salón. ¿Qué le contó la familia? ¿Que estaba enferma? ¿O le contaron la verdad? No tardaría en

ser el dueño de su cuerpo roto. Esa idea le daba una sensación de frío y de vacío. Su madre le llevó un tazón de *pastina* y le acarició el cabello.

—Para la boda ya tendrás mejor el ojo, *piccirijl'* —dijo Assunta. Stella no contestó. No tenía nada que decir a su madre.

Tenía incluso menos que decir a su hermana. Tina se acercó y se sentó en una silla junto al sofá.

—Cuánto lo siento, Stella —dijo Tina—. No sabía que Rocco le contaría a papá lo del dinero. Cuando me lo preguntó no pude contarle una mentira, es mi marido. Tenía que decirle la verdad.

Stella oyó la voz de su madre en la cabeza. «Cettina es pequeña. No es lista como tú. Concettina *muscarella*, mi bichito.»

—No podía contarle una mentira cuando me lo preguntó —repitió Tina.

Cuando Stella no contestó, Tina se rindió y dejó a Stella sola en su sufrimiento. En aquellos tiempos Tina se rendía con una rapidez terrible.

En algún rincón secreto de su corazón doliente, ¿Tina había deseado que aquello le sucediera a su hermana? Tina, con su marido tan controlador y su vientre apático, ¿había deseado que su hermana, tan guapa, lista y carismática, quedara derrotada?

Este pensamiento le vino a Stella a la cabeza mientras estaba acostada bocabajo en el sofá. Pero no podía soportarlo y lo suprimió con tanto éxito que no volvió a emerger hasta pasados cuarenta años.

Dado que Tina estaba ya casada, la dama de honor de Stella fue Carolina Nicotera. No sé cuáles fueron las otras damas de honor porque las fotos de la boda de los Maglieri se destruyeron y esos detalles se han perdido. Pero si las fotografías hubieran perdurado, no habríamos visto sonreír a Stella en ninguna de ellas. No volvió a sonreír en ninguna foto por el resto de su vida porque tenía que ocultar que le faltaban cuatro dientes.

El vestido de Stella era de seda blanca, más caro de lo que había sido el rígido y formal vestido de lino de Tina. Tony le compró un velo de encaje que llegaba hasta el suelo, igual que el de Tina. Qué despilfarro que no pudiera ponerse el de su hermana y tiraran precisamente en eso veinticinco dólares, la mitad del dinero que habría necesitado para escaparse.

Stella no recordaba que la peinaran, le hicieran fotos o formulara los votos. Estaba aturdida, casi ciega, presa de un miedo tan poderoso que se convertía en una manta que la envolvía, una capa protectora entre su pensamiento y el

mundo. A los invitados les pareció tranquila y beatífica, con esa media sonrisa que esbozaba con los labios cerrados.

La única parte de la ceremonia que recordaba fue el primer beso. Carmelo le cogió la cara con una mano enguantada en blanco, se acercó con cuidado y depositó un beso tierno en los labios cerrados. Stella se sobresaltó con la sensación del beso, una suave descarga eléctrica. No había sentido nunca los labios de un hombre en los suyos y el impacto fue inesperado. Se estremeció de temor y agarró la mano de Carmelo para recobrase. Él sonreía, estaba feliz.

El banquete fue en el edificio del arsenal militar, que acababa de abrir un club de oficiales que se podía alquilar para ocasiones especiales. Stella se sentó en la butaca nupcial dorada, en un estrado situado a la cabecera de la mesa. Permaneció sentada contemplando el baile y Carmelo se quedó a su lado solidariamente. Al ver bailar a los felices invitados, a pesar de ser la protagonista indiscutible de la fiesta, Stella solo sentía distanciamiento. No tenía el menor control sobre nada de lo que sucedía. La sensación le hizo evocar uno de sus recuerdos más antiguos: su mano de niña aferrada a un trozo de pan mientras los cerdos la rodeaban. Estaban a punto de pisotearla y no podía impedirlo porque alguien le agarraba la mano.

La sala estaba alquilada hasta la medianoche, pero Stella se marchó a las nueve cuarenta y cinco. En la habitación reservada para la boda, Stella se cambió y se puso un traje azul de viaje: una chaqueta abotonada y una falda ceñida con un sombrerito tipo pastillero a juego que Assunta le había comprado en Sage-Allen. Iban a Montreal a pasar la luna de miel, donde el mes de octubre podría ser frío. El abrigo de invierno estaba doblado sobre la maleta, lista para partir.

Su madre y su hermana, que la ayudaron a quitarse el vestido de novia, se deshicieron en elogios por el traje y le pasaron la mano por los hombros y los pechos para palpar la calidad del tejido con sus manos afectuosas y recias. Stella se alegró de que en la habitación no hubiera espejos, porque no quería mirarse a los ojos. Ahora se llamaba Stella Maglieri y su cuerpo, perfectamente vestido de azul, era un regalo para que un hombre lo desarrollara, lo consumiera y lo destrozara.

Assunta la cogió por el brazo; Tina cargó con la maleta y el abrigo. Escoltaron a Stella por el pasillo, que parecía tan oscuro; la música de la orquesta quedaba muy lejana. En el exterior, Carmelo y Tony esperaban junto al Buick vacío de Rocco. Assunta y Tina, ambas llorando, se despidieron de Stella con un beso. Carmelo abrió la puerta posterior para que entrara Stella, luego dio la vuelta al coche para subir por el otro lado. También estaba nervioso. Puso las

manos sobre el regazo y quedó todo el espacio central vacío. Tony se sentó junto al volante y Rocco condujo el coche. Su padre estaba ahí para asegurarse de que subía al tren y, si era necesario, utilizar la fuerza física.

Stella no había bebido nada durante la fiesta, no quería que el alcohol la hiciera más vulnerable. Incluso cuando estaba envuelta en la manta que la aturdió y distanciaba, no era capaz de pensar en otra cosa que en la amenaza de las relaciones sexuales. Tenía todo el cuerpo tenso con inquietud, retorcido como si fuera un caracol oculto en el fondo de su concha.

La primera noche que pasarían juntos los Maglieri como marido y mujer transcurriría en una serie de trenes. Cogían el Boston & Maine Railroad, que salía de Union Station a las once y cuarto. En Boston, cambiarían de tren, que los llevaría por Nueva Inglaterra hasta Canadá. Carmelo tenía los billetes doblados en una cartera de viaje de piel, junto con un papel de instrucciones que había escrito él mismo. Stella miró por la ventana oscura, agotada y vacía, hasta que llegaron a la South Station de Boston. Era casi tan grande como la de Nápoles, aunque relativamente vacía a esas horas de la noche. Durante un momento de confusión, Stella se imaginó que cogía un tren diferente y no se encaminaba hacia la pérdida de la virginidad en Canadá, sino a su pueblo natal, Ievoli. No había más trenes en la estación que uno que estaba partiendo y el que iban a coger ellos; no tenía más alternativa que seguir adelante con su marido o volver con su padre: aunque, en realidad, no tenía la menor opción, ni siquiera un centavo. No tenía nada más que su traje de viaje, dos huecos más en la boca y una mano fría e invisible que la asía con fuerza.

* * *

Llegaron a Montreal a las dos de la tarde del domingo, agotados. La hermana gemela de Carmelo, Carmela, y su marido, Paolo, fueron a recibirlos a la estación. La nueva cuñada de Stella era alta, mediría un metro setenta, delgada pero atlética. Sus ojos y su nariz se parecían mucho a los de su hermano.

Carmela les regaló el cestito de comida que les había preparado: sándwiches de jamón, manzanas, una jarra de vino casero. Paolo los llevó a su hotel, un edificio elegante que le recordó a Stella las mansiones de Prospect Avenue, en West Hartford, con buen servicio y aroma a riqueza. La puerta principal de cristal tallado brillaba bajo el sol de octubre mientras un botones con uniforme blanco la mantenía abierta para que entraran.

Stella no había pasado nunca una noche en un hotel, exceptuando las horribles noches en Nápoles. En su imaginación, un hotel era un lugar sombrío y traicionero, un lugar al que los hombres llevaban a las mujeres a hacer un servicio, donde el padre o el hermano de una chica no podían entrar, un lugar donde todo el mundo sabía a qué se iba, lleno de complicidad, con desconocidos que esbozaban sonrisas de connivencia. Sin embargo, aquel hotel estaba lleno de mostradores de mármol y suelos encerados, reluciente de lujo: todo era más elegante de lo que Stella había visto o tocado en su vida.

Carmela habló en francés para ayudar a los Maglieri a registrarse. La estancia en el hotel, cinco noches, era el regalo de Carmela y Paolo a los recién casados y un gesto de disculpa por no haber asistido a la boda.

—¿Por qué no os tomáis un rato para descansar y cambiaros? —preguntó Carmela—. Volveremos a las cinco y os llevaremos a cenar.

A Carmelo le dieron la llave de la habitación 6, que estaba en el primer piso. Mientras Stella seguía a su marido por la escalera, la invadieron las náuseas. Su situación no era muy distinta de la de cualquier otra mujer en cualquier hotel, no era más sutil o misteriosa que la de cualquier puta. En aquel momento, todas las personas que conocía —todos los hombres que había rechazado, todas las mujeres que la habían llamado arrogante— podían imaginar que estaba entrando en el hotel para que su marido se lo hiciera. Los imaginaba imaginándola en esa situación indigna, cómo en el momento en que Carmelo le metiera esa cosa sucia ella tendría que pensar en la diversión colectiva de sus paisanos.

Cuando llegaron a la habitación 6, su respiración era superficial y entrecortada. Al llegar a la puerta, Carmelo se volvió hacia ella. Stella imaginó que estaba perdido en sus fantasías sexuales, anticipando la consumación de un

noviazgo de cuatro años.

—¿Te encuentras bien? —preguntó con expresión de preocupación en su rostro todavía sonriente.

Stella agitó la mano compulsivamente.

—Cosas de mujeres —contestó. Se le acababa de ocurrir la frase, que Carmelo podía interpretar como quisiera, pero le permitiría ganar tiempo.

La habitación le habría parecido enorme si hubiera mirado a otro lugar que no fuera la cama, cubierta con un grueso edredón y cojines de color rojo y oro. El tejido brillaba ligeramente. Stella se dio cuenta de que muchos desconocidos se habrían apoyado en aquellos almohadones brillantes. ¿Cómo podría el hotel limpiar un tejido como aquel? Carmela les había enviado un ramo de rosas blancas; estaba esperándolos en la pulida cómoda negra con una rígida tarjeta gris que decía: «Muchas felicidades para Stella y Carmelo Maglieri». Stella pensó en todo el dinero que los Martino habían gastado para que estuviera en aquel lugar tan lujoso. Era una pena que no pudiera disfrutarlo.

—¿Quieres acostarte y descansar? —preguntó Carmelo, señalando el montón de seda rojo y oro—. Ha sido un viaje largo.

«Sí.»

—No. —Le dolía la columna del viaje en tren. No era capaz de mirar a Carmelo, así que se quitó los guantes—. Voy... Prefiero ir al cuarto de baño.

—Sí, sí. —Carmelo se inclinó y se apartó para dejarle el camino libre. Mientras cerraba la puerta entre ellos, lanzó un último vistazo a su marido. Estaba frente a la ventana mirando hacia la calle, un cuadrado de luz iluminaba su cabello negro y engominado. Todavía sonreía.

Stella abrió el grifo para conseguir cierta intimidad sonora y se examinó en el espejo. Intentó pensar en su situación. Quería sentirse nerviosa, enfadada o astuta, pero solo se sentía cansada.

Al cabo de unos minutos no pudo seguir dejando correr el agua; se sentía culpable por la factura de agua del hotel. Metió los guantes en el bolso, se sentó en la tapa del retrete y contempló las huellas sucias que sus tacones habían dejado en las baldosas blancas del suelo. Estaba sudando por subir las escaleras, pero cuando pensó en desabrocharse el abrigo, descartó la idea. La cama situada al otro lado de la puerta era demasiado grande para quitarse una sola prenda.

«Bien. Bien. Y ahora, ¿qué vas a hacer?»

Estaba en su luna de miel. Había evitado la noche de bodas debido a las complicaciones del viaje, pero se le estaba acabando el tiempo. Iba a suceder, no parecía que hubiera la menor posibilidad razonable de evitarlo durante más

tiempo. Soportaría la violación de su zona más íntima, la bestial degradación del parto y el nacimiento, el desgarró y la hinchazón, quizá incluso la muerte. De repente, como el trébol en una pared de piedra, le brotó la idea de que había juzgado mal a Joey, por fin comprendía por qué había preferido pegarse un tiro a ofrecer su cuerpo a circunstancias ajenas a su control.

¿Estaba dispuesta a dejar que sucediera? ¿A dejar que su vida fuera producto de las decisiones que tomaran otros? Pero nunca había elegido nada por sí misma, ese había sido su error. Nunca había sabido qué quería de la vida, solo lo que no quería. La gente no entiende las convicciones negativas. Un hombre que quiere morir por algo es un héroe, pero el hombre que desea apasionadamente no morir por algo es un cobarde. Quizá por eso nadie la había escuchado a pesar de sus intentos por explicarse.

Se inclinó sobre el aseo vestida con su arrugado traje de viaje. Tenía un peso en el pecho, un lastre en el fondo del corazón. Se preguntó si eso sería la desesperación. ¿Qué iba a hacer? Había pasado gran parte del noviazgo escondida de Carmelo en el cuarto de baño. No creía que esa estrategia pudiera serle de utilidad durante todo su matrimonio.

Stella y Carmelo pasaron la tarde paseando por las calles empedradas cercanas al hotel. Entraron en las tiendas y compraron algunas pastas. Stella dejó que Carmelo hablara y aceptó el brazo que le ofrecía. No era una sensación desagradable la de pasear por una ciudad bonita del brazo de un hombre guapo. Pero incluso, aunque disfrutara del momento, Stella sentía las náuseas del miedo. Aquellos pensamientos agradables eran los más peligrosos. Si dejaba que parte del matrimonio le gustara, podría sucumbir a todo.

Carmela y Paolo los llevaron a cenar a un restaurante que Tina habría considerado «para *gourmets*». Las mesas estaban cubiertas con manteles de color rosa y tenían velitas en vasitos de cristal. Carmela retuvo la mano de Stella en su mano fría largo rato: Stella llevaba guantes, pero percibió la frialdad.

—Mi hermano ya nos había dicho que eras muy guapa —dijo Carmela.

Carmelo tocó el codo de Stella, donde la manga estaba arrugada y arremangada.

—Ahora lo ves por ti misma —contestó a su hermana.

Paolo llamó al camarero y pidió la cena en francés. Compartieron varios platos para que Stella y Carmelo los probaran: mejillones cocidos en vino blanco, enormes huesos de vaca partidos y servidos con su tuétano, grandes patatas fritas. Stella nunca había probado cosas tan elegantes. Solo después de arrancar con los dientes la carne de un hueso de pato se dio cuenta de que

Carmela se había servido y había separado la carne del hueso con cuchillo y tenedor.

Carmela y Paolo parecían amables y solícitos. Paolo trabajaba en los muelles y Carmela limpiaba en una universidad. Paolo tenía la voz suave y casi no habló durante la cena. Carmela, que se parecía mucho a su hermano, escuchaba atentamente mientras Stella contestaba a sus preguntas sobre su familia, Ievoli, los regalos que habían recibido para la boda. Preguntó a Stella si necesitaba algo para la cocina, Stella sonrió amablemente y contestó:

—Oh, no sé cocinar, así que tendrás que preguntárselo a tu hermano.

Carmela, escandalizada, se quedó callada. Carmelo adoptó aire contrito y se echó a reír; la expresión de su hermana se iluminó con una sonrisa.

—Tienes suerte de que pasara años cocinando para los hombres del ferrocarril —dijo Carmela a Stella—. Hicieron de él un gran cocinero, cocina mucho mejor que yo.

De postre, Carmela pidió un pastel de chocolate blando y caliente por dentro. El pastel, una sorpresa para Stella, llegó cuando Paolo insistía en pagar la cuenta. Carmelo agitó los coloreados billetes canadienses sobre el mantel y amenazó jovialmente con no volver a visitarlos si Paolo se empeñaba en pagarlo todo. Mientras tanto, el pastel aguardaba bajo una piel de naranja de adorno, desprendiendo un aroma dulce. Stella había comido tanto que empezaba a sentirse mal, pero Carmela insistió en que lo probara.

—Un poquito, una *forchetta*.

—Nada de *forchetta* —interrumpió Carmelo—. Eso es italiano. Ahora tenemos que hablar calabrés, Carmela. —Guiñó un ojo a Stella—. Tienes que decir *na bròcc*.

La luz de las velas de la mesa se reflejó en las arrugas de la sonrisa de Carmelo y Stella no pudo dejar de pensar que aquel hombre había sonreído mucho más de lo normal durante sus veintisiete años de vida. Cualquier otra mujer habría pensado que era digno de ser querido, pero a ella la entristecía. No lo quería y nunca lo querría. Otra mujer habría puesto todo su empeño en hacerlo feliz, pero Carmelo había sido tan terco... La gruesa capa de chocolate se le pegó a la garganta y le entraron ganas de toser. Qué tonto había sido Carmelo obligándolos a los dos a una boda que los haría desgraciados.

El chocolate le sentó tan mal a Stella que cuando volvieron a la habitación del hotel consiguió vomitar. Esa fue la parte buena. En esa ocasión dejó la puerta del baño abierta para que Carmelo comprobara que estaba en lo cierto. Le daba pena que el pato y las hermosas patatas se fueran con el agua de la cisterna, pero así consiguió preservar su virginidad una noche más. Durmió de nuevo vestida con su traje azul de viaje, no se quitó las medias ni la chaqueta.

Aquella primera semana de octubre, Montreal estaba precioso, en el máximo esplendor otoñal. La brisa gélida se abría paso por las fachadas empedradas, de manera que Stella no pasaba calor con su grueso abrigo nuevo. A medida que pasaban las horas, la inquietud de Stella se acumulaba, de manera gradual pero inexorable, como se amontona en la base el contenido de un reloj de arena. Al final se quedaría sin tiempo.

Asistieron a misa en la basílica de Notre-Dame, una catedral que le hizo comprender a Stella el sentido completo de la palabra. El edificio era más grande que el barco de emigrantes *Countess of Savoy*, sólidos pilares de piedra sostenían el techo altísimo. Stella habría asistido a otra misa para poder seguir contemplando los vitrales.

Tras la ceremonia, mientras comían en la *rue* Notre-Dame, Carmelo habló a Stella de las grandes catedrales de Italia, inspiración de toda la arquitectura religiosa.

—Esta catedral es bonita —le dijo—. Pero, Stella, las nuestras lo son diez veces más.

Stella no podía imaginar que ni siquiera el Vaticano fuera más lujoso.

—¿Las has visto?

—Solo la de Génova. Cuando tenía catorce años, la tarde anterior a que me subiera a un barco para venir aquí. —Carmelo entornó los ojos para defenderse del sol—. Es muy antigua, Stella, tiene ochocientos años. En América no tienen nada parecido. —Hizo una pausa—. Espero que siga ahí, tras las bombas.

Un hombre sentimental. Stella contempló las migajas de su sándwich.

—Pero Roma —añadió Carmelo tras un momento, de nuevo con voz clara—, San Pedro, el Vaticano... son los más magníficas del mundo, *certo*. Iremos algún día. Iremos a San Pedro juntos.

Carmelo estaba equivocado. No fueron nunca.

La segunda tarde de su viaje de bodas, Stella y Carmelo fueron a ver una película con Carmela y Paolo en un cine que parecía un palacio. Solo había una película en inglés, una historia de amor de dos pianistas. Stella no entendía a los actores, que hablaban muy deprisa, pero la película estaba llena de música maravillosa. De regreso al hotel, Carmelo cogió a Stella de la mano y la angustia que esta había conseguido apartar durante todo aquel hermoso día regresó a toda velocidad. Stella había mantenido la guardia baja, había sido amable con él, ¿cómo iba ahora a decirle que no? Cuando Carmelo tanteó en busca de la llave del hotel, Stella estaba al borde del ataque de ansiedad.

Todavía con el abrigo de invierno puesto, Stella se dirigió a toda prisa hacia

el cajón en el que había puesto la ropa, la cogió apresuradamente y se encerró en el baño, tal como tenía por costumbre. Respiró hondo por la boca para calmarse y eligió lo que iba a ponerse para la noche: el camisón de novia de manga larga sobre unas bragas largas. Las llevaba en el equipaje porque *za* Filomena le había dado un consejo de mujer casada unas pocas semanas antes de la boda: cuando Filomena quería indicar a *zu* Aldo que no era un día bueno, se ponía las bragas largas como señal de que el acceso estaba vetado. «Ahora que nos hemos hecho viejos y he tenido el cambio, ya no es problema, pero cuando era joven me las ponía algún día que no sangraba, solo porque no quería que me molestara ese día.» Stella se había asegurado de incluir unas bragas largas en el ajuar.

No podía defenderse con otra cosa, aunque a Stella se le ocurrió ponerse una faja sobre las bragas largas, así tenía la sensación de que la pelvis estaba protegida. Sería mucho trabajo abrirse paso, imposible sin su cooperación, pensó. Bien, no podía hacer nada más.

—Estoy muy, muy cansada —anunció Stella al salir del baño. Se alarmó al ver que Carmelo solo llevaba los pantalones y una camiseta blanca sin magas. El contorno de su torso, que veía por primera vez, le recordó el de su padre: tenía grandes brazos musculados, los brazos de un hombre fuerte que con la edad se volvería recio, no fibroso.

Stella tenía la boca seca y notaba una palpitación bajo la faja.

—Estoy... estoy muy cansada —repitió. Su voz sonó débil. Se odiaba—. Me voy a dormir.

—Stella... —empezó a decir Carmelo.

—Buenas noches —dijo, y apagó la luz.

Temerosa, Stella apartó la colcha en la oscuridad y se metió en la cama. Para mayor seguridad, cogió una de las almohadas de la cabecera y la puso en el centro de la cama.

No se oía ningún ruido procedente del lugar donde estaba Carmelo; al principio, Stella temió no oírlo por culpa de los latidos de su corazón, que estallaban contra sus tímpanos como olas incesantes contra el casco de un barco. Pero después de un buen rato, Carmelo exhaló un ruidoso suspiro y Stella oyó que se desabrochaba la hebilla del cinturón y se quitaba los pantalones. Stella estaba paralizada por el pánico, esperando para ver si iba a respetarla o si intentaría tocarla a pesar de todo, hasta que finalmente lo oyó roncar.

Se quedó acostada en la oscuridad, la cabeza sobre el colchón y los tobillos doloridos por caminar todo el día con zapatos de tacón por calles empedradas, sintiendo el corazón desbocado. Tardó un tiempo inconmensurable, horas enteras, en quedarse dormida.

Al llegar el martes, pensó que tenía que incrementar sus esfuerzos. El día anterior había estado demasiado cerca. Tenía que ser mezquina, provocar una pelea, esforzarse al máximo en rechazarlo.

Había estado tan nerviosa, incluso mientras dormía, que se había despertado con las primeras luces del alba y se había vestido a la defensiva. En el silencio de la mañana, se le ocurrió que si la luna de miel era un desastre, tal vez Carmelo la devolviera a su familia cuando regresaran a Hartford. Si el matrimonio no estaba consumado, podía anularse. Ahí había un atisbo de esperanza, solo tenía que conseguir que la odiara.

El tercer día de su luna de miel, Carmelo había previsto una sorpresa para Stella: había alquilado un coche de caballos para dar un paseo por la ciudad. Mientras daban vueltas en silencio, mirando en direcciones opuestas a las calles y parques, Stella imaginaba el monólogo interno de decepción de Carmelo por haber gastado el salario de una semana en aquella experiencia tonta que su nueva esposa se negaba a disfrutar. Stella paladeaba su mal humor, alimentaba sus resentimientos y su rabia, esperando que Carmelo advirtiera su ánimo maligno como si fuera un viento envenenado.

El día fue transcurriendo lentamente e incluso Carmelo se sintió abatido ante el talante hosco de Stella. Pero lo peor para todos estaba todavía por llegar, en la cena con los Martino. La charla cálida y amable de Carmela hacía que a Stella la cabeza le diera vueltas. Tenía que cortar de raíz cualquier atisbo de amistad que Carmela percibiera entre ellas.

Stella no abrió la boca en toda la cena, desoyendo las preguntas o evitando las miradas. Pero Carmelo puso empeño en disimular sin pudor su conducta hostil, riendo y contando chistes malos, disculpándose ante Carmela y Paolo por haber sometido a Stella a un día tan cansado. No le había hecho suficiente daño: Stella tenía que subir el nivel de agresión.

La oportunidad llegó justo después del plato principal. Carmela estaba diciendo a su hermano:

—Para nosotros es difícil tener vacaciones, pero os visitaremos en Hartford cuando tengáis un bebé, espero que sea pronto.

Aquel era el momento que esperaba Stella. Ahí estaban las herramientas para ser desagradable.

—No veo el motivo de que estéis interesados en nuestros hijos cuando vosotros no habéis tenido ninguno —dijo, sorprendiendo a todos con el sonido claro de su voz.

El momento de silencio se extendió durante tanto rato que incluso Stella, la culpable, se sintió desorientada. Paolo clavó la vista en su plato.

—Lo estamos intentando desde que nos casamos —contestó Carmela. Su voz

había perdido su calidez habitual—. Y por ahora he tenido mala suerte. Pero solo Dios sabe lo que es mejor para todos.

—¿Mala suerte? —Stella dejó el tenedor. Mala. Iba a ser mala. Se le encogió el estómago ante la perspectiva, como advertencia. Abrió la boca y lo soltó—: Es cierto que Dios sabe lo que es mejor para todos. Quizá Dios piensa que no mereces ser madre.

—¡Stella! —exclamó Carmelo, escandalizado, con los ojos bien abiertos—. ¿Cómo puedes decir eso? —Stella se dio cuenta de que Carmelo pensaba en Tina y apartó el rostro de su hermana de su pensamiento.

—Me parece una grosería atacarnos con preguntas sobre nuestros hijos —prosiguió Stella, alzando tanto la voz que los comensales de las mesas cercanas sisearon pidiendo silencio. Stella miró fijamente a Carmela y entrecerró los ojos para no parpadear o apartar la vista—. Algunas personas tienen que aprender a ocuparse de sus propios *cazzi*.

Stella se alegraba de que la luz fuera tenue, porque no era capaz de utilizar aquella expresión vulgar sin sonrojarse: nunca la había dicho en voz alta, solo había oído a su padre y a Joey emplearla. Pero tuvo el efecto deseado.

Carmela se volvió hacia Paolo con el rostro ajado como si fuera una anciana.

—¿Te parece que podemos irnos?

No esperó respuesta y, al levantarse, dejó caer la servilleta sobre el plato. Paolo estaba ya de pie y sacaba la cartera mientras Carmela se dirigía hacia el guardarropa.

Carmelo se levantó para protestar.

—Paolo, por favor, no lo hagas.

—No, no —dijo Paolo con la voz tranquila de siempre—. Permítemelo. Carmela habla siempre con la mejor intención.

Carmelo intentó rechazar la generosidad de Paolo, pero este dejó caer varios billetes en la mesa y siguió a su mujer hasta la puerta. Carmelo se quedó de pie, como si estuviera deslumbrado. A Stella le latía el corazón con fuerza, le palpitaban las orejas. Si se las tocaba, seguro que estaban calientes. Algunos comensales los miraban abiertamente. Stella se consoló pensando que muchos de ellos eran francófonos y no tendrían ni idea de lo desagradables que habían sido sus frases. Comió un trocito de cerdo, intentando apreciar el sabor.

Cuando Carmelo se sentó de nuevo, mantuvieron silencio durante un rato. Stella siguió con el cerdo, pero tenía que cortarlo en trocitos diminutos y masticarlo muchas veces. Notaba malestar en el estómago, casi dolor, por lo que acababa de hacer.

—Vámonos, Stella —dijo Carmelo finalmente.

—No —replicó ella con voz deliberadamente vulgar y ofensiva. No era capaz

de mirarlo a la cara—. ¿Por qué vamos a tirar una comida tan cara? No tiene sentido.

Siguieron sentados en silencio mientras Stella se lo iba comiendo todo e iba tomando sorbitos de vino con la esperanza de que le calmara el dolor de estómago. El camarero se acercó para ver si pasaba algo y Carmelo conversó con él por señas, haciendo el gesto de firmar en el aire. Ante aquella fea imagen de la mímica exagerada de Carmelo en un momento de infelicidad, Stella sintió una oleada de disgusto.

Cuando el camarero dejó el cambio, Carmelo se bebió su copa de vino y luego cogió la de Paolo. Cuando Stella estaba terminando la última chuleta, Carmelo dijo de repente:

—Carmela lo ha dicho con la mejor intención, lo sé porque es mi hermana, pero quizá se ha pasado un poco al hablar de niños. Pero ya sabes que la gente hace esas cosas, aunque no deba. —Hablaba deprisa, como para sí mismo, pensó Stella—. Solo quería demostrar que se preocupa por la familia, eso es todo. Deberías intentar olvidarlo.

Ahora se dirigía a ella, le tocaba de nuevo el codo.

Stella levantó la vista, vio su cálida sonrisa y sus ojos tristes a la luz de la vela.

—Espero que no te preocupes, Stella —dijo Carmelo—. Estoy seguro de que lamenta haberte molestado. Solo quiere ser amiga tuya y se ha equivocado.

Stella se sintió mal, ¿cómo era posible que se pusiera de su lado? ¿Por qué no saltaba en defensa de su hermana e insultaba a su esposa, perversa y vulgar? En aquel momento, Stella tuvo la seguridad de que había hecho del mundo un lugar peor sin obtener nada a cambio.

—Estoy lista —declaró. Su voz sonó como la de una niña.

Cuando regresaron a la habitación del hotel, Stella vibraba de temor y remordimiento. Había hecho algo horrible, francamente horrible. Ahora tenía que ser fuerte y aguantar el tipo. Hizo acopio de valor, se aclaró la garganta y le dijo a Carmelo que estaba demasiado alterada por lo sucedido, que no podía soportarlo, que se parecía demasiado a aquella mujer. Clavó la vista en el suelo.

—Prefiero que me dejes sola.

Carmelo no dijo nada y cuando Stella levantó la vista para mirar su expresión, esta parecía una mezcla de incredulidad y rabia contenida. Pero se puso de nuevo el abrigo.

—Me voy a tomar una copa —dijo, y se marchó.

Stella no volvió a verlo aquella noche. Le costó quedarse dormida, la

conciencia le daba vueltas con remordimientos y justificaciones. Cuando se despertó por la mañana, las sábanas del otro extremo de la cama estaban tensas y perfectamente ordenadas.

Sin saber bien qué hacer, Stella se puso el cuarto vestido previsto para la luna de miel, que era de un verde apagado que le recordaba las hojas grisáceas de los olivos de Ievoli. Bajó al salón donde se servía el desayuno. Se sentó a una mesa y tomó una taza del café que la doncella del desayuno le preparó. Tomó una pasta. El pecho, la zona que rodeaba su corazón, le dolía por el sentimiento de culpa. Entraron huéspedes, desayunaron y se marcharon; Stella tomó otra taza de café. No podía volver a la habitación, Carmelo tenía la única llave y no sabía dónde estaba. Pero eso era lo que había querido, que la dejaran sola.

Miró el vestido verde, cuyo color la tranquilizaba. Pensó en la falda verde de doncella de su *pacchiana*, que no se había puesto en una década. Ahora la llevaría de color rojo, tal como correspondía a una mujer casada. Pero ahí estaba, vestida con el verde virginal. Dobló cuidadosamente los puños y dejó a la vista las cicatrices. Qué lejos estaba aquel mundo hermoso y bello en el que había estado a punto de morir en tantas ocasiones. Hacía ya siete años desde la última vez, cuando había intentado matarse para escapar de una pesadilla, una pesadilla que era ahora parte de su vida. Qué deprisa habían pasado esos años, como si nada, un ciclo de plancha, rezos, rizos y labores: unas cosas perduraban y otras no. Había algunas cosas buenas y otras malas, pero las veía todas juntas, como si sus recuerdos hubieran dejado de ser importantes.

Stella no tuvo que mantener ninguna conversación tensa porque Carmelo entró en el salón cuando el reloj de pared situado junto a la chimenea marcaba las nueve y cuarto. Llevaba una camisa limpia amarilla y la chaqueta planchada; debía de haberla planchado él mismo en la habitación.

—Buenos días, Stella —dijo, sentándose delante de ella. Tenía el pelo limpio y engominado, liso, negro y brillante, con la frente despejada.

—Buenos días —contestó. Se preguntó dónde habría pasado la noche. ¿Habría ido a casa de su hermana? ¿A otro hotel? ¿A un burdel?

No se dijeron nada más durante todo el desayuno. Stella se tomó una tercera taza de café mientras Carmelo se comía dos tostadas con mermelada.

Tenía que aguantar dos días y dos noches más.

El miércoles Stella sufrió las consecuencias de su maldad y todo su cuerpo se resintió por culpa de los dolores intestinales. Carmelo la llevó al muelle, donde

subieron a un ferri de turistas que los paseó río arriba y abajo. Había un bar en el barco y Carmelo pidió una cerveza. Stella estaba tan mareada que no quiso ni agua.

No quedaron con Paolo y Carmela para cenar. Carmelo la llevó a un restaurante cercano al hotel, donde el camarero era poco amable y fingió no entender las palabras que Carmelo intentó decirle en francés. Comieron en silencio. A Stella le dolía la ingle, un dolor como el que tenía algunas veces durante el periodo, pero sabía que, por desgracia, el dolor era resultado de un sentimiento de culpa. ¿Qué estaba pensando Carmelo? ¿Se rendía ya? Hacia el final de la comida, Carmelo dejó la mesa para dirigirse al lavabo y Stella aprovechó el momento para dejar caer el cuchillo de carne en el bolso. Le pareció melodramático, pero a lo mejor lo necesitaba más adelante.

El camino de regreso al hotel fue demasiado corto. Cuando Carmelo cerró la puerta del dormitorio, Stella le dijo:

—No se te ocurrirá pensar que vas a ponerme la mano encima.

Carmelo se volvió hacia ella mientras se quitaba el sombrero. Tenía las mejillas sonrosadas y los ojos furiosos.

—Esto es ridículo —contestó—. ¿Te crees que no me doy cuenta de lo que estás haciendo? —Stella no dijo nada—. Estamos casados, tengo derecho.

—Si intentas tocarme, ya verás lo que pasa —dijo Stella. En aquel momento lo odiaba y estaba seguro de que él también la odiaba—. Aunque tenga que dormir con un cuchillo debajo de la almohada.

Se produjo una extraña pausa mientras ambos intentaban pensar en qué decir a continuación. Tras esperar varios latidos, Stella abrió el cierre de su bolso, rebuscó entre los guantes y sacó el cuchillo de carne.

—Esto es ridículo —repitió Carmelo—. ¿Qué crees que va a pasar? ¿Vamos a vivir el resto de nuestra vida sin acostarnos nunca?

—Así será si está en mi mano —exclamó Stella.

Ya lo había dicho.

—Quítate la ropa y terminemos con el asunto —gritó Carmelo—. Ya verás que no es para tanto.

El estómago de Stella se contrajo.

—No. Jamás.

Carmelo alzó las manos. La llave de la habitación del hotel voló contra la pared y se estrelló contra la alfombra.

—¿Recuerdas lo que le dijiste ayer a mi hermana? ¿Que Dios la castiga? ¿Cuál es tu plan? ¿Qué dirás cuando la gente te pregunte por qué no tienes hijos?

—No es asunto suyo —dijo Stella, aunque su seguridad se transformó de nuevo en sentimiento de culpa al pensar en el modo en que había tratado a

Carmela.

—Claro, como si la gente se preocupara solo de sus asuntos. Porque así funciona el mundo.

—Es fácil. —Stella aclaró la garganta para calmar la voz antes de añadir—: Les diré que tu *pistola* no funciona.

Los últimos vestigios de amabilidad del rostro de Carmelo habían desaparecido.

—Bien, Stella, ¿por qué no piensas un poco en todo esto? ¿Te das cuenta de la situación en que me estás poniendo?

—Me parece... —Stella se aclaró de nuevo la garganta—. Me parece que me voy a la cama. —Alzó la almohada y puso el cuchillo debajo ostensiblemente—. Será mejor que duermas en el suelo.

—No, gracias —dijo Carmelo—. No estoy cansado. Me voy a tomar una copa.

Levantó un poco el sombrero y dijo en inglés:

—Que tenga usted una buena velada, señora Maglieri.

Se había salvado una noche más. Acostada en la cama, intentó ahuyentar el pánico. Le dolía el corazón a cada latido. Llevaba muchos días latiendo con fuerza.

El jueves se despertó con los rubios rayos del alba, de nuevo ante un lecho nupcial semivacío. No se había acordado de cerrar las persianas. Se quedó ahí donde estaba, en una cascada de cojines decorativos, y contempló cómo el techo cambiaba de color a medida que el amarillo del amanecer se hacía más intenso y luminoso. Qué cama tan buena, nunca volvería a dormir en otra como aquella. Le habría gustado estar en condiciones de disfrutarla.

Finalmente se levantó cuando tenía tantas ganas de orinar que no pudo postergarlo más. Tras cerrar la puerta del baño, se duchó durante largo rato, dejando que el agua caliente corriera sobre ella; después dedicó mucho tiempo a arreglarse los rizos en el espejo. Aquel día tocaba el último vestido, el traje rosa de Pascua.

Acababa de ponerse el sombrero cuando oyó la llave en la cerradura. Estaba junto a la ventana, dejando en la mesilla de noche los billetes usados que había acumulado en el bolso. Carmelo cerró la puerta a su espalda, tiró el sombrero sobre la cama y se quitó el abrigo de invierno. Tenía aspecto desastrado, el pelo despeinado, como un hombre que ha dormido en una silla, pensó Stella.

—Quítate el vestido y métete en la cama —le dijo.

De inmediato, Stella oyó otra vez el latido de su corazón en los oídos. Los

dedos agarraron con fuerza los billetes. Se esforzó en reír, como si fuera una broma.

—Quítate el vestido y métete en la cama —repitió Carmelo—. No serás mi mujer hasta que lo hagas y quiero volver a casa con una esposa.

—No —dijo ella, dándole la espalda. El cuchillo estaba lejos y él se acercaba; oía sus pasos en la gruesa alfombra.

—Eres mi mujer, Stella. Una mujer hace lo que le dice su marido. Y te digo que te quites el vestido. —Sus dedos se cerraron alrededor del brazo de Stella.

—Quítame tus sucias manos de encima —dijo Stella, librándose de su contacto. Podría haber abierto la puerta al pasillo y haber salido corriendo por las escaleras, pero en lugar de ello optó por un recurso más familiar, se escabulló hacia el baño y apoyó todo el peso en la puerta para cerrarla. Pero no; Carmelo introdujo el pie y empujó para abrirla. Stella luchó con todas sus fuerzas, presa del pánico; los tacones altos resbalaron en los baldosines húmedos por la ducha. Carmelo era tan fuerte que Stella no podía ofrecer resistencia. La puerta se abrió, inexorable, y Carmelo entró en el cuarto de baño.

La agarró por el hombro para darle la vuelta y dejarla de cara al espejo. Con el brazo izquierdo le sujetó los codos a la espalda; Stella sintió una punzada en los hombros. Carmelo la sujetó contra el lavabo, empujando con la pelvis mientras le subía el vestido sobre las caderas, después bruscamente le bajó la faja y las medias. Le costó mucho, porque el elástico era fuerte; cuando intentó romperla, la goma se le clavó en la zona más delicada de su cuerpo.

Stella estaba atrapada en su sueño, era la misma indefensión inerte, las manos toscas e imparables mientras su mente se hundía en la apatía. Sintió el frío mármol contra el vientre y contempló su rostro inexpresivo en el espejo durante el momento extraño y terrorífico en que la piel rozó contra la piel en un contacto seco e incómodo que era solo preludio del verdadero dolor. Tenía la mente vacía, del color grisáceo de un sueño.

Tras tanta resistencia, larga y temerosa, todo desapareció rápidamente, como cuando se vierte un cubo de agua en un río.

Sintió que la sangre le caía por el muslo izquierdo en un rápido goteo, que el mármol del lavabo se calentaba contra su vientre. El rostro de Carmelo en el espejo tenía una expresión de concentración intensa mientras empujaba, empujaba y empujaba en busca de un final deliberadamente acelerado. Su líquido siguió el camino que había trazado la perla de sangre por el muslo izquierdo y, mientras Carmelo se apartaba de ella con un suspiro ruidoso, Stella bajó la vista para ver el semen rosado que había aterrizado en el suelo de baldosas blancas, lechoso como el albumen de un huevo fertilizado. Cuando Carmelo salió del baño, cerrando la puerta a sus espaldas, Stella se arrodilló y se

puso a limpiar aquella porquería pegajosa con papel higiénico.

Tercera parte

Madurez

Fhijlii picciuli, guai picciuli; fhijlii randi, guai randi.

Hijos pequeños, problemas pequeños; hijos grandes, problemas grandes.

PROVERBIO CALABRÉS

U lupu perde llu pilu, ma no llu vizzu.

El lobo puede perder el pelo, pero no sus vicios.

PROVERBIO CALABRÉS

Chi sulu mangia sulu s' affuca.

Quien come solo se atraganta solo.

PROVERBIO CALABRÉS

Sexta muerte

Exanguinación

(Maternidad)

Una mañana de septiembre de 1954, Stella Maglieri se despertó sola en la cama que compartía con su marido; este había salido hacía ya varias horas para acudir a su trabajo, a las cinco de la mañana, en la compañía eléctrica. El amanecer teñía de naranja las lamas de la persiana veneciana. Stella contempló la sábana tensa sobre la perfecta pelota de su vientre. Dentro de la pelota estaba su inquieto quinto feto; si nacía vivo, sería su cuarto hijo. A su lado, en la cuna, estaba el tercero, de diez meses de edad, que se agitaba; en el vestidor transformado en dormitorio, estaban el primero y el segundo, apilados en literas. Mientras contemplaba cómo el sol se deslizaba sobre su barriga, una voz sonó en su cabeza:

«No eres nadie.»

Durante un momento se quedó inmóvil, preguntándose si habría alguien en la casa. La voz era tan clara como la sirena que tocaba el jefe de la fábrica. «No eres nadie.» Pero hacía seis años que no tenía jefe y, además, la voz sonaba como la suya.

«No eres nadie», dijo de nuevo.

Y era verdad, no lo era.

Esta es la historia de la sexta ocasión en que Stella Fortuna estuvo a punto de morir. La causa fue la maternidad.

* * *

Sin embargo, antes de la maternidad viene el embarazo, que se produjo de manera muy similar a lo que sucedió en el cuarto de baño durante la luna de miel en Montreal. Lo cierto era que Stella Fortuna, que había estado cinco veces a punto de morir, había sobrevivido a la experiencia que temía más que a la muerte. Aunque en esa ocasión nadie le mostró sus condolencias.

Durante las trece horas del regreso en tren a casa, mientras el follaje de Nueva Inglaterra ardía a lo largo de los canales, al otro lado de la ventanilla, Stella no contempló ninguna belleza. Sus pensamientos eran grises y teñían de gris el mundo entero. Le podrían haber arrancado el sombrero de la cabeza y no se habría dado cuenta. En la grisura sus pensamientos se repetían cíclicamente: ya no era virgen. Había entregado su *rosetta*. Tenía dentro de sí, incluso en aquel momento, parte del cuerpo de otra persona. Habían desaparecido, se habían esfumado todas sus posibilidades, todas las oportunidades de fuga. No podría recuperarlas jamás.

Aquel fue el principio de su vida de casada.

Cuando llegaron a Hartford, Carmelo Maglieri llevó a su nueva esposa a visitar a la familia antes de dirigirse a su alojamiento. Carmelo y Stella tomaron café en la mesa del comedor de Assunta, comieron dulces llamados alas de ángel que habían sobrado de la boda. Tina había preparado un bizcocho de naranja y Assunta les puso la vajilla de cristal amarillo como si fuera una ocasión especial.

Stella pasó toda la visita incómoda y avergonzada. Dejó que hablara Carmelo, aunque sabía que la estaban juzgando también por eso: la ha domado, debían de estar pensando. Por fin alguien la ha metido en cintura. Lo único que todos los presentes sabían era que Stella había sido desflorada desde la última vez que la habían visto. Se maravillaban al ver cómo el acto la había cambiado, de la misma manera que todo el mundo hablaba de cómo cambiaban las mujeres cuando «sabían». Estaba claro que Stella necesitaba que se lo hicieran y ahora era capaz de comportarse como una esposa. Stella era consciente de que ninguno de los presentes, ni siquiera sus familiares más queridos, sentía compasión por ella. Mientras Carmelo contaba una versión edulcorada de su viaje a Montreal y los tenedores chocaban contra los delicados platos de postre de Assunta, Stella miraba a hurtadillas a todos ellos, sopesando la situación. Su madre sonriente,

encorvada, los ojos húmedos de afecto por su guapo nuevo yerno. Su hermana, abiertamente curiosa, que también la miraba disimuladamente. Su cuñado Rocco, con su sonrisa burlona. No podía controlar lo que Rocco imaginaba de ella, y el hecho de que, probablemente, no se alejara mucho de la verdad hacía que se sintiera dolorida de debilidad.

Por una vez, Stella deseó que Tina la acosara con preguntas demasiado francas. Quería desahogarse, contar sus penas, pero no sabía cómo hacerlo; quizá Tina, con su franqueza, fuera capaz de arrancarle la verdad. Pero las hermanas no tuvieron ocasión de hablar en privado.

Al anochecer, Carmelo llevó las dos cajas con la ropa de Stella a su coche. Abrió la puerta para que entrara Stella y esta subió mientras su familia la despedía. Stella era ahora propiedad de Carmelo y su papel en la vida era seguirlo ahí donde la llevara. Tina se despidió con la mano mientras Carmelo ponía el coche en marcha, pero Stella no fue capaz de hacer acopio de fuerzas para responder a su gesto.

La habitación de Carmelo en Front Street estaba situada en un edificio de solteros, cinco pisos de habitaciones individuales con una cocina y un baño comunes en la planta baja. El edificio tenía sesenta años y no cumplía los requisitos mínimos exigibles en el momento; además, estaba dañado por el moho como consecuencia de las inundaciones de los años treinta. Se trataba de un alojamiento temporal, pero penoso. Los pasillos eran bajos y lóbregos; la cocina estaba llena de oscuros animales que corrían a esconderse.

La habitación de Carmelo estaba en el segundo piso. Tenía una cama pequeña pegada a la pared. Había una cómoda para la ropa y estantes en los que Carmelo guardaba las ollas, las sartenes y la comida para que ni las cucarachas ni los vecinos pudieran alcanzarla. En el resto de la habitación había una mesa y una silla plegables que parecían las que se almacenaban en un armario para las fiestas de la Sociedad Italiana.

Carmelo, amablemente, había despejado dos tercios del armario y la mitad de la cómoda para hacer sitio a la ropa de Stella. También mantuvo la promesa que le había hecho en la primera cita y nunca le pidió ayuda para cocinar. Aquella noche cogió varias cosas de la caja que hacía las veces de despensa y las metió en una olla.

—Me voy y te dejo desembalar tus cosas —dijo, y eso hizo.

Stella tenía la sensación de que el mundo que la rodeaba no era del todo real. Metódicamente, fue sacudiendo los vestidos en el silencio de la habitación. La calle, al otro lado de la ventana, estaba ya desvaneciéndose, el sol de octubre se

había puesto ya. A medida que la habitación se fue oscureciendo, Stella empezó a buscar un interruptor, pero no lo encontró. Diez años atrás ni siquiera era capaz de imaginar la electricidad, pero en aquel momento no sabía desenvolverse sin ella.

Carmelo regresó media hora más tarde. Stella se sentó en la silla de madera, en la oscuridad, mientras él depositaba una olla humeante sobre la mesa. Carmelo abrió la cajonera y sacó tres velitas, las puso en un platillo y las encendió con el mechero que llevaba siempre encima. Canturreaba para sí una melodía que Stella no reconoció. A la luz de las velas, Stella vio las manchas que había hecho el calor en la mesa. La olla contenía *pasta e fagioli* y no olía mal.

Carmelo sirvió la sopa a Stella en un bol; después desenvolvió un paquete con un trozo de excelente parmesano, brillante por los cristales de sal, que ralló sobre la sopa. Stella contempló cómo las hebras se doblaban con el calor, una espléndida cantidad de queso de aquel hombre que quería demostrarle, una vez más, lo generoso que era. ¿Sabían los dos que era demasiado tarde? ¿O solo lo sabía ella?

Estaban cansados del viaje en tren y la perturbadora noche anterior, de modo que casi no hablaron. Carmelo le dijo a qué hora saldría por la mañana, dónde guardaba el dinero para las emergencias y los objetos valiosos. Cuando se quedó sin consejos y advertencias, puso la radio y sintonizó una emisora para escuchar alguna *big band*. Terminaron de cenar y se bebieron el vaso de vino servido de una garrafa de siete litros. Carmelo recogió los boles sucios y la olla y se fue de nuevo a la cocina.

Stella tenía una pelota en el estómago. No se sentía con fuerzas para luchar de nuevo, luchar solo para perder otra vez. Mientras los saxofones de la radio vacilaban y retumbaban, se puso el camisón blanco, se quitó la faja y la ropa interior y se metió en la cama de Carmelo. Tenía un recuerdo lacerante de lo sucedido en Montreal, del mármol, cada vez más caliente, clavándosele en la barriga mientras Carmelo se abría paso dentro de ella. Mientras esperaba que volviera de la cocina, se preguntó si estaría creciendo ya un bebé en su vientre, si era ya demasiado tarde. Tenía que creer que ya lo era, que toda esperanza se había perdido; de otro modo, sería insoportable tener que hacerlo con él, pensar «¿Va a ser hoy el día en que me haga un niño? ¿He estado a salvo hasta hoy?».

Cuando Carmelo volvió, puso a secar los platos limpios sobre el frío radiador. Apagó las velas y, a la luz de la calle que entraba por la ventana sin cortina, Stella vio que se quitaba la camisa y la colgaba en el armario; luego el cinturón y los pantalones, que colocó sobre la silla, y finalmente la camiseta y los calzoncillos.

¿Cómo podía parecer tan seguro de sí mismo delante de ella? ¿Había estado

con tantas mujeres que desvestirse delante de una no lo alteraba en absoluto? ¿O aquella ausencia de timidez significaba que no le importaba lo que pensara de él? Por qué iba a importarle, reflexionó Stella. No necesitaba ya cortejarla.

Ese día lo vio desnudo, sorprendentemente empequeñecido sin sus pulcras ropas, incluso un poco cómico con su exagerado moreno de obrero, la inofensiva masa del pene y los testículos colgando suavemente de un nido de vello púbico negro. Sintió un calambre en el vientre de aprensión por lo que iba a suceder. El hecho de que Carmelo no pareciera muy amenazador en aquel momento hacía que se sintiera todavía más débil, más lastimosa por haberse visto obligada a ceder el día anterior.

Su marido se metió en la cama, tiró de las mantas y dejó a la vista la forma de las piernas de Stella bajo el camisón de encaje. Arrodillándose en la cama a su izquierda, deslizó hacia arriba el camisón. Si Carmelo se alegró al ver que no llevaba bragas —esa noche no tendría ese conflicto, al menos—, no lo manifestó. Apartó las nalgas de Stella de la pared con un movimiento fuerte. Ante los ojos de Stella, en la penumbra, la forma de su pene empezó a cambiar y a emerger de su oscura bolsa.

Ahí estaba, iba a suceder otra vez. Stella se sintió fuera, alejada de su cuerpo, igual que el día en la pocilga, cuando una mano invisible envolvió la suya. Desde la distancia, contempló cómo Carmelo le movía las rodillas. Su marido —el hombre con el que pasaría el resto de su vida— era indiferente por completo al dolor o al miedo que tuviera; pensaba utilizarla para su placer. Una ráfaga helada erizó su piel cálida y secreta mientras él escupía en la palma de la mano y se frotaba. Stella sintió los latidos en la entrepierna cuando la barriga de Carmelo descansó un momento sobre la suya. El temor y el rechazo se apelotonaron en su vientre, convertido en una piedra. Y de repente, otra vez, aquello volvió a estar en su interior.

La piel de sus partes femeninas era delicada y Stella se estremeció cuando la penetró por primera vez. La molestia desapareció rápidamente y, durante un rato, sobrevino una actividad rítmica tan absurda como irrelevante por parte de Carmelo: empujón, empujón y empujón. Stella contemplaba el rostro que tenía encima del suyo y la expresión le pareció distante. De vez en cuando, Carmelo le cogía un pecho a través del camisón y lo apretaba ligeramente.

Tras unos pocos minutos, a medida que la fricción se hacía más seca y abrasiva, empezó a dolerle un poco más. La incomodidad fue creciendo poco a poco y Carmelo pareció notarlo también porque aceleró el ritmo. Justo cuando empezaba a ser tan doloroso que Stella se preguntaba si podría pedirle que parara, Carmelo hizo un ruido con la garganta y se quedó inmóvil, con el torso hacia atrás, exactamente como había visto que hacía su padre sobre su madre.

Pasaron unos pocos segundos y Carmelo se apartó con cierta torpeza. Clavó una rodilla sobre la de Stella, esta soltó un quejido y Carmelo se disculpó.

Mientras Carmelo se ponía los calzoncillos, Stella se quedó quieta; la ráfaga de aire del movimiento de la colcha al apartarla le enfrió lentamente la humedad que cubría la piel suave y gelatinosa del muslo. Le habría gustado librarse de aquella humedad, pero no quería tocarla. La idea de palparla con los dedos hacía que se le agarrotaran las manos.

—¿No quieres ir al cuarto de baño? —le preguntó Carmelo.

Stella negó con la cabeza, un gesto tonto en la oscuridad, pero era incapaz de hablar. Carmelo debió de entenderlo porque volvió a meterse en la cama, se subió las mantas hasta el pecho y dijo:

—Bien, buenas noches.

Eso fue todo para él, todo lo que necesitaba. Después se oyeron unas pocas respiraciones profundas y enseguida estaba roncando.

Stella permaneció en la estrecha cama con una cadera contra la fría pared de yeso y otra contra el muslo caliente de su marido. No tenía dónde poner los brazos, de modo que los dobló encima del cuerpo. Y gracias a su agotamiento se acabaron los pensamientos tristes, aterrorizados, confusos o desesperados: se quedó dormida.

Así fue como resultó ser el matrimonio: vida compartida en un espacio reducido. Seguir adelante con un hombre de hábitos desconocidos en lugar de convivir con la familia de la que había aprendido sus propias costumbres.

Stella odiaba el edificio de apartamentos donde vivía Carmelo. No tenían muchos objetos, de modo que no estaba demasiado lleno. Los regalos de boda se quedarían en Bedford Street hasta que tuvieran casa propia. Pero el baño compartido suponía una humillación diaria. Tenía que bajar dos pisos y guardar cola; todos los que entraban por la puerta principal veían quién estaba esperando: Stella no podía imaginar mejor escenario para el robo o el acoso. La cola estaba integrada solo por hombres y se sabía siempre quién tenía como propósito hacer aguas mayores porque llevaba un fajo de papel higiénico. Durante toda su infancia, Stella había defecado en el campo, pero aquello, en cierto modo, era peor. Al menos, en el bosque podía hacerlo sola.

Le resultaba también extraña la intimidad constante con Carmelo, más allá de la obligación de ofrecerle su cuerpo para su satisfacción. Por ejemplo, cuando tenía que depilarse las axilas él estaba delante, mirándola. Se sentía incómoda cuando tenían que vestirse el uno junto al otro, aunque Carmelo parecía aceptar con calma que su esposa lo viera hacer cosas un poco ridículas como bajarse los

pantalones y los calzoncillos y luego volverlos a subir para colocar sus atributos masculinos antes de abrocharse el cinturón por las mañanas. Stella se dio cuenta de que en eso consistía el matrimonio: hacer cosas privadas delante de otra persona sin el menor comentario.

En realidad, Stella no tenía el menor impulso suicida, ya que nunca quiso morir. Había luchado demasiado con la muerte; pero, sin que sea exactamente lo mismo, con frecuencia deseaba no tener que estar viva. Su existencia, en aquellos momentos, era una materialización perversa de su mayor miedo.

Fue en esa época cuando una idea le entró en la cabeza: «¿Qué objetivo tiene todo esto?». Por supuesto, no hay nunca un objetivo, pero, hasta que uno lo piensa por primera vez, da lo mismo que no lo haya. Y en cuanto se le ocurrió esa reflexión, esta caló en su piel y navegó por sus arterias. La idea le aturdió los dedos rápidos y perfectos, le lastró los codos y le llenó la nuca de dolor. Los días eran grises y pasaban sin tregua. No había momentos luminosos, ningún recuerdo que atesorar de los primeros tiempos de su matrimonio.

Stella nunca había tenido un objetivo en la vida, algo que quisiera en concreto, tal como su padre, que quería ser estadounidense, o su madre, que quería una casa, o Tina, que quería un bebé. Pero ahora tenía otra cosa: la conciencia irrefutable de que no quería nada. No solo no tenía nada que perder: tampoco tenía nada que ganar.

Cuando pienso en la vida de Stella durante ese periodo, siento pena por ella. Pero mi relación con su sufrimiento está matizada porque formo parte del resultado. Como probablemente habrás adivinado ya, lector, Stella Fortuna es mi abuela. Y si sigues con ella en los episodios más tristes de su historia, verás que mi vida es una de las muchas que han existido gracias al hecho de que no pusiera fin a la suya.

* * *

Tony había comprado la casa de planta baja y dos pisos sin ascensor en Bedford Street con la idea de que algún día se llenara con sus descendientes, un *palazzo* de familias Fortuna. Sin embargo, ahora que aquellos satélites empezaban a formarse, Tony tenía problemas para librarse de los inquilinos.

La familia que vivía en el primer piso se marchó pacíficamente en cuando encontró otro sitio y los Caramanico se instalaron allí justo antes de la boda de Stella. Pero la señora del piso superior, Catherine Miller, no quería marcharse.

—La casa es mía —le dijo Tony—. Si le digo que se vaya, tiene que marcharse.

—Aquí las cosas no funcionan así —contestó la señorita Miller con el aplomo redicho de una maestra de escuela jubilada—. Conozco mis derechos como inquilina. Puedo hacer que venga mi abogado y se los recuerde.

Las dos partes se enzarzaron en una disputa y tal vez no se hubiera ido nunca si no hubiera sufrido un ataque justo antes de Navidad y la hubieran llevado a una residencia. En otras circunstancias, Stella se habría puesto de parte de la señorita Miller; no la sorprendía en absoluto que su padre fuera capaz de hacer que le diera un ataque a cualquiera. Pero en el fondo sentía cierto rencor hacia la señorita Miller por no haber compartido nunca con ella el secreto de su independencia. Era una sensación de traición irracional porque Stella nunca había tenido el valor suficiente de ir más allá de algún comentario sobre el lechero en sus conversaciones con ella.

Así que, no sin acritud, Stella agradeció a la señorita Miller lo oportuna que había sido con su ataque, porque ahora que estaba embarazada y tenía que ir al baño con más frecuencia le resultaba intolerable compartirlo. Si me muriera, pensaba —incluso había empezado a decírselo en voz alta a Carmelo—, si me muriera ahora mismo, al menos no tendría que volver a utilizar ese cuarto de baño.

—Menuda tontería estás diciendo, Stella —contestaba Carmelo, pero se trasladaron al segundo piso de Bedford Street el mismísimo día en que el sobrino de Catherine Miller le dijo a Tony que su tía no iba a volver. Tony dio al sobrino cincuenta dólares en metálico por los muebles grandes; Assunta y Tina embalaron otras pertenencias en cajas y las almacenaron en el garaje. La señorita Miller nunca volvió para recogerlas.

Stella podía orinar en privado tantas veces como quisiera, pero ahora que tenía un aseo propio tenía que limpiarlo. Disponía de una bañera con patas en forma de garra, pero nunca deseó bañarse. En aquel tiempo llevaba el pelo corto, pero no le apetecía lavárselo. Tenía siempre hambre, pero odiaba la idea de alimentar al monstruo que llevaba dentro. Comía y después se odiaba; se frotaba con fuerza el rostro y el cuello para arrancarse el sentimiento de culpa y se dejaba la piel cubierta de marcas rojas.

Contempló cómo su cuerpo iba pasando por los primeros cambios del deterioro provocado por el embarazo que había temido durante toda su vida. Había sido presumida, se había tenido por guapa y ahora recibía el castigo por su vanidad a medida que, uno a uno, todos los rasgos de los que se había enorgullecido le eran arrebatados. El vientre plano se engrosó: durante el resto de su vida estaría ya siempre hinchado o bien fofo y vacío. Su piel lisa y bronceada se llenó de manchas. Tenía los ojos hundidos, de un amarillo rojizo. Las ojeras oscuras se prolongarían, sin solución de continuidad, en las bolsas propias de la edad, de tal manera que no habría momento entre embarazos en que recuperara su rostro. Todo lo hermoso de la vida de Stella Fortuna había quedado atrás.

Peor todavía que esa humillación física era el hecho de que no por ello su marido había dejado de desear su cuerpo. La tomaba casi todas las noches. Stella volvía la cara hacia la pared para no tener que mirarlo. Carmelo no podía hacerle ya más daño —el hijo estaba ya en su vientre— y, sin embargo, no por ello odiaba o temía menos la cópula. Mientras contemplaba la pared, intentaba rechazar las distintas asociaciones: la pesadilla, el cinturón de cuero de su padre sobre sus pechos desnudos, el lavabo de mármol del hotel de Montreal. Cuando cerraba los ojos, recordaba la sabiduría de su madre: los mejores maridos eran los más rápidos. Algunas veces Carmelo era rápido. Otras, no.

No conseguía evitar la evocación de su pesadilla, así que aprendió a utilizarla como evasión. El violador se le acercaba con sus manos grandes y toscas, ella trepaba al alféizar de la ventana donde estaba a salvo. Mientras el pene de Carmelo golpeaba y arañaba su interior, intentaba construir una visión de lo que había fuera de la ventana, más allá de la valla de metal y el poblado de chabolas. Imaginaba Ievoli, el amarillo verdoso y brillante de las hojas de los cítricos bajo el sol de abril, el azul plateado de los olivares en septiembre, las hileras de tomateras bañadas por el sol, alineadas como soldados en los bancales de la montaña.

Su mundo era un dolor gris y no podía vivir en él.

Los domingos la hacían bajar a cenar con Tony y Assunta, pero la avergonzaba que la viera su familia, consciente de que la miraban y pensaban:

«Qué agradable y callada es ahora» y «Alguien le ha dado lo que se merecía». Oía sus pensamientos retumbar en torno a la mesa de la cena mientras, en voz alta, le preguntaban por su salud. Joey era el único sincero y se reía de su fertilidad cada vez que la veía. Joey era sincero, pero era el peor de todos.

Carmelo le dio dinero y le dijo que se comprara vestidos, pero Stella no quiso salir. Le disgustaba y le dolía todo el cuerpo, y ¿qué sentido tenía comprarse un vestido que a las pocas semanas no le serviría? Carmelo le dijo que se gastara el dinero en lo que quisiera, en algo que la hiciera feliz, pero nada podía hacerla feliz.

Por las noches, cuando no conseguía descansar a consecuencia de los continuos viajes al cuarto de baño, Stella algunas veces cerraba los ojos e imaginaba la cara de la primera Stella, el desdichado fantasmilla que la había acosado durante un cuarto de siglo.

—¿Me sigues teniendo envidia? —susurraba en la oscuridad—. ¿Tienes celos de esto?

Porque los celos se habían invertido y la segunda Stella ya no se sentía afortunada por ser la que seguía viva de las dos.

Los sábados, cuando no había que ir al trabajo, Stella se hacía la enferma mientras Tina asistía a fiestas de bodas de las amigas de la Sociedad Italiana. Cuando volvía a casa, subía a la habitación de Stella, a oscuras, e intentaba animarla con las galletas que había cogido.

—Tina —preguntó un día Stella a su hermana—. ¿Crees que existe un Dios?

—¡Stella! Claro que existe, ¿qué estás diciendo? —susurró Tina, como si de ese modo impidiera que la deidad omnipotente oyera su conversación.

—Pero ¿por qué lo crees? —pregunto Stella—. ¿Porque lo dice el cura? ¿Cómo puedes estar segura, Tina?

—Claro que lo sé —dijo Tina.

—Pero ¿cómo?

Stella no esperaba una respuesta. Tina solo tenía las respuestas que le habían dado los demás, las respuestas que otros le habían dicho que eran correctas, y creía en ellas sin la menor sombra de duda.

Pero, en esta ocasión y tras un momento de duda, Tina le dio una respuesta.

—Creo que existe Dios porque, si no existe, ¿para qué sirve todo lo malo? No tendría sentido. Así que Dios tiene que existir.

Después de que se fuera Tina, Stella se quedó pensando sobre esa idea, tan cercana a su propio pensamiento. Si la respuesta de su hermana hubiera sido más visceral, no le habría sido de ninguna ayuda. Pero en este caso le daba que pensar.

Su madre le había dicho que sucedería, que cuando tuviera un hijo lo entendería, que lo querría más que a nadie. Stella le había contestado que ella era diferente. Se equivocaba.

La conexión tuvo lugar el miércoles de ceniza de 1948. Stella asistía a la misa de la tarde, con una barriga enorme y estremecida por el hambre, hasta que de repente se dio cuenta de que el estremecimiento no se debía al hambre sino a otra cosa, a una pequeña oleada de vida. Tenía un niño dentro, afirmaba su presencia, y el bebé tenía también hambre. Le pareció como si en un gesto de solidaridad, el bebé le dijera: «Soy tu aliado».

No era un pensamiento muy racional, se dio cuenta al instante, pero estaba sentada en el duro banco de la iglesia tras un largo día de trabajo en la fábrica, estaba cansada y hambrienta, y a nadie le importaba. Excepto al bebé.

Después de ese momento, sintió a diario la presencia de la criatura. Ahora que había comprendido la proverbial chispa de la vida que llevaba dentro de ella, no podía olvidarla. Incluso cuando el bebé no se movía, sabía que estaba ahí y pensaba en él. Stella no conseguía reunir las fuerzas necesarias para hablar con Carmelo, pero era capaz de hablar con el crío durante horas. Nunca había sido capaz de cantar muy bien, pero ahora cantaba cualquier canción que se le ocurriera. Su voz resonaba agradablemente por las paredes del piso y el eco que oía sonaba feliz.

Carmelo estaba tonto de alegría por ser padre. Frotaba la barriga de su esposa y ante cualquiera que quisiera escuchar presumía de lo grande que estaba haciéndose su hijo. Que presumiera. A Stella ya no le importaba Carmelo. Seguía odiándolo, pero sin apasionamiento. Su cuerpo estaba cansado por el embarazo y necesitaba concentrar su energía.

Stella se preguntaba, en relación con el bebé, por los trucos de Dios. Era lo que menos había deseado en su vida y Dios la había cambiado en lo más hondo para hacer que lo deseara más que nada. Al menos, esa era la explicación de su madre. Stella pensaba que era más bien una especie de infección mental: sus pensamientos ya no eran suyos, de la misma manera que su cuerpo ya no lo era. Recordaba con intensidad que unos pocos meses antes no quería vivir; ahora esa sombra no solo había abandonado su mente, sino que se entregaba en cuerpo y alma a que alguien viviera. Su riqueza y su oscuridad se habían llenado hasta formar el globo, del tamaño de un puño, que llevaba en su vientre.

Tina sonreía. Tina organizó para Stella una fiesta. Tina quería a Stella y le acariciaba la barriga. Pero Tina era sincera y su rostro era incapaz de ocultar su envidia, incluso cuando sonreía.

Stella sabía que era confuso para Tina; también lo era para Stella. Tina se había pasado toda la vida preparándose para ser madre, quería esa vida a toda costa. Stella no lo había querido en absoluto y había recorrido una ruta oscura de camino a la maternidad, había vivido días en los que habría preferido estar muerta. Y ahí estaba, hinchada y beatífica, el cambio se había realizado al poco tiempo de la consumación de su matrimonio, mientras que Tina lo intentaba una y otra vez y no sucedía nada. El médico le había hecho distintas pruebas y no le había encontrado nada mal.

A espaldas de Tina —e incluso a la cara— las mujeres le preguntaban a Stella si era culpa de Tina o de Rocco. Todo el mundo sabía que, por lo general, la culpa era de la mujer. Stella no sabía qué contestar a la pregunta, aunque no era infrecuente. ¿Cómo podía la gente ser tan tonta y tan cruel? ¿No se daban cuenta del daño que hacían a Tina? ¿O era que querían hacerle daño de un modo u otro? ¿Hacer que pagara porque no había hecho los sacrificios que hacían los demás?

Cuando el rostro de Tina revelaba sus sentimientos —tristeza, envidia confusa—, Stella apretaba la mano de su hermana.

—Vas a ser la mejor de las tías —le decía. Tina sonreía con esfuerzo y Stella añadía—: Qué mala suerte, mis hijos te van a querer más a ti que a mí. Dirán: «Mamá no sabe cocinar, quiero irme a casa de la tía Tina».

Tina se reía y se miraba la falda.

—Bueno, Carmelo podrá cocinar para ellos.

—Pues ya puede tenerlo claro —replicaba Stella en un tono destinado a hacer que riera de nuevo.

Stella quería a Tina porque no era culpa suya que albergara esos sentimientos y, además, porque en aquel momento en el corazón de Stella no había espacio para la frialdad o el resentimiento.

Assunta también se daba cuenta de la envidia de Tina. Al menos una vez al día seguía el ritual contra el mal de ojo sobre la frente de Stella. Subía al segundo piso para colgar menta en las ventanas.

—El primer hijo —decía—: el momento más vulnerable.

En cuanto supo que estaba embarazada, Carmelo quiso que Stella dejara su trabajo en Silex, pero a ella le gustaba. Consiguió retrasarlo hasta mayo, para cuando estaba tan gorda que el trabajo le resultaba desagradable.

El último día de Stella, Tina organizó una pequeña fiesta: una enorme bandeja con galletas en forma de ese y una fuente de *ravioli* fríos. Las mujeres de la línea de montaje cogían los ravioli con los dedos, les daban mordisquitos y recogían la salsa con servilletas de papel. Todas reían como locas. Stella había montado

miles de cafeteras con aquellas mujeres, pero no volvería a ver a casi ninguna de ellas.

Stella se puso de parto la mañana del 24 de julio. En la cocina de su madre, caminó en círculos mientras esperaban que sucediera lo esperado: que se aceleraran las contracciones y se hicieran más dolorosas. Stella estaba hambrienta, pero Assunta no dejaba que comiera, siguiendo las órdenes del médico. Fue un día interminable y agotador, con picos de dolor intenso y un calor terrible, impregnado de la humedad de Connecticut. Acababa de meterse en la bañera de Assunta para remojarse un poco cuando rompió aguas, así que, por lo menos, no lo ensució todo.

Entonces fue cuando llamaron a Carmelo. Se llevó a Stella a toda prisa al hospital, donde siguió con los dolores de la espera, sudorosa. El hospital era tan incómodo como Stella había previsto, puesto que lo llevaba un médico que hablaba en inglés.

Pasaron horas de aburrimiento y dolor repetitivo. La dejaron en una camilla cubierta con papel y le pusieron los pies en unos estribos. Stella no estaba preparada para aquello. Le pareció horrible estar ahí expuesta, pero la humillación quedó anulada por completo por la intensidad del dolor. El recuerdo de su madre dando a luz como un animal en su cama de Ievoli, perfumada con menta, le vino como un destello. No se sentía como un animal, se sentía como un monstruo, un monstruo que se partía en dos con sus propias garras. Por lo menos solo había desconocidos a su alrededor y ningún ser querido podía verla en aquella situación.

El tiempo se fue prolongando, así como el dolor y las contracciones. Stella perdió la noción de cuánto tiempo, cuánto dolor, cuántas contracciones. Cuando la pisotearon los cerdos no fue tan doloroso, ¿verdad? Seguro que morir no dolía tanto. La ventana que estaba al otro lado de la cortina de papel estaba oscura. Era de noche y la noche no iba a terminar nunca.

—Tienes que empujar, Stella —le dijo el médico.

—Yo empujar —contestó, buscando con esfuerzo las palabras en inglés—. Yo empujando.

No recordaba nada más.

Más tarde, los hijos de Stella y Carmelo contarían la historia de lo que sucedió aquella noche. El médico salió del quirófano para preguntarle a Carmelo qué vida quería salvar, la de su mujer o la de su hijo.

—No hay opción —contestó Carmelo—. Los quiero a los dos.

Recuerdo haber oído cuando era pequeña la historia de cuando el abuelo tuvo que elegir entre la abuela y el bebé y contestó al médico que ni hablar, no quería elegir: quería a los dos. Y recuerdo que pensé: ahí va, el abuelo, qué duro y qué leal, qué patriarca. Un héroe. No se rendía.

Ahora pienso en esa historia y me pongo furiosa. Puso en riesgo la vida de mi abuela por su orgullo y su terquedad; daba más valor a un niño del que no sabía nada que a una mujer que, en teoría, amaba. Y se me rompe el corazón al pensar en Stella, que tuvo que soportar aquel matrimonio. Qué suerte tengo al no ser capaz ni de imaginar lo que puede ser estar casada con un hombre que no me eligiera a mí sin vacilar.

Stella no murió ese día. Por sexta vez.

Cuando se despertó, le ardía todo el cuerpo, tal como arde después de una operación, cuando todos los capilares luchan por reconectarse, cicatrizar, combatir la infección. Estaba familiarizada con el dolor, pero no de aquella magnitud. Su cuerpo estaba agotado por las horas de empujar, por la pérdida, por la hemorragia.

La habitación del hospital era rosa y su pensamiento estaba liado como un ovillo.

Vio a su madre durmiendo en una butaca baja con brazos de madera. Volvió la barbilla y vio el camisón rosa sobre su pecho. Se esforzó en adivinar por qué estaba en el hospital y, cuando dio con la respuesta, sintió pánico al ver que no estaba embarazada. La sensación del bebé en su interior había desaparecido, de repente advirtió el agujero. Se agarró la barriga deshinchada, intentó incorporarse, pero la cegó una ola de dolor tan intenso que perdió de vista la habitación del hospital durante un instante —o tal vez minutos, quizá horas: quién sabe.

Al final volvió a abrir los ojos e intentó llamar a su madre, pero tenía la boca seca. Le entraba un tubo en el brazo; la piel alrededor de la aguja le escocía. Se centró en aquella pequeña incomodidad, intentó construir un muro entre ella y el resto de su cuerpo. Era de día, la luz rosada entraba por la maldita cortina de papel.

—Mamá —dijo. Su voz sonó como si alguien arrugara un trozo de papel con

la mano. Pero en esa ocasión Assunta estaba despierta y también Tina, al lado de la cama—. Mamá, ¿dónde está mi bebé? Mi bebé.

Tina ayudó a Stella a beber zumo de un vasito de papel y Assunta sollozó, agarrándole la mano con tanta fuerza que aparecieron marcas blancas y rosas en los nudillos de las dos.

—Mamá —dijo otra vez Stella, pero Assunta solo tenía aliento para llorar y repetir una y otra vez: «Gracias, Dios; gracias, *Madonna*; gracias, Dios; gracias, *Madonna*».

Stella tragó y Tina la ayudó a beber un poco más. Le dolía la pelvis, un dolor terrible. Lo intentó con su hermana.

—Tina —dijo. Su voz, ¿era su voz?, sonó rara—. ¿Dónde está mi bebé? ¿Se lo han llevado?

Tina miró a su madre, pero Assunta lloraba contra la mano de Stella. Iba a dejar que Tina se ocupara. Stella lo había entendido ya a medias antes de que Tina pudiera decirlo: la otra mitad no la entendió ni siquiera después.

—Tu bebé está con Dios, Stella —contestó Tina. Hasta ahí llegó, porque no pudo decir nada más: se cayó sobre el suelo de linóleo y se echó a llorar sobre la falda.

Stella miró el techo. Su madre lloraba a la izquierda y su hermana, a la derecha. Esperaba que viniera una enfermera y se ocupara, porque no podía hablar con ellas, quizá ya nunca pudiera hablar con ellas. Cerró los ojos y se hundió en el dolor.

Stella había llevado a término un bebé varón sano que pesaba cuatro kilos seiscientos gramos. Se había presentado de nalgas y el médico, un novato, había intentado darle la vuelta. Cuando el parto no avanzó tal como se esperaba, utilizó el fórceps para sacarlo. Pero el bebé era demasiado grande para el canal de parto y se atascaron los hombros. Mientras la escena del hospital derivaba hacia el pánico, el médico realizó una proctoepisiotomía, haciendo una incisión quirúrgica que asombraría a las posteriores generaciones: ¿dónde creía que estaba el bebé? Cuando lo sacó, estaba muerto, estrangulado por el cordón umbilical.

Dolor, delirio, oscuridad, dolor.

¿Había sido tan doloroso cuando era niña y le abrieron las entrañas? ¿Quizá ahora, como era mayor, el dolor también lo era?

Stella no tenía control sobre si estaba dormida o despierta. En los peores

momentos, el sudor escociéndole en los puntos, cuando la carga de la pérdida que sentía en el pecho era tan pesada que luchaba por aspirar aire suficiente con los pulmones; en esos momentos, cuando no quería otra cosa que dejarse llevar, cuando el sueño habría sido el mayor alivio, no lo conseguía. Tenía que escuchar la conversación, doliente y torpe, de las personas terribles que iban a verla. Todos eran terribles en aquel momento.

«¿Por qué me has dejado vivir esta vez? —preguntaba a Dios, una y otra vez—. ¿Qué objetivo tiene todo esto?»

Algunas veces lo decía en voz alta y, si Assunta lo oía, la hacía callar. Así no funcionaban las cosas con Dios.

Tina secaba la frente de Stella con una toalla fresca y húmeda. Le ahuecaba la almohada y le mojaba los labios secos con agua. «Buena Stella, afortunada Stella, estrellita de la suerte —canturreaba, convirtiendo su nombre en una canción—. Brava Stella, Stella Fortuna, *stella fortunata*.»

Stella esperó hasta que Assunta salió de la sala, entonces le preguntó:

—¿Crees que tengo suerte?

Tras tantas horas de silencio ininterrumpido, la voz de su hermana pilló a Tina desprevenida.

—Tienes suerte de estar viva —contestó, pero sonó a pregunta.

Stella sintió el mal de ojo. El dolor se transformó en un malestar y comprendió.

—Por lo menos, ahora ninguna de las dos tiene un niño —dijo.

—Stella, no —protestó Tina, pálida.

—Admítelo, quítatelo del pecho para que Dios pueda perdonarte. —Stella estaba tan agotada que lo dijo sin agresividad, pero no era necesario—. Me tenías envidia por mi bebé y ahora, en el fondo de tu corazón, te alegras.

La expresión del rostro de Tina hizo que las tripas de Stella se estremecieran de odio: lágrimas grandes, estúpidas; Tina intentaría salir de esta llorando, como hacía siempre que le pasaba algo malo. Stella la odió más de lo que había odiado nunca a nadie, incluso a Carmelo, incluso a su padre. Su padre no había matado a su bebé.

—No, Stella, te equivocas. —Tina se secó los mocos de la barbilla—. Solo quería quererlo. Quería querer a tu bebé y ahora estoy muy triste por ti.

—Nada de lo que digas servirá para que te perdone —dijo Stella. Con eso gastó toda su energía. Apartó el rostro y cerró los ojos.

—¿Por qué lloras, Tina? —preguntó Assunta cuando regresó.

—No estoy llorando —oyó Stella que decía su hermana; después sorbía y se

sonaba.

Tina dejó de canturrear, pero no abandonó la cama de Stella.

Por lo general, cuando Stella abría los ojos, ahí estaban Assunta y Tina. En una ocasión era ya de noche, la única luz procedía del exterior, del ala del hospital, y en la butaca de brazos de madera había un hombre.

—¿Carmelo? —preguntó en la oscuridad, porque por un momento no estuvo segura.

—Stella. —Estaba llorando. Se dio cuenta por la voz: muy propio de Carmelo no hacer el menor esfuerzo por ocultarlo—. Mi Stella, mi estrella. Mi preciosa Stella. Cuánto lo siento, cuánto lo siento. —Se dio cuenta de que le había estado cogiendo la mano cuando se la estrechó con más fuerza—. Por favor, vuelve conmigo. No me dejes. Deja que te cuide. Deja que lo haga mejor.

Quizá aquel fuera el mayor momento de debilidad de Stella en toda su vida, porque sintió que el corazón le daba un vuelco. Cuando se preguntó cómo iba a dejar atrás todas las cosas malas, se dio cuenta de que ni siquiera quería recordar cuáles eran, y el sendero apareció, de repente, diáfano. Enterraría el primer año de su matrimonio con el bebé. Así era como iba a salvarse.

Stella Maglieri estrechó la mano húmeda de su marido.

—Estoy aquí, Carmelo —contestó—. No ve voy a ningún lado.

El hospital le dio el alta a los cuatro días con la recomendación de que pasara como mínimo cinco semanas en la cama. El doctor le recetó un calmante que Stella tomó esporádicamente los primeros días, pero hacía que se sintiera tan incómoda y desorientada que lo dejó. En cualquier caso, el peor dolor estaba en la cabeza y en el corazón y las pastillas no podían alejarlo.

Le costaba ponerse de pie o sentarse, o cualquier otro gesto que ejerciera presión en el perineo. Ir al baño era una tortura, revivía el dolor extremo de la carne, todavía no curada, que el médico había cortado para poder meter el fórceps. Pero la vagina es un órgano preparado para el trauma y, por grande que fuera el daño, cuando se curó fue de modo definitivo.

Durante el día, Stella permanecía en la cama, la piel de los brazos se bronceaba a la luz de las últimas horas de la mañana y los pezones duros y doloridos dejaban escapar leche inútil en la dolorosa tela del camisón, dando vueltas y vueltas a sus pensamientos. Tina pasaba antes de ir al trabajo con un plato de *frittata* o un bollo y una taza de café y lo dejaba en una silla junto a la cama. Tina nunca decía nada y Stella, por lo general, simulaba estar dormida.

Carmelo preparaba la cena de Stella todas las noches, comida caliente con carne para que pudiera recuperarse de la pérdida de sangre. Pero Stella con frecuencia lo oía hablar en la cocina y sabía que parte de la cena que su marido le traía eran regalos secretos de su hermana. Reconocía las chuletas de Tina, hechas al horno, e identificaba el sabor de la salsa de tomate de su hermana, más especiada y menos dulce que la de Carmelo.

Assunta, que tenía las piernas inflamadas con artritis y no había podido trabajar en todo el año, se sentaba junto a Stella y hacía ganchillo. Por lo general no hablaban, pero en una ocasión Stella le preguntó a bocajarro:

—Mamá, ¿y qué pasa si esto no mejora?

El rostro de Assunta mostró abatimiento. Rodeó con la mano el tobillo de Stella, cubierto por la manta.

—Sé cómo te sientes, mi Stella. Yo también perdí a mi primera hija. —Se calló un momento—. Pero después el Señor hizo que nacieras tú, mi mayor tesoro. —Apretó cariñosamente el tobillo de Stella—. Quizá tenga para ti un regalo todavía mayor.

La idea de celebrar un funeral fue de Carmelo. Antonio dijo que era un despilfarro comprar un trozo de terreno y una lápida para un bebé que ni siquiera había respirado en este mundo, pero Antonio ya no tomaba decisiones en nombre de Stella.

Celebraron el funeral dos semanas después de que Stella volviera a casa del hospital. No tenía que levantarse de la cama, pero fueron unas pocas horas: la ceremonia junto a la tumba y el entierro del diminuto ataúd con el cuerpo embalsamado del pequeño Bob Maglieri.

—¿Qué clase de nombre es Bob? —había preguntado su hermano Joe en tono de burla—. Eso no es un nombre, ¿por qué no lo habéis llamado Robert, por lo menos?

Stella no tenía que dar explicaciones a nadie y, desde luego, menos todavía al borracho e inútil de su hermano. Pero había dado a su hijo muerto el nombre de Bob para que no tuviera que compartirlo con ningún otro niño vivo.

Stella se puso un vestido negro para ir al funeral. Caminó entre Tina y Assunta y ambas la sujetaban por el brazo, de la misma manera que Assunta había asistido al funeral de su hija del brazo de su madre y de su hermana, treinta años antes.

Stella echó tierra sobre el ataúd; el director del funeral, un hombre calvo y con bigote, les había explicado lo que tenían que hacer. Después los dolientes se

congregaron en Bedford Street para comer.

Mientras sus amigos se iban alejando de la tumba, Tina le preguntó:

—Stella, ¿puedes perdonarme?

—No digas tonterías —contestó Stella—. ¿Perdonarte qué cosa? —Miró a Tina de soslayo, preguntándose si tendría algo más que decir. Así era.

—Por..., por tenerte envidia. —La voz de Tina se quebró.

—Tina, no te creerás en serio todas esas viejas paparruchas. —Stella pasó el brazo por el de su hermana y apartó el miedo que sentía en su corazón—. El médico se equivocó, no se le puede echar la culpa a nadie más. No escuches a esas viejas locas que dicen cosas así, te arruinarán la vida.

Mientras volvían hacia el coche que esperaba, *za* Pina preguntó a Assunta:

—¿Qué le pasa a Stella? ¿No es capaz de llorar en el funeral de su propio hijo?

—No conoces a mi Stella —contestó Assunta—. No ha llorado nunca en su vida, ni siquiera cuando era pequeña y los cerdos le rajaron la barriga.

Carmelo durmió en el sofá hasta que le quitaron los puntos a Stella. Volvió a la cama en septiembre, cuando Stella podía moverse lo bastante para cambiar las sábanas con ayuda de su madre. Carmelo se acostaba con cuidado en su lado de la cama, temeroso de hacerle daño sin querer durante la noche. Algunas veces le acariciaba el pelo hasta quedarse dormido.

Pasó otro mes. Las heridas de Stella cicatrizaron. El único dolor que persistía no era físico.

Carmelo esperó un tiempo prudencial antes de pedírselo.

—Stella, ¿podemos intentarlo otra vez? —le preguntó una noche de octubre. Y quizá porque el dolor que Stella deseaba curar con mayor desesperación era el del corazón, le contestó que sí.

Durante el resto de su vida sexual, que duraría quince años, Stella entregó su cuerpo a su marido sin resistencia ni comentarios, incluso cuando su embarazo estaba tan avanzado que pensaba que se le iba a quebrar la columna o estaba tan cansada que se dormía en pleno acto. Con el paso del tiempo, Stella aprendió a separar por completo el cuerpo de la mente. Aprendió a asomarse a la ventana del pensamiento y contemplar más allá de las chabolas de su subconsciente el azul plateado del mar Tirreno y las montañas coronadas por la *chiazza* de la iglesia de Ievoli, donde se alzaba la Madonna de los Dolores, siempre paciente, siempre beatífica, con el corazón dorado sangrando por su hijo muerto.

* * *

En abril de 1949, Tina llevaba dos años y medio casada con Rocco Caramanico. Stella estaba embarazada de cuatro meses cuando su hermana le dio la noticia definitiva.

—Nunca tendremos hijos. Algo no está bien.

Después de tanto tiempo, no debería haber sido una sorpresa, pero Stella se sobresaltó.

—Pensaba que habías dicho que las pruebas...

Tina puso dos tazas con café en la mesa de la cocina. Aunque estaban en el piso de Stella, era Tina quien se movía como si fuera la dueña. Dejó las tazas a ambos lados de la jarra de mermelada con violetas que Carmelo había cogido para Stella la víspera.

—A mí no me pasa nada —dijo Tina, no sin cierta satisfacción—. Es Rocco. Cuando estuvo en Nueva Guinea tuvo paperas y se quedó así.

—¿Estéril? ¿Quieres decir que es estéril?

—Sí. —Tina se sonrojó—. Su cosa, ya sabes, funciona bien. —Sobre esta cuestión Stella había sido testigo de más detalles de los necesarios—. Pero lo de dentro no tiene... En fin, que no podrá tener hijos nunca.

Las hermanas guardaron un momento de silencio incómodo mientras asimilaban el hecho irremediable y la crudeza de la conversación.

—Pero supongo que antes de casarse ya sabía que había tenido paperas. Lo ha sabido durante todo este tiempo —señaló Stella.

Tina se encogió de hombros. Estaba contemplando la taza de café con los ojos muy abiertos y su mirada era franca.

¿De verdad Rocco había sido capaz de hacer eso? ¿Era posible que se hubiera casado con Tina sabiendo hasta qué punto quería tener hijos y había dejado que alimentara esperanzas durante tanto tiempo? Ni siquiera Rocco podía ser tan egoísta y tan cruel... ¿O sí? Pero en aquel momento Stella no podía preguntárselo a su hermana: habría sido otra forma de crueldad.

—Tina, cuánto lo siento —dijo finalmente.

—Podríamos anular el matrimonio si yo quisiera —explicó su hermana—. Podría intentarlo con otro. El cura me ha dicho que en este caso no habría problema.

—¿Quieres la anulación? —preguntó Stella con prudencia y alegría contenida.

—No —se apresuró a contestar Tina—. Dije que en lo bueno y en lo malo,

¿verdad?

—Pero Tina, no es justo si no sabías...

—Tenemos un buen matrimonio —la interrumpió Tina con tono tajante—. Queremos estar juntos aunque no tengamos hijos.

La breve esperanza que había albergado Stella de que Rocco Caramanico se convirtiera en historia se desvaneció. ¿Qué significaba eso de un buen matrimonio para Tina? Stella se quedó sin habla durante un rato mientras intentaba entenderlo. ¿Qué hacía que un matrimonio fuera bueno? Stella siempre había pensado en el matrimonio como un acuerdo que había que soportar para engendrar hijos: un acuerdo que, por ese mismo motivo, había intentado por todos los medios evitar. ¿Cómo podía ser bueno el matrimonio de Tina si le impedía lo que más quería en esta vida, ser madre? Stella tragó saliva para hacer pasar la bola que se le había formado en la garganta seca, una amalgama de confusión y tristeza.

—Podríais adoptar —dijo, consciente de que era un comentario banal.

Tina estaba ya negando con la cabeza.

—No necesitamos el hijo de otras personas, con los problemas que pudieran tener esas otras personas. Hemos decidido que no, somos felices tal como estamos. No hace falta que recemos más por ello. —Alzó la vista y sonrió—. No pasa nada, Stella. Voy a tener todos tus hijos para cuidar. Y quién sabe cuántos vas a tener.

La respuesta fue diez: diez hijos sobrevivieron a la infancia.

En junio de 1949, Louie se graduó en la escuela superior de Hartford. Stella asistió a la sofocante ceremonia, conteniendo las ganas de orinar, y aplaudió con fuerza cuando su hermano pequeño subió a la tarima provisional situada bajo la canasta de baloncesto para estrechar la mano del director de la escuela. Tony hizo enmarcar el diploma y lo colgó en el cuarto de estar de los Fortuna.

Louie iba a pasar el verano trabajando para un amigo de *zu* Tony Cardamone, un electricista autorizado llamado Bill Johnson. Louie tenía que estar en West Hartford a las seis de la mañana en punto: el tiempo es oro y el tiempo de un electricista equivale a una buena cantidad de oro. Tony le compró una bicicleta con embellecedores negros y brillantes en los bujes para ir y volver del trabajo. Carmelo le dijo a Louie, en un aparte, que no se preocupara, que lo ayudaría a comprarse un coche.

Joey también, por fin, consiguió un empleo. Carmelo lo había presentado al

encargado de contratación de la compañía eléctrica. El encargado, que apreciaba a Carmelo, había encontrado un trabajo para Joey. Stella esperaba que su hermano respetara su empleo lo suficiente para no hacer ninguna tontería. No quería que Carmelo se metiera en líos por haber hecho una mala recomendación.

El 2 de septiembre de 1949, Stella dio a luz a un niño que pesó dos kilos ochocientos gramos. El parto fue sencillo y natural, aunque también hay que decir que no menos doloroso que en la ocasión en que estuvo a punto de morir.

Llamaron al niño Thomas, igual que su abuelo paterno, pero escrito en inglés. Un niño sano para perpetuar el apellido de la familia. Por supuesto, Tina y Rocco fueron los padrinos de bautismo.

En aquel momento, la vida empezó a acelerarse para Stella. Las horas empezaron a mezclarse y los días perdieron discreción; Stella comía cuando tenía hambre, que era a todas horas, porque el bebé mamaba como un caníbal adorable. Lo único que quería Stella era ocuparse de él, Tommy, hasta que sintió que el siguiente estaba en camino y entonces su atención se dividió; luego llegó un tercero, y su dedicación se dividió de nuevo, y así sucesivamente hasta llegar a estar tan dividida y fraccionada por los cuidados que les dispensaba que cualquier otra cosa en el mundo desaparecía como si fuera una estrella titilante en el horizonte periférico. Quince años más tarde, cuando por fin terminaron los embarazos, se miró al espejo, vio a una mujer de cuarenta y cuatro años y se esforzó en averiguar paso a paso qué había sucedido en aquel lapso de tiempo perdido.

Entre los acontecimientos que habían tenido lugar en ese lapso de tiempo estaba la llegada de Queenie. Parecía una mujer pequeña y preciosa, pero, mirando hacia atrás, fueron muchas las señales de advertencia.

Un martes por la tarde del mes de mayo, en 1950, Stella estaba sentada en la cocina de su madre, dando de mamar al pequeño Tommy, cuando Louie entró a toda prisa; la mosquitera que daba al jardín dio un portazo a su espalda. Hizo caso omiso de Tina, que estaba pelando zanahorias y a la que casi golpeó con la puerta, y de Stella, que le chistó mientras se cubría el pecho desnudo y tapaba el rostro menudo y concentrado de Tommy.

Junto a la cocina, Assunta removía la pasta con la cuchara de madera para que no se pegara a la cazuela.

—Mamá —anunció Louie, dirigiéndose a la espalda de su madre—. Quiero casarme.

Assunta se dio la vuelta y miró a su hijo.

—Muy bien, Louie —contestó—. ¿Vas a buscar una chica?

—Ya la he encontrado y le he pedido que se case conmigo, pero me ha dicho que no.

Assunta y Tina soltaron una exclamación y Stella disimuló una sonrisa bajando la cara hacia la mantita de Tommy.

—¿Le has pedido matrimonio a una chica sin traerla aquí primero? —exclamó Tina mientras Assunta golpeaba el hombro de Louie con la cuchara sucia.

—¿A qué tanta prisa? ¿Te has metido en algún lío? —preguntó Assunta, volviendo a darle con la cuchara.

—No es eso —contestó Louie—. Es una buena chica, su padre es muy estricto. —Las ojeras que tenía desde pequeño le daban un aire de fidelidad perruna que le hacía parecer especialmente sincero—. He tenido que decírselo porque no quiero perderla, quiero que sepa que voy en serio.

—Me parece que deberías contarnos algo de esa chica —dijo Stella—. Y será mejor que sepamos qué contarle a papá cuando vuelva a casa.

Dos semanas antes, Louie había acompañado a Bill Johnson a una casa situada en West Hartford. La hija mayor de la familia los hizo pasar y les explicó el problema que tenían con la caja de fusibles. Hablaba un inglés perfecto y rápido y Louie no se dio cuenta de que era italiana hasta que vio la placa de madera sobre el marco de la puerta con el rostro de Jesús pintado en tonos pastel sobre las palabras *DIO BENEDICA LA NOSTRA CASA*. La guapa joven se quedó y los vio trabajar rápidamente. Louie estaba sudando de pánico porque no quería arriesgarse a perder su trabajo, pero no podía marcharse de ahí sin decirle algo.

Al final, lo único que consiguió preguntarle fue su nombre: Pasqualina Lattanzi, un nombre grande para una persona diminuta, tal como la describió Louie, así de bajita y con cara de muñeca. Todo el mundo la llamaba Queenie.

No podía preguntarle delante de Bill si quería salir con él, así que retuvo la dirección y en cuanto terminó la jornada regresó en bicicleta. La chica estaba en el jardín delantero, leyendo un libro mientras vigilaba a una pandilla de niños que jugaba a la guerra alrededor de un manzano silvestre.

—Tienes que irte de aquí —le advirtió Queenie—, mi padre te matará.

—No me da miedo —contestó Louie.

—Bueno, a mí sí y no quiero que me mate. —Se levantó, dejó el libro en la silla y se cruzó de brazos.

—He venido para invitarte a salir conmigo —dijo Louie—. Si tu padre quiere, puedo pedirle a él permiso primero.

—No salgo con chicos —contestó Queenie, pero Louie se dio cuenta de que lo estaba examinando.

—¿Por qué no? ¿Cuántos años tienes? —preguntó Louie.

—Dieciocho. Pero tengo una familia a la antigua. —Su acento estadounidense a Louie le sonaba cualquier cosa menos anticuado—. A mi padre no le parece bien eso de que salga con chicos: solo es partidario del cortejo con carabina, a la italiana, y solo cuando hay intención de matrimonio.

—¿Y si queremos casarnos? —preguntó Louie, sin pensarlo. Y rápidamente decidió seguir adelante—: ¿Podemos salir si vamos a casarnos?

—No me conoces de nada —contestó ella.

—Pues ya te conoceré —dijo él—. ¿Tenemos que estar comprometidos para hablar? Pues te pido en matrimonio ahora mismo.

Queenie negó con la cabeza.

—Todavía voy al instituto. Cuando termine y trabaje como secretaria, empezaré a pensar en mi futuro.

Para entonces, uno de los hermanos menores de Queenie se había separado del grupo de niños. Se acercó y se detuvo junto a Queenie —su cabeza le llegaba al hombro— y cruzó los brazos como ella.

—Será mejor que se vaya, joven —dijo exactamente igual que si fuera una versión muy reducida de John Wayne.

—Eso mismo le estaba diciendo yo —añadió Queenie.

Louie se marchó, pero cada día paraba en la casa de los Lattanzi de camino a casa, al regresar del trabajo.

—Tienes que dejar de venir —le decía Queenie—. No puedes aparecer por aquí por las buenas, vas a meterme en un lío muy gordo.

—Dejaré de venir si accedes a salir conmigo —le contestaba Louie. Pero Queenie todavía no había dicho que sí.

Cuando Louie contó a su madre y a sus hermanas su problema, Stella le dijo:

—Eres tan pesado como Carmelo. ¿No sabes que algunas mujeres prefieren estar solas?

—Quiere casarse —contestó Louie—. Si no fuera por su padre, ya me habría dicho que sí y habría salido conmigo, lo sé.

—Siempre lo sabéis todo —dijo Stella, pero nadie le hizo caso. Miró al pequeño Tommy—. ¿Tú también vas a ser así? —le preguntó—. ¿Sabrás que eres el mejor del mundo y que conseguirás siempre lo que quieres si insistes lo suficiente?

—Pues mira quién lo dice —contestó Louie.

—Vuestro padre tendrá que visitar a su padre y los invitaremos a todos a cenar —declaró Assunta—. Así se hacen las cosas.

—Sí, tráela —dijo Stella—. Papá conseguirá que se comprometa contigo, lo quiera o no.

Louie se comprometió con Queenie Lattanzi en junio de 1950. No se casarían hasta que ella terminara los estudios y consiguiera un trabajo.

—Para las mujeres casadas es más difícil encontrar trabajo —explicó Queenie a Stella—. Piensan que lo vas a dejar enseguida para tener hijos, así que hay que buscarlo cuando todavía eres señorita tal o cual.

Los padres de Queenie llevaban mucho tiempo en los Estados Unidos. Su padre, chapado a la antigua, era un ebanista respetado que vendía muebles a las mejores tiendas. Había estudiado en Italia hasta los nueve años —«lo máximo que podía estudiar», añadía Queenie a la defensiva— y era firme partidario de que sus hijos estudiaran, motivo por el cual pagaba a Queenie el curso de formación.

Queenie no había estado nunca en Italia. Hablaba un italiano perfecto, pero dejaba bien claro que despreciaba a quienes no se esforzaban en vivir como estadounidenses. Tenía los recursos de una italiana y el aplomo de una americana. En cuanto se comprometió con Louie, empezó a ir a Bedford Street dos o tres veces por semana y aconsejaba a sus cuñadas, con cierta prepotencia, sobre el modo en que podían mejorar su vida. Tenían que instalar ventiladores eléctricos en el techo: ya no vivían en el pueblo. Necesitaban un televisor para el cuarto de estar: tenían que estar al día de lo que sucedía. Tenían que recortar los cupones del periódico para ahorrar dinero en las tiendas. Tenían que pintar las paredes de la casa y colgar obras de arte: ningún estadounidense tenía las paredes blancas y vacías. Y su receta de *muffins* de arándanos era mucho mejor que la de Tina.

Todos los Fortuna la apreciaban, aunque fuera un poco sabionda. Por lo general, a Stella le parecía correcta. Por ejemplo, era correcta con Tony, aunque estuviera dispuesta a declarar que nadie más lo era.

Fue Queenie quien se dio cuenta de que a Tommy le pasaba algo raro, porque, aunque fuera joven y soltera, era la única que sabía lo que tenían que hacer los bebés en los Estados Unidos.

—Tiene más de un año —dijo Queenie—. Ya le tocaría andar.

—¿Es verdad, *ma*? —preguntó Stella a Assunta más tarde.

Assunta miró a Tommy, que gateaba torpemente por el suelo de la cocina, y torció el gesto; Stella se daba cuenta de que se sentía mal por no saber la respuesta.

—Es verdad —dijo finalmente Assunta—. Creo que tú andabas antes del año, pero quizá aquí las cosas son de otro modo, los niños no están tanto al aire libre.

Stella, inquieta, hizo que Carmelo los llevara al hospital. El médico no pareció contento. Stella no era capaz de entender el complejo lenguaje médico, pero se daba cuenta de que el doctor no descartaba posibilidades terribles. El cuerpecito de Tommy fue medido, explorado, estirado y doblado. Era demasiado pequeño, declaró el médico: no estaba creciendo bien. Durante tres semanas insomnes, Stella se preguntó si Dios le iba a arrancar otro hijo.

Las pruebas resultaron negativas: el pequeño Tommy no tenía cáncer, pero padecía una enfermedad muy rara que hacía que en todo el cuerpo le crecieran tumores benignos que inhibían el crecimiento. Sería siempre de hueso pequeño; no podría nunca participar en deportes de grupo o defenderse del acoso. Tenían que prestarle mucha atención, no podía alejarse mucho de casa y debería evitar cualquier conflicto durante tanto tiempo como fuera posible.

Al final resultó que ese «durante tanto tiempo como fuera posible» se convirtió en un «para siempre». Tommy no se alejó nunca de la casa de su madre. Tendría ya treinta y ocho años cuando Stella sufrió el Accidente que la incapacitó. Tommy podría haberse casado, haber seguido sus propios sueños, pero se quedó para cuidarla.

El 28 de mayo de 1951, Stella dio a luz a su segundo hijo vivo, Nino, llamado Antonio como su abuelo materno. A pesar de su nombre de pila, resultaría ser el favorito de Stella, el último chico de cuya infancia pudo disfrutar porque todavía tenía ánimos y fuerzas, antes de que hubiera demasiados niños tirando cosas, escupiendo, rompiendo y llorando. Louie y Queenie fueron sus padrinos, aunque todavía no estaban casados.

Nino creció hasta convertirse en un niño robusto y jovial, con muchos amigos y mucha labia, lo que le permitía zafarse de cualquier lío. Era el protector y mejor amigo de su hermano mayor: nadie se metía con Tommy en el colegio porque nadie se metía con Nino en ningún sitio. Puesto que no tenía problemas médicos que lo evitaran, fue llamado a filas en el noveno reclutamiento de 1970. Afortunadamente, mientras Stella amamantaba a su hermoso hijo de ojos de color chocolate no podía imaginar que cuando tuviera apenas diecinueve años una mina destrozaría su cuerpo perfecto en una selva de Vietnam del Sur.

Cuando regresaron de su luna de miel en abril de 1952, el señor y la señora de Louis Fortuna, puesto que ahora se llamaban así, se trasladaron a la planta baja del edificio de Bedford Street, al dormitorio que Stella y Tina habían compartido. Queenie no ocultó lo mucho que le molestaba aquello.

—Tenemos muy poca intimidad —se quejó a Stella y a Tina—. Somos recién casados, no es justo que tengamos que convivir con gente que abre las puertas en cualquier momento.

—Ya sabes que todos hemos pasado por eso —contestó Tina—. Tendréis que aguantar hasta que ahorréis dinero.

—Yo no soy como tú —replicó Queenie—. Me he criado como americana y aquí no aguantamos estas cosas como vosotros en Italia. —No lo decía con mala intención, pero era siempre muy brusca.

—Solo será durante una temporada corta —intervino Stella para suavizar la tensión antes de que Tina se ofendiera—. Piensa que así te ahorras el alquiler.

—Menudo regalo —contestó Queenie con un resoplido—. Vuestro padre piensa que como está en su casa, puede entrar en mi habitación siempre que quiera. En cualquier momento —insistió. Estaba claro lo que quería decir, pero lo recalcó—: Stella, entra cuando nos oye en plena faena.

—¿Entra cuando lo estáis haciendo? —preguntó Tina, horrorizada. Stella estaba asqueada, pero no le sorprendía. Por lo menos, Tina no parecía saber que Tony los había espiado también a ellos. Cuánto agradecía que una puerta con cerrojo y unas escaleras separaran su vida de casada de su padre.

—Y he pillado a vuestra madre registrando mis cosas —añadió Queenie.

—No, *mamma* no haría jamás eso. —Stella se había mostrado comprensiva con Queenie mientras se quejaba de Tony, pero no iba a permitir que aquella muñeca difamara a Assunta.

—Ni hablar —repitió Tina.

—¿Y por qué tocaba mis cosas entonces? —preguntó Queenie.

—Quizá para ayudarte con la ropa o algo así —sugirió Stella—. Pero jamás curiosearía o te cogería algo. Si crees que es capaz es porque no la conoces en absoluto.

—Pues bueno —dijo Queenie. Se recostó en la silla y no dijo nada más. Tal vez Queenie se creyera en posesión de la verdad, pero había aprendido que cuando Stella se pronunciaba sobre algo su determinación era inquebrantable.

* * *

¿De quién fue la culpa de lo que sucedió más adelante? Bien, fue culpa de Tony: solo a él se le pueden reprochar sus actos. Pero eso no quiere decir que otras personas no fueran cómplices o responsables.

Por ejemplo, fue Assunta quien metió a Mickey en la familia.

En julio de 1952, cuando Louie y Queenie habían regresado de la luna de miel de tres meses y vivían apretados en la planta baja, Assunta hizo un anuncio: hacía doce años que no veía a sus paisanos y quería volver a Ievoli. Quería peregrinar a la Madonna de Dipodi, celebrar la fiesta de la Asunción y visitar la tumba de su madre.

En realidad, Assunta había ideado un plan para que su hijo Joey, que se estaba quedando rezagado, creciera de una vez y fundara una familia. Al paso que iba, jamás se casaría porque se gastaba todo el sueldo en el bar y con *putane*. Assunta había recurrido, sin resultado, a los llantos y las regañinas, así que había decidido que tal vez podría actuar en orden inverso: si Joey tenía una mujer a la que mantener, no le quedaría más remedio que sentar la cabeza. Solo había que enredarlo para que se casara. Bien, no podía hacer gran cosa en Hartford porque no entendía a las chicas como Queenie ni sabía cómo impresionarlas y, además, tenía que arrancar a Joey de sus malos hábitos y de la gente que los conocía. Le pareció que, en cambio, en Ievoli sería capaz de controlar la situación.

La idea del peregrinaje encajó enseguida. Cuando lo anunció a la familia, en la cena del domingo, añadió que necesitaría un acompañante y le rogó a Joey que fuera con ella. Sería solo un par de meses.

—¿Un par de meses? Imposible, *ma*. Tendría que dejar el trabajo.

—No, claro que no tienes que dejarlo —dijo Assunta, aunque, por supuesto, Joey perdió un buen empleo, con jubilación, que acababa de conseguir—. En cualquier caso, ya he comprado los billetes para los dos.

El plan de Assunta resultaba evidente para todos, no era muy hábil simulando. Lo único que sorprendió a Stella fue que su padre se desentendiera del asunto.

—Cosas de mujeres —dijo. Tony había renunciado a encarrilar a su hijo y quizá creía que merecía la pena intentar el plan de Assunta.

Joey y Assunta partieron el 27 de julio. A mediados de septiembre, Tony recibió una carta de Joey, escrita en una mala mezcla de inglés e italiano, diciendo que estaban disfrutando mucho de su visita y que se quedarían en Ievoli hasta las Navidades, pero que entonces traería a casa a su nueva esposa,

Michelina, a la que llamaba Mickey.

Lo has conseguido, *ma*, pensó Stella. Estaba impresionada. Se preguntó de dónde habría sacado Assunta a una mujer dispuesta a casarse con Joey y qué medidas habría tomado para forzarlos a los dos al santo matrimonio. Esperaba que aquella Michelina fuera lo bastante fuerte para poder con el haragán de su hermano. En misa, Stella dedicó una plegaria especial a la Virgen que su madre había escogido tan acertadamente; al fin y al cabo, Assunta no podría repetir la jugada.

Joey y su mujer, Mickey, se instalaron en la antigua habitación de los chicos, en la planta baja de Bedford Street en enero de 1953. Mickey estaba ya visiblemente embarazada, lo que hizo pensar a Stella que era una mujer que iba al grano.

Mickey, que acababa de cumplir los dieciocho, había crecido en Nicastro, aunque Assunta enumeró todos sus vínculos con Ievoli: su madre era prima hermana de *za* Violèt de Pianopoli; su hermano mayor se había casado con Marietta, la amiga del colegio de las chicas Fortuna. Mickey era alta y tenía largas piernas, cosa que todo el mundo sabía porque se paseaba por la casa vestida con pequeños camisones de seda. Stella se asombraba de cuánto habían cambiado las cosas en Calabria para que de ahí saliera una criatura tan alocada. Mickey reía con fuertes carcajadas y flirteaba con cualquier hombre que tuviera cerca, fuera su suegro, sus cuñados o cualquier otro. Les tocaba el brazo cuando les hablaba, se sentaba a su lado en el sofá y apoyaba la cabeza en su hombro. A Stella le parecía una broma de humor negro lo incómodos que se sentían Carmelo, Louie y Rocco, pero era obvio que a Queenie no le hacía la menor gracia y era ella quien tenía que aguantarla más tiempo. Stella esperaba el día en que Mickey aprendiera buenos modales de un bofetón.

—No puedo —decía Queenie a Stella y a Tina al menos una vez por semana—. No puedo seguir viviendo con esta mujer. Ya era malo antes, pero ahora...

En una ocasión, Tina se inclinó hacia delante y bajó la voz.

—¿Qué vais a hacer?

Queenie gruñó. Stella, que estaba haciendo ganchillo, lanzó un vistazo para verle la cara. Tenía una mueca de hartazgo.

—¿Vais a mudaros? —preguntó Tina.

—¿Cómo voy a mudarme? Vuestra madre no lo permitiría.

Stella no podía decir nada para consolarla y se alegraba de que entre Carmelo, ella y el resto del mundo hubiera una puerta con una cerradura.

A principios de mayo de 1952, Mickey celebró una fiesta, para celebrar el futuro nacimiento de la criatura, a la que invitó a sus nuevas amigas de la iglesia, que acudieron, engulleron pasteles y le llevaron todo tipo de regalos diminutos y preciosos. Hacía frío y llovía; Mickey les indicó que fueran a la habitación de Queenie y de Louie y dejaran ahí los abrigos mojados sobre la cama.

Fue la gota que colmó el vaso, aunque probablemente Queenie debía de llevar tiempo planeándolo.

El último domingo de mayo, la familia Fortuna acudió a misa de once. Queenie no se encontraba bien, así que ella y Louie se quedaron en casa. De camino a la iglesia, Assunta y Tina especularon sobre si habría un bebé en camino.

Después de la misa, se detuvieron en casa de *za* Filomena y *zu* Aldo para comer. Hacía un hermoso día y los niños jugaron en el jardín delantero con la hija de dos años de Carolina. Assunta salió antes hacia Bedford Street para empezar a preparar la cena para todos; el resto la siguió media hora más tarde, cuando Nino empezó a protestar.

Stella oyó los gritos antes de poner el pie en el porche. Al principio se preguntó si habría algún animal atrapado o algún desagüe funcionaba mal. Pero no. *Mamma*.

Stella lanzó a Nino a los brazos de Carmelo y se precipitó con torpeza por las escaleras del porche: estaba solo de cuatro meses, pero había engordado mucho. La puerta, que no estaba cerrada con llave, se abrió sobre un pasillo oscuro y fétido: el hedor la asaltó de inmediato. Cuando Stella dio al interruptor le costó largo rato entender lo que estaba viendo.

Ahí estaba su madre, respirando agitadamente, arrodillada en el suelo del pasillo junto a un charco de vómito. En su cabeza despeinada se veían marcas de sangre ahí donde se había arrancado el cabello; más tarde Stella encontraría los mechones junto al fregadero de la cocina. Tenía algo oscuro en la cara y Stella no tardó en averiguar que era diarrea. Había materia fecal por todas las paredes hasta la altura de la cintura, como si Assunta hubiera gateado por el pasillo y se hubiera dedicado a pasar las manos sucias por las paredes. Por encima de la mierda estaban las señales que Queenie y Louie, con sus prisas, habían dejado como vestigios de su maniobra.

Lo ha conseguido, pensó Stella, casi triunfante, pero el pensamiento desapareció rápidamente.

Tina se dejó caer en el suelo junto a Assunta:

—*Ma*, ¿qué ha pasado?

Cuando los sollozos empezaron de nuevo, Stella cruzó por encima del vómito

y entró en la casa, haciendo inventario. Queenie debía de haber saltado de la cama al minuto siguiente de que salieran hacia misa —después de hacerse la enferma, la pequeña ladrona— y había empezado en ese mismo momento a cargar un camión; Dios sabía dónde habían encontrado una empresa de mudanzas que trabajara en domingo. En las cuatro horas escasas que los Fortuna habían estado fuera, Louie y Queenie se lo habían llevado todo: los muebles del cuarto de estar, del comedor y de su dormitorio. Habían cogido las cazuelas de los armarios de la cocina y el jabón de la jabonera del baño. El único rastro que quedaba de ellos era la débil marca que el sol había dejado en el lugar de la pared donde había estado colgado el diploma de Louie.

—*Malandrina* —exclamaba Antonio, una y otra vez. Aquella Queenie era tan mala como un salteador de caminos.

Quizá no te habría robado todos los muebles si no te hubieras dedicado a hacer de mirón, viejo verde asqueroso, pensó Stella.

Pero cualquier atisbo de comprensión que tuviera Stella hacia la conducta de Queenie quedó anulado por la reacción de Assunta ante la calamidad: exagerada, sin duda, pero a Stella le parecía sincera. Assunta de veras creía que no podría sobrevivir a aquello: le habían quitado a su hijo favorito, le habían vaciado la casa, su familia estaba destrozada.

Aquella noche no tomaron la salsa de los domingos; Queenie no había dejado cazuela donde prepararla.

—Se ha llevado mi colador de pasta —repetía Assunta, una y otra vez, como si aquella fuera la más inhumana de las injusticias del día—. Mi colador de pasta. Al menos, podría haberme dejado algo para colar la pasta.

Carmelo intentó sacarlos del piso vacío para que subieran a cenar a su casa, pero no podían dejar sola a Assunta. Stella se la había llevado a rastras a la ducha, le había quitado toda la mierda y le había lavado con cuidado la cabeza ensangrentada; después la había metido en la cama. Assunta, borracha de pena, lloraba histérica. Tina lloraba solidariamente, pero en silencio.

—No insistas, Carm —le dijo Stella—. Es inútil.

Al final, Carmelo bajó una cazuela con pasta preparada en su cocina. Los que podían cenar, lo hicieron sentados en la alfombra desnuda del cuarto de estar. Los niños corrían en círculos por el espacio vacío y Nino tiró el queso.

Cuatro días más tarde les llegó por correo una tarjeta de Queenie en la que notificaba, con su pulcra letra de secretaria, su cambio de dirección. El sábado, Stella dejó a los niños con Tina y pidió a Carmelo que la llevara al nuevo domicilio, situado en las afueras, en West Hartford. La casa era pequeña, de una

sola planta, con las paredes de ladrillo rojo y un seto cortado en ángulo recto. Louie y Queenie deberían de llevar tiempo ahorrando o tal vez los padres de ella les habían dado dinero.

Stella le pidió a Carmelo que esperara en el coche.

—No tardaré mucho —dijo. No quería que la sociabilidad o la compasión de Carmelo se lo pusieran más difícil.

Louie no estaba en casa, pero tanto daba, porque Stella quería ajustar cuentas con su cuñada.

—Debería darte vergüenza —dijo Stella cuando la hermosa joven abrió la puerta. Queenie llevaba un vestido de estar por casa con estampado de flores en tonos rosa, ceñido en una cintura inverosímilmente estrecha—. Debería darte vergüenza lo que le has hecho a mi madre, que siempre se ha portado bien contigo.

—No tengo nada contra tu madre, creo que es una buena mujer, aunque está un poco desequilibrada. —Queenie hablaba rápido y con contundencia, de manera que Stella llegó a comprender por completo sus palabras cuando ya era demasiado tarde para contestar—. Pero tu padre es un perverso, tu hermano Joey es un perdedor y su mujer es una vagabunda holgazana sin educación. No pienso criar a mis hijos en esa casa.

Stella estaba llena de rabia, aunque en sentido estricto no estaba en desacuerdo con nada de lo que había dicho Queenie.

—No hacía falta que te fueras así. Ha sido cruel —dijo finalmente.

—Siento que lo pienses. —Los rasgos duros de Queenie se suavizaron—. Pero tu madre nunca nos habría dejado marchar, Stella. Y tu hermano Louie nunca habría tenido el valor de enfrentarse a ella.

Tony fue a ver al señor Greenburg, el judío de Franklin Avenue, y compró muebles para toda la casa. Tenía buenos precios y se podía pagar a plazos. Pague ahora lo que quiera y después me va dando lo que pueda cada semana, decía siempre.

—Podías haberle exigido a Queenie que te devolviera los muebles, *pa* —dijo Stella.

Tony descartó la idea con un gesto.

—Son unos críos. No tienen dinero. Además, a tu madre le gustará elegir muebles nuevos.

Stella se preguntaba si se sentía culpable, pero no creía que su padre tuviera esa capacidad. Aquella era su versión de la indulgencia papal por sus pecados, aunque fuera Assunta el papa.

El bebé de Mickey nació en julio, una niña llamada Betty. Tina y Rocco fueron sus padrinos de bautismo. Stella sintió alivio al ver que Mickey no se lo pedía a ella y a Carmelo.

El segundo domingo de octubre, Mickey dijo que no se encontraba bien y se quedó en casa en lugar de ir a la iglesia. Joey se quedó con ella para cuidar al bebé. Cuando todos volvieron a casa, Stella comprobó con más disgusto que sorpresa que se habían llevado todos los muebles del piso de sus padres.

—¿Otra vez? —susurró Tina a Stella.

—Qué cerda —contestó Stella, sin preocuparse de hablar en voz baja. Su embarazo estaba tan avanzado que no tenía energía para hacer nada más que apoyarse en la pared desnuda de cuadros—. Una chica del arroyo, como siempre he pensado.

—Me parece que no hacía falta repetir la sorpresa —dijo Tina.

—Claro que no, pero quiere que todo el mundo hable de ella como si fuera algo especial. —Desde donde estaba, Stella examinaba los daños, la sala vacía, el golpe que unos mozos de mudanzas poco cuidadosos habían dado en la puerta—. ¿Sabes qué? Les está bien empleado. Ahora tendrán que pagar un alquiler, prepararse la comida y limpiar todo lo que ensucie su hija.

—Oh, pobre criatura —exclamó Tina. Y antes de que fluyeran los lagrimones, Stella la amonestó—: Tranquila. Seguro que la ves mucho, espera y verás.

Pero ¿cómo saldrían adelante, se preguntaba? Joey no había sido capaz de recuperar su empleo en la compañía eléctrica y había pasado los últimos seis meses barriendo el suelo de una barbería.

En esa ocasión, ante el gran alivio de Stella, Assunta se enfadó.

—No hacía falta que nos engañara de esta manera —dijo.

—Es una bruja, *ma* —dijo Stella—. Una histérica melodramática, quiere llamar la atención.

Assunta abrió los armarios de golpe, uno por uno, comprobando que Joseph Fortuna y su esposa se habían llevado hasta la última cazuela, así como su colador de pasta nuevo.

—Les habría dado todo lo que quisieran. Sabemos lo que gana Joey, le habríamos comprado una casa. No hacía falta que nos robara.

—No le habríamos comprado nada —intervino Tony—. Hasta aquí hemos llegado. Es hora de que crezca y se haga un hombre.

Assunta pareció preocupada.

—Pero Tonnon...

—No —contestó Tony—. Como dicen los americanos, como te hiciste la cama, así te la encontrarás: ahora tendrán que dormir en la cama que han robado.

En noviembre de 1953, Stella dio a luz a un tercer hijo vivo, esta vez una niña, a la que llamó Bernadette en recuerdo de una santa que salía en una película que había visto durante la guerra, una niña francesa a la que se le había aparecido la Virgen en una montaña. El hermano de Carmelo, Gio, y su mujer fueron sus padrinos.

Bernie sería la única hija de Stella y crecería acostumbrada a dar órdenes a un montón de varones. Superaría sin problemas los diversos obstáculos de la adolescencia mientras contemplaba cómo sus hermanos se equivocaban en todo. Al final, sería la primera persona de su familia en obtener un título universitario, estudios que su orgulloso padre insistió en pagar. Su personalidad práctica y sensata encajaba perfectamente con la profesión de contable en un gran grupo de seguros de Hartford del que llegó a ser vicepresidenta. Tras años de insistir en que no quería casarse —igual que su madre—, al final cambió de opinión, cosa que agradezco, puesto que es mi madre. Se casó con un programador informático de origen alemán al que conoció en un curso de desarrollo comercial en la Universidad de Connecticut, mi padre: el motivo rubio de ojos azules por el que no me toman por italiana.

Mi madre es la única rama renegada del árbol de la familia Maglieri, el único brote que salió del gueto italiano para vivir en un barrio residencial, leer novelas de ciencia ficción y negarse a bautizar a sus hijos. Pero como puedes imaginar, lector, la historia que tienes entre manos solo podría haberla contado alguien que se mantuviera a cierta distancia: un verdadero Maglieri nunca habría puesto esto por escrito.

En mayo de 1954, tras meses planeándolo —y, lo que es más importante todavía, con el beneplácito de Assunta, obtenido con dificultad—, Stella y Carmelo Maglieri se fueron de Bedford Street y se instalaron en la casa que Carmelo había comprado en un pueblo cercano, Dorchester. Front Street estaba en una zona cada vez más deteriorada y los Maglieri no fueron los únicos en marcharse.

La casa nueva tenía unos veinte años y forma cúbica, como si fuera un paquete azul de cumpleaños a la espera de que lo desarrollaran. Constaba de dos dormitorios, dos baños y un porche trasero cerrado que daba sobre una zona encharcada llena de hierbas que Carmelo convertiría en su huerto y su refugio. Tenía una escalera alfombrada por la que los hijos de Stella treparían y se tirarían, bocabajo, durante los siguientes veinte años. La calle se llamaba Alder Street; Stella averiguaría que era el nombre inglés del aliso, árbol llamado *ontano* en italiano, muy común en Ievoli, pero que Stella no había visto nunca en los Estados Unidos.

Con el tiempo, el segundo dormitorio tendría dos literas, pondrían otra más en el rellano y una cuarta ahí donde había estado la mesa del comedor, que no utilizaban con frecuencia: los chicos por lo general comían de pie en la cocina y las cenas del domingo eran siempre en casa de Tina. Stella transformaría su vestidor en un dormitorio para Bernie, de manera que su hija no tuviera que compartir espacio con aquella pandilla de brutos. Con todo, a los Maglieri siempre les faltaba una cama y había siempre un adolescente sin camiseta acostado en el sofá, con unos calcetines apestosos colgados de un extremo, o durmiendo bocabajo en la alfombra delante del televisor. En cambio, algunas veces había varias camas vacías porque algunos chicos no habían vuelto a casa por la noche: quién podía seguirles la pista a todos. Desde luego, Stella no era capaz.

La casa de Alder Street tenía un vecino a la izquierda, pero a la derecha había un solar que compraron Tina y Rocco. A Rocco no le gustaba aquel terreno pantanoso y pagó gran cantidad de dinero para que le echaran camiones de tierra. Después construyeron una casa siguiendo exactamente sus indicaciones. Estarían siempre ahí mismo para que Tina pudiera ayudar con los niños.

Con la hipoteca y los gastos de los niños, Carmelo buscó un segundo trabajo como ayudante de camarero en Charlie's Restaurant & Bar. Trabajaba en la compañía eléctrica de seis a tres, volvía a casa, preparaba algo de pasta, se quitaba el uniforme y se encaminaba a Charlie's para abrir el bar a las cinco. Carmelo terminó por buscar un tercer trabajo los fines de semana para una empresa de jardinería, segando el césped y recortando setos. Aunque fuera con dificultades, siempre conseguían llegar a fin de mes.

En octubre de 1954, Stella dio a luz a su cuarto hijo vivo, el tercer varón. Stella y Carmelo debatieron sobre quiénes tenían que ser los padrinos; todavía no se hablaban con Joey y Mickey. En su lugar, se lo pidieron a Franceschina Perri, que ahora era la señora Carapellucci, y a su marido, Frank.

Carmelo había elegido el nombre de Gaetano en memoria de un amigo suyo del ferrocarril que había muerto en la guerra. Gaetano —llamado Guy— terminaría siendo el más rico de los hijos de Stella y Carmelo y dirigiría cuatro restaurantes de éxito, una bolera y una empresa de máquinas expendedoras. La mayoría de sus hermanos trabajarían para él de un modo u otro, excepto Tommy,

que estuvo siempre con su padre en la compañía eléctrica. Aunque no llegó a la universidad, Guy conoció a la que sería su esposa, Annabelle, una jugadora de tenis semiprofesional e hija de un congresista, en una fiesta de alumnas de la Universidad de Wesley en la que se coló con su grupo de amigos moteros. Toda la familia quiso siempre muchísimo a Annabelle, aunque a Carmelo le rompió el corazón que atrajera a su hijo hacia las filas de los republicanos.

En diciembre de 1954, justo antes de la primera nevada, Rocco y Tina se trasladaron a su nueva casa. Tenían una habitación de invitados, un lujo americano. Por lo general, Tina mantenía esa puerta cerrada con llave para que no entraran los chicos, lo ensuciaran todo y se comieran las galletas que había preparado para la fiesta de alguna paisana embarazada.

Desde la calle, la casa de los Maglieri, que tenía dos plantas, y la de los Caramanico, de una sola, parecían de la misma altura, ya que Rocco había hecho edificar la suya sobre una pequeña elevación artificial. Durante los siguientes sesenta años, cada vez que llovía con fuerza, el sótano de los Maglieri se inundaba y dejaba un olor fétido que Carmelo solo conseguía eliminar al cabo de varios días de ventilación. A los niños les gustaban las inundaciones porque podían bajar chapoteando por las escaleras de cemento y jugar a la guerra de barcos en el agua de la fuga, aunque en una ocasión Johnny pisó un destornillador escondido bajo las aguas negras y tuvieron que coserle el pie con varios puntos.

De vez en cuando, Stella se sentaba en el porche trasero, cerrado por mosquiteras, y contemplaba la casa blanca y limpia de su hermana, situada en lo alto, su huerto dispuesto con pulcritud militar, y deseaba tener una casa limpia, un sótano seco y que todos aquellos niños cubiertos de barro fueran de otra madre. Pero no se lo contaba a nadie, por supuesto, porque estaba segura de que Tina algunas veces se sentaba junto a Rocco en la tumbona del jardín, miraba hacia abajo, hacia la hierba encharcada del huerto de los Maglieri y pensaba: cambiaría esta casa y todo lo que tengo por uno solo de esos niños.

La casa de Bedford Street quedó vacía, todos los hijos de los Fortuna eran mayores y se habían ido. Stella pensó que Tony alquilaría de nuevo los pisos, pero puso en venta la casa entera.

Stella recordaba lo que se habían esforzado en comprarla, contando las monedas que metían en una lata. Solo había sido suya durante una década.

—¿No te da pena irte, *ma*? —preguntó.

—Está demasiado lejos de los nietos —contestó su madre. Se refería a los de Stella, no a los de Joey; Tony no le había dirigido la palabra a Joey desde su marcha y Mickey se vengaba impidiendo que Assunta fuera a visitar a su hija.

Mirándolo de otro modo, Stella se dio cuenta de que ella y Carmelo se habían convertido en el núcleo de la familia: todos los demás se congregaban a su alrededor, reestructuraban su vida en torno a los Maglieri. ¿Se lo debían? La habían puesto donde querían que estuviera y ahora hacían de ella su reina.

Louie y Queenie acudían de vez en cuando a cenar los domingos, pero todavía no tenían hijos. Cuando Assunta le preguntó, en un aparte, si había algún problema, Queenie la miró a los ojos y le dijo:

—Que yo sepa, no. Solo estamos esperando a tener más dinero.

—¿Qué quiere decir Queenie con eso de «esperando»? —había susurrado Assunta a sus hijas cuando estaban lavando los platos después de que Louie y Queenie se marcharan.

Stella se echó a reír, pero sintió frío en su corazón. Hizo saltar al pequeño Guy sobre las rodillas para intentar que aquel escalofrío pasara. Tuvo un pensamiento repentino: Queenie había sido capaz de buscar un recurso y ella no. Pero el pensamiento pasó como si hubiera sido el recuerdo de otra persona de una vida distante y lejana.

—He oído contar una cosa —dijo Tina. Se había sonrojado y Stella se dio cuenta de que iba a decir algo maravilloso o asqueroso—: si no quieres quedarte embarazada, puedes hacer que tu marido te la meta... —vaciló, nerviosa por la revelación, pero le asustaba elegir las palabras— en *il cul*. Puede hacer lo que quiera ahí y no hará un bebé. O puede ponértela aquí —dijo, haciendo un gesto en dirección a la axila—. O puede metértela en la boca.

—¡Tina, calla! —Rocco, Carmelo y Tony bebían *amaro* en el cuarto de estar y los tres niños mayores jugaban en el suelo con sus camiones y sus muñecas: no quedaban fuera del alcance de sus palabras. Y si había que algo que Stella no quería que Carmelo oyera era lo que Tina acababa de decir—. ¿Y quién te lo ha contado?

—Las mujeres de Silex —contestó Tina, segura de la autoridad de sus compañeras de la línea de montaje, estadounidenses y polacas.

—¿Las mismas que te dijeron que se puede adivinar la talla de la cosa de un hombre por el tamaño de su nariz? —preguntó Stella, pero Tina no captó el sarcasmo.

—Sí, es verdad. —Tina parecía deseosa de creérselo.

—¿Y cómo lo saben, Tina? A menos que hayan visto más de una y puedan comparar —bromeó Stella—. Me parece que tus amigas de Silex son un poco frescas.

—No. —El rostro de Tina, a la defensiva, se sonrojó todavía más—. Se lo han oído contar a sus amigas.

Assunta seguía dando vueltas a la decisión de su hijo menor.

—Tina, ¿quieres decir que Queenie permite que Louie se la meta... en *il cul*? —Miró a su hija, concentrándose en aquella idea nueva—. ¿O en la boca?

—¡*Ma!* —exclamó Stella bruscamente. De modo inquietante, la charla del cuarto de estar se había extinguido—. La próxima vez que la veas, se lo preguntas.

Aquella noche, acostada e insomne, con el pecho dolorido porque Guy todavía mamaba, Stella le dio vueltas a la idea: ¿le permitiría a Carmelo que se la metiera en la boca si de ese modo no volvía a quedar embarazada? El pensamiento casi le dio ganas de vomitar y no tuvo claro que la respuesta fuera afirmativa.

* * *

Stella llamó a unos jardineros para que plantaran un seto en la parte delantera de su propiedad e impedir así que los niños corrieran hacia la calle cuando jugaban en el jardín. Le gustó mirar a los hombres, vestidos con vaqueros ceñidos y sucios, cavando agujeros e inclinándose sobre las macetas. El trabajo duró unas pocas horas y, de repente, apareció una frondosa cortina verde que separaba la vida privada de Stella del resto del mundo.

Carmelo se puso furioso, dijo que podría haberlo plantado él mismo y se habrían ahorrado mucho dinero. Stella hizo caso omiso de su ira.

—¿Y cuándo habrías tenido tiempo de hacerlo?

Varios meses más tarde, cuando estaba especialmente harta de Carmelo, llamó a los pintores e hizo que pintaran la casa de color rosa brillante mientras él estaba trabajando. Que aprendiera a no hacerla enfadar.

Después, mucho más tarde, después de que enloqueciera, Stella arrasó el seto con unas tijeras de podar. Sus hijos, ya mayores, se maravillaron de la capacidad de destrucción necesaria para hacerlo.

Durante el primer verano en Alder Street, en 1955, Carmelo cavó en la tierra esponjosa del terreno situado detrás de la casa, drenó el agua encharcada y preparó el suelo para hacer un huerto. Se levantaba al amanecer, antes de ir a trabajar, para arrancar las hierbas. Plantó calabacines, tomates y guisantes; dos matas de grosella; variedades balcánicas que un compañero albanés de la empresa eléctrica había colado por la frontera, e incluso dos parras, una a lo largo del huerto y otra encima de una mesa de pícnic.

Stella contemplaba las hileras perfectas de cañas y pensaba que el huerto de Carmelo parecía trasladado de un bancal de la montaña de Ievoli. Procedían de pueblos distintos, pero en los Estados Unidos su origen era casi el mismo.

El aire allí era demasiado húmedo y el invierno demasiado frío, pero en un día cálido de junio, si Stella se echaba en la hierba, infestada de garrapatas, y miraba a través de las hojas de las judías, de un verde lima traslúcido, podía imaginar que estaba de nuevo en casa.

Durante los cincuenta años siguientes, cuando pasaban las tardes cuidando sus respectivos huertos, Carmelo llamaba a Tina o ella lo llamaba a él: «¿Te quedan retales para atar las judías? ¿Freddy te cortó el césped tal como le pedí?

¿Sigue roto el aspirador de tu mujer? ¿Quieres pasar para tomar un vaso de vino?».

Las grosellas y las parras también se talaron, así como la hermosa higuera de cinco metros de altura, después de que Stella se volviera loca.

En agosto de 1955 el pequeño Tommy de rodillas nudosas empezó a ir al jardín de infancia. El colegio le parecía horrible a Tommy. Era diminuto y no podía correr bien ni lanzar una pelota: su padre, que tampoco sabía tirarlas, no le había enseñado. Lo peor de todo era que no entendía ni una palabra de lo que le decían porque no había aprendido inglés en el seno de su hogar italiano. Tommy era un niño muy pequeño y muy callado y así las cosas se ponen muy difíciles cuando uno se ve obligado a integrarse en sociedad.

Tommy, como hijo mayor de dos padres inmigrantes, llevó la peor parte. Cuando Nino empezó el jardín de infancia al año siguiente, le costó, pero no fue tan complicado porque, por lo menos, tenía a Tommy. Y cuando Bernie fue al colegio, dos años más tarde, estaba tan acostumbrada a oír a sus hermanos mayores hablar en inglés en casa y tan acostumbrada al televisor de la sala de estar, que hablaba en inglés, que casi no fue un trauma para ella.

En octubre de 1955, Stella dio a luz a Federico. Carmela y su marido, Paolo, acudieron en tren desde Montreal para actuar como padrinos.

Freddy sería el más guapo de los hijos de Stella, con su brillante cabello negro (antes de que lo perdiera) y los ojos caídos de color chocolate de su abuela, la inusual forma de los ojos de los Mascaro que había hecho de Assunta la belleza de Ievoli y que en los Estados Unidos le valió a Freddy el sobrenombre de «el Japo». Heredaría la musicalidad de su padre y terminaría como cantante de una banda local.

Freddy, el quinto bebé, sería también el punto de inflexión para el precario equilibrio mental de Stella, que ya no era capaz de distinguir a sus hijos como individuos y los veía como una masa. Quizá con cuatro le habría ido bien, pero cinco era ya demasiado y, cuando los mayores eran adolescentes, los llamaba *¡TommyNinoGuyFreddy!* Bernie, por supuesto, era una excepción debido a su condición de princesa y a que no era miembro de la pandilla de gamberros.

El siguiente fue Nicola, Nicky, nacido en agosto de 1956, antes de que transcurriera un año del nacimiento de Freddy. Nadie estaba preparado para el nacimiento de Nicky. Ni siquiera Stella había creído que se encontrara embarazada hasta que estuvo casi de seis meses; estaba tan acostumbrada a tener náuseas por las mañanas desde hacía ocho años que no distinguía el embarazo de una resaca. Stella y Carmelo no sabían ya a quiénes pedir que fueran padrinos con tan poca antelación, de manera que lo fueron otra vez Tina y Rocco. Los Maglieri tuvieron que esperar para bautizarlo a que los Caramanico volvieran del viaje a Italia para celebrar los diez años de casados, que llevaban mucho más tiempo planeando de lo que Stella había previsto el nacimiento de Nicky. Pero a aquellas alturas Stella y Carmelo estaban dispuestos a tirar por el camino de en medio y estaban seguros de que Dios lo entendería.

Afortunadamente, ahora Assunta vivía al otro lado de la calle. Todavía trabajaba en las plantaciones de tabaco, pero podía quedarse en casa los peores días y ayudar a Stella con los dos nuevos pequeños. Stella estaba tan disgustada por la cercanía de su padre como agradecida por la de su madre.

Nicky, uno de los dos hijos que heredaría los famosos ojos azules de Carmelo, se convertiría en el más agradable de los chicos Maglieri. Le gustaban los animales y Stella lo atrapaba siempre colándose escaleras arriba con la chaqueta sobre un bulto que se movía sospechosamente. Stella tenía que perseguirlo, llamar a la puerta de su habitación —«Nicky, ¿qué llevas ahí!»—, antes de encontrarse otra ardilla que había intentado salvar de un gato, sangrando en la cama, u otra culebra verde enroscada en la bañera. Sin embargo, Nicky sería demasiado afable para este mundo y se retiraría a su cueva: dedicó la vida a ver la televisión en el dormitorio que había compartido con sus hermanos, tirando de diversas ayudas por discapacidad para una medicación basada en maría y refrescos.

Cuando uno procede de una familia italiana extensa no solo tiene más parientes que muchas familias estadounidenses, sino que, además, mantiene un contacto más intenso. Eso significa que un italoamericano que cumpla con las exigencias sociales tendrá más celebraciones de lo que sus amigos no italianos pueden imaginar: funerales y bautizos, fiestas de aniversario y de graduación, nacimientos y, lo peor de todo, bodas, bodas y bodas, y las fiestas que las preceden para ajustar trajes, teñir zapatos y ofrecer regalos.

Carmelo era un italiano de los que cumplen con las exigencias sociales y, para bien o para mal, Stella estaba casada con él. Por ese motivo todos los sábados estaba de boda, o eso le parecía. Carmelo la enviaba a comprar vestidos bonitos

con la idea de que así se sentiría mejor, pero Stella odiaba verse envuelta en sedas o lentejuelas cuando los pechos le rebotaban o la barriga le tensaba la ropa. La música y la conversación intrascendente la agotaban, así como elegir regalos de las listas de boda y sonreír a personas cuyos nombres no podía recordar. Se acordaba de lo mucho que le gustaba la *fhesta* de septiembre en Ievoli o los bailes de la Sociedad Italiana durante la guerra, pero la persona que bailaba entonces no era la que ahora evocaba aquellos recuerdos.

Los italianos, por si no lo sabes, lector, invitan a los niños a todas las ceremonias. Eso implicaba que casi cada semana había que meter a la fuerza a la pandilla de gamberros en sus pantaloncitos de traje, que eran del tejido adecuado para deslizarse por los suelos recién encerados. Los chicos eran los reyes de su propia fiesta, aunque eso implicara arruinar la del novio y la novia; nadie sabía si reírse, porque estaban adorables con sus diminutos trajecitos a juego, o llamar a la policía. Nino, que tenía la mente práctica de un ingeniero, era famoso por organizar carreras con los carritos de servir robados de la cocina. Nunca estrellaron el pastel de bodas, pero en una ocasión derramaron un plato de *marinara* en la cola del traje de la novia.

Fue por aquel entonces, hacia 1958 o 1959, cuando Stella se rindió y dejó que hicieran lo que quisieran.

—Tus hijos son unos salvajes, Stella —le decían, en ese tipo de reconvención tan inútil y tan italiano.

—¿Y qué le voy a hacer? —contestaba Stella—. Son demasiados. Me superan.

Si querían mirarla por encima del hombro, que hablaran con el católico de su marido. Dios le había dado todos esos hijos; habría algún motivo para que no le hubiera concedido también la capacidad o las ganas de seguirles el ritmo.

Algunas veces, Stella no podía soportar la idea de otra boda. Al principio, fingía estar enferma, pero después, cada vez con mayor frecuencia, no se arreglaba y Carmelo entendía que tenía que ir solo. Su capacidad para controlar a la pandilla de gamberros no era mejor que la de su esposa, pero Stella no conocía a ninguna mujer regañona capaz de irle con el cuento de que sus hijos se estaban portando mal, y ese era uno de los motivos por los que Stella no se sentía culpable. En las tardes, benditamente libres, en las que solo tenía que cuidar a los pequeños, sacaba una botella de vino del sótano y se la bebía en el porche mientras contemplaba cómo se ponía el sol tras los robles de las ciénagas.

El enero de 1958 llegó Giovanni, que recibió este nombre por su tío paterno y padrino. Johnny, que seguía a escasa distancia a su tierno hermano Nicky, era

revoltoso por los dos. Sería el hijo que más caos aportaría a la casa de los Maglieri, empezando por cuando lo expulsaron de clase por llevar una navaja; pero, desde el punto de vista de Stella, de niño fue uno de los más fáciles: no tuvo ni un maldito cólico.

Después, en otoño de 1958, el siguiente embarazo no llegó a término. Stella estaba solo de cuatro meses y en esta ocasión no sintió pena, solo una sensación de vacío y desagrado mientras tiraba de la cadena para que se fuera el tejido rosado por el retrete. Lo cierto es que por entonces no sentía gran cosa casi nunca y, cuando sentía algo, bebía hasta que el sentimiento desaparecía.

Assunta y Tina iban a su casa a pasar la tarde con ella después del trabajo. Las hermanas hacían ganchillo mientras Assunta miraba el álbum de fotos del viaje de aniversario de Tina, que estaba en casa de Stella justo para eso. Rocco había tomado fotos de Tina rodeada de palomas en la plaza de San Marcos de Venecia; Tina en las escaleras de la plaza de España de Roma, como Audrey Hepburn en la película en la que hace de princesa que se ha escapado de sus obligaciones; Tina delante de la catedral de San Pedro en el Vaticano, tan cerca de su santidad el papa. Era agradable pensar que aquello tan hermoso que aparecía en las fotos era su legado cultural como italianos, aunque Hartford tuviera más cosas en común con Ievoli que con la laguna de Venecia. Assunta pasaba las páginas tan maravillada que resultaba difícil creer que llevara dos años haciendo lo mismo a diario.

La reunión vespertina de las mujeres Fortuna duraba hasta que Rocco o Tony regresaban a casa del trabajo y querían cenar. Carmelo, por supuesto, no llegaba a casa de su trabajo en el bar hasta las once como pronto. Así que Stella tenía las tardes para sí —para ella y sus siete hijos— y para llenar aquel tiempo sin supervisión por lo general subía del sótano una botella del vino de Carmelo.

Cuando Domenico nació, en febrero de 1960, fue el favorito de todos, quizá porque durante un tiempo todos pensaron que sería el último. De adulto sería el varón de los Maglieri menos querido, porque destruiría un buen matrimonio por culpa del alcohol y malgastaría el resto de su breve vida como drogadicto. Pero seguro que fue un bebé adorable, de rostro redondo y cabello negro y sedoso. Lo llamaban Mingo o solo Ming, como al tío de Carmelo.

Joey y Mickey fueron sus padrinos. Carmelo pensó que si se lo pedía pondría fin a la riña familiar. La vida no había sido fácil para ellos. Vivían en el mismo apartamento al que se habían escapado en 1953. Mickey seguía vistiendo como

una zorra, pero la maternidad la había ablandado; Stella conseguía aguantarla durante la cena de los domingos.

Joey y Mickey tenían dos niñas pequeñas y el tercero venía en camino. Stella no estaba segura de si las niñas de Mickey eran normales, puesto que vivía en un mundo de chicos pequeños, pero las chicas Fortuna le parecían salvajes, niñas descuidadas de mirada enloquecida. No era de extrañar, pensaba Stella, puesto que su madre era también una niña grande. Las niñas rompían los juguetes de Bernie mientras esta las miraba con condescendencia. Stella tenía que explicar a su hija que sus mugrientas primas no tenían juguetes en casa y tuvo que enseñarle a esconder las muñecas buenas en la almohada para que las pobres niñas Fortuna no se las rompieran o robaran.

En julio de 1961, Stella dio a luz a su noveno hijo vivo, Enrico Maglieri, llamado Richie. Pesó tres kilos seiscientos y nació tras solo cuarenta y cinco minutos de parto, bendita criatura. Queenie y Louie fueron sus padrinos de bautismo.

Richie sería un solterón empedernido. No encontraría nunca la manera de reconciliar su orientación sexual con los valores católicos y machistas de su familia, de modo que nunca se confesó con nadie y nunca tuvo pareja. Quizá eso tuvo un lado bueno; a lo mejor así se salvó cuando llegó el sida y se llevó a dos queridos amigos de su grupo de teatro. Entre tanto, sus hermanos actuaban como si Richie, simplemente, no estuviera por la labor de cortejar a una mujer. Incluso ahora todavía dicen: «Pobre Richie, nunca encontró a la chica adecuada. Quién sabe, quizá todavía esté a tiempo». Si alguien sugiere algo en relación con salir del armario, la familia salta al ataque para defenderlo. Pero así son las cosas: en un lugar donde la homosexualidad es una calumnia de la que hay que defenderse, no hay mucho sitio para que se manifieste un hombre como Richie, que jamás querría hacer daño a nadie y al que no le gustan las personas conflictivas.

Un sábado por la mañana de abril, en 1963, Assunta llegó a la casa y encontró una caja de pasta seca tirada por el suelo de la cocina. El pequeño Richie, que había aprendido a ponerse de pie, se sostenía en la lata de la basura y agarraba con los deditos la resbaladiza bolsa interior, y Mingo estaba abriendo otra caja de pasta, que Assunta le arrebató para su disgusto. No se sabía dónde estaban los otros chicos.

Stella estaba arrodillada delante del retrete del piso de abajo. Llevaba el pelo

mal recogido en un moño que mostraba hasta qué punto había encanecido.

—Mamá, tengo cuarenta y tres años —dijo Stella. Se sentía como la col que uno encuentra en el fondo del verdulero dos meses después de olvidar su existencia—. ¿Cómo es posible que todavía me quede embarazada?

Assunta acarició la espalda de su hija y la ayudó a ponerse de pie para tirar de la cisterna y limpiar el vómito.

—Las mujeres de mi familia son fuertes —dijo Assunta a Stella, dándole un pellizco en la cadera. Y añadió en el inglés que había aprendido en la tele—: hechas para durar.

El 4 de enero de 1964, Stella dio a luz a su último hijo, al que llamaron Arturo. Artie fue el segundo hijo en heredar los ojos azules de Carmelo. Era tan mentiroso que no se podía creer ni una palabra de lo que decía, pero era un encanto. Cuando tenía solo doce años ahorró dinero segando el césped para comprarse un baqueteado Mustang por doscientos dólares; lo restauró él solo: era un genio de los motores. Se casó con su novia del colegio, Nancy, mitad siciliana y mitad cheroqui. Tuvieron cuatro hijas, la mitad escrupulosamente honradas y la otra mitad como su padre.

Artie era un bebé enorme, pesó casi cinco kilos, el mayor de todos los de Stella. Salió por vía natural tras dos horas agotadoras empujando. No fue una experiencia agradable. Faltaba una semana para que Stella cumpliera cuarenta y cuatro años y ya estaba harta de tanta tontería.

Cuando su marido fue a verla a la habitación del hospital después del parto, Stella le dijo:

—Carmelo, hasta aquí hemos llegado. Puedes acostarte con quien quieras, pero conmigo se acabó.

Séptima muerte

Asfixia

(Menopausia)

La mañana del viernes 24 de julio de 1970, el día en que estuvo a punto de morir por séptima vez, Stella Maglieri se despertó en un montón húmedo de sábanas, empapadas en su propio sudor, con el corazón latiéndole con fuerza por culpa de una discreta resaca. El día iba a ser caluroso, tanto como lo había sido el anterior y, para empeorar los sudores, Stella había llegado a la menopausia.

El reloj de la cómoda marcaba las ocho y diez. La cama, a su lado, estaba vacía. Desde que había nacido Artie, Carmelo dormía en el sillón de la planta baja, delante del televisor. En cualquier caso, haría tres horas ya que se había ido a trabajar.

Stella puso los pies en el suelo y sintió dolor por la mala circulación. Últimamente los pies le dolían por las mañanas. No le daba muchas vueltas a lo que podría significar aquel dolor. Su cuerpo era una ruina, estaba cubierto de cicatrices: las quemaduras en un brazo, los cortes quirúrgicos en el otro; la marca en la raíz del cabello, cada vez más blanco; las suturas de la barriga por el ataque de los cerdos; los pechos pesados de tanto amamantar, el torso engrosado por once embarazos a término; estrías en la carne floja de los brazos que no entendía (¿por qué se habría estriado ahí la piel?); unos juanetes tan grandes que el dedo gordo miraba hacia los otros cuatro como si se dirigiera al jurado de un tribunal. Tenía los tobillos tan gruesos como las pantorrillas, como los tobillos que parecían troncos de las viejas del pueblo de las que Tina y ella se habían burlado en su juventud. Stella se había agotado y ahora le tocaba sudar para convertirse en una vieja bruja. Sudar y sudar.

Stella no miró a la anciana del espejo mientras se ataba un pañuelo a la cabeza. Lo tensó para que el paño presionara sobre las sienes resacasas. De un modo u otro, le proporcionaba alivio: había aprendido el truco en los últimos dos años. Se puso unos calcetines finos hasta el tobillo y metió los pies en las zapatillas azules que llevaría hasta que tuviera que salir para su trabajo en el turno de tarde.

La habitación del dormitorio de los chicos seguía cerrada. Si no los despertaba alguien, los adolescentes dormirían durante todo el día, pero Stella no pensaba ser ese alguien. Disfrutaba de la paz de la mañana antes de que la actividad estallara, incluso cuando disfrutar la mañana implicaba estar sentada en lugar de dormir la resaca. Bajó las escaleras alfombradas arrastrando los pies

con cuidado —los escalones eran estrechos, y la alfombra, demasiado gruesa para ser segura— y se preparó el desayuno en la cocina: dos trozos de pan duro y un vaso de vino. No tostó el pan, se limitó a pellizcar la miga con los dedos; después chupó la costra, moliéndola con las encías ahí donde no tenía dientes, utilizando el pan para calmar un picor antiguo.

Mientras tanto, en el único baño del piso superior, la hija de Stella, Bernie, estaba abrochándose la falda de rayas del uniforme. Bernie acababa de terminar el penúltimo curso del instituto y trabajaba de cajera en Gardener's Market. Tenía que estar allí a las ocho y media y acababa de despertarse, pero dado que no se maquillaba ni se secaba el pelo, no necesitaba mucho tiempo por las mañanas.

La última tarea antes de salir por la puerta era dejar comida en el plato de Penny, la perra. Ninguno de los hermanos se iba a acordar, excepto Nicky, pero tenía trece años y era fácil que durmiera hasta las cuatro de la tarde y, en ese caso, la pobre Penny pasaría hambre. Bernie bajó corriendo las escaleras y cruzó el cuarto de estar, se detuvo para dar a su madre, que estaba sentada a la mesa de la cocina, un beso en la frente y cogió dos rebanadas de pan de la bolsa de plástico. Con la boca llena, Bernie siguió andando hasta el porche, donde estaba el plato de Penny y la comida para perro. El plato estaba lleno.

Mientras masticaba el pan, Bernie analizó lo que estaba viendo. ¿Por qué no se la había comido? Normalmente reclamaba el desayuno, gimoteaba y saltaba a las rodillas de Bernie mientras intentaba servírsela. Pero Penny no estaba por ahí. ¿Aquella era la comida de la víspera? Pero había otra cosa: Bernie había pasado la noche anterior en casa de su amiga Patty, de manera que no le había dado de comer desde el miércoles por la mañana. De hecho, hacía días que no veía a la perra: pero alguien la habría visto. En aquella casa vivían once personas y pasaba mucha gente.

—Mamá, ¿has visto a Penny? —preguntó Bernadette en la oscura cocina antes de darse cuenta de que su madre ya no estaba allí.

Bernie subió las escaleras haciendo ruido —por el único motivo de que los zapatos de ir a trabajar tenían la suela muy gruesa— y se asomó a la guarida de los chicos, que roncaban y se tiraban pedos. La guarida, donde dormían los hermanos mayores, era sin duda el peor sitio de toda la casa. Llamó primero con fuerza —no quería ver nada desagradable que sus hermanos pudieran estar haciendo durante sus sueños adolescentes— y luego abrió la puerta para dejar que entrara un poco de aire antes de meter la cabeza.

—¡Eh! —exclamó. No había signos de vida, pero conocía sus costumbres—.

Eh, dejad de haceros los dormidos. ¿Habéis visto a Penny? —No hubo el menor movimiento en ninguna de las dos literas. Bernie dio una palmada a una pantorrilla desnuda que asomaba de la litera superior más cercana a la puerta, a la altura de sus ojos. Era de Freddy, que respondió con una patada, pero no atinó porque Bernie se apartó a tiempo—. Freddy, ¿has visto a Penny?

—No, lárgate.

—¿Guy? —Se agachó y sacudió a su hermano por el hombro. Guy no contestó. Era capaz de hacerse el dormido aunque la casa estuviera en llamas con tal de salirse con la suya.

Lo intentó con Nicky.

—Nicky —dijo, mientras este se daba media vuelta adormilado—. Nicky, Penny no está, ¿la has visto?

—¿No está? —preguntó con voz aguda e inquieta, pero con los ojos cerrados. Después de que Bernie se marchara era capaz de no recordar nada de la conversación.

Iba a llegar tarde al trabajo, pero cuanto más pensaba en Penny, peor se sentía. A menos que viera a la perra con sus propios ojos, seguiría convencida de que Penny estaba en una cuneta de Farms Boulevard; el tráfico que pasaba por ahí a toda prisa había terminado con innumerables animales de la familia Maglieri. Pero Penny era especial, todos querían a aquella perra de carita cobriza y dulce.

Desde el dormitorio de su madre, Bernie llamó por teléfono a los vecinos. La tía Tina y el tío Rocco estaban trabajando, como era lógico, y no contestó nadie. Intentó llamar a la casa de su abuelo, al otro lado de la calle, pero ahí tampoco contestó nadie. Probablemente habían descolgado el teléfono, tendría que ir en persona.

Tragándose el último trozo del pan seco del desayuno, Bernie cruzó Alder Street, llamó a la puerta del número 4 y luego entró. Seguro que estaban todos en casa, aunque se encontraba casi en silencio. La tía Mickey y su hija Betty, de diecisiete años, estaban sentadas en el sofá mirando la televisión con el volumen muy bajo. Las otras chicas estarían dormidas o quizá fuera, en el jardín trasero.

—Hola, tía Mickey —saludó Bernadette—. Hola, Betty, ¿habéis visto a Penny?

—Hola, cielo —dijo Mickey con su inglés nasal con marcado acento italiano—. ¿Que si hemos visto qué cosa?

—A Penny, nuestra perra. —En la televisión cantaba el Captain Kangaroo—. ¿Ha venido por aquí la perra?

—No, cielo, no hemos visto ningún perro —contestó Mickey—. Ningún perro por aquí.

Betty miró a Bernie sin ninguna expresión. Deberían haber sido amigas — tenía casi la misma edad—, pero Bernie nunca había visto mostrar a su prima la menor personalidad. Por ejemplo, ahí estaba sin hacer nada más que mirar la tele un viernes por la mañana. Se suponía que estaba estudiando para ser peluquera, pero tenía problemas nerviosos y nadie pensaba en serio que pudiera llegar a encontrar un empleo.

Bien, tendría que entrar y preguntárselo a su abuelo. El abuelo Tony no era simpático con los animales domésticos de la familia, parecía encontrar divertido que los niños tuvieran tanto cariño a los animales: para darles una lección, el verano anterior había matado a la cabrita blanca de Stella y la había asado en el jardín y, mientras se la comía, no paraba de reír. Era una historia tremenda: le había hecho ganar muchos puntos entre sus amigas. Pero el hecho de que al abuelo Tony no le gustaran los animales domésticos no quería decir que no hubiera visto a Penny. En realidad, bien podría implicar que sabía exactamente dónde estaba. Bernie sintió una punzada de sospecha.

—¿Dónde está el abuelo Tony?

—En su habitación, cielo —dijo Mickey sin apartar los ojos del Captain Kangaroo.

Intentando controlar sus malos presagios, Bernie avanzó por el pasillo empapelado de amarillo hasta llegar a la última habitación a la izquierda. Haciendo todo lo posible por no imaginar a su abuelo escasamente vestido, llamó a la puerta y dijo:

—Eh, ¿has visto a Penny?

Hubo un largo momento de silencio antes de que la voz de Tony le llegara a través de la puerta:

—Olvídate de la perra, seguro que se ha ido a la carretera. No necesitamos más perritos por aquí.

Típico. «Viejo cascarrabias.» Pero Bernie iba a llegar tarde al trabajo. Tendría que ocuparse más tarde de la perra. Salió por la puerta posterior para no tener que despedirse de su tía o de su prima.

Más tarde, mientras esperaba detrás de la caja registradora a que pasara algún cliente con las compras, Bernie dio vueltas a las palabras de su abuelo y se dio cuenta de que no le había dicho que no la hubiera visto.

Mickey y Joey vivían ahora en el número 4 de la calle Alder porque su piso había ardiendo en el verano de 1967. No solo habían perdido todas sus posesiones terrenales, sino que el seguro se negaba a cubrir los daños porque Joey había contratado la póliza en fechas demasiado recientes o por un motivo similar.

Lo cierto era que la empresa de seguros había dicho a Joey que encargarían una investigación si lo pedía, pero que si lo hacía tendría que estar dispuesto a enfrentarse a lo que el inspector encontrara. Dicho de otro modo, si el inspector encontraba pruebas, Joey podría ir a la cárcel por incendio intencionado y fraude.

—¿De qué tienes miedo, Joe? —preguntó Stella a su hermano—. Si no has quemado tu casa, entonces no tendrán pruebas contra ti.

Joey hizo un gesto con la mano.

—Son todos unos delincuentes. Harán trampa para no tener que pagar, aunque eso implique que me metan en la cárcel sin motivo.

—Delincuentes —repitió Stella, asqueada. Su hermano fingió que no percibía su sarcasmo.

Mientras tanto, la familia de Joseph Fortuna no tenía dónde vivir. A finales de los años sesenta, cuando el peinado de John Lennon era el más popular, los barberos no hacían precisamente su agosto y Joey apenas ganaba lo suficiente para dar de comer a sus hijas. En el momento del incendio, en 1967, Joey y Mickey tenían cinco hijas: Betty, catorce años; Mary, once; Janet, nueve; Barbie, cinco, y Pamela, tres. Joey no veía motivo para que sus padres no lo ayudaran en momentos de necesidad.

—Tienes una casa entera, papá —había argumentado Joey—. Te sobran dos habitaciones vacías. Nos quedaremos con vosotros una temporada mientras reunimos el dinero suficiente para comprar algo nuevo. —Joey y Tony sabían que nunca tendrían algo nuevo, que Joey y Mickey nunca reunirían el dinero suficiente. Pero Assunta no lo sabía, o prefirió no saberlo, y lloró, rogó y se preocupó hasta que Tony accedió. Ya no tenía la misma capacidad de resistencia que antes para discutir con su mujer.

Así que Joey, Mickey y sus cinco hijas se instalaron en la casa de Tony en Alder Street, al otro lado de la calle donde vivían los Maglieri y los Caramanico. Muchos primos a un lado de la calle, muchas primas al otro. Joey y Mickey se quedaron con la habitación más pequeña y, siguiendo el estilo de los chicos Maglieri, apilaron varias literas en la habitación más grande para sus chicas.

Habían pasado ya tres años; Joey y Mickey no parecían dispuestos a marcharse. Por el contrario, se diría que su plan era ahora esperar a heredar la casa en la que vivían.

Stella intentaba no ir a la casa a menos que fuera inevitable.

Al otro lado de la calle, en el número 3, Stella acababa de sacar la ropa de la lavadora y de colgarla en el tendedero que iba desde la casa de los Maglieri a la

de los Caramanico. Dejó el cesto en el porche y volvió a entrar; quizá vería un poco la televisión. Pero primero abrió la nevera para examinar su contenido. Le iría bien algo para calmar la acidez de estómago.

Había un tazón de pasta fría con salsa, resto de la cena del día anterior. Sacó el tazón y lo puso en la mesa; después, antes de sentarse con el tenedor, se bebió el segundo vaso de vino de la mañana. Cuando terminó la pasta, se había terminado ya el tercer vaso. Sentía que el cerebro se le alejaba del cráneo, notaba que el corazón le latía en la parte posterior de la garganta, contra la caverna de su conciencia, pero la resaca había empezado a desaparecer y a convertirse en la sensación suave e indulgente de la borrachera.

Recordó la primera vez que se dio cuenta de lo que podía hacerle el vino, aquel día en el frío invierno de 1940, el primer año en Hartford, la noche en que Tony no regresó a casa. Recordó que se sentó con su madre y su hermana y se sirvieron vasos llenos de vino hasta que estuvieron demasiado bebidas para jugar a las cartas.

Stella contempló la cocina y la fotografía tomada en 1918, su padre y su madre a ambos lados de Mariastella, la niña muerta: la foto estaba colgada ahora junto a la nevera de Stella. Assunta era muy joven y bonita en aquella foto, solo tenía diecinueve años; Stella se había dado cuenta ya de adulta: era hermosa en su vulgaridad, en su tosca franqueza, en su fuerza. Son cosas que uno no es capaz de ver en su propia madre cuando es demasiado joven.

Pensando en Assunta se sirvió un cuarto vaso.

Assunta se había ido un año y medio antes, en diciembre de 1968.

Tony y Assunta estaban sentados a la mesa de la cocina cenando mientras Tina lavaba los platos en el fregadero. Se oyó un ruido sordo, Tina se dio la vuelta y vio a su padre, pero su madre no estaba. Assunta se había deslizado debajo de la mesa y se había golpeado la cabeza contra el radiador. Tina fue con ella al hospital en la ambulancia, pero el médico dijo que estaba ya muerta.

Le dieron un rimbombante nombre en inglés que nadie pudo recordar. En resumen: tenía algún problema en el corazón, quizá lo mismo que había matado tan joven a su padre.

Cuando el equipo médico de urgencias abrió el vestido de Assunta para intentar reanimarla, cayó de su sujetador un hatillo de menta liado con el alambre de las bolsas de pan de molde.

Stella no había pasado con su madre los últimos minutos y Tina sí: eso ya no

tenía remedio.

Aquel verano, Tina había sido despedida de Silex; habían comprado la compañía y muchos de los empleados de las cadenas de montaje perdieron su trabajo. Tina tenía cuarenta y ocho años y era una edad inusual para no tener trabajo; le costó casi un año encontrar otro empleo en una fábrica que pudiera obtener sin pasar una prueba de lectura y escritura. Mientras tanto, se quedaba en casa con Tony y Assunta. Tony trabajaba de vez en cuando en la construcción durante el verano, pero tenía diabetes y Assunta era incapaz de ocuparse de su dieta, especialmente con tantas nietas en la casa. Mickey no era prácticamente de ayuda: era del tipo de persona que, en lugar de cocinar para los demás, espera que le hagan la comida.

Mientras tanto, Stella había decidido volver a trabajar cuando Artie empezara el colegio. Encontró un empleo en un equipo de limpieza en el edificio de oficinas de la aseguradora Families First. Carmelo le dijo una y otra vez que no era necesario que trabajara: Stella sospechaba que era un golpe para su orgullo que su esposa trabajara de mujer de la limpieza. Pero a Stella le gustaba la idea de volver a ser productiva, tener un sitio, además de su casa, al que ir y al que pertenecer, y un equipo de limpieza era algo tan bueno como cualquier otra cosa que pudiera conseguir a su edad y sin haber trabajado durante veinte años. Trabajaban de las tres a las ocho de la tarde para no interferir demasiado con los agentes de seguros, que trabajaban de nueve de la mañana a cinco de la tarde. Algunas de las mujeres de la limpieza eran jamaicanas y le recordaban a las que había conocido en la plantación de tabaco muchos años atrás, con las que había aprendido las primeras nociones de inglés. Pero la mayoría de sus compañeras eran puertorriqueñas que hablaban en un español rápido y enérgico y soltaban risitas sorprendidas cuando Stella metía baza en su conversación: por lo general, no tenía ni idea de qué estaban diciendo, pero en otras ocasiones utilizaban palabras casi idénticas a las del calabrés.

El día en que Assunta cayó muerta, nadie en Alder Street sabía cómo ponerse en contacto con Stella. Las mujeres de la limpieza iban de despacho en despacho, no había manera de localizarlas hasta que terminaban de trabajar. Bernadette telefoneó a la central de la empresa de limpieza, pero le dijeron que no podían transmitirle el recado.

Bernadette estaba esperando a Stella cuando esta llegó a casa.

—La abuela —le dijo. Bernadette estaba ya llorando—. La abuela ha muerto.

Bernie no gastaba bromas ni era mentirosa; Bernie no se equivocaba. Pero Stella pensó que tenía que ser una broma, una mentira o una equivocación. A Bernie le costó media hora conseguir que su madre comprendiera: una conversación cíclica, como si fuera un hámster dándole a la rueda, tan agotadora que cuando terminó casi le entró la risa. Stella estaba asombrada de la obcecación de su hija en su error. Papá era el único enfermo, no *mamma*. *Mamma* tenía solo sesenta y nueve años. Assunta no podía caer muerta mientras Stella no estaba, sin darle la oportunidad de prepararse.

Finalmente lo comprendió. Y el mundo desapareció.

El velatorio fue espantoso. A Assunta la quería demasiado demasiada gente sorprendida por su desaparición. Incluso todos los miembros de la pandilla de gamberros, vestidos con sus chaquetas con coderas rozadas y corbatas mal anudadas, guardaban silencio. El pequeño Artie, el muy granuja, pasó llorando las cuatro horas que estuvieron estrechando manos y firmando papeles: grandes lagrimones caían en silencio por sus redondas mejillas y manchaban la seda de su corbata.

Stella no asistió al velatorio de su madre. No estaba en condiciones de ponerse en fila y estrechar manos. Apenas fue capaz de acudir al funeral. No había derramado una lágrima en cuarenta y cinco años. No había derramado una lágrima cuando murió su propio hijo. Pero ahora estaba fuera de su control. Stella, que era capaz de controlar el mundo con su voluntad, no era capaz de controlarse a sí misma. Lloraba como una niña histérica, le dolían las costillas de sollozar, tenía la garganta en carne viva y le sabía a sangre. Lloraba con tal intensidad que, en su delirio, se preguntó si no se habría apoderado de ella el fantasma de Assunta, la emotiva Assunta, cuyas lágrimas eran capaces de poner fin a las peores cosas. Aquella era la peor de todas y Assunta no estaba ahí para ponerle fin.

Stella echó las persianas de su dormitorio y se tapó la cabeza con las mantas. No comió ni bebió agua ni fue al baño: tampoco tenía nada que orinar, puesto que estaba deshidratada. El dormitorio se llenó de olor a humedad por la piel sucia, las lágrimas y el cabello sin lavar.

En la oscuridad, recordó el ataque de Assunta cuando Louie y Queenie se marcharon, cómo se había arrancado el pelo, había vomitado y había repartido las heces en una desesperación animal. Stella se había sentido molesta por la conducta de su madre, había pensado que esa manifestación de pena era bárbara,

inhumana. Ahora lo entendía. Deseó poder defecar toda su pena, arrancarla de raíz. Pero no podía, no era Assunta. Durante toda su vida, Stella había pensado que era muy fuerte, pero ahora se daba cuenta de que la fuerte era Assunta, era ella quien se controlaba a la perfección. Stella, en cambio, no tenía manera de extirpar sus propios demonios.

La herida era incurable. Stella no había llegado a tiempo de despedirse. No había tenido oportunidad de redención. Solo había un «nunca más», el principio de tantas frases a partir de aquel momento. Nunca más volvería a ver la sonrisa traviesa de su madre, ni oiría sus risas de niña. Nunca más se sentaría con Assunta en el porche trasero y contarían historias. Nunca más volvería a probar la *raù* de su madre. Nunca más volvería a sentir la mano fría de su madre en la frente mientras recitaba para quitarle un encantamiento o su mano cálida sobre el hombro para calmarla cuando se sentía irritada por el mundo que la rodeaba.

Bernadette no había visto nunca a su madre así. Nadie la había visto nunca así.

Intentó que Stella bebiera algo de agua o de sopa. Bernadette también estaba llorando; había querido a su abuela. Stella se dio cuenta, con la disociación que le permitía su pena, que en aquel momento no se estaba comportando como una buena madre. Le daba igual.

—Mamá —sollozó Bernadette—, me das miedo.

El mundo da miedo, pensó Stella. Miró por la ventana en dirección a la calle, al otro lado de la cual estaba la casa en la que ya no vivía su madre. El mundo da miedo y estás sola, cuanto antes lo sepas, mejor.

Ahora Stella bebía siempre que le apetecía.

Había perdido a Bob y había sido algo terrible. En el momento no supo si podría superarlo. Y ahora había perdido a Assunta. No sabía que existía un lugar tan oscuro como aquel en el que cayó tras perder a su madre.

Por supuesto, todavía no sabía, en el verano de 1970, que se aproximaba otra oleada de oscuridad. Antes de que transcurriera medio año perdería a Nino en las selvas del lejano Vietnam. En aquel momento no sabía que lo vio por última vez cuando se embarcó la primavera anterior, cuando lo llamaron a filas.

Así pues, Assunta había muerto; Tony era un viejo diabético asesino de cabras. Stella estaba hundiéndose deliberadamente en el alcoholismo. Alder Street

estaba abarrotada con las hijas andrajosas de Joey y de Mickey, y con los odiosos hijos adolescentes de Carmelo, con sus motos y sus ruidosos coches viejos.

Stella seguía yendo a la iglesia con Carmelo los domingos para recibir la comunión, pero ya no rezaba. Rezar hacía que se sintiera tan tonta como si la pillaran hablando sola en la tienda de comestibles.

En Gardener's, la tienda donde trabajaba, las manos de Bernie temblaban con nerviosa energía mientras contaba el cambio de los clientes. Se había obsesionado con el destino de la perra. Si Penny estaba muerta, no podría hacer nada, pero necesitaba saberlo. Tenía que ir a casa y plantar cara a su abuelo: ahora estaba convencida de que este sabía lo que había pasado.

Cuando ya no pudo soportarlo ni un minuto más, hizo que uno de los chicos de la frutería se ocupara de la caja para ir a hablar con el encargado, que estaba en la zona de los fiambres.

—Señor Fastiggi, tengo que irme a casa, no me encuentro bien. —Pudo decírselo mirándolo a los ojos porque, en parte, era cierto.

El hombre la miró de arriba abajo.

—Pues no te veo mala cara.

—Me duele la barriga —contestó Bernie. Eso tampoco era una mentira, tenía el estómago revuelto por culpa de los nervios.

El encargado suspiró. Los dos chicos de los fiambres cruzaron una mirada: las chicas siempre se escaqueaban con facilidad. ¿Y qué más daba?

—¿Puedes aguantar hasta las doce y media? Janice puede ocupar tu puesto cuando venga.

El reloj de Bernie marcaba las doce y cuarto. Quince minutos no supondrían ninguna diferencia sobre la vida o la muerte de la perra.

—De acuerdo —contestó. A continuación, recordando que tenía que parecer un poco desesperada, añadió—: lo intentaré.

El reloj de la repisa situada encima del televisor marcó las doce y media y Stella se despertó con un respingo. Se había quedado dormida en el sofá, pero no podía haber sido durante mucho tiempo, porque la cabeza le zumbaba suavemente, todavía alegre por el vino de la mañana. La labor se había caído al suelo y el ganchillo se había desprendido. Lo recogió y pensó en lo que tomaría para comer.

Mientras se levantaba, clavó la vista en el camino de entrada al número 4 de

la calle Alder, que estaba vacío. Mickey debía de haber salido; Stella se preguntaba si se habría llevado a las niñas. Algunas veces Mickey las dejaba con su abuelo durante horas, como si de verdad pensara que se ocupaba de ellas. Tony ni se acordaría de darles de comer; apenas se ocupaba de su propia comida.

A Stella no le gustaba ir a la casa de enfrente, pero decidió que aquel día iba a comportarse como una buena tía. Podría preparar unos sándwiches para las chicas y otro para ella. No tenía otra cosa que hacer.

Todavía bajo los efectos de la bebida de la mañana, Stella miró cuidadosamente a izquierda y derecha, quizá con excesiva prudencia, antes de cruzar la calle. Los céspedes, de un verde intenso debido a las ocasionales lluvias del verano, brillaban al calor del mediodía. No soplaba ninguna brisa, pero, por lo menos, al aire libre el sol secaba el sudor.

Stella entró por la puerta posterior sin llamar. No había nadie en la cocina. Siguió el rumor del televisor en dirección al cuarto de estar, pero ahí tampoco había nadie. Al parecer, Mickey se había llevado a todas las niñas con ella, esta vez. Tras cruzar la casa de un extremo a otro, Stella se dirigió hacia la puerta delantera para salir y entonces vio a la pequeña Pammy sentada en el suelo del pasillo, las piernas desnudas cruzadas como un indio, haciendo que una vieja muñeca Chatty Cathy caminara arriba y abajo por el suelo de madera delante de ella. ¿Mickey la había dejado sola?

—Hola, Pam —dijo Stella.

Pam la miró sin decir nada. Ninguna de las hijas de Joey era muy habladora; Stella suponía que su madre no les daba oportunidad de decir nada.

—¿Tienes hambre, Pammy? —dijo en inglés—. ¿Quieres que te prepare un *sanguicci*?

Pam negó con la cabeza.

Stella intentó no irritarse.

—Se dice: «No, gracias, tía Stella».

—No, gracias, tía Stella —repitió Pam obedientemente.

—De acuerdo —dijo Stella, pero en ese momento su instinto de madre se puso en marcha a través del blando estupor del vino. Algo raro pasaba. Pammy solo tenía seis años, ¿por qué la había dejado sola su madre? ¿Por qué estaba sentada en el pasillo? Qué sitio más raro para jugar con la muñeca.

—Pammy, ¿estás sola? —preguntó.

—No —contestó su sobrina—. Están Barbie y el abuelo, pero están jugando.

—¿Dónde están? —preguntó Stella. No había visto a nadie en el jardín trasero.

Pammy utilizó el brazo de la muñeca para señalar silenciosamente en dirección a la puerta cerrada que tenía a sus espaldas. El dormitorio de Tony.

Antes incluso de pensar en nada, Stella sintió que se le aceleraba el corazón.

—¿A qué juegan con la puerta cerrada? —preguntó a Pam en voz alta, mientras estaba ya pensando: no es posible que ese sea el motivo de que no lleve pantalones. ¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta de que era raro que Pam estuviera sentada en el suelo vestida solo con ropa interior?

—Están jugando al juego —dijo Pam—. Y yo tengo que esperar a que me toque el turno.

No es capaz, pensó Stella, pero sabía que sí lo era. Las piezas empezaron a encajar, como un enchufe. Siempre había sabido que era muy capaz.

Se inclinó, agarró a Pam en brazos, acomodó a la niña en la cadera izquierda y la sujetó con el codo. Intentó abrir la puerta, que, por supuesto, estaba cerrada. Se le erizó la piel al recordar su pesadilla recurrente, su padre pasándole las manos grandes y ásperas por el cuerpo. Sin pararse a pensar si era lo más adecuado o si haría daño a la pequeña, Stella se lanzó sobre la puerta. Tuvo suerte, porque el marco estaba hecho de pino barato, se rajó y cedió. Pammy le gruñó al oído y se agarró del cuello de Stella; arremetió de nuevo contra la puerta y esta se abrió de golpe.

Las cortinas estaban echadas. Antes de pararse a pensar si quería ver lo que estaba sucediendo en el dormitorio umbrío y húmedo, dio un golpe al interruptor. Lo sabía ya, lo sabía: no fue una sorpresa. Su sobrina de ocho años, Barbie, estaba agachada sobre la cama con la cara sobre la entrepierna de su abuelo y su diminuto culo desnudo se alzaba frente a la puerta para que Stella viera con nitidez el lugar donde su padre estaba metiendo los dedos.

—¡No! —gritó Stella. Su voz le pareció inhumana, como el grito de un cerdo en la matanza. Lo repitió—: ¡No!

Sin dejar de sujetar con el brazo a su sobrina pequeña por la cintura, Stella agarró a Barbie y la levantó de la cama mientras Tony se sentaba con aire manso y se tapaba la ingle.

—Eres un monstruo. —Stella respiraba con furia.

—Stella —dijo Tony, moviendo la mano como si quisiera restar importancia a la situación—. No les pasa nada, siguen enteras.

—¡Monstruo!

Stella se debatía en una vorágine de emociones e impulsos: gritar, vomitar, arañarlo. Pero, con las dos niñas en brazos y las sienes latiéndole por el vino, sus reacciones eran lentas y confusas. El odio y la repugnancia que sentía por su padre, la bóveda que había cubierto la vida de Stella, construida capa a capa a lo largo de cincuenta años de enfrentamientos, pesadillas y pena, descendió sobre ella.

Las niñas. Tenía que sacarlas de ahí.

—Ahora vuelvo a por ti —espetó, se dio la vuelta y corrió por el pasillo; estuvo a punto de darse con la puerta delantera de cristal mientras salía corriendo y cruzaba la calle.

Gracias a Dios que ninguno de los chicos estaba en la sala cuando llegó a su casa: no lo había pensado con detalle, ¿y si hubieran estado allí? Las subió escaleras arriba, resbalando por la alfombra demasiado gruesa y a punto estuvieron de caer las tres. Barbie, desnuda, estaba callada y rígida; Pammy lloraba, llena de mocos, contra la blusa de Stella.

Sentó a las niñas en la cama y envolvió a Barbie en una funda de ganchillo.

—Pero ¿qué os pasa? —les gritó—. ¿En qué estabais pensando al dejarle hacer estas cosas?

Las niñas estaban calladas. Pammy había dejado de llorar de repente y las dos la miraban con idénticos ojos taciturnos; ojos vacunos, pensó Stella, igual que había pensado de los de Tina cuando se mostraba obtusa.

¿Qué les pasaba? ¿Tan tontas eran?

—¿Y bien?

Tenía ganas de sacudirlas, pero de repente pensó: «No, Stella, ¿qué demonios te pasa a ti?». Eran niñas. Niñas pequeñas a merced de un monstruo con el corazón duro como una piedra.

—Niñas, no dejéis que nadie os encierre en su dormitorio. Nunca, ¿me entendéis?

Asintieron, y los ojos de Barbie fueron hacia la puerta. Quizá fue por culpa del vino que a Stella se le ocurrió ese pensamiento: ¿era confuso que acabara de cerrar la puerta de su dormitorio? Pero seguramente entendían ya las diferencias entre los hombres y las mujeres.

—Vuestro cuerpo es lo único que tenéis. No podéis dejar que nadie lo toque. Nunca —intentó de nuevo.

—Lo siento, tía Stella —dijo Barbie, y Pammy lo repitió como un eco.

—Lo siento, tía Stella —dijo Pammy con voz nasal; la de Barbie era más clara. Stella se preguntó cómo era posible que estuviera tan tranquila, cuánto tiempo llevaría «jugando» con el abuelo.

—No os disculpéis conmigo —contestó bruscamente, y se dio cuenta de cómo sonaba. ¿Qué estás haciendo, Stella? Les puso una mano sobre la cabeza—. No tenéis que pedir perdón, ¿me oís? —Seguía pareciendo muy dura, como si exigiera que pidieran perdón por pedir perdón—. Os quiero. —Se forzó a decir. No fue fácil porque no era buena mentirosa, pero no se le ocurría otra cosa para consolarlas—. Pero quiero que os protejáis cuando no hay nadie que os proteja. El mundo está lleno de personas malas. Vuestro abuelo es malo y tenéis que protegeros de él.

Las hermanas la miraron con sus rostros casi idénticos.

—¿Entendido?

Asintieron.

El corazón le latía con fuerza. ¿Qué tenía que hacer ahora? Ropa. Buscó en sus cajones para encontrar algo que pudieran ponerse; finalmente se le ocurrió ir a buscar pantalones cortos y camisetas del cajón de Richie y Artie en el pasillo. Eran de la talla de Barbie; todo era demasiado grande para Pam, pero tendría que servir.

¿Qué hacía ahora?

Oh, si *mamma* estuviera aquí. Pero no estaba.

Stella llevó a las niñas a la planta baja, las sentó a la mesa de la cocina. El coche de Mickey todavía no había vuelto. Stella les preparó unos sándwiches con mayonesa y lonchas de queso. Se preparó uno también para ella y comieron en silencio. Tenía la boca tan seca que tenía que esforzarse en tragar. Le apetecía servirse un vaso de vino, pero antes tenía que pensar en qué hacía con su padre.

—Tengo que ir al otro lado de la calle, solo un minuto —dijo a las dos pequeñas—. Os quedáis aquí en mi casa, ¿de acuerdo? —Las niñas asintieron—. Podéis ver la televisión o jugar en el jardín de atrás. —Se estremeció al decir «jugar»—. O lo que queráis, pero tenéis que quedaros en mi casa, ¿vale?

Las niñas asintieron de nuevo.

Aunque no estaba segura de estar haciendo lo correcto —le parecía un error tanto dejar a las niñas solas como permitir que su padre escapara—, Stella volvió a toda prisa al número 4 de Alder Street. Oleadas de sentimientos de culpa la iban inundando y envolvían el mundo que la rodeaba con una neblina inescrutable. Stella podría haber dejado a Pammy en el pasillo, no era necesario que la llevara a cuestras cuando entró en tromba en el cuarto de Tony: al menos, podría haberle evitado ese mal trago. Tampoco habría sido necesario encender la luz, fijar esa imagen para siempre en ellas. Qué error correr con ellas por la calle con el culo al aire para que las viera cualquiera. Eran niñas pequeñas, pero tenían sentimientos y vergüenza. Empezó a enumerar la larga lista de sentimientos humillantes de la que no había podido desprenderse en cincuenta años y, de repente, por primera vez en mucho tiempo, tuvo la necesidad de rezar a Dios, rezar para que, por su intervención, las niñas no se sintieran avergonzadas para toda la vida.

Stella se fue abriendo paso por la casa, abriendo las puertas con estrépito y cerrándolas con portazos, incluso pasó por el cuarto de baño. Su padre no estaba, no había nadie. El televisor zumbaba en el cuarto de estar, una nota de falsa alegría en aquella casa miserable. No había nadie en el sótano, en el patio trasero ni en la cabaña del jardín.

¿Adónde habría ido, el maldito hijo de puta? No podía haberse ido en coche.

Stella volvió a su casa y se sentó con las pequeñas Fortuna; mientras estas miraban la televisión, Stella tenía la vista clavada en la casa situada al otro lado de la calle, esperando que Mickey o Tony regresaran.

Janice llegó diez minutos tarde a trabajar. En cuanto fichó, Bernie salió corriendo hacia el aparcamiento. Gardener's estaba a unas pocas manzanas de Alder Street, pero tenía coche —el viejo Chevy de Nino, que le había prestado hasta que volviera de Vietnam— y cuando uno tiene diecisiete años y tiene coche, lo usa para ir a todas partes. Corrió a casa —en la medida en que se puede correr sin saltarse ni una norma— y metió el coche directamente en el camino de entrada de la casa de su abuelo.

Lo encontró sentado en la extraña plataforma de cemento que había hecho el año en que tuvo una fase de poner cemento por todas partes. Tenía las piernas colgando como si fuera un niño a punto de dejarse caer en una piscina.

—¿Dónde está mi perra? —Bernie se plantó ante él con los brazos en jarras—. Dímelo ahora mismo.

—¿Y cómo voy a saberlo? —Tras la barba grisácea de varios días, el viejo tenía una expresión a la defensiva.

—Dónde. Está. Mi. Perra.

Tony hizo un gesto de indiferencia. La preocupación de Bernie estaba fuera de lugar y era intrascendente.

—Dónde.

—Me ocupé de ella —contestó Antonio.

En el estómago de Bernie se formó una piedra.

—¿Qué quieres decir con eso de que te ocupaste de ella?

—Ya no tendrás que preocuparte por ella.

—¿Qué le has hecho?

Tony repitió el mismo gesto. Pero tenía una expresión infeliz.

—Me la llevé lejos, la dejé donde no puede volver. Quizá la encuentre otra persona.

Bernie estaba tan enfadada que le gritó:

—¿Dónde?

—Lejos. Demasiado para que la encuentres.

Bernie dio un paso hacia él y casi de manera involuntaria extendió la mano y lo pellizcó en el cuello, bajo la oreja. Sintió que la tiroides se contraía bajo su pulgar mientras Tony gemía de sorpresa.

—Me lo vas a enseñar —dijo Bernie. Cuando Tony extendió las manos para

defenderse, Bernie apretó más y él gimió de dolor—. Ahora. Sube a mi coche.

Bernie no tenía ni idea de por qué su abuelo le hizo caso. Era fuerte para ser una chica de diecisiete años, pero Tony era fuerte como un buey, incluso con los setenta años cumplidos, y podría haber hecho que lo lamentara. Pero se puso de pie, anduvo obedientemente por el camino de entrada y se metió en el asiento del copiloto.

El viaje duró más de una hora por carretera; después siguieron por calles serpenteantes hacia la costa del sudeste de Connecticut. Iban en silencio, interrumpido solo por las exclamaciones de odio de Bernadette y las tempestuosas indicaciones de su abuelo. El viejo no había aprendido nunca a conducir, pero no olvidaba nunca una calle. Giraron por los jardines bordeados de setos de los barrios de la costa y Bernie aminoró la marcha para adaptarse al tráfico de turistas que se dirigían a la playa o a casa a comer. Al final, Tony hizo que se metieran por una pista sin asfaltar que seguía los humedales en dirección a Long Island Sound.

—¿Aquí? —preguntó Bernie.

—Más o menos por aquí.

—¿Por qué diantres la dejaste aquí? —Para Bernie, «diantres» era una palabrota.

Antonio había ido por ahí con su amigo Sandro, que tenía una empresa de construcción y algunas veces le daba días sueltos de trabajo. Sandro lo había recogido el martes por la mañana —tenía que haber sido justo después de que Bernadette se fuera a trabajar— y, en un arrebato, Antonio había agarrado a la maldita perra y se la había llevado de camino al lugar de la obra. Sandro había parado allí, en aquella zona pantanosa, y Antonio había dejado a la perra a un lado de la carretera.

—En qué estabas pensando —exclamó Bernie.

—No quiero más perritos —contestó Tony, encogiéndose de hombros—. Iba a tener más, una camada cada seis meses.

—Si ni siquiera eran tuyos —contestó Bernadette; le picaban los ojos, llenos de lágrimas de ira.

Penny llevaba por ahí al menos cuatro días, si no se la había comido un zorro o un halcón, ya que era muy pequeñita.

—No vamos a volver a casa hasta que la encontremos —dijo Bernadette.

—Se ha ido —gritó Antonio. Estaba recuperando la energía—. No la encontrarás nunca.

—Pues si nos tenemos que quedar aquí toda la noche será culpa tuya —dijo Bernie, y se puso en marcha por el camino en dirección a Long Island Sound llamando—: ¡Penny! ¡Penny! ¡Aquí, bonita!

Stella estaba ya sobria cuando el Oldsmobile de Joey entró por el camino de la casa y Mickey bajó del asiento del conductor: primero un zapato de plataforma marrón, luego otro. ¿Cómo era capaz de andar con esas cosas? ¿Y por qué se las ponía, a su edad? Del coche bajaron también las tres niñas mayores, la lánguida Betty, la escuálida Janet, a pesar de sus once años, y la diminuta y huesuda Mary, que tenía catorce, toda esternón y ceño fruncido. Las mujeres Fortuna se congregaron alrededor del maletero durante largo rato y después desfilaron camino arriba con los paquetes de las compras que acababan de hacer con el dinero que no se gastaban en el alquiler.

Stella las miró por la ventana desde su sillón y no se dio cuenta de que estaba atisbando como una bruja hasta que empezó a dolerle el cuello. Le latía ya el corazón al pensar en el enfrentamiento con Mickey. ¿Cómo podía haber dejado solas a sus niñas? ¿No tenía sentido común? Stella tenía ganas de agarrarla y sacudirla hasta que su pequeño cerebro le sonara dentro del cráneo como unas maracas.

Barbie y Pam llevaban dos horas en el cuarto de estar de los Maglieri mirando cualquier cosa que hubiera en la tele. Richie, Mingo y Artie habían ido llegando durante las primeras horas de la tarde, agotados tras jugar a la guerra en el bosque, y ahora los cinco primos estaban sentados en el sofá rojo y la alfombra azul viendo *The Guiding Light*, una serie de televisión. Stella había dejado que sus hijos hicieran lo que quisieran sin vigilancia siempre que no quemaran nada, pero ahora, al pensar en lo que les había pasado a las niñas, se sentía culpable. A su pesar, pero se sentía culpable. Pero la madre de las niñas era Mickey y le correspondía a ella hacerse cargo de la situación. Cuando cruzó la calle por quinta vez en el día, intentó combatir el mismo tipo de pensamientos que la habían atormentado desde que había roto la puerta de la habitación de su padre: ¿Solo había tocado a las niñas de Mickey, esos diablillos andrajosos e incivilizados? ¿O había atacado a otros niños? ¿Se habría quedado alguna vez solo con Bernie? El pensamiento, una vez más, hizo que Stella deseara vomitar. Su Bernie no, era imposible. Su corazón rechazó la idea antes de que pudiera intentar analizarla. ¿Y los niños? ¿Estaban a salvo? O, a su vez, ¿eran peligrosos? ¿Esas tendencias monstruosas pasaban de una generación a otra? Stella recordaba las insinuaciones que su madre había dejado caer sobre los Fortuna en Tracci, cómo Assunta había descrito su casa, con una sola cama, como una cochiguera llena de enfermedades y comportamientos propios de animales. ¿Estaría envenenada toda la familia?

Mickey estaba guardando los alimentos comprados cuando Stella entró por la puerta trasera. Janet estaba sentada a la mesa de la cocina y comía directamente de una bolsa de Ruffles. Stella examinó a la niña esquelética, que no pareció

advertir el escrutinio de su tía. Era imposible saberlo con solo mirarla, pensó Stella.

—¿Papá está en casa? —preguntó Stella.

—No lo he visto, cariño —contestó Mickey. Incluso cuando hablaba en calabrés con Stella decía «cariño» en inglés—. Quizá se ha llevado a Pam y a Barbie a dar un paseo.

—Pam y Barbie están en mi casa —contestó Stella. No pensaba hacer una escena delante de otra desgraciada niña. Así que añadió en inglés—: Janet, tengo que hablar con tu madre. Ve a sentarte en el cuarto de estar, ¿vale?

Janet no dio ninguna señal verbal de haber oído a Stella, pero después de un momento se deslizó de su asiento y desapareció por el pasillo, dejando la bolsa de patatas fritas. A Stella no le pareció que la hubiera obedecido, sino que, caprichosamente, había perdido interés en lo que estaba haciendo. Aquella niña era un enigma, igual que su hermana mayor, Betty.

—¿Qué pasa, Stella? —preguntó Mickey—. ¿Pasa algo?

—Sí —contestó Stella—. Sí, Michelina. —Ahora que había llegado el momento, tras darle tantas vueltas, era demasiado difícil decirlo—. Tenéis que iros a vivir a otro sitio —dijo finalmente.

—Oh, Stella, ya sabes que no podemos. —Mickey había cogido un *muffin* de otra bolsa y lo estaba abriendo con un tenedor—. No tenemos dinero. Ya sabes cómo le van las cosas a Joey, casi no tenemos ni para dar de comer a las niñas.

A Stella le habría gustado rebatírselo, recordarle la cantidad de tonterías que había visto salir del maletero del coche momentos antes. Controló sus impulsos y llevó la conversación hacia el punto más importante.

—Michelina, tenéis que iros de esta casa. Me da igual lo que hagáis, tenéis que buscar la manera. —Le daba vergüenza decirlo, bajó la voz por si las niñas estaban escuchando desde el cuarto de estar—. Aquí tus hijas no están seguras, ¿me entiendes?

Mickey levantó los ojos del plato con mantequilla y las migas de la encimera. Sus ojos oscuros se clavaron en los de Stella.

—¿Qué quieres decir?

—No están... seguras con mi padre —insistió Stella—. Mickey, hoy he venido y lo he encontrado..., lo he encontrado tocándolas.

Mickey volvió a concentrar su atención en el *muffin*.

—Oh, no pasa nada. Le gusta jugar con ellas.

En más de una ocasión a Stella le habría gustado vapulear a aquella mujer, pero nunca como en aquel momento.

—Mickey —dijo. Estaba esforzándose tanto en contenerse que quizá no se expresaba con suficiente claridad—. Mickey, no juega con ellas. Las toca... Las

usa como si fueran *putane*.

Mickey se quedó callada. Untaba la mantequilla, blanda por haber estado en la encimera cálida por el verano, en el esponjoso interior del *muffin*. Stella esperó.

—Bueno, pero no es como si las violara, ¿verdad? —dijo Mickey finalmente.

—Lo sabías. —Durante unos instantes, Stella se quedó aturdida por la conmoción. Estaba preparada para que lo negara, para que dijera tonterías, gimiera o se pusiera histérica, pero no para aquella reacción—. ¿Lo sabías — repitió— y has dejado que lo hiciera?

Mickey se encogió de hombros con tristeza.

—¿Qué puedo hacer, Stella? Esta casa es suya.

—¿Sabías lo que les estaba haciendo a tus hijas y se lo has permitido? —La rabia cegaba sus ojos como una pátina, oscurecía la cocina y a aquella madre despiadada—. ¿Y las dejas solas con él? ¿Para qué, para ponérselo fácil? ¿Para no tener que verlo?

Mickey no dijo nada. Stella sabía que estaba pensando en el modo de poner fin a la conversación, de hacer que Stella se marchara.

—Tú eres horrible —dijo Stella—, pero tus hijas son inocentes. Será mejor que hagas algo o lo haré yo y no te va a gustar.

—¿Y qué quieres que haga, Stella? —preguntó Mickey. Había optado por echarse a llorar, con la boca abierta, como de costumbre—. No puedo montar un escándalo, porque nos echará. No tenemos dinero para vivir en otro sitio.

Stella dio un paso hacia su cuñada, la empujó contra la pared y le agarró la cara con la mano derecha. Mickey estaba demasiado sorprendida para gritar.

—No es una cuestión de dinero, zorra idiota. —Stella apretó con más fuerza y luego la soltó. Le habría encantado que al día siguiente Mickey tuviera marcas rojas en la cara como un payaso—. Espabilad y encontrad un sitio donde vivir o llamaré a la policía y os denunciaré.

—¿Por qué? —preguntó Mickey entre sollozos.

—Ya se me ocurrirá algo. —Stella se alejó de su cuñada—. Ahora ve a buscar a tus hijas a mi casa, necesitan a su madre, aunque sea una zorra estúpida.

Mickey no necesitaba más invitaciones para escapar corriendo de la cocina. Stella la oyó salir por la puerta. Se dio la vuelta para mirar por la ventana el intenso verde del césped del jardín trasero, donde no había señales del monstruo, su padre.

¿Y ahora qué?

De modo instintivo, Stella sabía que no había terminado su trabajo. Cogió un

cuchillo de trinchar del cajón situado junto al fregadero y salió al porche trasero a esperar a su padre.

Habían transcurrido más de dos horas y no habían visto ni rastro de Penny. Bernadette estaba ronca, pero no flaqueaba. No podía gritar más, de manera que daba palmadas mientras recorría los senderos de la marisma. Hacía ya menos calor y la humedad daba una falsa sensación de frescor; la luz tangencial de sol anaranjado salpicaba los juncos que le llegaban hasta la rodilla, ahí donde las aguas se encharcaban.

Bernie lloraba en silencio mientras caminaba y daba palmadas. Había pasado demasiado tiempo. Si Penny hubiera estado ahí habría aparecido ya. Había recorrido cada uno de los senderos entre la carretera y el mar en una extensión de tres kilómetros. Había silbado y había sacudido con un palo los arbustos con la esperanza de no encontrar un cadáver. Llegados a aquel punto, mejor era no saber lo que había pasado que tener la certeza. No podía saber si una encantadora familia de bañistas había adoptado a Penny o la habían descuartizado los mapaches.

Se secó los mocos salados de la barbilla con el interior de la manga rayada del uniforme de Gardener's y parpadeó para limpiarse los ojos de lágrimas. No pensaba llorar delante de su abuelo; solo se permitiría la rabia. Lo contempló desde la distancia, estaba a unos diez metros del coche y, de vez en cuando, daba una palmada con desgana. Bernie había dejado el coche cerrado para que no se escabullera de la tarea que le había encomendado. El viejo cabrón buscaría a la perra hasta el final.

Pues bien, ya era el final. Ya no podía hacer nada más.

El muy hijo de puta. Bernadette deseó de todo corazón que se muriera.

Estaba volviendo hacia el coche —ya había recorrido la mitad del camino; había estado cerca de perderse— cuando oyó el ruido y se detuvo. Sí, un rumor entre las hierbas a cierta distancia: casi todo un campo de deporte, pero lo oyó.

—Penny —gritó con voz ronca, sintiéndose algo incómoda al constatar que no había perdido la esperanza. Aclaró la garganta—: ¡Penny!

La perra corrió hacia ella; los juncos se separaban a medida que los atravesaba a toda velocidad, con su pelo cobrizo sucio y las patitas cubiertas de barro.

—¡Penny! —Bernie se arrodilló y la perra saltó hacia sus brazos, pero tenía las patas tan débiles y temblorosas que no atinó y se dio con la cabeza en la rodilla de su ama. Esta la alzó en brazos como si fuera un niño, la acunó y le cogió la cara con las manos mientras lloraba a moco tendido. No podía creérselo:

Bernadette pensó que Dios, cuya existencia llevaba poniendo en duda durante todo el verano, había hecho un milagro para ella. La perrita debería estar muerta después de tres días en aquel territorio hostil sin nada que comer. Pero ahí estaba.

En el viaje de regreso a casa, Bernadette puso la radio a todo volumen y cantó eufórica con los Rolling Stones. Conducía con Penny en el regazo y cada vez que podía apartar la mano de la palanca del cambio de marchas, acariciaba las costillas de la perrita, que se hundían y se alzaban. El abuelo Tony estaba callado en el asiento de al lado. Bernie esperaba que estuviera sumido en la vergüenza.

Cuando se acercaron a Hartford y estaba a punto de tomar la salida, Bernadette apagó la radio.

—Óyeme bien, viejo: si vuelves a tocar una sola vez a la perra o a cualquiera de nuestros animales, te mataré yo misma, ¿vale? —Lo decía totalmente en serio. No era una persona violenta, pero, desde un punto de vista racional, si el acto de violencia era para bien de la sociedad, podía hacerlo, pensaba. Y eso sería para bien—. Te mataré con mis propias manos.

Tony soltó una risa burlona, pero no dijo nada. Bernie metió el coche en el camino de entrada del número 3 de Alder Street y saltó del coche agarrando a Penny contra su pecho; cerró la puerta de un portazo y dejó que su abuelo se fuera a su casa.

A las cinco y cuarto de la tarde, Stella estaba sentada en el porche trasero del número 4 de Alder Street cuando Tina pasó por ahí después del trabajo para ver cómo estaba su padre.

—¿No deberías estar trabajando? —preguntó Tina—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Esperando a que el viejo vuelva —dijo Stella. Le enseñó a Tina el cuchillo que escondía bajo la pierna—. He tenido que tomarme el día libre para decirle que voy a matarlo. Tiene que pasar un poco de miedo.

—¡Stella! —Tina estaba alarmada.

—Ven, Tina. —Stella dio una palmadita a su lado—. Quiero contarte por qué quiero matarlo, pero tengo que hablar en voz baja.

Tina escuchó toda la historia con los ojos muy abiertos.

—Pero ¿qué puedes hacer, Stella? —dijo por fin.

—Puedo decirle que lo voy a matar si lo vuelve a hacer.

—No puedes. —Tina estaba escandalizada.

—¿Por qué no?

—¡No puedes decirle eso a tu padre!

—¿No puedo? —le espetó Stella.

—En su casa tienes que mostrarle respeto.

—¿Qué ha hecho este hombre para merecer respeto? —El odio que Stella sentía por su padre se extendió y envolvió a su hermana. ¿Cómo podía comportarse como una vaca fiel, incluso después de lo que había sucedido?—. Son niños inocentes, Tina. Los hijos de Mickey y los míos. Tenemos que hacer lo que sea necesario para protegerlos.

—Pero no puedes matar a papá. —La voz de Tina estaba llena de miedo—. No puedes matar a tu propio padre.

Stella contestó con desprecio y asco a su hermana.

—Después de lo que ha hecho a esas criaturas, el viejo puede irse al infierno, me da igual que sea mi padre. —Una idea sombría apareció en el pensamiento de Stella: Tina pasaba mucho tiempo en el número 4, ¿era posible que también lo supiera? ¿O que lo intuyera? Stella se sintió tan inquieta por ese pensamiento que lo rechazó rápidamente, pero emergió un rencor reprimido y, antes de que pudiera controlarlo, añadió—: Si fueras madre lo entenderías. Una se debe a sus hijos, no a su padre.

Los ojos de Tina cayeron sobre su regazo mientras intentaba digerir aquellas palabras: probablemente, intentaba analizarlas para saber si Stella tenía razón o tan solo estaba siendo cruel. A pesar de los veinte años transcurridos, el dolor de no tener hijos no se había atenuado; veinte años de cariño y dedicación a los hijos de Stella en compensación por no haberlos tenido. Stella no tenía por qué atacarla, Tina no era su enemigo. Pero era un objetivo fácil y en aquel momento Stella la odiaba por haber dicho los mismos lugares comunes que habían permitido que Tony tuviera un comportamiento monstruoso durante cinco décadas.

Pero lo dicho estaba dicho y Stella había terminado de hablar. Se quedaron sentadas en silencio en el porche, Stella sin soltar el cuchillo, hasta que finalmente Tina se puso de pie y se pasó las manos por el regazo.

—Bien, Stella, ten cuidado —dijo con amargura. Probablemente estaba pensando: le pase lo que le pase, Stella se lo habrá buscado. Stella no dijo nada mientras su hermana se alejaba.

Lector, ya sé que estás esperando la historia de cómo Stella estuvo a punto de morir ahogada aquel día de julio de 1970: casi hemos llegado.

* * *

Assunta acostumbraba decir que sentarse en una piedra de granito o sobre hormigón provocaba hemorroides. Stella no sabía si se lo había dicho un médico o si era saber popular, pero lo repetía con frecuencia. Stella seguía oyendo la voz de su madre a medida que la sombra de la casa se extendía sobre el porche y el hormigón sobre el que estaba sentada se enfriaba.

Serían las seis cuando Antonio subió pesadamente el sendero de cemento que discurría paralelo al camino de entrada de los coches. Stella se puso de pie con torpeza para interceptar el paso del viejo en la puerta trasera. Primero las piernas le fallaron un poco y luego se alegraron al recuperar el flujo sanguíneo. Se dio cuenta de que seguía llevando las zapatillas azules.

Al moverse, el cuchillo que había escondido en la falda quedó a la vista y debió de centellear al sol. Antonio vio el destello.

—¿Qué es eso, Stella? —Subía las escaleras pesadamente, con aire cansado.

Stella temblaba (¿por qué estaba temblando?). Lo que más deseaba en este mundo era que aquel hombre ya no formara parte de él.

Stella alzó el cuchillo para que lo viera.

—¿Quieres saber qué es esto? —preguntó—. Te lo enseñaré bien dentro de un momento.

La risa de Tony pareció cansada. Ahí estaba, tan viejo, pero todavía tan grande, con aspecto mugriento con su grasienta gorra de los Red Sox.

—¿Vas a matarme tú también, Stella?

Stella no entendió que quería decir con ese «también», pero no quería que pensara que estaba comportándose de un modo arbitrario y dramático.

—Si no te mantienes lejos de las niñas, sí —dijo. Volvió a ver la imagen, las piernas delgadas y desnudas. Intentó combatir las náuseas—. Sí. Te mataré yo misma si te acercas a las niñas.

Tony caminaba hacia ella. El corazón de Stella se aceleró, ¿y si la atacaba? ¿Sería capaz de clavarle un cuchillo a su propio padre?

—No sabes lo estás diciendo, Stella. —Tony la rodeó y abrió la puerta—. No es asunto tuyo.

¿Cómo podía ser que no tuviera ningún poder sobre aquel hombre? Estaba viejo y enfermo, pero era capaz de pasar por su lado como si ni siquiera estuviera allí. Stella tuvo la sensación de que su corazón estaba ya derrotado, se había replegado como si Tony hubiera tomado ya todas las decisiones por ella, una vez más. Quería irse a casa y lamerse las heridas: tuvo que recordarse que el

enfrentamiento no había terminado, todavía no había perdido.

No tenía la energía ni la pasión necesarias, pero al final todo se resume en el acto mismo, no en lo que hay detrás. Ordenó a su mano que se moviera y empujó hasta que sintió que la punta del cuchillo se clavaba en la entrepierna de los pantalones de Tony. No tenía manera de saber si la afilada punta había pinchado el escroto o la había detenido la gruesa costura defensiva.

—¡Ehh! —gritó su padre.

—Sigue adelante —dijo Stella—. Dame una excusa para cortarte las pelotas. —Empujó un poco más y Tony gimió como la perrita Penny—. Una excusa, viejo. No sé para qué las necesitas: si te las corto, resolvemos tus problemas y los míos, ¿verdad?

—¡Puta loca! —Antonio intentó defenderse y alejarse, pero el marco de la puerta se lo impidió—. ¡Virgen María, protégeme de esta puta loca!

La voz de Tony se quebró y Stella dio un paso atrás, paralizada de repente por la duda. Al fin y al cabo, era su padre. Su padre, un tipo asqueroso y horrible. Un animal indigno de vivir incluso en un corral, que le había robado, trozo a trozo, su hogar, su país, su dignidad, sus dientes, su madre, su libertad: que la había convertido en una mujer madura y miserable.

No podía hacerlo.

—Nunca más —dijo Stella. Su debilidad se instaló como una piedra en el fondo de su corazón—. ¿Me oyes? Nunca más.

—Vete al infierno —contestó Tony, entrando en la cocina de su casa y cerrando la puerta. Lo miró a través del cristal mientras él le devolvía la mirada, indeciso. Después se alejó en dirección a su habitación arrastrando los pies.

Con el pecho dolorido, Stella cruzó Alder Street hacia el sol rosado y naranja que se alzaba sobre las copas de los árboles situados tras su casa.

El televisor estaba en marcha, pero todas las otras luces de la casa estaban apagadas. No había nadie más en casa que la perrita, Penny, que se levantó de un brinco del felpudo, donde estaba enroscada, y agitó el rabo con frenesí, lamiendo las pantorrillas de Stella mientras esta intentaba entrar. Los tazones sucios de la comida de los chicos estaban apilados y alrededor del fregadero. Habían sido incapaces de aprender a lavar cada uno el suyo después de comer, ¿cuántas horas le habría ahorrado aquel pequeño gesto?

Ninguno de sus hijos —o su hija, ya puestos— estaba por ahí. Viernes por la tarde, hora de cenar, ¿dónde podrían estar? Probablemente, Bernie estaba en casa de su amiga Patty. Los pequeños, Artie, Richie y Mingo seguramente estaban en casa de Tina. Mingo era el favorito de Tina y prácticamente vivía en su casa; con

frecuencia ni volvía a dormir. Tal vez los adolescentes estaban haciendo carreras en moto en el solar vacío detrás del colegio.

Stella se sirvió un poco de vino, se lo bebió y se sirvió más. Había pasado el día entero sobria, se había saltado el trabajo por culpa de aquel viejo asqueroso. Tenía que comer algo, no había tomado nada desde el sándwich de queso. No había nada en la nevera; lo que Carmelo hubiera preparado para la cena había volado ya: una desaparición habitual en una casa con tantos chicos adolescentes, con sus amigos pasando por ahí en bicicleta como si aquello fuera la estación de ferrocarril o la prisión del condado.

En el cajón inferior de la nevera había una bolsa de supermercado con pollo troceado: patas y muslos cuyos huesos romos destacaban bajo el envoltorio de plástico. Sí, pensó Stella, eso sí soy capaz de prepararlo. Incluso Rocco Caramanico había sido capaz de cocer pollo. Dejó el paquete en la encimera, buscó una cazuela para pasta debajo del fregadero, la llenó de agua y la puso en la cocina; encendió el fuego y lo subió al máximo. Fue dejando caer, uno a uno, los trozos de pollo en la cazuela con agua. La carne de color melocotón era resbaladiza y el agua se enturbió rápidamente.

Stella miró su obra, la comida que estaba cocinando. Se estaba preparando un pollo. Tenía cincuenta años de edad y no necesitaba a nadie; no necesitaba a su padre, cuyas pelotas acababa de amenazar con un cuchillo; no necesitaba a su marido, que le había preparado la comida durante los últimos veinte años. No era nadie para el mundo: no era bonita, era vieja, no era buena madre, pero era todo lo que necesitaba para sí misma. Podía trabajar y podía pelear. Había sobrevivido a todo. Había sobrevivido.

Se sentó a la mesa de la cocina y esperó a que la comida se cociera. Ahora tenía ya mucha hambre. Los malos sentimientos del pasado se habían apoderado de ella. Se bebió un tercer vaso de vino contemplando las sombras del grifo y del prisma de cristal colgado al otro lado de la cocina para atrapar los reflejos del sol. Había empezado a revivir la vieja pesadilla de principio a fin. Ahí estaba su padre acorralándola, con las manos sobre sus nalgas, sus costillas, su pecho. Combatió la náusea con un cuarto vaso de vino y esperó a que la visión desapareciera.

Cuando el caldo estaba empezando a hervir, pensó en añadir sal y pimienta. ¿Qué más se podía poner en el pollo? No lo sabía. Se bebió un quinto vaso de vino; el bienestar de una neblinosa sensación de distanciamiento se impuso a la incomodidad de los recuerdos nítidos. En la cocina, el agua de la cazuela hervía y desprendía un delicioso olor que la hizo retroceder cuando puso la cara sobre el líquido que se agitaba.

En la oscura cocina, sacó cuatro trozos de pollo de la cazuela con las pinzas

de cocina de Carmelo, los puso en un tazón y observó cómo desprendía vapor en el pesado aire de julio. Mientras esperaba, se bebió otro vaso de vino. El vapor que salía del pollo en aquel momento le recordó el rocío que se evaporaba de las hojas de las encinas en Ievoli, tantos años atrás, la mañana que había ido a despedirse de los castaños y del cementerio. Todo era diferente, pero aquello —el vapor de agua ascendiendo— era exactamente igual.

Empezaba a entenderlo.

Se había perdido.

Cuando el pollo se enfrió lo bastante para comérselo, cogió un trozo con las manos y lo devoró. El pollo no estaba delicioso —estaba gomoso, casi le daba asco—, pero tenía mucha hambre. Cogió otro trozo del tazón y empezó a masticar y chupar. De repente, notó un tirón en la garganta, el esófago se tensó en torno al hueso que había aspirado. Tosía, pero no tenía aire, de modo que tampoco podía toser. Escupía y arañaba. Tenía las vías respiratorias obstruidas y no podía respirar.

¿Era posible? ¿De verdad era tan grave? ¿De verdad?

Iba en serio. No tenía aire, solo una leve insinuación, una insinuación que no podía aceptar. La perra estaba ladrando, pero sus ladridos sonaban lejanos.

La visión de su cocina a oscuras se fragmentaba a su alrededor. No podía ser, no podía morir así. Después de todo a lo que había sobrevivido, no era posible que muriera por un hueso de pollo. No quería morir comiendo lo que ella misma había preparado.

La baba le corría por la barbilla y le salpicaba las manos, la encimera. Intentó toser, luchó por conseguir aire. Nada. Oscuridad. Stella se dejó caer sobre las rodillas, se sostuvo sobre el suelo y se golpeó el pecho con los puños. Sintió que el hueso se le movía en la garganta, pero no había alivio.

Stella pensó en su madre, que había muerto joven, a los sesenta y nueve, y se dio cuenta de que ella iba a morir todavía más joven. Pensó en la imagen de su hermana muerta, Mariastella. Aquel era su último encantamiento, pensó. El maldito fantasma por fin iba a matarla. En esos últimos momentos no pensó en su marido o en sus hijos; no pensó en el monstruo de su padre, que le había arruinado la vida y ahora estaba arruinando la de los demás. Lo que llenó su pensamiento fueron los ojos huecos de la niña muerta. A pesar del dolor de la garganta, de los fuegos artificiales de los vasos sanguíneos a punto de estallar, Stella estaba pensando: después de tanto tiempo y de tantos intentos, no puedo creer que sea así como me mates.

No podía oír, porque la sangre ya no le llevaba oxígeno a los oídos, pero cuando Stella se arrodilló en las frías baldosas de la cocina, Tina estaba llamándola. Tina había mirado al otro lado del jardín que separaba las dos casas

y había visto que el número 3 estaba completamente a oscuras. Le había parecido raro. Todavía le dolía el comentario de Stella sobre la maternidad y pensó en reflexionar durante la noche y hablar con ella por la mañana. Los tres hijos pequeños de Stella, agotados tras una tarde de verano, se habían dormido en la alfombra de Tina, delante de las noticias de la noche. Tina podría haber echado algunas mantas sobre ellos, apagar la luz y pasar el resto de la tranquila noche de viernes en la cocina con Rocco, que estaba jugando al solitario. Pero sintió un deseo inaplazable de ir a la casa vecina y ver a Stella aquella misma noche.

Cuando Tina llamó a Stella desde la puerta, no hubo respuesta. Oyó el ruido de los golpes en el suelo de Stella sobre el murmullo de las noticias y se apresuró a ir a la cocina. Tina no conocía la maniobra de Heimlich, pero sabía dar golpes con el puño y tenía la fuerza de un buey, como su padre. Por una vez en la vida no se lo pensó dos veces ni vaciló. Golpeó, golpeó, golpeó y el ala de pollo salió de donde estaba encajada.

Stella se apoyó en el fregadero, jadeando. Tenía los dientes de color púrpura por el vino.

—Tina —dijo finalmente—. Tina, casi me muero.

—Ya lo sé —contestó Tina—. Te ha faltado poco.

* * *

Por supuesto, la continuación de la historia que voy a sugerirte, lector, es pura ficción, porque no creo en fantasmas, me parece a mí, y no pretendo pedirte que creas en ellos. Pero ten un poco de paciencia. Imagina que pudiera existir alguna posibilidad de que una niña, cuya vida había sido segada tan temprano, pudiera dejar una parte de sí misma, literal o imaginaria, que rondara a la madre querida de la que se había visto obligada a separarse. Imagina a ese residuo: demos un paso más y llamémoslo fantasma. Imagina a ese fantasma contemplando la pena de su madre, sufriendo invisible a su lado, ansiando su suave contacto y su seno cálido y reconfortante. Imagina cómo el corazoncito de este ectoplasma se rompía al contemplar que su madre la sustituía por otro bebé del mismo nombre y cómo ponía todas sus esperanzas maternas en esa hija, nueva y perfecta. Imagina lo que podría sentir al ver que le arrebataban la vida nada más empezar a vivirla y ver luego que todos los rastros de su existencia los iba borrando una versión de sí misma más robusta y encantadora, superior en muchos sentidos.

No te pido que creas en espíritus ni en un alma desterrada del cielo por culpa de la envidia o la pena; no puedo pedirte que creas en algo en lo que yo no creo, y no creo en nada. Pero tal vez estaríamos de acuerdo en que el poder de la fe humana transforma en realidad cosas que no son reales; al creer en entidades imaginarias les conferimos poder sobre nosotros, les damos vida. Porque ¿qué es la fe sino la voluntad de creer?

Y el pequeño fantasma siguió de cerca a esa niña, su sustitución, mientras florecía en la vida que el fantasma habría tenido si no hubiera sido segada. Imagina, lector, que contemplaba que su sustituta era bonita, lista, querida, adorada. Imagina el odio del fantasma, su resentimiento, el deseo implacable de todas esas cosas que su hermana viva aceptaba como obvias o rechazaba de plano. Le parecería que ella, la sustituta, era su enemiga. Imagina cómo la primera Stella podría haberla atacado; imagina sus impulsos violentos para darle una lección a la segunda, enseñarle lo preciosa y precaria que es la vida, hacer que se preguntara si merecía todos los dones que le había dado el destino. Imagina cómo podrían haber sido esos ataques que moldearon la personalidad de Stella, la hicieron tan terca, tan autoprotectora, tan blindada contra el amor y la compañía que el fantasmita anhelaba. Imagina que ahora, tras medio siglo de venganza y anulación, tras el último esfuerzo por hacer el mayor daño, finalmente, finalmente, tiene una revelación.

Entiendo que a la primera Stella le pareciera que la segunda era su enemiga.

Comprendo los celos, el odio y la pena de contemplar cómo tu sustituta te quita todo lo que te ha sido negado. Pero las dos Stellas no tendrían que haber sido enemigas; deberían haber sido las más fieles aliadas contra el monstruo que tenían en común, el hombre que les había arrebatado la vida a las dos aunque de distinto modo, al que ni se le había ocurrido lamentar lo que había destruido, que había torturado a su dulce madre, la mujer que las dos Stellas habían querido más que a nada en el mundo. Medio siglo después de que terminara con la vida de la primera Stella al traer a casa la gripe desde el frente y negarse sin piedad a ir en busca del médico, un cuarto de siglo después de que le hubiera arrebatado la vida a la segunda Stella al acabar con su resistencia y obligarla a la única cosa que temía más que a la muerte; todavía, en aquel mismo instante, Antonio Fortuna estaba arruinando la vida de otras niñas pequeñas.

¿Por qué iba la primera Stella a intentar matar a la segunda? Debería haber matado a su padre.

Así pues, lector, imagina esto: el fantasma contempla a su hermana —la mujer caída en el suelo, dolorida—, que se está muriendo porque se ahoga, golpear las baldosas blancas del suelo de la cocina y cambia de parecer. Mientras la hermana pequeña, Tina, entra corriendo a rescatarla una vez más —qué suerte tiene de que esté siempre, siempre allí— el fantasma piensa en Stella blandiendo el cuchillo, piensa que en aquel momento, si las dos hubieran tenido el valor suficiente, juntas podrían haber arrebatado a su padre el derecho a arruinar más vidas. Siente una oleada de energía, un latido excitado ahí donde debería haber tenido el corazón. Mientras Tina acuesta a la hermana de ambas, la primera Stella se separa de su constante compañera y cruza la calle, atraviesa el cerramiento de aluminio —al fin y al cabo, no existe— y se cuelga en el dormitorio del viejo, que resopla sumido en sus sucios sueños. Ni siquiera en una noche como esa, piensa, tiene insomnio.

La primera Stella se sienta en la cómoda, al lado del reloj dorado que Tony se pone para jugar a las cartas con los chicos, delante de la foto enmarcada de la familia Fortuna que tomaron en las Navidades de 1940, que lleva ahí desde que *mamma* la colocó quince años atrás. Y la primera Stella contempla cómo duerme, mientras la rabia y el odio se amalgaman en una pelota resplandeciente, se agrupan todos los malos sentimientos que alberga, igual que le habría sucedido a la segunda Stella: porque la primera Stella habría sido igual que la segunda en muchos sentidos si hubiera podido crecer. Pasa la noche sentada contemplándolo, su furia se va fundiendo hasta que los miasmas del viejo mundo se van depositando sobre la piel de Tony, le obstruyen la nariz y no puede seguir durmiendo: se despierta nervioso, incómodo, aparta las mantas y la colcha, pero sabe que algo va mal, nota que su viejo corazón se mueve en el pecho. Stella

presiona sobre él, no está todavía preparada, no ha decidido qué va a hacer, pero no siente por él el mismo temor que su hermana. Nunca ha sido su amo.

Cuando las primeras luces del alba brillan en el rocío del jardín trasero, Antonio Fortuna oye el suave rumor de la puerta de la cocina cerrándose sobre el marco de goma. Es su hija Tina, que va a prepararle el desayuno antes de ir a trabajar. Trastornado por el insomnio, el pecho de Tony se alza inquieto. La primera Stella nota que el corazón de Antonio da un vuelco y empuja un poco más. Tony intenta sacudírsela, pero no puede verla, no sabe lo que es. Intenta levantarse, pone los pies en el suelo, la camiseta y los calzoncillos amarillentos apestan a sudor, y el fantasma se encoge. Mientras Tony se pone un albornoz de color granate, la primera Stella se traga su desagrado, le salta a la espalda y le echa sus bracitos invisibles al cuello. Siente que Tony se estremece bajo la opresión. Sí, tendrá testigos. Un fantasma debe tener testigos siempre que sea posible.

Mientras abre la puerta de su dormitorio, Tony endereza los hombros. No entiende lo que está pasando con la primera Stella, pero tiene que cargar con su peso e intenta sacudírsela.

—Tina —dice mientras dobla la esquina y entra en la cocina—. Tina, ayúdame. No me encuentro bien.

Tina ha puesto un cazo con agua y copos de avena en el fuego y lo está encendiendo.

—¿Qué te pasa, papá? Siéntate. Te prepararé un café.

—Tina —repite Tony. Su voz parece un balido de cabra, igual que los de la cabrita que mató—. Tina. —Finalmente, Tina aparta la vista de lo que está preparando y lo mira alarmada—. Es tu hermana Mariastella. —Dice con un jadeo—. Me va a matar.

Tras estas extrañas últimas palabras, el fantasma le pasa los brazos en torno al cuello con todo su odio y su furia.

Y así, tal cual, lo estrangula hasta matarlo.

Por supuesto, esta idea del fantasma es pura fantasía e invención y no tiene cabida en una historia familiar cuidadosamente documentada. Lo probable es que Tony se despertara de una pesadilla con su hija, Stella, que lo había amenazado con un cuchillo pocas horas antes; seguro que era eso lo que significaban las últimas palabras que dirigió a Tina.

En el hospital, donde declararon que Tony Fortuna había llegado ya muerto, dijeron que la causa había sido un ataque fulminante al corazón. No es infrecuente que las víctimas de un ataque al corazón tengan sensación de ahogo,

lo que explica que Tony pasara sus últimos momentos agarrándose la garganta.
Murió con restos de su propia piel bajo las uñas y cortes en el cuello.

Cuarta parte

Vejez

A vecchiaja è na carogna.

La vejez es una arpía.

PROVERBIO CALABRÉS

Octava muerte

Hemorragia cerebral

(Demencia)

Esta es la última ocasión en que Stella Fortuna estuvo a punto de morir. Este es el Accidente.

Era el 8 de diciembre de 1988, se acercaba el 9 de diciembre. Stella, sentada en su sitio en el sofá, se fijó en que eran las once cincuenta y dos y después de ese momento no fue capaz de apartar los ojos del reloj situado encima del televisor. Se quedó mirando la manecilla de los minutos subiendo, subiendo y subiendo. A medianoche sería el vigésimo aniversario de la muerte de su madre. Assunta tenía sesenta y nueve años; aquella noche a Stella le faltaba poco para cumplirlos.

No había nada que señalara la medianoche, el paso de un día normal a un aniversario opresivo. El programa de noticias de la CGS se interrumpió para un anuncio de detergente. Stella intentó sentirse distinta.

—¿*Mamma?*—preguntó al aire del cuarto de estar y se sintió tonta porque su madre no estaba allí. Se sirvió un vaso de vino de la botella que tenía entre los pies. Le temblaban las manos, pero eso era porque se había puesto nerviosa, tanto vino y solo había cenado un poco de pasta fría unas horas antes.

Uno reza a Dios por los muertos, por las almas del purgatorio, para que Dios sea clemente con ellos. Assunta se lo enseñó a Stella cuando esta era pequeña desde la primera vez que la llevó al cementerio para limpiar la tumba de su hermana. Assunta habría querido que Stella rezara por su alma.

—Dios te salve María, llena eres de gracia —recitó Stella, sintiéndose culpable, en la sala oscura iluminada únicamente por los destellos del televisor, pero en aquel momento no recordaba cómo seguía. Hacía años que no rezaba. En aquellos tiempos le costaba concentrar el pensamiento o los sentimientos en Dios, era difícil no sentirse tonta por hablar en la oscuridad.

Doce y veintitrés. Stella se sirvió otro vaso de vino y dejó la botella donde estaba; esta se inclinó un poco en la blanda alfombra azul. La alfombra estaba ajada por los años y los pelos formaban bolas, oscurecidas en la parte superior tras años de acumular la porquería de los zapatos que el aspirador no podía quitar. Stella llevaba ya treinta y cinco años pisando aquella alfombra, igual que sus nueve varones medio salvajes, su estricta hija y las hordas de amigos y amistades oportunistas. Ahora la casa estaba vacía; incluso su bebé, Artie, se

había casado y se había ido.

Treinta y cinco años: era más de la mitad de su vida. Era más aquella persona, mujer y madre que cualquier otra anterior que hubiera podido ser.

Cuánto le había gustado a Assunta aquella casa, qué orgullosa había estado de su yerno Carmelo por haberla comprado. Cuántas horas había pasado sentada en aquel sofá meciendo algún nieto, cantando viejas canciones, pelando judías y riendo con sus hijas. Pero Stella había pasado más horas allí sin su madre. Las horas de veinte años vacíos.

Assunta había sufrido mucho en esta vida: había tenido hambre, enfermedades y pérdidas, un marido despótico y negligente, daños físicos, dolores y penurias. Y, sin embargo, había amado mucho su vida. Ahora ahí estaba Stella, la matriarca sustituta a pesar de su voluntad, con un cuerpo tan deteriorado y, al mismo tiempo, incombustible, sin nada de la alegría de su madre o de su afecto espontáneo. Tomó unos cuantos sorbos de vino y se tragó también el retraimiento y la vergüenza.

—Mamá —dijo al aire, intentando que sonara como si estuviera hablando con alguien. Cerró la mano en torno al *cornetto* de hueso que Assunta le había regalado medio siglo atrás—. *Mamma*, ¿estás contenta conmigo? ¿Lo he hecho bien? ¿Hice lo que tú querías?

Naturalmente, no hubo respuesta. En cualquier caso, Stella tampoco quería saberla.

Eran las doce cuarenta y había empezado a hacer frío. Tenía los brazos helados y Stella envolvió las manos temblorosas en la falda de su vestido de estar por casa. Con la edad, los brazos se le estaban poniendo fofos y abotargados y las cicatrices de las quemaduras se habían encogido, se habían oscurecido formando arrugas. Algunas veces Stella pasaba los dedos por aquella superficie irregular que ahora formaba parte de su cuerpo y pensaba en el banco de arena de Rocky Neck cuando la marea acababa de bajar.

Stella se recreó en la cálida evocación de la playa. A Assunta le gustaba la playa cuando los niños eran pequeños. No se metía en el agua ni se ponía bañador, sino que preparaba la fiambarrera amarilla Tupperware de diez litros con pasta fría, otra con una ensalada empapada de aceite y hacía que los niños comieran durante todo el día cada vez que salían del agua: «El mar da hambre», decía. Pasta en la playa, todo el mundo nos va a tomar por italianuchos, bromeaban los niños, pero se la comían igualmente, con arena o sin arena.

Hacía por lo menos diez años que Stella no iba a la playa. El pasado mes de agosto, Bernadette la había invitado a pasar una semana con sus niñas en una

casita en el Cabo. Stella había rechazado la invitación, pero quizá el año siguiente la aceptaría. ¿Qué temía perderse si no estaba en casa?

Se sirvió otro vaso con manos temblorosas y se concentró en el frío, intentando que se le metiera en el pecho y le envolviera el corazón. Dicen que la presencia de los fantasmas da frío, pero seguro que tiene que haber otras señales. Al fin y al cabo, estaban en diciembre en Connecticut, a siete grados bajo cero y soplaba el viento con fuerza en el exterior. Si quería convencerse de la presencia de un fantasma, necesitaría más pruebas.

—*Mamma* —dijo otra vez en la oscuridad, pero en esta ocasión fue solo para oír su propia voz.

Era ya la una y media y la televisión emitía ya la programación local. El cambio de sonido e imagen hizo que Stella volviera en sí. Estaba bebida, confusa y no sabía cómo había podido desaparecer la última hora, pero, con todo, en el fondo estaba lúcida, experimentaba una fuga de luto nítida y clara. Nunca había tenido mucho control sobre sí misma; en cualquier caso, las efemérides no eran momento para ello.

La botella de vino estaba vacía, señal de que tenía que subir al piso y acostarse. Pero no quería. Quería sentirse invadida por los fantasmas y, si no podía ponerse en contacto con el espíritu de su madre, tendría que ser ella su propio fantasma.

Stella se levantó con dificultad del blando hueco que había dejado su cuerpo en el sofá, sobria por unos instantes por la punzada de dolor de las rodillas anquilosadas. Dejó la botella y el vaso delante del televisor —más tarde constituirían una prueba legal para sus hijos— y avanzó dando trompicones hacia la cocina.

Le costó toda la distancia que había hasta la puerta del sótano recobrar cierto control. El corazón le latía con fuerza para bombear de nuevo la sangre después de un rato inmóvil. La cabeza le daba vueltas mientras se agarraba en el quicio de la puerta. Pero el mareo terminó rápidamente, no estaba tan borracha como había pensado. ¿Qué significaba aquel mareo? ¿Su corazón iba a fallar, como el de su madre y la madre de su madre antes que ella? Los sesenta y ocho no eran mala edad para morir.

Pero no era el momento. Cruzó la cocina y bebió dos pequeños vasos de agua del grifo con el vaso que había bocabajo en el escurridor. ¿Debería comer algo? Sintió que el agua le caía sobre las paredes del estómago maceradas por el vino. Pero si comía, tardaría más en irse a la cama, ¿no debería acostarse ya?

No. Un trozo de pan, una loncha de queso de la bolsa de plástico del congelador. Recogió las migas en la mano y las dejó caer en el fregadero. Así estaba mejor. Tenía la sensación de que su cabeza era blanda, líquida, pero ya no

le daba vueltas. Ahora iría a buscar la siguiente botella.

Los escalones irregulares que conducían al sótano eran estrechos, como todos los de la casa, demasiado estrechos para que cupieran los pies cortos y anchos de Stella. No era la primera vez que Stella deseaba tener una luz en la parte superior en lugar de la bombilla desnuda que solo podía encender tirando de una cadenita al pie de la escalera.

Tropezó cuando estaba todavía a dos tercios del tramo. En esta ocasión no hubo ninguna mano invisible intentando empujarla hacia su destino; en esta ocasión solo se podía culpar del Accidente a la propia Stella, a la Stella borracha de pena, patética vieja alcohólica. Adelantó un pie con torpeza, lo puso demasiado lejos y la parte delantera del juanete se curvó, sin soporte, sobre el filo del escalón. Debería haber podido recuperar el equilibrio —ahí estaban las barandillas, la pared—, pero agitó las manos en vano y cayó escaleras abajo. Lo primero en tocar el suelo fue la cabeza, la frente se reventó contra la esquina de un estante y quedó cegada por las estrellas del dolor. Se tambaleó y volvió a caerse, esa vez hacia atrás. Demasiado aturdida para controlar sus extremidades, golpeó el suelo y el cráneo rebotó contra el cemento. Su oído registró el sonido de la fractura mientras dentro de su cabeza crecía un rugido de dolor ensordecedor.

Había hecho aquel recorrido diez mil veces, ¿qué había pasado aquella vez? El último vestigio de conciencia fue dar media vuelta para ver quién la había empujado. Pero no había nadie en la escalera, solo el tenue reflejo de la luz azul del televisor en la pared gris.

Los ojos de Stella se abrieron a la oscuridad. Sentía en la cabeza el pulso como un sonido muy fuerte, pero no oía nada en absoluto. Sabía dónde estaba: estaba en el sótano, había tropezado en las escaleras o algo parecido. Había pasado algo y...

Intentó ponerse de pie, presionando la palma sobre el cemento frío y húmedo del suelo, incorporándose. El mundo le dio vueltas en un remolino de dolor y náuseas. Pero ahí estaba, de pie, sosteniéndose en la estantería de madera, tirando del cordón de cuentas de aluminio para encender la bombilla. El brillo de la luz le provocó otra oleada de desorientación.

Sintió un calambre en la cabeza cuando bajó la vista para mirar el suelo. Había sangre en todas partes: un charco oscuro que se extendía por el suelo en pendiente en dirección al desagüe. Cuánta porquería tendría que limpiar y con ese dolor tan tremendo. Cogió un rollo de papel de cocina del estante de productos de limpieza que tenía delante —por lo menos, no tenía que subir a

buscarlo— y luego cogió otro rollo porque tenía miedo de volver a ponerse de rodillas. Pero eso hizo, volvió a agacharse. Aquel malestar era mayor que cualquier náusea que hubiera sentido en su vida, peor que en el barco durante la travesía por el Atlántico, peor que las náuseas matutinas de cualquiera de sus embarazos.

No conseguía encontrar el inicio del rollo de papel y se esforzó durante muchísimo rato, quién sabe cuánto, en intentar desenrollarlo. Finalmente dio con el principio, despegó la primera hoja de su fino adhesivo, después arrancó un trozo y lo puso en el charco del suelo. El papel se convirtió de inmediato en un cuadrado de un púrpura cardenalicio, más rojo y más brillante que la oscurecida sangre que lo rodeaba. Por mucho que ponga no voy a tener suficiente, pensó Stella. Desenrolló un poco más, una vuelta y luego otra, e hizo una pelota. La presionó en el charco de sangre y quedó empapada al instante.

Fatal, aquello iba fatal. Nunca podría limpiarlo todo. Desenrolló más papel, tanto como pudo, pero tenía los brazos pesados y cansados. Respiraba muy deprisa, ¿por qué? Estaba comportándose como una imbécil. Pero el rollo de papel no iba bien, no servía para nada. Un segundo fajo y luego un tercero, y también se volvieron rojos de inmediato, y las manos se le cubrieron de sangre de color rojo brillante, como si llevara un par de guantes hechos de fina piel roja. Un cuarto fajo y seguía sin servir para nada; en eso la asaltó la última oleada y se cayó de cara, con la mejilla sobre un montón húmedo de papel.

Hacía frío ahora, mucho más que antes. Los escalofríos le recorrieron la piel. Incluso la sangre pegajosa se estaba enfriando bajo sus dedos. No podía llamar a nadie; tampoco en esta ocasión había nadie ahí para oírla.

Media hora después, Carmelo llegó a casa del trabajo en Charlie's, se sentó en el sillón marrón de la sala, tiró de la palanca para levantar los pies y se quedó dormido con los zapatos puestos. Ni se le ocurrió que Stella no estuviera en la cama, en el piso de arriba.

Tommy Maglieri trabajaba en el turno de las cuatro de la mañana hasta mediodía en la compañía eléctrica. A las tres y cuarto del viernes 9 de diciembre, pasó por la casa de sus padres, como hacía con frecuencia antes de ir a trabajar, para comprobar que todo iba bien. ¿Quién hace algo así? Pues bien, alguien como Tommy. Gracias a él llevaron a Stella corriendo al hospital y no murió por última vez en el suelo del sótano.

El lector conoce ya esta parte de la historia. El cerebro de Stella tenía una hemorragia dentro del cráneo fracturado; era necesario dar con la manera de aliviar la presión. Los médicos tuvieron la idea de aplicar un método experimental gracias al cual la paciente tenía una remota posibilidad de sobrevivir: podían cortar el tejido dañado del lóbulo frontal para hacer más espacio. El cirujano principal tenía ganas de probar el procedimiento por motivos académicos, aunque no engañó a los hijos Maglieri, que aguardaban en la sala de espera. Aunque la cirugía fuera un éxito, su madre sería un vegetal durante el escaso tiempo de vida que le quedara.

El seguro no cubriría un tratamiento todavía no aprobado y les costaría cien mil dólares. Pero ¿quién iba a decir: no, no hicimos todo lo que pudimos?

—Son once mil por cabeza —dijo Tommy—. Para mamá. ¿Tenéis once mil para mamá, verdad?

Tommy, Bernie, Guy, Freddy y Richie los tenían. Mingo consiguió su parte —esto sucedía antes de los problemas con la heroína—; Artie y su nueva esposa sumaban cuatro mil entre los dos y tomó prestado el resto como adelanto de su salario de su hermano Guy, que era también su jefe. Nicky no tenía otra cosa que los cheques que recibía como incapacitado, pero Tommy daba por hecho que sería él quien corriera con la parte de Nicky, como siempre hacía. Johnny ni se presentó a la reunión familiar. Tommy puso también esa parte y fingió creer que se la devolvería algún día. Bien, a lo mejor las cosas tenían que ser así: Tommy tampoco tenía que mantener a una familia...

Como ya sabe el lector, los médicos se equivocaron con el pronóstico. Quizá su ciencia era mejor de lo que pensaban. Quizá nunca habían conocido a un paciente como ella, con su terca inmortalidad.

* * *

Este es el principio de las tres décadas más largas.

Cuando se corta el lóbulo frontal para evitar que el cerebro se aplaste, se extirpa de manera definitiva parte de la personalidad. Extirpan las inhibiciones, aunque no el miedo. Extirpan la parte que da acceso a los músculos faciales, así que luego el paciente sonríe todo el rato, incluso cuando está enfadado. Extirpan la empatía, aunque no los afectos.

Extraen algunas partes de la memoria, pero también desentierran otras que el sujeto había enterrado o negado y dejan esos fragmentos en la superficie, como las patatas recién arrancadas tirando de la mata, que se quedan sobre la tierra, esperando que alguien vaya a sacudírsela.

Esas eran las cosas que llenaban el pensamiento de Stella durante el coma, cuando el mundo que recordaba estaba siendo recortado.

Tan reciente, el recuerdo: caía por las escaleras del sótano.

Sesenta años antes: los brazos fantasmales empujándola contra la puerta de la escuela de Ievoli, el pie de su hermana pequeña haciéndola tropezar mientras ella caía lejos del movimiento oscilante de la puerta.

La pegajosa mañana de verano de 1941, cuando se despertó de la pesadilla en el suelo del dormitorio de Front Street con las manos de Tina alrededor de su brazo palpitante.

La cocina de su madre en Bedford Street, Tony golpeándole la cabeza contra el altar de Assunta en memoria de la niña muerta después de que Tina sacara a la luz los ahorros ocultos de Stella.

La calle mojada por la lluvia, *via Fontana* en enero de 1926: la mano invisible sobre la suya mientras los cerdos la pisoteaban en el barro helado; los ojos de la pequeña Cettina contemplándolo todo en silencio.

El suelo de baldosas frías de la oscura cocina de Alder Street mientras se ahogaba con un hueso de pollo. Tina, arrodillada a su espalda.

Tina sollozando sobre el brazo de Stella —«¿Podrás perdonarme? ¿Me perdonarás por tenerte envidia?»— en el funeral del pequeño Bob. «No me dirás que de verdad te crees estas tonterías del viejo mundo», había dicho Stella.

Durante toda su vida, Stella había creído que la acosaba el fantasma de su hermana muerta. Ahora, finalmente, veía la verdad: la acosaba su hermana viva.

* * *

Al principio, no puede decir nada. Se despierta en la sala del hospital —por segunda vez— y no puede moverse, tiene que quedarse acostada y contemplar sobre ella la cara rosada y sudorosa de su hermana, dejar que le dé toquecitos con una esponja y le agarre los dedos. Le cuesta mucho tiempo —quizá días— tener las fuerzas suficientes para decirlo: *Vete*.

Sus hijos están allí en distintas combinaciones: están siempre Tommy, Artie y Bernie, y algunas veces Freddy, Guy y Richie; las mujeres de los hijos; su cuñada Queenie, le cogen la mano y le dan golpecitos en la pierna. Están tan contentos de oírla hablar que no escuchan lo que dice. Stella repite: *Vete*.

Tiene que conseguir que la entiendan, que se lo crean.

«Vete.»

Utiliza el brazo, lo levanta para señalar a Tina. «Tú. Vete.»

Los hijos le dicen: «Mamá, no puedes decirlo en serio. Se ha ocupado de ti todo el rato. Ha dormido en el suelo del hospital. Te quiere más que nadie en el mundo».

«Vete.»

Tina sufre muchísimo. Solloza, grita. «¡No sabe lo que dice!» Pero Stella ve la culpa en los ojos de su hermana. Tina sabe lo que ha hecho. Por eso ha dormido en el suelo del hospital, ha humedecido con esponjas el cuerpo inconsciente de Stella. Por ese motivo Tina ha dado de comer a los hijos de Stella y ha servido vino a su marido. Porque durante sesenta y siete años Tina ha intentado reprimir sus celos, ha intentado esconderlos bajo buenas obras. Pero es venenosa, es peligrosa y lo sabe.

«Vete —dice Stella—. Tú sabes lo que has hecho.»

Durante el resto de su vida, nadie cree a Stella cuando dice eso de que Tina sabe lo que hizo. Su cerebro está equivocado y es cruel. Pero la convicción de Stella ha sustituido a todas sus otras convicciones. Durante toda su vida, Tina ha querido tener la vida de Stella. Cuando eran niñas, quería tener su cara, su inteligencia y su carisma. Cuando eran jóvenes, quería sus admiradores. Su marido, guapo y amable; la multitud de hijos de Stella. Todos los gestos generosos que ha tenido Tina hacia Stella han sido un intento de ahogar sus propios celos.

Nonna Maria enseñó a Stella que cuando señalamos con el dedo a un pecador

es porque conocemos el pecado en primera persona. Pero la cirugía le ha quitado esa lección tan arraigada. En la neblina de su pensamiento, Stella ya no ve que el dedo de la acusación se vuelve hacia ella misma.

Le dan el alta el día de año nuevo de 1989.

Celebran una fiesta de aniversario.

«Qué mujer. Qué mujer tan guapa.»

Todo el mundo da palmadas y gritos de alegría.

«¿Sabéis lo que decían los médicos? Decían que no volvería a andar ni a hablar.»

Su hijo intenta no llorar. Como el sentimental de su padre. Y ahí está Bernadette, llorando abiertamente, tal como habría llorado su abuela.

Stella sonrío y levanta la mano. Ve que las uñas están pintadas en rojo.

«Bien, se equivocaban, ¿verdad?»

Otra vez palmadas. Toda esa gente ruidosa en su cuarto de estar, todos sus hijos, los amigos de estos, ya mayores, que en otros tiempos comían sándwiches de fiambre con aceitunas en su cocina.

«¡Levántate, *ma!* ¡Demuéstrales cómo se equivocaban!»

Una zona situada en la parte posterior de la cabeza late con un calor tibio. Coge la mano de Tommy, obedece y se levanta. Todos gritan y dan palmadas, todos esos chicos altos y morenos que se inclinan sobre ella, con sus hijos rubísimos que la miran con sus ojos claros muy abiertos desde el lugar donde juegan en el suelo. Qué curioso que en los hijos de sus hijos ya no haya rastro de ella, solo una generación.

Pero los vivos se han convertido en una tarantela y las palmadas siguen un ritmo: *TUN-tun, TUN-tun TUN...*

Stella mueve los brazos. Hoy no bailará toda la pieza. Sonríe.

«¡Qué mujer! —grita el más alto, Freddy—. ¡Qué mujer tienes, papá!» Y cambian de melodía, sus hijos aúllan en calabrés, que no todos hablan bien. «Ai jai jai chi mujetta mi capitai!»

Ahí está Carmelo, llorando, por supuesto. Besa a Stella suavemente en la mejilla, justo debajo de la venda. «Con qué mujer me casé», dice.

Algunas cosas mejoran; otras, no.

Stella se pone de pie, camina, baila.

Recupera el habla. No siempre da con las palabras adecuadas.

Hace ganchillo y deprisa. Puede hacer lo que sea: colchas, bufandas, gorros. No siempre son bonitos. Combina colores como el rojo vivo con el rosa chicle.

Los nietos miran la tele con ella mientras hace ganchillo. Los quiere. Ninguno de ellos es lo bastante mayor para recordar cómo era antes. Los nietos Maglieri crecerán pensando que es normal tener una abuela ininteligible que hace ganchillo y está peleada a muerte con su hermana; una abuela capaz de detener a un desconocido en la calle y darle collares de martes de carnaval o muestras de desodorante que guarda en el bolso rojo. Los jóvenes Maglieri están tan condicionados por el Accidente que incluso de adultos, cuando sean lo bastante mayores para estar acostumbrados al mundo, se maravillarán ante lo distintas que son las abuelas de sus amigos.

En misa, Stella intenta rezar, pero no se acuerda de las palabras. Intenta pensar en Dios y en la Virgen, pero no puede concentrarse.

No habla de su madre. Quizá Assunta era una de las partes que le extrajeron del cerebro con el bisturí.

Tampoco bebe ya. Los médicos dicen que no se lo permitan, pero tanto da porque no quiere beber. O tal vez sí quiere, pero no sabe identificar adecuadamente ese deseo.

«Al menos, ¿puede venir a la cena de Nochebuena la tía Tina?», le ruegan los hijos de Stella.

No lo entienden. No entienden el peligro.

—Me tiene envidia —les dice Stella, una y otra vez. Mató a mi bebé, quiere decir, casi me mata siete veces por culpa de la maldad de su corazón. Pero cuando intenta explicarlo no encuentra las palabras.

No puede recordar el sortilegio del *mal'oiicch'* porque nunca se lo creyó lo bastante para aprendérselo bien y ahora que cree en él es ya demasiado tarde. En su lugar, cuando ve a su hermana hace la señal de rechazar la *invidia* con el índice y el meñique, dos cuernos para atravesar el mal de ojo.

—Para, *ma* —dicen sus hijos—. Eso es una grosería.

Esos hijos que no han tenido que luchar nunca por su vida, que nunca han peleado por nada, se preocupan por las groserías.

Empiezan a celebrar dos fiestas diferentes para el día de la madre, un pastel blanco y rosa en el número 3 de Alder Street para Stella, después otro en el número 5 de Alder Street para Tina. En la primera fiesta comen pasta, en la segunda toman café. Tina prepara la pasta para la primera fiesta, a la que no se le permite asistir. Stella finge que no sabe de dónde viene la pasta.

Stella tiene ya once nietos. Tina no tiene ninguno.

Mario y Carolina Perri van a visitarlos desde Las Vegas, adonde se fueron a vivir cuando Mario se jubiló. Solo pueden visitar a las hermanas Fortuna alternativamente por culpa de las normas.

«¿Sigue enfadada aunque hayan pasado cinco años?», pregunta Carolina. Fue dama de honor de Stella cuarenta y cinco años atrás.

«No puedes tomártela en serio —le dice Tommy—. No está bien de la cabeza.»

«Siempre fue muy terca», dice Carolina, inclinándose para darle unas palmaditas en la rodilla.

Stella sonrío y le da un pellizco en el brazo tan fuerte que Carolina chilla y lo aparta.

Tommy, el hijo de Stella, la lleva a la misa de las siete y media cada mañana. La acompaña al altar a tomar la comunión y Stella deja que el sacerdote le ponga la hostia en la boca. Stella no recuerda cómo se sentía cuando creía que era el cuerpo de Cristo. Hace años que no se siente absuelta de sus pecados.

Hace ganchillo muy deprisa para distraerse de los recuerdos que no le han extirpado y de otros recuerdos enterrados que ahora están ahí expuestos, como las patatas. El pequeño Bob, el hotel de Montreal, Nino.

Hace tantas colchas que ya no tiene a quién dárselas. Tommy las deja en un contenedor de donaciones.

«Me vas a arruinar, *ma* —dice—. Haciéndome comprar tantos ovillos.» Pero la lleva a la tienda de Jo-Ann tres veces por semana para buscar más.

Cuando el ganchillo no consigue distraerla, repite sus historias. Ya no es capaz de exteriorizar sentimientos, de manera que para quienes la escuchan son solo palabras. Quizá para ella también solo sean eso; quizá los médicos le quitaron el dolor y le dejaron solo la obsesión. Nunca lo sabremos.

—Mi marido me violó durante la luna de miel —dice Stella a una pareja

joven que desayuna en Franklin Diner. Contestan con una sonrisa. Stella no se ha dado cuenta de que les ha hablado en calabrés.

—Sst, calla, mamá, eso no es verdad —la regaña su hijo Freddy mientras se la lleva—. No puedes ir diciendo esas cosas a la gente.

En agosto de 1996, los Maglieri organizan una fiesta sorpresa a la tía Tina y al tío Rocco para celebrar su cincuenta aniversario. Alquilan la sala DiMarco's en Franklin Avenue y llevan a Tina engañada diciendo que es la fiesta de celebración del nacimiento de Angie, la nieta de Franceschina Carapellucci. La familia bromeará durante años porque Tina lleva seis bandejas de galletitas de alas de ángel a su propia fiesta. La pequeña y cariñosa Mikey Perri lleva otra chaqueta para Rocco, que llega pensando que solo va a acompañar a Tina. Tina y Rocco están tan asombrados que los dos se echan a llorar.

Han pasado ya casi ocho años desde la última vez que Stella y Tina estuvieron en la misma habitación. Carmelo y sus hijos engañan a Stella haciéndole creer que la fiesta es para ella. La llevan a la mesa donde, medio siglo más tarde, han reunido a los novios y acompañantes para la foto (con la ausencia, por supuesto, de Fiorella Mulino, que murió tan joven, *benadic'*). Carmelo se sienta entre Stella y Tina, gesticulando alegremente para impedir que la loca de su mujer vea más allá.

Stella se da cuenta de la verdad, pero deja que piensen que la han engañado. No quiere perderse la fiesta. Baila al son de la canción *Pepino Suricillo* y de *El baile de los pajaritos*. Da palmadas, mueve los codos y mastica el pollo al parmesano con la dentadura nueva que Tommy le ha pagado.

Pone cuidado en no volver la cabeza hacia su hermana para no verla ni tampoco a su marido, el perverso de Rocco. Han pasado cincuenta años, pero solo recuerda sus mentiras egoístas y cómo paseaba su mirada por su cuerpo. Feliz aniversario para los dos.

—Se pudrirán en el infierno —dice a su hijo Richie cuando este le lleva una coca-cola *light*.

—Sst, *ma* —la regaña Richie—. Sé buena por un día, ¿quieres?

Al año siguiente, celebran también el cincuenta aniversario de Stella y Carmelo, pero la fiesta es más pequeña, solo una comida en un restaurante.

Stella se enfada mucho en primavera, cuando se queda anclada en el recuerdo

del pequeño Bob dándole patadas en el vientre una mañana gris de 1948, cuando el mundo la aplastaba y él era su único aliado. Reconduce la rabia hacia la actividad física. Cuando Carmelo está fuera, ayudando en el restaurante de su hijo Guy, Stella encuentra unas robustas tijeras de podar y corta todas las parras de Carmelo, las matas de grosellas y el joven melocotonero. «Solo Dios sabe cómo ha podido cortar semejante tronco —dirán sus hijos—. Quién iba a decir que mamá era tan fuerte.»

«¿Por qué habrá hecho algo tan tremendo? —Se preguntan y contestan—: No está bien de la cabeza. Qué se le va a hacer.»

Más adelante, Stella talará las dos hermosas higueras de Carmelo, que medían más de cuatro metros. Nadie había visto nunca higos como aquellos ni los volverá a ver, *purtroppo*.

En otoño, Stella vuelve a enfadarse cuando el tiempo fresco le recuerda a Montreal y evoca la sensación del mármol frío contra la barriga. Quema todas las fotos en el fregadero de la cocina. Carmelo llega a casa del bar y todo huele a plástico carbonizado. Las manchas de humo negro y gris han estropeado el papel pintado con dibujos de manzanas y Carmelo tendrá que hacerlo cambiar.

Tommy, el hijo de Stella, está sentado delante de ella, en una silla plegable que ha acercado a su sillón, sus rodillas se tocan. Mueve la boca como si hablara. Stella no puede saber si se está volviendo sorda o le está tomando el pelo.

La mayor de las nietas de Stella se gradúa en el instituto. Irá a una de las mejores universidades del país. Stella no reconoce el nombre y nadie conseguirá hacer que entienda lo importante que es el trabajo que al final conseguirá su nieta en Nueva York. Pero Stella asistirá orgullosa a todas las fiestas de graduación y posará feliz con el birrete de su nieta.

Sus otros nietos se dedicarán a la mecánica, peluquería, enfermería, banca, auditoría, diseño gráfico o trabajarán en un restaurante. Uno será director de una escuela elemental. Otros serán dueños de un club de campo, de una funeraria, de un lavacoches. Una irá a Hollywood y actuará en películas producidas por J. J. Abrams, Jodie Foster y los hermanos Coen. Stella no reconocerá esos nombres tampoco, pero le gustará ver la cara de su nieta, de nueve metros de tamaño, en la pantalla del cine.

Carmelo cruza el aparcamiento de la oficina de correos cuando lo atropella un coche: un conductor de ochenta y nueve años que pisa el acelerador en lugar del freno.

Sobrevive. Cuando le dan el alta del hospital con tres costillas rotas, sus hijos esperan que se vaya recuperando de la confusión postraumática. Pero no llega a recuperarse y terminan dándose cuenta de que ha sufrido también un derrame cerebral.

Su hija, Bernadette, lleva a Stella en su coche azul a Lyman Orchards. Stella llevaba ahí a sus hijos en verano. Se puede cosechar lo que ofrezca la temporada —fresas, manzanas, calabazas— y luego se paga al peso. Ese día cogen arándanos.

Stella no para de coger frutos, va muy deprisa: era siempre más rápida que Tina cuando eran jóvenes y cogían castañas y aceitunas o seleccionaban hojas de tabaco. Bueno, Tina no está allí, Bernie no la ha invitado. Otro motivo para que Tina esté celosa.

Stella lleva un sombrero de paja de color lavanda con el ala flexible que le cubre la cara. El sol no le molesta, es dura. Coge fruta hasta que el cubo de plástico está lleno hasta el borde. Cuando se yergue para buscar a Bernie, la ve a varias matas de distancia. Stella le hace una señal con la mano; tiene que esperar a que su hija se acerque porque el cubo es demasiado pesado para que pueda levantarlo.

«Oh, mamá, qué has hecho», dice Bernie, echándose a reír. Apenas puede llevar el cubo ladera abajo hasta la granja, donde echan los arándanos en bolsas de plástico y los pesan. Bernadette se frota la frente. «No tenía ni idea de que cogería tantos —dice a la chica de la caja—. ¿Puedo pagar con un cheque?» La chica lleva un pañuelo rojo atado en la cabeza y anudado al cuello, igual que Assunta se ponía un trapo para taparse las calvas. «Qué apuro, ¿no tienen cajero?»

En el coche, de camino a casa, Bernie se detiene en un autoservicio de comida rápida y le compra un granizado de limón en un vaso de papel.

Tommy invita a Tina y a Rocco a un viaje a Italia y Francia para ver a los parientes vivos que les quedan.

Mingo se queda con Stella y Carmelo mientras Tommy está fuera. Su mujer lo ha abandonado y ha salido de su cura de rehabilitación, en teoría desintoxicado. Lo único que tiene que hacer es vigilar a Stella, asegurarse de que

toma su medicina y no intenta hacer daño a su marido.

Pero a Stella la saca de quicio ver a Carmelo sentado en su butaca viendo la televisión estúpidamente. Ahora, cuando lo ve tan débil, como un bebé, los cincuenta y siete años de matrimonio se evaporan y solo puede pensar en la época en que la dominaba por la fuerza; un recuerdo que está tan vivo en su cerebro como si hubiera sucedido esa misma mañana, todavía siente las medias que le aprietan en la carne suave de los muslos, aunque estos ahora estén ya blandos por la edad y haga veinte años que no lleva medias de nailon. Se pone tan furiosa que desea hacerle daño, y ahora puede.

«¿Qué haces tumbado en el suelo, papá?», pregunta Mingo cuando vuelve a casa de dondequiera que estuviera: yo diría que en el bar. Pero Carmelo es incoherente. Tiene un gran golpe en la nuca.

Stella está sentada en su butaca haciendo ganchillo.

«Mamá, ¿qué le ha pasado a papá?», pregunta Mingo.

«Se portó mal», es todo lo que Stella puede contestar a su hijo.

Ahora Stella ya no termina las colchas. Hace la mitad, pero luego se desinteresa y empieza otra. Mientras hace ganchillo, Tommy se sienta a su lado y deshace la colcha abandonada, vuelve a formar un ovillo para que lo utilice la próxima vez que pierda interés en la labor.

Rocco Caramanico sufre un ataque y muere. Tarda tres días en morir. Está entubado y no puede hablar, pero no está todavía preparado para morir. Agita los brazos e intenta comunicarse con todos los sobrinos y sobrinas que van a verlo.

«Eres como un segundo padre», le dicen llorando. Gran parte de los nietos de Assunta tienen su gen llorón. Hacen guardia con Tina en el hospital hasta que llega el final. Luego tiene lugar un funeral de dos días.

Tommy lleva a Stella al velatorio, lo que hace que todos se pongan nerviosos. Se pone en la hilera de parientes para aceptar las condolencias en su condición de querida cuñada del difunto. Aguanta tres horas antes de empezar a decir a la gente: «Quería casarse conmigo, no con ella», mientras les da la mano, «y se va a pudrir en el infierno por envidiosa»; en ese momento, Richie la mete en el coche y la lleva a casa.

Los riñones de Louie fallan. Es imposible consolar a Queenie. Pierde casi treinta kilos.

«No era un matrimonio perfecto —dice a sus sobrinas y sobrinos—. Tuvimos nuestros altibajos, como cualquier pareja. Pero estoy convencida de que era el mejor de los maridos.»

Stella no llora en el funeral de Louie. Pero eso es porque Stella no llora.

Cuando muere Carmelo, más de seiscientas personas firman en el libro de condolencias del velatorio.

En el funeral, todos especulan sobre lo que estará sintiendo Stella. No manifiesta ninguna emoción. Han estado casados sesenta y tres años, veinte de los cuales han transcurrido después de que le cortaran el cerebro. Han criado juntos diez hijos. Se han atacado el uno al otro, se han roto el uno al otro en diferentes sentidos. Han enterrado las hachas y han hecho las paces, hasta que las cuestiones médicas han alterado esa paz. Han aguantado a pesar de las dificultades.

Al lado de Stella todos lloran como posesos. Yo lloro como una posesa. Quería a Carmelo. Ahora mismo estoy pensando en él y me he echado a llorar.

Pero nadie tenía que perdonarle las cosas que Stella tenía que perdonarle.

Ahora solo quedan las mujeres. Termina como empezó.

Tommy es ahora el dueño de la casa situada en el número 4 de Alder Street que antes había sido de su abuelo. Tony dejó la casa a Tommy en una herencia sorpresa que fracturó para siempre a la familia Fortuna. Tommy, siempre deseoso de gustar a los demás, intentó hacer las cosas bien e invitó a Joey y Mickey a quedarse en la casa que creían que iban a heredar, les ofreció dinero y lo aceptaron. Pero Joey murió al verano siguiente, cuando la relación todavía era mala y, aunque han pasado treinta años, los primos no se hablan.

Tommy traslada a Stella al otro lado de la calle cuando Carmelo muere. Allí es más fácil cuidarla, puesto que la casa del número 4 solo tiene una planta. Y los hijos Maglieri no pasan por el mal trago de sentir la ausencia de su padre e imaginarlo ahí sentado, leyendo un periódico y tomando una cerveza Michelob Light.

Noventa y cinco son muchos años y los días se difuminan y confunden. Stella no siempre recuerda el número noventa y cinco y algunas veces dice a la gente que tiene cien o ciento veinte. No parece irreal.

Cuando alguien va de visita, lo lleva a su dormitorio y señala la foto de estudio de sus diez hijos, tomada cuando Artie tenía tres. «Estos son mis veinte hijos», dice. La foto está delante de un espejo de pared, así que lo cierto es que se ven veinte hijos, por así decirlo. Nadie está seguro de si realmente piensa que tuvo veinte hijos o les está tomando el pelo.

Una anciana la visita. Stella la conoce de algo, pero no puede situarla, ¿quizá de la iglesia? Allí están la mayoría de las viejas. Tiene el pelo blanco y escaso en la parte de arriba; por la nuca, de color gris oscuro.

—¿Qué haces hoy? —pregunta la anciana. Alza la voz para que Stella pueda oírla, de modo que Stella sonrío.

—Es una colcha para mi hija, Bernadette —dice Stella. El rostro de la anciana se tensa, ¿estará celosa?—. ¿Conoces a mi hija Bernadette? —pregunta Stella con cautela. La *invidia* es maligna; pondrá a prueba a la anciana—. Es muy lista. Tiene una casa muy bonita en lo alto de la colina, la construyó para ella su marido.

—No la construyó él, *ma* —contesta la anciana—. Pero me alegro de que te guste.

Stella pasa los días haciendo ganchillo en su sillón delante del ventanal. Ve al otro lado de Alder Street el ventanal de su hermana, la envidiosa Tina, que ha plantado unos arbustos recién podados delante de su casa con la idea de que gastar dinero en el jardín hará que la gente la aprecie más.

Tina está sentada en su sillón y mira con nostalgia en dirección contraria.

* * *

Ahora ya te he contado, lector, lo que sé sobre mi abuela, Stella Fortuna; todo lo que he podido averiguar gracias a los documentos privados y públicos. Ahora te toca a ti decidir qué es lo que crees. Quizá tú, como espectador distante, puedas ver algo que nosotros, los que estamos demasiado cerca, no vemos.

He llegado a la conclusión de que Stella era una mujer de una fuerza, carisma, voluntad e inteligencia innata extraordinarias. No fue una mujer de su tiempo y pagó un alto precio por su determinación de no amoldarse. ¿Cómo habría sido todo si se le hubiera permitido vivir su vida a su gusto? Yo no existiría, eso es cierto. ¿Preferiría no vivir si de ese modo le ahorrara sufrimientos? No, no lo prefiero, soy egoísta. Así que me he incluido en la historia.

Cien años después de su muerte, fui en búsqueda de la primera Mariastella Fortuna. Fui a Ievoli, a la cumbre de la pequeña montaña que da sobre el valle de olivares y los dos mares. El pueblo está casi vacío; no tiene ni buzón porque el cartero ya no sube.

Ievoli es un pueblo fantasma, pero no pude encontrar el fantasma de Mariastella. Si sigue rondando la zona, no sé si podrá acosar a nadie. No sé mucho de cosas ocultas, pero me parece que para que un fantasma ronde a alguien es necesario que se conserve su recuerdo. Y ya nadie recuerda a la primera Stella. La única foto que había debe de haber sido destruida; hace años que nadie la ha visto. Cuando empecé a escribir este relato, sabía qué aspecto tenía. Ahora casi no recuerdo su rostro, solo los ojos redondos y negros. Después de mí quizá nadie recuerde nada.

Fui al cementerio de Ievoli para ver si podía encontrarla. Recé una oración, aunque no creo en ningún dios. Anduve entre los mausoleos uniformes y toqué las frías paredes de mármol, apoyé la cara en las fachadas de cristal que protegen las tumbas, atisé entre los pétalos de flores verdaderas y de seda buscando su nombre. Pero, como es natural, ya no está allí. No tiene descendientes afectuosos, nadie que encienda velas o arranque los tréboles que arraigan en las grietas de su tumba. Si es que todavía tiene tumba; tal vez hayan quitado los huesos y hayan reciclado el espacio durante los cien años que han pasado sin que nadie la cuidara.

No queda ningún Fortuna en Ievoli; tal vez no queden en ningún lugar: no he

podido encontrarlos. Se han ido, erradicado, los hombres monstruosos llevados a los extremos más alejados del globo, California, Argentina, Australia, donde han sido absorbidos de un modo u otro; las mujeres se han casado y silenciosamente han ido a parar a otras familias con apellidos nuevos. Mariastella Fortuna, si todavía espía a los vivos, es la última de su estirpe, un fantasma con un mal apellido.

Epílogo:

Hic jacet

Es el último sábado antes de Navidad y he quedado con la tía Tina para cocinar. Aparco el coche estratégicamente en el camino de entrada de la casa de Stella y la visito primero para que no se enfade conmigo y luego no quiera dirigirme la palabra. Está en la cama mirando una película que emite la cadena Turner Classic; me acuesto en el edredón blanco a su lado y me coge la muñeca con sus dedos sedosos. Durante cuarenta y cinco minutos miramos juntas *La mala semilla*. Por algún motivo, siempre está viendo la misma película cuando voy de visita. Stella hoy no tiene ganas de hablar; por el modo en que mueve las mandíbulas me doy cuenta de que no lleva los dientes puestos. Pero me mira a intervalos regulares con los labios muy apretados y me acaricia el brazo. No estoy segura de que sepa quién soy, pero me quiere.

Le doy un beso de despedida cuando veo que tiene los ojos más rato cerrados que abiertos. Cuando cruzo la calle todavía siento las yemas esponjosas presionándome suavemente el brazo. Pienso en cuánto amor tiene para dar y siento el leve desgarró que me resulta ya familiar por el hecho de que ni siquiera ahora, en sus últimos años, pueda dar nada a su hermana.

Cuando llego, la tía Tina está en la cocina que tiene en el semisótano. Tiene puesto un delantal que en otros tiempos fue amarillo y un pañuelo en el pelo; doy por hecho que lleva cocinando desde el amanecer, al juzgar por los cientos de galletitas *totò* como discos de *hockey* que hay en las tres mesas de trabajo. Le doy un beso en la mejilla y veo que está sudorosa. El año pasado fue a un médico nuevo para un chequeo general y este se alarmó tanto al ver lo mucho que suda que le hizo hacer una batería de pruebas buscando un linfoma. Ninguna mujer de noventa y siete años debería sudar tanto, dijo. Pues bueno. No sabía lo que decía.

—¿Has ido a ver a tu abuela? —es lo primero que me pregunta la tía Tina.

—Sí.

—No querrás que se enfade —me advierte.

—Me he quedado con ella casi una hora. —Sé que ya lo sabe, seguro que ha

visto el coche.

—Quizá puedes volver a pasar cuando terminemos —me sugiere—. Está sola todo el día.

—De acuerdo —digo con tristeza—. Vamos, pongámonos a cocinar.

Estoy aquí para «estudiar» las recetas de la tía Tina, cosa difícil. He venido para «estudiar» cocina muchas veces, he pasado horas de regañinas y sabotaje, y la verdad es que aunque la tía Tina no quiere que las recetas desaparezcan con ella, lo cierto es que tampoco quiere que nadie las pueda copiar. ¡Oh, la agitación de cocinar con tu sobrina nieta! ¡El terrible equilibrio de instrucción y misticismo que hay que emplear para evitar que se vuelva engreída! No me extraña que la tía Tina sude tanto.

Las *totò* están ya cocidas y frías, así que ahora hay que glasearlas. Hay que sellarlas por completo para que no se resequen. Por supuesto, a mí no se me va a confiar tan sagrada tarea. Tina se ocupa de sumergir las galletas y delega en mí la tarea menor de espolvorear con gusanitos de colores. Llevo unas pocas galletas hechas cuando se pone de manifiesto mi insuperable torpeza y Tina me quita de las manos el frasco de espolvorear. Termina el trabajo sola, sumergiendo las galletas con la izquierda y espolvoreándolas con la derecha.

Quiero decir que preparé las *totò* en casa y me salieron perfectas. Tal vez aquí no las aprecien tanto, pero a mis amigos no italianos les gustan.

Me exilio al fregadero, donde lavo los platos acumulados desde la mañana, incluido el cuenco Tupperware para batir de la tía Tina. Es la pieza de Tupperware más grande que he visto nunca, de un color verde mar harinoso. Se ha agrietado por la base y lo ha arreglado con un poco de cinta adhesiva. Hace unos diez años, mi madre, que considera que ese recipiente es asqueroso, le compró otro nuevo a la tía Tina para que lo sustituyera, pero Tina no tardó en regalarlo a su vez.

Cuando las galletas están secándose, subimos a la planta baja para descansar y comer. La tía Tina se levanta nerviosa de su silla cada pocos minutos y registra la nevera para ver si se ha olvidado de algo que pueda sacar para mí. Se ofrece a prepararme un poco de *pastina* y se la rechazo cuatro veces. Hay siete platos ya en la mesa: altramuces, *suppressata* casera, champiñones en conserva, pollo en trozos, *pizzelle*, salchichas con pimientos de un par de días atrás y *mustazzoli* hechas por mi tía Queenie.

—No son tan buenas como las mías —dice la tía Tina mientras destapa el plato. Obedientemente, rompo un trozo y declaro que las *mustazzoli* de la tía Tina son mejores.

Después de comer, cuando preparamos bolitas de carne para hacer un poco de sopa de albóndigas, saco el tema de mi proyecto.

—Casi he terminado —le digo—. Gracias a ti y a tu ayuda.

—¿Has terminado la historia de tu abuela? —Tina deja una albóndiga del tamaño de una uva en la bandeja llena de bolitas perfectas y del mismo tamaño—. ¿Y qué dices de mí?

—¿Quieres leerlo? —le digo, en broma.

Pero Tina no se ríe. Duda y luego dice:

—Quizá podrías poner que no es culpa suya, que no está bien de la cabeza.

—¿Qué es lo que no es culpa suya?

Pero no me dice a qué se refiere.

—Quizá puedes escribir que no es verdad que tuviera celos de ella.

—Oh, tía Tina. —Otra vez la cuestión de envidias y celos, cosas que no deberían importar ya. Y, sin embargo, ni Stella ni Tina se recuperarán nunca de sus remordimientos. Sufrirán durante el resto de su vida por el modo en que el mundo se interpuso, echándose la culpa la una a la otra por su debilidad, culpándose en secreto por la propia. Pero nada de lo que yo pueda decir lo arreglará.

Veo que está llorando en silencio, como habría llorado Assunta; las lágrimas ruedan por sus viejas mejillas y añaden sombras al delantal ya sucio.

—Puedes poner que la quiero y solo quiero cuidarla.

—Tía Tina. —Siento también el picor de las lágrimas, pero no sería de ayuda llorar. Tina no puede arreglar la fisura que la separa de Stella y ahora pone en mí sus esperanzas, como si yo pudiera salvar la historia, dar con un final feliz—. Todo el mundo sabe que la quieres —digo, como siempre—. Todo el mundo sabe lo mucho que lo intentas.

—La quiero —dice otra vez, sonándose con trozo de papel de cocina—. Siempre la he querido. Quizá podrías poner eso.

—Sí, lo pondré. —Le cojo la mano a través de la mesa y se la aprieto para sellar mi promesa. Tengo los dedos cubiertos de carne de ternera pringosa; los suyos están tan limpios que no parece que acabe de hacer doscientas albóndigas.

—Pones demasiada agua y eso deja la carne pegajosa. —Me regaña, sacudiéndome la mano. Tiene la punta de la nariz roja, pero ya no llora.

Se levanta de la silla y se acerca a mi lado de la mesa, donde mi bandeja de albóndigas está a medias.

—Demasiado grandes —dice; coge una de las culpables y la vuelve a formar entre los dedos—. Oh, no, ahora es demasiado pequeña.

—Venga, deja... —intento disuadirla.

Pero no sirve de nada. Con su sutileza habitual —es decir, sin la menor sutileza—, aparta la bandeja para que no la alcance y no intervenga y rehace todas mis albóndigas, una por una.

—Bueno —digo, levantándome para lavarme las manos—. Me parece que esto se acaba.

La tía Tina, que está ya poniendo la sartén al fuego, se detiene para dirigirme una sonrisa triste.

—No te preocupes —me consuela—. Cuando estén en la sopa, nadie sabrá cuáles son las albóndigas que has hecho tú.

Nota de la autora

Cuando yo tenía cinco años, mi abuela resbaló y se cayó por las escaleras del sótano, lo que tuvo como consecuencia una hemorragia cerebral y la necesidad de practicarle una lobotomía para salvarle la vida. Se recuperó milagrosamente pero, cuando se despertó del coma, partes de ella habían desaparecido. Además, estaba obsesionada con el color rojo e insistía en cambiar su cumpleaños del 12 al 11 de enero. Como había emigrado de Italia cuando era joven, mi abuela era bilingüe, pero después de la operación quirúrgica no siempre empleaba la lengua adecuada en función de su interlocutor.

Y, por último, cuando mi abuela se despertó del coma, se negó a dirigirle la palabra nunca más a su hermana, mi tía abuela Connie. Mi abuela y la tía Con se llevaban un año y medio. Habían sido las mejores amigas durante toda su vida, se habían casado con un par de amigos íntimos, vivían en casas adyacentes, compartían el jardín trasero y habían criado juntas los muchos hijos de mi abuela (la tía Con y su marido no habían tenido suerte en cuestión de fertilidad). Pero fuera lo que fuera aquello que los médicos habían extirpado del cerebro de mi abuela, lo cierto es que le dejaron una enemistad violenta hacia su hermana en el sentido literal del término. No podían estar ya en la misma habitación.

Eso fue hace treinta años.

Somos una familia italiana extensa, unida por lazos estrechos, y seguimos fielmente muchos de los estereotipos existentes en relación con los italoamericanos (reuniones estrepitosas en torno a mesas llenas de carbohidratos, contactos frecuentes y ruidosos con primos hermanos y primos segundos, interminable chismorreo estratégico). El traumatismo en el cerebro de mi abuela partió en dos este ecosistema. Era capaz de mostrarse mezquina, de arremeter contra cualquiera, de estropear cualquier fiesta. Se convirtió en una carga que exigía atención médica constante y cuidados permanentes. Y no quería ni ver a la persona que mejor podía prestar estos cuidados, la persona más dispuesta a hacerlo: su hermana.

Yo solo tenía cinco años y no me daba cuenta de que no todas las familias tenían una abuela loca. Al mismo tiempo, me fascinaba mi abuela, que, a pesar de que nos contaba muchas historias, parecía guardar muchos secretos. ¿Cuál era

el secreto del odio repentino por su hermana y mejor amiga? ¿Por qué no podía explicarlo? En mi optimismo infantil, pensaba que algún día conseguiría que me lo contara.

He sabido que quería escribir desde que era pequeña, y ese deseo empezó porque quería entender a mi abuela. Cuando tenía ocho años, al salir del colegio empecé a escribir mi primera «novela»: la mecanografiaba en el ordenador de mi padre, entonces de lo más moderno, que tardaba seis minutos en iniciarse. La «novela» era una narración novelada de la vida de mi abuela que titulé *Una chica italiana*. Esa salida en falso y otros intentos similares para averiguar su verdad oculta fueron sabiamente desterrados a la papelera digital.

Veinte años más tarde, abandoné la esperanza de atravesar la barrera médica que nos separaba y, en lugar de ello, me propuse, ya en serio, escribir una novela. *Las siete y una vidas de Stella Fortuna*, que empecé en 2013, partía de las notas de lo que sabía de la difícil vida de mi abuela, pero estaba poblada de personajes imaginarios, especialmente la propia Stella, que tomó vida propia y llenó los vacíos de lo que no podría llegar a saber nunca de mi abuela verdadera (por ejemplo, su personalidad, extirpada con el bisturí). Mientras investigaba, aprendí las texturas y verdades del tiempo y el lugar en donde había nacido, las mitologías del mundo en el que creció. Mientras escribía la novela, me engañaba haciéndome creer que había captado la experiencia de mi abuela, que de un modo u otro había llegado a su interior. En realidad, lo que había hecho era crear a Stella.

En 2015 pedí una excedencia laboral y pasé el invierno en el pueblo de Calabria donde había nacido mi abuela. El objetivo de mi viaje era la investigación: entrevistar a las personas más ancianas del pueblo para recopilar sus recuerdos de principios del siglo xx, aprender más sobre cosas que no había podido leer en los libros, como los hechizos del mal de ojo que mi familia había transmitido oralmente, los extraños rumores sobre la ocupación estadounidense durante la II Guerra Mundial y los secretos de la industria de la cría del gusano de seda que en otros tiempos estuvo tan viva en el sur de Italia. Visité el museo de historia local, abierto solo por petición previa, para examinar los cientos de registros de los visados de los emigrantes.

Más reveladora fue la mañana que pasé en el *municipio*, el edificio del ayuntamiento, donde encontré, entre muchos otros documentos familiares, el certificado de nacimiento de mi abuela. Tenía fecha del 11 de enero de 1920.

Experimenté verdaderas náuseas cuando vi la fecha. Después de la lobotomía, cuando mi abuela adelantó caprichosamente su fecha de nacimiento al 11 de enero, en realidad estaba corrigiendo un error. ¿Por qué se había cambiado la fecha de su cumpleaños del 11 al 12? ¿Y por qué Stella había ocultado el error a

su familia durante medio siglo? Al final, como habrás visto, lector, di con la respuesta. Esta es una de las anécdotas verdaderas que tomé de la vida de mi abuela para incluirla en la biografía de la ficticia Stella Fortuna.

Pero centrémonos:

¿En qué otras cosas tenía razón mi abuela «loca»? ¿Qué más había estado intentando contarnos? ¿Qué otras verdades habíamos dado por falsas? ¿Por qué nunca quisimos escucharla?

Al final, *Las siete y una vidas de Stella Fortuna* es una obra de ficción. Aunque está inspirada en las penalidades que vivió mi abuela y, especialmente, en la ruptura entre ella y su hermana, había demasiadas preguntas sin respuestas y demasiadas verdades que he tenido que inventar. Por encima de todo, a medida que iba escribiendo me encontré con que el personaje de Stella había empezado a emerger como algo más que mi abuela. La vida no era fácil para los inmigrantes pobres, tampoco para las mujeres que vivían sin derechos en un sistema patriarcal, y una vida dura hace que la gente haga cosas duras. Pero nuestras abuelas nos han dado la vida, por feas que fueran las cosas que tuvieran que sufrir para ello. Las mujeres que vivieron en tiempos pasados ocultaban todo tipo de secretos porque era necesario, secretos que les costaron lágrimas, amargura e incluso la vida. Merecen que hagamos un esfuerzo para recordarlas y comprenderlas mejor.

Al final, no pude explicarle a mi abuela hasta qué punto su vida me inspiró y me enseñó. Falleció a los noventa y ocho años de edad, poco antes de que yo pudiera enseñarle el texto terminado. Pero me alegra haber sido capaz de escribirlo y poder compartirlo ahora. Si algo espero de esta novela es que inspire a otras personas a reconsiderar las dificultades que vivieron sus abuelas y a devolver, tal vez, cierta dignidad a su legado, tan fascinante como incomprendido.

*

Las siete y una vidas de Stella Fortuna es una obra de ficción, pero Stella Fortuna no existiría sin personajes exuberantes tales como algunos de mis parientes italoamericanos. Quisiera también expresar mi más profundo agradecimiento a todo el pueblo de Ievoli, que me recibió con los brazos abiertos cuando fui allí a investigar. En cuanto a los agradecimientos neoyorquinos, quisiera mostrar mi profunda gratitud por mis compañeros de trabajo en Soho Press. Son, sin exagerar, una segunda familia y han sido grandes defensores de la

novela desde el principio. Y quisiera agradecer a todos los autores con los que he tenido el privilegio de trabajar como editora todo lo que me han enseñado, a sabiendas o no, sobre la escritura, la narración y la vida.

Tengo el extraordinario privilegio de que me publique en España el magnífico equipo de AdN. Su director, Fernando Paz Clemente, se ha ocupado con esmero de la novela durante todo el proceso editorial y le estoy inmensamente agradecida por que decidiera llevar a Stella a los países de habla hispana del mundo entero. Deseo dar también las gracias al excelente equipo de AdN, en especial a Marina Mena Guardabrazo y a la traductora, Carmen Francí Ventosa, por su trabajo atento y minucioso con este texto. Gracias a todos los consumados profesionales de The Gernert Company, pero especialmente a la directora de derechos extranjeros Rebecca Gardner y a mi inestimable agente, Sarah Burnes.

Mientras escribía esta historia sobre hermanas, sentía especial gratitud por la mía propia, Katherine. Mi agradecimiento más profundo es para mis padres: Michael, que hizo de mí una persona aficionada a los libros, y Linda, mi primer y más importante lector, que me inculcó la afición a contar historias. La más impagable de las deudas es con mi abuela, Antonette Cusano, que no habría leído estas palabras aunque hubiera estado viva para verlas y que nunca supo lo mucho que me había dado.

Y, finalmente, quiero expresar mi agradecimiento a mi marido, Paul Oliver, mi compañero en todo y razón última de que yo crea con vehemencia en las historias de amor. Qué afortunada soy al poder dedicarte esta última línea.

Título original: *The Seven or Eight Deaths of Stella Fortuna*

Edición digital: 2019

Copyright © 2019 by Juliet Grames
© de la traducción: Carmen Francí Ventosa, 2019
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid

ISBN ebook: 978-84-9181-646-1

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.AdNovelas.com